



ORO

Reyes Magos I

JUDITH ROMERO BAEZA

RomBa

ORO
Reyes Magos I

Judith Romero Baeza

RomBa

Oro. Reyes Magos I.

© Enero 2017, Judith Romero Baeza

RomBa fantasía romántica

© De los textos: Judith Romero Baeza

Diseño de portada: Nune Martínez

Diseño de logotipo: LM Design

ISBN-13: 978-1541033610

ISBN-10: 1541033612

Depósito legal: MU-706-2016

judithrb86@hotmail.com

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción, total o parcial. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse bajo autorización expresa de la autora.

Esta es una obra de ficción.

A M^a Sol, por revelarme el secreto del polvo de estrellas.

A mis hijos, Aitor y Jose, por ponerme unas gafas mágicas que me hacen ver los duendes y las hadas, allí donde antes no había nada. Gracias por existir.

“— ¿Besaba bien, señorita Lane? —preguntó Barrons, observándome con atención.

Me limpié la boca con el dorso de la mano al recordarlo.

—Fue como si se tratara de una posesión.

—Hay mujeres a las que les gusta eso.

— A mí no.

—Quizá dependa del hombre en cuestión.

— Lo dudo. No podía respirar mientras me besaba.

—Puede que llegue el día en que bese a un hombre con el que no pueda respirar, y descubra que hacerlo no es importante.”

Fiebre sangrienta. Karen Marie Moning.

“Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo”.

William Shakespeare

ÍNDICE

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. Carta a los Reyes Magos
2. Tres besos más uno
3. Un secreto inesperado
4. La maldad no siempre reconoce a su igual
5. Entre burbujas
6. La garganta del dracón
7. En la guarida del escorpión
8. La bruja del pelo de fuego
9. Veneno en la piel
10. Polvo de estrellas
11. La puerta maldita
12. Contra las cuerdas
13. Perseus
14. En las garras del mal
15. La caricia de la muerte
16. Entrarás derramando tu sangre y solo saldrás demostrando tu valor
17. En el infierno
18. A las mazmorras
19. La huída
20. La sala de la fe
21. Rescatando la verdad
22. Holograf
23. En los brazos del Rey
24. Con las cartas sobre la mesa
25. La ceremonia
26. La cabalgata de Reyes
27. De besos, abrazos y confesiones.

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Alethea daba vueltas sin cesar observando el maravilloso espectáculo que la nebulosa de Orión le ofrecía. Pero no estaba disfrutando como en otras ocasiones, la tensión le mordía el alma. Un brujo que solo conocía de oídas pero que tenía lo que ella necesitaba, la había citado en aquel pequeño planeta que orbitaba en torno a una de las estrellas del cúmulo de la nebulosa. Por el calor reinante en el mismo parecía que iba a explotar de un momento a otro, pero el misterioso caballero le había asegurado que era una zona segura y alejada de cualquier interrupción, y dada la importancia del encargo que se traían entre manos, todas las precauciones eran pocas.

Echó otro vistazo a su alrededor esperando la llegada del desconocido, y sin pensarlo acarició el filo de su espada Bellatrix, que brilló en respuesta a su contacto. Cualquier humano se cegaría ante el destello emitido, pero las brujas como ella se alimentaban de aquel resplandor estelar. Y es que cada bruja fraguaba su espada en una estrella diferente, tomando su arma el nombre de dicha estrella. Ella había elegido a Bellatrix, estrella de la constelación de Orion, como muchos años antes había elegido su madre, como esperaba que dentro de unos años escogiera su hija, si es que llegaba a tener descendencia.

Perdida en sus divagaciones no notó como una presencia se cernía sobre ella hasta que alguien le rozó el brazo, provocando que se diera la vuelta de golpe.

—Tú debes de ser Alethea, me han hablado mucho sobre ti.

El joven que tenía ante ella lucía el pelo largo y negro por la cintura, propio de los brujos de la Orden del Escorpión, y un tatuaje que reseguía la línea de su mandíbula en el lado derecho, con el dibujo de dicho animal. Sus padres tenían buenos amigos en aquel grupo, por intercambios similares al que ella estaba realizando, así que Alethea sonrió algo más relajada.

—Tengo mucha curiosidad por saber qué te han dicho.

—La curiosidad mató al gato, ¿sabes?

A pesar de la sonrisa en su rostro, ni el contenido ni el tono de sus palabras le pareció gracioso, pero no le dio mayor importancia. Los escorpiones tenían fama de ser seres irónicos, y seguro que aquel chico estaba nervioso como ella, a pesar de lucir un aspecto de lo más neutral. Las emociones siempre iban por dentro. En cualquier caso quería acabar con aquella transacción

cuanto antes.

—¿Tienes el aguijón dorado?

—Sí. —Con sus ojos negros muy serios, el desconocido estudió su expresión—. ¿Y tú el polvo estelar?

—Claro.

Entonces Alethea sacó una pequeña botella de cristal similar a la de un refresco y se la mostró.

—¿Estará hechizado, verdad?

—¿Dudas de mí, brujo escorpión?

Lo miró entornando los ojos y apretando su espada entre los dedos. No soportaba a las personas desconfiadas, más aún cuando ella siempre realizaba su trabajo a la perfección. Todas las Kinov lo hacían. Él pareció advertir su malestar, porque alzando las manos en tono conciliador, dijo:

—Para nada, preciosa, solo cumplo con el encargo que me han mandado.

Algo más tranquila, Alethea indicó:

—Tienes que poner un poco en la palma de tu mano y formular el deseo. Después lo soplas al viento y el universo se hará cargo de que tu deseo se haga realidad.

Los ojos del brujo brillaron y esbozó una sonrisa lobuna que le puso los pelos de punta. Aquel chico no le inspiraba confianza alguna, ¿sería capaz de incumplir el pacto? Apretó de nuevo su espada Bellatrix notando como la palma se le empezaba a humedecer por el sudor, pero entonces el brujo le puso el aguijón dorado sobre la mano y exhaló poco a poco el aire retenido en los pulmones, fruto de la tensión del momento.

Alethea estudió la curvada pieza dorada, que a pesar de su aparente sencillez era tan necesaria para proteger a sus amigos magos y a gran parte de la comunidad mágica. Cada año costaba más conseguirla, así que tendría que aprender la forma de contactar con aquel brujo para próximas ocasiones.

Cuando levantó el rostro para despedirse, vio que su acompañante estudiaba con detenimiento el frasco con el polvo estelar de los deseos, mientras le daba vueltas entre sus dedos. Después la miró con sus insondables ojos negros. Casi todos los brujos lucían dos colores en el iris, pero los suyos eran oscuros como pocas veces había visto, lo que no les restaba belleza.

—¿Sabes cómo se le suele llamar a esta constelación?

—Claro, es la constelación del cazador.

El brujo escorpión comenzó a dar vueltas alrededor de ella, como hacían los planetas con su estrella. También los depredadores en torno a su presa.

—En efecto, el cazador se apoya sobre otras dos constelaciones que son sus perros de caza...

—Canis Maior y Canis Minor —interrumpió Alethea con la seguridad que da tener todo el mapa celeste en la cabeza.

—Acertaste otra vez, eres una bruja muy inteligente.

—Es cuestión de leer un poco, además mi espada fue forjada en esta constelación.

Alethea la extendió ante él, observando la mirada apreciativa del brujo. Bellatrix era muy llamativa, con su refulgente tono plateado y las gemas azules incrustadas en su empuñadura. Cuando el brujo fijó la mirada otra vez en ella, sonrió misterioso, guardándose el polvo de estrellas que le había dado en el bolsillo.

—Sin duda es un arma excelente, digna de un cazador como Orión. Lástima que tú no lo seas, al menos así tendrías alguna posibilidad.

—¿De qué hablas?

Mucho antes de formular la pregunta Alethea sabía que algo iba mal. Lo notó en el brillo de su mirada, en la forma en la que su cuerpo entró en tensión con una aguda sonrisa de lobo. Por eso alzó su espada sin esperar una respuesta, cuando él ya había sacado la suya, un poco curvada como la cola de un escorpión y negra como el carbón.

—Yo sí soy un cazador, querida, y tú eres mi presa —gritó el brujo mientras golpeaba el metal de su espada contra el de Alethea.

—Ni lo sueñes.

La bruja arremetió contra él con toda su energía, arrancando haces de luz cada vez que las armas se chocaban. Por su experiencia en batalla sabía que aquel chico con apariencia de joven e inexperto estaba curtido en aquellas lides, porque empuñaba la espada con verdadera pericia. Alethea dio una vuelta sobre sí misma y en el último momento se agachó dirigiendo el filo de su arma a la pierna del brujo, que perdió el equilibrio por el certero corte tras la rodilla.

No quería matarlo, solo hacerle el daño suficiente para que le diera tiempo a abrir un túnel oscuro y escapar. Sabía que no era una amenaza para su planeta ya que ni él ni ningún otro miembro de su orden conseguirían penetrar en el mismo sin autorización; las protecciones mágicas eran demasiado potentes para que nadie se dignara ni siquiera a intentarlo. Además le costaba mucho quitar una vida y siempre que pudiera evitarlo lo haría.

Así que Alethea aprovechó que el brujo estaba aún agachado para asestarle

una patada en la barriga, que lo hizo doblarse más. Utilizando su posición ventajosa lo inmovilizó con su cuerpo en aquella postura, sentándose sobre su espalda, esquivando los rechazos que intentaban apartarla. Mientras, fue trazando con la espada una serie de filamentos luminosos, que se iban uniendo por sus extremos formando puntos de luz allí dónde se tocaban, dando la apariencia de una red de diminutas estrellas.

Apenas le quedaban dos trazos para que se abriera el túnel que la alejaría de allí, cuando sintió cómo la hoja de la espada atravesaba la carne de su espalda. Y fue mucho peor la decepción amarga que se instaló en su boca, que el dolor pulsátil que la desgarró, porque sentía cómo por aquella herida se iba escapando su vida y si no conseguía irse de allí, los suyos no tendrían el aguijón dorado para protegerse aquel año. Quedarían expuestos a cualquier peligro que vagara por el universo, y eso no podía pasar.

Alethea se levantó resoplando, apartándose a trompicones, notando cómo el líquido caliente resbalaba por su espalda; la espada le pesaba tanto que apenas podía sostenerla. Aún así fue al encuentro del brujo, que con una sola embestida de su arma consiguió tirarla al suelo. Bellatrix voló unos metros más allá, brillando furiosa ante el estado de su dueña, y es que se decía que las espadas estaban vivas en cierto modo, guardando en su resplandor un alma que era fiel a la persona que las portaba.

El mago se agachó cogiéndole el bonito pelo rubio en un puño para dirigirle la mirada hacia sus ojos. Con la otra mano puso su espada contra su cuello.

—Alethea, Alethea, Alethea, tengo que decir que te subestimaba, siempre te había considerado un objetivo fácil pero mira, ha sido una grata sorpresa ver cómo luchas. Lo tendré en cuenta para el resto de Kinovs.

Alethea abrió mucho los ojos gritando con frustración; la rabia contrajo su mandíbula y se removió nerviosa intentando zafarse, pero en respuesta la espada se clavó más en su cuello.

—Si te acercas a alguien de mi familia, brujo escorpión, lo vas a lamentar.

—Creo que en tu situación no estás para amenazar a nadie, querida. —La sonrisa de triunfo del brujo era espeluznante—. No solo me acercaré a tu familia, conseguiré también que vosotras me ayudéis a destruir a los tres magos.

No pudo disimular su sorpresa, ¿de qué hablaba aquel malnacido?

—Y cuando estén derrotados y hayan roto el Pacto Sagrado, entonces la Orden de Herodes se encargará de matarlos a todos.

—¿Eres un herodiano? —consiguió articular a pesar de notarse débil como

nunca antes. La risa cavernosa de su combatiente presagiaba el mal.

—Soy eso y muchas cosas más. —El brujo soltó la mano que tiraba fuertemente de su pelo para acariciarle las largas hebras doradas, hundiéndose en la mirada azul repleta de finísimos puntos morados de la bruja, que iba perdiendo brillo por instantes—. Lástima que tu historia deba acabar aquí, eres una verdadera maravilla.

Y mientras aquel odioso ser le prodigaba lúgubres caricias, tuvo la certeza de que iba a morir. Por eso cerró los ojos y concentró toda su energía en Bellatrix, grabando con la mente el mensaje que quería transmitir a su hermana, que se transcribió al acero de la espada. Esta comenzó a brillar candente, calentándose a un ritmo acelerado, y de pronto explotó en un espectáculo de luz que los cegó, para convertirse en una estrella que fugaz, pasó sobre sus cabezas.

Alethea vio que antes de alejarse emitía un resplandor parpadeante, como guiñándole un ojo, y tuvo la certeza de que llegaría a su destino. Su mensaje sería entregado y así al menos los suyos tendrían alguna oportunidad.

El brujo que también había seguido la trayectoria de la estrella, impotente, se volvió hacia ella gritando:

—Maldita estúpida, ¿qué has hecho?

—Intentar que no consigas lo que te propones.

Sabía que el brujo intentaría conseguir que le revelara el mensaje, o que hiciera explotar a la pequeña mensajera estelar, y en su débil estado lo podía conseguir utilizando la dominación. Así que aprovechando el despiste de su enemigo, cogió la mano que sostenía la oscura espada e incorporándose la dirigió a su corazón, clavándosela en el pecho. El dolor sacudió el cuerpo de Alethea, pero estaba en paz porque sabía que en aquella contienda perdida había tenido una pequeña victoria. Solo hacía falta observar la expresión desencajada del brujo mientras sacaba la espada de su pecho. Porque aquella estrella fugaz le dificultaría los planes a él y a los suyos, al menos pondría sobre aviso, y ambos lo sabían.

—Esto no quedará así —escuchó lejano, como si el brujo se hubiera marchado a pesar de que permanecía a su lado.

Pero era ella quién se alejaba.

Alethea volvió la cabeza hacia el espacio que los rodeaba, las estrellas del Cinturón de Orión brillaron con fuerza despidiéndola, y ella les correspondió emitiendo un suave resplandor sin dejar de mirarlas. Hasta que solo fueron borrones para sus ojos que dejaban de ver, hasta que con un suave lamento, la

vida terminó escapando de su cuerpo.

Entonces en otro lugar lejano, Gaia Kinov emitió un grito desgarrador que se escuchó en todo el universo.

1. Carta a los Reyes Magos

Queridos Reyes Magos:

¿Cómo habéis pasado este año 2016, tan largo y tan corto a la vez? El tiempo es tan relativo... Según en qué lo estés empleando se eterniza o se hace efímero; como el primer día de trabajo en un lugar desconocido, como el primer beso de unos amantes anhelado largo tiempo.

¿Lo recuerdas, Melchor? Yo aún tengo tu huella en mis labios. Quizás te rías cuando leas esto (estoy segura de que lo harás, leerla quiero decir, ya conozco tu "mágica" propiedad de ubicuidad incluso en estas fechas), pero no es mentira lo que te digo. Tu beso, ese de hace tantos años, cuando aún teníamos acné e inseguridad a raudales, se quedó en mi recuerdo como una experiencia indeleble. ¿Te pasó a ti también? Estoy segura de que no, pero no es importante.

Bueno, llegados a este punto y dado el trabajo que tendréis en estas fechas con montones de cartas por leer, iré al grano. Mis divagaciones están muy relacionadas con el único deseo que os quiero pedir: quiero un beso como el que me dio hace tantos años vuestro compañero.

Podría pedir un coche nuevo, que el mío está hecho una birria, pero puede aguantar un añito más. También un fin de semana de relajación en el spa de San Pedro, ese en el que te ponen toallitas calientes en el cuello y el trasero, mientras unas manos expertas recorren tu cuerpo, delineándolo, barriendo la tensión para que creas que estás flotando en una nube. Pero eso me lo podré pagar con unos meses de ahorro.

No, no quiero nada de eso. Podré sobrevivir sin poseer ni una sola de esas cosas, pero no sé cuánto tiempo más aguantará mi alma en este estado de soledad. Y creo que un beso podrá ayudarme a sobrellevar otro año así. No os riais de mí, os lo ruego (quizás solo un poco, ¿de acuerdo?). Me han besado bastante a lo largo de estos años, he estado con hombres de todo tipo, que me han prodigado atenciones, caricias, sexo... Pero al final, todo era igual de vacío. No me refiero a la presencia, os hablo de la resonancia que todo eso tenía en mi corazón. Cero.

Por eso pido para esta Navidad un beso de los de verdad, aunque sea solo uno, ¿vale? Te encomiendo a ti la labor, Melchor, porque sé de sobra que conoces la naturaleza de los besos que yo pido. Uno que me deje llena, que

me sacie, que me haga descolgarme de mi propia vida, aunque sea solo durante los minutos que dure. Yo me comprometo a guardar la experiencia para siempre y no volver a pedir nada tan raro nunca más.

No sabía si pedir algo así, ya que un beso no se puede meter dentro de un paquetito con lazo (o quizás sí, por algo os llaman magos, ¿no?), pero creo que vosotros sois expertos en emociones y sentimientos, así que sabréis bien cómo conseguir esto.

Sin otra particularidad, agradezco mucho que hayáis leído mis palabras. Llevad cuidado en vuestros agitados viajes, creo recordar que Baltasar era un poco loco al volante. Espero que vuestros deseos también se cumplan.

Un beso gigante (sí, de los de verdad).

Beatriz Bianchi

Un suspiro profundo escapó de los labios de Melchor, dejándolo vacío por dentro, más aún de lo que lo había estado en todos esos años. Beatriz. Le encantaba paladear el nombre en su boca, era como chocolate derritiéndose en su lengua, tan sabroso y adictivo que hacía querer más y más.

Aún no le entraba en la cabeza porqué el *hechizo desmemorian* no había surtido efecto con ella, borrándole los recuerdos de él y Baltasar. En los trece años que llevaba sin verla no lo había logrado descubrir. Era un hechizo básico para que nadie recordara en la vida adulta que los Reyes Magos existían de verdad. Lo cierto es que todo aquello era muy curioso, ya que los adultos se esmeraban en “engañar” a los niños contándoles el cuento de los tres reyes, sin saber que lo que contaban no tenía nada de cuento, y los realmente engañados eran ellos.

Hasta los doce años cualquier niño que viera a un Rey Mago o a los magos que trabajaban con ellos, podría recordarlo, ya que el *hechizo desmemorian* no funcionaba hasta esa edad, y había muchos niños que los veían porque la tentación de levantarse en la mágica noche de Reyes a echar un vistazo, era demasiado intensa. No hay mejor estímulo que una negativa.

Aunque los magos no solo trabajaban esa noche, también todas las demás, facilitando el cumplimiento de aquellos deseos que las personas formulaban sin cesar.

Así que los Magos de Oriente eran de carne y hueso, solo unos pocos procedían de Oriente, y se calentaban la cabeza como cualquier otro mortal aunque su vida fuera bastante más larga, sino que se lo dijeran a Melchor, que no podía parar de leer la carta que tenía entre las manos.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones, y sin esperar respuesta un hombre alto y atractivo, de piel negra y músculos fraguados por el más diestro de los escultores, entró sentándose frente a su amigo.

—¿Todavía leyendo cartas, Melchor? Es más de la una de la madrugada.

—¿Y tú qué haces despierto? También deberías estar leyendo, hay mucho trabajo pendiente.

—Para eso está el calculín de Gaspar y tú, yo estoy ocupado en otros menesteres. —Una amplia sonrisa ensanchó sus facciones, remarcando sus dientes blancos como perlas.

— ¿Y esa tarea tuya tiene piernas largas y ojos plateados? —replicó Melchor alzando las cejas.

—Olvidas el fantástico culo que es una de sus mejores cualidades.

Baltasar alzó las manos como si acariciara un trasero en el aire poniendo cara de satisfacción. Una carcajada estalló en el pecho de los dos hombres; se conocían desde hacía demasiado tiempo y entre ellos no eran necesarias las palabras.

—La lujuria te llevará a la ruina.

—Prefiero morir de amor a vivir sin él.

El rostro de Melchor se ensombreció por unos instantes ante la rotundidad de su amigo, más aún su alma, esa que hacía tanto que no se iluminaba con el calor de una dama; porque había estado con muchas mujeres pero ninguna había llegado ni siquiera a rozarla.

—Según esta carta también podrías morir por tu absurda tendencia a conducir como un kamikaze.

— ¿La carta es de un *memorium*? —Baltasar se inclinó hacia su amigo con interés, cruzando una pierna.

—Beatriz Bianchi.

—Oh.

Baltasar se levantó y fue al mueble bar que Melchor tenía junto a la ventana. El despacho, como su dueño, lucía ordenado y limpio. Varios objetos dorados hacían gala del poder de su amigo.

Cogió dos copas, sirviendo el líquido ámbar que albergaba la primera botella de cristal que encontró. Paladeó su sabor confirmando sus sospechas: *licor de supernova*, difícil de conseguir si no sabías por donde moverte. Los restos moleculares de una explosión estelar se mezclaban con alcohol dejándolo fermentar, tan solo algunas brujas eran capaces de fabricarlo y Melchor poseía varias de las preciadas botellas. Baltasar rio para sí, su amigo

siempre conseguía lo imposible. Su perseverancia y maestría eran innegables, por eso tras un ventajoso trato estaban casi siempre abastecidos de la deliciosa bebida.

—¿Has descubierto por qué es inmune al *hechizo desmemorian*?

—Lo normal sería que fuera por tener sangre mágica en sus venas, pero modifiqué el hechizo teniendo en cuenta su origen mágico para que funcionara, y nunca ha surtido efecto. Su condición de *memorium* es innegable.

Baltasar asintió pensativo mientras degustaba otro trago de su copa, podía sentir el calor del licor cuando pasaba por su garganta.

—Vigílala, recordar es peligroso para ella.

—Apenas sabe nada sobre nosotros, solo nuestra condición de Reyes Magos.

—Es más que suficiente para que alguien de la Orden de Herodes decida acabar con ella —indicó Baltasar con rabia mientras apretaba sin darse cuenta el vaso entre los dedos.

—Lo sé.

Era consciente de forma dolorosa de aquella verdad, desde el día que la conoció sabía que la estaba poniendo en peligro. La Orden de Herodes no tenía piedad alguna, como tampoco la tuvo su fundador en los tiempos del nacimiento del niño Jesús. La Biblia contaba la parte que todos conocemos del portal de Belén, la adoración de los Reyes y la atroz matanza ordenada por Herodes, pero no contaba nada acerca de la fundación de la Orden de Herodes, porque al crearse en la clandestinidad solo unos pocos tenían constancia de ella.

Desde entonces todos los integrantes de la Orden tenían un claro objetivo, destruir a los Reyes Magos a toda costa. Todo porque sus antepasados decidieron no avisar a Herodes de dónde se encontraba Jesús. Un hecho puntual de hacía miles de años que había desembocado en siglos de venganza. Qué ridículo resultaba.

Pero sabía que aquella amenaza constante podía costarle muy cara, por eso había vigilado a su chica durante todos aquellos años. Por eso y por pura necesidad de hacerlo. Algunas noches iba a casa de Beatriz, un pequeño pisito en Madrid, y abría una *ventana intermateria* que le permitía verla a través del techo de la casa. No era una coincidencia eso que se le solía contar a los niños: “los Reyes Magos te están mirando por un agujerito en el techo”. Pues sí, lo hacían, abrían un agujerito intermateria y observaban. Y el espectáculo que le ofrecía su preciosa dama no le agradaba en absoluto.

Beatriz Bianchi solía estar sola, con su camiseta de tirantes y unas braguitas a juego. A veces la acompañaba su compañera de piso, otras se sentaba en el sofá con un bol de ensalada, las gafas resbalando por su nariz mientras encontraba un canal que le interesase y el pelo del color del chocolate muy liso, cayendo desordenado por sus hombros. Nunca lo dejaba crecer más allá de estos.

Pero había noches en las que Beatriz no estaba sola ni con su compañera, tampoco estaba vestida; las manos de un hombre recorrían con presteza su cuerpo, como intentando quedarse con todo lo que tocaban, y aquellas noches Melchor tenía ganas de coger el mundo entre sus manos y destruirlo. Decir que no lo soportaba era poco, porque no siempre era el mismo hombre. Tenía que vivir siempre la angustia de no saber si el tipo en cuestión tenía malas intenciones, por no hablar de que aquellos encuentros no conseguían borrar la expresión de eterna soledad del rostro de su mujer. De la que debería ser suya y nunca sería, porque debía protegerla de los demonios que lo acechaban a él.

—Estoy seguro de que si me hubiera ido, ni te habrías dado cuenta.
—Melchor miró a su amigo con ojos lejanos, con una disculpa en la mirada. Estaba en lo cierto, no habría notado su partida—. No te preocupes, no estás solo en esto. Todos estamos luchando cada día contra ellos, cada vez tienen menos activos en su causa y que sean humanos es una ventaja porque tienen menos recursos.

—No sabemos con certeza que no hayan incorporado gente mágica a la Orden, Baltasar.

—En todo caso, nuestra única opción es seguir trabajando.

Baltasar se rellenó de nuevo el vaso de aquel exquisito licor y alzándolo frente a su amigo lo vació de un solo trago.

—Ahora me voy a seguir ocupándome de mis asuntos.

Casi había alcanzado la puerta luciendo una enorme sonrisa cuando esta se abrió de golpe, apareciendo uno de los magos que trabajaba en la seguridad del edificio.

—¡Señor, he intentado frenarla pero resulta imposible que deje de trazar hechizos con su espada! Ha destruido medio edificio.

—No es para tanto, pelirrojo.

La voz se oyó antes de que la bruja entrara en la oficina de Melchor, arrollando a Baltasar a su paso sin reparar en él. Vestida con un mono ajustado de un azul oscuro y capa hasta los pies del mismo tono, el pelo de un dorado añejo revuelto en torno a sus facciones furiosas; parecía un ángel vengador

dispuesto a arrasar con todo. Se acercó a la amplia mesa de despacho tras la que se ocultaba Melchor, dando una sonora palmada sobre la misma.

—Esos hijos de puta han matado a mi hermana. Quiero venganza.

Melchor observó a la agitada dama, levantando las manos en son de paz de forma inconsciente. Poseía una intuición especial para detectar situaciones peligrosas, y aquella mujer parecía estar fuera de sí. Confirmando sus sospechas, Baltasar, que era experto leyendo las emociones ajenas, le advirtió:

—Cuidado con esta mujer, es imprevisible.

Antes de que pudiera darse cuenta, Baltasar estaba con la espalda en la pared y el filo iridiscente de la espada de la bruja en su cuello.

—No solo soy imprevisible, morenito, también soy la más rápida, así que ándate con ojo.

—¿Acaso sabes quién soy yo, bruja pegaso?

Baltasar estaba indignado porque lo hubiera llamado morenito, también por saberse acorralado por aquella bella mujer. Una risa melodiosa salió de la garganta de ella, mirándolo con sus sagaces ojos.

—Tu color de piel chocolateado y esa altanería en tus movimientos no da lugar a dudas, Rey Baltasar. —Acercó un poco más el rostro al del mago, hasta quedar a apenas dos centímetros—. Y dime, ¿por qué sabes de dónde procedo yo?

Entonces fue Baltasar el que rió, reposando la cabeza en la pared, y ella no pudo dejar de sorprenderse al comprobar que podía mostrar su chulería hasta con una espada en la garganta.

—El color de tus ojos, por supuesto, esa mezcla en constante movimiento entre el azul y el violeta. —Baltasar volvió a acortar la distancia entre sus rostros, pegándose al de la mujer para mirarla intensamente—. Dos aros perfectos, uno dentro de otro, que parecen pelearse por ver quién consigue colorear el iris de su tono.

—Veo que conoces bien esta particularidad de mi estirpe.

—Estuve varios meses disfrutando de los reflejos del amanecer en unos ojos muy parecidos a los tuyos. —Una sensual sonrisa se extendió por los labios del mago—. En ella me solía decantar por el azul exterior, pero contigo creo que me quedaré con ese fantástico violeta. No es difícil perderse en él.

Los ojos oscuros de Baltasar se quedaron colgados en los de la bruja, en un cruce de miradas que se mantuvo suspendido en el tiempo, justo hasta que el mago notó que ella se relajaba un ápice. Entonces llevó las manos a la espada

que lo amenazaba y asiéndola por el centro, que era el único lugar al que tenía acceso, la levantó por encima de su cabeza, arrastrando en el movimiento a la bruja. Viendo que esta no soltaba el arma, dio un rápido giro sobre sí mismo invirtiendo las posiciones. Ahora era ella la que estaba con la espalda en la pared, los brazos alzados sujetándose a su espada con fuerza. El mago apretó la mandíbula en un gesto de dolor.

— ¿Te queman las manos, majestad? —dijo la bruja con tono malicioso, sonriendo a pesar de haber perdido su posición ventajosa. Las espadas de las brujas ardían al contacto de quién las tocaba, y Baltasar la agarraba con fuerza con ambas manos.

—Nada que no pueda aguantar. —Para dar énfasis a sus palabras apretó más el ardiente metal, alzándolo hasta que la mujer quedó suspendida sobre el suelo. Entonces ella también contrajo su expresión por el dolor, ya que el filo de la espada se clavaba con fuerza en los dedos de su mano izquierda, aquella que no podía asirse a la empuñadura—. ¿Vas a contarnos ahora eso de la venganza como una bruja buena? No nos gusta conocer antes la espada que el nombre de nuestros visitantes.

—Puedes bajarme, no os traeré problemas.

Con un último intercambio de miradas que intentaban ver más allá de lo aparente, Baltasar bajó la espada hasta que los pies de la bruja tocaron el suelo. Después soltó el arma, devolviéndosela a su dueña. Esta lo miró sorprendida por el gesto de confianza. A pesar de haberlo amenazado, este le devolvía su espada; por eso le sonrió con sinceridad por primera vez.

—Gracias —susurró, tendiéndole la mano ensangrentada por el filo de la espada—. Soy Gaia Kinov.

—Baltasar Melzac. —El mago se la estrechó, a pesar de tener la suya también llena de sangre y magulladuras por la quemadura de la espada, y señaló los cortes en la mano de Gaia—. A una bruja nunca le haría daño su espada.

Era algo que todos sabían, el arma de un brujo nunca le podía dañar a él mismo, ya que tenían una conexión a nivel energético que impedía este hecho.

—Eso es porque esta espada no es mía. Es de mi hermana, me la mandó con un mensaje antes de morir hace unas pocas horas.

La voz de Gaia tembló y Baltasar le ofreció un sillón para sentarse. No se imaginaba el dolor que debía sentir, pero por la intensidad de las emociones que trasmitía y parecían vibrar bajo su piel, supo que necesitaba un punto seguro para no caer. Melchor eligió aquel momento para intervenir.

—No sabe lo que sentimos su pérdida, señorita Kinov. ¿El contenido del mensaje nos puede servir para ayudarla?

—Creo que sí, echadle un vistazo.

Gaia pasó la mano por el filo de la espada, impregnándose los dedos de un resplandor plateado que después lanzó al aire. Como si de un mapa de estrellas se tratara, se formaron suspendidos en el aire diminutos puntos de luz, que después se fueron reagrupando para formar imágenes. Por un lado se podía ver el planeta de los brujos del Escorpión orbitando alrededor de 18 Scorpii, el agujón dorado y una botella de polvo de estrellas. También se apreciaba la H gruesa y con tipografía antigua, procedente del distintivo de la Orden de Herodes, y eso fue lo que consiguió poner en tensión a Melchor.

—Esos herodianos malnacidos están implicados en la muerte de tu hermana, y por lo que veo también un brujo escorpión. —Melchor se volvió hacia el ordenador de su mesa abriendo un archivo de Word para anotar algo—. No tenía constancia de asociaciones previas de este tipo, los herodianos no quieren tener nada que ver con la magia.

—La ambición te hace actuar a la desesperada —intervino Baltasar.

—¿Tu hermana era la encargada este año del hechizo de protección del agujón dorado?

—Sí, pero me prometió que no lo haría sola.

La voz de Gaia estaba cargada de tristeza. Cada año se designaba una bruja específica para renovar los hechizos que protegían los refugios de los actuales y futuros Reyes Magos, así como la protección de los planetas mágicos aliados con ellos. Alethea siempre había querido que aquella misión le tocara a ella, y cuando al fin lo conseguía le tendían una trampa que le costaba la vida.

Le faltó muy poco para que un grito de frustración escapara por su garganta.

—Pues tenemos un serio problema porque dentro de dos meses hay que renovar las protecciones que rodean nuestros edificios. —Baltasar se apoyó con las palmas de las manos en la mesa de su amigo, mirándolo con gravedad—. Y necesitamos el agujón dorado.

—Habrá que ir a recuperarlo, claro. —Melchor apoyó los codos en la mesa, pasándose las manos por el pelo rubio por debajo de la oreja. Era fundamental renovar las protecciones mágicas ahora que sabían que entre los herodianos también podía haber gente mágica.

—Necesitamos a las brujas para eso.

—Yo os ayudaré a conseguir el agujón y a cambio vosotros me ayudaréis a

dar caza al bastardo que ha matado a Alethea.

Melchor miró a Gaia con determinación, intentando ver en su interior. En la chica no había nada de falsedad, solo un deseo intenso de derramar la sangre de los asesinos de su hermana. Y esa rabia ciega era la que podía hacerla peligrosa, pero no podían obviar una alianza con ella y el resto de brujas de la Orden de Pegaso por algo así, aunque se mantendrían pendientes.

—De acuerdo, aceptamos tu ayuda y encontraremos a esos bastardos.
—Melchor le devolvió la sonrisa tímida que se formó en los labios de la bruja—. Ahora solo nos falta saber a quién designa el *decantador de oro* para sustituir a tu hermana este año.

—Yo lo traeré.

Baltasar salió rápido de la habitación para regresar en menos de un minuto. En sus manos portaba una botella de oro con barriga en su base, como los decantadores de vino, y cuello alargado que se iba ensanchando poco a poco. La dejó en la mesa delante de Melchor y este puso las manos sobre el orificio del decantador. De sus palmas comenzó a salir un fino polvo dorado, que fue formando una espiral que rodeó toda la botella, en un movimiento lento e hipnótico. Su elemento principal era el oro y lo podía manejar a su antojo. El suave resplandor dorado que emitía el polvo fue ganando intensidad, hasta que de pronto estalló con un intenso fognazo que hizo que todos apartaran la vista, desapareciendo en el interior del decantador.

Melchor puso los dedos sobre el cuello de la botella, y tirando del aire de su interior extrajo un filamento dorado que formaba una palabra. Cuando la extendió sobre la mesa, emociones diferentes se despertaron en los allí presentes: intriga en Gaia pues no conocía aquel nombre, sorpresa en el rostro de Baltasar, que no tardó en mirar la cara de su amigo para comprobar su expresión.

La cara de Melchor era todo un poema; una mezcla de miedo, confusión y también brillando tenuemente, la esperanza, porque iba a volver a cruzar su mirada con ella. Releyó las palabras que se retorcían inquietas sobre la mesa y suspiró, sintiendo como su cuerpo se agitaba por dentro, y degustó el nombre dulce en su boca:

Beatriz Bianchi.

2. Tres besos más uno

—Tienes que cambiar la venda del paciente de la 215.

—Antes me toca darle la medicación a Marco Polo.

Una sonrisa torcida brilló en el rostro de la bella compañera de Beatriz, Elena. Compañera de piso, de trabajo, de risas y de lágrimas.

—Pues te deseo suerte, “preciosa beldad” —exclamó como solía hacer el paciente mencionado, mientras se alejaba contoneándose.

Rubia platino, con los ojos más verdes que había visto en su vida y un cuerpo de infarto lleno de curvas allí donde debían estar, bien se podía haber ganado la vida como modelo. Pero Elena había elegido ser enfermera como ella, y no podía agradecer más al destino aquella elección, porque así había conocido a su mejor amiga. A sus veintinueve años no tenía muchas, se podían contar con los dedos de una mano y Elena era la primera por méritos propios.

Beatriz se acercó a la habitación de Marco Polo, que no era otro que Vicente García, que desde su juventud había desarrollado un delirio en el que creía ser el famoso viajero veneciano. Siempre tenía un rato para contar alguna anécdota de sus supuestos viajes, y Beatriz solía fantasear con que de verdad era un descendiente de Marco Polo, ¿por qué no? Seguro que el mítico personaje con tanto viaje, alguna canita al aire había echado, ¿no? Además a sus ochenta años y llevando una vida feliz como llevaba, no era necesario intentar convencerlo de lo contrario.

—Buenas tardes, Vicente.

—Buenas tardes, preciosa. Te perdono que te confundas siempre con mi nombre porque me recuerdas a la hermosa Mei. —Vicente suspiró profundamente poniéndose una mano tras la cabeza, mientras Beatriz le pinchaba en el dedo para medirle los niveles de azúcar—. Con ese brillante pelo marrón oscuro, los ojos dorados con trazos rojizos como una gata y esa dulzura que te resbala por la piel.

—Eso es que usted me ve con buenos ojos. —Beatriz le puso una gasa en el dedo y levantó la tapa de su bandeja—. Hoy tienes de cena hervido y pechuga a la plancha.

La cara de angustia del abuelito la hizo sonreír.

—En el hospital, si no te mata la enfermedad, te mata la comida.

—Hay mucha gente que la quisiera, hombre. Anímese.

—A mi edad, querida, uno es ya más duro para que algo lo haga sonreír, y un chatico de vino con un plato de jamón ibérico quita el sentido.

Beatriz le podía decir que además de diabético era hipertenso y no podía permitirse las cosas saladas, pero aquel hombre le caía muy bien y no necesitaba que le dijeran cosas que ya sabía. Así que con una amplia sonrisa le cogió la mano, apretándosela con ternura.

—Los pequeños placeres de la vida, ¿no es cierto?

—Y que lo digas, hermosa. —Entonces la observó con aquella mirada profunda, vieja y sabia—. Permítete muchos de esos placeres porque la vida no deja de ser una colección de bellos momentos.

Beatriz lo miró reteniendo una lágrima caprichosa que quería escapar de sus ojos.

—Así lo haré, Vicente, así lo haré.

Y con una sonrisa en su mirada abandonó la habitación, sabiendo ya que el llanto era inminente. Solo necesitaba encontrar un sitio solitario y dejarlo ir, como deja el volcán a la lava correr por sus laderas arrasándolo todo.

Llorar para ella era una derrota, porque se había prometido muchas veces que no volvería a hacerlo. Pero allí estaba de nuevo, en el cuarto de sucio dedicado a lavar cuñas y demás utensilios, derramando lágrimas, recuerdos y también algo que a ella le gustaba llamar *sueñicuerdos*. Porque por un lado estaban aquellos momentos felices que, rememorándolos, evocaban la alegría pasada, como los interesantes paseos por el parque de El Retiro con su abuela, que la había cuidado durante los largos viajes de su madre, y cuya mirada veía reflejada en la profunda y sabia de Marco Polo. Pero también existían esos instantes que no había vivido pero había deseado vivir, que sabía visualizar con precisión en su mente como si fuesen realidad, y eso eran los *sueñicuerdos*. Y de estos últimos ella tenía tantos...

Había visto cómo sus primos y varias amigas se casaban y tenían adorables bebés, mientras ella se conformaba con imaginarse a un hombre que la quisiera y unos hijos a los que adorar. Era joven, sí, pero hacía unos años que ya había notado la llamada de formar una familia, aunque aquel anhelo se estaba quedando en un *sueñicuerdo*, un recuerdo ficticio que no sabría si podría hacer realidad, porque ningún hombre le atraía de esa forma definitiva, la única que ella aceptaría.

En una ocasión probó besar a una mujer, pero tampoco sintió nada, así que había llegado a la conclusión de que era lo más cercano a una ameba. Quizás una prima lejana descarriada que se había cambiado de especie sin pedir

permiso a nadie. Solo un elemento le desequilibraba su excéntrica teoría, y ese era Melchor, porque era el único hombre que había conseguido arrancarle el alma con un beso de adolescentes.

Entonces recordó la estúpida carta que le había escrito hacía ya un mes, y suspiró frustrada. Por supuesto, aún no había recibido ese beso que había explicado en la carta. ¿Tendría alguna duda de a qué se refería? ¿Estarían tan ocupados que llevaban retraso concediendo deseos? ¿Era algo tan complicado que ni siquiera la magia tenía solución para ello?

De una forma u otra Beatriz no iba a esperar sentada mientras veía cómo su deseo no se hacía realidad. Estaba demasiado harta de todo. De que la familia la considerara una solterona con veintinueve años, de que los hombres no tuvieran aspiraciones más allá de echar un polvo y compartir un par de pizzas frías con ella.

Así que con una nueva determinación salió de aquel cuartucho, reconstruyéndose a sí misma una vez más. Parecía experta en demoler sus muros y volver a alzarlos de nuevo, con otras piedras y otros colores, pero siempre resistentes. Escribió el relevo en el ordenador para el turno siguiente y se encaminó a los vestuarios. Elena ya la esperaba con su eterna sonrisa en el rostro, que se encogió al notar los ojos enrojecidos de su amiga.

— ¿Qué te ha pasado, Bea?

—Lo de siempre tía, ya sabes que soy una blandengue y le doy muchas vueltas a la cabeza.

Beatriz dejó caer su uniforme como si de una segunda piel se tratara, dejando allí esa parte de su ser. Era curioso pero en su trabajo, ayudando a sanar a la gente, era el único sitio donde le parecía que todo cuadraba, que cada cosa tenía un propósito y lugar en su universo. Cuando salía del hospital se sentía perdida, como una pieza de un puzle que no conseguía encontrar a sus compañeras.

— ¿Es otra vez el pesado de Rafael? ¿No le has mandado ya a paseo?

Beatriz comprobó divertida que la antipatía que le tenía su amiga al jugador de baloncesto seguía intacta.

—Rafael no está tan mal, es grande y fuerte, y siempre sabe decirme una buena película para ver.

—Eso no es amor.

— ¿Y quién lo busca?

—Creo que todos. —Elena era una enamorada del amor, por eso suspiró con la esperanza de convencer a su amiga de aquella verdad—. El amor es el

viento que mueve el mundo.

—Entonces seré el barco de vela mas inmóvil del océano.

Beatriz se puso sus shorts negros, sacudiéndose la melena del color del chocolate, que cayó ondulada alrededor de su rostro. Elena no dejó de observarla con cierto aire reprobador, mientras terminaba de pintarse.

— ¿Y a dónde se supone que vas un jueves por la noche, nena? —Se cruzó de brazos detrás de su amiga levantando una ceja escéptica—. No parece que te vayas a quedar quieta en nuestro sofá con lo que te estás arreglando.

—Solo voy a dar una vuelta, estoy cansada hasta de mí misma y necesito desconectar.

Elena miró a su amiga con el entendimiento que dan años de amistad, y con otro hondo suspiro esperó que se diera la vuelta para abrazarla. Le pesaba no saber borrar esa melancolía que parecía acompañarla sempiterna, pero también sabía que cada uno tiene su propia mochila de problemas y se tiene que ir labrando su camino.

— ¿Quieres que te acompañe?

Beatriz era consciente de lo mucho que deseaba su amiga llegar a casa para reunirse con su chico con derecho a roce, Pablo, por eso le sonrió ampliamente rompiendo el abrazo para coger su bolsa.

—Muchas gracias pero no, además con lo guapa que eres los tíos no se fijarían en mí ni aunque llevara el pecho solo cubierto con esas lucecitas de los árboles de Navidad.

—Eres una pánfila y no tienes ni idea de tu potencial, aunque un día tengo que probar con Pablo eso de las luces de colores, seguro que le encanta. —Ambas se miraron con una sonrisa tenue colgando de los labios; al final Elena la observó meneando la cabeza más seria—. Lleva cuidado y llama a la puerta de mi cuarto cuando llegues a casa.

—Sí, mami —canturreó Beatriz con sarcasmo.

—Anda y que te den, petarda.

Beatriz le dio un sonoro beso a su amiga antes de salir a la calle, les encantaba picarse la una a la otra. Para ella era la hermana que nunca había tenido, ya que era hija única. La familia más cercana que poseía eran sus primos, todos chicos, y su madre era una presencia intermitente, ya que se tiraba medio año viajando hasta las aldeas más remotas para curar a personas que no tenían acceso a un médico, así que exceptuando a su abuela, había tenido pocas confidentes femeninas en su vida. Otra vez le vino a la cabeza la imagen de su abuela, mientras se montaba en su Fiat Quinientos de color rojo.

Desde que murió hacía ya un año el recuerdo era bastante frecuente, y en todas las ocasiones que rememoraba su imagen en la cabeza, sentía que se le escapaba algo.

Solía llevar en su imaginación su vestido preferido de un azul oscuro muy brillante, el pelo también marrón salpicado de hebras plateadas en un moño bajo, y sus ojos tan parecidos a los suyos, con ese color añejo del whisky viejo, queriendo decirle algo que escapaba a su entendimiento.

Chasqueó la lengua y viajó a la zona centro de la ciudad, dónde sabía que encontraría fiesta y hombres a los que besar. Madrid era un hervidero de posibilidades que ella pensaba aprovechar. Sí, ese era su propósito de la noche. Ya que Melchor parecía estar muy ocupado para concederle su deseo, lo haría ella misma. Total, si hacía muchos intentos seguro que por fin encontraría a su príncipe azul o negro, ya poco le importaba.

El primer pub era pequeño, y a pesar de ser poco más de las once de la noche estaba a rebosar. Aquel mes de noviembre estaba siendo especialmente frío, y parecía que la gente se había propuesto no estar ni un minuto a la intemperie. Beatriz se abrió paso entre grupos de jovencitos que se iniciaban en eso de salir, otros más maduros que volvían a las andadas, amigas que reían a pata suelta y en medio de todo aquello ella, sola y con la sensación de estar fuera de lugar. Además no era tan lanzada como quería creer, porque había acudido al bar donde sabía que Rafael estaría promocionando la nueva temporada de baloncesto.

Anduvo hasta una tarima al fondo del local, en la que se podía ver a su amigo junto con otro compañero del equipo, firmando pelotas, camisetas y lo que se pusiera por delante.

Rafa era un chico guapo de los pies a la cabeza. Moreno con el pelo de punta, ojos marrones y grandes, sonrisa de esas que te alegran el día; alto y fuerte como un roble, era un puerto seguro al que amarrarse. Pero no era el hombre atractivo por el que ella perdería la razón.

Cuando la vio ensanchó aún más su sonrisa y le indicó que se sentara en sus rodillas.

—Mi preciosa señorita Bianchi, ¿a qué debo el honor?

—Me apetecía dar una vuelta. —Se sentó sobre las piernas de su amigo con la naturalidad que da el conocerse durante años—. Y se me ha ocurrido echar un vistazo para comprobar si tienes muchas acosadoras.

—No tantas como quisiera, aunque aquella rubia no está nada mal, ¿verdad?

—Rafael señaló hacia la barra, a una provocativa chica con minifalda y

camiseta escotada—. Tiene unas tetas increíbles, aunque tu culo es mucho mejor.

—Me alegra saber que conservo bien mi único atributo.

—Tienes muchos más. —Rafa la miró como el amigo que era, con verdadero interés y sin fijarse en nada más—. ¿Por qué estás aquí de verdad?

Beatriz miró al frente, a la masa de hombres y mujeres que se contoneaba entre golpes de luz al son de Meghan Trainor y su *No*, y se sintió estúpida. ¿De verdad iba a encontrar entre aquel caos al hombre de su vida? Lo dudaba enormemente, pero aún así besaría al menos a tres chicos antes de volver a casa. Tenía una misión personal que cumplir.

—He venido de caza.

Rafael abrió los ojos como platos, alzando las cejas escéptico.

—¿Quieres tirarte a alguien?

—No había pensado llegar tan lejos, ya sabes, solo quiero probar besos de algún hombre a ver si por fin siento eso que tengo que sentir.

Su amigo no le respondió, solo se quedó callado mientras inclinaba la cabeza, con la incomprensión brillando en su mirada, en una clara invitación para que continuara explicándose.

—Joder, ya sabes, quiero encontrar a alguien que me llene de verdad.

—¿Yo no te lleno, preciosa?

—No en el sentido literal de la palabra, cenutrio. —Beatriz puso los ojos en blanco mientras se levantaba de las piernas de su amigo—. Nosotros nos acostamos porque nos divertimos juntos, porque una vez lo hicimos y le perdimos el miedo a esa barrera que suele existir entre un hombre y una mujer. Pero no lo hacemos por amor, Rafa.

—¿Y crees que entre toda esta jauría de lobos hambrientos vas a encontrar a alguien que te bese por amor?

—Al menos que me encoja el estómago.

—Es lo que a mí me suele pasar con la diarrea y los vómitos.

Beatriz entornó los ojos iracunda haciendo el amago de irse, pero entonces Rafael se levantó salvando el paso que los separaba, y con una sonrisa de depredador metió las manos entre su pelo y estampó sus labios en los de su amiga, absorbiéndolos con delicadeza, acariciándola con su lengua como a ella le gustaba. Beatriz terminó el beso separándose de su boca para mirarlo con una ceja alzada.

—¿Lo has notado en la tripa?

—Lo único que he notado es que has tomado chicle de menta, Rafa. —Le

cogió la cara entre las manos sacudiéndole la cabeza—. ¿En qué pensabas, tío?

—En ayudarte en tu misión, por supuesto —sonrió pachón mientras se volvía a sentar—. ¿Cuántos intentos tenías pensado hacer?

—Tres.

—Pues ya tienes menos trabajo, nena. Solo te quedan dos tíos y te puedo presentar a mi amigo Sergio. —Cogió del brazo a su compañero tironeando de él, hasta que logró que despegara su atención de la conversación que mantenía con tres chicas aparentemente muy interesadas en sus canastas—. Sergi esta es Beatriz Bianchi, y está buscando chicos a los que besar, ¿te apuntas?

Sergio la miró de arriba abajo, tras sus gafas amplias que escondían unos preciosos ojos verdes. Era alto como Rafael, con el pelo rapado y los hombros anchos. Con una encantadora sonrisa le tendió la palma de su mano, y quizás por una inercia absurda que nos hace no dejar a nadie con la mano tendida, Beatriz se la cogió. Observó cómo el chico se llevaba sus dedos a los labios, besándolos con una delicadeza inusitada y se puso en tensión, ¿y si fuera él? Entonces Sergio tiró de su mano, haciendo chocar sus cuerpos para envolverle la cintura, y con una mirada hambrienta a sus labios se los devoró.

Mantuvo el beso unos minutos, esperando iluminarse, pero no ocurrió nada, solo la certeza del deseo de aquel hombre presionando dura contra su abdomen. Por eso se separó poco a poco, y mirándolo con una sonrisa sincera, le dio un tierno piquito en los labios, susurrando un suave «Gracias» que hizo encogerse de hombros al grandullón.

Entonces fue hasta su amigo Rafa y dándole un beso en la mejilla, anunció:

—Nos vemos otro día, gracias por tu ayuda.

—O sea que Sergio no te ha servido, ¿cuántos intentos te quedan?

—Uno —indicó alzando un solitario dedo índice—. Aunque puede que pruebe con alguno más.

—Si tu príncipe azul está en este local lo encontrarás, así que con un intento más es suficiente, déjalo en manos del destino. —Rafael la cogió por los hombros apretándoselos en un tierno agarre—. Además tienes que ser fiel a tus promesas hasta contigo misma.

Beatriz suspiró, asintiendo con la cabeza.

—Está bien, lo pongo en manos del destino, de la fuerza del universo. —Alzó las manos poniéndolas en forma de cuenco, y con sus ojos caramelo intentando ver las estrellas a través del techo lleno de luces multicolor, recitó—: Oh manto de estrellas que todo lo sabes y los sueños tejes, ayúdame a encontrar a quién busco. Lo necesito.

Le pareció que por un instante sus manos se ponían más rojas, como si en las palmas alzadas al cielo hubiera algo brillante. Pero cuando las bajó para mirárselas no encontró nada fuera de lo normal.

—¿De dónde te has sacado esa plegaria, Bianchi?

—No sé, me ha salido de forma automática. Tengo un brote de inspiración, supongo.

Aunque lo cierto es que aquella frase ni siquiera había sido procesada por su cerebro. Puede que fuera un recuerdo de algo que le decía su abuela, puede que de verdad existiera una inteligencia universal y ella solo hubiese alargado la mano, y cogido una de las miles de ideas que iban flotando por el mundo.

Se paseó por el local observando cuanto le rodeaba, pero nadie consiguió llamar su atención, así que se sentó a la barra y pidió un ron con coca cola. No solía beber pero la ocasión invitaba a hacerlo. Mientras daba vueltas a su bebida con la vista perdida, cruzó la mirada con un chico alto y moreno de piel que llamó su atención, sentado también en la barra. Tendría su edad y la vista clavada en ella. Notó cómo las mejillas se le teñían de rojo y tuvo que lanzarle una sonrisa, que en seguida él correspondió. Era muy guapo, con ese toque oscuro que lo envolvía haciéndolo parecer más atractivo.

El chico misterioso levantó la mano indicándole con el dedo índice que se acercara, en un gesto sugerente y pretencioso, que a la vez le pareció peligroso, porque algo en su interior la llamaba a huir de aquel tipo. Pero, ¿qué sentido tenía aquello? Estaba en un sitio público, si quería hacerle daño pediría socorro a cualquiera que estuviera a su alrededor y buscaría otro objetivo. Además la cazadora esa noche era ella, ¿verdad? Y ese chico solo era su presa, y quizás algo más... Solo tenía que posar los labios sobre los suyos y sabría si era otra rana en su larga lista de anfibios o por fin había encontrado a su hombre.

Se acercó con decisión, con la vista fija en su objetivo. Él no titubeó y le mantuvo la mirada en todo momento. Conforme se acercaba observó lo oscuros que parecían sus ojos, apenas podía distinguir el iris de la pupila. Notó una sensación en la barriga que iba siendo cada vez más molesta, como si sus tripas se hubieran hecho un nudo de acero. No podía obviar que era un cambio con respecto a lo que los demás hombres le hacían sentir, pero no le terminaba de gustar.

Cuando llegó a su altura lo miró a los ojos, y de pronto el malestar dejó de importar. Aquel espécimen masculino era el más maravilloso que hubiera visto nunca. Si de lejos parecía atractivo, de cerca resultaba simplemente

irresistible. Poseía unos ojos negros que como imanes atraían con avaricia, un cuerpo que necesitaba tocar con desesperación y unos labios que debía besar en aquel instante para no morir. Por eso se dejó caer contra su pecho, pasando los brazos alrededor de su cuello. Pudo ver grabado en el mismo un tatuaje de un círculo rojo que le llamó la atención, pero tan concentrada estaba en llegar a su objetivo que no se paró para observarlo mejor. Solo cuando las manos de él entraron en contacto con su carne, supo que algo iba muy mal.

Beatriz nunca había tenido especial miedo a nada desde la muerte de su padre, solo a quedarse sola en la vida. Pero en ese instante supo que se estaba muriendo. No era solo dolor, como si una lengua de fuego penetrara en su sangre desde la zona que el hombre había tocado en su cintura. Era el pánico que aquel ser le hacía sentir, una sensación helada que endureció el nudo de su estómago hasta hacerla pensar que se partiría en dos de un momento a otro. Intentó luchar contra él, contra lo que sentía, pero la boca del hombre fue más rápida y selló sus labios impidiéndole gritar.

Como un fognazo pudo distinguir al fin sus pupilas, alargadas como las de una serpiente, casi podía oír el siseo de aquel ser en su cabeza mientras notaba que todo su cuerpo se tornaba rígido como una plancha de cemento, y él ahondaba en su boca, absorbiéndole la vida en aquel beso fatal.

Y de pronto todo acabó.

No sabía cuándo había cerrado los ojos pero al abrirlos no tenía a nadie delante. Miró alrededor en busca de aquel hombre tan extraño, aunque no encontró ni rastro de él. ¿Qué había sucedido? Para verificar que había estado allí en algún momento miró a la barra, y vio una copa medio llena de un líquido negruzco.

La curiosidad le pudo más que el sentido común y alargó el brazo cogiendo la copa. Solo quería comprobar si le producía el mismo efecto que el hombre oscuro, por eso se la acercó al rostro para olerla, pero de pronto alguien le arrancó el vaso de las manos con brusquedad.

—No deberías acercarte eso a los labios, insensata, los brujos serpiente siempre dejan veneno flotando en sus bebidas.

Beatriz se quedó mirando perpleja al hombre que le había arrancado la bebida. Alto como su amigo Rafael, pero de hombros más anchos cubiertos por un traje gris que le hacía parecer un alto ejecutivo de una gran empresa. Exudaba poder y autoridad por cada poro. El pelo rubio le caía muy liso hasta tocar sus hombros, y unos perfectos ojos azules del color del mar al atardecer se concentraban en su copa.

Esa mirada la había visto antes, pero ¿dónde? Lo peor de todo aquello era que la sensación de malestar volvió con más fuerza, y se empezó a encontrar mal de nuevo. ¿Sería aquel hombre un amigo de su compañero oscuro que venía a rematarla? No lo veía probable porque parecía la antítesis de su predecesor, pero nunca se sabía, por eso dio un titubeante paso atrás.

Al ver que ella no decía nada y encima retrocedía en su presencia, Melchor llevó sus ojos a la mirada dorada de Beatriz, y la conocida sensación de vértigo se instaló en todo su cuerpo. Por fin la tenía cerca de nuevo y sentía tanta tensión en su interior, que podría mover un parque eólico entero, pero ella no se podía dar cuenta. Más aún con el temor que parecía atenazarla.

—¿Has bebido de esta copa?

—No. —¿Qué le importaba a él? Aunque parecía que mucho porque acortó la distancia entre ellos. Beatriz intentó interponer las palmas de las manos entre ambos para protegerse, pero solo llegó a alzarlas levemente antes de que cayeran a plomo a los lados de su cuerpo. La fuerza parecía haber huido de sus músculos—. ¿Quién eres tú?

—¿Te ha besado?

El desconocido de traje parecía horrorizado con que hubiera pasado eso, y una risa nerviosa sacudió a Beatriz mientras se apoyaba en aquel hombre con la vista nublada, ¿tan malo parecía besarla? No le importaba que pensara así, sus ojos la hacían distraerse del dolor que la corroía. Cada músculo le pinchaba en varios puntos, como si una manada de escorpiones rabiosos estuviera paseando por su cuerpo, y notaba como iba calentándose más y más por dentro a cada momento. Con la garganta reseca y rasposa por el calor que la arrasaba, como si estuviera recubierta de arena seca, consiguió contestarle:

—Oye, que tampoco besarme es tan malo, ¿sabes? Además ha empezado él.

—Santo cielo.

Melchor abrió los ojos como platos y cogiendo el rostro de Beatriz entre las manos, lo alzó para tener acceso a su boca y mordió su labio inferior. Ella echó la cabeza hacia atrás y ni siquiera intentó apartarse, sabía que no podría hacerlo porque sentía sus extremidades como si fueran las de una muñeca de trapo. No podía decir que existía dolor allí donde aquel hombre estaba clavando los dientes, muy al contrario parecía ser el único punto de su cuerpo que se encontraba bien. Entonces notó el sabor metálico de la sangre, seguro que la suya, y cómo el desconocido comenzaba a succionar con fuerza.

Pasaron un rato así, quizás fueron unos minutos o días enteros. Le daba igual porque no quería que aquel contacto acabara nunca. El dolor iba

desapareciendo, y en su lugar se colaba una paz que iba licuando sus huesos y la hacía flotar. Un poco después él separó sus labios y esperó a que Beatriz abriera los ojos; como la vez anterior no recordaba haberlos cerrado, pero al mirar los ojos azules de su acompañante deseó tener aquella visión cada vez que sus párpados se abrieran. El corazón le comenzó a latir de nuevo en aquel momento.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó él con tono preocupado.

—Creo que sí, aunque no noto todas las partes de mi cuerpo.

Lo que sí percibió era que aún estaba entre los brazos del desconocido y no tenía prisa por cambiar su postura. Desprendía un calor invitador para quedarse allí para siempre, y un agradable olor a especias.

—No me extraña, unos minutos más y estarías muerta.

—¿Por un beso? —preguntó con sorna notándose borracha, aunque su rictus serio no daba lugar a duda.

Melchor relajó su expresión y sonrió, mirándola apreciativo de arriba abajo.

—No sabes lo devastador que puede ser un beso, Beatriz.

Aquel tipo sabía su nombre, ¿se lo habría dicho ella sin darse cuenta? La observaba intensamente como si quisiera descubrir todos sus secretos con su límpida mirada salada. Al mencionar los besos, sus ojos volaron a los labios del hombre, aquellos que la habían salvado de una muerte segura al parecer, y su corazón se aceleró, porque en aquel contacto que ni siquiera había sido beso, había sentido algo diferente. ¿Cómo iba a volver a probarlo para comprobar qué era aquella sensación?

Entonces miró su pelo de un clarísimo color rubio, parecían hebras de luz que hubiese arrancado al sol. Y sin poder evitarlo llevó una mano a la cabeza masculina y le acarició con mirada perdida aquellos mechones.

—¿Quién eres?

El hombre sonrió maravillado por aquel contacto, y entonces le dijo:

—¿No me recuerdas?

Beatriz entornó los ojos tras las gafas, mirándolo bajo un nuevo prisma. Sus sospechas estaban confirmadas, esa familiaridad que notaba bajo la piel era real. Acortó aún más la distancia entre ellos y lo observó con intensidad. Melchor vio cómo sus espléndidos ojos repasaban su cara, la barba de unos días sin afeitarse, para después dedicarse al cuerpo, que sin duda había cambiado mucho desde que la viera por última vez hacía trece años.

Y entonces llegó, el brillo especial en sus ojos, ese que acentuaba los

pequeños puntos rojizos de sus iris, ese que había esperado desde que la había visto en aquel antro, en manos del brujo serpiente.

Beatriz se dio cuenta de quién tenía delante cuando vio el tatuaje del sol justo debajo de la oreja de aquel hombre. Siempre le había fascinado, porque a diferencia de los convencionales, aquel tatuaje tenía un brillo especial, como si estuviera iluminado desde dentro.

Acercó sus dedos a ese punto, el pequeño hueco debajo del lóbulo, y comprobó que el dibujo le calentaba un poco las puntas de los dedos. Solo entonces se atrevió a mirarlo de nuevo directamente, y con apenas un susurro, dijo:

—Melchor.

—En carne y hueso, sí señorita —confirmó feliz estirando los brazos en cruz a ambos lados de su cuerpo—. Tenía muchas ganas de verte.

Podía haberle dado un abrazo, quizás otro beso, pero su cuerpo eligió aquel instante para perder el control, y Beatriz se desmayó.

3. Un secreto inesperado

En la aséptica habitación todos miraban a Beatriz, que se removía inquieta, inmersa en un sueño muy real. El del día que conoció al rey mago, hacía ya tantos años.

Caigo al mar, en un intento desesperado por comprender qué me ha empujado al vacío. Estaba con mis amigos, a orillas de este acantilado al que nunca debí venir, y ahora estoy cayendo. ¿Cuándo dejaré de caer? De pronto mi cuerpo estalla en mil pedazos, ¿o quizás es el agua que ha explotado a mi alrededor?

He dejado de caer, ahora es el océano el que me rodea. Intento encontrar la superficie, doy brazadas desesperadas, pero no consigo saber dónde está el fondo y dónde la salida en este inmenso mar.

Siento que los pulmones me comienzan a quemar, ¿será la sal que quiere inundarlo todo? Me estoy quedando sin aire, y la angustia explota en mi pecho. Incontrolable. Solo un pensamiento, gritado con fuerza en mi cabeza: No quiero morir. No aquí. No así. No ahora.

Sigo nadando, sin saber hacia donde; me resisto a abandonarme aquí. Debo salir como sea. Los músculos no me responden como deberían. Están cansados, los noto languidecer.

No, no, no.

De pronto, algo me coge con fuerza de la cintura, ¿será un último golpe de este mar que se niega a devolverme a la tierra? Pero no, este agarre tiene aún más fuerza que el océano. Unos dedos se clavan en mi cintura haciéndome daño, pero no me molesta, porque una paz que no esperaba comienza a manar en mi interior. ¿Será que estoy muriendo, y comienzo a ver la luz?

Noto el viento cortante en mi rostro, y abro los ojos de golpe, ¿cuándo los he cerrado? Inspiro con violencia, pero no consigo que el aire entre en mis pulmones, ¿qué está pasando? Entonces oigo apenas un arrullo, grave y dominante:

—Respira despacio, ya estás a salvo.

Sin saber a quién pertenece esa voz, pero con la total seguridad de que puedo confiar en ella, hago lo que me dice. Tomo aire poco a poco, y con satisfacción compruebo que ahora sí puedo respirar. Y lo hago, respiro,

respiro y no me canso de hacerlo, dejando que unos brazos fuertes rodeen mi pecho y me arrastren luchando contra la marea. Me preocuparía si no tuviera la certeza total de que él va a salir vencedor.

Cierro los ojos tan cansada que agradezco no tener que sostenerme, y me centro en esos detalles que solo se aprecian cuando el mundo grita tan fuerte que tú decides quedarte en silencio. Siento el calor de sus brazos que me rodean con fuerza, el olor salado mezclado con un agradable aroma a especias, que no me cabe duda de que procede de él. Y también noto su respiración, pesada y profunda, que responde al esfuerzo que está realizando para sacarnos del mar.

Entonces mis piernas rozan algo rasposo, y el peso de la gravedad cae sobre mí conforme me va dejando, con extrema suavidad, en el arenoso suelo. Espero a que mi cabeza toque también la dura superficie pero no lo hace, es su mano grande enterrada en mi pelo la que sostiene esa parte de mi anatomía. Y con curiosidad extrema, a pesar de que me duelen tanto los ojos que parece que van a ponerse a sangrar, los abro, despacio, para tropezarme con una mirada de un azul tan intenso, que me quedo sin aliento durante unos segundos.

Dios mío, qué ojos tiene este chico. Porque debe ser algo mayor que yo, quizás tendrá unos dieciocho o diecinueve años, pero se aprecia muy bien la juventud en sus rasgos. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, y repaso su rostro varonil, con un leve atisbo de barba rubia, para centrarme de nuevo en esa mirada. Dos o tres mechones de pelo amarillo le han caído enredándose con las pestañas, y observo fascinada cómo se los sacude con un movimiento sutil.

Llama mi atención algo que brilla bajo su oreja, y al fijarme me doy cuenta de que es un tatuaje en forma de sol, pero uno especial, que brilla iridiscente. Creo que si lo toco conseguiré que me caliente hasta el alma, pero no lo hago. En su lugar, devuelvo mi mirada a esos ojos preciosos, y observo que ha cambiado la expresión de extrema preocupación por una agradable sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —Los ojos masculinos vagan por mi rostro, en una caricia silente que no puede ser más placentera—. Me has dado un buen susto.

Pero ya se me ha olvidado el incidente, solo quiero saber quién es este hombre, el más maravilloso sobre la faz del universo.

—¿Quién eres?

Una sonrisa atraviesa sus labios y llega brillante a sus ojos, que parecen dos lagos profundos que poseen el secreto de la creación.

—Melchor. —*¿Cómo el rey mago? No le pregunto, pero no puede ser más apropiado, ya que es la respuesta a todos mis deseos—. ¿Y tú?*

—Beatriz... *Beatriz Bianchi.* —*Me vuelvo a perder en sus ojos, y un suspiro profundo y alargado sale de mis labios. Creo que le hace cosquillas en los suyos, porque está muy cerca y sonrío aún más—. Gracias por salvarme.*

—*Gracias a ti por darle emoción a mi día, Beatriz. Ha sido un placer.*

Sin despegar la mirada de mis ojos, me coge una mano fría entre las tuyas, y posa sus labios en el dorso. Y mi mundo se detiene, perdido en un mar azul que brilla lleno de iridiscentes reflejos.

—¿Y se supone que esta es la mujer que nos va a ayudar? Parece enferma —comentó Juno, la mayor de las hermanas Kinov, mientras paseaba tranquilamente alrededor de la cama de Beatriz.

—Por no mencionar que no tiene ni idea de nada, ¿cómo lo va a hacer?

Por el contrario Gaia no estaba tranquila en absoluto. Desde la muerte de su hermana Alethea, estar en movimiento era lo único que conseguía paliar su dolor.

—Parece enferma porque lo está, os recuerdo que a la señorita Bianchi la envenenaron hace solo dos días.

Melchor se encontraba extenuado de tener que amansar a aquellas dos fieras desde la llegada de Beatriz. Agradecía que Baltasar estuviera ayudándolo, si no la labor hubiera resultado imposible.

—Y respecto a que no conozca nada aún no lo sabemos, es preciso hablar con ella —intervino Baltasar—. Puede que sí sepa que es una bruja, al fin y al cabo, ¿vosotras estáis seguras?

—Puedo notar su olor a bruja desde la otra habitación —le explicó Juno—. Además el *decantador de oro* no hubiese dado su nombre para la misión de proteger las dependencias mágicas si no fuera así.

—¿No puedo hacerle un *hechizo despliegamente* y así salimos de dudas?

—No —gritaron al unísono Baltasar y Melchor ante la ocurrencia de Gaia—. No aceptamos ningún tipo de dominación entre estas paredes.

El *hechizo despliegamente* permitía observar el contenido del cerebro de una persona, como si de un mapa se tratara. Se solía hacer en contra de la

voluntad de la otra persona para conseguir información, por lo que se consideraba un hechizo de dominación de naturaleza oscura.

—La chica parece una bruja de la constelación de Pegaso, como nosotras, así que tenemos el mismo derecho que vosotros a llevárnosla.

Antes de que le diese tiempo a respirar de nuevo, Gaia se encontró con la espalda estampada contra la pared y la mano de Melchor cerrada en torno a su garganta.

—Intenta llevártela y será lo último que hagas, bruja.

—Suelta a mi hermana, Melchor. —La voz de Juno era fría y autoritaria—. Sabes que tengo un espíritu tranquilo pero no voy a permitir que la trates así.

Con una última mirada furiosa la soltó sin mucho convencimiento, poniéndose al lado de Beatriz para protegerla. Y recurriendo a su bendita paciencia, hizo una leve reverencia ante Juno a modo de disculpa. Sabía que su reacción había sido desmedida, pero todo su cuerpo estaba salvajemente activado para salvaguardar a la que consideraba su chica.

—¿Quién quiere una copa de *licor de supernova* para calmar los ánimos? —Baltasar cogió cuatro vasos echándoles un chorreón generoso del mueble bar de la enfermería de los magos—. Aunque es raro que haya alcohol en una enfermería, ¿verdad?

Gaia se adelantó y cogiéndole el vaso a Baltasar de la mano se lo llevó a los labios, bebiéndoselo de un solo golpe. Removió un poco el líquido en la boca e hizo algo muy extraño: tiró parte del contenido de su boca en la palma de su mano ahuecada, y el resto se lo tragó.

—Para la ocasión nos viene genial, porque no pienso perder ni un solo segundo más encerrada en esta habitación. Necesito aire para respirar. —Con los dedos de la otra mano sacó algo de dentro del líquido: un pegaso en miniatura perfecto, y se lo puso en la mano a un estupefacto Baltasar—. Esto te servirá para llamarme, es un *avisador*. Tan solo tienes que lanzarlo al aire pensando en mí, me buscará y vendré al lugar dónde lo has lanzado. Avisa con la más mínima novedad.

Entonces sacó su espada y empezó a trazar micro puntos luminosos en el aire, que formaron una red de tupidas estrellas; cuando terminó, la red brillante se contrajo como una pelota reluciente y con una pequeña explosión volvió a expandirse. En el centro del círculo estelar se formó un agujero negro, que fue creciendo hasta llegar al tamaño suficiente para que cupiera una persona. Y con un leve golpe de su mano a modo de despedida, Gaia se introdujo por aquel hueco, desapareciendo en su oscuridad.

El agujero se cerró unos segundos después y Juno emitió un suspiro resignado.

—Lo estamos pasando muy mal con la supuesta muerte de Alethea, y ella es demasiado impulsiva. No tiene ni idea de cómo llevar esto. —Juno se apoyó en una de las ventanas, que mostraba el paisaje seco de montaña que rodeaba el observatorio astronómico de Calar Alto, lugar que actuaba como tapadera de los magos—. En realidad ninguna sabemos cómo afrontarlo.

Melchor se acercó a la bella mujer, que tenía la vista perdida en la montaña para no tener que observar su interior, y se compadeció de ella. Porque a pesar de su templanza y aspecto fuerte, con el pelo recogido en un moño rubio oscuro que le daba un porte señorial, tenía que estar destrozada por dentro. No se imaginaba lo que sería perder a sus hermanos de magia ni a los de sangre, pero debía ser horrible.

Posando las manos en sus hombros le dijo con seguridad:

—Os ayudaremos a cazar a su asesino, y a que no caigan más brujas de vuestra constelación.

Juno se dio la vuelta y con los mismos ojos azul-morados de su hermana, le sonrió.

—Te doy las gracias, mago Melchor. —Inclinó la cabeza solemne para después volverse a mirar a Beatriz, que permanecía inmóvil en la camilla—. Si se despierta o conseguís algo de información, utilizad el pegaso *avisador* que Gaia os ha dado.

Y con otra inclinación de cabeza esta vez dirigida a Baltasar, Juno llegó hasta la puerta, dejando solos a ambos Reyes Magos.

Baltasar se sentó junto a su amigo encima de la mesa de la enfermería, dándole una palmada en el hombro.

—Hoy te vas a tomar la noche libre, ¿qué te parece?

—Que no debería. Hay mucho trabajo, miles de deseos por atender...

—Nada que no pueda esperar, además yo voy a estar trabajando toda la noche elaborando el mapa de estrellas de los deseos.

Por las noches los Reyes Magos solían sentarse tras los telescopios del observatorio, actualizando los mapas de estrellas, dibujando en unos tableros digitales grandes las protoestrellas que se estaban formando a raíz de que alguien pidiera un deseo. Porque los deseos importantes de las personas se traducían en la bóveda celeste con la formación de nuevas estrellas, que podían vagar sueltas o bien formar un grupo con otras estrellas. También existían deseos que se traducían aumentando la magnitud estelar, el brillo de

estrellas ya existentes.

Una vez trazado el mapa con las nuevas estrellas o el cambio de magnitud de las mismas, los magos llevaban la información al Centro de procesado de datos del observatorio, donde se metía la información en el ordenador central. Tras procesarla se podían entregar a las surcadoras de estrellas las coordenadas exactas de las estrellas de los deseos.

Estas hadas se dedicaban a vagar por el cielo nocturno, recogiendo en sus alas de luz el polvo de las nuevas estrellas que contenían los deseos de la gente. Y ese polvo después se analizaba en el laboratorio, dando a conocer el deseo y la persona que lo había solicitado. Un proceso intrincado que requería del trabajo conjunto de reyes, magos y surcadoras.

Melchor se frotó la cara con las manos y centró su mirada en Beatriz, en su cuerpo delgado bajo la sábana blanca, en la expresión ahora pacífica de su rostro; y a pesar de todo ese trabajo que tenía pendiente, miró a su amigo y asintió.

—Está bien, me quedaré un rato con ella, pero me tienes que prometer que no te despistarás con tus chicas.

Baltasar se puso una mano en el pecho, solemne, levantando la otra en el aire.

—Le doy mi palabra, Rey Melchor, esta noche solo tengo ojos para nuestro trabajo.

«Y para una bruja de mirada bicolor, pelo tostado y lengua y espada bien afiladas», pensó Baltasar, recordando el encuentro de aquella tarde con Gaia y las ganas que tenía de verla de nuevo. No solían llamarle las brujas, su altanería y orgullo, pero aquella mujer le había gustado mucho desde su primer encuentro. Por la determinación en sus movimientos, por la fuerza que exudaba por cada poro de su piel.

Observó el pequeño pegaso que Gaia le había dejado en la mano, brillaba con avaricia, intentando acaparar todas las miradas a su alrededor, y eso arrancó una sonrisa a Baltasar. «Es igual que su dueña», pensó. Guardándoselo en el bolsillo salió de la habitación, dejando solo a Melchor y sus cavilaciones.

Este se acercó a la cama, tocando suavemente la cascada de pelo castaño que caía desde la almohada, suave y brillante. Se lo acercó a la nariz inhalando fuerte, aunque solo con estar a su lado era imposible no captar el olor a bruja, esa mezcla a madera, tierra, hojas y nubes. En su adolescencia no tenía su esencia tan marcada, así que estaba claro que algo había reactivado su

poder, pero ¿qué?

Beatriz escuchaba un murmullo constante que se le antojaba lejano, aunque no era capaz de despertarse para descubrir su procedencia. Estaba inmersa en otro sueño brumoso, difícil de despegar, aunque en un momento de claridad pudo ver el rostro de su abuela. Sus ojos intentaban decirle algo pero ella no conseguía entenderla.

De pronto el escenario cambió, y se vio en lo que parecía una pequeña capilla. Estaba inusualmente vacía, un silencio poco natural reinaba a su alrededor, más desapaciguador que el peor de los ruidos. Dio una vuelta sobre sí misma observando lo que la rodeaba y entonces lo vio. Unas gotas de un líquido rojo salpicaban el suelo.

Beatriz se acercó siguiendo el camino que formaban las gotas, cada vez más juntas, que formaban pequeños charcos espesos de lo que parecía sangre sobre un suelo blanco y brillante.

El reguero daba la vuelta a la siguiente esquina y cuando Beatriz lo siguió, un grito agudo escapó de sus labios. Desmadejado en el suelo con la espalda apoyada en una pared, se encontraba un hombre con el cuerpo ensangrentado. La cabeza caída hacia delante imposibilitaba reconocer sus facciones, pero Beatriz no tuvo duda de que estaba muerto.

Se acercó poco a poco con el miedo impregnando cada movimiento, mirando alrededor por si veía a alguien, porque si allí había un cadáver el asesino no tendría que andar muy lejos, ya que por la cantidad de sangre y la posición del cuerpo, aquello no podía ser una muerte natural.

Mientras avanzaba se fijó en la pared sobre la que estaba apoyado el hombre, y comprobó con sorpresa que era una pintura de tres personas sobre las que rezaban tres carteles: Melchior, Gaspar y Balthassar. ¿Qué hacían allí representados los Reyes Magos?

Entonces volvió a bajar la mirada al cuerpo inerte y un destello en la zona de la oreja izquierda le llamó la atención. En contra de toda prudencia se inclinó sobre el hombre, acercándose a la fuente del brillo, un arete iridiscente que brillaba como si albergara todos los colores. Colgando del aro un pequeño sol, redondo y dorado, igual al que solía llevar su padre, que parecía poseer una fuente de energía en su interior dado el tremendo brillo que reflejaba.

Un escalofrío premonitorio la atravesó, y con toda la valentía que fue capaz de reunir llevó sus manos a la cabeza del hombre, cogiéndola por ambos lados y levantándola hacia arriba. Pudo notar la sangre pegajosa entre sus dedos antes de ver el rostro de aquella persona, entonces un grito aterrador se abrió paso en su garganta, rompiendo la quietud del lugar. El dolor le desgarró las entrañas y la apuñaló repetidas veces, al descubrir que la cara ensangrentada pertenecía a su padre. En ese momento despertó.

Tomando una honda bocanada de aire como si hubiese estado en el infierno, dio un respingo en la cama y notó como el sudor impregnaba su piel. Sentía el horror aún en su sangre y no podía entender lo que había visto. Se suponía que su padre había muerto en un accidente de tráfico, entonces ¿qué pintaba la visión que había tenido en el sueño? Le había parecido tan real...

Se incorporó en la cama de sábanas blancas de lo que parecía una enfermería, y al estirar los brazos para desperezarse algo cayó tintineando en el suelo. Beatriz se sentó en el borde de la cama buscando el origen del sonido y cuando lo vio, sintió como la fuerza se le iba del cuerpo, porque en medio de aquel suelo blanco inmaculado reposaba el arete que había visto en el cuerpo muerto de la capilla, en la oreja de su padre.

Bajó de la cama apoyándose en el borde porque sentía que todo daba vueltas, y cogió el pendiente que brillaba con una intensidad imposible. Lo puso sobre su palma observándolo con añoranza, apenas tenía nada de su padre desde que este murió, ya que su madre cegada por el dolor, se empeñaba en deshacerse de todo lo que le recordaba a él. El problema era que cuando has compartido una vida con otra persona, hasta el aire que respiras se siente con su aroma, por eso su madre, Beatriz Montalbán, cada vez se perdía durante más meses en las misiones humanitarias.

Como médico hacía una gran labor en aquellos países que más ayuda necesitaban, y eso le servía para evadirse del dolor. Beatriz no la culpaba, aunque la había echado mucho de menos y seguía haciéndolo, a pesar de vivir cada una en su casa. No ya su presencia física, sino los rasgos de su persona que parecían haber muerto el día que su padre desapareció.

De pronto notó cómo el pendiente de sol empezó a calentar la palma de su mano, produciendo un calor agradable que se fue extendiendo como hilos líquidos serpenteantes hasta llegar a cada uno de sus dedos. Conforme aquellas lenguas de calor iban lamiendo terreno por todo su cuerpo, Beatriz percibía que barrían las malas sensaciones, dejándola más ligera. Casi se sentía flotar en aquella habitación desconocida que tanto le recordaba a su

hospital, aunque la única paciente allí era ella.

Todo el mareo que notaba desapareció, y con energías renovadas se encaminó hacia la puerta abriéndose paso a un amplio pasillo. Al azar tomó el camino de la derecha, que la condujo por otro pasillo de paredes blancas sin puertas, aunque repleto de bellas fotografías enmarcadas. En una de ellas se podía ver una especie de disco oblicuo inclinado y muy brillante, en cuya base ponía que era la galaxia de Andrómeda. En otra se podía ver una estrella que brillaba con un fuerte tono rojizo, rodeada de otros grupos de estrellas que también emitían su resplandor con fuerza. En la base de cada una de las fotografías rezaba el nombre del objeto celeste que albergaba, y Beatriz se descubrió leyendo ávida la información.

Cuando volvió a girar a la derecha vio que había dos puertas abiertas al fondo. Una de ellas daba paso a una habitación que parecía un almacén, con filas de lejas y más lejas metálicas con contenido diverso difícil de reconocer. Le pareció ver una especie de lentes como las de sus prismáticos, y también recambios del tóner de una impresora.

La otra puerta contenía unas escaleras ascendentes que no dudó en tomar en busca de respuestas. No sabía dónde estaba y no soportaba estar perdida e indefensa, sin encontrar nada que reconociera. Beatriz subió varios pisos hasta que decidió que ya era suficiente, y llena de una seguridad desconocida empujó la puerta gris que la llevaba fuera de los repetitivos peldaños.

La visión al otro lado la dejó sin palabras.

Situado en el centro de una sala circular de paredes blancas, se alzaba un tremendo cilindro metálico, ancho como el más antiguo de los árboles y alto como un pequeño edificio, que apuntaba al cielo a través de una apertura en el techo. El aparato estaba abrazado por unos inmensos brazos metálicos anclados al suelo, que lo mantenían inclinado y alzado en una determinada posición. En uno de los laterales la base tenía anclado un pequeño tubo negro, por cuyo visor se hallaba observando un hombre de cabello rubio como el sol. Su Melchor. Su añorado Rey Mago, el protagonista de tantos y tantos *sueñicuerdos*.

El mago volvió la cabeza sorprendido y cuando la vio, sonrió ampliamente.

—Acércate, quiero que veas algo.

Su voz retumbó en aquel espacio inmenso en forma de esfera, y sin mediar palabra Beatriz recorrió la distancia que los separaba, con cuidado de no tocar los numerosos aparatos y ordenadores que llenaban aquel lugar. Se colocó junto a él ante la atenta mirada del mago; Melchor miró de nuevo por el

tubito negro y separándose del mismo la invitó llamándola con la mano a que lo imitara y echara un vistazo. Entonces Beatriz comprendió que estaba ante un telescopio, en tamaño gigante pero parecía eso, y lo tuvo mucho más claro cuando miró por la lente de aquel gigante, quedando maravillada.

Ante sus ojos apareció un círculo denso de luz que estaba rodeado de un millar de puntitos luminosos, que parecían besarse los unos a los otros. Los puntitos se iban diseminando desde el círculo principal, salpicando el cielo nocturno para vestirlo de fiesta.

—Es un cúmulo de estrellas globular, que está formado sobre todo por estrellas viejas.

—¿También las estrellas cumplen años?

—Creo que todos lo hacemos sin excepción, aunque a ti en particular te sientan mejor que al resto.

Beatriz se volvió hacia el hombre que la observaba con aquellos ojos profundos como el mar, y no pudo evitar ponerse tan roja como las cerezas que adoraba comer. Una sonrisa suave estiró sus labios.

—Hace mucho tiempo. —Y con aquellas tres palabras se refería a tantas cosas: hacía mucho tiempo que no se veían, tanto o más que lo soñaba, y demasiado que lo deseaba—. ¿Entonces me recuerdas?

—Llevo trece años echándote de menos, Beatriz. Yo nunca olvido a una amiga.

Se miraron con una de esas grandes sonrisas que solían utilizar antaño, y con la sincronía de dos almas amigas se lanzaron el uno a los brazos del otro. El cuerpo fuerte y contundente de Melchor la acogió en un cálido refugio, y sintió como los huesos se le derretían del placer. Sabía que era un error, pero aún así inhaló su pecho caliente, y la ya conocida mezcla de especias inundó sus fosas nasales, sacando a flote todos los *sueñicuertos* en los que aparecía su flamante mago.

Se separaron con pereza para volver a sumergirse en sus ojos.

—¿Y dónde se supone que estamos? —preguntó Beatriz dando una vuelta sobre sí misma para empaparse de lo que la rodeaba.

—En el observatorio astronómico de Calar Alto, en Almería.

—¿Almería? —Beatriz se volvió mirando con los ojos muy abiertos a su acompañante—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—En coche, por supuesto —mintió, no era el momento de hablarle de otros peculiares medios de transporte.

A pesar de la preocupación de la joven, Melchor parecía divertido con la

situación.

—Pero de Madrid aquí se tardan unas horas, ¿cómo nos ha dado tiempo a llegar?

Melchor se adelantó hasta cogerla por los antebrazos con cariño. Sus ojos como el mar en calma observando sus reacciones.

—Beatriz, han pasado dos días desde la noche que nos reencontramos. —Al ver cómo ella abría la boca como si le faltara el aire, le aclaró—: He hablado con tu amiga Elena y ella también ha hablado con vuestra supervisora. Le ha dicho que te tomabas unos días libres.

—¿Has hablado con Elena? —No pudo evitar sentirse algo indignada, ya que no le gustaba que interfirieran en su vida sin preguntar, ni siquiera el hombre de sus sueños.

—Y ahora lo harás tú.

Tendiéndole un móvil la soltó para dejarle su espacio, notando la reticencia entre las emociones que la gobernaban, y se encaminó de nuevo al telescopio. Beatriz marcó el número de su amiga pero cuando iba a darle al botón de llamada, se detuvo.

—¿Qué se supone que debo decirle? No tengo ni idea de lo que ha pasado estos dos días. —La mirada de desconfianza que captó Melchor con aquella frase le partió el corazón—. Además creo que tu versión y la mía deberían coincidir.

—Yo le conté que era un viejo amigo tuyo, y que te había llamado para hacer un viaje rápido a Andalucía y tú me habías dicho que sí. —Beatriz frunció el ceño sorprendida de que su amiga hubiera aceptado aquello, por lo que él le aclaró—. Me costó mucho convencerla hasta que le dije mi nombre, entonces pareció tranquila y solo me dijo que la llamaras cuanto antes.

Beatriz enrojeció ante la mirada interrogativa del mago. Supo que quería saber por qué le había hablado a Elena de él, qué le había dicho, y la verdad era tan humillante que nunca podría confesársela: que hubiese sido imposible no decirle nada a su amiga porque estaba colgada de Melchor desde hacía mucho tiempo. Del chico inalcanzable, del hombre que nunca se fijaría en alguien como ella, a pesar de haber probado el aleteo de sus labios hacía ya demasiado.

De lo que nunca le habló a Elena fue de que Melchor era un mago, porque sabía de sobra que no la creería. Incluso a ella le costaba creerlo.

—Sí, le he hablado de ti en alguna ocasión.

—Es una suerte, si no hubiese mandado a todas las fuerzas especiales de la

policía en tu rescate. —Sonrió metiéndose las manos en los bolsillos de los desgastados vaqueros negros—. Me encanta que tengas amigas así.

—Y a mí.

Y con sus miradas unidas como si un hilo indivisible las mantuviera presas, marcó el teléfono de Elena, que le contestó con un acalorado:

—¿Cómo estás?

—Muy bien, nena, solo es que perdí el móvil y hasta hoy no he podido hacerme con otro.

El bufido de su amiga señalaba que no se creía nada.

—No vuelvas a desaparecer en tu vida, ¿me has oído?

—Nunca lo volveré a hacer —replicó divertida por la voz maternal que empleaba su interlocutora.

—Entonces, ¿es cierto? —El cambio en el tono de su amiga la relajó, Elena había sacado su tono pícaro—. ¿Cómo han tratado los años a tu amor adolescente?

Beatriz tapó el altavoz con la mano para que Melchor no oyera nada, y se alejó unos pasos simulando despiste.

—Bastante bien, diría yo.

—O sea que está muy bueno.

—Es una forma de decirlo. —Ambas compartieron una carcajada ronca—. Ahora mismo estamos en Almería observando estrellas.

—Con que es un romántico, ¿eh? —Casi podía ver cómo Elena entrecerraba los ojos—. Lleva mucho cuidado y llámame todas las noches, ¿me oyes?

—Sin falta, mi capitana.

—Y utiliza protección, que ambas sabemos lo feas que son algunas enfermedades de transmisión sexual que pasan por la puerta de urgencias.

—¡Elena!

Y con otra carcajada mutua y una despedida llena del cariño que se tenían, colgó el teléfono y se quedó mirando a Melchor, que a pesar de estar observando el cielo sabía que no había perdido detalle de la conversación.

—No te he traído aquí solo para ver las estrellas. —Girándose de nuevo hacia ella, vio como en sus labios aparecía una sonrisa de disculpa por haber escuchado la conversación—. Este observatorio astronómico es uno de nuestros centros de operaciones, que están repartidos por todo el mundo.

—¿Qué tipo de operaciones?

—Tú ya lo sabes, querida, en nuestros centros concedemos deseos, por supuesto. A eso dedico mi vida entre otras muchas cosas. —Melchor la cogió

de la mano apretándola con ternura, tirando de ella hasta una gran pantalla—. Te debo gratitud infinita por haber guardado el gran secreto de los Reyes Magos.

—No ha sido para tanto, siempre he contado con la ventaja de saber que alguien vela por mis deseos, aunque no siempre se cumplan.

«Si supieras que yo te bajaría la luna del cielo solo para poder besar tu sonrisa...», pensó Melchor. Pero por supuesto no lo dijo. Ellos dos no podían tener nada, ya que un mago durante su reinado no podía establecer relaciones de pareja. Era una de esas reglas ancestrales y obsoletas que nadie se había preocupado en modificar. Por no nombrar el peligro constante que los perseguía, y al que no la quería exponer.

—Por desgracia, solemos llegar a muchos deseos pero no a todos. —Cuando estuvieron delante de la pantalla del monitor del ordenador, Melchor puso un dedo sobre uno de los cientos de puntos dibujados sobre un fondo negro—. Cada puntito que ves aquí representa una estrella de los deseos que ha aparecido en la bóveda celeste, porque alguien ha anhelado algo. Ves que hay puntos de diferentes colores porque los deseos, según sean más recientes o más viejos, hacen brillar a la estrella de un modo diferente. Más azules los más recientes, rojizos los antiguos.

—¿Y para qué los dibujáis? —Beatriz siempre había tenido un hambre insaciable de conocimientos, por eso escuchaba a Melchor con todos los sentidos.

—Esto que ves es un mapa de estrellas, los puntitos están encuadrados en unas coordenadas, que es la dirección que emplean las surcadoras de estrellas para encontrarlos. Es una especie de GPS estelar.

—¿Esas surcadoras cazan estrellas?

Una carcajada musical reverberó en el pecho de Melchor, y Beatriz notó como el sonido le hacía cosquillas en la barriga.

—Es muy difícil cazar una estrella, son grandes y están muy calientes, pero sí se puede conseguir el polvo procedente de las estrellas de los deseos. Las surcadoras recogen en sus alas lo que llamamos polvo estelar de las capas externas de las estrellas, y lo traen al centro de procesamiento de datos del observatorio.

—Parece un proceso más científico que mágico. —Beatriz se perdía entre todo aquel galimatías, pero estaba dispuesta a descubrir mucho más.

—Realmente es una mezcla de ambas cosas, hemos refinado mucho las técnicas desde nuestros antepasados.

—¿Y qué pinto yo en este lugar?

Beatriz dirigió la mano hacia sus gafas, en un gesto automático que hacía con frecuencia para ajustarse las grandes gafas de pasta roja a la nariz, pero descubrió que las lentes no estaban resbalándose porque no las llevaba. ¿Cómo era posible? Desde pequeña las había necesitado, y de pronto lo veía todo con total nitidez sin ellas. Cerró los ojos y los volvió a abrir varias veces, con el mismo asombroso resultado, una visión perfecta. Quizás había sido fruto del veneno del brujo serpiente, o puede que aquel edificio tuviera algún tipo de encantamiento mágico. De cualquier manera el resultado era inmejorable, por eso decidió que ya le buscaría explicación más tarde a aquello.

Sin decir nada se dejó guiar por Melchor, que cogió de nuevo su mano dirigiéndola hacia el exterior de la sala esférica. Desembocaron en un corredor y anduvieron hacia el fondo del mismo, que terminaba en una pared en apariencia sin ninguna apertura. Aquello a todas luces era un callejón sin salida.

Conforme se iban acercando, Beatriz miraba alrededor en busca de su destino, quizás alguna palanca mágica escondida abriría un túnel. Pero cuando llegaron frente a la alfombra colgada en la pared, no sucedió nada. La curiosidad le pudo y llevó su mano a la tela, levantándola para descubrir el secreto, pero allí no había nada excepto una fuerte pared de piedra.

Miró a Melchor que la observaba divertido y compuso un gracioso mohín molesto por ser el motivo de su sorna. Con la cabeza bien alta se volvió de nuevo hacia la alfombra allí colgada, dispuesta a disolverla con el poder de su mirada. Eso fue lo que consiguió arrancar otra carcajada al hombre.

—No debes esperar trucos como los de Harry Potter en cada esquina, ¿sabes? Me honra porque son grandes libros, pero somos otro tipo de magos.

—¿Quién te dice que los esté esperando?

—Tu mirada ansiosa sobre un trozo de tela como si hubiera un tesoro tras ese muro —contestó Melchor levantando una ceja rubia.

—Te equivocas, amigo, ya sé que no sois ni la mitad de mágicos que Harry —replicó con escepticismo, sacudiendo su melena ondulada—. Solo he imitado lo que tú hacías, no parabas de mirar esta alfombra mientras nos aproximábamos.

—Veo que la cabezonería sigue contando entre tus puntos fuertes, querida.

—No lo sabes tú bien —soltó entre dientes.

Entonces Melchor alzó las manos para agarrar una barra metálica horizontal

anclada al techo, poniendo los pies en la parte baja de la pared que tenían en frente. Después se giró hacia Beatriz que lo miraba escéptica.

—Ya que estás imitando todas mis tonterías, señorita Bianchi, te invito a que sigas haciéndolo. Así te podré explicar qué haces aquí.

El reto azul en su mirada no dejaba lugar a una negativa. Eso y su encantadora sonrisa, tan segura y tentadora que la hacía sentir capaz de pisar las llamas del infierno.

Beatriz se cogió a la barra y puso los pies sobre la base de la pared como él, para después descubrir anonada cómo Melchor comenzaba a caminar hacia arriba por la pared, ayudándose de la barra.

—¿Pretendes caminar por una pared vertical? ¿Acaso eres Spiderman?

—Cuántos niños humanos piden ese juguete por Navidad, me halaga que me veas como a él.

—Igual de loco sin duda, lástima que a ti no te salgan telarañas de las muñecas. —Viendo que él seguía caminando y que a ella le costaba horrores, no pudo evitar quejarse—. ¿A dónde diantres pretendes llegar? Que ya tenemos una edad para los deportes extremos.

De la nada Beatriz pudo ver cómo se formaba un punto negro bajo sus zapatos, que parecía querer absorber su suela. Intrigada siguió caminando y el punto fue haciéndose cada vez más grande, así como la fuerza con la que la negrura la absorbía. Asustada miró a Melchor, que la observaba con esa irritante sonrisa que tantas ganas tenía de borrar a besos, y sus ojos le dieron la seguridad que necesitaba justo cuando el agujero negro la absorbió por completo, lanzándola en un torbellino en el que parecía girar y girar sin ver nada, hasta que su cuerpo chocó contra algo duro.

Tomó aire y al hacerlo se impregnó del olor de su mago, oscuro y picante, tan cautivador que le erizó el vello del cuerpo, más cuando se dio cuenta de que eran sus brazos los que la rodeaban. La cobijaba entre las piernas, con la espalda de Beatriz pegada a su pecho, que estaba ceñido por los brazos de Melchor, ambos sentados en el suelo más increíble que hubiese visto en su vida, si es que en algún momento se atrevía a pisarlo.

Entrelazados por la más fina de las costureras, se encontraban cientos de brillantes haces plateados, tan finos que apenas se podían distinguir entre ellos. Como si fueran hilos, esos haces unían unos puntos luminosos que parecían estrellas microscópicas, como ese juego de unir los puntos para formar una figura al que solía jugar siendo niña. Lo más increíble era que entre las estrellas solo se podía observar la más completa de las negruras, como si

en aquellos pequeños huecos no hubiera suelo.

Cuando levantó la vista tuvo que abrir y cerrar varias veces los ojos para comprender lo que veía, porque la red plateada se extendía por paredes y techo, formando lo que parecía una esfera brillante suspendida en el cielo nocturno. Varias plataformas sobresalían de las paredes de la esfera a diferentes alturas, y en ellas se podía ver a la gente trabajar yendo atareados de aquí para allá, tras ordenadores y otros aparatos que no había visto nunca.

—Estamos en un COE, un Centro de Operaciones Estelares. —Melchor se puso en pie tendiéndole su robusta mano para ayudarla a levantarse—. Este en concreto es una Central mágica de procesamiento de deseos estelares, anclada a través del túnel de materia oscura que hemos pasado a las coordenadas del observatorio. Las surcadoras de estrellas tejen los COE con el polvo estelar que les sobra en sus expediciones y aquí se hace el grueso del trabajo para que a la gente se le cumplan sus deseos, ¿quieres echar un vistazo?

«¿Y quién no?», pensó Beatriz mirando alrededor como si aquello fuera parte de un sueño, porque quizás lo era. Por su rostro, Melchor tuvo clara la respuesta, y comenzaron a caminar por aquel caos flotante.

—¿Entonces los observatorios astronómicos son en realidad la tapadera de los Reyes Magos?

—Podríamos decir que sí, unos esconden los COE, y otros dan acceso a las escuelas de los magos. Nosotros tenemos la suerte de contar con ambas estructuras en este lugar.

Melchor hizo un gesto extraño con la cara como si se mordiera la lengua. Sabía que le estaba dando demasiada información a aquella mujer, pero se sentía tan cómodo con ella que no podía evitarlo.

—¿Existen escuelas para ser como tú?

Beatriz abrió mucho los ojos de miel, maravillada con la idea.

—Hay varias escuelas de magos repartidas por el mundo, y no todos los magos terminan siendo reyes. Para convertirte en Rey Mago tienes que elegir superar ciertas pruebas y llevarlo en la sangre, claro —le explicó mientras pasaban entre dos plataformas flotantes del extraño material lumínico que era el polvo de estrellas. Ambas plataformas eran pilotadas por dos hombres de piel morena y cuerpo recio, con un bonito gorro persa en la cabeza. Con una especie de joystick de los que se utilizaban en los videojuegos, subían, bajaban y giraban la plataforma a su antojo. Al ver que Beatriz los miraba, aclaró—: Esos hombres que ves son magos que se gradúan en la escuela, sin la condición de rey, y eligen trabajar aquí.

Entonces una increíble mujer apareció de la nada delante de ellos, agitando sus alas blancas con gracia, creando una leve corriente de aire que movió los mechones chocolate de Beatriz. Alta y de piernas interminables apenas cubiertas por una etérea faldita de gasa blanca, se sorprendió al descubrir que sus pechos no iban cubiertos más que por la larga melena plateada, que se colocaba estratégica en aquella zona.

Los ojos alargados del color del acero fundido de aquella mujer hada, recayeron en Beatriz, repasándola de arriba abajo. Una sonrisa se extendió en su rostro, y acercándose a ella le colocó las manos a ambos lados de la cara. Sorprendida, Beatriz intentó alejarse, pero se vio envuelta en las alas de aquel ser, que la cubrieron haciéndolas girar a ambas como un torbellino sobre sí mismas.

Beatriz pudo ver cómo la rodeaban decenas de momentos de su vida, no solo los fotogramas de los mismos, no, se veía inmersa en cada lugar pudiendo notar todo por los cinco sentidos: el calor de las velas del último cumpleaños de su abuela, el olor de su padre cuando iban juntos en el coche, el sabor del beso con ese Melchor de hacía tantos años... Y no solo eso, lo que la descolocó por completo fue que pudo sentir sus *sueñicuerdos*, en concreto uno que era su sueño más deseado: Melchor y ella bajo las sábanas de la cama, las piernas enroscadas, el pelo de ambos revuelto en una amalgama de dorado con chocolate, mirando juntos el cielo estrellado.

De forma abrupta dejaron de girar y pudo sentir los labios de la mujer, que le susurró junto a la oreja antes de separarse:

—Ese deseo tuyo se cumplirá, ¿sabes? Yo misma lo he recogido del firmamento. Veo muy bien vuestra conexión.

Y con un guiño de ojo volvió a su posición inicial sin esperar una respuesta. Beatriz, mareada, intentaba reponerse de la impresión, ¿a qué se refería con lo de la conexión? ¿Y cómo había accedido aquella mujer a su mente? Vio como Melchor le dedicaba una mirada reprobadora a la chica alada.

—Podías haber sido algo más sutil, ¿no crees?

—Entonces no disfrutaría del momento, y los momentos divertidos a mi edad hay que cuidarlos como gotas de ambrosía. —Y es que las surcadoras podían vivir tanto como las estrellas—. Como bien sabes, amigo, esta chica es de fiar.

Beatriz miró a Melchor entrecerrando los ojos, intentando saber por qué la mujer le había dicho aquello.

—¿Dudabas de mí?

—En absoluto, es un procedimiento rutinario que ni siquiera yo puedo frenar —le explicó cogiéndole las manos—. Esta mujer que tienes delante es una surcadora de estrellas, y además de recoger el polvo estelar de las estrellas de los deseos, es capaz de rescatar de la mente cada uno de los recuerdos de una persona, incluso aquellos que la persona ha olvidado.

—Incluso el contenido secreto del subconsciente —indicó con voz sugerente el hada plateada. De ahí que hubiera podido acceder a sus *sueñicuerdos*.

—Todo esto es muy útil para detectar posibles enemigos, y por desgracia no son pocos los que quieren atentar contra los magos y todo lo que nos rodea.

Mientras se lo explicaba, Melchor hizo un gesto con la mano a uno de los magos que conducía las plataformas móviles, y este se acercó. Beatriz lo saludó admirando la blancura de sus dientes en la sonrisa fugaz que le correspondió, y montaron en la roca flotante mientras la surcadora desaparecía en un remolino plateado.

—¿Y quién querría algo malo para vosotros? Os dedicáis a hacer realidad los deseos de la gente.

Melchor sonrió encantado con la inocencia de aquella inteligente mujer, y sin poder contener las ganas de acariciar las suaves pecas que salpicaban su nariz, dejó resbalar sus dedos desde la frente hasta la punta de esta, permitiéndose que un dedo perezoso rozara también el labio superior en la caída. Voluptuoso y tan suave que se demoró algo más de lo necesario, lo suficiente para llamar la atención de Beatriz, que antes estaba perdida en la grandiosidad que les rodeaba, pero con aquel contacto se centró por completo en él.

Sus ojos llamearon buscando en las profundidades azules del mago ese algo, esa chispa que había encendido en su interior con su toque. Y aunque fuera ridículo le pareció verlos más oscuros, más tempestuosos que nunca. Quizás en sus sueños también adquirirían esa tonalidad, cuando él le acariciaba de todas las formas posibles y ella clamaba al cielo y a los cuatro vientos que fuera más allá, que lo tomara todo. Claro que en la realidad, por muy estrambótico y raro que fuera lo que les rodeaba, nunca podría gritar como quería que la abrazara y la amara por toda la eternidad.

Con la seguridad de estar haciendo el ridículo y tener un escape serio de baba, Beatriz puso su sonrisa más formal y se alejó unos pasos del hombre magnético, como lo iba a llamar a partir de entonces. Y como si nada hubiese ocurrido, aunque ambos sabían que no era así, retomaron la conversación.

—La historia de los Reyes Magos se remonta siglos atrás, ¿has leído alguna

vez el pasaje de la Biblia que habla sobre los magos?

—Suelen ser otros los libros que hay en mi mesilla, querido —le dijo con el mismo tono que él había empleado antes—. Ya sabes, historias de amor, pasión y amistad.

—Humm, me hago una idea.

La miró con los ojos entrecerrados recordando las veces que la había espiado por la *ventana intermateria* del techo, el ansia con que leía sus libros favoritos de: Lena Valenti, Noelia Amarillo, Megan Maxwell, Olivia Ardey, Ángeles Ibirika, Alissa Brontë, García de Saura y muchas otras maravillosas autoras que llenaban de sueños sus días. Para él la lectura también era una parte crucial en su vida.

—En el evangelio de Mateo se menciona a unos magos que siguen una estrella para encontrar a Jesús y adorarlo, ¿no es cierto?

—Claro, viajan a Jerusalén y le llevan el oro, el incienso y la mirra.

—Y también se cuenta que hablan con el rey Herodes para preguntarle por el rey de los judíos que ha nacido, y este no sabe dónde está, así que les pide a los magos que cuando lo encuentren vuelvan para revelarles su paradero y que él también pueda adorarlo.

—Pero es mentira, porque lo que él quería en realidad era matarlo.

—El hambre de poder suele ser un arma mortal —suspiró con pesar el Rey Mago.

Beatriz lo miraba con interés intentando ver a donde quería llegar con aquella historia tan conocida por todos.

—La historia también cuenta que un ángel se le apareció a los magos, advirtiéndoles de que no desvelaran la ubicación de Jesús al rey, y así lo hicieron marchando por otro camino para que no los detectara la guardia real.

—Sí, es la historia que nos solían contar en el colegio, también la atrocidad que mandó realizar después Herodes matando a inocentes que nada tenían que ver —escupió Beatriz con asco aquellas palabras.

—Por desgracia la historia está llena de barbaries, pero me centraré en lo que te quiero contar.

Melchor la llevó hasta la barandilla que rodeaba la plataforma volante, que tenía anclada una tablet en sus barras. Toqueteó la pantalla y apareció una foto ampliada de un tatuaje rojo. A simple vista parecía una esfera normal, pero si te fijabas se podían apreciar varios círculos concéntricos que parecían querer entrecruzarse entre sí.

—¿Lo reconoces?

Beatriz lo observó más atentamente, y el recuerdo emergió en su mente.

—Se parece al del chico del pub de la otra noche.

—Es una estrella roja, el tatuaje de la Orden de Herodes, y ese hombre lo llevaba porque era uno de ellos. —Melchor apretó los dientes al recordar cómo aquel malnacido casi había conseguido quitarle la vida a su chica—. La Orden de Herodes se formó cuando el rey aún vivía, y se dedican a perseguir a los magos y a todos los que se relacionan con ellos. Su propósito principal es eliminarnos.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Beatriz horrorizada.

—Venganza, odio ¿qué más da? El terrorismo también es una realidad en tu mundo. —Melchor suspiró mientras volvía a tocar la tablet en busca de otra imagen—. El rey Herodes enfureció cuando supo que mis antepasados magos se habían ido sin desvelarle dónde se escondía Jesús, entonces buscó a sus mejores hombres y les ordenó darles caza. No los encontró, pero sus descendientes nunca dejaron de buscarnos. Y así han pasado cientos y cientos de años hasta nuestros días, en una caza que nunca tuvo ningún sentido.

Beatriz tenía la mirada perdida, inmersa en las palabras envolventes que Melchor utilizaba para contarle la triste historia. Qué estúpidas batallas libraba el hombre, cuánto odio sin sentido. Melchor le señaló para que mirara de nuevo la pantalla de la tablet, y se encontró con el rostro encantador y risueño de una joven.

—Es Alethea Kinov, murió hace unos días y creemos que su asesino pertenece a la Orden de Herodes. —Observó cómo los grandes ojos de Beatriz se empañaban de lágrimas—. La misión de Alethea era realizar el hechizo de protección que se renueva anualmente en las escuelas de magos, los observatorios y los planetas mágicos asociados con nosotros. Sin ese hechizo estamos expuestos a cualquier ataque de los herodianos, y el resto de planetas a cualquier tipo de invasión.

—Es horrible. —¿Qué ser tan despreciable mataría a una chica a sangre fría?

—Lo es, pero hay una solución, porque el *decantador de oro*, que es el objeto mágico que determina quién debe realizar el hechizo de protección cada año, ha elegido ya a la persona que la tiene que sustituir.

Beatriz, que estaba perdida en sus pensamientos imaginándose cómo sería aquel objeto dorado, no se esperaba el desenlace de aquella historia. Por eso se sorprendió cuando Melchor le cogió el rostro entre las manos, y mirándola con lo que parecía compasión, soltó:

—Tú eres la elegida para hacer el hechizo de protección, Beatriz, lo que

quiere decir que hay algo mágico en ti. —La cadencia lenta de sus palabras la hipnotizó, y solo pudo centrarse en el movimiento de sus apetitosos labios mientras sentía cómo la información cortocircuitaba su mente—. Nuestro destino está en tus manos, ¿nos ayudarás?

Beatriz Bianchi era una mujer hecha y derecha, nunca eludía sus responsabilidades ni las posponía en el tiempo, pero la presión que Melchor le puso sobre los hombros, como si el peso de una pirámide se posara sobre ella, pudo más que cualquier fuerza de voluntad. Y como si una mano la intentara hundir en arenas movedizas, sintió que su cuerpo se derrumbaba. Lo último que oyó en ese torbellino de colores que se forma cuando vas a perder la consciencia, fue su nombre susurrado dulcemente por el Rey Mago que la sostuvo en brazos, impidiéndole caer.

4. La maldad no siempre reconoce a su igual

El acero del cuchillo ensangrentado brillaba a pesar de la tenue luz que alumbraba la estancia. Era una de las cosas que Jacob Mendel odiaba, tener que vivir a la sombra cuando creía con tanta firmeza en lo que hacía. Porque los Reyes Magos, las brujas y esas malditas surcadoras de estrellas, eran una asquerosa plaga que no debía existir. Se tocó el tatuaje del cuello, una protoestrella, lo que simbolizaba el inicio de una nueva era que estaba por venir, libre de aquellos magos y demás seres mágicos. Pero, ¿cuándo? Jacob, líder de la Orden de Herodes y hombre sanguinario sin escrúpulos, no veía el momento.

Sentado tras la tosca mesa de madera, observaba cómo uno de sus hombres volvía a golpear con rudeza la mejilla y el ojo de un mago maniatado, volviéndole la cara hacia atrás sin que este opusiera resistencia. Se apreciaba que no le quedaban fuerzas para luchar, y se podría considerar injusto golpear a otra persona que ni siquiera podía defenderse, pero para Jacob aquello no dejaba de ser un mero trámite para conseguir información, y el fin siempre justificaba los medios.

Por eso harto de esperar, agarró la empuñadura del cuchillo entre los dedos de la mano derecha y fue con paso firme hasta el detenido. Le cogió el escaso pelo de la cabeza en un puño, tirando fuerte hacia atrás para encontrarse con su mirada. El brillo asustado que despedían los ojos de aquel tipo le satisfizo enormemente, y es que Jacob encontraba cierto disfrute en el sufrimiento ajeno.

—Solo vas a salir de aquí con vida si me dices el nombre de la persona que ha elegido el *decantador de oro*. —El tono autoritario y frío fue reemplazado por otro algo más amigable para añadir—. Nadie vale la pena más que tu vida, amigo, así que piensa bien lo que vas a hacer.

—Es un secreto bajo juramento.

— ¿Tanto vale la pena ese juramento para que des tu vida por él? Por no hablar de tu preciosa mujer y ese hijo tuyo tan parecido a ti.

«Por supuesto que lo vale», pensó el mago que trabajaba en el observatorio de Calar Alto como administrativo de los Reyes. Pero la vida de su mujer y su hijo estaba por encima de cualquier juramento, y tenía que vivir para protegerlos. Le mantuvo una mirada dura a aquella sabandija y deseó que

Melchor, Gaspar o Baltasar le dieran caza.

Con reticencia y sintiendo el sabor amargo de la traición en su boca, le contestó escupiendo las palabras con odio:

—Solo sé que la elección del decantador fue Beatriz Bianchi, y hay dudas sobre si es una bruja.

—Pero eso es imposible —rugió Jacob irguiéndose en toda su altura, dejando así descansar al pobre mago del tirón del pelo.

—Eso no lo sabemos, ¿verdad?

Mendel dio varias vueltas por la pequeña habitación. A su paso, los tipos que se suponía que estaban en su bando se apartaban con premura, lo que no hablaba muy bien de él. Pero lo que le dio pie al mago a hacer lo que hizo, fue la mirada que le dedicó Jacob desde lejos. Fría, vacía de toda vida y repleta de odio. Y en ese segundo se arrepintió de haber hablado, porque supo que Mendel no era un hombre de palabra.

El mago se concentró en esa llamita inmortal que vive en el interior de todos, el alma que no está atada a ningún cuerpo ni ninguna existencia. La población mágica tenía la suerte de que, al morir, podían destinar su alma a proteger a los que más amaban. Era una especie de escudo custodiado por un ángel de la guarda, que actuaba de defensor hasta que las personas protegidas morían, de forma que nadie las podría matar, solo podían morir de causas naturales. Y el mago no lo dudó, murmuró las palabras mágicas del hechizo *Scudi Alma*, que anclarían su alma de por vida a su mujer y su hijo Rafael, y observó lo que ya sabía que pasaría, no había esperanza para él en seguir con vida.

Porque Jacob, muerto de rabia por no tener más información que el nombre de una mujer que podría ser de cualquier lugar del mundo, fue hasta él, con la mandíbula contraída y el cuchillo lleno de sangre húmeda que no se había molestado en limpiar, y se lo puso contra la piel del cuello.

—Seguro que sabes algo más, te exijo que me lo digas ahora si no quieres que toda tu familia muera bajo mis manos.

Entonces el mago sonrió con seguridad, a pesar de estar maniatado y exhausto, y consiguió estar en paz consigo mismo cuando dijo en voz alta y clara las palabras que firmarían su sentencia de muerte:

—Tengo la certeza de que nadie de mi familia morirá bajo tus manos, bastardo —observando la expresión contraída de aquel matón, sonrió más ampliamente—. Es más, sé que tú morirás bajo la mano de los Reyes.

Jacob volvió a cogerlo por el pelo y sin contestarle le rajó el cuello,

quitándole la vida en apenas un segundo. A paso rápido fue hasta la puerta de la habitación, pasando junto a uno de sus hombres, y tirándole el cuchillo sin mirarlo, ordenó:

—Límpialo y ocúpate de que todo esto se quede en orden.

Jacob se dirigió a su despacho, y una vez sentado tras la mesa de madera caoba, se sirvió un vaso de whisky con hielo apoyándose en el respaldo de su silla de cuero. Odiaba la lentitud con la que trascurrían sus pesquisas para cazar a alguien, le daba igual qué mago fuera, necesitaba resultados cuanto antes. La voz de su secretaria por el intercomunicador lo devolvió a la realidad, fastidiándole el momento:

—Tiene visita, señor Mendel. Un joven requiere verle.

—Creía haber dejado claro que no quiero que nadie me moleste —espetó furioso.

—Creo que es importante, señor, dice tener el *aguijón dorado*.

—¿Cómo dices, Britania? —Una ávida curiosidad se empezó a abrir paso en su mente.

—Lo mejor es que hable con él, señor.

—Hazlo pasar.

Britania era una de las pocas mujeres que siempre conseguía sorprenderle. Había sido su secretaria durante diez años, y a pesar de lo muy mal que la trataba, ella siempre salía airosa de todos sus encuentros y conseguía aportar información interesante.

Aunque sabía que entre sus colaboradores había algún ser mágico, no estaba preparado para ver cómo un brujo entraba por su puerta. No hacía falta más que olerlo para saber que la magia corría por sus venas, y él la detestaba enormemente. Aún así y por la información que le había dado su secretaria, dejó que aquel tipo vestido entero de negro y con larga melena oscura pasara, indicándole con un gesto parco de la mano que se sentara.

Este rechazó el ofrecimiento con una inclinación de cabeza a modo de saludo, quedándose de pie frente a Jacob, que incómodo, se removió en la silla. Entonces Mendel se levantó llevándose el vaso a los labios, para quedar a la misma altura que su invitado. No le gustaba estar por debajo de nadie y menos de un desconocido.

El brujo le tiró a la mesa una pieza dorada y alargada que terminaba en una punta curvada. Tenía el tamaño de un dedo y brillaba como si contuviera el sol en su interior.

—Te he traído el mítico *aguijón dorado*, Jacob Mendel, pero si te lo doy tú

me tendrás que dar algo a cambio.

Jacob fue confiado a coger el objeto dorado, pero cuando quiso cerrar los dedos en torno a él, desapareció. El brujo sonrió lentamente, con seguridad.

—Eso era un hechizo de proyección, el verdadero está bien guardado porque sé que es de tu interés.

—Sabía que no te tenía que haber recibido, todos los brujos sois seres volubles y poco fiables.

El *aguijón dorado* era la parte puntiaguda de un escorpión muy escaso, que solía habitar en la constelación de Escorpio y que moría en poco tiempo. Era muy difícil de encontrar y su fin era siempre ser utilizado para el hechizo de protección de los magos. Sin él, los magos quedarían mucho más vulnerables a posibles ataques, algo que interesaba a Jacob. Ante la mirada furiosa e inquisitiva del líder de la Orden de Herodes, le explicó:

—No sabía cuánto me podía fiar de ti y me he guardado un as en la manga. Lo debes entender, no te conozco salvo por lo que oigo de ti, que no es muy bueno.

Jacob miró con nuevos ojos al ser que tenía delante, por su sinceridad y valentía. El atuendo negro lo hacía parecer mayor, pero tendría poco más de veinte años. En el cuello lucía la estrella roja de la Orden.

—¿Eres un herodiano?

—Lo soy, pero no me conformo con ello. —El brujo se acercó más a la mesa, observando los ojos de Jacob. Se le veía poderoso e inamovible, pero detectó con satisfacción que había conseguido despertar su interés—. He notado que son numerosos los pequeños golpes que damos, pero ninguno consigue un resultado drástico. Y por eso estoy aquí, quiero pertenecer a la cúpula central de la Orden.

—¿Y con qué derecho te crees para pedirme tal cosa, brujo? Ni te conozco ni tengo referencias sobre ti.

—¿El cuerpo de una bruja que fabrica polvo de los deseos es suficiente referencia para ti?

Jacob abrió mucho los ojos, observando al brujo con atención.

—Eso es imposible, hace cientos de años que nadie caza una.

El brujo se sacó del bolsillo un pequeño escorpión brillante, lanzándolo al aire. El bichejo reptó por la pared hasta desaparecer por el hueco que se abría entre la hoja de la puerta y el marco. Al poco apareció otro brujo con la misma indumentaria negra y una pequeña caja que, como si fuera un acordeón, expandió, adoptando la dimensión de un armario del tamaño de una persona.

El primer brujo abrió la caja, y en su interior pudieron ver acostado el cuerpo de una joven bruja, de largo cabello dorado que flotaba en algún tipo de líquido transparente. Permanecía inmóvil con los ojos abiertos, la mirada perdida y vacía resultaba espeluznante, a pesar de ser terriblemente bella.

—¿Está muerta? —indagó Jacob observándola con cautela.

—Algo así —dijo misterioso el brujo—. Es Alethea Kinov, la bruja elegida por el *decantador dorado* para hacer el hechizo de protección de las centrales de los magos este año.

Jacob apretó los dientes como si algo lo hubiese enfadado, mirando al brujo escorpión con desconfianza.

—Resulta que me acaban de revelar el nombre de la bruja que tiene que cumplir tal misión. Y no es ese en absoluto.

Entonces fue él quien se sorprendió.

—¿El *decantador dorado* ha dado otro nombre ya?

—Eso parece.

En la respuesta contenida del hombre se podía ver lo furioso e impaciente que estaba, así que el brujo tuvo la certeza de que tendrían que acabar lo antes posible con aquel encuentro.

—Interesante —pensó en alto el escorpión, lo que provocó una mirada llameante de Jacob—. Supongo que no me dirás el nombre de la nueva bruja.

—Supones bien.

—¿Y si te dijera que puedo ayudarte a encontrarla?

Jacob miró de nuevo a aquel extraño ser y por primera vez en muchos años no supo qué pensar. Tenía una innegable aura oscura a su alrededor pero, ¿se podía fiar? Lo cierto era que necesitaba encontrar a aquella bruja y no veía que sus opciones fueran muy buenas, así que se podría aprovechar de la ayuda de aquel chico y si algo no le convencía, siempre podía matarlo.

Con una sonrisa sesgada se cruzó de brazos, apoyándose en su mesa maciza.

—Te escucho. —Jacob levantó un dedo a modo de advertencia—. Pero si me la juegas te mataré.

El brujo sonrió hacia dentro, sabedor de que había conseguido su objetivo.

—Tranquilo, los brujos poseemos muchos recursos —dijo misterioso mientras alzaba las manos juntando unos dedos con otros—. También tengo un plan para atacar a los Reyes que con tu ayuda podría funcionar, ¿te interesa?

Y así el asesino de Alethea se sentó frente a Jacob, y hablaron largo y tendido, bajo la mirada perdida del cuerpo inerte de la bruja.

Gaia lanzó un grito al aire mientras daba otro puñetazo al saco de boxeo. Sus músculos en tensión no paraban de dar puñetazos y patadas, imaginándose que el receptor de sus golpes era otro muy diferente. Fuera, en su ciudad, perteneciente a la constelación de Pegaso, estaban todos reunidos: su hermana Juno tan horriblemente diplomática como siempre, aunque por dentro quisiera morir; Melchor y Baltasar, que representaban a la comunidad de magos, sus brujos vecinos de la constelación de Andrómeda y algunos otros de constelaciones más lejanas, así como varias surcadoras de estrellas.

El funeral de una bruja por causas no naturales no era de lo más común, por eso en esos casos se reunían muchas personas de la comunidad mágica para dar su apoyo. Pero Gaia no quería el ánimo de nadie, quería la cabeza del asesino de su hermana.

Lo maldijo una y otra vez de nuevo dándole más puñetazos al saco, descargando la frustración por no tener ni siquiera un cuerpo sobre el que llorar. ¿Dónde estaba su hermana? Porque bien sabía que al morir las brujas eran energía pura que se iba a habitar otro ser, pero ella quería llorar sobre los restos de ese cuerpo que tantas veces había abrazado, tener la prueba tangible de que nunca más volvería a verla.

El fatal día que la perdió, notó el momento exacto en el que moría. No había sentido nunca nada igual, pero le habían explicado muchas veces lo que se notaba al perder a una hermana: como si un puñado de roedores le mordieran el corazón a la vez, arrancándoselo a pedazos. Un dolor que la hizo caer de rodillas agarrándose el pecho con fuerza para no morir ella también, un frío atroz que se extendió por todo su cuerpo. Cuando llegó a aquel lugar de la constelación de Orion y no la encontró, el dolor volvió y aún no se había deshecho de él. «No podrás hasta que consigas encontrarla», pensó Gaia.

Dio otro golpe más, y otro en el que notó que la carne de los nudillos se abría, pero no le importó, ese dolor era mucho más soportable que el que albergaba en su corazón. Al siguiente puñetazo sintió como el saco oponía resistencia. Se sopló el flequillo rubio, el más oscuro de las tres hermanas, le hacía cosquillas en la nariz desde que se había cortado el pelo. Apenas le llegaba a la altura de las orejas y parecía que con el cabello, también había desaparecido parte del peso que sentía dentro.

Necesitaba romper con todo, incluso con eso.

Dio un par de golpes más antes de elevar la mirada y encontrarse con unos

ojos color café, que la miraban intensamente. Los labios curvados en la sonrisa más seductora que hubiese visto jamás. Baltasar lucía la capa negra de rigor, y unos pantalones vaqueros negros que se ceñían a la perfección a sus fuertes muslos. Gaia tragó saliva ante la fuerza que manaba de aquel hombre, en respuesta endureció el gesto y se irguió con los puños en posición de combate.

—¿Qué haces aquí? —espetó más seca de lo que en verdad quería.

—Admirar las vistas, sin duda. —Baltasar amplió su sonrisa y la repasó de arriba abajo sin ningún reparo, deteniéndose en su puño ensangrentado. Señalándolo le pidió—: ¿Me dejas?

En un gesto automático alargó la mano hacia él, dejándose capturar. El mago observó sus nudillos desde varios ángulos, y sin mediar aviso inclinó el rostro hacia ellos, besándoselos con delicadeza, calentándolos con su aliento, y la bruja, a pesar de ser más arisca que todo aquello, se dejó hacer hipnotizada. El silencio imperó en todo momento, pero uno de esos acariciantes y necesarios que lo hacen todo más interesante.

Antes de que Gaia rehuyera su contacto, Baltasar se sacó de un bolsillo una venda verde elástica que fue enrollando alrededor de la zona herida. Solo cuando terminó su trabajo la soltó y miró a su alrededor, buscando algo en aquella habitación que era lo más parecido a un gimnasio. Su oscura mirada lo encontró, porque sin dudar fue hasta el cuadrilátero que había en la esquina izquierda de la estancia, metiéndose por debajo de las cuerdas. Miró a Gaia y la llamó con la mano. ¿Qué pretendía aquel tipo?

Lo siguió saltando con gracia por encima de las cuerdas. El momento de debilidad anterior reforzó sus defensas, y se puso frente a él con los brazos en jarras.

—¿Y ahora qué? —preguntó desafiante.

—Está claro, ¿no? —Baltasar levantó los puños en posición defensiva—. Ahora vamos a pelear.

—¿Cómo dices?

Gaia no pudo esconder una risa nerviosa que escapó de su boca, a lo que el mago sonrió con más ganas.

—Me has escuchado muy bien, necesitas que te suelten una buena tunda.

La boca de la bruja se abrió sorprendida porque aquel gigante del color de un bombón de chocolate negro le hablara así, como si se conocieran de siempre, con la osadía que ella misma solía lucir. Sin prejuicios, tratándola como a una igual. Apenas se conocían y su presencia... Su presencia resultaba

turbadora de una forma que desconocía.

Intentando hacerle ver lo fuera de lugar que veía su propuesta, le lanzó:

—Estamos en un funeral.

—Y no sabes cómo lo siento.

Solo entonces vio como el Rey Mago se ponía mortalmente serio. No leyó en sus ojos compasión por ella, esa que tanto le fastidiaba, solo comprensión y entendimiento, y eso le llegó al alma aunque no se lo dijera.

—Pero ya que estás totalmente jodida por dentro, necesitas que te jodan un poco por fuera para que el dolor se compense, y bien sabe Dios que no es la manera en la que me gustaría joderte, Gaia, pero es la que necesitas ahora.

Y después de aquella confesión que la dejó sin respiración, vino el primer golpe. Un rechazazo que alcanzó de lleno su mandíbula, lanzó su cabeza hacia atrás y la desplazó varios metros. No se esperaba que la golpeará de verdad, tampoco esperaba que le confesara que quería acostarse con ella. Y ninguna de las dos cosas le disgustaba lo más mínimo, pero no se lo diría. Así que olvidándose de todo, puso los puños pegados a su cuerpo y se lanzó como un bólido arremetiendo contra el mago, agachándose justo cuando llegó a su altura para arrearle dos puñetazos en el estómago que el hombre no se esperaba.

—Te vas a enterar, rey bombón.

Baltasar se carcajeó con avaricia, doblado por los golpes en el estómago que la bruja le había asestado. Pero el siguiente consiguió esquivarlo sin problema con un rápido giro a la derecha.

—Ya veremos quién se entera hoy de qué, preciosidad.

Gaia volvió a arremeter rápido, esta vez con una patada voladora que le alcanzó en la ingle alpreciado mago, muy cerca de la zona escrotal, por lo que soltó el aire aliviado de que no le hubiese acertado en el blanco. Sin darle tregua, la bruja le lanzó otra patada, pero esta vez le paró el pie en el aire, y sin ningún cuidado la lanzó hacia atrás, lo que hizo que Gaia volara unos metros más allá, cayendo hecha un ovillo sobre el costado izquierdo con un fuerte golpe.

—Eso te pasa por jugar sucio, bruja mala.

Por toda respuesta bufó como un animal herido y muy enfadado. Baltasar esperó a que llegara de nuevo hasta él, sabiendo que la bruja no era un ser paciente y seguro prefería el ataque a una defensa, más aún después de haber conseguido que besara el suelo con su precioso cuerpo. Y no se equivocó. Gaia se levantó como una fiera yendo hacia él, y cuando apenas le quedaba un

centímetro para que su puño se estampara en su cara, Baltasar se agachó embistiéndola como si fuera un toro, golpeando con su cabeza la barriga de la bruja, impulsándola hacia atrás, y metiendo uno de sus pies tras el tobillo de Gaia, en una suerte de zancadilla que terminó de desestabilizarla, tirándola al suelo.

Sin perder un segundo se sentó sobre sus caderas para inmovilizarla, a la vez que agarraba sus muñecas llevando los brazos estirados por encima de la cabeza de Gaia. Esta tironeó, se removi6 como una culebra y pataleó para liberarse del agarre, pero aquel coloso tostado no cedía ni un milímetro y finalmente desistió, dando un fuerte grito frustrado:

—Ahhh —exclamó cerrando los ojos y liberando toda la energía reprimida, y con aquel gesto le pareció que parte del nudo opresivo que tanto le dolía en el pecho se empezaba a deshacer.

Baltasar esperó, sin soltarla, pero dándole su espacio para que abriera los ojos cuando quisiera. Él se podía pasar todo el tiempo del universo esperando, porque el tiempo no era más que una pobre medida para materializar el devenir de las cosas, pero aquella mujer que tenía bajo su cuerpo, poseía una belleza desmedida y eterna, un alma tan magnífica que sobreviviría hasta al mismo universo. Él, que se consideraba experto en leer emociones, estaba maravillado con la voracidad de los sentimientos de aquella fiera dama.

Gaia se concentró en el ruido de la respiración del hombre que había luchado con ella, en su cadencia rítmica que seguro era capaz de guiar los pasos de una tropa, en su olor exótico, a mar y cocoteros. Entonces abrió los ojos y se lo imaginó en una playa. Su cuerpo desnudo sobre el de ella, el negro contra el blanco en una lucha de pieles que estaría encantada en protagonizar.

Baltasar sonrió relamiéndose, más como un tigre que como un gato, y se acercó a su rostro.

—Creo, señorita, que he conseguido que pienses en otra cosa, ¿no es cierto?

—¿Es que acaso sabes leer la mente, Rey Baltasar?

La carcajada del mago se le metió entre los labios cuando este acertó aún más la distancia entre ellos, burbujeando en su estómago.

—No, belleza, lo que leo son las emociones, y sé que ahora mismo estás excitada. Me pregunto si por la pelea o por mi espléndida presencia.

Gaia abrió la boca un palmo y empujó con sus caderas al mago para apartarlo, aunque no consiguió mover a aquella gigante roca, solo frotar sin querer su entrepierna, lo que hizo que los ojos de Baltasar brillaran con

expectación.

—Serás creído y mamón.

—Cuidado con esa boca, señorita, me da que te hace falta que te la limpien con jabón. —El mago la rozó con sus labios, frotando muy suave, para susurrarle—: Pero te vas a tener que conformar con mi boca.

Baltasar apresó sus labios sin ninguna delicadeza, en un beso exigente que no le daba opción a pensar, y Gaia solo pudo seguir su ritmo para intentar no perderse en él. El mago sabía muy bien que si le daba elección nunca cedería a aquel contacto, pero olía el deseo en ella, con ese toque picante y adictivo que el anhelo deja en la piel, y por eso decidió lanzarse.

El mago resiguió su mullida boca con la punta de la lengua, abriéndola para después saquearla por dentro, buscando su lengua con premura y enzarzándose con ella en un sinuoso baile. Cuando notó que el cuerpo de Gaia se aflojaba, soltó las manos de la bruja para bajar las suyas a aquellas curvas de pecado. La cogió por la nuca y la cintura, apretándola contra sí mientras se ahogaba de deseo con sus besos.

No supieron el tiempo que había pasado, pero de pronto Gaia tomó consciencia de la realidad, y enroscando su pierna alrededor de las del mago y con un golpe brusco de cadera, invirtió las posiciones, dejándolo a él con la espalda contra el suelo. Solo entonces separaron sus bocas y se miraron intensamente, con los ojos brillantes y las mentes repletas de deseos que no podían cumplir allí.

—Esto no quedará así —replicó la bruja interponiendo el dedo índice muy tieso entre ellos.

—Eso espero.

El mago sonrió divertido y Gaia bufó contrariada, para añadir:

—Yo nunca pierdo una batalla.

—Yo tampoco.

—Pues tenemos un problema.

—Eso parece —afirmó el mago seductor, y elevando las caderas rozó su miembro endurecido contra el trasero de Gaia, que pegó un respingo—. ¿Cómo lo vamos a solucionar?

La bruja lo miró furiosa, y dando una voltereta lateral salió de encima suyo y se marchó corriendo fuera de aquel gimnasio, y sobre todo lejos de la telaraña de seducción que el mago había tejido a su alrededor.

Tan rápida iba que en el camino se chocó con Melchor, que le preguntó:

—¿Has visto a Baltasar?

—Ni lo he visto ni quiero hacerlo —mintió, marchándose como una bala ante la mirada reprobadora de su hermana Juno.

—O sea que es muy probable que sí lo haya visto —murmuró Melchor para sí, para seguir hablando con Juno—. ¿Cómo lo lleva Gaia?

—Es complicado, ya lo ves. Siempre fue la rebelde de las tres hermanas, la más hermética. —En la fachada imperturbable de la bruja, se pudo ver un ligero temblor de labio que revelaba lo muy difícil que era para ella también la ausencia de Alethea—. No soporto que a pesar de lo mal que se pueda sentir, no sepa guardar un mínimo de apariencia.

Beatriz, que se encontraba en un segundo plano, intervino porque aquel tema le tocaba su fibra sensible. Con la muerte de su padre y después su abuela, tenía el corazón lo suficientemente dañado y remendado como para poder hablar de aquello.

—Cuando muere alguien que amas, una parte imprescindible de ti muere también, tú lo sabes bien. —Miró los ojos de Juno y vio un pleno entendimiento en ellos, aunque Beatriz desconocía hasta qué punto. Dos almas dañadas que se conectaban por unos segundos—. Algunas personas no somos capaces ni de alcanzar unos mínimos en esos momentos, y cada cual lo lleva como puede: ella huye y evita a los demás, tú te recompones en la soledad, y yo me escondo en mi casa a llorar hasta que no me quedan lágrimas.

La mirada azul cielo de Melchor recayó sobre ella y de forma instintiva le cogió la mano. Cuánto le hubiese gustado al mago borrar su sufrimiento de un plumazo, el pasado y el que estuviera por llegar. Al menos en ese momento tenía su mano entre las suyas y no pensaba soltarla mientras ella se lo permitiera.

—Tú eres Beatriz Bianchi, la nueva elegida por el *decantador de oro*, ¿verdad?

—Parece que sí.

Juno la miró de otra manera después de lo que había dicho. Un entendimiento había surgido entre ellas tras compartir su sufrimiento.

—Me gustas más despierta que en esa fría camilla de la enfermería. —Beatriz abrió mucho los ojos al saber que aquella mujer, la había visto tras el accidente con el brujo serpiente de la discoteca. Juno pareció darse cuenta de su recelo, porque levantando una mano le dijo—: Tranquila, Melchor te protege celosamente. Date cuenta que todos quieren saber quién va a ser la nueva protectora.

—¿Protectora?

—Así se le llama a la persona que escoge el *decantador* para proteger las fortalezas de los magos y parte del reino mágico. —Juno miró reprobadora a Melchor por no haberle explicado aquello, para después volver a observarla—. ¿Es que sus majestades no te han informado de nada?

—Te recuerdo que se despertó ayer, querida, y sí que la he informado de muchas otras cosas, solo que no le hablé de con qué nombre se designaba —se defendió Melchor muy serio.

—Y yo te recuerdo que me prometiste que avisarías cuando despertara, y no lo has hecho.

Cuando encontraron a Baltasar salieron del amplio casón de la familia Kinov al exterior, y Juno puso los brazos en jarras acercándose más a Melchor.

Una cinta trenzada de color dorado alrededor de su frente, le sujetaba los pocos mechones que se salían del moño por el viento existente, y es que Pegávide era un planeta hermoso, pero siempre soplaba una fuerte ventisca. Quizás por eso todo estaba lleno de muy diversas especies de flores que estallaban con sus fuertes colores, ya que ese aire tempestuoso trasportaba las semillas de aquí para allá, creando cruces imposibles.

—Como veo que no cumples tus promesas, esta chica se debería quedar en Pegávide para descubrir lo que es en verdad.

—¿Qué quieres decir con lo que soy?

Beatriz estaba empezando a enfadarse de que conversaran como si ella no estuviera allí, así que se puso entre ambos mirando a la bruja.

—No le hagas caso, Beatriz.

—Tú a callar —le dijo al mago sin mirarlo, soltando su mano para cruzarse de brazos—. Quiero que me digas de qué estás hablando.

Juno suspiró, mirando de refilón a Melchor para después centrarse en Beatriz.

—Como creo que ya te ha dicho Melchor, las personas que elije el *decantador* siempre son gente mágica, así que puesto que los magos siempre son hombres y no tienes aspecto de surcadora de estrellas —comentó señalándole el pelo marrón en contraposición con el plata de las surcadoras—, debes de ser una bruja.

—Yo no sé hacer nada —indicó Beatriz con pesar, porque siempre se había visto torpe, como poco—. Al menos cosas mágicas.

—Todos sabemos hacer algo, y la magia vive en todo.

Juno miró alrededor, sonriendo satisfecha cuando centró la mirada en un

punto del suelo. Beatriz se acercó hasta ella seguida de cerca por Melchor, y mirándolo por encima del hombro le dijo:

—Pareces mi sombra.

—Ten por seguro que deseo estar tan pegado a ti como ella.

Fue más el tono acariciador que empleó que las palabras, que se le metieron por debajo de la piel encogiéndose sus entrañas. Y no dijo nada más, solo se limitó a sentir la presencia calentita de Melchor mientras Juno se agachaba al suelo delante de ella.

Puso la mano sobre un pequeño charco de agua y la invitó a que se acercara a su lado.

—Haz lo mismo que yo, extiende tu palma sobre el agua pero sin tocarla.

—Beatriz hizo lo que le pedía deseando descubrir qué se proponía—. Ahora solo tienes que cerrar los ojos y sentir de dónde viene este agua.

Beatriz la miró como si le hubiese crecido pelo verde en la cara, pero cuando la vio cerrar los ojos suspiró y la imitó. Es muy curiosa la forma que tienen los sentidos de agudizarse cuando uno de ellos desaparece, porque al cerrar los ojos, Beatriz fue consciente del murmullo sordo de las voces que la rodeaban, de la humedad del agua cercana a la piel de su mano.

Acudiendo a una parte de su mente desconocida que se abrió para ella, sintió como en su cabeza aparecía una pequeña gota de agua. Estaba entre muchas otras, redonda y perfecta, apretada entre sus acuosas hermanas gemelas. La presión aumentaba entre las cientos de gotas suspendidas en el cielo, y de pronto una explosión. Liberación. La preciosa gota surcando libre el cielo en una lluvia perfecta y brillante. Entonces Beatriz sintió que la nariz se le mojaba, después el brazo y los labios.

Abrió los ojos de golpe, volviendo del lejano lugar de sensaciones en el que se encontraba, y cuando miró al extraño cielo repleto de estrellas de aquel planeta, vio que una lluvia fina caía sobre ellos. Se dio cuenta de que la gente que había acudido al funeral la miraba, con una mezcla de respeto y admiración. Y dirigió sus ojos más dorados que nunca a Melchor, que la observaba con una preciosa sonrisa de sus sexis labios. Fue la voz de Juno la primera que intervino:

—¿Dices que nunca habías hecho esto? —preguntó señalando con su brazo al cielo.

—Hacer, ¿qué?

—Provocar la lluvia, claro.

Beatriz abrió la boca y los ojos mucho, queriendo procesar lo que aquella

mujer le decía y no entraba en sus esquemas.

—¿Qué estás diciéndome? ¿Que llueve porque yo he invocado estas gotas?

—Y lo has expresado a la perfección, porque una parte de tu cerebro sabe que ha sido justo eso lo que has hecho, ¿verdad?

Beatriz se sorprendió descubriendo que Juno tenía razón, en alguna parte de su cabeza estaba almacenada aquella información. Como un flash le vino un recuerdo a la cabeza:

Era pequeña y paseaba con su abuela por el jardín. De pronto vieron como un pájaro descendía muy rápido, precipitándose sobre la tierra en una aparatosa caída. Cuando llegaron hasta él, el pájaro estaba exhalando su último aliento antes de morir. Recordaba que gritó con tristeza que el pajarito se había muerto, su abuela la cogió en brazos con aquella dulzura que imprimía en todos sus movimientos, y cogiendo un puñado de tierra, lo echó sobre el pajarito.

—Este pajarito estaba muy cansado, y ha dejado aquí su cuerpo, como si fuera un disfraz, pero los seres vivos nunca mueren, solo se trasforman en otra cosa.

Entonces puso su palma de la mano y la de Beatriz sobre el montoncito de tierra que había echado sobre el pájaro, y cerró los ojos. Beatriz la imitó, y solo recordaba como al volver a abrirlos, donde estaba el pajarito había una montañita de tierra y en su cima, una preciosa flor roja que comenzaba tímida a abrirse.

—Pero abuela, ¿cómo has hecho eso?

Su abuela la miró, de esa forma con la que se mira a las personas que amas, con los astros brillando en los ojos. Con una sonrisa exultante le dio un abrazo y susurró en su oreja:

—Lo hemos hecho juntas, cariño. Recuerda siempre que llevas la magia de la vida en tus manos.

Como si alguien la lanzara fuera del recuerdo, Beatriz volvió a la realidad descubriendo que los ojos expectantes de Juno y Melchor la miraban con interés. Este la cogió por los antebrazos observándola con atención:

—¿Has recordado algo, verdad?

—Sí, creo que había hecho algo parecido antes. —¿Cómo podía haber olvidado aquello? Se puso una mano sobre la frente, apretándose para intentar reducir la presión que se había instalado dentro de su cabeza—. ¿Por qué

puedo hacer que llueva?

—Porque eres una bruja, preciosa. —Melchor observó sus ojos grandes de largas pestañas, que parecían vagar perdidos, y le apretó los antebrazos para que se centrara en él—. ¿No tienes más recuerdos de cosas raras que te hayan pasado? Plantas que crecen a tu alrededor, que los animales te sigan, estar más contenta de día que de noche o al revés...

—Las plantas y los animales se me dan muy bien, y siempre suelo estar igual de contenta. —Aunque aquello no era del todo cierto, porque la noche solía traerle una absurda melancolía que no entendía—. ¿Todo eso son cosas de brujas?

—Algunas sí, aunque tu amigo Melchor se explica bastante mal —respondió esta vez Juno poniendo los ojos en blanco—. Puede que te hayan bloqueado los recuerdos y por eso no tienes nada de esto en tu cabeza. Pero cuando haces magia de forma consciente siempre se empiezan a desbloquear, y esta tarde, querida, has hecho magia conmigo, así que muy pronto recordarás.

Juno se acercó, y para su sorpresa le dio un abrazo estrechándola con fuerza, y le susurró al oído:

—Bienvenida, hermana. Eres una de nosotras.

De igual modo se separó, alejándose con el resto de los allí congregados. Y para sorpresa de Beatriz algunos de los presentes se le acercaron, ofreciéndole su abrazo. Brujos y brujas de diferentes constelaciones le dieron la bienvenida a su nueva condición, y ella se sintió única y parte de algo por primera vez desde la muerte de su abuela, hacía un año. Era una bruja, o al menos eso le decían y ella no se lo terminaba de creer; ni siquiera sabía lo que conllevaba aquello pero siempre había sido una exploradora nata, así que estaba dispuesta a descubrirlo.

Cuando la última bruja de melena color escarlata y rostro amigable se estaba separando de ella, escuchó como Melchor, gracias a su capacidad para detectar el peligro, soltaba una maldición, gritando:

—¡A cubierto!

Un tremendo estruendo rompió la paz del lugar, agitando el suelo bajo sus pies. Sintió como el cuerpo del mago caía sobre el suyo tirándola al suelo, segundos antes de que otra explosión restallara, esta vez más cercana y atronadora.

—¡Es un dracón rojo! —exclamó alguien, mientras el olor a quemado inundaba sus fosas nasales.

Melchor la cogió como si fuera una muñeca echándosela al hombro, y

comenzó a correr como alma que lleva el diablo, porque la bestia que los sobrevolaba era un auténtico demonio. De al menos diez metros de longitud y escamas rojizas duras como el acero, no tenía piedad alguna. Solo un objetivo: destruir cuanto encontrara a su paso. Pero Melchor sabía que el ataque no había sido fortuito, los dracanes rojos no solían molestarse en atacar si no existía un interés de por medio. Allí había gato encerrado y lo descubriría.

—¡Baltasar ayuda a Juno a proteger la ciudad! —gritó al mago, que asintió alzando su espada y lanzándose a la carrera.

Él debía sacar a Beatriz, la protectora, del infierno que se estaba gestando.

Con la mano que no sujetaba a Beatriz sacó de su bolsillo un saquito de polvo de oro, y con un giro de muñeca lo lanzó al aire liberando su contenido. Con sus dedos atrajo las partículas doradas que flotaban mecidas por el viento, como si sus yemas fuesen un imán y ellas pequeños trozos de metal.

Las hizo girar en un estrecho círculo hasta que en el centro de las mismas se formó un pequeño agujero negro. Giró su muñeca aún más rápido, y el polvo dorado imitó el movimiento, enroscándose vertiginoso formando un aro en cuyo centro el agujero negro cada vez era más grande.

Beatriz miró justo en el momento en el que Melchor saltaba hacia el agujero, y de pronto todo lo que les rodeaba desapareció, y se hizo la oscuridad.

5. Entre burbujas

Beatriz se encontraba en un callejón sucio, el pavimento desgastado tenía costras de barro reseco, restos de la última tormenta. Por alguna extraña razón sabía con certeza que aquello debía ser un sueño, por esa bruma misteriosa que rodea el contenido de los mismos.

Apenas había luz, solo una desgastada farola desprendía su mortecina iluminación sobre la figura de alguien alto que portaba una capa. La capucha escondía sus rasgos, pero se podía ver por sus rápidos movimientos, andando de un lado a otro, que fuera quién fuese estaba nervioso.

Entonces entró en escena otra persona con capa, aunque esta última se veía mucho más tranquila. Caminaba pausadamente y portaba una bandolera de piel blanca. Se paró frente a la persona con la que se había citado, saludándolo con voz masculina y profunda.

—Kimeo, no esperaba que fueses a venir tú.

—¿Y quién si no? —El apelado se sacó de la capa una especie de pelota gigante, ofreciéndosela al otro hombre, que se apresuró a meterla dentro de la bandolera—. No creo que conozcas a nadie más tan loco como para entrar a la gruta de los dracanes.

—Tú eres más dracán que humano, amigo, te criaste entre esas rocas.

Kimeo se puso bajo la farola, y Beatriz creyó distinguir una mueca parecida a una sonrisa en su rostro.

—Fueron años felices, los dracanes plateados convivían con mi pueblo sin causar problemas, pero la llegada de esa maldita fiera roja acabó con todo.

En su tono de voz se podía detectar el pesar.

—Sin este huevo tendréis un problema menos en vuestras tierras.

—El problema solo se solucionaría destruyendo ese huevo ahora mismo.

—Kimeo se frotó las manos, nervioso—. ¿Qué piensas hacer con él?

—Será un arma, por supuesto. Los herodianos vamos perdiendo terreno poco a poco, y esos Reyes Magos están muy confiados: necesitamos un arma contundente a nuestro lado.

—Nadie puede manejar a un dracán rojo. Se volverá contra ti.

Una risa cavernosa surgió de la capucha del otro ser que Beatriz aún no había conseguido identificar.

—No si puedo evitarlo, te aseguro que tengo varias formas de manejarlo a

mi antojo. —Se quitó la capucha, y una cascada de pelo negro muy liso se desplegó sobre la espalda y la bandolera—. Y una cosa más, amigo de los dracanes, si le cuentas a alguien que me has dado este huevo no dudes que te mataré.

—Creía que éramos amigos —susurró Kimeo irónico, porque antes el brujo oscuro le había llamado así. Pero él sabía muy bien que su relación estaba muy lejos de la amistad.

—Tenemos un amigo en común, pero ambos sabemos que hay cosas más importantes que la amistad.

—A Víctor no le gustaría lo que hemos hecho, va contra el equilibrio del universo robar un huevo a un dracón. —Por la gravedad de la voz del tal Kimeo, parecía arrepentido de sus acciones.

El otro levantó entre ellos una espada muy larga de hoja curva. La farola le arrancaba reflejos a la negra superficie, y la interpuso entre sus cuerpos, lo que hizo retroceder a Kimeo con desconfianza mientras llevaba la mano a su propia espada.

—No me importa en absoluto el equilibrio de nadie que no sea yo. Además —continuó con un deje irónico—, Víctor Bianchi no ha sido ningún santo y era uno de nosotros. —Con una inclinación de cabeza se despidió—. Ha sido un placer, pero espero que no nos volvamos a ver, Kimeo. Adiós.

La boca de Beatriz se abrió de par en par mientras observaba como el hombre del pelo largo se marchaba, dejando al otro con la palabra en la boca. El nombre de su padre flotaba en aquel callejón mugriento y odió que hubiese salido de los labios de un hombre que parecía tan malo. ¿De qué conocía aquel tipo a su padre? ¿A qué se refería con que era uno de los suyos, un herodiano? No le cuadraba nada aquello, porque según le había contado Melchor, los herodianos eran de lo peor que había, y a pesar de las largas ausencias de su padre, ella tenía claro que era una buena persona.

Mientras pensaba en ello miró al tal Kimeo y dio un bote sorprendida, porque aquel hombre se había quitado la capucha, dejando al descubierto un pelo cano muy corto y unos sagaces ojos plateados que la miraban con una mezcla de horror y sorpresa.

¿Cómo era posible que la viera si se suponía que estaba soñando? ¿Dónde diantres estaba?

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre con voz temblorosa, acercándose a ella.

Sí, definitivamente la veía. Fue a contestarle cuando sintió que algo tiraba

de su cuerpo, viéndose envuelta en un torbellino que se tragó todo lo que la rodeaba, como si el paisaje hubiera estado impreso en una sábana que se doblaba; y entonces despertó. Estaba en una mullida cama de sábanas blancas, debía de estar amaneciendo porque por la amplia cristalera que estaba junto a la cama, se filtraba una tenue luz grisácea.

Miró alrededor buscando si alguien la acompañaba, pero solo descubrió que la habitación estaba decorada con un gusto excelente, en tonos blancos y grises como el invierno, con un mueble de cajones frente a la cama y una tele enorme colgada en la pared. «Parece la habitación de un hombre», pensó, «uno con asistente», porque estaba todo pulcramente ordenado. Una mesa de cristal en el lado derecho con un portátil gris brillante, completaba la estancia. La luz se regulaba con unas bonitas ruedas que te permitían elegir la intensidad, encendiendo unos cilindros de cristal sobre las mesillas. Allí descubrió la nota, con una letra estilizada y elegante:

“Bienvenida a mi suite, Beatriz. Me he permitido el lujo de acomodarte en ella ya que era muy tarde para buscarte otro lugar. Además, creo que necesitas que alguien te cuide y a mí me apetece hacerlo, así que déjame, por favor. Puedes utilizarlo todo, estás en tu casa. Pero por favor no salgas hasta que yo te recoja.

Un saludo afectuoso.

Melchor”

Beatriz se desperezó gruñendo ante las palabras formales de aquel hombre. ¿Un saludo afectuoso? ¿Qué creía, que estaba escribiéndole a la compañía de la luz? Ella no quería un saludo de Melchor, quería un beso, un abrazo, un susurro pícaro; pero ya que parecía tener luz verde para utilizar sus aposentos, aprovechó al menos eso.

Observó que la habitación tenía una puerta junto a la televisión y con curiosidad la abrió. Lo que vio la dejó maravillada, y es que se encontraba ante un cuarto de baño de los mismos tonos que la habitación, equipado con plato de ducha con columna de hidromasaje y al lado un jacuzzi redondo y tan coqueto, que sus manos viajaron solas despojándose de la ropa. O al menos de la que le quedaba, porque se dio cuenta de que solo llevaba la camiseta puesta.

—¿Dónde estarán mis vaqueros?

Salió de nuevo a la habitación, y ya que nada estaba fuera de lugar decidió

buscar en el armario. «¡Bingo!», pensó. Doblados como si vinieran de una lavandería estaban sus vaqueros desgastados. Los cogió observando que nunca habían estado tan planchados en su vida, y sin saber por qué inhaló la tela. Sonrió satisfecha porque aquella prenda olía a él, lo que significaba que era Melchor quién se los había quitado, y lejos de mostrarse todo lo furiosa que debía estar por haberla dejado medio desnuda, se descubrió imaginando las manos del mago sobre sus caderas, tirando hacia abajo de la prenda.

Con aquella idea flotando en su mente se sumergió en el agua calentita del jacuzzi, disfrutando de cómo el líquido acariciaba su piel, haciéndola sentir más ligera en ese nuevo mundo tan raro que la rodeaba.

Era bruja, como las de los cuentos pero de carne y hueso, y había muchas como ella al parecer. Melchor le había mencionado que tenía muchas cosas que aprender, pero ¿cuándo lo haría? Tenía un trabajo y su vida en Madrid. Aunque por otra parte tampoco sabía si quería seguir con esa vida, ya que la tristeza que sentía cada noche en su casa se había esfumado desde que se había reencontrado con Melchor. Su Rey Mago... Ese con el que quería descubrir varios pecados capitales que escandalizarían a su abuela... O no. Porque Carla Valen Bianchi era una mujer de armas tomar, y con el espíritu mucho más joven que ella.

Se capuzó en el agua como cuando era pequeña, abriendo los ojos bajo la superficie acuosa. Le gustaba esa imagen poco nítida que ofrecían las cosas bajo el agua, el sonido opaco que te hacía sentir en una burbuja. Y a pesar de la angustiada caída que tuvo al mar siendo adolescente, aquella en la que Melchor salvó su vida, no le había cogido miedo al agua, porque en esta, de alguna manera, se sentía protegida.

Siempre había sido muy buena aguantando la respiración, así que permaneció allí casi un minuto, y cuando sacó la cabeza a la superficie abrió los ojos como platos, echándose de forma instintiva las manos a sus intimidades.

—Pero, ¿qué haces aquí?

Melchor se encontraba apoyado en el marco de la puerta, sonriente y cruzado de brazos como una robusta estatua griega imperturbable. Llevaba una camiseta blanca con manchas negras y unos vaqueros desgastados también manchados, que incitaban a colar los pulgares por la cinturilla y ayudarlos de una vez a caer.

—Es mi habitación, ¿recuerdas? —Beatriz observó cómo su mirada se paseaba por el agua, entonces apretó aún más las manos que habían volado al

pecho y la entrepierna, intentando taparse de él—. Me alegro de que estés utilizando esa bañera, nunca me he metido. ¿Hay sitio para mí?

Beatriz lo miró sin saber en sí de su asombro. ¿Lo decía en serio? ¿Se iba a meter allí con ella?

—No estoy segura —consiguió decir a trompicones.

—Yo apostaría a que sí.

¿Apostaría a que sí cabía? ¿A que sí estaba segura? Uff.

Melchor se acercó aún más, sentándose en el borde de la bañera circular para tocar el agua. Al meter la mano le rozó la pierna sin querer, pero al contrario de lo formalmente correcto, no la apartó. Sus dedos se deslizaron por la piel mojada de Beatriz, llegando al pie sumergido y cogiéndolo entre sus manos. Lo sacó del agua observándolo con interés:

—Llevas las uñas rojas, antes las solías llevar negras.

—Me gusta mucho cambiar de color de uñas, creo que es el único vicio que tengo además del chocolate. —Omitió lo mucho que la sorprendía que él se acordara del color de sus uñas de adolescente.

Melchor la miró como queriendo comérsela, ¿cómo podía parecerle tan deliciosa? Quizás era su espontaneidad, lo natural de sus movimientos, la vida que se reflejaba en su eterno gesto de curiosidad, o puede que fuera su cuerpo con las curvas justas en los lugares que tenían que estar. De una forma u otra aquella mujer le resultaba irresistible, y quería sexo con ella, allí y en cualquier lugar. Pero no tenía nada que ofrecerle, porque durante su reinado los Reyes Magos no podían tener pareja estable y a él todavía le quedaban tres largos años para dejar su corona. ¿Cómo diantres iba a aguantar sin hacer nada con ella todo ese tiempo? ¿Cómo iba a ofrecerle un revolcón cuando sabía que no podía darle más que eso? Con otra mujer se lo plantearía, pero con ella era muy diferente.

Viendo el curso catastrófico que tomaban sus pensamientos, decidió dejar de pensar y dejarse llevar. Aunque no pudieran tener nada, eso no quitaba que pudiera tocarla. Como a una amiga más, aunque nunca sería una más. Y tampoco solo una amiga.

Con los pulgares masajeó en lentos círculos la planta del pie de Beatriz, que lo miraba con los ojos cada vez más abiertos, los pequeños puntos rojizos de sus iris refulgiendo inquietos. Más rígida que una piedra, era incapaz de moverse o decir nada. Solo mantenía su agarre fuerte para proteger sus partes íntimas, mientras el mago obraba milagros en sus pies.

Pasaron así un interminable minuto, sin apartar la mirada el uno del otro,

malestar dorado contra diversión azul, hasta que Melchor le propuso:

—¿Y si hacemos un trato? Yo prometo no mirarte y tú así te puedes poner cómoda y disfrutar del masaje. Además te he salvado la vida dos veces, eso compensa el hecho de que nos conozcamos poco, después de todos estos años.

Beatriz sonrió ante la promesa del mago y entornó los ojos, pensativa.

—¿Cómo sé que no mirarás?

—No lo sabes. —Melchor sonrió como un bucanero ante el templo del tesoro—. Tendrás que confiar o pensar qué te pesa más, que yo te vea o que te deje de dar el masaje.

Beatriz lo miró de lado, como si observara a un extraño animal exótico, y con un suspiro mezcla de resignación y placer, echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el borde del jacuzzi y dejó sueltas las manos a los lados.

Para hacérselo todo más fácil y haciendo gala de su honor de caballero, Melchor echó unas bolitas jabonosas al baño, que no tardaron en llenar la superficie del agua de una fina espuma con olor a jazmín.

—Esto es mejor que un spa —susurró Beatriz extasiada con el masaje de aquel hombre y el regalo a sus sentidos del baño.

—Pues entonces disfruta el momento, brujita linda, y después hablaremos de todo lo ocurrido.

Melchor pasó un buen rato apretando sus gemelos y sus pies, masajeándolos de mil formas distintas hasta dejarlos ligeros como si flotara en una nube. Recordó el taller que había hecho de reflexología podal, y entendió muy bien ese mapa corporal que le enseñaron que estaba en la planta de los pies, porque tocándole solo esa zona del cuerpo, Melchor había conseguido que lenguas de placer viajaran por cada rincón de su ser. Beatriz notó que el mago se movía, y abrió los ojos levantando la cabeza para buscarlo.

—Ahora me toca a mí —dijo mientras se ponía en pie despojándose de la sucia camiseta—. Aunque antes necesito arreglar un estropicio, ¿me ayudas?

—Claro... —Melchor se dio la vuelta quedando de espaldas a ella para desabrocharse los pantalones, y entonces lo vio—. ¿Qué llevas en la cabeza?

Observó como la mano del mago se tocaba una maraña de pelo chamuscado y ennegrecido, en medio de sus preciosos mechones rubios.

—Tenemos un pequeño dracón algo travieso, aunque creo que me ha hecho un favor, el pelo me daba mucho calor últimamente.

—¿Uno como el que vimos en Pegávide? —preguntó con clara aversión en su voz.

—No, ese era descomunal. Además descubrirás que los dracanes son unos

seres increíbles y nuestro medio de transporte animal; ahora nos pasaremos a verlos.

Melchor se terminó de bajar los pantalones y Beatriz se quedó sin respiración, rezando para que no siguiera desnudándose. ¿Qué pretendía aquel hombre? Porque no sabía si soportaría verlo totalmente desnudo y no lanzarse a por él.

El mago se dio la vuelta con una toalla en la mano, extendiéndola delante de ella como si fuera una sábana para que se la enrollara en el cuerpo.

—No miro —soltó juguetón, en un tono que decía todo lo contrario a pesar de estar mirando hacia un lado.

Por eso Beatriz saltó hacia delante rápida como una gacela, y aunque fue muy veloz no pudo evitar que Melchor volviera la cabeza y le dedicara una de esas miradas que funden huesos y derriten corazones, deslizado sus preciosos ojos azules a la altura de sus pechos, justo antes de que la toalla los cubriera. Ella se la arrancó de las manos, enrollándosela en el cuerpo y separándose de él con furiosa mirada.

—¡Habías dicho que no mirarías!

—La tentación era demasiado grande —se excusó el rey poniéndole ojitos—. ¿Podrás perdonarme?

Beatriz lo volvió a mirar de arriba abajo, el pequeño hoyuelo de la barbilla que quería lamer como un polo, los pectorales tan marcados que podrían servir como una pila para frotarse una y otra vez, las piernas que parecían columnas de un templo que estaría dispuesta a adorar para siempre. Y solo por hacerse la dura, le dijo:

—Me lo pensaré. —Aunque ambos sabían que no había nada que perdonar—. ¿En qué necesitas que te ayude?

—Me gustaría quitarme el pelo chamuscado, sé que queda muy varonil el haber luchado contra un animal que echa fuego por la boca, pero me conformo con que tú lo sepas. —Guiñándole un ojo, fue hasta un mueble de pequeños cajones grises y sacó una cortadora de pelo—. ¿Tú estarías dispuesta a cortarme la melena?

Beatriz levantó las cejas sorprendida, no esperaba que le pidiera aquello en un momento tan sensual. Quizás más un ¿podrías bajarme los bóxer que se me han dormido los brazos? Pero Melchor era sin duda una persona singular y muy especial.

—Le he cortado el pelo varias veces a mi amiga Elena, así que creo que me apañaré con el tuyo.

—Genial, toma las riendas, pues.

Beatriz le cogió con seguridad la cortadora mirando alrededor para ver dónde podía enchufarla, y encontró un enchufe junto al espejo del lavabo. Ahora solo quedaba saber dónde se iban a sentar, y como había pocas opciones y aquel hombre oscurecía sus pensamientos, no le importó recurrir a una de las más escandalosas. Además, habían sido amigos durante bastante tiempo en la adolescencia, así que no era un desconocido para ella, algo de confianza debía quedar aún entre ellos, ¿no?

—Yo me puedo sentar encima de la piedra del lavabo. —De un salto se aupó sobre esta—. Y a ti te toca quedarte de pie aquí.

Beatriz separó las piernas sujetándose la toalla para que no se le abriera, e invitó al mago a que se colara entre ellas, pensando en lo orgullosa que estaría Elena de su osadía. Melchor esbozó una sonrisa de lo más sensual y con paso lento pero seguro, como si fuera un tigre de bengala que se mueve en su territorio, acató las órdenes de Beatriz metiéndose entre sus piernas de frente a ella.

Se miraron con ganas de decir muchas cosas, o más bien de hacer unas cuantas más, pero solo hubo un intenso escrutinio de unos ojos a otros, antes de que Beatriz lo cogiera de la cintura intentando girarlo. Un error sin duda, porque tener su piel bajo los dedos, le calentó hasta el alma.

A pesar de ser una torre inamovible, Melchor se dejó hacer quedando de espaldas a Beatriz, y con un suspiro bajito que por supuesto él escuchó, la bruja comenzó su trabajo, mientras el mago emitía una risa baja que hizo vibrar los músculos de su ancha espalda.

—¿De qué te ríes?

—De ti y tus suspiros. Los haces mucho, ¿te has dado cuenta, no?

—Lo cierto es que no. —Beatriz pasó la máquina desde el cuello hasta la coronilla de su mago. Le encantaba ver el limpio raíl de rubísimo pelo corto y brillante que quedaba a su paso, y es que cortarse el pelo siempre le había parecido una liberación. Suspiró de nuevo y ambos rieron—. ¿Qué se supone que significan, según tú?

—Pues creo que solemos acumular muchas emociones, y cuando estas llegan a nuestro tope tienen que escapar por algún sitio, como hace el gas con las botellas de coca cola. Sino explotaríamos por dentro, o se quedarían enquistadas produciendo dolor. Eso son los suspiros, pura emoción liberada.

Beatriz volvió a pasar la máquina mientras rumiaba las palabras del mago, ella tenía muchas de esas emociones que la desbordaban, y más cuando estaba

en su presencia.

Para no pensar en ello, se concentró en observar cómo el precioso pelo caía al suelo como una lluvia dorada. Iba a ser un cambio radical para Melchor, ya que desde siempre lo recordaba con el pelo largo.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó con pesar.

—Nunca lo he estado más. —Pudo notar la sonrisa en la voz del mago—. Vivir este rato hace que merezca la pena cortarlo.

Beatriz suspiró, de esa forma pesada que te deja deshinchado por dentro, y comprobó que la teoría de Melchor era cierta. Porque aquel suspiro suyo era de puro deseo insatisfecho. ¿Qué hacía tan exquisito a aquel hombre?

Continuó su labor en silencio, notando el peso caliente de los costados de Melchor contra sus piernas. Repasó con un peine las imperfecciones mientras el mago iba prodigándole frugales caricias en las piernas que la desconcentraban por completo, hasta que quedó conforme con su trabajo. Le acarició la cabeza como si fuera una pelota, sintiendo las cosquillas del pelo duro contra la palma de su mano, e informó:

—Vale, ya estás.

Melchor se llevó también las manos al pelo, repasando con la palma abierta su nuevo tacto. Se dio la vuelta y le sonrió, e inclinándose sobre ella le susurró un ronco «gracias», con la boca tan cerca de sus labios que llegó a rozarlos. Apenas fue un toque de décimas de segundo, pero a Beatriz le dio tiempo a saborear su aliento cálido, y la dejó con ganas de probarlo en un beso de verdad.

Estuvo a punto de inclinarse para robárselo, pero él se alejó dándole la espalda, y llevándose las manos a los calzoncillos sin dejar de mirarla por encima del hombro, se los bajó, lanzándolos de una patada a la otra punta del aseo. Le ofreció así una vista perfecta de un trasero fuerte en el que sería fascinante clavar los dedos, mientras aquel hombre se hundía en su interior. Y con una última mirada traviesa se metió en el jacuzzi aún repleto de espuma.

Beatriz no tuvo oportunidad de decidir si seguirle o no, porque Baltasar eligió aquel momento para entrar al cuarto de baño, haciéndole pegar un salto y agarrarse la toalla con más fuerza. El mago la miró y ella pudo ver pasar por su expresión la duda entre quedarse o salir de allí, pero la necesidad por contarle algo a Melchor ganó la batalla, o quizás su picaresca innata, porque con soltura atravesó la puerta sentándose en el borde del jacuzzi.

—Me alegra ver que estás estupenda después del ataque de ese dracón. —Baltasar la miró sin ningún pudor de arriba abajo, para después volverse a

su amigo negando con la cabeza—. Aunque tú, Melchi, me decepcionas mucho por no haber conseguido que esta belleza se meta contigo al agua.

—Quizás si tú no hubieses entrado, la situación sería bien diferente.

«¿Sí?», pensó Beatriz. Aunque ya daba igual, la magia del momento se había roto.

—En ese caso lo siento. —Aunque se notaba que se divertía con la incomodidad de los dos—. Necesitaba hablar con vosotros.

—¿No puedes esperar a que nos sequemos, Balti?

—Pues no, además por mí no os cortéis, ¿eh? Que os podéis bañar tranquilamente.

Melchor puso los ojos en blanco, extendiendo los brazos a los lados para apoyarlos sobre el borde de la bañera. Beatriz los miraba a ambos sin saber qué hacer.

—Habla, tío.

—El ataque del dracón rojo ha dejado un muerto y varias edificaciones destruidas en Pegávide. —La expresión de Baltasar había tornado a ser mortalmente seria—. Pero lo más raro es que han desaparecido dos brujas.

—¿Crees que el dracón se las ha llevado? —preguntó Beatriz preocupada por esas mujeres y con su espíritu de Ágatha Christie, deseosa de resolver un misterio—. Aunque supongo que esas bestias solo matan, no se molestarían en llevárselas. Se parecen a los dragones, y estos siempre aparecen como malvados, ¿no?

—Sería lo lógico dada su apariencia, ¿verdad? —asintió Melchor encantado con la implicación de Beatriz—. Pero los dracanes y especialmente los rojos, son seres muy inteligentes y no se mueven solo por las ganas de devorar. De hecho es raro que ataquen si no tienen un propósito específico.

—¿Y qué intereses pueden tener?

Nunca había pensado que pudieran existir los dragones, menos aún esos dracanes, y en ese mundo imposible que se abría ante sus ojos, no podía imaginarse que a aquellos seres les moviera otra cosa más que la sed de sangre. Entonces recordó el sueño que había tenido, el huevo en la mano de aquel hombre malvado. ¿No había dicho el tal Kimeo que era un huevo de dracón rojo? Seguro que no tenía nada que ver con aquello, pero tenía que averiguar si existían muchos dracanes de ese tipo.

—Hay tantos intereses como seres en el universo, pero en concreto ellos siempre quieren ampliar su fortuna y gobernar en la tierra que escojan —explicó Melchor como solía hacer en la clase de educación mágica con sus

chicos, encantado de los discos dorados y oscuros que lo miraban desde el lavabo. Entonces observó a su compañero—. ¿Crees que el dracón se ha llevado a las dos brujas?

—Pues esa es una opción, o bien que en el tumulto que se formó alguien las raptara.

—¿Las brujas no lanzan hechizos y eso?

Beatriz movió las manos como si hiciera conjuros en el aire.

—No tienen varita, preciosa, suelen tener espadas que les ayudan en los hechizos, también utilizan pociones y polvos. —Baltasar agitó sus manos en el aire como si echara algo en la bañera—. Ya sabes, rollos de brujas misteriosas que no sabemos bien el resto de seres mágicos.

—¿Y lo de poder invocar la lluvia en qué sector se queda?

—Más que un poder, eso forma parte de la naturaleza de vuestra magia. —Melchor amaba esa parte de la historia, por eso no podía contener la vehemencia en sus palabras—. El poder de las brujas y brujos es parte del universo, Beatriz, de alguna forma vosotros sois capaces de alimentaros de las estrellas, el agua, la tierra y la vegetación, y transformar todos esos fenómenos en energía para hacer magia. Hay brujas que son más afines a unas cosas que a otras, tú posiblemente recargues tu poder en el agua, por eso pudiste invocar la lluvia a la primera. Otras brujas se recargan tocando la tierra o con el polvo estelar.

Beatriz no conseguía procesar todas las cosas increíbles que le estaba contando Melchor.

—¿Quieres decir que nos podemos descargar como los móviles?

—Algo así, no olvides que la magia pasa factura.

Melchor se levantó del jacuzzi sin ningún pudor y antes de desviar la mirada, Beatriz admiró las vistas de arriba abajo. Apreció cómo la espuma resbalaba pecaminosa por un tórax ancho y musculado, y sin poder ni querer evitarlo siguió bajando la mirada por sus caderas, hasta llegar a su abultada entrepierna que se alzaba con insolencia, encima de la cual la espuma formaba una capa espesa muy conveniente.

El mago se ató una toalla a la cintura y la miró sonriendo, sabedor de que ella se había recreado observándolo, sintiéndose acariciado por aquellos hermosos ojos en los que se quería perder para siempre. Sus mejillas arreboladas y la presencia de su buen amigo allí, le hicieron apiadarse de ella, rompiendo el momento de tensión que se había creado.

—Es algo así como cuando haces ejercicio, necesitas comer para reponer

energía ¿verdad? —Observó como Beatriz asentía con la cabeza para continuar—. Cuando haces mucha magia necesitas reconectar con tu esencia, que se va desgastando con cada hechizo, y para hacerlo os servís de los elementos a los que estáis asociados.

A Beatriz le costaba mucho creerse todo aquello, pero se fiaba de su amigo.

—Entonces si me baño, ¿seré más poderosa?

—No es solo bañarse, es conectar con el agua y hacerte una con ella. Juno y Gaia te enseñarán a hacerlo. —Se paró frente a ella, y cogiéndole la cara con ambas manos, le susurró—. Vas a ser una bruja maravillosa, ya lo eres, solo te falta información.

De nuevo se sorprendió mirando la boca de aquel hombre, ese que le decía cosas tan raras a través de unos labios tan mullidos, rojos y apetecibles. La cercanía de sus rostros provocaba que el aliento del mago llegara a ella, colándose entre sus labios y acariciando su garganta; su olor rodeándola le hacía notar la cabeza sumida en una bruma de deseo que no podía despegar de sus neuronas. Agradeció que Melchor rompiera el contacto visual, soltándola para dirigirse a Baltasar:

—Tienes más información, ¿verdad?

Sabía que si su amigo no hubiera tenido nada más que decir se hubiese ido, y no era así.

—Tengo un dracón rojo dispuesto a hablar con nosotros.

Melchor abrió los ojos de par en par, mirando a su amigo como si estuviera borracho.

—¿Qué le has dado a cambio?

—Nada, me debe un favor.

Su tono misterioso y la sonrisa torcida consiguieron preocupar a Melchor, ¿desde cuándo Baltasar hacía tratos con dracanes malignos?

—No te debes fiar de esas fieras, si tiene otro postor mejor que tú te dejará tirado.

—Créeme cuando te digo que aunque muy jodido, el dracón me devolverá el favor. —La seguridad en el tono de Baltasar no daba pie a duda—. Pero necesito que seas tú el que vaya a su guarida en mi nombre, yo tengo otros asuntos pendientes.

Los Reyes cruzaron una mirada cargada de interrogantes y preocupaciones, pero finalmente se dieron por vencidos y salieron del aseo. Ambos eran igual de tercos. Cuando Melchor detectó que Beatriz no les seguía, asomó la cabeza

por la puerta del cuarto de baño y llamándola con la mano, le pidió:

—¿Vienes?

Beatriz sonrió, y descubrió que estaba ilusionada con aquella aventura, con ese nuevo mundo que se abría ante ella. A sus veintinueve años creía tener una vida estable y relajada, que le proporcionaba pocas sorpresas y relativa satisfacción, y en menos de una semana había tenido más emociones que en los últimos diez años. Ella que se creía conservadora, notaba cómo la emoción de lo desconocido burbujeaba en su estómago, como una de esas pastillas efervescentes que explotan en mil burbujas cuando las echas al agua. Sí, quería ir con su Rey Mago y aprender más cosas sobre magos, brujas y dracanes.

Saltó del lavabo sujetándose la toalla y fue a su encuentro.

—¿A dónde vamos ahora?

La sonrisa de Melchor se ensanchó, y frotándose las manos le echó un brazo por encima de los hombros.

—Ahora, querida, vas a conocer a nuestros preciosos dracanes.

6. La garganta del dracón

Beatriz dio gracias a sus reflejos cuando lo que parecía un lanzallamas casi le chamusca el pelo como a Melchor. Desde el suelo y aún aturdida, pudo ver como algo con cuatro gruesas patas se aproximaba a ella a toda velocidad, por lo que rodó hacia un lado desviándose de la trayectoria del animal que aún no había conseguido ver.

En seguida notó la fuerte mano de Melchor tirando de ella para levantarla y pegarla a su cuerpo, lanzándose a la carrera por la parte izquierda de lo que parecía una gruta rocosa, de paredes de piedra marrón muy altas. De pronto el mago frenó en seco y levantó una mano con la palma extendida en señal de alto.

—¡Calma! —ordenó con la voz más autoritaria que había sentido en su vida, y es que se podía notar cómo la orden impregnaba la piel y cada neurona, haciéndose irresistible obedecer.

Beatriz se quedó sin respiración cuando levantó la cabeza, sin ser consciente de haberla bajado, encontrándose con un increíble animal de duras escamas doradas, con unas amplias alas también doradas extendidas en toda su amplitud. La cara repleta de pequeñas placas en relieve del mismo color, brillantes y triangulares, pegadas unas contra otras formando un bello mosaico. Dos pequeños cuernos en la parte alta de su cabeza completaban la sobrecogedora apariencia. Pero lo más impactante eran sus ojos, que se asemejaban al oro líquido, y en los que parecía condensarse toda la sabiduría del universo. Aquella mirada animal estaba centrada en ella, y parecía conocer la forma de meterse por su nervio óptico hasta llegar a su cerebro, para conocer más incluso de lo que ella misma sabía de sí.

El animal se inclinó un poco en su dirección y Melchor le advirtió:

—No te muevas, solo quiere olerte. Cuando son crías tienen muy agudizado el sentido del olfato.

Pero era muy complicado no moverse cuando un bichejo de tres metros de altura te observaba sin perder detalle. ¿Y decía que aquel animal era una cría? No quería ver a sus padres en la vida. Aún así Beatriz hizo de tripas corazón y permaneció imperturbable mientras se le acercaba cada vez más. A pesar de su aspecto de bestia, la inteligencia ancestral que reflejaban sus ojos, mezclada con una extraña sensación de calidez, la hizo relajarse un ápice. Con

su cuerpo alargado cubierto de escamas doradas que parecían metal, y unas gruesas patas, dio una vuelta alrededor de Beatriz, estudiándola.

Cuando estaba a su espalda bufó por la nariz y el aire hizo que el pelo de la chica volara, pegando un pequeño saltito que en seguida contuvo para no molestarle. Cuando volvió a ver la cara del dracán, juraría que parecía sonreír y Melchor le confirmó sus sospechas:

—Le gustas, creo que son tus ojos tan parecidos a los suyos.

Entonces el dracán alzó el vuelo avanzando en una vertical perfecta varios metros, y cuando estaba tan alto como un edificio de diez plantas, que era la altura de aquella inmensa gruta, se quedó quieto unos segundos y de pronto descendió en picado. El primer impulso de Beatriz fue salir corriendo, pero Melchor la cogió del brazo para impedirselo.

—Ahora va a demostrarte que te acepta.

Así el animal llegó al suelo y como si fuera una plancha se acostó, con el largo cuello extendido y la cabeza quedando junto a la bruja. Dejándose llevar por su intuición Beatriz se agachó junto a él, y con la mano algo vacilante la acercó hasta rozar su costado. Tenía el tacto duro que prometía, pero las escamas no estaban frías como creía. Las resiguió con la palma de la mano extendida hasta llegar a su espalda, que lucía dos jorobas como las de los camellos, igual de escamadas que todo lo demás. Las repasó en una caricia pausada hasta llegar a la cabeza, que desde las orejas a la nariz tenía dos filas de pequeños huesecitos paralelos, y en ese contacto el animal soltó un gruñido de satisfacción.

Cuando Beatriz separó su mano de él y sin previo aviso, el dracán alzó el vuelo hacia el interior de la gruta que se abría ante ellos, y al volverse la bruja hacia Melchor, se quedó maravillada con la sonrisa que lucía este, devolviéndole una igual de resplandeciente.

—Ya conoces a los dracanes, una mezcla de dragón con las jorobas y las patas de los camellos. —Melchor le cogió la mano, adentrándose más allá por una gruta en la que habría podido entrar hasta el más grande de los dinosaurios—. El viaje a Belén que hicieron mis ancestros, los primeros Reyes Magos, lo hicieron en camello, siguiendo a la estrella fugaz que los estaba guiando. Y a partir de aquello se dieron cuenta de que más estrellas acudían a ellos para que cumplieran los deseos de los demás. Con el tiempo aprendieron a leer el mapa celeste y captar a todas las estrellas de los deseos, hasta ahora. Y en algún punto de todo este follón, se necesitó un medio de transporte más rápido para cubrir la alta demanda de deseos y aparecieron los dracanes,

sustituyendo así a los camellos, animales que suelen vivir en cuevas y zonas montañosas.

—Que conveniente esa aparición.

—El universo siempre te provee de lo que necesitas, solo hay que saber aprovecharlo. —Y su sonrisa taimada y misteriosa le hablaba de otras necesidades, y de oportunidades que flotaban en el aire que los separaba como mariposas que cosquilleaban todo el cuerpo.

—Ese bichejo parecía muy inteligente.

—Porque lo es, los dracanes se reencarnan y recuerdan todas sus vidas anteriores.

—Eso debe ser horrible —susurró Beatriz, imaginando que en aquellos recuerdos se mantendría el sufrimiento estancado por los siglos de los siglos.

Melchor la observó con curiosidad, muy serio, y después de mantener un rato su mirada, le respondió:

—Eso depende de cómo hayan sido sus vidas, ¿no crees? Hay ciertos momentos que yo pagaría para no olvidar en toda la eternidad. —«Como este», pensó para sí.

—Y otros muchos que borraría con una goma, o quizás mejor los haría explotar para desintegrarlos.

—Son todas las experiencias y las emociones las que nos curten, todas ellas las que nos hacen ser tal cual somos ahora, y tú, querida, eres una mujer fantástica.

Beatriz sintió un calor sofocante subir hasta sus mejillas, que le empezaron a picar encendidas, y cuando se atrevió a sostener la mirada de su mago, la admiración y el anhelo que vio en sus gemas azules la dejó sin aire.

—Apenas me conoces, al menos no conoces cómo soy ahora.

—Sé lo suficiente para afirmar que no me equivoco, y sospecho que cuanto más te conozca más reforzaré mi opinión al respecto.

Beatriz bajó la mirada sin saber qué decir, y como siempre Melchor le puso las cosas fáciles, señalándole a cada paso pequeñas delicias de la naturaleza para dejar en el olvido la conversación anterior.

De la mano, juntos, se fueron adentrando por aquella gruta que fue oscureciéndose progresivamente, y que olía a humedad y musgo. Pequeños haces de luz se colaban por algún hueco de la pared de roca derramando algo de visibilidad, aunque Beatriz no sabía cómo su mago conseguía orientarse con aquel paso firme.

—¿Conoces el camino?

—El sonido me guía, escucha.

Detuvieron la marcha y Beatriz cerró los ojos intentando escuchar más allá. Captó un goteo, el sonido de algo arrastrándose por la tierra del suelo, y más allá parecía escucharse el sonido pleno del agua cayendo.

—¿Una cascada?

—Chica lista.

La sonrisa en su voz la acarició por dentro, haciendo que sonriera también.

—Ahora vamos a pasar una zona de rocas más grandes, agárrate fuerte a mi mano.

—A la orden, Rey Melchor.

Ambos rieron y Beatriz apretó fuerte aquella manaza grande y caliente, y se sintió más segura que nunca en su vida. Melchor era de esos hombres cercanos y llenos de seguridad y templanza, el perfecto compañero para encaminarte a cualquier aventura.

A lo lejos se vio una luz que poco a poco ganaba en intensidad, parecía una puerta tallada en la roca a lo largo de cientos de años, y el ruido del agua cayendo se comió todos los demás sonidos. Beatriz sintió cómo la boca se le abría sin poder contenerlo, al ver el espectáculo que les rodeaba cuando pasaron por el portal de piedra al exterior.

Decenas de dracanes sobrevolaban un lago natural cercado por paredes rocosas de cientos y cientos de metros. Parecía que el agua se hubiese colado en el centro de la montaña, y perforándola durante años hubiese conseguido hacerse un hueco profundo, que custodiaban los gigantes de piedra.

De las montañas caían diversas cascadas de diferentes tamaños, y sobre ellas se podía ver a los animales mezcla de dragón y camello, bebiendo y rugiendo; los más pequeños jugaban entre ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Beatriz maravillada, dando vueltas sobre el saliente de roca, dejando que las gotas de la cascada más cercana le salpicaran la cara.

—El sitio favorito de los dracanes, lo llamamos La garganta del dracón. Al estar escondido entre la cadena de montañas también les sirve como refugio para protegerse de posibles amenazas. Y ahora vamos a llamar a mi “bichejo” particular.

Melchor se sacó del bolsillo un saquito lleno de polvo de oro, y cogiendo un puñado en la mano lo lanzó al aire. Conforme iba cayendo, el polvo tomó la forma de un hilo dorado, que se extendió y se extendió hasta que los ojos de Beatriz lo perdieron de vista. Al observar la mano de Melchor vio cómo

sujetaba el otro extremo del hilo.

—¿Hasta dónde llega esa cuerda?

—Hasta mi dracón, por supuesto.

La bruja vio como el hilo iba perdiendo la tensión que tenía y a lo lejos se formaba un punto que se iba haciendo más y más grande. Ante sus ojos apareció un ejemplar de un color plateado sorprendente, al que el sol le arrancaba reflejos cegadores. Agitaba las alas como si fuera la labor más sencilla del mundo, a pesar de que cada una podía ser tan grande como un pequeño camión.

Notó el escrutinio de aquel ser mientras se posicionaba frente a ellos, manteniéndose en el aire con un suave batir de sus alas. Con sus ojos negros la miraba penetrante, olisqueando el aire a su alrededor. Entonces vio como el ser bufaba hacia el mago y este se montó en un ágil salto sobre el dracón. Con una mano extendida hacia ella, la invitó:

—¿Subes? Tirallamas nos lleva. Tenemos una cita con un dracón rojo.

—¿Se llama Tirallamas? —preguntó alzando las cejas.

—Solo para los amigos, pero no se lo digas mucho porque no le hace gracia.

Beatriz dio un salto sin pensarlo, y se subió tras Melchor cogiéndose fuertemente a su cintura justo a tiempo, porque el dracón sin previo aviso inicio un descenso en picado desde el saliente de roca en el que estaban. Y justo cuando parecía que se estrellarían contra el agua, alzó el vuelo batiendo las alas como si no hubiera un mañana. Entre el fuerte viento que se movía a su alrededor, pudo escuchar que Melchor le decía:

—Amigo, amigo, no has sido bueno con la señorita Bianchi.

Como para reafirmarse en su comportamiento, el dracón se lanzó de nuevo en picado solo para iniciar una remontada aún más rápida que la anterior. A pesar de la sensación de tener una pelota en el estómago que le subía y bajaba, Beatriz sonrió feliz porque el vuelo le provocaba una descarga de adrenalina total, con la dicha que proporciona el no poder tener nada bajo control y sentir al límite.

Recorrieron decenas de kilómetros a lomos del magnífico animal, sintiendo el viento golpear su cara. Beatriz se acopló a la espalda de su mago con un encaje perfecto, moviéndose al son de su respiración, y pensó que aquel era uno de esos raros momentos estrella que había que guardar en la memoria para siempre.

Apretando las manos al fuerte abdomen de Melchor, el paisaje cambió y penetraron en un área más seca, de tierra árida salpicada por briznas de

vegetación. Parecía como si alguien hubiera quemado trozos de campo a su paso, dejando calvas negruzcas en el suelo.

Más adelante una cadena montañosa se alzaba como un gigante. Melchor le señaló la parte más alta de una de las montañas, que despuntaba del resto por su silueta torcida.

—Ahí arriba esta la cueva de nuestro amigo el dracán, pero antes de acercarme más voy a hacer un hechizo para crear un escudo a nuestro alrededor.

—¿No confías en él?

—Nunca puedes confiar en un dracán rojo, Bea. Es una de las reglas básicas de magos y brujos.

Beatriz se la anotó mentalmente, pensando en el dichoso huevo de dracán de su sueño. ¿El tipo oscuro también sabría aquello, o para los bebés dracanes no se aplicaba? Sin parar de darle vueltas a la cabeza observó por encima del hombro de Melchor que no utilizaba el preciado polvo dorado, sino que con las manos bien apoyadas en la montura del dracán, soltó una de ellas para frotar un anillo con una piedra roja que llevaba en el dedo índice.

Beatriz no notó nada, entonces le susurró en la oreja al mago:

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Una *esfera de protección*. —Observó que Beatriz movía la cabeza a su espalda de un lado a otro, como buscando dicho objeto, y rió con ganas—. No vas a encontrar nada, brujita, el escudo es invisible.

Entonces le dio una pequeña piedra.

—Lánzala.

—¿Hacia dónde?

—En la dirección que quieras, solo quiero que veas lo que pasa.

Llevando el brazo hacia atrás tomó impulso y lanzó la piedra hacia un lado, viendo como esta rebotaba en un punto del aire que al tocarlo, hizo que se materializara durante un segundo un entramado rojizo con textura de red que parecía rodearlos, formando una esfera.

—Increíble —susurró en la oreja del mago, maravillada con las posibilidades que ofrecía la magia.

—Los magos lo somos, nena. Eso y guapos, inteligentes, irresistibles...

Beatriz le dio un puñetazo suave en el costado, que les arrancó una carcajada a ambos.

—Estoy totalmente impresionada, su majestad.

Melchor volvió el rostro buscando su mirada por un instante, y con una voz acariciadora que le erizó la piel, le susurró:

—Y aún no has visto lo mejor, preciosa, pero lo verás.

La promesa implícita en sus palabras hizo que un escalofrío la atravesara y su mente volara aún más alto de lo que lo estaban haciendo, y sin darse cuenta habían llegado a la entrada de la cueva del dracón, tan grande que podían pasar sin problemas montados en Tirallamas.

Al entrar en el refugio de piedra, Beatriz tuvo una extraña sensación de intemporalidad, y supo que entre aquellas paredes, hasta el tiempo daba igual, la única ley que importaba era la del dracón rojo, como se demostró cuando llegaron hasta él.

En un punto de aquella gruta rocosa las paredes se fueron ensanchando, el techo parecía querer llegar a la cima de la montaña y perforarla, y no tardaron en alcanzar una gran sala en cuyo centro, un dracón rojo devoraba algo ensangrentado. Nada más verlo Beatriz deseó huir como alma que lleva el diablo, y fue consciente del poder que desprendía la criatura que tenía delante.

Inmenso como la mitad de un campo de fútbol, de largas alas membranosas plegadas a sus costados, con el cuerpo cubierto de gruesas escamas del color del fuego. Su larga cola medía varios metros, la cara era muy parecida a la que habrían tenido los dinosaurios, y los ojos eran negros como una noche sin estrellas.

La criatura los miró como el que mira un desecho en su casa; se podía palpar el deseo que tenía de destrozarlos y seguir comiéndose lo que fuera que tenía entre los dientes. Pero algo se encendió en sus ojos cuando reconoció al mago, y sentándose muy estirado hizo una mueca que pretendía ser sonrisa. Baltasar no se había equivocado al decirle que el dracón los recibiría, pero aún se preguntaba por qué.

—Bienvenido a mi guarida, buen mago, ¿me traes un aperitivo para iniciar nuestras negociaciones? —dijo señalando a Beatriz, que lo miró espantada, no tanto porque había sugerido comérsela sino porque el dracón hablara dentro de su cabeza.

—Me temo que no, querido amigo, además dicen que la carne de bruja no es muy buena, ¿no es cierto?

Beatriz se enfadó considerablemente al darse cuenta de cómo Melchor se había tomado a broma aquello.

—Es cierto, sí, da mucha acidez. —La bestia entornó los ojos, y en una pose muy humana juntó sus patas delanteras frente al rostro, haciendo chocar las

largas uñas de una pata contra las otras—. ¿Qué te trae por aquí entonces?

—Quiero información sobre otro dracán rojo, y tengo entendido que tú tienes una especie de censo de dracanes.

El dracán se estiró aún más si cabía, y aclaró solemne:

—Tengo el mejor censo de la historia, Melchor, y si quieres saber de otros dracanes seguro que te puedo ayudar. —Les mostró una gran sonrisa que enseñaba todos sus afilados dientes—. Pero todo tiene un precio, ¿qué estás dispuesto a pagar?

—Por lo que tengo entendido, le debes un favor a mi amigo Baltasar.

El animal rió con un sonido cavernoso, y acercó su cabeza a tan solo dos metros del cuerpo del mago. El escudo del anillo le frenó para seguir avanzando y rebufó indignado.

—El favor ya se lo he devuelto al no utilizaros como aperitivo. —Al ver que Melchor alzaba los ojos escéptico, aclaró—. Y si crees que tu estúpido escudo te protegería de mi ataque, es que nunca has tenido un encontronazo con alguien como yo.

Mago y dracán se midieron con la mirada, intentando calcular la fuerza verdadera de su oponente. Ambos eran poderosos y no daban su brazo a torcer, pero Melchor tenía más que perder, Beatriz estaba con él y debía protegerla ante todo. Por eso no quiso probar si las palabras de la roja criatura eran ciertas.

Metió la mano bajo su capa y sacó dos saquitos. El primero contenía diminutas piedras preciosas de un color rojo fuerte. Al verlas, el dracán abrió mucho los ojos bufando encantado, el mago volvió a cerrar el saquito y se lo tiró, recogéndolo en el aire con una larga uña. Con una habilidad asombrosa, consiguió sacar varias piedras preciosas, metiéndolas entre sus escamas para la sorpresa de Beatriz.

—Los dracanes son muy presumidos, les encanta ver las piedras brillar bajo el sol mientras vuelan —susurró Melchor a Beatriz mientras el dracán estaba ocupado—. También les encanta la riqueza.

Melchor abrió el otro saquito lleno de pequeñas cuentas doradas, y en lugar de dárselas al dracán las depositó sobre el suelo. Agachándose, puso su mano encima. Al instante comenzaron a derretirse, extendiéndose por la dura roca como finos riachuelos dorados. Todos los huecos del suelo se cubrieron de oro y cuando este llegó a las paredes, también ascendió por ellas, desafiando cualquier ley de la gravedad. El color dorado fue tiñendo las paredes, lamiéndolas hasta cubrirlas por completo, y Beatriz tuvo la impresión de que

el mismo sol se había metido en aquella montaña por la luz que adquirió la estancia.

El dracón miró alrededor, al suelo que pisaba y finalmente a Melchor, que sonreía de lado, sabiendo que a cambio de aquello le daría la información que quisiera.

—Necesito saber quién es el dracón que atacó el otro día el planeta Pegávide, en la constelación de Pegaso. Era uno rojo.

—¿Quieres que delate a un hermano?

—Vosotros no tenéis ese tipo de lazos.

—Pero siempre nos protegemos de cualquier otro mágico, aunque por lo que me has dado a cambio, te ayudaré. —Poniéndose en pie estiró las alas por completo y rugió—. Seguidme.

La corriente de aire que movió dentro de la cueva, hizo que al dracón plateado de Melchor le costara mucho despegar, pero en seguida consiguió alzar el vuelo persiguiendo a la gran mole roja.

Salieron por un agujero que había en el techo, y sobrevolaron el conjunto de montañas hasta llegar a otra que también tenía un hueco abierto en su cúspide, colándose por allí al interior de piedra. Al entrar en la nueva sala rocosa de forma circular, muy parecida a la primera en amplitud, Beatriz dio un gritito de sorpresa tapándose la boca con la mano. La mayor cantidad de libros que nunca hubiese visto, se encontraban colocados sobre estanterías de madera, que no eran sino troncos de árbol dispuestos como un tetris para dejar los espacios necesarios para los libros.

El dracón se movió entre ellos como pez en el agua a pesar de su enorme tamaño, y cuando llegó a un estante lleno de libros negros especialmente grandes, cogió uno. Lo hojeó durante un rato hasta que llegó a donde quería, y con una uña sobre el papel, habló de nuevo en sus cabezas:

—Ese dracón apenas tendrá cincuenta años, es un ser muy joven, en caso contrario no hubiese realizado un ataque tan arriesgado. —Vio como Beatriz lo miraba sin entender de dónde sacaba aquella información, y le explicó—. Los dracanes rojos somos telépatas, leemos la mente de los demás como si de una película se tratara, y tu amigo el mago me ha hecho ver el ataque a través de sus recuerdos, por eso sé todo lo que os he contado.

—¿Puedes saber si obra bajo las órdenes de un humano?

—Por eso estoy mirando mis registros. —El dracón pasó su uña por las gastadas páginas hasta que golpeó una de ellas—. Ese ser tenía la cola semipartida, un rasgo muy raro en nuestra especie, sumando eso a su edad sé

de dónde viene. Casi todos los dracanes que existen provienen de la constelación del Dragón, pero hay una bruja en la constelación de Tauro, en un exoplaneta que orbita a la gran estrella Elnath, que cría dracanes. Vive entre los eltianos y muchos la ayudan en su labor. Que yo sepa solo de sus tierras han salido los dracanes de cola semipartida, ya que su principal dracán tiene este rasgo tan peculiar y todos son hijos suyos.

—¿Crees entonces que el rojo del ataque estará a sus órdenes?

—Es muy poco probable, porque suelo ir a verla con frecuencia y recordaría a un rojo así. Las rayas negras que recorren sus costados según he podido ver en los recuerdos de Melchor, lo hacen aún más singular. Sin duda yo no lo he visto nunca, así que supongo que alguno de los ayudantes de la bruja vendería el huevo en su día.

Melchor suspiró tomando conciencia de que encontrar al dracán implicado en el ataque, se hacía cada vez más complicado. Pero si algo podía destacarse en él, era lo pertinaz que solía ser en todo lo que emprendía.

—Si voy a preguntarle a esa bruja, ¿me recibirá?

Un rugido profundo salió de la garganta del dracán, sobresaltando a Beatriz, que tardó unos segundos en darse cuenta de que aquello era lo más parecido a una risa.

—Intentará chamuscarte primero, y más cuando se entere de que alguien ha osado robarle uno de sus huevos.

—Según lo que has contado, hace casi cincuenta años de eso —replicó Beatriz extrañada con la idea de que a alguien le pudiera importar un robo de hacía tanto tiempo.

—Moruena ama a cada uno de los dracanes de su reserva, y le afecta todo lo que ocurra en ella. Da igual los años que hayan pasado.

Vieron como el dracán se estiraba, comenzando a batir sus alas.

—Ese dracán seguirá las órdenes de la persona que compró el huevo y lo vio nacer, así que tendréis que llegar a esa persona para encontrarlo. Solo espero que dicha persona sea un poquito menos poderosa que él, si no este será nuestro último encuentro.

El dracán rojo alzó el vuelo y desapareció por el hueco del techo, dejándoles como pesadas losas sus crípticas palabras.

—Eso lo ha dicho porque cree que ese dracán nos va a machacar, ¿verdad?

—Creo que lo que de verdad piensa es que nos va a achicharrar con sus llamas, eso si antes no nos mata esa bruja que cría dracanes. —Melchor ensanchó su sonrisa viendo la cara horrorizada que Beatriz le ponía, entonces

la rodeó con sus fuertes brazos, mirándola a los ojos con adoración—. Lo que no sabes es que yo nunca dejaría que nadie te tocara ni un solo pelo, princesa, antes atravesaría su corazón y lo cocinaría en el fuego.

—¿Serías capaz de hacer algo así?

En los ojos azules del mago se reflejó un brillo tormentoso y Beatriz no dudó que llegado el momento, lo haría.

—Por ti soy capaz de eso y mucho más, señorita Bianchi.

Beatriz no tuvo fuerzas para preguntarle el por qué, si apenas hacía unos días que se habían reencontrado después de tantos años. ¿Él también la había estado recordando? ¿Había sido tan larga su espera como la de ella? Estaba segura que no, porque para Beatriz los años habían pasado como siglos enteros navegando en un mar de recuerdos.

Y aunque no quisiera preguntar nada acerca de sentimientos y demás intrigas, sí fue fiel a su eterno *carpe diem*, a ese vivir el momento presente con todos los sentidos. Ni pudo ni quiso frenar las ansias locas que tenía de él, ¿por qué debía hacerlo? ¿Por qué luchar contra el deseo de un beso si de tanto anhelarlo se había convertido en algo tan esencial como respirar para ella? Conocía el sabor de ese deseo, lo tenía siempre pegado a la lengua, a los labios, a la respiración; pero en ese momento quería conocer el sabor de él. Reencontrarse con aquella boca, tocar al hombre en el que se había convertido, sentirlo sobre la piel.

Así que miró a su mago con una sonrisa de lado a lado en el rostro, y sin medir lo que hacía se colgó de su cuello y le dio un mullido beso en los labios, de esos que hacen ruido y te llenan la barriga de mariposas... Y algo más.

Más deseo, uno inflamable y que cada vez estaba más presente entre los dos.

No esperó a ver la cara del mago al separarse de sus labios, solo saltó sobre el dracón plateado que los miraba impaciente, y esperó a que Melchor tomara asiento. No tardó en hacerlo, pero no para alzar el vuelo corriendo, porque lo que hizo el mago fue sentarse delante de ella sobre el animal, y volviéndose de lado le tomó una mejilla con su palma abierta para acercarla a sus labios y devorarla. Porque a diferencia del beso que Beatriz le había dado, Melchor apretó los labios contra los de ella, moviéndolos de una forma hipnotizante hasta que Beatriz los abrió, y una vez dentro de su boca lamió con su lengua caliente todo lo que pilló a su paso.

El corazón de ambos latió con avaricia, y Beatriz sintió una energía correr

por sus venas, una inquietud que le hizo pegarse aún más a él para acallar la necesidad de su piel.

De pronto sintieron que perdían el equilibrio y Melchor tuvo que abandonar su boca rápidamente para agarrarse a la montura del dracón, mientras Beatriz apretaba con fuerza la cintura del mago con el firme convencimiento de que se caería. Y es que el dracón había decidido alzar el vuelo sin esperar a que el mago diera la orden pertinente.

—Maldito animal —gritó contra el fuerte viento que los azotaba en la ascensión en picado que estaba realizando Tirallamas.

En respuesta el dracón emitió un bramido potente que hizo que Melchor estallara en carcajadas.

—Está celoso, querida, él también quiere.

Y a toda velocidad se alejaron de la guarida del dracón rojo y su fantástica biblioteca. Si encontraban al dracón de cola partida podrían saber si estaba relacionado con las dos brujas desaparecidas y le harían pagar por su ataque. Además Melchor guardaba la secreta intuición de que de alguna manera, aquellas desapariciones estuvieran relacionadas con Alethea Kinov y su extraña muerte.

Melchor sacó su saquito de polvos de oro, y con un brioso giro de muñeca lanzó un puñado al aire, manejándolo con maestría entre sus dedos, girándolo con premura hasta formar el disco dorado y en su centro, el túnel de materia oscura que les llevaría a la estrella Elnath, que se encontraba a varios años luz de allí.

La bruja Moruena les esperaba y prometía tener las respuestas que necesitaban.

7. En la guarida del escorpión

Baltasar esperó con una sonrisa anticipatoria a que la bruja hiciera su entrada triunfal. Desde que se marchara de Pegávide, no había podido dejar de pensar en ella; sus ojos bicolor llenos de fuerza siempre aparecían tras sus párpados. Observó el conocido túnel de materia oscura, ese que la gente mágica sabía abrir utilizándolo para desplazarse por los millones de años luz que había entre un lugar y otro. Distancias imposibles de recorrer en tan poco tiempo si no era a través de ese medio. Pensó en los mil usos que le darían los humanos y se alegró de que tan solo supieran algunos conceptos de la preciada materia negra.

Gaia apareció en aquel momento, deslizándose con el cuerpo inclinado como una gacela dispuesta a saltar sobre su presa. Al llegar al final del túnel tomó impulso y salvó la distancia hasta Baltasar con un tremendo salto que la dejó pegada a su cuerpo. Aquella mujer era toda una provocadora y a él le encantaba que lo incitaran, ¿qué iba a hacer con ella? Siempre había evitado a las brujas, por su chulería y lo complicadas que eran, pero esa mujer lo atraía enormemente.

Con los labios a apenas dos centímetros de su rostro, Baltasar le susurró:

—Veo que el pequeño caballito alado ha hecho su función —dijo refiriéndose al *llamador*, el pequeño pegaso que ella le había proporcionado para que la llamara cuando lo necesitara—. Las brujas tenéis unos medios de comunicación de lo más curiosos.

—Mucho mejores que los vuestros, sin duda.

Entonces por una de las ventanas de la torre del observatorio de Calar Alto, apareció una boca de dientes afilados, que empañó el cristal con su aliento. Baltasar se acercó para abrir la ventana, y un dracón soltó sobre su mano un pequeño sobre que llevaba el sello de los Reyes Magos: tres pequeños cofres uno encima del otro, que representaban el oro, el incienso y la mirra, esencias de su poder, rodeados por una estrella y alrededor de la misma se podía leer “SS.MM Los Reyes Magos”.

La abrió creyendo que era de Gaspar, que seguía viajando sin descanso, pero por la letra supo que el remitente era Melchor:

“Tu dracón nos ha dado algo de información acerca del rojo que atacó el

día del funeral de Alethea Kinov, pero como ya te dije no ha sido de fiar. Me ha hecho pagarle a pesar de tu “deuda pendiente” (en serio, ¿desde cuándo tienes asuntos con dracanes malvados? Hablaremos de ello a mi regreso). Cuando esta carta te llegue ya habremos llegado a Quiorum, un planeta de la constelación de Tauro. Buscamos a una bruja que creemos que nos llevará al dueño del dichoso dracán y espero que a las dos brujas desaparecidas.

Mientras podrías encargarte de seguir investigando el asesinato de Alethea, y utiliza a alguien que te ayude en la elaboración de los mapas de las estrellas de los deseos. No creo que esté fuera más de dos noches.

Un abrazo, hermano”.

Baltasar sonrió mientras hacía una pelota con la nota de Melchor. Maldito controlador, siempre quería estar en medio.

—Ya que tu magia es mejor que la mía, quiero que abras tú el túnel de materia oscura hasta Orion, ¿qué te parece?

El rostro de Gaia se oscureció.

—¿Por eso me has llamado? ¿Qué vamos a hacer allí?

—Investigar la muerte de tu hermana, claro. —Baltasar puso una de sus grandes manazas contra la mejilla de la bruja, acariciándola con una suavidad infinita, pero ella apartó la cara, huraña, ante lo que Baltasar suspiró—. Te prometimos que te ayudaríamos, ¿recuerdas?

—Yo he estado allí varias veces y no he encontrado nada. Es inútil ir.

—Tú no has encontrado nada porque la rabia te ciega, por eso quiero probar suerte yo.

Gaia se separó más del mago, poniendo los brazos en jarras sobre sus caderas, claramente ofendida.

—No hay nada que me ciegue, morenito, así que no vamos a ir y punto.

Baltasar se sacó del bolsillo una bolsita, extrayendo de su interior unos trocitos de mirra, que en contacto con su mano se fueron disolviendo, desprendiéndose de su palma como delicados filamentos para flotar en el aire en formas imposibles. La sustancia viscosa formó un pequeño círculo frente a Baltasar, girando muy deprisa como el tambor de una lavadora en centrifugación. El círculo fue ampliando su diámetro interno hasta alcanzar el tamaño por el que cabía una persona. Volviéndose hacia Gaia el mago estiró el brazo en su dirección con la palma hacia arriba:

—Cuatro ojos ven más que dos, y los míos son realmente buenos buscando. Sherlock Holmes se queda en mantillas a mi lado.

La forma de levantar las cejas del mago hizo sonreír a Gaia, que se debatía entre el dolor que le producía volver a aquel lugar, y las ganas que tenía de esclarecer de alguna manera el misterio de la desaparición del cuerpo de su hermana. Miró los enormes ojos marrón chocolate de Baltasar, tan sinceros y llenos de alegría; los rasgos masculinos de su rostro, esos labios carnosos que habría besado sin respirar. Entonces tomó aire cogiéndole la mano, y pensó que si tenía que enfrentarse a aquella tempestad, pocas personas serían mejor compañía.

El mago la agarró con fuerza pegándola a su cuerpo, y le susurró en el oído:
—Buena chica.

El tono ganador de sus palabras la cabreó, y terca como era se apresuró a aclararle de forma brusca.

—No lo hago por ti, todo esto es solo por mi hermana.

—Confiesa que te mueres por mis huesos morenos, nena.

Gaia contrajo la expresión furiosa, revolviéndose para soltarse del agarre del mago, pero este era más fuerte y con una sonrisa triunfal se lanzaron al agujero negro que con la mirra había abierto Baltasar.

Cayeron abrazados rodando por la tierra seca de uno de los planetas de la constelación de El Cazador. Gaia intentaba quitárselo de encima a puñetazos y Baltasar solo quería parar sus golpes. Al ver que el torbellino de acometidas no paraba, le agarró las muñecas con fuerza y aplastándola contra el suelo la placó con todo su cuerpo.

—¿Vas a seguir siendo una gata salvaje o vamos a empezar a comportarnos?

Gaia lo miró, con una mezcla de emociones difíciles de definir. Aquel hombre le atraía y acicateaba su rabia a partes iguales, pero al entrar en contacto con su mirada, toda animadversión parecía diluirse y lo único que quedaba era deseo, crudo y descarado. Quería revolcarse con aquel coloso oscuro, balancearse sobre su piel y sentirse como una diosa a su lado.

—¿Vas a dejar tú de provocarme?

El mago se encogió de hombros esbozando una sonrisa de pecado.

—Lo intentaré —aunque su tono decía todo lo contrario.

Con un largo suspiro Gaia asintió con la cabeza y el mago la soltó sin muchas ganas. Su único deseo era observar los ojos de la bruja, con esa extraña mezcla entre el azul oscuro y el morado, mientras hacía realidad sobre su piel mil fantasías.

Se sacudieron el polvo de la ropa y comenzaron a caminar por aquel planeta rocoso. No tenía aspecto de estar habitado de ningún modo, lo que lo

hacía un sitio idóneo para un intercambio secreto como era el del *aguijón dorado*, y también para un asesinato. Baltasar adoptó la pose más seria que la bruja le había visto nunca, y entornando los ojos se convirtió en el sabueso que era.

Con la sensibilidad especial que poseía, olisqueó el aire en busca de algún olor que delatara cómo había sido la agresión a Alethea, quién había participado, teniendo claro que ningún dracón había estado implicado. Tenían un olor característico, a humo, tierra y humedad, y allí no detectaba nada de eso.

Escaneó cada centímetro del suelo con sus sagaces ojos, buscando algo, lo que fuera. Pero solo parecía haber arena y piedras. Se agachó, terco como era en su convencimiento de que allí tenía que haber algo, y pasó la palma de su mano por la tierra, arrastrándola para ir avanzando.

El tacto arenoso se le coló entre los dedos, raspándole con contundencia la piel, en un lento arañe que de pronto se hizo más caliente. Las alarmas del mago saltaron al detectar la diferencia de temperatura en la tierra del suelo que tocaba, y volviendo la mano hacia atrás pasó por el mismo lugar localizando la zona que estaba más caliente. Entonces hincó los dedos en la tierra rojiza y excavó, aunque no tuvo que esforzarse mucho porque en seguida tocó algo duro, y enganchándolo con los dedos tiró de él.

Colgando de su dedo índice levantó un anillo de metal oscuro delante del rostro de Gaia.

—¿Te suena de algo?

—No es de mi hermana, por supuesto —dijo con repugnancia pero intentando cogerlo—. Dámelo.

—Antes quiero que lo observes y me digas si te suenan las inscripciones.

Gaia observó el anillo detenidamente mientras se balanceaba en el dedo del mago. Era de un negro intenso, como si un trozo de la noche residiera en el mismo. Algunos símbolos aún más negros parecían flotar en la superficie, y entre todos ellos había un dibujo del amanecer y el ocaso contrapuestos, formando un círculo que representaba lo cíclico de este hecho, que llamó la atención de la bruja.

—Cuando estudiamos en la escuela de brujas vimos varias culturas que utilizaban el simbolismo del amanecer y el anochecer, aunque no consigo saber de cuál de ellas hablamos.

Baltasar miró donde Gaia le señalaba con el dedo, intentando hacerse una idea del elemento común en aquella representación.

—El elemento principal del dibujo es el sol, ¿no? ¿Hay alguna cultura que lo emplee?

—Para los egipcios Ra era el dios del sol, pero no me suena que ningún grupo de brujos lo utilice para representarse. —Gaia siguió dándole vueltas al anillo, dándose cuenta de un dibujo microscópico en el que no había reparado—. ¡Mira! Esta mujer podría ser Serket, una diosa egipcia hija de Ra, que protege la magia y es símbolo del calor del sol del sistema solar.

Baltasar entornó los ojos en un esfuerzo por diferenciar sus formas.

—¿Y cómo nos puede ayudar?

—Esta diosa se representa con un escorpión en la cabeza, así que imagino que es el anillo de un brujo escorpión.

Mientras lo decía la mirada de Gaia se ensombreció, reavivando su ansia de venganza. ¿Aquello confirmaba que otro brujo la había matado? Eso sería una gran traición, ya que todos sabían que las diferentes especies mágicas tenían que protegerse.

Al ver el ánimo tormentoso de la bruja, Baltasar le echó el brazo por encima de los hombros intentando transmitirle el sosiego que sabía que no tenía.

—Solo es una teoría, nunca hemos visto a un brujo escorpión con uno de estos en el dedo, ¿verdad?

—No me suelo relacionar con los escorpiones, pero ¿quién llevaría un anillo así? —Gaia se sacudió el brazo del mago, caminando rápido en círculos como cuando Baltasar la conoció, lo que delataba su nerviosismo.

—¿Y por qué está caliente? —le preguntó el mago dándole vueltas entre los dedos.

—El anillo es un acumulador de calor, se supone que si no lo dejas enfriarse sirve para aumentar tu poder. Y se mantiene caliente llevándolo puesto, así que ese bastardo seguro que estará buscándolo. —La expresión de Gaia se contrajo en un duro gesto, deseosa como estaba de venganza—. Solo espero que elija este momento para volver y así poder arrancarle el corazón con las manos.

Baltasar tragó saliva ante el salvajismo de la mujer que tenía delante. Cómo le gustaba incluso así de fiera.

—Lo que vamos a hacer es ir a su planeta y buscar al dueño de esta joya, ¿qué te parece?

Se sacó del bolsillo el saquito con la mirra para abrir el agujero negro que los llevaría hasta la constelación del escorpión, pero Gaia le agarró el antebrazo y negó con la cabeza.

—No, morenito, de este túnel oscuro me encargo yo, que 18 Scorpii pilla muy lejos de aquí. —Gaia empuñó su espada, que enseguida emitió un resplandor cegador, y comenzó a trazar la conocida red de puntitos plateados que formarían el agujero negro—. Aprende cómo se hace, nene.

—Venga, a ver qué sabes hacer.

Dicho aquello fue dibujando con más rapidez, y en seguida vieron cómo la materia se expandía y se contraía repetidas veces, hasta que por fin se formó el túnel por el que se deslizarían.

Alzando las cejas y con la pose de chulería que la caracterizaba, los brazos en jarras sobre las caderas y la espalda más recta que una vela, Gaia miró al mago y este la observó a ella con una complicidad que no les correspondía dado el poco tiempo que se conocían. Pero las cosas importantes no entienden de relojes ni lógica, solo se explican desde el corazón y el alma.

—Te echo una carrera, su majestad. ¿Estás listo?

Baltasar dio un gran salto en el aire, tan rápido que apenas movió el viento a su paso, y antes de que Gaia se diera cuenta ya estaba él dentro del túnel, dejando su frase en un grito colgado en el aire mientras desaparecía en la oscuridad:

—Atrápame si puedes, cielo.

Con una carcajada Gaia se lanzó a ese vacío que era la materia oscura, una constante sensación de velocidad de vértigo hasta que el túnel te escupía en el lugar adecuado. El tiempo mientras viajabas en los túneles era relativo, parecía paralizarse o correr tan rápido, que Gaia temía que al finalizar el viaje la materia oscura la escupiera vieja o incluso al borde de la muerte, pero su hermana Juno siempre le había asegurado que en el interior de aquellos túneles, todo permanecía imperturbable.

Antes de que pudiera pensar nada más se encontró rodando por un suelo duro y pedregoso, que le arañó los brazos, la cara y la cadera. Una piedra más grande que las demás la frenó con un duro golpe en el que cerró los ojos de forma inconsciente, con lo que ella odiaba cerrarlos. Le gustaba tenerlos bien abiertos para verlo todo con una nitidez aplastante, pero al abrirlos le horrorizó lo que tenía a menos de tres centímetros de su rostro: un escorpión negro y brillante que movía su aguijón feliz ante la presa que había llovido del cielo. Pero antes de que se moviera un milímetro, una gran bota negra cayó sobre él, aplastándolo en el acto cual cucaracha, con un crujido duro que erizó el vello de Gaia.

—Malditos arácnidos venenosos, siempre los he detestado. —Al alzar la

cabeza tirada en el suelo como estaba, Gaia vio a Baltasar que le tendía su amplia manaza, sonriendo con su hilera de perfectos dientes blancos como perlas del Caribe—. ¿Subes o le quieres dar un besito a nuestro pequeño amiguito de pinzas? Él estaba deseando darte uno a ti.

—No, gracias, me van otro tipo de besos.

—¿Cómo los míos?

Gaia aceptó la mano y de un salto se puso en pie. Pero Baltasar no la soltó, muy al contrario apretó sus dedos y girándola sobre su brazo como si estuvieran bailando la pegó a él. Se miraron, de esa forma golosa con la que se observa una pastilla de chocolate que te mueres por morder, siendo ambos conscientes de ello.

Gaia no se alejó, dejó que el aliento caliente del mago la empapara, relamiéndose los labios de pura necesidad. Pero el beso no llegaba y estuvieron así un rato, perdiéndose en los ojos del otro; fue cuando la bruja se disponía a separarse el momento que Baltasar eligió para atacar su boca.

No fue un beso suave, empezó con la máxima potencia desde el principio. Daba y exigía que se lo devolvieran con la misma intensidad, con una lengua que acariciaba cada rincón de la boca de Gaia, y ella le siguió el juego desde el principio. Eran dos colosos ardiendo en el fuego de la atracción, disfrutando del sabor, de los labios suaves y la lengua rugosa.

Baltasar llevó una mano a la cremallera del mono de combate de la bruja, tirando hacia abajo para dejarlo abierto a la altura de su pecho, pero las manos de Gaia se pusieron sobre la de él, impidiendo su avance.

—Pero, ¿qué se ha creído usted, rey Baltasar? —Gaia miró alrededor buscando alguna presencia, mientras intentaba apartar las manazas del rey oscuro.

—Tu constante provocación me excita demasiado y no soy capaz de controlar esto, señora bruja.

—¿A qué te refieres?

—¿Necesitas pruebas físicas? —Baltasar llevó la mano de Gaia a su entrepierna, haciendo patente su excitación—. Creo que tu necesidad de verificar la información que te aportó, me va a hacer que te empiece a llamar la bruja científica.

Gaia apartó la mano como si estuviera tocando la lava de un volcán y contrajo el gesto furiosa, no tanto porque el mago hubiese colocado su mano allí, sino por no tener el valor suficiente para mantenerla, cuando todo su cuerpo quería hacerlo. Eso y mil cosas más, y pensar que era el miedo el que

guiaba sus actos, la hizo cometer una imprudencia. Sin avisar colocó de nuevo sus dedos sobre el miembro de Baltasar, por encima de la tela de su pantalón, y apretó un poco, sin dejar de observar su expresión, que pasó de la sorpresa a algo más ancestral. Porque Gaia nunca había visto ese gesto en la cara de un hombre, ni siquiera en la del mago que tenía delante que se le había insinuado en más de una ocasión.

Los ojos de Baltasar se ensombrecieron, notó como los músculos de los hombros se tensaban, e instintivamente la aferró por los glúteos con ambas manos, pegándola a él de forma que ni la más leve brisa podía pasar entre ellos.

Entonces sellaron de nuevo sus labios, en un beso muy diferente. Uno que hablaba de un después juntos, de que las cosas no podían quedar así. Lenta, torturadora y profunda, así era su boca contra la de él, las caricias que ambos se prodigaban. Dejó que le bajara la cremallera del mono que antes se le había resistido, hubiese dejado que le arrancara el alma con tal de que no se despegara de ella. Pero una carcajada a su espalda hizo que los dos se volvieran de golpe, al tiempo que Gaia sacaba su espada en un acto reflejo que los protegió a ambos de un conjuro en forma de destello negro que alguien les había lanzado.

Baltasar frotó la piedra azul de su anillo y en seguida una esfera protectora les rodeó, actuando como escudo invisible, y fue entonces cuando pudieron fijarse en los espectadores que los rodeaban.

Había cinco hombres, de cabello negro largo y ojos oscuros que los observaban fijamente. Todos portaban espadas oscuras y curvadas, manteniéndose mortalmente serios excepto uno de ellos, que sonreía provocador y fue el que habló.

—Os pido disculpas por nuestro comportamiento, pero no solemos tener visitas en esta parte del planeta.

—Y ante la duda, ¿disparáis? —replicó Gaia cabreada, todos los hechizos tenían un olor peculiar y ellos habían elegido uno paralizante que de alcanzarlos, los hubiese dejado a su merced.

—No se puede decir que haya sido un agravio para vosotros, ¿no es cierto? Os habéis defendido muy bien.

—Es una suerte para todos, sin duda —indicó Baltasar con ironía—. Soy el Rey Baltasar, y esta es mi amiga Gaia Kinov, bruja de la constelación de Pegaso. Queremos hablar con vuestro líder.

El que llevaba la voz cantante lo miró de arriba abajo, con sus sagaces ojos

oscuros y la mente cansada de capear temporales y analizar personas. Como jefe de la seguridad de los brujos escorpiones, Esteban tenía que asegurar que el líder de la Orden, Malcom, nunca estuviera en peligro, ni él ni los habitantes de su planeta. Pero cuando vio cómo Baltasar jugueteaba con el anillo de Serket entre los dedos, toda prioridad se vino abajo, porque aquella pieza era lo más importante. Había desaparecido del arcón secreto de Malcom hacía ya dos semanas y debía recuperarla como fuera.

En un impulso que no pudo controlar su cuerpo fue hacia adelante, preparándose para acercarse más al mago, pero este encerró el anillo en el interior de su mano y sonrió, sabedor gracias a la reacción de Esteban, de que tenía algo de extremo valor entre sus dedos. Y tener algo poderoso en terreno enemigo era muy útil pero también peligroso, ya que en cuanto lo perdieran no tendrían motivo alguno para tratarlos con amabilidad. Aunque ya pensaría más adelante en eso.

Esteban sonrió forzado, maldiciendo por dentro que el mago se hubiera dado cuenta de la importancia del maldito anillo, porque era fácil saber lo que pensaba el otro con una simple mirada, y con un gesto de la mano el jefe de seguridad indicó a los brujos que lo acompañaban que comenzaran a caminar. Después miró a Baltasar y Gaia, que esperaban su veredicto, bien para luchar o para posponer el combate, porque todos tenían claro que no había lugar para la amistad en aquel encuentro, aunque quizás sí para satisfacer los intereses de ambas partes. Y el interés mueve el mundo o al menos una buena parte de él.

—Por favor seguidme, seguro que Malcom estará encantado de recibirlos.

—Será un placer. Nunca he visitado vuestro planeta —comentó Baltasar conciliador, mientras notaba cómo la arenilla que se desprendía del suelo al caminar impregnaba su piel.

—Aquí son pocos los deseos que no podemos satisfacer por nosotros mismos, así que os damos poco trabajo.

—Seguro que también habrá alguna bruja perseida por aquí que os hace más fácil el complacer vuestros anhelos, ¿no es cierto? En casi todas las constelaciones las hay.

Notó cómo la espalda de Esteban se ponía rígida, y sin frenar su avance volvió un poco la cabeza hacia el mago con una amarga sonrisa.

—Mi hija es la mejor bruja perseida que jamás he conocido, respetaba siempre el Pacto Sagrado y hacía un polvo de los deseos tan magnífico, que venían de otras constelaciones a pedírselo. —Los ojos de Esteban se ensombrecieron y su boca se torció en una amarga mueca asqueada,

escupiendo al suelo y acelerando el paso sin añadir nada más.

Pero a Baltasar no le gustaba dejar las cosas a medias, y sospechó que aquel hombre callaba mucho más de lo que estaba dispuesto a contar, por eso no perdió la oportunidad de preguntar.

—¿Tendremos ocasión de conocerla?

—Mi hija ha desaparecido y estoy seguro de que no por voluntad propia —explicó con rabia Esteban sin volver la cabeza hacia atrás—. Pero que tiemblen sus raptores, porque cuando los encuentre no les quedará ni un hueso por romper en el cuerpo.

Y a pesar de la aversión que Baltasar sentía por aquel tipo, comprendió al padre y comprendió al hombre. No quería imaginarse qué sentiría él en su lugar, posiblemente intentaría arrasar el mundo en busca de una hija que ni siquiera sabía si estaba viva. Entonces una bombilla se iluminó en su mente, apenas una pieza de puzle que encajó con dos que estaban sin casar. ¿Tendría algo que ver la desaparición de aquella chica, con las otras dos brujas que se habían esfumado de la faz del universo, durante el ataque del dracón rojo que Melchor y Beatriz estaban investigando?

—Lo siento mucho, sin duda debe ser un golpe horrible. ¿Hace cuánto de su desaparición?

Ascendieron por otra pequeña montaña de tierra seca y rojiza, y cuando llegaron a la cima, una lejana construcción de color negro se alzó imponente ante ellos. El palacio del líder de los escorpiones brillaba en la distancia arrancando reflejos a la gran estrella 18 Scorpii, dibujando sinuosas formas que se alzaban gloriosas, en todo su esplendor.

—Dos semanas infernales.

No dijo nada más, tampoco hacía falta. Pero lo que Baltasar tuvo claro es que esa desaparición podía tener algo que ver con la de las otras brujas, ya que apenas distaban unos días en el tiempo. También sería interesante saber si todas las brujas desaparecidas eran perseidas, pero ¿qué sentido tenía aquello?

Las brujas perseidas tenían el poder de crear polvo de estrellas de los deseos, de forma que con un poco de esa sustancia cualquier persona podía hacer realidad sus anhelos. Como era de esperar, esta sustancia era muy codiciada ya que se saltaba el trámite de tener que esperar a que los Reyes Magos atendieran tu petición, con la posibilidad de que no lo hicieran. Tenía un valor incalculable por su poder y por la escasez de la misma, ya que estaba regulada por el Pacto sagrado, que establecía que nunca se podían cumplir

más de una tercera parte de los deseos del universo, con el polvo de los deseos fabricado por brujas.

Baltasar interrumpió sus pensamientos cuando tuvo la residencia del líder a apenas unos metros de distancia. Se alzaba como un coloso en medio de la nada, y es que en aquella parte del planeta no existía otra cosa salvo aquel castillo que simulaba el cuerpo de un escorpión. Metálico, brillante y negro como el interior de la boca de un dracón; la edificación era sobrecogedora, sin duda con la intención de amedrentar a posibles visitantes.

Cuando se acercaron a sus paredes, comprobaron además el frío que emitían contra la palma de la mano. Gaia sintió un escalofrío y de forma inconsciente su mano fue a coger la de Baltasar, que la apretó con fuerza.

Sí, no podía negarse que su corazón gritó agradecido la presencia de aquel hombre a su lado, la calidez que desprendía frente a la sensación gélida y oscura que los rodeaba. La voz de Esteban se volvió a alzar entre el resto; por el mutismo en el que estaban inmersos casi parecía que los demás no poseían la capacidad de hablar.

—Bienvenidos a la guarida de los escorpiones —dijo con un tono alto que pretendía ser alegre aunque no lo era en absoluto, y después añadió en un tono más bajo pero que oyeron a la perfección—: Cuidado con los agujones traicioneros.

—Como el suyo, ¿verdad? —le dijo al oído Gaia a Baltasar—. ¿Puedo ya sacar mi espada?

—Estate quieta, pantera, déjame las negociaciones a mí y yo te guardo un sitio para la acción.

—¿No decías que me ibas a ayudar, maguito? Pues lo único que estoy viendo es cómo nos metes en la boca de la bestia, y te aseguro que no dudará en devorarnos.

Gaia llevó su mano a la espada guardada en la cintura, pero Baltasar fue más rápido y se la atrapó antes de conseguir siquiera tocarla. La bruja lo miró con toda la frustración y la rabia que sentía, la de la muerte de Alethea, la de la creciente atracción que sentía por aquel bombón de chocolate negro que quería lamer con saña hasta desgastarlo. Y también había miedo en su mirada, porque eran minoría y tenía que salir de aquella como fuera, por Juno, por él y por ella misma.

Baltasar absorbió todo en aquella mirada: el dolor, la furia, la pérdida; Gaia se perdió en las profundidades de aquellos ojos negros que prometían tanto, y entonces su mago se inclinó y le dio un fugaz beso en la boca. En

apenas un segundo consiguió agitarla de pies a cabeza, haciendo que se olvidara de todo lo demás, y con un susurro ahogado por sus labios le dijo:

—Yo soy el único que te devorará antes o después, y no dudaré en arrancar el corazón de cualquiera que pretenda ponerte la mano encima. —Se detuvo un segundo para comprobar que tenía toda su atención, y con una sonrisa de perlas blancas aseguró en un tono que no daba lugar a dudas—. Soy muy poderoso, nena, ponme a prueba y lo comprobarás.

No pudieron seguir hablando porque en cuanto pasaron la siguiente puerta, el aliento se les congeló. Miraron la gran sala en la que se adentraban y en seguida consiguieron explicar la fuente de aquel frío. Un gran iceberg se hallaba en el centro de aquel lugar, y tallada en el mismo una enorme mesa redonda presidida por un sillón de hielo en el que se sentaba un hombre de cabello oscuro y largo como un manto de noche. Sus ojos eran tan negros como los del resto, aunque poseían un brillo antiguo, quizás la sabiduría largo tiempo acumulada en los mismos.

Baltasar y Gaia observaron cómo su mirada viajaba alternando de uno a otro, y más que mirarlos parecía diseccionarlos por dentro, con la destreza propia del que debe juzgar en muchas ocasiones. Apenas tardó unos segundos en decidir que merecían ser escuchados, ya que relajó la postura e indicó con la mano que se acercaran.

Esteban situó un par de sillas en la mesa redonda y ambos tomaron asiento. Gaia tocó aquella superficie helada, maravillada con el brillo fantasmal que desprendía, y olisqueó un poco el aire confirmando que el hielo había sido tratado con magia. Cuando levantó la mirada vio como el líder escorpión la observaba con una sonrisa.

—¿Hueles la magia, verdad? Ese olor a palomitas y limón, ningún brujo lo pasaría por alto. —Malcom observó su pelo y los ojos bicolors, esa extraña mezcla entre el morado y el azul eléctrico—. Eres una pegasus, ¿verdad?

—Sí, soy Gaia Kinov —afirmó en un tono solemne y repleto de orgullo.

—¿Tienes algo que ver con Juno Kinov?

—Es mi hermana.

Los ojos de Gaia se encendieron con una mezcla de emociones difíciles de definir, y de forma intuitiva se llevó la mano a la espada. ¿De qué conocía aquel extraño individuo a Juno? Él se dio cuenta y alzó las manos en un gesto conciliador.

—Aprecio mucho a tu hermana, Gaia Kinov, ha sido una gran amiga durante bastante tiempo y siempre la he llevado en el corazón.

«Y en la mente, y en el alma», pensó el líder de los escorpiones mientras evocaba su imagen, tan bella e inalcanzable, excepto aquella noche...

—Tienes su belleza y el valor de su mirada, ¿la invitarás de mi parte a que venga a visitarme?

Baltasar alzó una ceja ante aquella inesperada conversación y comprendió que Malcom estaba ofertándoles un acuerdo no hablado, ya que el tener que llevarle el mensaje a Juno suponía que los iba a dejar salir de allí. Por eso contestó antes de que su impulsiva compañera dijera alguna chorrada:

—Le daremos tu mensaje en cuanto partamos.

Para no dilatar más aquella tensa conversación, se sacó el anillo que habían encontrado y colocándolo encima de la mesa lo lanzó, deslizándolo por la superficie helada. Al contacto la joya fue dejando un reguero líquido por donde pasaba, por la diferencia de temperatura entre el hielo y el caliente material del anillo.

Cuando llegó a sus manos y el líder escorpión se dio cuenta de lo que era, lo cogió dándole vueltas entre los dedos con gesto sorprendido.

—¿De dónde habéis sacado esto?

Baltasar no tardó en darse cuenta de la hostilidad y la desconfianza que había aparecido en el gesto de Malcom, porque en esa ocasión fue él quien levantó las manos conciliador, explicándole:

—De un planeta de la constelación de Orion, estábamos allí buscando pistas de la muerte de su hermana —dijo Baltasar señalando a Gaia—, cuando nos encontramos con esto.

El estómago de Malcom se encogió por partida doble, y es que no solo estaba preocupado porque alguien hubiera conseguido robar de su arcón secreto el anillo, encima su cuerpo había reaccionado de manera inconsciente al pensar que Juno podía estar muerta. Pero estaba claro que no era ella, sino no le hubieran dicho que le entregarían su mensaje. Aún así debía confirmarlo. Dirigiendo la mirada a Gaia, que estaba tan tensa que parecía que iba a saltar de un momento a otro, indagó:

—¿Su hermana Juno ha muerto, señorita Kinov?

—No, mi hermana Alethea. —Los nudillos de Gaia estaban blancos de tanto apretarlos—. La han asesinado, y posiblemente lo haya hecho alguien que llevaba el anillo que portas en tus manos.

Baltasar arrugó su expresión ante la falta de tacto de aquella mujer, desesperado con no tener ninguna mordaza mágica para taponarle la boca. La reacción de Malcom no fue tan mala como esperaba, ya que se podía percibir

la tensión en sus hombros, el oscurecimiento de sus rasgos exóticos, pero Baltasar no detectaba en él verdadera furia.

—Si las cosas son como me cuentas, no solo estamos ante un ladrón sino también ante un asesino. —El líder miró pensativo el anillo entre sus dedos—. No te quepa duda de que voy a investigar para saber quién pudo robar esta preciada pieza de Serket; estoy en deuda con vosotros por devolvérmela.

—¿No se le ocurre alguna persona que pudiera haber tenido acceso al anillo la última vez que lo llevó puesto?

Malcom se quedó mirando al Rey Mago con una mezcla de sorpresa y desconfianza, nunca antes había recibido su visita y en aquella ocasión venía con una de sus piezas más poderosas. Aquellos dos querían información, eso estaba claro, pero no estaba seguro de que debiera decirles nada. Al verlo dudar, Baltasar le dijo:

—Usted acaba de decir que está en deuda con nosotros, y eso es lo que le pedimos a cambio: información. Queremos saber quién puede llevar ese anillo, y también qué interés tiene la constelación de Orion para vosotros.

El brujo suspiró sonoramente y se frotó la barba incipiente, salpicada de pelitos cortos y plateados. Darle esa información suponía vender a uno de los suyos, pero cualquiera que hubiese tenido el valor de robarle en su propio palacio, no merecía lealtad por su parte.

—El anillo de Serket es un acumulador de poder que ha pertenecido a mi familia durante siglos. El anillo acumula el poder de todos los hombres que lo han llevado, por eso cada vez tiene más valor. —Malcom dejó que la pieza resbalara por su dedo, y al instante sintió el hormigueo característico que se extendía por todo su cuerpo. Era poder en estado puro recorriendo cada terminación nerviosa, y estaba seguro de que llevar el anillo era muy parecido a lo que se tenía que sentir con una droga recorriendo la sangre—. La particularidad del anillo es que solo despliega su poder con brujos escorpiones, así que el ladrón seguro que es de mi planeta.

—Y también el asesino —convino Gaia levantándose del sitio, aunque Baltasar no tardó en cogerla de la mano y tirar de ella para que volviera a sentarse.

—Eso si el asesino y el portador del anillo son la misma persona —explicó Baltasar para tranquilizarla—. ¿Cuándo le desapareció el anillo?

—Hace casi dos semanas.

Los tiempos cuadraban con la desaparición de Alethea.

—¿Y qué buscaría un brujo escorpión en Orion?

—Eso es lo que escapa a mi entendimiento. —Malcom hizo un gesto con la mano a uno de sus hombres, y al poco trajeron a la mesa una botella grande con un líquido ambarino y tres copas que el brujo se apresuró a llenar—. Los brujos escorpiones son enemigos naturales de los habitantes de la constelación del cazador, por eso no solemos pisar esas tierras.

Baltasar suspiró y cogiendo la copa que le tendían con soltura, olisqueó el líquido que parecía *licor de supernova* y dio un trago del brebaje. No notó en seguida la sensación de bienestar que se solía extender por las venas con aquel mejunje, pero al menos su textura era agradable y tenía la boca tan seca...

Apuró la copa hasta la última gota y de pronto notó cómo el líder escorpión se comenzaba a desdibujar delante de él. Lo último que alcanzó a ver fue la expresión de sorpresa de Malcom, cómo se le desencajaba el rostro por algo que escapaba a su control.

Pero aún le quedaron fuerzas para oír un grito femenino desgarrado y cruel, más animal que humano, de la única persona que conocía con la fuerza y el arrojo suficientes para derrotar un ejército entero si era necesario. Sintió el movimiento a su alrededor, algo caliente y húmedo le saltó sobre la cara, pero le era imposible mover un músculo.

Más gritos, lo que parecía un cuerpo cayendo con un golpe seco en su costado y después un fuerte tirón que lo levantó del suelo. Todo comenzó a dar vueltas a una velocidad vertiginosa y entonces sí, perdió la consciencia, sumergiéndose en la nada más absoluta.

8. La bruja del pelo de fuego

Las buenas personas se suelen mortificar cuando hacen algo malo, es el sentimiento de culpa el que corroe su sangre como el veneno de una tarántula, haciéndoles sentir enfermos. Pero él no tenía ese problema, el bien y el mal solo eran dos caras de una moneda que alguien inventó hacía demasiado, para poder clasificar las acciones de la gente. Y a él solo le interesaban los beneficios que esa moneda le pudiera dar.

Todos sus actos se limitaban a un único principio: su interés. Porque el brujo de largo pelo oscuro tenía muy claro lo que quería a pesar de su juventud, y le daba igual a quién tuviera que aplastar para conseguirlo. Al fin y al cabo el mundo estaba en su mano, solo tenía que apretarlo bien fuerte como si fuera la masa de una galleta, y moldearlo a su antojo. Y en ese arduo trabajo, había muchos seres que le estorbaban, por eso había tejido cuidadosamente el plan en su cabeza.

Sumergió la mano en el fino polvo plateado y dejó que este se deslizara entre sus dedos, tan cálido que podía notar cómo se iluminaba por dentro. Pero necesitaba más, mucho más.

Con paso enérgico se dirigió a la planta superior, donde se encontraba el laboratorio que había construido para las perseidas. Allí era donde fabricaban el polvo de estrellas de los deseos, la sustancia que le ayudaría a reconquistar el mundo. Sonrió al recordar lo mucho que aquellas brujas se habían negado a trabajar para él, las horas de tortura infringidas en vano.

Pero al fin había encontrado su debilidad, los eternos lazos del amor que tan vulnerables hacían a las personas. Solo había hecho falta amenazarlas con hacer daño a sus seres queridos para que se pusieran a fabricar el preciado polvo día y noche. Eso y un nuevo incentivo que parecía mucho más eficiente que la tortura, y que los brujos sexuales le habían facilitado.

No obstante, necesitaba que fueran más rápidas. Nunca tenía suficiente.

En la puerta del laboratorio había dos guardias que le saludaron con semblante serio. Se los había mandado Jacob Mendel, el líder de la Orden de Herodes, para colaborar en su plan, aunque él creía que tenían la función encubierta de vigilarlo.

Esa había sido otra jugada clave para conseguir su objetivo, la alianza con aquel patán, porque aunque el brujo oscuro se sabía muy superior, Mendel

disponía de medios que él ni siquiera podía llegar a soñar. Todo era cuestión de tiempo.

Cuando las tres brujas perseidas lo vieron entrar, un fino temblor sacudió sus cuerpos. Aquel tipo era el demonio en persona y su simple presencia era desagradable. El brujo escorpión miró de soslayo a Lunae, una de sus perseidas, la primera y más especial por tantas cosas. Y no se atrevió a acercarse, porque aquella mujer era mucho más que una rehén para él. Era la única persona que conseguía que una picazón intensa le quemara en el pecho cuando cometía alguna atrocidad. Y no pensaba parar. Así que aguantó la mirada de odio exacerbado de la bruja, y sin pensar en lo que hacía fue hacia otra de las perseidas.

La cogió posesivo del cabello, más por doblegarla delante de las demás que por el deseo de hacerle daño, más por quedar por encima de Lunae que con su simple presencia siempre lograba confundirlo. Dejó caer su pesado aliento en la oreja de la mujer.

—Creo que te dije que tenías que producir a más velocidad, ¿acaso no me escuchaste, bruja?

Esta lo miró con toda la rabia e impotencia que sentía en su interior, y el brujo sonrió encantado, a sabiendas de que si ella dispusiera de algún medio para matarlo en aquel instante, lo haría. Y el odio de los demás le alimentaba el alma como nada en el mundo. Había recibido tanto... Pero no fue ella la que le contestó, sino Lunae quien habló a su espalda.

—Las prisas van en contra de la misma esencia de la magia, deberías saberlo, tú también eres brujo.

Por toda respuesta él la miró volviendo la cabeza por encima del hombro, ampliando más su sonrisa, y a Lunae se le volvió a contraer el estómago pensando en lo injusto que era que un hombre tan malo poseyera un rostro tan bello. ¿Cómo era posible que el universo hubiera conjurado tal combinación? ¿Cómo era posible que ella no hubiera visto toda esa maldad antes?

Lunae contrajo el rostro en un claro gesto desafiante, dejándole claro que nunca dejaría de luchar, y algo rabioso y visceral brilló en los ojos negros del brujo oscuro, que volvió a fijar la vista en la bruja que tenía agarrada por el pelo, para golpearla duramente en la mejilla y parte del ojo con la palma abierta. El impacto la lanzó contra el suelo de madera, y abriendo el párpado que no estaba dañado por el golpe, hizo amago de levantarse furiosa para arremeter contra él, pero el brujo fue más rápido y cogiéndola del cuello con una mano, le arreó un puñetazo esta vez en la barriga, que le dobló el cuerpo

por la mitad, dejándola desmadejada contra la pared.

—Me fascina tu fe en ti misma, bruja, cualquiera diría que crees que tienes la más mínima posibilidad contra mí, pero estás equivocada, todas lo estáis —aclaró alzando más la voz para que las tres brujas lo escucharan.

En ese momento se volvió y abrió los ojos con sorpresa, ya que los dos guardias que solían vigilar en la sala agarraban con mucho esfuerzo a Lunae, que se removía inquieta como una serpiente, buscando la oportunidad para abalanzarse sobre él. En uno de sus puños mantenía firmemente agarrado un cuchillo con la punta hacia delante. La miró a los ojos, a esos preciosos ojos que antaño lo miraban de una manera bien diferente, y que ahora solo albergaban un odio atroz.

—Soltadla —dijo una voz dentro de él que no reconoció como propia.

—Pero señor, lleva un cuchillo en la mano.

—No soy idiota, soltadla ahora mismo y vigilad a las otras dos.

Los guardias se miraron entre sí sin entender aquella orden, y cuando la liberaron, Lunae se lanzó como una flecha hacia el brujo oscuro, que solo detuvo la mano que cogía el puñal cuando casi rozaba su cuello. Agarró su muñeca fuertemente entre su puño, y no dejó de apretar hasta que Lunae soltó el arma con un gemido de dolor. Entonces la pegó a su cuerpo, en un apretado abrazo frente a frente, inmovilizando sus muñecas a su espalda. De tan cerca que tenía su rostro podía sentir el aire que exhalaba Lunae en cada agitada respiración.

—Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más.

—Solo me interesas cerca de la hoja de mi daga, monstruo.

—No siempre ha sido así.

El dolor relampagueó en los ojos de Lunae, en un débil reflejo del lacerante sufrimiento que atizaba su corazón.

—Maldigo mil y una veces cada segundo que he pasado contigo.

Y como queriendo sacar fuera de su cuerpo el amargor que sentía en la boca por los tormentosos sentimientos que la ahogaban, escupió en la cara del brujo, que estupefacto abrió mucho los ojos. La miró largamente con una expresión difícil de definir, entre la cólera, la sorpresa, la confusión y algo más a lo que no supo ponerle nombre. Acercándola un poco más, con los labios casi rozándose, le susurró:

—No creas que por ser quién eres voy a tener piedad contigo, Lunae, así que pórtate bien o tu padre y mucha gente más sufrirá, y mucho.

—No te atreverás.

—Por supuesto que sí, cuenta con que no queda nada bueno en mí, y no pienso ponerte una mano encima, pero por cada error tuyo, tus compañeras recibirán un golpe o algo peor.

—Eres un hijo de puta.

—Acostúmbrate, no es algo que pueda cambiarse.

Y con una última mirada cargada de tensión, el brujo oscuro la soltó y se encaminó a la puerta, sintiendo como aquellos ojos oscuros perforaban su espalda, deseosos de atravesarla para destrozar su corazón.

Ya fuera de aquella sala se dirigió al balcón más cercano, silbando de una manera en absoluto humana, y no tardó en notar como una corriente de aire le sacudía el pelo y la capa negra. Su fiel dracón rojo se acercó volando, enorme y majestuoso, los ojos reflejando la maldad que albergaba su alma. Y no tardó en saltar encima de él para alejarse, sumergiéndose en la noche. Debía olvidar los ojos de Lunae y esa mirada que se colaba en su interior. Inhaló vehemente el aire frío y se lanzó en picado, había mucho trabajo por hacer.

Quando llegaron a Quorum, planeta que orbitaba alrededor de la bonita estrella Elnath, en la constelación de Tauro, Beatriz tuvo una extraña sensación de ligereza. Esa que da el llegar a un lugar que no sabes que estás buscando hasta que lo encuentras. Y lo mejor era que a pesar de ser un sitio desconocido, con su acompañante se sentía tan segura como si estuviera en el salón de su casa.

Alto y fuerte como un roble, pero con esa elegancia innata que le hacía parecer un dios pagano escapado del mismo paraíso. Y sus ojos, su mirada era un mar tan azul y devastador que te ahogaba en un océano de sensaciones a cual más depredadora. Pero tenía que concentrarse para que él no se diera cuenta, y también rezar todo lo que pudiera para que los besos de la biblioteca del dracón se volvieran a repetir.

Anduvieron unos metros por una amplia pradera salpicada de flores amarillas y rosas, pensando que se pintaría las uñas de esos colores en cuanto hicieran un descanso, hasta que encontraron la primera edificación. Como la estrella Elnath se encontraba relativamente cerca del planeta, la temperatura ambiente era bastante elevada, por lo que tuvieron que despojarse de la capa de Melchor y la fina chaquetilla de Beatriz, y parecía que incluso la piel estorbaba.

La casa que tenían delante era muy peculiar, bajita y chata como una seta, de un oscuro color pizarra rodeada de tupido césped verde, y no se veía una puerta por ningún sitio. Cuando dieron unos pasos acercándose un poco más, se dieron cuenta de que justo delante de la casa, había una escalera que descendía adentrándose en la tierra, y al final de la misma había una puerta.

Melchor bajó por los raros escalones también contruidos con algún tipo de piedra caliza oscura, y sin pensarlo golpeó la puerta con los nudillos. Apenas pasó un segundo hasta que un niño de unos seis años les abrió. Beatriz se imaginó lo que pensaba el pequeño, porque Melchor después de pelarse y dada su robustez, parecía un soldado dispuesto para pelear, pero al apreciar cómo se desenvolvía, hablando y moviéndose con una soltura y seguridad innatas, se ganaba tu confianza.

Se agachó hasta poner los ojos a la altura del pequeño, y con una encantadora sonrisa le dijo:

—¿Está papi por ahí?

—Mi papi está con los dracanes.

—Pues entonces llama a mamá, por favor.

El niño se quedó mirándolo unos segundos, apretando los labios decidiendo si confiar en él o no, sin saber qué hacer. Entonces Melchor le dijo:

—Mientras llamas a mamá cierra la puerta, nosotros te esperamos aquí.

El niño asintió y dando un fuerte portazo desapareció en el interior. A los pocos segundos una mujer excepcional salió a recibirlos. Llevaba un corto vestido cubierto por completo de pequeños zafiros azules, lucía una piel del color del bronce y unos ojos enormes. Rodeando su frente llevaba una cadena de plata, en el centro de la cual brillaban engarzadas tres piedras azules, que formaban un triángulo con la punta hacia abajo. Beatriz se miró sus shorts vaqueros y la camiseta roja, y no pudo más que suspirar y quitarse una inexistente mota de polvo de la ropa, deseosa de poder lucir un aspecto tan imponente como el de aquella bella mujer.

—¿Qué hace un Rey Mago en mi casa? —preguntó la mujer con una voz plena que exigía respuesta.

—Estoy buscando a la bruja Moruena.

La mujer lo miró de arriba abajo, su expresión seria se relajó y en sus ojos brilló claro el deseo. Melchor no era un hombre que pasara desapercibido a ninguna mujer.

—Ella es la reina de estas tierras y no creo que desee verte.

—Preguntémosle a ella —aclaró Melchor, sin querer seguir una conversación

que ya había tenido con el dracón. Tenía claro que debía llegar a aquella bruja.

—En ese caso mi hijo os llevará hasta ella. —La madre se agachó y dándole un beso en la cabeza a su pequeño, le indicó—. Coge a Caballo de Mar y llévalos a donde está trabajando papi. —Entonces se dirigió a Melchor—: Te aconsejo que lleves chocolate para Moruena, solo así conseguirás su buen humor.

El niño de pelo oscuro como el carbón les llamó con la mano:

—Seguidme.

No tardaron en hacerlo, dejando a Tirallamas allí porque era imposible que cupiera por aquel acceso, aunque él sabía muy bien buscar a Melchor y en cuanto salieran a la superficie lo encontraría.

Descubrieron que la puerta daba acceso a una casa perfectamente equipada, con una decoración exquisita pero construida bajo tierra, en un intento de aislarse del calor exterior. El niño recorrió varios pasillos hasta pararse frente a una puerta que abrió con una llave que llevaba colgada al cuello. En seguida pudieron notar la humedad de aquel nuevo espacio, y que las paredes no eran lisas y bien pintadas como las de la casa, sino de roca oscura. La luz procedía de unas antorchas que iban salpicando la escalera descendente que se abría ante ellos, y más allá el largo túnel que comenzaron a recorrer. Salpicadas aquí y allá había más escaleras descendentes que desembocaban en esos túneles, supusieron de otras viviendas que poseían la misma comunicación.

Pasaron por varias bifurcaciones que el niño iba tomando sin dudar, los murciélagos y otros bichos voladores que Beatriz prefirió no identificar revoloteaban a su alrededor, pero ella se cubrió de valentía tapándose con las manos el pelo para que no se le engancharan allí. Recorrieron largos pasillos hasta llegar a otra escalera, esta vez ascendente.

Conforme iban subiendo se abría paso el ruido propio del bullicio de un pueblo, voces de personas y el bufido persistente de algún animal que debía tener muy mal humor. A Beatriz no le sorprendió que en la larga calle con suelo de tierra en la que desembocaron, hubiera tres dracanes de apenas un metro corriendo, mezclados con chicos que jugaban al balón.

Una mujer exhibía en un mostrador improvisado en la calle sus barras de pan humeantes, de un color negruzco que Beatriz supuso era de algún cereal propio de aquellas tierras. Otra estaba en un puesto haciendo unas bolas rojas ensartadas en palos de madera, con un aspecto muy apetitoso. Todas ellas llevaban el colgante en la frente, con el símbolo del triángulo.

El chico que les guiaba anduvo por aquel lugar saludando a unos y a otros,

hasta que llegaron a una construcción más apartada, de una sola planta hecha de madera. Entró sin llamar y con la mano les indicó que pasaran. Atravesaron un amplio recibidor desierto, y llegaron a un laboratorio en el que un hombre pelirrojo de cejas espesas, ataviado con una bata blanca, echaba un líquido cobrizo de una probeta a otra. Cuando los dos líquidos se juntaron, una pasta espesa comenzó a burbujear en el fondo de uno de los botes, y vieron cómo el hombre corría alarmado sin siquiera mirarlos, agarró lo que parecía un extintor y se acercó corriendo a la mezcla.

Un segundo antes de presionar el gatillo pudieron observar cómo la materia de la probeta se desbordaba con fiereza y entraba en efervescencia, aumentando de forma exponencial su volumen mientras la masa parecía escupir chorros aquí y allá como si fuera un géiser.

Justo cuando recibió el chorro espumoso del extintor, aquella materia explotó en una lluvia de pedazos que hizo que se tiraran al suelo intentando cubrirse. Segundos después Beatriz se quitó las manos de la cara y miró a su alrededor, para ver si los trozos de aquella sustancia seguían cayendo. Se levantó y gimió asqueada cuando notó los trocitos de una especie de gel rosa húmedo que le cubría ambos brazos. Se los intentó sacudir con la mano, pero parecían trozos de un pegamento inventado por Barbie.

—¡No los toques, insensata!

Beatriz levantó la cabeza para encontrarse con la mirada del científico pelirrojo, que se acercaba a trompicones hasta donde ella estaba, apartando parte del mobiliario que se había caído en la explosión. Con un pañuelo que le recordó a una de esas bayetas de microfibra se abalanzó sobre ella, y comenzó a quitarle restos rosas. Entonces vio como una fuerte mano agarraba al científico del antebrazo y lo apartaba con facilidad, como si fuera paja.

—Ya lo hago yo, caballero.

El tono de Melchor pretendía ser formal y educado, pero no pudo evitar el matiz brusco y autoritario en aquel mensaje, que venía a decir: «No la toque». Beatriz tampoco pudo obviar la satisfacción que le producía aquello, que le hacía sentir cientos de burbujas estallando en su estómago.

—No lo entiende, ¿verdad? —El científico pelirrojo se agarraba los mechones del pelo con otra bayeta intentando arrastrar la sustancia rosada—. Este mejunje está en fase experimental, y si realiza el efecto que deseo vamos a tener un serio problema.

—¿Por qué está usted tan alarmado? ¿Quizás nos saldrán ancas de rana y cuernos de bisonte?

El pelirrojo lo miró entornando los ojos con cara de pocos amigos.

— No señor, pero sí tendrá la lívido de un dracón en celo. ¿Le sigue pareciendo una tontería? —Ante los ojos abiertos como platos de Melchor y Beatriz, se limitó a sonreír—. Ahora no le parece tan gracioso, ¿verdad? Porque yo tengo a mi mujer en casa que cubrirá todas mis necesidades, pero a no ser que esta joven esté dispuesta, lo va a pasar realmente mal.

—¿Quiere decir que esta sustancia aumenta el apetito sexual? —intervino Beatriz sin creerse aquella información, porque la perturbaba demasiado para que fuera cierta.

Una carcajada alegre del pelirrojo fue el primer sonido despreocupado que oyeron de su boca.

—Está sustancia crearía apetito sexual hasta en una ameba, querida. Es una sustancia excitante para los dracanes, ya que ha disminuido el número de nacimientos en nuestra reserva y se me ocurrió pensar que quizás puedan tener problemas parecidos a otros seres en cuestiones de apetencia sexual —suspiró mirando al cielo como recordando algo, para después volver a centrarse en Beatriz—. Mi urgencia porque no entrarais en contacto con la sustancia es porque no la he probado aún, y no tengo ni idea de qué efectos puede tener en especies que no sean dracanes. Pero lo que tenga que pasar pasará, señorita...

—Bianchi.

—Al fin y al cabo, goza usted de la compañía de un hombre que seguro sabrá cumplir todas sus necesidades, ¿no es cierto, señor...?

—El Rey Melchor —completó la frase solemne, para después sonreír encantado—. Y sí, sería capaz de atender cualquier necesidad de esta belleza.

Beatriz notó como todo su cuerpo enrojecía de pies a cabeza, parecía tener en su interior un volcán que se empeñaba en entrar en erupción convirtiendo en ardiente lava su sangre. Entonces el niño que les había hecho de guía salió de debajo de una mesa, totalmente limpio y mirándolos con una sonrisa.

—Se me olvidó advertiros sobre el peligro de entrar aquí sin escudo; a mi padre, Emilio, le encanta hacer explotar cosas. —Se sentó sobre una de las mesas que había permanecido impoluta, y le explicó a su progenitor—. Mamá me ha dicho que te los trajera porque quieren ver a Moruena.

El científico los miró con renovada curiosidad, y dejándose caer sobre una de las sillas que no se había volcado con la explosión, los invitó a que hicieran lo mismo.

—¿Qué queréis de ella?

—Información sobre un dracón rojo —explicó escueto Melchor—. ¿Eres su

representante o algo así?

Emilio sonrió. Le encantaban las personas que no se dejaban llevar e iban cuestionándolo todo, como él.

—En absoluto, pero todas las personas que entran a Quorum mediante un túnel oscuro desembocan en mi casa, así que controlo junto con mi mujer las incursiones en nuestro planeta. Y son muchos los interesados en Moruena, pero pocos los que a ella le interesa ver.

—A mí me aceptará. Soy un Rey Mago y tengo oro.

—Creo que será como dices, pero más bien por tu compañera. —El científico se levantó y rodeó la silla en la que estaba sentada Beatriz, pero no la miraba a ella sino a algo que estaba en torno a ella—. ¿De dónde procedes, bruja?

Beatriz lo miró con extrañeza porque no había mencionado que fuera un ser mágico, entonces escuchó como el niño les explicaba:

—Mi padre además de inventor es un brujo aural, capaz de ver la energía que rodea a las personas. Por eso sabe que eres mágica.

—No solo mágica, hijo, esta chica es una perseida, ahora sí lo veo claro.

Melchor se levantó rápidamente de la silla, poniéndose delante de Beatriz en un claro gesto protector. Una barrera de músculo y huesos inquebrantable. Emilio levantó las manos para que el mago se relajara.

—Tranquilo, nunca dañaría a una perseida ni le pediría tampoco nada. Algún día yo también sabré fabricar polvo de los deseos, pero hacía mucho tiempo que no me tropezaba con una y siempre es un placer ver su aura.

—Emilio se inclinó para observar a Beatriz asomándose por el costado del Rey Mago—. Es pura luz, azulada y perfecta.

—¿Estás seguro de lo que dices, brujo? —preguntó Melchor suspicaz, no entendía como alguien tan poderoso como una perseida había podido vivir en La Tierra en completo anonimato durante tanto tiempo.

«Eso ha sido por tu culpa, la has ignorado durante demasiado tiempo y tenías que haberla traído contigo hace mucho», pensó para sí. Pero atormentarse con ello era ridículo.

—Yo nunca me equivoco en esas cosas, la energía que la rodea habla de su origen.

Melchor se volvió a mirarla y soltó todo el aire de sus pulmones, porque aquella mujer le gustaba tanto que dolía el no poder tocarla como él quería. Necesitaba estar en constante contacto con ella, con su mirada, con su piel, con su aliento que lo envolvía volviéndole loco. Y le preocupaba que fuera

una perseida, porque las brujas de ese tipo siempre estaban en el punto de mira.

—¿Alguien me va a explicar qué es una perseida? —replicó Beatriz harta de andar perdida.

—Es una bruja capaz de fabricar polvo de estrellas de los deseos, y al parecer tú tienes ese poder. —En ese punto Melchor volvió a observar a Emilio, que la seguía mirando embelesado, y bufó furioso—. Son brujas muy codiciadas.

—Y por eso sé que Moruena aceptará veros, eres una curiosidad que seguro no quiere privarse de ver. —Se levantó dirigiéndose a paso rápido a una puerta que había al fondo del laboratorio—. Seguidme.

Melchor gruñó ante el comentario de Emilio, no quería que nadie viera a Beatriz como una curiosidad, ni siquiera como algo apetecible porque aquella mujer era solo suya. Cuando se dio cuenta el objeto de sus desvelos ya había empezado a seguir al brujo aural, así que aceleró el paso poniéndose a su lado.

—A partir de ahora tendremos que extremar las precauciones. —La cogió del brazo y deseó no soltarla jamás—, si es cierto que eres una perseida atraerás a muchos seres mágicos.

—¿Y cómo sabrán que lo soy?

—Emilio no es el único brujo aural, y hay muchas maneras de rastrear las diferentes especies mágicas, así que creo que lo mejor es que vengas a vivir conmigo al menos hasta que aclaremos de dónde proceden los ataques que se están dando.

Ya lo había soltado, y cuando lo dijo supo que no era solo el deseo de protegerla el que lo movía, sino la necesidad de estar a su lado. De oler su piel, de compartir su risa y sus suspiros. Ella se rio moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Quieres que deje mi vida, mi trabajo y mis amigos, y me vaya contigo? —Levantó las cejas abriendo mucho los ojos—. Apenas nos conocemos.

—Hace años éramos muy amigos.

—De eso hace mucho, Melchor.

—¿Y no quieres que volvamos a serlo?

La pregunta quedó flotando en el aire, en el escaso espacio que quedaba entre sus rostros porque sin darse cuenta se habían ido aproximando cada vez más. Porque cuando estaban juntos parecían un núcleo y un electrón, atrayéndose constantemente, y Beatriz pensó que quería eso y mucho más.

Quería dormir a su lado, compartir palomitas en el cine, ver una película abrazados. Pero él solo quería protegerla, no quería nada más, se sentía en la necesidad de hacerlo después de haberla sumergido en ese mundo.

—Seremos amigos pero tengo que volver a mi casa.

Melchor la observó como miraría un jeroglífico de civilizaciones antiguas, con muchas ganas de resolverlo y más incógnitas de las que desearía.

—Ya hablaremos, señorita Bianchi.

—Lo mismo digo, su excelencia.

Melchor entornó los ojos ante el horrible apelativo que había usado, convirtiéndolos en dos líneas azuladas que a Beatriz le recordaron el beso del océano con el cielo, formando el horizonte. Con una gran sonrisa se separó de él, adelantándose y dejándolo solo con su irritación.

Al atravesar la siguiente puerta dieron con un prado verde y extenso; el suelo estaba tapizado de un mullido césped y los altos árboles parecían querer hacer cosquillas a las nubes con sus hojas, que derramaban una lluvia fina sobre ellos. Era un espectáculo formidable observar la forma que tenían los rayos del sol de colarse entre las ramas, creando un juego de luces magnífico donde el verde en todas sus tonalidades era el protagonista.

—Como podréis apreciar, el tiempo en Quorum está loco, y a pesar de gozar de un calor sofocante, la lluvia también nos regala su magnífica presencia casi a diario —les explicó el robusto Emilio, señalando el arcoíris que se formaba en el cielo.

Beatriz deseó quitarse los zapatos y correr con los brazos abiertos por aquel prado, como estaba haciendo el niño que les había guiado hasta allí, pero la vergüenza podía más que su deseo. Qué sentimiento tan inútil, pero allí estaba, pegajoso como una sanguijuela. Lo que sí hizo fue quitarse los zapatos, para pisar esa alfombra crujiente que era la hierba fresquita.

Caminó notando la presencia de Melchor detrás suyo, pero sin volverse. Y cuando ascendieron una pequeña colina tuvieron claro que habían llegado a su objetivo, porque un poco más adelante había varias decenas de dracanes sobrevolando una edificación baja de madera, enorme. Creaban un espectáculo de colores imposible de obviar: platas, cobres, dorados, negros y morados. Al lado se alzaba una montaña cubierta por completo de vegetación, surcada por diferentes cascadas que se deslizaban por la ladera, hasta desembocar en un lago que terminaba derramándose en un copioso río.

Entre las piedras de la montaña se podían ver también varios dracanes encaramados que observaban todo con su sagaz mirada. El niño señaló con el

brazo, anunciándoles:

—Esta es la reserva de los dracanes, mi padre ha ido a avisar a Moruena de vuestra llegada.

Entonces un dracán se acercó al niño volando a toda velocidad, Beatriz contuvo un grito en la garganta al ver cómo se abalanzaba sobre el pequeño, pero en el último momento, cuando creían que iban a chocar, el chico dio un salto y se encaramó riendo a su lomo.

—Este es mi dracán, Caballo de mar. —El niño palmeó con una gran sonrisa el cuello escamoso del animal plateado con vetas negras—. Se llama así porque encontré su huevo en el mar y Moruena me dejó quedármelo.

—Es precioso, tienes suerte de tenerlo como amigo.

—Los dracanes son los animales más fieles que existen, si no observad lo que tenéis delante. —Les fue difícil mirar a otro sitio que no fuera a la mujer que hablaba, que había aparecido de la nada delante de sus narices. Ella les señalaba hacia la zona con más concentración de dracanes—. Como veréis aquí no tengo verjas ni nada para retenerlos, ¿de qué me serviría? Ellos están encantados en su hogar.

Ambos se quedaron mirando a aquella mujer en lugar de contestar, y es que había mucho que admirar. De pelo rojizo como el cielo al atardecer, piel bronceada y brillantes ojos marrones como el café molido; su cuerpo estaba envuelto en una especie de tela verde vaporosa que le hacía parecer un árbol bonito y sinuoso. En su frente lucía la diadema que hacía colgar por encima de los ojos el triángulo de gemas azuladas, y enroscado a uno de sus hombros uno, y el otro a un brazo, tenía dos pequeños dracanes de unos veinte centímetros, que escalaban por su cuerpo como si en verdad fuera un árbol andante.

Ella también los estudió, a Melchor con una sonrisa gatuna y a Beatriz con manifiesta curiosidad.

—El lago me había dicho que ibais a venir, pero no os esperaba tan pronto. —Les tendió la mano con una gran sonrisa—. Soy Moruena Kote, supervisora de la reserva de dracanes, aunque ya lo sabéis porque habéis venido buscándome.

—El dracán rojo de la biblioteca nos informó de tu existencia.

Moruena entornó los ojos, chasqueando de una forma graciosa los labios.

—Le he dicho mil veces a ese viejo bribón que no me delate, y como el que oye llover. —Volvió a mirarlos, y como si hubiera adivinado quién iba a hablar se centró en Melchor—. Y dime, mago, ¿qué necesitáis de mí?

—El dracán nos dijo que tú eres la única que cría dracanes de cola semipartida y nosotros estamos buscando uno así, que hace unos días atacó en la constelación de Pegaso.

—Eso es imposible, mis dracanes no irían tan lejos.

Los ojos de Moruena relampaguearon en una mezcla de irritación y preocupación, y antes de que la situación fuera a más, Melchor alzó las manos frente a ella en son de paz, para aclarar:

—Sabemos que no es cosa tuya, Moruena, pero el dracán que buscamos es un rojo de cola semipartida, y nos consta que todos los de esa especie provienen de tu reserva.

La bruja los miró con sus oscuros ojos ensombrecidos por la certeza de las palabras del mago. Llamó a uno de los hombres que la acompañaba, ordenando con una voz llena de autoridad:

—Quiero que compruebes en nuestro registro si ha habido alguna salida de un dracán con las características que dicen nuestros invitados. —Lo miró alzando el dedo índice—. Y que sea rápido, por favor. No me gustan los malentendidos.

—Me puede llevar casi un día, señora.

—Entonces lo mejor será que empieces ya.

Beatriz observó la expresión consternada de aquel hombre, y una idea vino a su mente. Se acercó a Moruena con decisión y puso la mano de la bruja sobre su frente.

—No será necesario que tu hombre busque, creo que he soñado con las personas que pueden tener a ese dracán, solo falta que tú me confirmes si los conoces. —Beatriz observó los ojos de la mujer, que la miraban sorprendidos. Había una calidez especial en ellos, notó como su cuerpo confiaba en aquella bruja—. ¿Puedes acceder a mis sueños, verdad?

—Sí, si tú me lo permites, solo tienes que visualizar el sueño en cuestión.

Melchor le puso una mano en el antebrazo, tirando ligeramente de ella para que se apartara, pero en vez de eso Beatriz llevó su mano a la del mago y la apretó con firmeza, imprimiéndole la confianza que él necesitaba.

No tenía ni idea de cómo sabía que había alguna forma de acceder a los sueños, pero como si ese conocimiento siempre hubiese estado en su interior, visualizó ese último recuerdo onírico. El callejón oscuro, el hombre de negro de largo cabello, el intercambio del huevo de dracán, pero de alguna manera supo que no debía mostrar el rostro del que la había reconocido, y no lo hizo. Conforme iba recordando notó un cosquilleo en su cabeza, como si unos dedos

le acariciarán la mente por dentro en busca de recodos sin explorar.

Pasó lo que le parecieron unos minutos en una situación de abandono hasta que un fuerte tirón en el brazo la hizo volver a la realidad. No era consciente de haber perdido el conocimiento hasta que se dio cuenta de que estaba entre los brazos de Melchor, y este la zarandeaba con ojos desorbitados, vociferando su nombre.

—¿Qué pasa? —Beatriz estaba intentando comprender el porqué de tanto vapuleo.

—Llevas media hora en estado de shock, por el amor de Dios, ¿en qué estás pensando? No puedes decirle a cualquiera que entre en tu mente. —El mago parecía cabreado de verdad—. Al menos me deberías consultar antes, ¿no crees?

—¿Desde cuándo eres tú el que toma las decisiones en este negocio? —Beatriz se soltó para encararlo, poniendo los brazos en jarras sobre sus caderas—. Tú no mandas.

—Soy el Rey Melchor, Beatriz, mando en muchos sitios. —Alzó una ceja rubia a la vez que se erguía en toda su altura, una mole elegante y fibrosa que la miraba provocador—. Aunque lo único que te he pedido es que me consultes, brujita.

—¿Y si no me apetece, maguito?

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios del mago, una que hablaba de satisfacción y deseo, porque a Melchor le excitaba mucho aquella mujer, pero lo ponía aún más que lo retara abiertamente, como estaba haciendo en ese momento. Se mantuvieron la mirada unos segundos, adorándose el uno al otro, incitándose provocadores, hasta que Moruena gritó un:

—¡Lo tengo!

La bruja apareció sosteniendo un pesado tomo de tapas rojas, y es que en el tiempo que había estado inconsciente, Melchor había trasladado a Beatriz a una biblioteca llena de estanterías de madera repletas de volúmenes, en el centro de la cual había una mesa también de madera y varias sillas, que invitaban a descansar inmersos en uno de los cientos de libros que había en aquella cálida estancia.

Con la uña clavada en una de las apergaminadas páginas, Moruena les mostró su descubrimiento:

—Aquí tengo anotadas las incidencias que ocurren, y consta que hace cuarenta años desapareció un huevo de dracón de posible ascendencia roja.

—¿Solo desapareció uno en ese año?

—Solo han desaparecido cinco en los cincuenta años que tengo esta reserva abierta —se jactó orgullosa de sí misma—. Tengo mis protecciones mágicas y sobre todo gente en la que confío plenamente. Y gracias a la visión de tu sueño he podido ver el aspecto del huevo, y sé que es uno de los desaparecidos, ya que estoy presente en el nacimiento de todos los dracanes, y ese huevo no lo había visto nunca.

—¿Cómo es posible que recuerdes el aspecto de cada huevo? —se interesó alucinada Beatriz por tal capacidad de retención.

—Porque no hay ni un huevo de dracán igual, todos tienen sus pequeñas particularidades, rayas o colores que los hacen únicos. Además tengo una memoria prodigiosa y los dibujo por si esta me falla —aclaró Moruena tocándose la cabeza.

Y para demostrarlo les enseñó un cuaderno en el que había cientos de huevos dibujados, de diferentes tamaños y colores, que Melchor y ella repasaron admirados. Al lado del huevo una anotación del tipo de dracán que había nacido del mismo.

—¿Quién detectó la desaparición? —preguntó Beatriz creyendo conocer la respuesta.

Moruena echó un vistazo al libro del registro de incidencias y leyó:

—Kimeo Beca. —En la expresión de la bruja apareció una sonrisa alimentada por los recuerdos—. Es un verdadero amante de los dracanes, lástima que nos dejara, decía que quería una vida más tranquila.

Beatriz supo por esos pensamientos que a veces nos vienen sin saber de dónde proceden, que ese Kimeo era el hombre de su sueño, de ojos plateados y pelo entrecano rizado. Ese cuyo rostro había ocultado entre las sombras en el recuerdo.

—¿Dónde podríamos encontrarlo ahora? —Melchor era persistente y práctico como nadie—. Nos gustaría hablar con él para saber si se acuerda de cómo detectó la pérdida, quizás recuerde algún detalle que nos lleve a conocer quién puede ser su dueño en la actualidad.

—Vive muy cerca, en la gruta de los dracanes, tendréis que ir a la otra cara del planeta para encontrarla. —Moruena entornó los ojos ante el brillo que detectó en el cuello de Beatriz, acercándose cautelosa mientras seguía hablando—. Pero debéis de ir con cuidado, porque está habitada fundamentalmente por dracanes rojos y verdes, y sabéis que no son amigables.

Moruena extendió el brazo y puso el colgante de Beatriz sobre la palma de su mano, retirándola al instante con un gemido de dolor.

—¡Es el sol de la sanación! —gimió exaltada soplándose la mano con cuidado, sacudiéndola en el aire—. ¿Dónde lo has conseguido?

No le podía decir la verdad, ¿quién iba a creer que lo había sacado del posible cadáver de su padre en un sueño? Entonces dijo lo que mejor se le ocurrió: una mentira a medias.

—Es de mi padre, me lo dio antes de morir.

—¿Cómo se llama tu padre, Beatriz? —inquirió Moruena con los ojos entrecerrados.

—Víctor Bianchi.

Un escalofrío recorrió a la bruja pelirroja de los pies a la cabeza. Víctor... No podía ser cierto. Se acercó a Beatriz hasta quedarse a apenas diez centímetros de su rostro, y cogiéndole con una mano la barbilla, movió su cabeza para mirarla desde mil ángulos imposibles. Se hundió en sus ojos del color del whisky añejo, en los puntitos rojizos que los salpicaban, y hubo reconocimiento en su mente, aquella mirada era la de él, pero ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Entonces recordó aquel día, hacía ya tanto tiempo, una niña de apenas tres años corriendo por el jardín de su casa, cayendo y haciéndose un corte en la barbilla. Ella la había sanado mientras Víctor llegaba a recogerla, pero al no manejar bien la sanación se le había quedado una fina línea blanquecina como cicatriz. Buscó esa marca en la barbilla de Beatriz y la encontró. La soltó y con un amplio suspiro se separó de ella corriendo, para salir al exterior. Melchor y Beatriz la siguieron de cerca, observando cómo se arrodillaba en el suelo verde.

Moruena extendió los brazos y metió los dedos en la tierra, mimetizándose con ella, siendo una con la energía que las partículas marrones dejaban fluir por sus dedos. Ella era una bruja de tierra y se recargaba con ese elemento.

Melchor no dijo nada, se limitó a observarla y darle el tiempo necesario, y cuando pensó que ya no añadiría nada más, Moruena dijo en tono solemne:

—Querida Beatriz, tu padre no está muerto.

Beatriz la miró como si fuera una aparición, a la vez que oía como Melchor le susurraba algo que ni siquiera escuchó, posicionándose detrás de ella. Toda su atención estaba puesta en la bruja y la expresión extraña en su rostro, que bien parecía una mezcla de alegría, sorpresa e irritación a partes iguales.

—¿Cómo te atreves a decirme que mi padre no está muerto?

—Su muerte fue anunciada en varios planetas, era un gran brujo y un magnífico amigo, además lo he visto muerto en tus recuerdos. —Moruena juntó

las manos centrando toda su atención en Beatriz—. Pero estuvo aquí hace un tiempo, por eso sé que vive.

—Pero eso es imposible —exclamó Beatriz llena de frustración y rabia, en una amalgama de confusos sentimientos que se acumularon en su garganta, ahogándola—. Yo estuve en su entierro.

Una risa amarga salió de la garganta de Moruena.

—No sabes lo fácil que es hacer creer a la gente algo, solo hace falta un poco de magia y mucho ingenio.

Todos los pensamientos de Beatriz se centraron de forma abrupta en una única cosa:

—Lo quiero ver. —Su tono no dejaba lugar a dudas, era una orden disfrazada de petición.

—Yo también, me temo que tenemos varios asuntos pendientes, pero ambas tendremos que esperar a que a él le dé la gana de aparecer. —Había un fastidio en su voz que hablaba de algo más, un sentimiento profundo que no supo identificar—. Por eso te voy a dar un *llamador* de toro, el animal de mi constelación. Te servirá para llamarme si encuentras a tu padre.

La bruja cogió dos puñados de tierra calentándolos en el interior de sus puños, y elevando la cabeza al cielo extendió los brazos en cruz y entonó un cántico agudo y penetrante, que les puso el vello de punta y que parecía envolverlos como una capa. Lo más sorprendente fue que todos los dracanes elevaron las orejas, alerta, y acto seguido alzaron el vuelo, sobrevolando en espiral el lugar en el que se encontraba Moruena.

Melchor vio que Tirallamas se unía a aquella extraña danza, hipnotizado como el resto con la canción de la bruja. Beatriz pensó que su voz era profunda y armoniosa, como la de un pájaro en medio de la selva. De pronto cesó, y cada dracán volvió a su lugar. Unos en las altas rocas, otros camuflados en la copa de los árboles de aquel inmenso terreno.

Tirallamas aterrizó junto a Beatriz, lamiéndole cariñoso el brazo, justo en el momento en el que Moruena abría la palma de su mano sacando de la misma un pequeño toro dorado, que brillaba como el sol. El torito cobró vida y cabalgando por el aire llegó hasta Beatriz, que lo acogió en su palma, sorprendida.

—Cuando quieras encontrarme solo le tendrás que decir mi nombre y él me buscará. —Moruena esbozó una amplia sonrisa, meneando su pelo rojizo—. ¿Cómo te podré localizar yo a ti?

—Estará conmigo, así que solo le tienes que escribir con una de estas cartas.

—Melchor le lanzó un sobre aparentemente normal, pero que estaba hechizado para que lo encontrara siempre—. Dáselo a un dracón y él me lo traerá, el sobre le mostrará el camino como si fuera un mapa.

—Pero yo no sé si estaré contigo.

Melchor le dedicó una de esas miradas que podrían congelar en el acto, pero ella entornó los ojos aceptando el desafío.

—Eso ya está hablado, señorita Bianchi.

—Sí, hablado y decidido que yo vuelvo a mi casa, señor Melchor.

El mago podía notar cómo la sangre se agolpaba en sus venas, la furia le hacía ir más rápida y él estaba pero que muy enfadado. ¿Cómo se le ocurría a Beatriz empezar aquella discusión delante de la bruja? Lo estaba desacreditando y no solo eso, se estaba negando a compartir su techo. Pero, ¿quién se creía que era para cuestionarlo todo? De ninguna manera iba a dejar que se fuera a su piso madrileño, exponiéndose a todos los peligros que a ella le apetecieran.

Por eso actuó como el salvaje que llevaba dentro y cogiéndola por detrás de las rodillas, se la cargó al hombro con un fuerte impulso. La sorpresa actuó a su favor durante unos segundos, tiempo que aprovechó para silbar a su dracón, montando en Tirallamas con ella colgando, que empezó a patalear sobre su abdomen.

—¡Suéltame, desalmado! Pero, ¿qué te has creído? Yo soy libre de hacer lo que quiera.

—La libertad es buena, pero solo hasta cierto punto —contraatacó Melchor en un tono que solo ella pudo oír, y algo más alto añadió—. Muchas gracias Moruena, si nos enteramos de quién fue el ladrón del huevo te lo diremos.

—Eso espero —gritó Moruena haciéndose oír entre el potente aleteo de Tirallamas—, y trátala bien, esa bruja siempre me ha gustado.

Alzaron el vuelo dejándola atrás y a Beatriz se le olvidó por un momento que iba colgada del hombro del mago tirano, dándole vueltas a las palabras de Moruena. ¿Cómo que siempre le había gustado? ¿Es que además de a su padre también la conocía a ella? ¿Por qué no era capaz de recordarla? Aunque sí parecía albergar en sus recuerdos algo de aquellas tierras, el olor, los amplios prados, incluso la casa de la reserva parecía haberla visto antes.

Conforme se alejaban iba absorbiéndolo todo, intentando rebuscar en sus recuerdos. Y entonces lo encontró, solo un fogonazo, pero allí estaba. Una mujer de cabello rojo dando vueltas con ella sobre la hierba, sus manos enlazadas y las risas flotando con el viento. Unos ojos dorados oscuros como

los suyos pero en el rostro masculino de su padre, mirándolas con adoración. Y en aquella visión idílica se metió un elemento que le encogió el corazón, porque en los brazos de su padre había un bebé, rollizo y precioso, con unos ojos iguales que los suyos y riéndose mientras la miraba.

Ella era hija única, ni su madre ni su padre tenían hijos de otras relaciones, entonces, ¿quién era ese bebé? ¿Y qué pintaba Moruena en aquel lío? Solo esperaba poder encontrar de verdad a su padre y que le explicara todo aquello. ¿Era posible que su madre también supiera que no había muerto?

Inmersa como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la luz a su alrededor había disminuido hasta que oyó un rugido en su cabeza. Tenían un dracón encima. Melchor se echó hacia un lado intentando eludir la llamarada que estaba seguro recibirían pero se equivocó, ya que el visitante inesperado era un dracón de la corte de los Reyes. El animal descendió y Melchor cogió al vuelo la carta que tenía entre los dientes. Era de las que solía llevar Baltasar encima para comunicarse, pero la letra no era la suya. En el papelito del interior solo había cuatro palabras:

*“Baltasar herido. ¡Ayuda!
Gaia.”*

No hacía falta más. Melchor se las arregló para meter la mano dentro de su bolsillo y sacar un puñadito del preciado polvo dorado, que lanzó al aire haciéndolo girar como un torbellino, hasta que en su centro apareció el conocido agujero negro. Y apretando aún más a Beatriz contra su hombro se lanzó a la oscuridad, que lo absorbió llevándolo al vacío con un único objetivo: salvar a su amigo.

9. Veneno en la piel

Un olor, eso era lo único que penetraba en la consciencia de Baltasar. Estaba sumido en un sopor profundo, de esos que experimentas cuando te estás despertando; la cabeza se empieza a centrar y dar órdenes pero el cuerpo no responde con movimientos. Y en medio de la angustiada sensación de pesadez, de falta de control, solo su olor lo hacía mantenerse alerta, a la espera de que por fin los músculos le respondieran. Una mezcla entre regaliz y nube tostada que casi podía sentir en la boca haciéndolo salivar.

Cuanto necesitaba tocarla, qué picor insoportable experimentaba en las manos, como si mil agujones se clavaran en su piel. Solo su cercanía lo aliviaba, el calor que emanaba de sus manos entrelazadas, la calidez de su aliento susurrándole cosas bonitas al oído:

—Te pondrás bien mi bombón oscuro, y en cuanto te recuperes lucharé contigo como es debido.

Pero él no podía responderle, y a eso se había sumado un dolor que iba aumentando en intensidad, pinchando la piel de sus brazos y de todo el cuerpo, y haciéndolo arder de calor.

—No resistirá mucho más, hermana, necesitamos dar con el antídoto.

Juno estudiaba por tercera vez el libro que contenía los antídotos conocidos más comunes, aquellos que luchaban con los venenos que tenían características compatibles con el fluido ingerido por Baltasar: que no oliera o quizás aportara cierto matiz dulzón, con color amarillento, líquido... Pero habían demasiados venenos con aquellas características y los intentos habían sido inútiles hasta ese momento.

—Háblame otra vez de todo lo ocurrido, quizás eso nos ayude a identificar cuándo echaron la sustancia; el tiempo de vida media varía de unos venenos a otros y nos haría descartar unos cuantos.

—Ya lo hemos repetido demasiadas veces, es hora de actuar. —Gaia abandonó su sitio junto a Baltasar, dándole un puñetazo a una de las columnas de la biblioteca de la escuela de magos, columna que sostenía un piso voladizo repleto de más libros—. Lo que hay que hacer es ir al hogar de los escorpiones y machacarlos hasta que hablen.

—Tu ansia de sangre no conseguirá salvarlo, Gaia.

La bruja cerró los puños clavándose las uñas en las palmas, prefería que le

dieran una buena paliza antes que sufrir el dolor y la frustración que estaba experimentando al ver a Baltasar en aquel estado. Un dolor que no se explicaba pero estaba ahí, amenazando con asfixiarla.

—Tus libros tampoco parecen lograr gran cosa, Juno. —Gaia entrecerró los ojos acercándose a su hermana con cara de pocos amigos—. Aunque pensándolo bien, podrías ir tú y tomarte un café con ese tal Malcom, el líder de los escorpiones, que por cierto te manda recuerdos cordiales —dijo con un furioso tono de falsete en la voz, ante la mirada estupefacta de su hermana—. Eso siempre y cuando no te envenene a ti también.

—Malcom nunca haría algo así —susurró Juno mirando a su hermana con los ojos muy abiertos—. ¿Te habló de mí?

Gaia rió con una de esas risas exentas de humor.

—Dijo algo así como que erais viejos amigos. —La mirada acusatoria de su hermana le formó a Juno una pelota de nervios en la barriga—. Pero seguro que erais más que eso, ¿verdad? La pulcra Juno revolcándose con un maldito asesino.

Gaia vio venir el puñetazo sabiendo que se lo merecía y con creces, pero no llegó a sentir ese golpe, sino el de algo muy grande que caía sobre su costado desestabilizándola para hacerla caer al suelo. Rodó por las losas maldiciendo una y otra vez, por los golpes que iba sufriendo su cuerpo pero más por el estado de nerviosismo en el que se encontraba, que le había hecho decirle cosas horribles a su hermana. Y todo por culpa del maldito mago de chocolate, su cuerpo moldeado a la perfección, lleno de baches de fibrosos músculos, y esos labios de infarto que solo podía pensar en devorar.

Al fin consiguió detenerse y mirar alrededor, para volver a agachar la cabeza rápido ya que lo que parecía una gran ala iba a estamparse contra ella. Notó el viento al pasar a pocos centímetros de su rostro, y cuando levantó los ojos vio que era un dracón que alzaba el vuelo, saliendo por el amplio ventanal que daba a la terraza. A un par de metros se encontraba Beatriz, la bruja que había sido designada después de la muerte de Alethea para renovar las protecciones mágicas con el *aguijón dorado*. Una parte de Gaia odiaba su presencia, porque era una confirmación de que su hermana estaba muerta, o al menos todo indicaba eso aunque su cuerpo no estuviera.

Melchor fue hasta Gaia y le ofreció una amplia mano que no dudó en aceptar para levantarse. Aquel hombre transmitía una paz y templanza sobrenaturales, estaba segura que no podía haber rey mejor que él.

—¿Cómo está mi hermano?

—Jodido, tío, no conseguimos el maldito antídoto.

Gaia resbaló los dedos entre los mechones de su pelo corto, estirando con fuerza. Quería arrancarse la preocupación de su cabeza, llevarse de un tirón la incomodidad que sentía en el pecho, la necesidad constante de estar junto a la camilla.

—Baltasar es muy fuerte, ha sobrevivido a cosas peores.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que esto no es lo peor?

Aunque Gaia se vanagloriaba de ser una bruja fría y poco dada a mostrar lo que sentía, el nerviosismo se destilaba a borbotones en el tono de su voz.

—Llevo mucho tiempo a su lado, querida, y cuando se le mete algo entre ceja y ceja, nada en el mundo puede impedir que lo consiga.

—¿Y con qué está encabezonado esta vez? Debe de ser algo fuerte para que lo motive lo suficiente para luchar.

—Esta encabezonado contigo, por supuesto.

Las palabras de Melchor, redondas y seguras, arrancaron una sonrisa exuberante de los rojizos labios de Beatriz, que era una atenta espectadora de la conversación que mantenían ellos dos. También hicieron que Gaia abriera mucho los ojos y enrojeciera por completo. Entonces el mago añadió:

—No es tan mala noticia, ¿no? Es un insensato pero lo que no se le puede negar es que el tío es un saco de músculos, ¿verdad?

—Eso parece.

Intentó decirlo inexpresiva, aunque pensaba que aquellas palabras se quedaban muy muy cortas para lo que de verdad le parecía. Pero, ¿sería cierto lo que Melchor decía? Porque sabía que Baltasar coqueteaba con ella, pero ¿no lo hacía con todas?

Sin saber qué pensar ni qué decir, Gaia se dirigió a la cama en la que el mago estaba tendido, observándolo de arriba abajo una vez más, absorbiendo cada forma, dibujando con la vista su pecho desnudo, lleno de surcos y baches que se moría por acariciar. Juno y ella lo habían desnudado para buscar posibles síntomas provocados por el veneno. La toalla blanca caía como una fatal tentación sobre la zona de la entrepierna, para terminar muriendo sobre unos muslos gruesos como columnas griegas, que invitaban a sentarse sobre ellos y hacer todo tipo de barbaridades innombrables.

—Sí, es todo un seductor —añadió Beatriz mirando el cuerpo oscuro de Baltasar, y pinchando así la burbuja en la que se encontraba Gaia.

—Seguro que le encantará que lo hayáis desnudado —dijo riendo Melchor, acercándose también al cuerpo de su amigo.

—Menos hablar y más solucionar, queridos, el tiempo va en nuestra contra —vaticinó circunspecta Juno, mientras abría el décimo libro de pociones.

Beatriz observó la piel negra del mago, tan uniforme y perfecta, y puso la mano sobre su brazo, nata acariciando chocolate, un contraste increíble que le hizo pensar en lo maravillosas que eran las distintas razas. Y pasó algo raro, porque cuando volvió a centrar la atención en la piel del brazo de Baltasar, notó como bajo la superficie se podía vislumbrar algo, unos delgados hilos de color azulado que por alguna razón supo que solo ella podía ver. Los finísimos riachuelos viajaban hasta la mano, diseminándose en varios afluentes hasta desembocar en los dedos.

Parecía que viajaban por donde lo haría el flujo sanguíneo, por eso Beatriz recordó los conocimientos de anatomía de la carrera, y resiguió las líneas que se marcaban bajo la piel hasta el hombro, después bajando por el tórax hasta que llegó donde estaría el corazón. Y ya no le cupo duda, de alguna forma sabía que lo que estaba viendo era el veneno viajando en la sangre de Baltasar.

¿Cómo era posible que pudiera ver tal cosa? Quizás estaba perdiendo la cabeza, pero tampoco podía obviar el calor que empezó a sentir en un punto de su pecho, justo donde el colgante de lo que Moruena había llamado Sol de sanación, le tocaba la piel. El misterioso colgante de su padre. Lo observó y vio que brillaba como prendido por el sol, y guiada por su instinto se sacó el colgante por la cabeza, y lo puso sobre uno de los riachuelos de un tono azul intenso que corría por el interior del brazo del mago.

Baltasar sufrió una convulsión que sacudió todo su cuerpo, y después varias más. Su espalda se arqueó ligeramente, y se podía ver a la perfección como todos sus músculos estaban bajo una terrible tensión.

—Quítale las manos de encima —escuchó que gritaba Gaia a su espalda, pero ella sabía que no tenía que moverse y no lo hizo.

—Está intentando ayudarlo.

Juno y Melchor cogieron a Gaia cada uno de un brazo, para retener sus ganas de abalanzarse sobre Beatriz.

—No sabe lo que está haciendo. —Gaia miró a su hermana con una muda expresión de auxilio—. Por favor, deténla.

—Lo haré si es necesario, hermana, pero creo que solo con su ayuda podremos salvarlo.

Pasados unos segundos de angustiada espera, mientras Beatriz se mantenía en la misma postura, temerosa de romper lo que quiera que estuviera haciendo

pero que eliminaba los hilos de veneno, vieron que Baltasar comenzaba a mover los dedos de esa mano. Cuando el brazo quedó limpio de veneno posó el sol sobre el corazón del mago, el colgante brilló con gran magnitud y pudo ver cómo los riachuelos iban desapareciendo, hasta quedar su cuerpo limpio por completo. Solo piel oscura y ninguna visión extraña donde no debía estar.

Beatriz se separó tambaleante de Baltasar, con mil interrogantes en su cabeza, pero una arcada hizo que no tuviera que pensar en nada más que en correr hasta algo que le sirviera de recipiente. Alargó la mano y cogiendo una caja de gasas vacía se inclinó hacia delante y vomitó, vaciándose hasta que no quedó nada en su cuerpo.

Derrotada, se dejó caer en el suelo, con las manos sobre la barriga plegándose sobre sí misma. ¿Qué había pasado? Se sentía tan mal que no podía mantenerse en pie, todo el cuerpo le hormigueaba y las náuseas continuaban revoloteando por su estómago.

Las manos de Melchor en sus hombros, fuertes y robustas, fueron como una bendición y se dejó mecer sobre él, con la espalda pegada sobre su ancho pecho, una fuente de calor que rivalizaba con el repentino frío que albergaba su corazón. Parecía que de alguna forma había absorbido el veneno de Baltasar y ahora la estaba consumiendo a ella. Las palabras de Melchor confirmaban aquello que pensaba, porque notó como sus labios se posaban en su oreja, susurrando:

—Nunca he conocido a un portador del Sol de sanación, pero he leído que al quitarle algún mal a otra persona, el portador del sol sufre el reflejo de ese mal durante un tiempo. —Melchor la abrazó más estrechamente, sentándola sobre sus rodillas aunque manteniéndola de espaldas—. No sufrirás ninguna enfermedad ni efecto mortal sobre tu cuerpo, pero sí experimentarás las malas sensaciones de la persona a la que curas.

—Parece que me hayan envenenado a mí.

Las palabras le salían entrecortadas, como si su cuerpo se negara a hacer el esfuerzo añadido que era hablar.

—Y es como si lo hubiesen hecho, la suerte para mí es que no es así, solo lo parece. —Melchor le acarició el pelo con ternura—. Estoy muy orgulloso de ti, lo que has hecho es increíble.

Beatriz apoyó la cabeza en su hombro y la giró para alcanzar a ver el mar embravecido que era su mirada, que la observaba como si no hubiera nada más importante en el mundo que ella.

Se quedó allí, colgada de esos ojos, de la cara atractiva de rasgos firmes,

del calor que emanaba su pecho y de la tentación que destilaban sus labios. Pasaron segundos, quizás horas en la misma postura. Oía voces de fondo, murmullos femeninos, y de pronto una exclamación y risas ahogadas. Todo parecía poco importante, todo excepto él, que no dejaba de abrazarla, de susurrarle bajito en el oído. Y de pronto ya no estaba allí.

Beatriz estaba paseando por la orilla de la playa, el mar del color de los ojos de Melchor, pero él no estaba a su lado. En su lugar una larga lengua de arena caliente bajo sus pies desnudos, una invitación para caminar sin un destino. Y eso fue lo que hizo, caminó hasta que al poco una sombra pasó volando sobre su cabeza, y asustada, se escondió tras unos matorrales altos. Entre la vegetación podía observar muy bien la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Un hombre aterrizó a pocos metros a lomos de un dracón rojo grande, aunque no tanto como el de la biblioteca.

Dio un salto grácil desmontando del gigante alado, y cuando se dio la vuelta Beatriz se quedó petrificada. Hacía muchos años que no lo veía pero, ¿quién olvida a un padre? Observó unos ojos iguales a los suyos que oteaban desde el lugar donde había aterrizado, como intuyendo que donde ella se escondía había alguien, pero otro dracón eligió ese instante para aparecer a unos metros del rojo, y Beatriz agradeció que desviara la atención de ella.

—Víctor Bianchi, el gran sanador, tenía muchas ganas de conocerte.

Beatriz vio como su padre se rehacía la coleta y estudiaba al recién llegado con expresión huraña. Con el pelo largo y negro como el carbón, aquel tipo se parecía mucho al de su otro sueño. Se acercó con el paso altivo que Beatriz ya reconocía como suyo, extendiéndole la mano a su padre, que para su sorpresa no la aceptó.

—No quiero hacer tratos con usted, solo velo por la salud de este dracón.

—Es de mala educación no dar la mano, supongo que a pesar de estar trabajando con bestias a diario es algo que sabrá.

Lo dijo como si fuera un maestro de infantil hablando a un crío de tres años, y no sabía si era eso, o lo que representaba para él aquel tipo, pero Beatriz pudo ver en la mirada de su padre algo que nunca había visto. Había odio, una profunda irritación y algo más, ira por estar haciendo algo que contravenía sus principios. A pesar de todo ello, cuando Víctor habló fue pausado y reflejo de una calma que no sentía ni de lejos.

—Si supieras algo sobre el dracón que tienes, que seguro has conseguido de forma dudosa, comprenderías que nunca se le podría tachar de bestia porque los dracanes son unas criaturas tremendamente inteligentes. —Víctor suspiró y

acarició la áspera piel del rojo, frotando su costado repetidas veces—. Había perdido fuerza porque sufría una rara cardiopatía en su especie, pero lo he operado y se ha recuperado muy bien. Tiene que estar una semana más sin hacer esfuerzos.

Esto último lo dijo en un tono severo mientras miraba fijamente los ojos del brujo moreno.

—Tranquilo, creo que lo sabré cuidar. —Entonces sacó del pantalón un sobre grueso tendiéndoselo a Víctor—. Tus honorarios. Espero que sea suficiente.

Para la sorpresa del brujo de negro, Víctor levantó una mano entre ellos, rechazando el dinero.

—He curado al dracón porque me encantan y por lealtad a Kimeo, pero no quiero tu dinero.

La mirada del brujo se ensombreció, y Beatriz pudo ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula.

—¿Acaso no soy suficientemente honorable para ti, Víctor? ¿No haces tratos con brujos de mi calaña?

—Me importa bien poco quién seas tú o la naturaleza de tus actos, pero no quiero tener nada que ver con ellos.

—Sin embargo a mi superior le gustaría tenerte entre nosotros de nuevo.

El tono meloso que empleó le puso los pelos de punta a Beatriz, y supo sin verlo que también a su padre.

—No hay nada que me pueda ofrecer la Orden de Herodes para convencerme de unirme a sus “tareas”.

Su voz rotunda no daba pie a dudas, sin embargo el brujo oscuro se rió con un sonido chirriante. Ni siquiera se molestó en desmentir que era miembro de la Orden citada.

—Quizás sí te interesaría tener nuestra protección, ya sabes, en el mundo en el que vivimos es muy fácil que ocurran accidentes, y con esa hija tan estupenda que tienes, ¿cómo se llama?

No pudo ver cómo se desplazó, pero apenas pasó una décima de segundo y el brujo encontró la espada de Víctor en su cuello. Permaneció inmóvil sin apartar la mirada, aparentando una frialdad que no sentía.

—No oses amenazar a mi familia o morirás antes siquiera de verme venir a por ti.

Al ver que el brujo sonreía, Víctor le apartó la espada del cuello haciendo que se confiara, solo para en un giro rápido asestarle un corte profundo en la palma de la mano. El grito del brujo rompió la quietud de aquella hermosa

playa, y las gotas de sangre formaron pequeños círculos rojos en la arena mientras trataba de apretarse el corte con la otra mano. Cualquiera hubiese huido despavorido ante la expresión del brujo oscuro, pero en aquel momento Beatriz confirmó que su padre era un valiente, porque solo se movió para limpiar la sangre de la espada en el agua del mar.

—Te arrepentirás de esto, Víctor Bianchi —dijo alzando la mano ensangrentada.

—Tú solo recuerda mis palabras, escorpión. Si algún día deseas luchar conmigo, estaré esperándote.

Víctor silbó al aire, y un dracón apareció de la nada. Dorado, majestuoso y enorme, se puso a los pies de Víctor y este subió sobre él. Con una última mirada de despedida al dracón rojo, que bufó en su dirección en reconocimiento a los días que habían pasado juntos, alzó el vuelo dejando atrás al furioso brujo escorpión.

Beatriz cambió de postura una vez pasada la tensión del momento, para terminar de ver aquella escena, y un destello dorado llamó su atención a pocos metros. Se inclinó un poco hacia delante tratando de distinguir qué podía ser aquello que brillaba entre la fina arena amarillenta, y entonces ocurrió. Un ligero crujir de hojas, imperceptible en cualquier otro lugar, pero no allí, donde solo estaban el brujo oscuro, ella y un par de dracanes aburridos con la situación.

Sintió como los ojos negros del brujo miraban en su dirección, dos rendijas curiosas que sabía que no tardarían en encontrarla. Y en apenas un segundo tuvo una revelación: tenía que coger ese algo que brillaba en la playa. Aún sabiendo que se descubriría y quedaría expuesta ante el brujo escorpión, salió de su escondite y se lanzó hacia el objeto que de alguna manera se había convertido en su prioridad.

Corrió dándose cuenta de que fuera lo que fuese, aquella pieza que había visto estaba más lejos de lo que parecía, y pudo ver como un borrón al brujo que también había comenzado a moverse, demasiado rápido como para ser humano. Ordenó a sus músculos que se movieran más veloces, que aceleraran al máximo y para su sorpresa así lo hicieron.

El viento en la cara le quemaba, los pies se hundían en la arena blanda, pero apenas le quedaban unos metros para llegar al objeto dorado, que brillaba tanto como su sol de sanación.

Un grito la sacudió por dentro, agudo y pleno, y se descubrió saltando como un gamo a la vez que lo hacía el brujo, ambos en la dirección del objeto

dorado. Podía sentir el aire que movía él a su paso, la mano que se aproximaba a ella y estaba a punto de agarrarla. Pero no llegó a caer en la arena ni chocó contra el cuerpo del brujo escorpión, porque entonces abrió los ojos de golpe y despertó. Melchor la tenía en brazos y la miraba con arruguitas de preocupación alrededor de los ojos. Unos ojos que parecían introducir calor en su alma con su simple caricia.

—Gracias a Dios, preciosa, parecía que estabas en un mal sueño, ¿cómo te encuentras?

—Lo cierto es que estoy muy bien, solo tengo calor. —Y a pesar de lo mal que se había sentido tras la sanación, en ese momento solo notaba el calor que se había adueñado de su piel, como si le hubiesen puesto un traje de lana que no la dejara transpirar—. ¿Puedes decirle a Juno que encienda el aire acondicionado?

—Está puesto, Bea, no es un calor que el aire te pueda quitar. —Observó que los ojos de Melchor se ensombrecían, como un mar tempestuoso—. Yo también lo siento, es la sustancia que nos ha caído antes en la piel, en el laboratorio de Emilio, en Quorum.

El estimulador sexual para dracanes, con el sueño se había olvidado por completo de eso. «Yo también lo siento», acababa de decir Melchor, y esas palabras le dieron un nuevo significado al calor abrasador, haciendo que una sensación inquietante se instalara en las zonas claves del cuerpo de Beatriz. Una pelota incómoda de nervios enmadedados se alojó en su estómago, los pezones parecían querer tocar la tela de la camiseta, y en cada leve movimiento le mandaban ramalazos eléctricos que como pequeñas descargas, iban directas a su entrepierna. ¿Qué le estaba pasando?

—Entonces, ¿qué soñabas?

Esa pregunta la alejó por unos segundos de sus sensaciones corporales y la llevó de nuevo a su sueño. Recordó el objeto dorado, su desconcertante arrojó al lanzarse a la arena delante del brujo. Notó que los músculos de la mano le molestaban, y cuando se la miró comprobó que la tenía cerrada en un puño. Con una excitación creciente que se sumaba a la que ya sentía por otros motivos, abrió la mano, y para sorpresa del Rey Mago y de ella, un puñado de arena resbaló despacio entre sus dedos.

Melchor miró alternativamente su mano y sus ojos dorados, que no habían parado de observar el recorrido de la arena en ningún momento. La boca abierta no daba lugar a dudas respecto a la sorpresa de Beatriz, y aquella expresión perpleja era tan adorable que le hubiese gustado recorrer sus labios

en un beso decadente. Pero no le dijo nada de eso:

—¿De dónde has sacado la arena?

La respuesta debería ser fácil, solo tenía que contarle el sueño, pero algo en su interior la animó de nuevo a que no lo hiciera. Con lo que no contaba era con la mirada fija de Juno sobre ella.

—Es evidente que se la ha traído de un sueño, no hay ningún terrario por aquí cerca, ¿o acaso tienes otra explicación, Beatriz?

Notó como el color se le iba del rostro, ¿y qué más daba decir la verdad? Así la ayudarían a entender porqué realizaba esos viajes oníricos, y cómo era posible que trajera cosas de los sueños al despertarse. Sin embargo, tenía la impresión de que la verdad era importante de algún modo y haría que la vieran bajo otro prisma, pero no tenía muchas opciones así que no se escondió.

—Cuando he perdido el conocimiento he estado en una playa.

Los ojos de Juno brillaron expectantes y se acercó a Beatriz ávida de conocimiento, y aunque de otra persona no le hubiese inspirado confianza aquel comportamiento, había algo en Juno que hacía que se fiara de ella.

—Cuéntanos qué has visto allí.

En ese punto sí dudó. Todos creían que su padre estaba muerto, aunque en el sueño pareciera inquebrantable como un grueso árbol viejo. Por otro lado Moruena afirmaba que se mantenía con vida. ¿Se suponía que verlo vivo en su sueño implicaba que también lo estaba en la realidad? No tenía ningún sentido, pero en aquel raro mundo de la magia no se podía dar nada por sentado. Y como su abuela le había enseñado en tantas ocasiones a conceder el beneficio de la duda, decidió confiar.

—En la playa estaba mi padre, y otro brujo al que le decía escorpión.

—Esos son los cabrones que nos han hecho esto.

Gaia se abalanzó hacia Beatriz, queriendo enterarse de todo, pero su hermana la detuvo, arrancándole un bufido. Beatriz se dio cuenta de que el famoso colgante del sol de la sanación no solo había funcionado, sino que de forma milagrosa el antes macilento Baltasar estaba de pie a pocos metros de Gaia, preparado para contenerla si era necesario.

—Tranquila, gatita, no es momento para alterarse —indicó con tono grave llegando hasta Gaia—. Déjala hablar.

Baltasar miró a Beatriz con sus ojos negros y reconfortantes, infundiéndole la confianza que necesitaba.

—Al parecer en mi sueño mi padre le devolvía al brujo escorpión un dracón rojo que estaba enfermo y él había sanado, pero rechazaba el dinero que el

brujo le ofrecía a cambio.

—¿Sabes por qué? Por lo que dices tu padre era sanador, y suelen cobrar caros sus servicios.

—Le dijo que no quería tratos con la Orden de Herodes.

Un suspiro general le dio a entender a Beatriz que todos sabían de lo que hablaba. Pero fue Melchor quién le contestó, ayudándola a ponerse en pie y cogiéndola fuerte de la cintura.

—Ese dinero está manchado, Beatriz, los herodianos suelen ser crueles por naturaleza, y ningún ser que se precie hace tratos con ellos. —Melchor miró su colgante del sol de la sanación y después sus ojos dorados—. Y por lo que me dices, tu padre era un sanador bastante poderoso, de ahí tu poder.

—¿Yo también soy sanadora?

—Y de las mejores. —Fue Juno la que habló con una amplia sonrisa, señalando a Baltasar—. Pocas personas podrían haber limpiado su cuerpo en apenas unos minutos.

Beatriz enrojeció, y una desconocida sensación eufórica se instaló en su pecho, haciéndola sonreír. Se sentía orgullosa, como cada vez que ayudaba a alguien como enfermera. Pero en esa ocasión también se sentía poderosa.

—Hay algo más. —Se detuvo unos segundos sin saber cómo plantear aquello—. Vi algo en la arena y sentí la necesidad de cogerlo.

—¿Pero lo cogiste? —preguntó Juno interesada por todo lo que pudiera contarles. Siempre había tenido una pasión especial por los navegantes de sueños, brujos capaces de introducirse en los sueños.

—No pude, supongo que el brujo escorpión sí lo consiguió porque vimos el resplandor dorado casi a la vez.

Juno abrió mucho los ojos, mirándola como si estuviera anunciando una catástrofe.

—¿Ese brujo te vio a ti?

—Claro, intentó coger la pieza dorada antes que yo.

—Entonces todos estamos en peligro, porque si consiguió verte es que es un navegante también, un brujo capaz de meterse en los sueños, y si fue el último en abandonar el sueño ha podido seguirte hasta aquí.

—Pero mi padre está muerto hasta que confirmemos lo contrario, ese sueño debe pertenecer a un tiempo pasado, así que ese hombre podría estar muerto también en este presente.

—Sí, los navegantes pueden soñar realidades presentes o pasadas, incluso futuras, pero si ese brujo vive en la actualidad, te ha podido seguir hasta este

lugar. —Juno conocía bien los entresijos de los navegantes, ya que Malcom, el líder de los brujos escorpiones, era uno de ellos, y ellos dos habían tenido una larga historia en común—. No sabemos con certeza que haya sido así, pero te tienes que ir.

Melchor sacó de su bolsillo el polvo dorado, y comenzó a abrir un agujero negro.

—¿Tienes idea de qué podía ser el objeto dorado? —le preguntó mientras movía con los dedos las partículas de oro.

—Era alargado, y estaba medio enterrado en la arena. —Beatriz intentó recordar la imagen que se formó en su mente unos segundos antes de salir despedida del sueño—. Parecía, no sé, como un agujijón...

—¡El *agujijón dorado*!

La presión en la biblioteca aumentó, como si las partículas de aire se apretaran unas contra otras, haciendo difícil respirar. En el techo se dibujó un agujero tan negro que parecía no tener fin, como un túnel que conducía al averno, por el que cayó una figura igual de oscura que portaba una espada curva en la mano. El aparecido saltó al suelo de rodillas, a la vez que lanzaba su arma en un golpe que pretendía hacer daño. Pero por suerte, todos los allí presentes eran bastante rápidos, así que se apartaron rodando por el suelo y sacando sus espadas también.

La primera en arremeter contra el hombre oscuro fue Gaia, que como un ciclón comenzó a asestar golpes a derecha e izquierda que el aparecido esquivaba con maestría. Juno se unió a la lucha con una patada en el costado de su asaltante que lo hizo tambalearse, pero en un movimiento inesperado, este se giró dirigiendo el filo de su espada hacia Juno para asestarle un tajo profundo en la mano que sujetaba su arma. La mayor de las Kinov dio un grito agudo que despistó por un segundo a Gaia, el único segundo que el hombre oscuro necesitaba para comerle terreno a la bruja, propinándole un codazo en la sien que la lanzó unos metros más allá, dejándola confusa en el suelo.

Baltasar, impotente y aún sin fuerzas por el veneno que había azotado su cuerpo, solo pudo colocarse junto a Gaia y Juno e intentar protegerlas, en caso de que alguien más apareciera por el agujero negro abierto por el intruso.

El brujo oscuro se volvió hacia Melchor y Beatriz, buscando algo con urgencia con sus ojos negros, y una sonrisa feroz apareció en su rostro al posar los ojos en ella.

—Tú...—siseó mientras se acercaba arrastrando la espada por el suelo. Se podían ver bien los músculos de su brazo en tensión, listos para alzar su arma.

Beatriz endureció la expresión de su rostro, notó chisporrotear algún tipo de poder que no conocía en los dedos de las manos, pero antes de que pudiera utilizarlo una figura grande y fuerte se interpuso entre ellos dos.

—Si quieres hablar con la señorita primero tendrás que hacerlo conmigo.
—Melchor esquivó el acero del tipo de cabello negro y mirada vacía, girando hacia un lado a la vez que le lanzaba su propia espada—. Pero veo que eres más un hombre de acción que de palabra.

—Aparta de mi camino, mago, tú y los tuyos siempre andáis jodiéndolo todo.

Otra arremetida que Melchor consiguió esquivar rodando por el suelo, para ponerse en pie de un salto y lanzarse hacia él.

—Veo que me conoces, pero yo no tengo el placer —bufó el mago.

—Ese problema se solucionará antes de lo que esperas.

Sus espadas entrec chocaron varias veces, creando una melodía tintineante y dura en la habitación. El desconocido no tenía piedad, y descargaba golpes con toda su fuerza hacia Melchor, que a pesar de superarlo en altura se tenía que concentrar en aquella batalla con todos los sentidos. En uno de los envites el tipo oscuro empujó vehemente al mago con su espada, tirándolo al suelo, y sin perder tiempo intentó agarrar del brazo a Beatriz, que al zafarse hizo que la hoja del arma se clavara en la palma de su mano. Entonces Melchor se alzó furioso con aquel tipo pero más consigo mismo por haber permitido que hiriera a Beatriz, lanzándose hacia el costado del desconocido con un mandoble que cortó su carne, haciendo que se doblara de dolor.

Y aprovechando ese segundo de guardia baja en su oponente, cogió a Beatriz y dándole un fugaz beso en los labios, le susurró:

—Confía en mí.

Y la lanzó al agujero negro que había abierto minutos antes con su polvo dorado. Levantó la vista y vio que Juno y Gaia se habían recuperado e iban hacia él, acompañadas de Baltasar, gritando:

—¡Llévatela! Hemos llamado a los refuerzos.

Melchor dudó pero en seguida se lanzó hacia el agujero negro donde le esperaba Beatriz, no sin antes oír el agudo grito de Gaia al atacar y las crípticas palabras del hombre:

—Esto no quedará así.

Los combates nunca eran sencillos, y a él le gustaba tener la última palabra, pero su prioridad era Beatriz y sabía que en ese momento más que nunca necesitaba su protección. Por eso se puso la mano en la frente en gesto

marcial, para indicarles a las brujas que estaba a sus órdenes, y con un salto se coló por el agujero negro, dispersando el polvo dorado a su paso para que se cerrase. Antes de desaparecer le pareció ver que el brujo oscuro también saltaba hacia el agujero que antes había abierto en el techo, pero no llegó a comprobar si las hermanas Kinov o Baltasar conseguían retenerlo.

Después de lo que le pareció apenas unos segundos, en los que chocó varias veces con algo duro que pensaba que era el cuerpo de Beatriz, terminó cayendo sobre el suelo en un precario equilibrio. Por su parte Beatriz dio varias vueltas vertiginosas a gran velocidad, preparándose para el rudo golpe que constituía el caerse sin saber contra qué, pero el impacto no llegó y una superficie mullida la acogió, acoplándose a su cuerpo con ternura.

—¡Qué maravilla! —abrió los ojos y se frotó contra aquella colcha que parecía tejida por ángeles, como si hubieran bajado una nube del cielo para ponerla bajo su piel—. Me podría quedar aquí toda la vida.

La cama se hundió a sus pies, y Melchor se tiró a su lado, enorme y con aquel olor tan atrayente como el chocolate con galletas. Exudando ese calor envolvente que la hacía arder por dentro pensando en imágenes de su cuerpo desnudo sobre ella, también dentro de ella, impulsándola al abismo, llenándola de todas las formas posibles.

Beatriz intentó arrastrarse lejos de su influencia que tanto la desencajaba, pero una mano de hierro se posó en su cintura, impidiendo que se alejara.

—Tú no vas a ninguna parte, querida.

Se volvió hacia ese Melchor, que ya no era el Rey Mago que cumplía los deseos de niños y adultos, no. Ese Melchor era un guerrero, un hombre ancho y corpulento que la defendía a capa y espada; con la camiseta blanca y ajustada dibujando erótica su cuerpo, porque el tejido marcaba cada músculo, cada tendón y cada hueso, y ella solo podía imaginar su lengua delineando cada contorno del cuerpo de ese hombre. Su hombre, su rey. Suspiró y habló, sin ser consciente de lo que estaba dejando escapar por la boca:

—Te lamería como a un helado de caramelo hasta que te desgastaras entre mis labios.

Conforme las palabras iban saliendo, Beatriz asistía incrédula a su inconsciente osadía, y se tapó la boca con ambas manos mirando al mago con los ojos muy abiertos. Pero en los de Melchor no había reproche, lo que vio en esas profundidades azules fue mucho peor, un hambre voraz recubierta de deseo, duro como las rocas de las profundidades del océano, exuberante como un arrecife.

—No hay nada en este mundo tan deseable para mí como que tú satisfagas tus apetitos. —Melchor metió la mano entre el colchón y la cabeza de Beatriz, dejando sus labios a escasos milímetros de los suyos—. Y, ¿sabes qué? Tienes suerte porque no me desgasto con facilidad, en ningún aspecto.

Terminó alzando las cejas sugerente, y se imaginó haciendo el amor con él toda la noche. No le dio tiempo a seguir imaginando porque la boca del mago cubrió la suya, y entonces todo desapareció. El tiempo, las preocupaciones, la misma cama en la que se encontraban... Allí solo había cabida para el hombre en mayúsculas, el único hombre en su vida que había deseado con el corazón y con cada célula. Ese que la estaba besando como si su boca fuera la fuente de la vida y él un moribundo sediento, porque eso era justo lo que sentía ella, que si no seguía besándolo, profundizando en aquel beso de carne, saliva y lenguas entrelazadas, moriría.

Melchor separó un poco los labios de su boca, volvió a ellos en un beso mullido, se volvió a separar y le susurró mordisqueándolos:

—¿Sabes qué? Llevo queriendo hacer esto desde la noche que me quedé a dormir en tu casa a escondidas, cuando tu madre casi nos pilla.

—¿Queriendo besarme? —Beatriz acortó la distancia que los separaba sellando sus labios de nuevo, en un lánguido beso húmedo, separándose bastante tiempo después, perezosa—, ¿o queriendo llevarme a tu cama?

Melchor sonrió de esa manera pirata que haría desmayarse al menos a un tercio de la población mundial femenina, y Beatriz emitió un largo suspiro.

—Más bien queriendo meterme en tu cama, y dormir así. —Acostados de lado, frente a frente, pasó un brazo por debajo del muslo de Beatriz, levantándose para colocarlo encima de su cadera. La mano amplia y fuerte se deslizó acariciando la parte de atrás de la pierna, subiendo hasta el centro de su cuerpo, y dejó que las puntas de sus dedos rozaran su sexo, haciendo que ella se estremeciera para acabar abarcando su trasero con un firme apretón—. Contigo pegada a mí, rozando cada parte de tu cuerpo. Aunque me sobran varias cosas.

—¿Cómo qué?

La sonrisa lobuna de Melchor no vaticinaba nada bueno, o quizás anunciara lo mejor, porque se puso de rodillas sobre la cama y mirándola a los ojos con esa intensidad que no permitía despegar la mirada, se quitó la camiseta, exhibiendo su pecho fuerte y marcado. Beatriz centró su atención en el ombligo perfecto del hombre, desde dónde nacía un hilo de vello que iba a morir a algún lugar más allá de sus pantalones. Melchor siguió su mirada y su

sonrisa se hizo más amplia.

—¿Quieres que siga? —incitó levantando las cejas, y posando sus manos en la cinturilla de los pantalones.

—No estoy segura de que sea lo mejor, apenas nos conocemos en nuestra versión adulta. —Y aunque su parte más racional intentaba negarse, las palabras sonaron vacías y poco contundentes.

—Llevamos veneno estimulante de dracón en la piel, en dosis que tumbarían hasta a nuestro amigo el dracón rojo de la biblioteca, así que no hay nada más necesario en este mundo que podamos hacer.

Beatriz se quedó pensativa, y con una sonrisa tímida que estiró poco a poco sus labios, susurró:

—Entonces sigue o tendré que arrancarte la ropa yo misma.

La serenidad de sus palabras nada tenía que ver con las turbulencias que notaba en su interior, como si llevara una montaña rusa en el estómago que estuviera funcionando sin cesar.

La mirada del mago brilló con su comentario, y como un gato se acercó caminando de rodillas hasta colocarse junto a ella. Se desabrochó el cinturón y cogiéndole la mano, lo colocó en su palma.

—Tira.

Una orden que se moría por cumplir. Beatriz lo apretó tirando con fuerza, hasta quedarse con la prenda en la mano. Miró el cinturón, imaginándose como él le ataba las manos a la cama, eso que tantas veces había leído y nunca había pensado que podría llegar a desear. Pero con aquel hombre, en aquel lugar, se sentía invencible para hacer lo que fuera.

—¿Quieres usarlo?

La pregunta salió de los labios de Beatriz sin planearlo, pero ¿qué le pasaba? Ignoró a esa parte de su interior que la reprimía, esa que estaba más pendiente de lo que pensarán los demás, de lo que debía de ser, que de sus deseos reales. El control en aquella situación estaba de más. Así que decidió no pensar, solo sentir a aquel hombre increíble, más divino que humano; su deseo de navidad desde tiempos inmemoriales.

La mirada oscurecida de Melchor se cernió sobre ella, el tórax repleto de músculos duros subiendo y bajando con más rapidez por la respiración excitada.

—No quiero utilizarlo, señorita Bianchi, nada que se interponga entre tu piel y la mía, nada que pueda distraernos. Te quiero solo a ti, y tengo mucho trabajo, ¿sabes?

Melchor llevó las manos de Beatriz al botón de su pantalón, y dejó que la bruja lo desabrochara. Sin poder esperar a que ella terminara de desnudarlo, se bajó de un golpe los pantalones y los calzoncillos, quedándose en un glorioso desnudo que Beatriz recorrió de arriba abajo y de todas las formas posibles, deteniéndose en el miembro del mago, que parecía apuntarle como si fuera una flecha y ella su única diana. Se alzaba glorioso entre unos muslos fuertes como vigas que tuvieran que sostener un santuario, las venas hinchadas formando ríos azulados que le secaron la boca de la necesidad de recorrerlos con la lengua.

Pero Melchor la tiró de espaldas a la cama impidiéndole recrearse en la visión, y llevando la boca a su barriga suave le subió la camiseta con los labios, deteniéndose en la zona del pecho. Buscando su mirada, mordió la tela con los dientes, y apresando también el sujetador en la maniobra, se la levantó justo por encima del pezón. La cima rosada asomó invitadora, y sonriendo sobre ella Melchor sacó la punta de la lengua y la lamió, bajo la mirada torturada de Beatriz.

Chupó una, dos y hasta tres veces, tomando el brote entre sus labios e introduciéndolo en su boca, absorbiendo con fuerza. Beatriz emitió un siseo y arqueando el cuerpo intentó apartar al mago, pero él la retuvo por las caderas y chistó desaprobador.

—No, no, no, señorita Bianchi, ya le he dicho que tengo mucho trabajo con este cuerpo tan espléndido y delicioso. —Melchor la repasó de arriba abajo, mordiéndose los labios, y notó como el pecho se le llenaba de un orgullo cosquilleante—. Mujer, eres demasiado para mí, así que si no estás quieta tendré que usar ese cinturón. —Bajó la cabeza de nuevo a la cima del pecho que parecía llamarlo para introducirse en la boca y chupar con ansia, y le susurró mirándola salvaje, mientras la marcaba con su húmedo aliento—. No me tientes.

Cuando Melchor recorrió el camino hasta el otro pecho en un reguero de besos escalofriantes, Beatriz echó la cabeza hacia atrás y se abandonó a él. Dejó que su lengua la torturara, que su boca la volviera del revés, y sintió como la electricidad corría por sus venas, por sus músculos, por cada gramo de su ser. Y ni siquiera la estaba tocando allí donde le urgía que lo hiciera. Cuando por fin terminó de quitarle la camiseta, Melchor se puso sobre su rostro, los labios casi pegados, la mirada azul dentro de la dorada en una simbiosis perfecta.

Beatriz se sentía mareada, y suponía que era el mareo que les podía causar

a los dioses beber ambrosía, porque ni siquiera era consciente de donde estaba el cielo o el suelo, su único punto de referencia era él. Su único centro de gravedad.

—Y ahora preciosa mía, voy a intentar cumplir tu deseo, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, Rey Melchor, te había pedido un beso. —Beatriz sonrió, rodeando el cuello de su mago.

—Pero no uno cualquiera, ¿verdad? —Melchor frunció el ceño intentando recordar, con una sonrisa que incitaba al pecado—. No me acuerdo bien de las palabras, ¿querías algo así como un beso mágico?

—Espero que recuerdes mejor los deseos de los demás, querido, si no te pedirán un perro y les llevarás un camaleón.

—Yo solo organizo el universo para que los deseos se cumplan, querida —dijo imitando el tono que había empleado ella con retintín—. Nunca nada material, y me acuerdo muy bien de tus palabras: *«Por eso pido para esta Navidad un beso de los de verdad, aunque sea solo uno, ¿vale? Uno que me deje llena, que me sacie, que me haga descolgarme de mi propia vida, aunque sea solo durante los minutos que dure»*.

La mención a sus palabras, esas que salieron de su bolígrafo sin apenas pensarlas, hizo que Beatriz enrojeciera más que con cualquier otra cosa. Y avergonzada intentó quitarle peso al asunto:

—Solo fue una carta tonta, no deberías prestarle tanta atención.

Pero Melchor no le permitió seguir hablando, porque llevó un dedo a sus labios, posándolo sobre ellos y captando toda la atención de la que consideraba la mujer más apetecible del universo.

—No es ninguna carta tonta, preciosa, yo no malgasto mi tiempo con tonterías. —Apoyó su peso sobre los codos, uno a cada lado de los hombros de la bruja, haciendo que todo el largo de su cuerpo entrara en contacto con el de ella, y ahuecó su cara entre las manos—. La he leído al menos veinte veces y conozco cada coma, cada bella palabra que ha salido de esta linda cabecita. —Le dio un mullido beso en la frente, de esos en los que se aprietan los labios como si fueran un muelle—. Y sí, recuerdo a la perfección nuestro beso adolescente, recuerdo el jardín de tus padres, el cobijo de los árboles y la oscuridad, tu cuerpo temblando debajo de mis manos por el frío.

Melchor descendió hasta Beatriz, que lo miraba ensimismada sin poder creer que el mago tuviera en su memoria todo aquello. ¿Acaso él también había deseado repetirlo?, ¿podría haber sido especial en aquel tiempo? Porque en ese momento no era posible que él pudiera considerar sus besos

especiales, con todas las bellezas que lo rodeaban. Entonces, ¿por qué estaba con ella?

Una pelota de acero, nervios y tensión se instaló en su estómago y se sintió estúpida. ¿Qué más daba ser más o menos especial para él? Estaba en su cama, su cuerpo desnudo la cubría como una manta de piel, músculo y pasión, apostaría hasta la última pepita de oro del mundo a que harían el amor en apenas unos minutos. Y ella necesitaba saber que ese beso, el de hacía tantos años, había sido especial para él.

El mago la miró intensamente de esa forma en la que se adoran las cosas únicas en este mundo, y con un susurro que solo pudo oír porque lo dejó caer sobre sus labios, su Rey Mago le confesó:

—Y lo que más recuerdo, porque lo siento cada día, es el deseo desgarrado que se instaló en mi pecho desde aquel momento, las ganas locas de volver a besarte y fundirme en ti.

Entonces fue Beatriz la que se lanzó a su boca, porque las palabras del mago de alguna manera habían desatado su presa interior, esa que contenía lo incontenible, un tsunami de emociones que solo él provocaba. Le cogió el rostro entre las manos y lo devoró, con un beso duro, exigente; dibujando su boca con su lengua, absorbiendo sus labios entre los suyos.

Beatriz enredó las piernas alrededor de la cintura de Melchor y él la cogió por las nalgas, posesivo, porque cada centímetro de la carne femenina era solo suyo. Su alma la reclamaba, su corazón la amaba en silencio a pesar de todo: la distancia durante años, el no poder estar juntos durante su reinado... La quería a su lado como fuera, quería estar dentro de ella y que fuera suya para siempre.

La levantó impulsando sus nalgas para sentarla sobre él, y frenó el beso para mirarla a los ojos.

—¿Tú también lo deseabas?

—¿El qué, Rey Mago?

Melchor suspiró exasperado y Beatriz sonrió de lado, creando expectación.

—Besarme, bruja, besarme a mí.

—Déjame pensar. —Fruunció los labios mirando al techo, como si tuviera que cavilar para encontrar una respuesta. Después bajó su mirada a la del hombre que apenas podía contener su impaciencia—. No solo lo deseaba, querido, no sé si recuerdas que lo he pedido con desesperación.

—Tú no eres una chica desesperada, eres una mujer con muchos medios para conseguir lo que quieras de cualquier tío, y eso me enfurece. —Melchor le

apretó las nalgas con más fuerza, juntándola a su cuerpo, haciendo que su centro se rozara enérgico contra su entrepierna. Quería marcarla y ella quería que lo hiciera.

—Pero no quiero nada de ningún tío, lo quiero de ti. —Beatriz le acarició el rostro, las mejillas ya rasposas por la incipiente barba clara, y después fue hasta su cuello dejando caer las manos por toda la espalda en un movimiento que consiguió erizar la piel del mago—. Y si te gusta más verlo así, Rey Melchor, mi carta era lo más parecido a una plegaria, ¿sabes? Porque para mí eres más divino que humano, y te veía como el único hombre con poder para cumplir mis anhelos.

Melchor sonrió orgulloso, hinchando su amplio pecho.

—¿Y estoy cumpliendo tus deseos, señorita Bianchi?

Beatriz lo miró con sus ojos dorados más oscuros de lo normal, con las motas rojas de sus iris refulgiendo incandescentes, el pelo suelto alrededor de su rostro como un animal salvaje, y una sonrisa misteriosa y carnal que prometía lujuria y desenfreno.

—Estás cumpliendo los de toda una vida, así que no tendré nada que pedirte en las próximas navidades.

—Seguro que encuentro algo que te haga ilusión, para eso soy mago.

Y guiñándole un ojo Melchor la despojó de la poca ropa que aún impedía que sus cuerpos pudieran unirse, y la adoró con las manos y con la boca, con sus ojos y con todo su ser. La tumbó en la cama, Beatriz notó las sábanas frescas y suaves bajo la piel ardiente de su espalda, y se sintió como una gata, con necesidad de frotar su cuerpo contra aquel tejido que tanto olía a él.

Sentía todos sus músculos inquietos, como si ríos de caliente lava corrieran por sus arterias haciéndola arder allí por donde pasaban, pero era una sensación agradable, porque Melchor con sus labios expertos y su deliciosa lengua recorría los lugares donde la piel quemaba, aliviándola y haciéndola sentir única en el mundo.

Le masajeó los dedos de la mano, para después introducirlos uno a uno en su boca, como si fueran un polo de hielo. Sin dejar de mirarla a los ojos de esa forma única y voraz, Melchor llegó a su cuello, y fue depositando un reguero de besos húmedos hasta llegar a su ombligo. Lo rodeó dibujándolo con la lengua, creando un sendero mojado que no se detuvo ahí, siguió bajando hasta llegar al hueso de la cadera, mordéndolo, sonriendo sobre la piel para desplazarse hacia el lugar que más ansia tenía Beatriz que su mago besara.

En un gesto instintivo la bruja intentó apartarse, pero él la sujetó poniendo

las manos sobre su abdomen. Beatriz se fijó en los poderosos dedos extendidos sobre la piel de su ombligo y suspiró, antes de buscar su mirada. En el rostro del mago había una amplia sonrisa de chico malo que pretende hacer cosas malvadas.

—No te apartes, preciosa.

—No estoy segura de querer hacer esto.

Melchor sonrió aún más y sin que Beatriz lo esperara posó su boca sobre su entrepierna y le dio un lametazo rudo que la hizo sacudirse de placer.

—Pues parece que tu cuerpo tiene claro que sí quiere —le dijo susurrando sobre la zona húmeda—. Y el mío también.

Sin esperar a que volviera a hablar, la lamió otra vez de arriba abajo, separando los delicados pliegues en busca de la ambrosía que tanto tiempo llevaba queriendo probar. La bruja cerró los ojos con fuerza, y archivando de nuevo la carpeta que albergaba la razón, consiguió decirle:

—Entonces no vamos a discutir, mago. Todo tuyo.

Con una fuerte risotada se deleitó con su sabor, con el tacto húmedo bajo su lengua y con la melodía dulce que Beatriz creaba con sus gemidos. Y pensó que ninguna mujer conseguiría excitarlo tanto como aquella de pelo chocolateado y mirada de caramelo.

Beatriz apenas podía pensar, su cuerpo era un manojito de sensaciones que no sabía cómo gestionar, pero le encantaba. Notó que algo agudo y acuciante se deslizaba desde la parte baja del estómago, y cuando Melchor absorbió con fuerza en el centro de su sexo esa sensación explotó, extendiéndose al resto de su cuerpo y sacudiéndola de arriba abajo.

Abrió los ojos ya que le chiflaba gozar de aquel mago con todos los sentidos y no se pensaba privar de ninguno de ellos. Pero entonces otra necesidad más imperiosa la absorbió, y era que lo quería dentro de ella, quería que se unieran de todas las formas posibles, estar tan juntos que apenas pudieran respirar otra cosa que no fuera el aire que exhalara el otro.

Por eso cuando Melchor se separó un poco de su trabajo entre sus piernas, lo apretó con los muslos pegándolo al colchón. Rodaron y ella quedó sobre el mago, saciada pero a la vez hambrienta de más. Lo besó, y fue un beso que hablaba de ruegos, de promesas y de necesidad.

—Quiero seguir, Melchor.

—¿Seguir con qué, preciosa? —El mago jugueteó con su pelo, sus brazos, su espalda. Sus manos lo recorrían todo.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó Beatriz frustrada, separándose un

poco de sus labios—, quiero llegar hasta el final.

Melchor le cogió el rostro entre las manos y con una mirada firme y segura, una de esas que un ejército no dudaría en seguir, le susurró muy cerca de su boca:

—Yo nunca dejo nada a medias, preciosa.

Y la besó, intensamente, con la devoción que sentían el uno por el otro y las manos ávidas por acariciar; sin avisarla Melchor buscó el centro del cuerpo de Beatriz introduciéndose en ella lentamente, como un cohete que busca llegar a la tierra prometida. Sus cuerpos se movieron como dos partes de un todo, y cuando él salía, ella lo buscaba; en su estómago Beatriz notó de nuevo ese nudo de nervios, pero más grande y molesto, más apretado. Por eso le pidió en apenas un jadeo:

—Más Melchor, más.

Y el mago aumentó el ritmo de sus embestidas hasta que ambos explotaron en una sinfonía de gemidos ahogados y energía en estado puro, que los rodeó y les hizo sentir que flotaban. O quizás lo hacían de verdad.

Pasaron algunos segundos, pequeños rescoldos de un tiempo que en algunas ocasiones ni siquiera existe. Y la noche les acunó con cariño, y sus cuerpos entrelazados durmieron el sueño del amor.

10. Polvo de estrellas

Baltasar miró las estrellas y suspiró. Apoyándose en la cómoda silla giratoria del observatorio, apreció cómo Melchor miraba también por el telescopio gigante, una estructura metálica que abría la puerta al mapa celeste para el ojo humano y para el mágico. Era algo increíble y a la vez ridículo para ellos, que podían viajar por todo el universo en apenas unos segundos. Pero necesitaban de un telescopio para tener la visión de conjunto, para detectar a esas pequeñas estrellas de los deseos que estaban deseando ser leídas. Y eso le llevaba otra vez al pensamiento que tanto le preocupaba desde hacía unos días.

—Tú también lo ves, ¿verdad?

—Es algo casi imperceptible, pero sí. —Melchor se separó del objetivo para centrarse en la oscura mirada de su amigo—. Hay quizás un uno por ciento menos de estrellas de los deseos.

—Yo diría un cinco por ciento menos. Amigo, creo que estás perdiendo el ojo clínico.

—Yo creo que tú exageras. —Era raro que Melchor le quitara importancia a algo, pero llevaba unos días muy relajado, como si el peso del mundo ya no recayera sobre él, y todo desde que Beatriz estaba hospedada en su habitación dentro del colegio de magos—. Además en el caso de que hubiesen disminuido tanto, ¿por qué podría ser?

Una risa carente de humor sacudió a Baltasar, mirando con ojos incrédulos a su compañero.

—No tengo una respuesta para eso, pero lo que sí sé es que los humanos no han dejado de tener deseos. Siempre quieren más.

—No todos.

Melchor pensó en su Beatriz y su forma de ser despreñada y atenta con los demás, su sonrisa de hada, su cuerpo enrollado entre las sábanas de su cama después de haberla degustado a placer. Y es que tras la primera noche en la que hicieron el amor, habían gozado de tres más, cada una más espectacular que la anterior. Melchor lo tenía muy claro, quería eso para siempre, pero la estúpida ley de los magos se interponía entre ellos, también el peligro inherente de que la bruja formara parte de su vida, y con ello de la constante persecución que los magos sufrían por parte de la Orden de Herodes. Aunque

a decir verdad, tampoco sabía qué decisión tomaría Beatriz respecto a ellos. Volviendo al presente retomó la conversación con su amigo:

—En todo caso, si crees que los deseos no han disminuido, ¿por qué no se reflejan en el mapa celeste?

—Puede que los estén satisfaciendo de otro modo —explicó Baltasar misterioso, y decidió contarle a su amigo sus inquietudes—. Puede que con el polvo de los deseos que fabrican las brujas.

—Pero eso es muy difícil de conseguir, en la Tierra hay muy poca gente que lo maneje y también en el resto de planetas, sabes que el polvo de los deseos siempre ha sido utilizado por unos pocos privilegiados dentro de la comunidad mágica.

—Puede que las cosas estén cambiando.

—Hay muy pocos que puedan pagarlo.

Melchor miró otra vez por el telescopio, observando las estrellas como si nunca las hubiera visto. Le encantaban los objetos celestes y le gustaba mucho su trabajo. Sentía verdadera fascinación por cada galaxia, cada población mágica y cada planeta, y la curiosidad siempre había guiado su vida, por eso la preocupación de su amigo hizo mella en él, porque sabía que Baltasar rara vez se preocupaba por algo.

Miró y remiró aquel cielo estrellado, y cuando ya se iba a apartar, apareció. La conocida sensación molesta en su estómago que anunciaba que podía haber problemas, ese don que tenía para detectar situaciones conflictivas. Pero, ¿dónde estaba el peligro?

—¿Qué es eso tan caro que pocos pueden pagar?

Melchor sintió el calor de las manos de Beatriz y cerró los ojos unos instantes. Se volvería adicto a ella en muy poco tiempo, de hecho ya lo había hecho.

—Polvo de estrellas, querida, algo más codiciado que el *licor de supernova*. —Se dio la vuelta en su sillón giratorio abrazando las manos de la bruja entre las suyas—. Y solo algunos deditos como los tuyos pueden fabricarlo.

—¿Crees que puedo hacerlo?

La ingenuidad que rodeaba a aquella mujer en algunos aspectos lo fascinaba. Se había dejado el pelo suelto medio ondulado, vestía un vestido con minifalda que dejaba al descubierto sus bonitas piernas cubiertas por unas finas medias, y Melchor volvió a reafirmarse en lo mucho que le gustaba.

—Moruena estaba segura de ello, y no parece una mujer que suela

equivocarse con frecuencia. Además el brujo del laboratorio aseguró que eras una perseida, y las perseidas por definición fabrican polvo de estrellas de los deseos.

—Y, ¿cómo debo hacerlo?

—En eso creo que una amiga te puede ayudar —intervino Baltasar, levantándose de su cómodo sillón.

Mirando al cielo abrió la boca emitiendo un sonido grave, que a Beatriz le hizo vibrar el pecho por dentro. Un gong alargando la o que consiguió sobrecogerla. El silencio se hizo más espeso por unos instantes y por la apertura del techo apareció un borrón plateado que aterrizó a los pies de Baltasar con una profunda reverencia, o lo que parecía como tal porque el ser en cuestión se rodeaba con sus enormes alas blancas, que brillaban como si estuvieran cubiertas de purpurina plateada.

Al levantarse una larga melena de un rubio casi blanco, salpicado por hebras plateadas, cayó como una cascada a lo largo de la esbelta espalda desnuda de la mujer. En algunos mechones llevaba engarzadas flores y trenzas con abalorios metálicos. Antes de que se diera la vuelta, Beatriz sabía de quién se trataba. Era una surcadora de estrellas, en concreto aquella que la había acogido entre sus alas la primera vez que entró al COE, el Centro de Operaciones Estelares.

—Supongo que me habrás llamado para algo interesante, Baltasar, estoy bastante ocupada.

—¿Cepillándote tu largo cabello, preciosa? —preguntó con ironía mientras intentaba agarrarla sin éxito, pues ella agitó sus fantásticas alas sobrevolando fuera de su alcance.

—Cepillándome lo que a mí me plazca —contestó alzando las cejas, provocativa—. ¿Qué quiere su majestad?

—Querida Altair, mi compañero no tiene ni idea de cómo tratar a una dama. —La mencionada se acercó a Melchor, y este le cogió la mano para darle un beso en el dorso de la misma, gesto que consiguió que a Beatriz se le encogiera el estómago de celos—. Necesitamos que le enseñes a nuestra amiga el polvo de estrellas. Dicen que las perseidas aprenden a fabricarlo con solo verlo.

—Yo diría que tocándolo, pero sí, es la única forma de reafirmar su don.

—¿Reafirmarlo, dices? —preguntó Beatriz levantando una ceja, sin poder esconder el resentimiento absurdo que sentía.

—Sí, posees el poder de hacerlo pero lo tienes que activar, y tocar el polvo

de estrellas te permitirá empezar a fabricarlo. ¿Paradójico, verdad?

—Surrealista.

—La realidad está sobreestimada, realmente no existe, ¿sabes? Todo es un sueño.

Altair comenzó a ascender pero de pronto se detuvo y descendió hasta el lugar donde Beatriz se encontraba.

—Entonces, ¿cuál es la realidad?

La surcadora rodeó con un brazo la cintura de Beatriz, pegándola a su costado, y sonrió. Agitó las alas y se empezaron a elevar, dejando un rastro plateado a su paso.

—Las emociones son reales, lo que vibra bajo la piel. La energía es real, todo es energía incluso nosotros mismos. Por eso puedes fabricar el polvo de estrellas, porque sabes manejar la energía que te rodea.

Se siguió elevando ante la mirada atenta de Beatriz que no se atrevía a moverse por miedo a desestabilizar a la surcadora. Esta miró hacia abajo y gritó a los magos:

—Me la llevo al COE, os esperamos allí.

Y dicho aquello agitó las alas de verdad, con fuerza y en toda su amplitud, y Beatriz sintió cómo se desplazaban más rápido de lo que nunca hubiese imaginado. El viento golpeaba avaricioso su cara, el frío picaba en la piel desvelando el secreto de la proximidad del invierno, pero Altair descendió tan rápido como había ascendido, y suspendidas sobre la pelota gigante que era el Centro de Operaciones Estelares, disminuyó la velocidad y le susurró:

—Nunca dudes de sus sentimientos por ti, Beatriz. Él te ama, ¿acaso no puedes verlo?

—Eso no es posible, soy una simple mortal y él un Rey Mago. —Meneó la cabeza de un lado a otro sonriendo irónica, a lo que la surcadora chasqueó la lengua, molesta.

—No seas ridícula, bella mía, el amor no entiende de esas cosas, solo de lo que reside aquí. —Y con uno de sus dedos alargados le tocó la piel sobre el corazón—. Además te recuerdo que eres una perseida, si no ¿qué hemos venido a hacer aquí?

Altair aterrizó sobre una ventana en el techo de la gran esfera flotante que hacía las veces de centro de operaciones, pero antes de entrar se volvió de nuevo hacia Beatriz:

—Debes saber que fabricar polvo de estrellas es una gran responsabilidad. —Altair bajó un poco más la voz—. La noticia sobre tu poder se extenderá

como la pólvora, si no la saben ya todos, y mucha gente te pedirá cosas. Pero siempre debes tener en cuenta que el equilibrio del Pacto Sagrado no debe romperse.

—Melchor me habló sobre eso.

—Pues no lo olvides, no sabemos las consecuencias que tendría romperlo y habrá personas que te tentarán para que lo hagas.

—No soy fácil de convencer.

Beatriz estaba segura de que nadie sería capaz de jugar con ella, por eso sonrió confiando en sí misma. Pero Altair la observó con un velo triste en sus ojos antiguos, como si recuerdos grises estuvieran pasando por su mente.

—La persuasión es un arte difícil de entender. Espero que seas tan fuerte como pareces.

Y como si nunca hubieran hablado de eso, Altair cambió su semblante e introduciéndose dentro de la esfera, sonrió a los magos que allí se encontraban.

—Necesito acceso al laboratorio mágico —explicó con su voz cantarina que parecía seducir a todo el mundo, por las sonrisas anchas y encantadas de los allí presentes—. Tengo que mostrarle a la señorita Bianchi el polvo de estrellas.

—Sígueme, encanto.

Un mago alto y rubio con aspecto de proceder de algún país nórdico las guió por una pasarela flotante que terminaba en un precipicio, entonces Beatriz oyó un silbido. Como de la nada apareció una de esas plataformas circulares que volaban de un lugar a otro de la esfera gigante en la que se encontraban. El mago que dirigía la plataforma los llevó hasta una pesada puerta metálica, como esas que aparecen en las películas de atracadores que roban un banco. Hasta el momento Beatriz no había reparado en ella porque se encontraba en la parte más baja de la esfera.

El mago rubio que las guiaba posó las manos sobre la puerta y deslizándolas por el frío metal trazó sendos círculos, muy despacio, como queriendo grabar en la superficie metálica la huella de las yemas de sus dedos.

—¿Qué se supone que está haciendo para abrir? ¿Una especie de contraseña táctil?

Altair la miró con una sonrisa aprobadora.

—Muy inteligente, señorita Bianchi. La puerta detecta las huellas dactilares, sí, pero también es una contraseña geométrica. Introducen figuras que la persona que quiere entrar tiene que trazar. Todas las puertas importantes de los

magos requieren ese tipo de contraseñas tactimétricas para abrirlas.

—Interesante.

—Los magos lo son, aunque no más que nosotras.

Altair sonrió orgullosa guiñándole el ojo, y entraron al laboratorio. Beatriz no pudo evitar que la boca se le abriera un palmo ante la grandeza que tenía a su alrededor. Al ser enfermera en muchas ocasiones había entrado a un laboratorio, con sus microscopios, probetas y tubos de ensayo, luces potentes y ordenadores; incluso había estado en un laboratorio mágico cuando en Quorum se habían impregnado con el afrodisiaco para dracanes. Pero aquello nada tenía que ver con el concepto que ella tenía.

Todo lo que la rodeaba era de un blanco tan brillante que la hacía entornar los ojos para acostumbrarse a la luz. El techo parecía infinito abombándose sobre sus cabezas y en el aire, suspendidas por todos sitios, habían partículas plateadas muy pequeñas, que le daban un brillo añadido a la enorme habitación.

—Desde fuera no parece tan grande, diría que sus dimensiones son imposibles.

—Y lo son desde el punto de vista humano, pero el espacio es maleable, Beatriz, y aquí dentro se acomoda a su antojo.

La bruja no era capaz de captar todo el significado de aquellas palabras, pero se sintió afortunada por poder experimentar aquel lugar. Sintió que el polvo plateado le hacía cosquillas al rozarle la piel, y de alguna forma le llevaba a estar feliz. Como si hubiese leído sus pensamientos, Altair le dijo:

—Estas partículas que flotan son polvo de estrellas, y es tan codiciado porque solo el contacto con la piel hace que te sientas feliz, ¿lo notas, verdad?

—Beatriz asintió con la cabeza, claro que lo sentía, la dicha se hacía cada vez más notoria en su interior y una parte de ella quería quedarse allí para siempre—. Es fácil volverse adicto a esta sustancia, por eso el control que existe sobre ella y el Pacto sagrado.

Pasaron entre largas mesas de madera lacada también blancas, donde hombres y mujeres ataviados con batas de llamativos colores, mascarilla y gafas, volcaban el polvo plateado en un embudo instalado sobre un cubo blanco de apenas diez por diez centímetros. Se detuvieron ante uno de los cubos que comenzó a vibrar cambiando repetidas veces de color. De pronto paró y la pantalla del ordenador que se encontraba justo al lado se encendió, mostrando un documento en blanco que se iba rellenando de texto. El operario imprimió la información y la dejó en una bandeja que rezaba: *Deseos*

pendientes.

—Eso que acabas de ver es la forma en la que se analiza el polvo de las estrellas de los deseos que el resto de surcadoras y yo, recogemos cada noche. —Ante la expresión atenta e interesada de Beatriz siguió explicándole con una sonrisa agradable, como la del profesor que quiere que su alumno aprenda la lección—. Pegamos en nuestras alas el polvo de las estrellas, y cuando llegamos lo depositamos en esas esferas grandes llamadas *colecta*. —Altair le señaló unas esferas que había en el suelo, que parecían balones de playa grandes, de un color blanco inmaculado y con decenas de pequeños agujeros del diámetro de un tubo de ensayo en sus paredes—. En esos agujeritos que ves en su superficie encajamos pequeñas probetas en las que se recoge el polvo ya separado por deseos.

—¿Cada probeta lleva un deseo de una persona?

—Así es, nosotras lo recogemos todo a granel, y las *colecta* se encargan de separarlo.

—Y después esa máquina se encarga de analizarlo —dijo Beatriz señalando el pequeño cubito blanco junto al ordenador.

—Y los Reyes Magos y todos sus aliados de hacerlos realidad.

—Es un sistema magnífico.

—Y lo mejor es que hemos conseguido extenderlo por los COE de todo el universo. Gaspar estaba obsesionado con aplicar la tecnología a todo el proceso, y lo ha conseguido con creces.

Había cierto orgullo en el tono de la surcadora.

—¿Y dónde está él ahora mismo? Es el único que me falta por conocer.

El orgullo de su rostro desapareció, y la expresión de Altair se torció en un rictus serio.

—Está inmerso en uno de sus numerosos viajes, tiene más espíritu de explorador que de mago. —El tono con el que lo dijo, hizo que pareciese más un insulto que una cualidad positiva.

—Espero verlo pronto.

—Y yo.

Las crípticas palabras no vaticinaban un encuentro agradable, y Beatriz se preguntó qué tenía la surcadora con el mago, pero en seguida Altair llamó su atención poniendo el puño cerrado de su mano delante de su cara.

—Quiero que cierres los ojos y cojas lo que tengo en la mano.

Beatriz la miró con recelo, cerrar los ojos rodeada de personas desconocidas requería una buena dosis de confianza que no sabía si tenía. No

obstante obedeció, abriendo la palma de su mano.

—Ahora solo tienes que concentrarte en sentir, y dejarte llevar. El poder está en tu interior.

Notó como algo tibio caía sobre su mano, pero era una sensación extraña porque fuera lo que fuese aquello no parecía tener peso alguno. Se concentró en sus dedos, en la palma de su mano que comenzó a humedecerse, la balanceó un poco para sopesar la sustancia y le pareció que era líquida, pero no era posible porque se le hubiese caído entre los dedos de ser así. Abrió mucho los dedos para comprobar si notaba cómo la sustancia se escurría entre ellos, pero parecía como si estuviera adherida en su mano.

Entonces tras los párpados cerrados vio la imagen de su abuela, con el pelo liso recogido en una coleta y la sonrisa tranquilizadora de siempre, esa que tanta seguridad le había infundado en el pasado. No se preguntó qué hacía allí, se limitó a sonreírle en respuesta deseando escuchar su voz, que no tardó en llegarle.

—Querida mía, sabes que te adoro. Lo único que tienes que hacer es meterte dentro de aquello que tienes en la mano, respirarlo, sentirlo y cuando lo hagas, las respuestas vendrán a ti.

La imagen de Carla Bianchi pareció querer alejarse, y Beatriz le gritó:

—¡Abuela!

Carla se detuvo y miró a su nieta con todo el amor que sentía.

—Dime la verdad abuela, ¿papá está muerto?

El rostro de su abuela se ensombreció, y Beatriz deseó no haberle preguntado aquello, pero necesitaba respuestas y no sabía a quién acudir.

—Tú ya sabes la respuesta, cariño.

De nuevo la imagen comenzó a alejarse y quiso gritar de frustración.

—¡No! Necesito que me digas algo más, ya no sé qué pensar.

—Solo busca en tu interior, y las respuestas vendrán a ti —dijo en un susurro transportado por el aire—. Eres una Bianchi, no hay brujas más fuertes que nosotras.

La imagen de su abuela desapareció, y en su lugar, sobre los párpados aún cerrados aparecieron un centenar de partículas plateadas en suspensión, tan bonitas que Beatriz llevó la mano a las mismas de forma inconsciente. Notó como al acariciarlas se iban pegando en su mano, como si tuviera electricidad estática.

Estaban fresquitas y al contrario de lo que pudiera parecer, en el interior de aquellas motas que parecían purpurina, algo estaba vivo. Puede que fuera

energía en estado puro que vibraba alrededor de sus dedos, y Beatriz sintió que se querían poner en movimiento. Por eso agitó su mano como si fuera una batidora y las partículas salieron despedidas, formando un remolino delante de sus ojos; desprendiéndose poco a poco de sus yemas, como si siempre hubiesen estado allí y una fuerza mayor las obligara a despegar. Sin apenas ser consciente de ello, Beatriz pidió un deseo.

—Quiero saber dónde estás, papá. Necesito que me ayudes a encontrar el *aguijón dorado*.

Las pequeñas motas plateadas giraron a un ritmo vertiginoso, deteniéndose de forma inesperada, formando una especie de cono en suspensión que explotó en una lluvia brillante, y le hizo taparse los ojos con las manos a pesar de tenerlos cerrados. A los pocos segundos los abrió, y cuál fue su sorpresa al descubrir que flotando allí donde había estado el torbellino había una llave, de color dorado y aspecto antiguo, engarzada con piedras preciosas del color de la sangre.

—La fortaleza de Hércules —susurró Altair acercándose al objeto que flotaba ante los atentos ojos de todos—. No es posible...

—Siempre ha sido una leyenda —dijo una voz masculina.

—En los libros la representan así, no puede ser otra.

La llave tenía la forma de un hombre con la espada clavada junto a su pie, y el asa de la misma era el escudo que portaba el guerrero con las piedras rojas engarzadas.

—«Entrarás derramando tu sangre, y solo saldrás demostrando tu valor» —citó Altair de forma solemne—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Beatriz intervino por primera vez desde que abriera los ojos, comprendiendo con asombro que todo había sido real, excepto la presencia de su abuela.

—He pedido un deseo y parece que me ha sido concedido. —Beatriz dio unos pasos, y sin dudar cogió la llave que ardió bajo su tacto, pero mantuvo firme su agarre y la llave pareció captar su tenacidad inquebrantable, porque dejó de quemar.

—Has hecho mucho más que eso, has fabricado polvo de los deseos a la primera, y con una eficacia envidiable. —Altair la observó con sus ojos acero, con un brillo parecido al orgullo en su mirada—. ¿Qué se supone que habías pedido? Porque no creo que conocieras la existencia de la Fortaleza.

—Quería saber dónde está mi padre.

—¿Está vivo?

—Eso parece, o al menos su cuerpo debe estar allí.

Los otros dos magos que se habían quedado a su lado y Altair la miraron de arriba abajo, y el más alto y moreno intervino.

—Debes prepararte bien para ir allí, bruja. Hay miles de leyendas de los peligros que se esconden tras sus muros. —El mago miró alrededor barajando si la gente seguía mirándolos tras la explosión de polvo de los deseos, pero parecía que la mayor parte de los magos había vuelto a su trabajo descodificando deseos. Después bajó la voz—. Al parecer los que visitan esa fortaleza deben superar unas pruebas, algunos hablan de que son doce pruebas como los doce trabajos que Hércules superó. Aunque no se sabe con exactitud.

—¿Y cuál es la recompensa? —preguntó Beatriz muerta de curiosidad.

—Ahí está el quid de la cuestión, al final del camino cada uno obtiene algo diferente, al parecer lo que más anhelas.

«Saber si mi padre está muerto o no. Conocer la verdad», pensó Beatriz. Pero antes había trabajo pendiente, y sobre todo tenía que prepararse, y supo que Altair podía ser una buena aliada con sus enseñanzas.

—Quiero aprender a manejar mis poderes, quiero ser una combatiente a tener en cuenta.

Altair sonrió y agitó sus alas creando remolinos de polvo plateado a su alrededor. Entonces le ofreció la mano.

—Conozco a la persona más indicada para ayudarte.

Beatriz se agarró a su cintura y juntas fueron volando hasta regresar a las dependencias de la escuela mágica. Había mucho por hacer.

11. La puerta maldita

Lunae insertó las tijeras en la junta que unía las pesadas rocas que la tenían confinada allí, entre cuatro muros de piedra, sin ver otra luz salvo la que se filtraba por la ventana. Pero como cada vez que lo intentaba el esfuerzo era inútil, apenas conseguía arañar aquella masa. Nunca conseguiría salir de allí salvo que su carcelero lo permitiera, y poseía ambición para no tener nunca suficiente.

¿Por qué existían seres tan crueles? Era algo ilógico para ella, ya que las brujas eran seres esencialmente benignos, amantes de la naturaleza, de la que dependían para recargar su poder. Él también era brujo, entonces, ¿cómo conseguía estar en paz consigo mismo, si su existencia se reducía a tiranizar a sus iguales? «Y a cuantos seres se le pongan por delante», pensó Lunae.

Un pequeño hilo de luz se coló por aquella junta entre rocas, y eso abrió de forma inesperada un filo de esperanza para ella. Unos pasos resonaron tras la pesada puerta de madera, y se apresuró a apoyarse sobre la ínfima abertura. Oyó el ruido pesado de los cerrojos al correrse, y entonces él apareció.

Una de las cosas que más le horrorizaba de aquella criatura era su belleza, porque el brujo oscuro era muy guapo. Con la cara morena de facciones marcadas, unos labios gruesos y un pelo totalmente liso y negro como un cuervo, que le caía hasta la cintura. Parecía uno de esos indios de la antigüedad, aunque él no poseía nobleza alguna, pensó con rabia.

Su cuerpo alto se cernió sobre ella y se encogió bajo la sombra del hombre:

—Querida, sabes que me gusta que estés cómoda, ¿qué haces ahí de pie teniendo otros lugares más adecuados para una mujer como tú? —«Pocos sitios mejores hay, esto parece una celda medieval», pensó ella observando la cama baja, el wáter y la mesa de madera llena de pequeños agujeros. Mientras, el brujo se acercaba alargando el brazo para acariciar el pelo oscuro de la bruja—. Mi pequeña perseida, eres tan bella...

Lunae intentó echar la cabeza hacia atrás para escapar de su contacto, pero la fría roca se encontraba tras ella. El brujo hizo un gesto reprobatorio, chasqueando la lengua y acercándose más.

—Con lo que te he querido siempre, Lunae, no entiendo tu necesidad constante de rehuirme.

—Me tienes retenida contra mi voluntad, no pretendas que esté bien.

El brujo la cogió de los antebrazos, alzándola en volandas para llevarla hasta la cama, y de reojo vio el rayito de luz que se colaba por la pared. Frenó su avance observando alternativamente aquel pequeño agujero y a Lunae, con expresión pensativa. Entonces dijo con voz ronca:

—¿A ti te gusta ser bruja?

La pregunta dejó descolocada a Lunae, que afirmó con la cabeza sin saber qué decir.

—¿Qué es lo que más te gusta de serlo?

—La libertad que da el tener poder sobre ciertas cosas, la belleza de estar en contacto con la naturaleza, de sentirla bajo la piel.

—Y ahora no posees esa libertad.

Lunae abrió mucho los ojos por la obviedad de sus palabras.

—No.

El brujo dio algunos pasos por la celda convertida en habitación, y finalmente se quedó mirando como las pequeñas motas de polvo flotaban en el haz de luz.

—Dime Lunae, ¿tú lucharías por tu especie en una guerra?, ¿lucharías conmigo?

—Contigo no, brujo, no me fío de ti. —Lo miró mortalmente seria, reafirmando sus palabras—. Pero sí defendería a los míos, yo soy leal ante todo.

«No cómo tú», decía su mirada, aunque el brujo la obvió. Estaba haciendo lo correcto aunque nadie lo entendiera. El tiempo le daría la razón.

—Ven conmigo.

Lunae lo miró extrañada sin saber qué hacer, pero él no le dio opción a pensar nada porque comenzó a andar, saliendo por la puerta sin mirar atrás.

Recorrieron pasillos iluminados tenuemente con antorchas de fuego, bajaron unas escaleras y siguieron por una gruta subterránea cuyas paredes estaban lamidas por musgo oscuro, con una humedad que calaba los huesos. El olor a tierra mojada se podía sentir hasta en la lengua.

Al final de la larga gruta, una puerta de madera llena de inscripciones les esperaba. Lunae no era una gran conocedora de las lenguas brujas antiguas, su padre apenas la había instruido en una o dos aparte de la de los brujos escorpiones, ya que había un idioma común para todos los brujos que hacía innecesario el uso de aquellas lenguas arcaicas. Como si le hubiese leído el pensamiento, el brujo oscuro se giró para mirarla de reojo, mientras ponía las palmas de las manos extendidas sobre la puerta:

—Podrás creer que todas estas inscripciones no tienen sentido alguno, pero acércate. —Lunae dudó, así que el brujo la volvió a mirar—. Puede que ahora me haya convertido en un ser abominable ante tus ojos, pero hubo un tiempo en el que tú y yo éramos amigos.

—Tú te has encargado de que eso quede en el olvido.

—Solo pon la mano sobre las inscripciones, quiero que sientas algo.

Lunae no quería obedecer al que un día compartió con ella días de juego y diversión, porque nada de lo que era aquel niño residía ya en el hombre que tenía junto a ella. Pero entonces hizo algo insólito, el brujo se desató la capa negra, sacándose la camiseta y los pantalones, dándole una patada a su espada y sus dos puñales, y se quedó completamente desnudo ante ella. Entre los dos omoplatos se encontraba el tatuaje que ella misma le había hecho hacía tanto tiempo: dos escorpiones alzando sus colas, que se unían en forma de corazón, un corazón que no pegaba en su cuerpo fuerte. Pero allí estaba, como el recuerdo de lo que un día fue, y le extrañó mucho que no se lo hubiera quitado, con la magia era fácil, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Estoy indefenso ante ti, Lunae, solo quiero que experimentes lo que me impulsa a mí en todo esto.

La bruja lo miró, intentó verlo de verdad sin más armas que sus palabras. Vio el cuerpo perfecto, grande y musculado, la espalda que tantas veces la había llevado a coscoletas siendo unos críos, y algo en ella cedió. Estaba furiosa con él, lo odiaba a pleno rendimiento, pero una parte de sí misma sentía curiosidad por aquellas inscripciones que parecían iluminarse por dentro de la madera.

Lunae posó las palmas de las manos sobre la puerta y el estómago le dio un vuelco. Quiso vomitar, su mente gritaba instándola a salir corriendo pero sus piernas no se movían. Supo que el brujo tenía razón respecto a su vulnerabilidad, y es que ningún ser podría moverse de allí si la magia que poseía aquella madera no se lo permitía. Con ojos asustados miró al brujo oscuro, que con la frente apoyada en la madera la observó de reojo y sonrió.

—Es acojonante, ¿verdad? Una verdadera maravilla. Aunque difícil de soportar, sin duda.

—¿Qué magia es esta?

—La magia de los brujos de hace milenios, Lunae, cuando los brujos tenían todo el poder del universo. —El brujo apretó los dientes y con gran esfuerzo consiguió separar la cabeza de la puerta—. Llevo intentando abrir esta puerta desde hace meses y es imposible. Alguien la protegió fuertemente porque

detrás tiene que haber algo realmente poderoso, ¿no crees?

—¿Por qué no podemos despegarnos de la puerta? —Lunae ya no sentía dolor ni náuseas, solo una sensación abrumadora de poder que había explotado en sus venas y viajaba por todo su cuerpo. Un poder capaz de hacerte malvado—. ¿Me has tendido una trampa, brujo?

—No. —Fue categórico en su respuesta, sus ojos brillaban borrachos del mismo poder que ella sentía—. Cuesta mucho trabajo despegarse porque la puerta te quiere absorber. Lo he comprobado muchas veces, esta puerta es como una sanguijuela, te va chupando tu poder y tu esencia poco a poco, porque siempre se quiere hacer más fuerte. Pero con la suficiente voluntad, —los músculos del brujo se tensaron al máximo, y con mucho esfuerzo consiguió separar una mano—, siempre consigues escapar de la madera.

Lunae observó cómo se soltaba, su cuerpo brillaba cubierto por una húmeda capa de sudor. Ella intentó hacer lo mismo, tiró y tiró pero no consiguió soltarse. Notó como un brazo de acero se enrollaba en torno a su cintura y tiraba con fuerza. Intentó dar un paso hacia atrás a su vez, y observó horrorizada como una parte de sí misma no se quería despegar de aquella puerta. Quería cruzarla y tenía el poder para hacerlo. Una de sus manos se arrastró pegada a la madera hasta la pesada aldaba, y supo que si tiraba de la misma se abriría.

Los gritos le llegaban distorsionados porque algo en su interior había decidido no escucharlos. La sangre corría dentro de sus arterias como torrentes enfebrecidos por el poder, millones de neurotransmisores recorriéndola con avaricia.

Pero cuando tocó el gélido metal de la aldaba, todas las sensaciones desaparecieron y solo quedó una: un frío desolador. Empezó por los dedos que sostenían la pesada anilla de metal, y de allí subió por su brazo extendiéndose sin piedad, formando cristales de hielo allí donde debía circular la sangre. Y de pronto todo se detuvo. Lunae abrió los ojos sin saber cuando los había cerrado. Se encontró con la negra mirada de su opresor, su amigo de la infancia y su acérrimo enemigo en el presente, y por primera vez desde que la secuestrara sintió alivio al ver aquellos ojos porque sabía que lo que había más allá de la puerta era mucho más malo.

El brujo la oprimía, la tenía prisionera manejándola como una marioneta, pero se lo agradecía porque sabía que si alguna vez llegaba a atravesar aquella puerta, perdería su alma. Con aquella convicción se quedó mirando al brujo durante mucho tiempo, hasta que sus respiraciones aceleradas se

tranquilizaron, hasta que su cuerpo dejó de temblar enterrado entre sus brazos.

—Puedes abrir la puerta.

El brujo lo susurró con una calma inusitada, sin mover el aire a su alrededor. Lunae asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Por eso ha sido tan violenta contigo. Suele tardar más tiempo en provocar el efecto que ha causado en ti, sino nunca te hubiese dicho que tocaras la madera.

Un temor nuevo surgió en el pecho de Lunae. Porque le había dicho que llevaba mucho tiempo intentando abrir aquella puerta, ¿qué le impediría utilizarla a ella para sus propósitos?

—No quiero abrir esa puerta.

—Nunca te pediría que lo hicieras. —En el calor de sus brazos, observando fijamente su mirada, supo sorprendida que él decía la verdad—. Ahora veo que aún no estamos preparados para lo que sea que haya ahí.

El brujo la soltó poco a poco, acariciando sus brazos al ir liberándola, para por último coger sus manos entre las suyas sin dejar de mirarla.

—Tan parecida y a la vez tan distinta.

No tenía claro a qué se refería, pero imaginó que a tiempos pasados, en los que cogerse de la mano era un gesto muy normal entre ellos. Sus padres siempre habían estado unidos, Esteban el protector, Malcom el futuro líder, y sus hijos se habían hecho tan amigos como ellos. «Hasta que él se ha encargado de dinamitar nuestra amistad», pensó Lunae, frunciendo el ceño y soltándose.

—Eres tú el que ha cambiado.

—Ya ni siquiera me llamas por el nombre que me pusiste —le susurró en un tono que no le había escuchado hasta ese momento. Uno que solo empleó una vez en el pasado.

—Se lo puse a mi amigo, no a ti.

—No soy el monstruo que quieres ver en mí.

—Tus acciones hablan por ti, brujo.

—Te pedí ayuda y no quisiste ayudarme, bruja —dijo empleando el mismo tono despectivo que ella, para después hablar enérgico—. Solo quiero un poder como el que hay detrás de esa puerta, pero no impregnado de maldad. Quiero que los brujos seamos tan poderosos como éramos en el pasado, antes de que los malditos magos y otras especies mágicas vinieran a fastidiarlo todo.

Lunae lo miró con curiosidad.

—Tú ya eres muy poderoso.

—No es solo cuestión de poder, quiero que los brujos recuperen la posición privilegiada que les pertenece. Que se vea que somos mejores.

—Superiores —aventuró Lunae.

—Exacto.

—¿Y cómo lo pretendes hacer?

El brujo oscuro recuperó su expresión circunspecta, aquella que lo hacía parecer un extraño.

—Eso es cosa mía. —Lunae suspiró, bajando la vista al suelo para después volver a observar la puerta maldita, con un extraño deseo latiendo suave en su interior—. Te tienes que ir de aquí.

La bruja lo miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Ya has cumplido tu misión conmigo, quiero que te vayas a casa.

Lunae no cabía en sí de la sorpresa, ¿la liberaba? ¿De buenas a primeras?

—Pero antes necesito que fabriques un poco más de polvo de los deseos para mí.

—Y si lo hago, ¿me dejarás marchar?

Le dedicó una mirada intensa, llena de emociones turbulentas que desaparecieron tan pronto como habían llegado a los oscuros ojos del brujo.

—Sí.

—De acuerdo.

Lunae cerró los ojos alzando las manos con las palmas hacia arriba, y visualizó la sustancia plateada, cómo salía de sus manos haciéndole cosquillas en los dedos. El brujo fue un espectador mudo y absorto de la creación de la bruja, de cómo se iluminaba por completo. El pelo formó una marea de hebras oscuras que flotaban alrededor de su cabeza, los pies se levantaron unos centímetros del suelo, la espalda ligeramente arqueada. Tan bella que la hubiese desnudado allí mismo haciéndole el amor como un salvaje, pero no. No podía perder de vista su objetivo, ella conseguiría dulcificarlo como siempre había hecho, sacaría su lado más sentimental hundiendo sus ansias de poder.

No podía permitirlo. Como tampoco podía despedirla con un simple adiós.

Por eso se acercó, quedando a escasos milímetros de ella, y cuando su cuerpo se fue apagando la rodeó aprovechando que aún tenía los ojos cerrados, para acercar sus labios a los de la bruja y besarla con toda la pasión que sentía.

Lunae abrió los ojos de golpe ante el contacto, sus manos se pusieron en los hombros desnudos del brujo intentando apartarlo, pero sus labios no parecían opinar lo mismo porque de alguna manera aquel sabor, había activado una parte de sí misma que creía muerta. Por eso continuó el beso, con rabia, húmedo y hambriento, avaricioso de cada gemido y aliento. Lo absorbió todo de aquella boca que tanto había odiado aquellas semanas, que tanto había deseado en los últimos años. Es difícil borrar un sentimiento que se ha gestado durante tanto tiempo, como si el alma fuera una pizarra y los sentimientos garabatos que escribe el corazón.

Sin fuerzas para luchar Lunae se dejó hacer, envolvió el cuerpo aún desnudo del brujo, resbaló las palmas de sus manos por los músculos ondulantes de su espalda, y notó como cada célula de su ser gemía por más. Sus pechos se rozaron con su torso, enredó los dedos en los largos mechones negros que caían por su espalda y tiró de ellos, posesiva. Su columna chocó con rudeza con la fría pared de roca, pero no le importó, le apetecía tener sexo con aquel hombre, duro y demoledor, que borrara toda la rabia y el odio de su corazón.

Por eso enredó las piernas alrededor de su cintura, y profundizó el ritmo de sus besos comiéndoselo con los labios y la lengua, absorbiendo la voluntad de ambos. Sin entender lo que ocurría notó que él se intentaba separar de su boca, aunque Lunae se lanzó otra vez a devorarlo. La voluntad del brujo flaqueó por unos instantes, dejándose llevar por el beso con un gruñido profundo, pero en seguida volvió a separarse con más decisión, porque cogió los muslos de Lunae desenrollándolos de su cadera. La bruja lo miró sorprendida con una clara pregunta en la mirada, y es que su cuerpo ardía por sus caricias, sus labios clamaban sus oscuros besos.

Él la observó de arriba abajo, el pelo de un brillante moreno despeinado en torno a su cara, los labios hinchados por los besos compartidos, la curva generosa de su pecho sobresaliendo por encima de la camiseta, y se sintió estúpido por no seguir, por no echársela al hombro y llevarla a su habitación. Pero eso lo distraería de su misión y al final no la dejaría marchar. Y debía marcharse: porque ella no quería quedarse, porque le había hecho mucho daño en las últimas semanas, y aquel rato con ella avivaba con crudeza los recuerdos de otro tiempo en el que todo era muy diferente, haciéndolo sentir ruin. Y porque no se fiaba de aquella puerta maldita y su capacidad de persuasión, y quería a Lunae lo más lejos de su influjo.

Se acercó a la bruja y le depositó un beso en la frente, otro en los labios y

otro allí donde debía encontrarse su corazón.

—Eres preciosa y quiero follarte hasta morir, pero no aquí con el influjo de esa puerta, ni ahora que sé que una parte de ti me odia. —Lunae fue a hablar pero le puso la mano en los labios—. Me lo has dicho hace menos de una hora así que no intentes desmentirlo. Tendremos nuestro momento si tú lo deseas.

Con mucho esfuerzo la soltó y se empezó a vestir en silencio, mirándola a los ojos ya que ella no dejaba de mirarle. Lunae no comprendía cómo había renacido esa pasión entre ellos, quería seguir aquello que habían empezado y a su vez se odiaba por ello. Se abrazó los brazos desnudos para intentar retener el calor que había perdido e intentó cambiar de tema.

—¿Me llevas a nuestro planeta?

—Sabes que no puedo, intentarías detenerme. —La miró con una disculpa en los ojos.

—¿Y si te prometo que no diré nada?

El brujo avanzó acunando su cara entre las manos, con una ternura que para nada le correspondía.

—Sé que una parte de ti intentaría guardar el secreto, pero al final terminarías contándolo. Te he tratado muy mal.

—Sigues reteniendo a otras brujas.

—Las liberaré cuando llegue el momento. —Le dio un suave beso en los labios para soltarla y comenzar a caminar—. No queda ya mucho.

—No queda mucho, ¿para qué?

El brujo se volvió guiñándole un ojo con una sonrisa de medio lado.

—Buen intento.

Avanzaron por varios pasillos conocidos por Lunae, después llegaron a otro que no había visto nunca y tenía un portón al final del mismo. El brujo se sacó un manojito de llaves del bolsillo, y las tanteó hasta que dio con la adecuada, una llave con aspecto antiguo que chirrió dentro de la cerradura. Representaba a un hombre con la espada clavada en el suelo y un escudo.

Tras aquella puerta había otro largo pasillo que recorrieron en silencio, solo interrumpido por el ruido de sus pisadas sobre el frío pavimento de roca. Al final del recorrido comenzaron a ver una luz, que se fue haciendo más y más amplia, definiendo un arco que daba acceso al preciado exterior.

Lunae aceleró el paso hasta ponerse junto al brujo, que la miró de reojo, muy serio.

—Siento haberte privado de esto tanto tiempo.

Extendió la mano hacia la luz, hacia la tupida vegetación que les rodeaba

entre altas montañas. Lunae inhaló profundamente y dejó que toda aquella vida la llenara de energía sintiendo rabia, un ácido rencor por las semanas que había perdido.

—No te voy a perdonar.

—No espero que lo hagas.

El brujo silbó fuerte y de la nada un enorme dracón rojo aterrizó ante ellos, levantando una corriente de arena y aire a su paso, que hizo que se agacharan tapándose los ojos.

Cuando Lunae levantó la vista observó como el dracón la miraba, olfateando el aire a su alrededor.

—Es Lunae, una amiga, y necesito que nos lleves a la constelación de Géminis.

El dracón agachó su largo cuello para dejar al brujo que subiera en su lomo, empezó a avanzar pero al ver que Lunae no se movía, le extendió la mano y la bruja terminó cogiéndola.

—No quiero ir a Géminis, está lejos de Escorpio.

—Esa es mi intención, Lunae.

—Ya te he dicho que no hablaré.

El brujo siguió trepando por el cuerpo del animal hasta posicionarse en su espalda. Lunae se resistió un poco pero terminó subiendo sobre el gigante rojo.

—Si tú no hablas por voluntad propia entonces será Esteban quien te saque toda la información. —La colocó delante suya, acoplando la bonita espalda femenina en su pecho, disfrutando del calor que emanaba de ella, sabiendo que iba a ser su último contacto con la humanidad que residía en sí mismo—. Sé que adoras a tu padre y que sucumbirás a sus preguntas.

—A él siempre le has gustado.

—Estoy seguro de que ahora solo quiere matarme, si se entera de que he sido yo quién te ha tenido retenida.

Lunae no le contestó, ella también estaba segura de ello. El brujo emitió un silbido grave y envolvente, y las alas del dracón se comenzaron a mover a su orden.

—No me fío de los dracanes rojos —gritó por encima de la corriente de aire que movía el animal con sus enormes alas.

—Pues tendrás que fiarte de mí.

Y dicho aquello, el dracón despegó con una fuerza inusitada para un ser tan grande como él. Podría pensarse que le costaría moverse, pero volaba como si

apenas soportara el peso de una pluma, como si no fuera una masa de músculos y piel tan dura como el acero.

Pasaron volando varias horas, surcando túneles de materia oscura y atravesando multitud de atajos que solo unos pocos conocían en el universo. Finalmente llegaron a Pólipe, planeta que orbitaba alrededor de la estrella Pólux y que Lunae nunca había visitado. Estaban a las afueras de un núcleo de población que se podía ver a unos kilómetros de allí. El brujo saltó del dracán pero ella permaneció sobre su lomo.

—No me pienso quedar aquí —dijo cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—Preciosa mía, claro que lo harás.

El brujo miró a su dracán a los ojos, y este hizo lo más parecido a un asentimiento para después inclinar todo su cuerpo hacia donde se encontraba el brujo. Lunae perdió el equilibrio, y dando un grito cayó como si fuera un tobogán por el ala del dracán, hasta aterrizar en los brazos del hombre que la acogió con una sonrisa. Ella se removió inquieta y la sonrisa de este se hizo más amplia. Apretándola en un estrecho abrazo la besó, saboreando sus labios y toda su boca. El beso rivalizaba entre la pasión y la lucha, y antes de que venciera una de las dos la dejó en el polvoriento suelo. El pecho de Lunae subía y bajaba agitado, sus ojos furiosos lo miraban, encendidos.

—Apenas tardarás una hora en llegar hasta la ciudad, que se llama Helena.

—¿Y cómo llegaré a casa?

—Eres una chica lista, te las apañarás.

Le lanzó una bolsa que Lunae cogió al vuelo. Cuando la abrió y vio su contenido, miró con ojos sorprendidos a su captor.

—Llevas dinero y zirconias suficientes para vivir unas semanas, ropa y se me olvidaba —se sacó del cinturón un puñal con piedras incrustadas, tirándolo en su dirección—, un arma para defenderte.

—Me apañaría mejor con mi espada.

—No me puedo arriesgar a que abras un túnel oscuro y llegues a casa.

—Pagaré a alguien para que lo haga por mí.

—Primero tienes que encontrar a alguien que sepa hacerlo.

El brujo subió a su dracán y la miró con un brillo intenso en sus ojos negros. La adoraba, siempre lo había hecho, aún cuando se comportaba como un ser despreciable con ella. Pero la tenía que dejar allí; en cuanto las personas de su planeta se enteraran de lo que estaba haciendo, el tiempo empezaría a correr muy deprisa ya que su padre pondría todo su empeño en

encontrarlo. Porque Lunae no sabía dónde se encontraba la Fortaleza para guiarlos hasta él, pero todo era cuestión de tiempo.

—Lo siento.

Y lo sentía de veras.

—Pues no lo hagas —le pidió con una última brizna de esperanza, deseando que no la dejara allí, pero también queriendo que no siguiera adelante con lo que fuera que tenía entre manos.

Y él sentía tener que hacerlo, dejarla allí y no volver atrás. Pero lo haría.

Alzó el vuelo y con una última mirada a los ojos cristalinos de su bruja, comenzó el viaje de vuelta. Pero no disfrutó ni un segundo del trayecto, no sentía en su interior que estaba haciendo lo correcto, solo veía la imagen de Lunae sola en aquel terreno árido que desconocía. Se sentía como un idiota que había dejado tirada a su amiga, expuesta a los peligros con los que se tuviera que topar.

Lo único que lo consolaba era pensar que él no era bueno para ella, nunca lo había sido, pero en aquel momento menos que nunca. No quería que estuviera con ningún otro, por supuesto, la quería para él por siempre jamás, aunque un rescoldo casi inexistente en su interior también deseaba que ella fuera feliz. Por eso había terminado liberándola, por eso y por miedo, no había que negarlo, temía que sucumbiera ante la puerta maldita y la abriera. ¿Qué encontrarían allí? Nada que fuera fácil de controlar, eso seguro, y solo pensaba liberar un poder así cuando fuera capaz de manejarlo.

Voló durante horas, pasó por varios soles y cientos de planetas, y finalmente llegó a uno de los patios de la Fortaleza. Allí lo esperaba uno de sus trabajadores caminando de un lado a otro con gesto nervioso. En cuanto aterrizó fue corriendo a su encuentro.

—Señor, hemos localizado un centro productor de polvo de estrellas. Estábamos esperando a que nos diera instrucciones para saber cómo proceder.

—¿Dónde se encuentra?

El brujo llamado Triso extendió entre ellos un mapa estelar holográfico, con un gran círculo rojo en uno de los puntos.

—Está en La Tierra, señor.

—Qué curioso, ¿sabemos dónde, exactamente?

—En España, el lugar en el que está ubicado emite una intensa señal, como si poseyera grandes cantidades de polvo estelar.

El brujo oscuro se quedó mirando la imagen que le ofrecía Triso, leyó los nombres de las ciudades que rodeaban el punto señalado en otro mapa que su

fiel amigo le extendió, y de pronto una bombilla se le iluminó.

—Creo que por aquí está uno de los centros de operaciones de los magos.

—El brujo volvió a examinar el documento—. Quiero que tú y otro hombre de confianza vayáis a ver si hay allí una perseida. Pero no la capturéis, traedme toda la información que podáis y ya veremos cómo procedemos.

—De acuerdo, jefe.

El brujo inclinó la cabeza y empezó a desandar el camino hacia el interior de la Fortaleza, pero a mitad de trayecto se detuvo volviéndose hacia su líder.

—Una cosa más. —Lo miró en una mezcla de compasión y temor por la respuesta que pudiera presentar—. Está aquí Jacob Mendel, el líder de la Orden de Herodes, y quiere verte.

El brujo oscuro chasqueó la lengua disgustado, y dándole una palmada a su dracón rojo para que emprendiera el vuelo, se dirigió hacia Triso.

—¿No se ha ido al decirle que no estaba aquí?

—No, señor. —Triso echó un vistazo alrededor antes de centrarse en él—, y entre tú y yo, creo que está muy enfadado.

El escorpión estalló en una sonora carcajada que descolocó a su compañero.

—Tranquilo, amigo, esa es mi especialidad.

12. Contra las cuerdas

Baltasar se quedó inmóvil en medio del ring, observando cómo su gata daba vueltas despacio a su alrededor. Agazapada, dispuesta a saltar y destrozarle. Gaia no tenía reparos a la hora de golpear en un combate, le daba igual que su oponente fuera un desconocido, su hermana o él. Era implacable y pretendía derribar, por eso era tan buena.

No la vio venir. Perdido como estaba en sus pensamientos, apenas fue consciente de que su puño se estrellaba en su mejilla hasta que empezó a arderle. Tampoco pudo frenar el segundo puñetazo que fue a parar a su costado, pero el tercero sí que lo frenó, agarrando el guante de la bruja con su mano y empujándolo hacia atrás. Gaia trastabilló pero no perdió el equilibrio. Entonces se lanzó como un toro hacia él, mucho más rápido de lo que había esperado, consiguiendo golpearle en el otro costado. Baltasar giró sobre sí mismo antes de que siguiera atacando, la cogió de la cintura lanzándola contra las cuerdas.

—Creo que estás demasiado estresada esta mañana, ¿te traigo algún mago novato para que lo enseñes?

Baltasar sonreía ampliamente con los brazos en jarras en el centro del ring, a pesar del moretón que se empezaba a insinuar en su mejilla.

—Prefiero alguien que aguante al menos un golpe en pie.

Gaia también sonrió, sus ojos bicolors brillaban bajo los focos que iluminaban el combate. Sin pausa se lanzó como un bólido hacia el mago, que frenó los golpes con los antebrazos, lanzándole una patada baja que ella esquivó.

—Pero yo necesito un incentivo para seguir peleando.

—Propón, bomboncito.

—Si consigo derribarte te acostarás conmigo.

Una carcajada brotó del pecho de Gaia antes de tirarse al suelo, rodando hasta la posición del mago, enroscando las piernas en torno a las de Baltasar y tirando con fuerza. El mago cayó al suelo apoyando las palmas, pero se levantó al instante.

—Es la propuesta más romántica que me han hecho nunca, ¿qué conseguiré yo si te derribo?

—Pide por esa boquita y será concedido, para eso soy un Rey Mago.

Gaia lo miró entrecerrando los ojos, con esa cara de chica traviesa que tanto conseguía sacarle de quicio, y sonrió.

—Si gano yo volverás conmigo al planeta de los escorpiones.

Al brujo se le borró la sonrisa de la cara, mirándola con desaprobación.

—¿Tienes ganas de que te maten? Porque eso es lo que pasará.

—Sé que alguien en ese puto planeta sabe qué le pasó a mi hermana y voy a descubrirlo. La tengo que encontrar.

—Hay otros modos de llegar a ella, Melchor y Beatriz también están con ello.

—Me gusta encargarme de mis asuntos. —Gaia lo miró queriendo que entendiera su frustración—. ¿Hay trato?

Baltasar sabía muy bien que de una forma u otra la bruja volvería al planeta de los escorpiones, también sabía que había muchas posibilidades de que no se lo dijera a nadie si él se negaba, ya que Juno desaprobaría por completo aquel viaje. Así que asintió con la cabeza y le enseñó los blancos dientes en una sonrisa fiera.

—Hay trato bruja, pero para eso tienes que conseguir tumbarme.

—Eso está hecho, grandullón.

Gaia se lanzó hacia el mago como si solo con su inercia pudiera derribarlo, y saltando en el aire le lanzó un puñetazo al hombro que él no consiguió esquivar del todo. Baltasar la agarró en el vuelo intentando retenerla, pero Gaia se escurrió entre sus manos como una anguila, saltando de nuevo para colgarse de una cuerda que había pendiendo del techo.

—Te creía mejor adversario, mago.

—Yo pensaba que eras más fuerte, bruja, porque ese puñetazo solo me ha hecho reír —mintió para provocarla.

Gaia contrajo la expresión, enfadada, y se balanceó cogida de la cuerda sobre la cabeza de Baltasar, que la fue esquivando y cuando volvió a mirar hacia arriba ya no estaba. Notó cómo lo agarraban de los brazos por detrás, tirando con una fuerza inusitada hacia el suelo, pero agachándose lanzó por encima de su cabeza a la mujer que tanto trabajo le estaba dando.

—Prepárate porque esto ha llegado a su fin, Gaia.

—Yo pienso lo mismo.

Baltasar corrió hacia ella y justo cuando llegaba a su altura se tiró al suelo, barriendo los pies de la bruja con una patada circular. Ella cayó al pavimento pero apenas lo rozó, levantándose como si le quemara. Dio un gran salto agarrándose de nuevo a la cuerda que colgaba del techo, se balanceó con toda

la fuerza que albergaba y aprovechó el impulso para caer sobre el mago, que la cogió con los brazos abiertos mientras ella se enrollaba a su cintura con las piernas.

Baltasar pensó que tenía el combate ganado porque solo tenía que caer hacia delante y Gaia quedaría encerrada bajo su cuerpo. Pero utilizando sus caderas ella le dio un fuerte empujón, haciendo que Baltasar perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Y antes de que el mago pudiera incorporarse y quitársela de encima, Gaia se acostó sobre su pecho buscando sus labios con urgencia. Se besaron degustando a placer sus bocas, sin prisa, regodeándose en la sensación húmeda y caliente del beso, y a los minutos Gaia sonrió sobre sus labios.

—Creo que soy la ganadora, su majestad.

Baltasar gruñó por lo bajo, siendo consciente de cómo lo había engañado.

—Eso es juego sucio, señorita Kinov.

—Nadie prometió un combate justo, ¿no es cierto?

—Sin embargo, los combates deben ser, por definición, justos —dijo una voz masculina que no era la de Baltasar, haciendo que los ocupantes del ring levantaran sus cabezas, sobresaltados—. Si me permites un apunte, querida Beatriz, esta postura específica es muy adecuada para inmovilizar a un asaltante contra el suelo. Claro que debes de llevar cuidado con que no te muerda, que es una de las tácticas para escapar cuando estás atrapado bajo un cuerpo. Aunque por lo que ves —Melchor señaló a su amigo con una sonrisa que Baltasar le devolvió—, a algunos no les importa que le hincen el diente.

—Tomo nota, querido.

Melchor se volvió hacia su bruja entornando los ojos en un gesto de mosqueo, e interpuso el índice entre ellos moviéndolo de un lado a otro.

—Borra esa información ahora mismo porque para ti no está permitida esa posición. —Sonrió de lado, añadiendo en un tono ronco y sugerente—: Excepto conmigo, claro.

Beatriz alzó las cejas provocativa y cogió de la mano a Melchor, tirando de él para pegarlo a su cuerpo.

—¿Qué hacéis por aquí? —preguntó Baltasar mientras se levantaba del suelo.

—Estoy enseñándole a Beatriz las partes de la escuela que aún no había visto.

—No es gran cosa, ¿verdad? —Gaia pasó por debajo de las cuerdas, dirigiéndose a Beatriz con una sonrisa—. Un laboratorio no muy grande, pistas

de baloncesto y fútbol, la sala multiusos de objetos mágicos...

—Y la biblioteca.

—Sí, creo que es la mejor parte de este edificio.

En la planta más alta del edificio que para todos era un simple observatorio astronómico, siendo en realidad una escuela para magos con un COE, se instalaba la biblioteca más increíble que Beatriz hubiese visto jamás. Desde el techo construido en cristal, dejando por las noches ver el cielo lleno de estrellas, bajaban unas larguísimas estanterías de madera, repletas de volúmenes de libros de todo tipo, que llegaban hasta el suelo.

Cuando Beatriz posó sus ojos en aquel amplio espacio, pensó que todos los conocimientos del mundo tenían que estar albergados entre sus paredes. Tocó los viejos lomos, olió el inconfundible aroma del papel lamido por el tiempo, y sintió el peso solemne del lugar sobre sus huesos.

Salió de sus pensamientos cuando escuchó como alguien saltaba sobre el ring, y levantando los ojos vio que se trataba de Melchor. La llamó con los dedos de una mano.

—Ey, Bianchi, ¿te atreves a luchar conmigo? Prometo ser buen profesor.

Beatriz puso un gesto de mortal aburrimiento, aunque le divertía ver al mago normalmente serio dar saltitos sin cesar de un pie a otro. Dejó la libreta y el bolígrafo en el suelo, y de un ligero salto pasó entre las cuerdas del ring. Se puso frente a él y sonrió, llevándose las manos a la cara para retirar unas inexistentes gafas. En otros tiempos se las hubiera quitado para pelear, pero desde que llevaba el sol de la sanación ya no las necesitaba.

—No quiero hacerte daño.

Melchor soltó una carcajada ante tal presunción, poniendo los brazos en jarras.

—Necesitarías una eternidad para hacerme sangrar, nena.

—¿Nena?

Beatriz nunca había soportado que emplearan aquel término con ella, así que entrelazó unos dedos con otros y los apretó hasta que crujieron.

—Cualquiera diría que te preparas para darme una paliza.

Beatriz no le contestó, solo corrió hacia él, que tenía las piernas bastante separadas, y justo antes de llegar a su cuerpo giró sobre sí misma, tirándose al suelo para introducirse de espaldas entre las gruesas columnas que sostenían su cuerpo. Le asestó un golpe fuerte a las corvas del mago con el canto de sus manos, que provocó que Melchor perdiera el equilibrio. Beatriz aprovechó el momento de confusión y desde el suelo le lanzó una patada barredora a los

tobillos, que lo hizo trastabillar y caer. Eso sí, de forma elegante y sin apenas rozar el suelo del ring, ya que rodó por el mismo como un rayo para levantarse en apenas unos segundos.

—¿Dónde coño has aprendido a pelear así?

—Todos mis primos son varones, Melchor, soy toda una experta.

Beatriz se lanzó de nuevo a atacar, aunque el mago ya se esperaba el ataque y esquivó dos puñetazos con los antebrazos, pero no se esperaba que Beatriz se agachara por debajo de sus brazos, introduciéndose en el espacio que había entre estos y el cuerpo de Melchor, y lanzando desde allí un puñetazo a la nariz del mago, que aulló de dolor.

—¿Me he pasado, verdad? Nunca controlo el límite en las peleas.

—Definitivamente —dijo Melchor mientras se llevaba la mano a la sangrante nariz—. Alguien te ha tenido que enseñar.

—Mi padre. —Beatriz le tendió un pañuelo pidiéndole perdón con los ojos—. Soy la pequeña de la familia y siempre me quedaba atrás en todo. Un día, mi padre me dijo que a pesar de no ser demasiado grande, tenía que ser una chica dura, y me enseñó a pelear.

—Pues es un profesor de primera. —Melchor fue a coger el pañuelo que Beatriz le tendía, pero cuando cerró los dedos en torno a su mano, los apretó con fuerza llevando el brazo de la bruja hacia atrás, impulso que aprovechó para girar el cuerpo de Beatriz y acercarlo al suyo, inmovilizándola. En un movimiento rápido cogió también su otra mano y la retuvo, pegando la espalda de Beatriz a su pecho—. Pero se le olvidó decirte una cosa: nunca dejes de estar alerta aunque tu contrincante esté sangrando.

—Me he relajado porque eres tú.

—Tienes un corazón puro, te resultaría difícil ser mala hasta con tu peor enemigo.

—No lo creas.

«Haría mucho daño a aquel que se lo haya hecho a mi padre», pensó, «destrozaría a alguien que te hiciera daño a ti». No se lo dijo, pero lo sabía con una certeza de esas que se sienten en el corazón.

Melchor le dio un rápido giro para estrecharla entre sus brazos y poder ver su mirada, dulce como la miel, cálida como un fuego en pleno invierno. Sus ojos estaban más brillantes de lo normal, y el mago supo que las lágrimas pugnaban con el orgullo en una lucha encarnizada.

—Cuéntame qué te pone triste y yo te ayudaré.

—No eres todopoderoso.

—Al menos puedo abrazarte para que no te sientas sola.

Y aquellas palabras sencillas eran el único bálsamo que necesitaba Beatriz en aquel momento. Dejó caer la cabeza en el amplio pecho de Melchor, y se dio cuenta de que Baltasar y Gaia se habían marchado. Entonces volvió a mirar al mago.

—No sé si mi padre está muerto o no, pero me planteo muchas veces qué debería hacer: buscarlo, ver si alguien lo dañó y hacerle justicia...

—¿Qué te dice tu corazón?

—Es extraño porque nunca había sentido nada parecido a la venganza. La muerte de mi padre siempre ha sido un accidente para mí, no encontré culpables ni excusas, pero ahora que sé que si está muerto ha sido un asesinato, mi corazón quiere hacer daño.

Melchor suspiró. Él sabía algo sobre venganza, que nunca era satisfactoria. Pero Beatriz no quería escuchar eso y él no se lo iba a decir. Le frotó la espalda suave de arriba abajo, infundiéndole calor y seguridad, intentando transmitirle todo el amor que sentía.

—Cuando llegue el momento sabrás qué hacer.

—Eso espero.

Melchor buscó sus labios y la besó en un contacto lento y pausado que le encogió la barriga, llenándole de mariposas el pecho, los brazos y todo el cuerpo. El mago arrastró la ropa del cuerpo de Beatriz con sus fuertes manos, provocando una cascada de escalofríos allí por donde pasaban. Besó el cuello de la bruja, los hombros, masajeó su espalda con la boca y con las manos, acarició sus largas piernas y sobre el suelo del ring cayó también la ropa del mago con urgencia. Porque él la había desvestido con la parsimonia del león que se relame antes de cazar a su presa, y ella le había despojado de todo con la ansiedad del animal hambriento.

Se abrazaron, se fundieron el uno en el otro y se amaron, rodando sobre la gastada superficie, susurrándose palabras de amor, jadeantes. Piel contra piel, solo podía abandonarse a sentir y precipitarse al abismo con su mago, su amor desde hacía demasiado tiempo.

Aún no se habían terminado de vestir cuando la puerta de la sala de entrenamiento se abrió, y una decidida Moruena hizo acto de presencia. Llevaba el vestido más colorido que Beatriz hubiese visto jamás, y eso que ella era amante de la ropa bonita: una túnica de gasa atada de forma sexy, que se ceñía a su cuerpo. Portaba en una mano una esfera del tamaño de una pelota

de tenis que flotaba sobre sus dedos, brillante, y parecía contener en su interior, suspendidas, cientos de palabras que culebreaban por hacerse un sitio.

—Buenos días, aunque los vuestros seguro que son mejores que los míos —indicó con una sonrisa señalando su estado de desnudez—. Ha llegado el momento de que Beatriz forje su espada.

Colocó la esfera ante ellos y la dejó flotar en el espacio que los separaba; luego trazó un arco en el aire con ambas manos y la esfera se amplió hasta adquirir el tamaño de una portería de fútbol. Dentro de la misma había flotando un millón de estrellas que refulgían con tonos iridiscentes en un espectáculo para los sentidos, y una de las agrupaciones estelares brillaba como un rubí encendido.

—Esto es un *mapa de acontecimientos estelares*, marca lo mismo que un mapa estelar convencional, pero si algo ha de ocurrir lo registra antes de que pase —le explicó a Beatriz, señalando después la agrupación rojiza—. Esas estrellas de ahí indican que alguien va a forjar su espada en poco tiempo, y gracias a mi don sé que al menos una de esas personas eres tú.

—¿La constelación de Perseo? —replicó Melchor señalando el recorrido desde la Tierra hasta allí con un dedo—. Está a un paseíto de aquí.

—Es una perseida, querido, no podría ser en otro lugar. Además ¿desde cuándo las distancias son un problema para nosotros?

Melchor asintió con la cabeza. Desde el ataque del brujo en la enfermería, ya no se fiaba tanto de los túneles oscuros. De cruzarse en el camino de alguien indeseable.

—¿Y podré trasportarme yo sola? —Beatriz sonrió con alegría ante el universo de posibilidades que se le abría al tener una espada propia—. Así podré ir a ver a Elena.

—Ya hablamos de eso antes, Beatriz, tenemos que esperar a que sea seguro para ti.

Beatriz entornó los ojos en un claro gesto de desacuerdo con el mago, y sin pensarlo acercó el dedo al mapa estelar y lo tocó. Notó como una descarga de energía entraba a través de su dedo y viajaba a toda velocidad por su cuerpo, y de pronto ya no estaba allí.

Una habitación oscura, el aire de la noche empujando suave las puertas de madera del balcón. Una cortina blanca acariciándole los brazos, llenos de vello oscuro y rizado. ¿Pero qué...? Intentó llevar su mano hasta el pelo y

tocarlo para ver si era una realidad, pero la mano no parecía responderle. Entonces escuchó un silbido, y esos dedos antes inertes sí se movieron, aunque de alguna manera sabía que no respondían a su control, solo veía que agarraban la cortina echándola a un lado. Miró hacia abajo y observó unas botas de montaña cinco números más grandes que las suyas, pero por la posición en la que estaba aquel pie tenía que ser suyo, ¿o no?

Su presunto cuerpo se acercó a un gran cofre dorado, y empezó a hacer dibujos en el oro de la superficie con un grueso pincel. Pintaba marcas incomprensibles que nunca había visto, con una pintura aceitosa de un color azul intenso. Cubrió el cofre por completo y entonces susurró:

—Ahora deberíamos poder abrirlo, Kimeo.

Se quedó de piedra cuando de la que sentía como su boca salió la voz de su padre. Entonces lo comprendió todo, porque de alguna manera estaba dentro del cuerpo de su padre, veía a través de sus ojos, sentía a través de su piel, pero ella no tenía poder sobre nada.

—Yo lo haré, Víctor.

El hombre de espalda ancha, pelo cano muy corto y mirada de plata se acercó al cofre y lo abrió sin vacilar. De su interior sacó una piedra ámbar de aspecto gomoso.

—La hemos encontrado a la primera, amigo, ahora solo falta cargarla rápido e irnos corriendo.

Así lo hicieron, llenaron un saco gigante de aquella sustancia hasta que vaciaron el contenido del cofre. Cuando ya lo estaban cerrando y Kimeo se había aproximado al balcón por el que habían entrado, la puerta de la habitación se abrió y un mago con barba corta marrón y ojos avellana se quedó mirándolos, paralizado. Pero el estado estático apenas le duró unos segundos, porque en seguida sacó una fina espada de debajo de su capa y se lanzó a atacar a los desconocidos. Beatriz quiso saltar lejos del filo del arma que le atacaba, pero era su padre el que tomaba las decisiones y muy al contrario de lo que ella pensaba, él se lanzó en dirección a la espada y entrechocó la suya propia con la del mago.

Su padre volvió a arremeter, empujando al mago en su ataque para que retrocediera, y poco a poco consiguió alejarlo del balcón, que era su vía de escape. La espada de su contrincante les pasó a apenas dos centímetros de la cara, y Beatriz quiso gritar de pavor, era realmente frustrante no poder hacer nada encerrada en aquel cuerpo, pero sí sentía la adrenalina correr como loca por la sangre de su padre.

Víctor arrinconó al mago junto al cofre dorado saqueado, y en un golpe maestro lanzó su espada a varios metros de distancia. Un fino hilillo de sangre descendía por su mejilla. Para sorpresa de Beatriz el mago se quedó muy quieto, esperando que su padre le diera el golpe maestro, pero este no llegó. En su lugar Víctor le hizo una inclinación de cabeza y salió corriendo.

No había llegado a saltar la barandilla del balcón, cuando Beatriz sintió un dolor indescriptible en la espalda, debajo del hombro. Algo le ardía en ese punto, y ese calor desgarrador se extendió por el omoplato hasta llegar a la clavícula. Sintió como algo caliente se derramaba con lentitud mojándole la espalda y los riñones, su padre se llevó la mano a esa zona mientras se arrastraba cogiéndose de la barandilla.

De la habitación que dejaban atrás se oían gritos de dos voces masculinas, cada vez más próximas. Víctor apoyó el brazo sano en la piedra rugosa de la barandilla y la sorteó pasando ambas piernas por encima de la misma. Justo antes de saltar a lo que parecía un abismo oscuro, miró hacia la habitación. Las voces estaban peligrosamente cerca, y un rostro se encontraba a apenas dos metros de ellos. Una cara tan bella que Beatriz notó como su corazón se resquebrajaba herido, unos ojos azules como las bravas olas del mar, una mano que sostenía una pistola de cuya boquilla aún salía una fina voluta blanca de humo, que indicaba que acababa de ser disparada.

Un dolor mucho peor que el que la herida le hacía sentir se instaló en su pecho, presionándola, amenazando con partirlo en dos. Y entonces comenzaron a caer, pero no fue una caída libre como ella esperaba, su padre no murió así. Porque el cuerpo golpeó duramente contra un conjunto rocoso, para volver a salir despedido, cayendo de nuevo contra la roca. Después continuó rodando por lo que parecía la pared de una montaña, se golpearon la cabeza, los brazos, se rasparon las rodillas y cuando ya el dolor era insoportable, frenaron de golpe. Una mano fuerte les cogió del antebrazo y ahí sí que escuchó el alarido de dolor de su padre, que ponía voz al grito que ella no podía emitir.

—Tranquilo, Víctor, saldremos de esta —susurró la voz de Kimeo, mientras cambiaba el agarre para sujetarlo por el brazo sano.

El dolor de la herida y el alivio por haber sido rescatados, se mezcló en un raro cóctel que lanzó a Beatriz a una bienvenida inconsciencia, mientras unos ojos azules la miraban con pesar.

Beatriz abrió los ojos de golpe, se encontraba acostada en el rugoso suelo del ring, con los ojos color café de Moruena mirándola preocupados. La mirada azul mar de Melchor también la observaba alerta, esa misma mirada que había herido a su padre. La furia se apoderó de ella y levantándose como un resorte, empujó al mago con todas sus fuerzas, haciéndolo trastabillar. Al ver que no terminaba de caerse, le lanzó un potente puñetazo a la mandíbula y otro al pómulo. El mago reaccionó apresando sus muñecas con una de sus fuertes manos, Beatriz se removi6 como una culebra intentando soltarse, pero Melchor la agarr6 por la cintura mientras ella gritaba soltando maldiciones por su boca.

—Déjame, jodido bastardo —exclam6 lanzando patadas hacia atr6s para darle al mago en las piernas—. Eres un maldito mentiroso.

—Tranquilízate Beatriz.

La bruja se seguía moviendo incesante, por eso el mago enred6 una de sus piernas alrededor de las de Beatriz tirándola al suelo boca abajo. La plac6 con su cuerpo empleando toda su fuerza para contenerla.

—¿Qué coño te pasa, Beatriz?

—Tú intentaste matar a mi padre, suéltame hijo de puta.

Melchor se qued6 paralizado unos instantes, los ojos se le abrieron y contuvo la respiraci6n. Aquella afirmaci6n le había corroído las entrañas durante mucho tiempo, aunque sabía que aquella noche de hacía tanto tiempo, no lo había herido de muerte.

—¿Qué te han contado, Beatriz?

No era posible que se hubiera enterado, en aquella habitaci6n solo estaban Gaspar, su padre, él... Y Kimeo. ¿La habría buscado para contarle todo, pero por qué?

—Nadie me ha dicho nada, cretino, yo lo he visto todo. —Beatriz dej6 que su mejilla reposara en el suelo mirándolo de reojo—. He sentido su dolor.

—¿Eres una navegante? —pregunt6 Moruena con excitaci6n, pero nadie le respondi6. Entre Beatriz, Melchor y el resto del mundo existía una burbuja de emociones difíciles de contener.

—¿Cómo es posible que hayas sentido dolor? —Melchor tenía un nudo de nervios en el est6mago que le hacía sentir náuseas. ¿Qué tipo de ser era aquella mujer?

—No lo sé, pero te aseguro que tu herida le doli6, y mucho.

Melchor emiti6 un suspiro pesado, y con una voz muy baja y monocorde le cont6 una historia:

—Cuando dejé de verte hace tantos años, Beatriz, la existencia se empezó a hacer muy dolorosa para mí. —En ese punto ella aguantó la respiración sorprendida por la confesión—. Por eso corté de raíz con todo lo que tenía que ver contigo, también con tu padre y aunque él era un brujo poderoso e influyente, yo lo evitaba siempre. Aquella noche lo único que vi fue a mi amigo Gaspar tirado en el suelo, el cofre de la mirra vacío, y a un hombre de espaldas que intentaba escapar. Claro que atacué, necesitaba coger al ladrón, pero por supuesto no sabía que era tu padre.

—Pero después lo miraste a los ojos, ¿no fue así? —Melchor soltó un poco su agarre permitiendo que Beatriz se diera la vuelta, los ojos de él oscurecidos y los de ella brillantes de furia—. Yo misma lo he visto, he visto tu expresión en aquel momento. —Melchor sostuvo todo el peso del dolor acumulado en los dorados discos de ella—. No lo ayudaste.

—Se tiró al vacío.

—No lo buscaste después.

El mago suspiró y dijo la verdad que tanto y tanto le pesaba desde siempre, más aún desde su reencuentro con ella. La verdad que podría suponer perderla.

—Dudé de él.

Aquello fue como un puñetazo en plena mandíbula, la dejó KO y sin capacidad de reacción. Tragó saliva y se miraron durante mucho tiempo.

—Me dejaste creer que estaba muerto.

—En eso no te mentí, Beatriz. La historia que has visto ocurrió mucho antes de la noticia de su muerte, yo también creí que había muerto cuando lo anunciaron. Aún tengo mis dudas.

Beatriz suspiró y volvió a mirar al hombre que amaba, jodida porque seguiría amándolo a pesar de todo. Pero no le podía perdonar el haberle ocultado una verdad tan importante.

Notando como algo se empezaba a hacer añicos en su pecho, se levantó poco a poco, sintiendo que dejaba un trocito de sí misma en aquel ring, y con una sonrisa gastada por la desilusión, miró a su Rey Mago preferido dejándole ver todo el pesar que la desgarraba.

Después miró a Moruena, que había sido una espectadora muda en la contienda y mantenía una expresión grave, y le pidió:

—¿Me acompañarás a forjar mi espada? Voy a necesitar tu ayuda.

La bruja de pelo rojo dio un paso adelante y afirmó suavemente con la cabeza.

—No hay nada que me apetezca más hacer, es un espectáculo glorioso, ya lo verás.

—Pues andando.

—¿No irás a la Fortaleza para ver si tu padre está allí? —exhaló Melchor en un último intento por retenerla.

—Por desgracia y gracias a ti, hay cosas que tendrán que esperar un poco. Además, debo ir bien armada para adentrarme en esos muros.

Beatriz avanzó hacia la puerta de la sala de entrenamiento sin mirar atrás, porque si lo hacía podía flaquear. Si llegaba a ver los ojos oceánicos del mago, su perfecta sonrisa, su cuerpo de coloso o las manos que tantas veces habían recorrido su cuerpo desnudo, no se marcharía dejándolo atrás. Pero debía hacerlo, así que traspasó la puerta y dejó aquella habitación. Las lágrimas no tardaron en recorrer sus mejillas, lamiéndolas y haciéndola sentir miserable por su decisión, a pesar de estar cargada de razones para abandonar a Melchor. Parecía que el llanto brotaba de las grietas de su corazón, como si este fuera una presa rota por varios lugares.

Entonces su mente le mandó un fogonazo de aquella imagen, de cómo habían entrado en contacto las miradas de su padre y el mago, cuando Víctor estaba a punto de caer por aquel oscuro balcón; había visto sorpresa en los ojos del mago, eso y decepción. Melchor había sido juez y verdugo en apenas un segundo, y eso le otorgó fuerzas en la decisión de seguir avanzando por el largo pasillo de la escuela.

Moruena se dispuso a seguir sus pasos, pero antes de salir de la sala de entrenamiento, ella sí miró atrás. Y vio lo que Beatriz no podía apreciar ya que la furia cegaba sus sentidos: un mago desolado por la cruda desesperación de perderla, de no poder hacer nada por retenerla a su lado.

—Lo siento, Melchor —le dijo Moruena mirándolo con respeto, a sabiendas de que aquella historia tenía muchas sombras que descubrir y ni siquiera el mago las conocería todas. Si algo sabía de Víctor era que sus acciones siempre estaban guiadas por la razón, y si había cometido aquel robo a un Rey Mago, algo muy gordo había tras ello—. Yo cuidaré de ella con mi vida.

—Gracias, bruja.

Y con una inclinación de cabeza mutua, Moruena desapareció tras la puerta, dejando que la soledad lo aplastara contra las cuerdas del ring. Con una determinación férrea en la cabeza, ya que no veía otra manera de recuperar a Beatriz, decidió que encontraría a Víctor, costase lo que fuera. Aunque tuviera que derramar su sangre si es que se encontraba en la maldita Fortaleza.

13. Perseus

El herrero dejó caer su gran martillo cuadrado sobre el metal candente de la espada, arrancando un quejido metálico que sobresaltó a Beatriz una vez más. El arma ya había tomado su forma y no podía dejar de maravillarse con el buen trabajo que aquel hombre, de pelo cano y cuerpo robusto, realizaba con sus manos encallecidas.

—Todas las espadas de las brujas salen de esta herrería, «El martillo de los dioses» —explicó Moruena mientras se abrazaba con su capa multicolor sobre los hombros; en aquel planeta de la galaxia de Andrómeda el frío soplaba sin piedad—. Benjamin, su padre, su abuelo y su tatarabuelo... Todos son especialistas en la aleación especial que las forma.

—¿Pero esa espada ya es mágica? —preguntó Beatriz mirándola con deseo.

—No, querida, lo que le confiere su poder es la conexión con la estrella que te corresponda. Es lo que la hace estar viva en cierto modo, estar llena de una energía que ambas compartiréis.

Benjamin le dio unos golpes más a la espada, y con unas enormes tenazas la retiró de la fuente de calor, metiéndola en un barril lleno de agua. Cuando la sacó del mismo sonrió y levantó las cejas, mirando a Beatriz.

—Nunca dejo de sorprenderme de mis pequeñas, son realmente preciosas, ¿no crees?

—Ya lo creo que sí.

Beatriz miró la obra de arte que aquel hombre había creado, forjando de un vasto trozo de metal una bella espada. La empuñadura lisa por el interior y con unas flores talladas en la parte externa, la hoja de la espada salpicada con estrellas irregulares que le conferían una gracia especial.

—Pues es tuya, Beatriz Bianchi, así que cógela.

Beatriz agarró la empuñadura entre sus dedos, sintió el peso del metal en la palma de su mano y lo notó. Apenas era una llama minúscula en su interior pero podía sentir cómo el poder comenzaba a anidar en ella, queriendo hacerse fuerte y crecer, pero le faltaba algo, ese algo que uniera a la espada y a ella fundiendo sus esencias. Por eso supo que era el momento de partir.

—Gracias Benjamin, siempre es un placer volver a verte.

Con una inclinación de cabeza aquel hombre afable las despidió, mientras Moruena abría un agujero negro y ponían rumbo a Perseo. El viaje se hizo

tortuoso, con esa sensación de intemporalidad tan extraña que siempre marcaba aquellos trayectos, como si el tiempo fuera un duro chicle muy difícil de masticar, y el espacio gelatina que costaba atravesar.

De pronto todo acabó y Beatriz se vio saltando al vacío, para después caer a una tierra árida y rojiza. La piel le empezó a arder como si brasas candentes se hubieran introducido en cada uno de sus poros, y cuando fue a levantar el rostro cerró los ojos de golpe al notar cómo la luz cegadora le impedía abrirlos. Agachada volvió a probar pero obtuvo los mismos resultados, ¿de dónde provenía esa luz?

Entonces escuchó la voz cercana de Moruena, volvió la cabeza y vio cómo se cubría por completo con su enorme chal multicolor, agachada y encogida al igual que ella.

—Este asteroide está junto a una estrella, Beatriz, el calor y la luz son insoportables para cualquiera, si fuéramos humanas estaríamos muertas —le explicó apenas con un hilo de voz—. Pero la zirconia que hay enlazada con las células de nuestro cuerpo nos permite ser más resistentes al calor. Tienes que ser fuerte y levantarte aunque creas que no puedes, es con esta Persei con la que tienes que hermanarte. Ella te complementará, te llenará de su poder.

Beatriz volvió a hacer un intento de alzarse y mirar al frente, pero la tremenda explosión de luz la cegaba y hacía que se sintiese mareada.

—No sé cómo hacerlo, Moruena —confesó en un arrebato de desesperación, ya que no se había hecho a la idea de que aquello pudiera ser tan difícil.

—¿Quieres dejarlo, Beatriz? Al fin y al cabo tienes otros poderes, hay brujas que renuncian a su espada.

—Eso nunca.

Ella no era de las que tiraba la toalla, eso no iba con su forma de ser. Le encantaba llegar hasta el final de cada cosa que realizaba en su vida y aquello no iba a ser menos. Tenía mucha curiosidad por el poder que había sentido al coger la espada, aquella llamita seguía allí inalterable pero, ¿qué pasaría tras lo que estaba a punto de hacer?

Hincó una rodilla en el suelo y clavando la punta de su espada en la arena rojiza, se impulsó para levantarse. Intentó abrir los ojos mientras tanto pero el impacto fue tal que casi cayó de nuevo; el mareo, y la angustia que como una bola se acumulaba en su garganta, la aturdían. «¿Por qué tengo que abrir los ojos? », pensó, «será más fácil con ellos cerrados, de todas formas seré incapaz de ver nada con esta luz».

Beatriz se estiró ante el astro que pretendía cegarla, y alzando la espada

hacia el mismo tomó una bocanada de ardiente aire, como si se tragara las llamas del infierno, y esperó. No se movió cuando todo permaneció estático, un silencio absoluto se había apoderado de esa parte del espacio. De pronto la luz tras sus párpados cerrados aumentó en intensidad, y como si de una flecha se tratara, algo se clavó en su pecho cortándole la respiración, vaciando el aire de su cuerpo.

Beatriz sintió como todos los órganos en su interior se plegaban deshinchados, y el dolor se extendió como lenguas pegajosas por sus venas. Quiso gritar pero no era capaz de encontrar la voz, quiso clavarse aquella espada y acabar con su sufrimiento, pero era incapaz de moverse. Quería abandonar, dejarse morir pero instintivamente intentó coger aire de nuevo, y para su sorpresa el aire entró en sus pulmones con avaricia y velocidad.

Inhaló de nuevo deseando eliminar el dolor que pinchaba en su cuerpo como si estuviera acostada en una cama de agujas, y con aquella nueva bocanada lo eliminó por completo. Y era muy curioso porque aquel aire tenía el sabor de la tarta de chocolate y galletas de su abuela, olía al algodón dulce que su padre le compraba en la feria, y calentaba su sangre como lo hacía el contacto con la piel de su mago traidor. Se concentró en aquellas sensaciones maravillosas, y abrió los ojos sin pensarlo.

No tuvo que cerrarlos de golpe porque al abrirlos observó que ella brillaba con la misma intensidad que la persei que tenía delante, ambas conectadas por una fina línea de luz que salía de la punta de su espada, también encendida con un brillo imposible. Miró al brillante astro que la sostenía en el aire, unos centímetros por encima del suelo, y de alguna manera notó cómo sus células y los átomos de aquel, vibraban de la misma manera, se conectaban de tal modo que Beatriz supo que aquello era hermanarse. El poder estalló dentro de ella, como si un volcán hubiera entrado en erupción en su corazón, derramando la lava ardiente en sus arterias.

Beatriz se elevó aún más en el aire, y aguantó todo el poder que aquella estrella gigante quiso verter en ella. De un momento a otro todo acabó, cayó al suelo de forma brusca pero apenas lo notó. Estaba recargada, llena de vida, de vibrante energía. Buscó su espada con la vista y cuando vio en qué se había convertido, se quedó fascinada.

Donde antes había metal perfecto y estrellas estáticas grabadas sobre el acero, se podía ver cómo las diminutas estrellas estaban en movimiento, titilando llenas de brillo, y ríos de un color plata serpenteaban a lo largo del metal. El peso del arma que antes le costaba manejar, parecía haberse hecho

más liviano; sentía la espada como una continuación de su propio brazo. Tan inmersa estaba en la transformación que no notó como Moruena se ponía junto a ella, con el chal cubriéndola, y cogiéndole la mano que no sostenía la espada le decía con emoción:

—Ha sido algo increíble, eres una Bianchi de pies a cabeza. —Con una sonrisa buscó los rasgos de su padre en ella, ese espíritu fuerte que ambos compartían—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Los ojos de Beatriz titilaron encantados con aquella alusión.

—Gracias Moru.

—Debemos irnos, el calor es insoportable para mí. —La bruja se había recogido el pelo rojo en un moño alto, y redondas gotas de sudor caían por el escaso espacio de su rostro que no estaba tapado por la capa—. Creo que ya puedes abrir tú el túnel, solo tienes que visualizar Quorum para poder llegar hasta mi casa, tengo un asunto pendiente que atender.

—Iré contigo, pero después tú me acompañarás a mi casa también. Necesito ver a mi amiga.

—Eso está hecho.

Beatriz alzó la espada y cerrando los ojos recreó en su mente el hogar para los dracanes que Moruena había creado. Sin pensarlo su mano empezó a dibujar trazos y antes de darse cuenta, había dibujado frente a ella un entramado de estrellas tupido, que se aproximaron hasta explotar en una lluvia plateada que formó el agujero negro en su centro. Con una sonrisa ambas saltaron adentro, y en apenas un suspiro fueron escupidas por aquel túnel oscuro, cayendo sobre un suelo verde y fresco que les mojó la ropa.

El rugido de un dracán se oyó a muy poca distancia, y Beatriz rodó por el suelo y se puso en pie de golpe, justo para comprobar cómo un enorme cobrizo pasaba en vuelo raso sobre ella, soltando lo más parecido a una carcajada draconiana. Moruena también sonrió mientras otros dracanes se aproximaban y hacían lo mismo.

—Se alegran de vernos.

—Yo no me termino de acostumbrar —aseguró Beatriz peinándose los mechones color café.

—Lo harás. —Moruena comenzó a caminar hacia las grandes instalaciones en las que se encontraba su casa—. ¿Quieres que te busque una habitación para descansar un rato? Apenas me llevará unas horas, pero debo de organizar los salarios porque es día de cobro por aquí.

—No, prefiero quedarme dando un paseo, gracias.

—Si necesitas algo, sacude esta campana. —Le tendió una campana dorada del tamaño de un dedo, el dibujo de una mujer acariciando a un dracón ocupaba todo el metal—. Acudiré al instante.

Beatriz se quedó observando aquella pieza tan singular y con una sonrisa se la guardó en el bolsillo. Quorum, el planeta que orbitaba alrededor de Elnath, una de las estrellas más brillantes de la constelación de Tauro, era una verdadera maravilla. Lleno de contrastes, con sus casas subterráneas por una parte, la espesa vegetación fruto de las constantes lluvias en aquella otra. Los árboles de diferentes tamaños inundaban el terreno, en el aire flotaba un aroma a flores y frutos que le hacía la boca agua.

Se llenó los pulmones de aquel olor tan especial, y cerró un momento los ojos dejando que el aire que soplaba caliente le moviera el pelo, que se metiera entre su ropa y le acariciara un cuerpo que sentía diferente. Físicamente todo estaba en su sitio, sus pechos pequeños, el culo respingón, las piernas largas que Melchor tantas veces le había besado en esos días... ¿Vería él algo diferente en ella? Porque ella sí se notaba distinta, pero no sabía el motivo. Quizás sus poderes estaban cambiando, o puede que fuera el haberse hermanado con su espada.

Suspiró por su mago, ese que estaba pegado como una lapa a su pensamiento y con el que le gustaría haber compartido aquel momento. Pero no podía ser, por eso intentó centrarse de nuevo en aquel olor tan abrumador que parecía llenarla de alegría.

—Es adictivo, ¿verdad?

Beatriz dio un salto, y en un acto reflejo interpuso la espada entre la voz que había oído y su cuerpo. Una figura masculina con el pelo entrecano y no demasiado alto, dio un paso atrás, levantando las manos en son de paz.

—Tranquila señorita Bianchi, soy un amigo.

Beatriz estrechó los ojos analizando a aquel hombre, y lo reconoció sin esfuerzo.

—Kimeo —dijo con voz segura y precaución en sus palabras. No sabía si debía o no confiar en él, sabía que había robado a Moruena un huevo de dracón rojo, pero por otra parte había ayudado a su padre.

No pareció sorprendido de que lo reconociera, a pesar de que nunca habían sido presentados.

—Eres una navegante, como tu padre —chistó con la lengua, sonriendo de lado—. No puedo decir que me alegre, es una verdadera jodienda que hurguen en tus sueños.

—A mí tampoco me gusta, ¿sabes? Pero no es algo que pueda controlar.

—Lo sé. —Kimeo inhaló con fuerza, queriendo retener todo el aire posible en sus pulmones para seguir hablando—. Te decía que este aire es adictivo, ¿sabes por qué? —Beatriz no dijo nada, solo lo miraba con desconfianza, pero Kimeo notó cómo volvía a inhalar con fuerza y sonrió—. Moruena puso aquí una combinación de plantas específicas cuyo perfumen diera lugar a la felicidad.

—No me siento feliz en este instante.

—Apuesto a que yo soy el culpable de eso.

—No te equivocas. —Beatriz lo miró y lo remiró, intentando determinar si era fiable— ¿Qué es lo que quieres?

—Tengo el *aguijón dorado*.

La bruja abrió los ojos como platos y lo observó con intensidad. Melchor le había dicho que los agujones eran muy difíciles de encontrar, así que podía interesarle lo que tenía que contarle.

—¿Dónde está?

—Para saberlo tienes que venir conmigo, pero a cambio me tendrás que prometer algo.

Beatriz puso los brazos en jarras en sus caderas y lo miró con los ojos entrecerrados. Los mechones marrones estaban sueltos sobre su mirada, de un furioso dorado antiguo, que brillaba como un pequeño astro descolgado del cielo.

—Me pides que me ponga en tus manos para ir a un sitio que desconozco, ¿y encima te tengo que hacer una promesa?

—Debes saber que soy el mejor amigo de tu padre, siempre lo he sido y daría mi vida para protegerte.

—Pero él murió a pesar de todo, ¿no es así?

Kimeo la observó con sabiduría y dolor en su extraña mirada plata serpenteante, escondiendo algo indescifrable para Beatriz.

—Eso, querida, lo descubrirás en su debido momento.

—O sea que no está muerto.

Kimeo emitió una sonora carcajada y comenzó a andar hacia la zona más tupida de árboles; lo que parecía una cola plateada se meneó detrás de uno de ellos.

—Tan curiosa y descarada como tu padre —le dijo echando un vistazo atrás para comprobar que lo seguía—. Llegarás lejos.

No le dio tiempo a replicar porque un dracón plateado con cara de pocos

amigos se le echó encima, colocándole una de sus patas en el pecho y tirándola boca arriba al suelo. La espada salió despedida unos metros más allá, así que a Beatriz solo le quedó la opción de aguantar la respiración y observar al coloso que tenía ante ella. El dracón acercó su rostro a apenas unos centímetros del suyo, y por raro que pareciera aquellos ojos plateados como el acero le inspiraron confianza. En su mirada vio algo muy familiar que le hizo sonreír, entonces el dracón sacó su lengua puntiaguda y le chupó la cara como si fuera un perrito, para después alzar el vuelo de golpe trazando una trayectoria circular alrededor de Kimeo.

—Silvera solía ser el dracón habitual de tu padre, creo que te ha reconocido por el olor. —Kimeo le acarició el lomo y Silvera pareció ronronear con un ronco rugido.

—¿Huelo como mi padre?

—Digamos que tienes su esencia en las venas.

Kimeo se montó en el dracón, tendiéndole la mano a Beatriz para que lo acompañara. La bruja la aceptó y como venía siendo habitual en aquellos días se vio volando entre nebulosas y nubes de polvo estelar, sintiendo el cuerpo caliente del enorme animal bajo sus piernas.

Sobrevolaron varias zonas repletas de vegetación y llegaron a un amplio océano, pero a diferencia del suyo de la Tierra, aquel tenía tintes violetas y rojizos.

—¿Por qué tiene ese color el mar?

—La base de todo este océano es piedra volcánica, y en ella crecen unas algas especiales con ese color violeta que ves. Tienen una capacidad de multiplicarse increíble y además son duras como el cemento de la Tierra.

Beatriz se quedó mirando aquel océano tan diferente al suyo propio, preguntándose cómo sería bañarse en ese agua, tocar con los pies aquellas plantas de color vivo y dejar que su dureza le arañara la piel. En el horizonte se empezó a perfilar el contorno de una isla que parecía un macizo rocoso, se alzaba intimidante en medio de la vasta superficie de agua que la rodeaba. Una fina línea de arena circundaba a las grandes rocas, que parecían tener huecos excavados en sus paredes.

Cuando se acercaron un poco más Beatriz pudo ver con claridad como oscuras grutas le daban bocados a las paredes rocosas, formando túneles cuyo final era imposible de ver. Pero fue cuando el cuerpo de un dracón rojo de gran tamaño asomó por una de aquellas grutas, el momento en el que Beatriz sufrió un escalofrío. Por si no fuera poco, dos dracanes más del mismo color y

mayor tamaño hicieron acto de presencia por otro de los oscuros túneles, y Beatriz no tardó en contar al menos cinco más.

—¿Qué demonios es esta isla?

—Solía ser la gruta del dracón, un lugar en el que dracanes y magos convivían en paz, pero desde que los rojos la invadieron ya nadie puede entrar allí.

—Solo espero que el sitio al que me llevas parezca menos hostil que esta isla.

Una carcajada ronca salió de la garganta de Kimeo, mientras comenzaba a descender ante la mirada estupefacta de Beatriz.

—Me temo, querida, que es justo ahí a donde vamos.

—¿Estás loco? —gritó Beatriz echándose las manos a la cabeza, pero en cuanto sintió que el trasero se le elevaba del asiento, las colocó de nuevo en la cintura de Kimeo—. Acabas de decir que ya nadie entra allí.

—Y es cierto, pero a mí me deben un favor y vengo a cobrármelo, querida. Hoy soy yo el demonio en este infierno.

—Si no nos comen antes.

—Eso no me preocupa, mi carne es ya vieja, dura y poco sabrosa; si empiezan por alguien será por ti.

Y con aquellas crípticas palabras llenas de jocosidad aterrizaron en el suelo arenoso, mientras Beatriz lo miraba con una furia apenas contenida. Se sorprendió al verse con la espada en la mano, ¿cuándo la había sacado? Pero Kimeo le puso una mano sobre el brazo que la portaba y negó con la cabeza.

—Nos destriparán sin mirarnos si ven esa espada, así que guárdala bien escondida bajo esta capa. —Kimeo le tendió una capa larga negra, con dibujos de estilizadas flores doradas—. El arma no te va a hacer falta.

—¿Cómo pretendes defenderte ahí dentro?

—No nos atacarán, ya lo verás.

Kimeo le guiñó un ojo y con paso decidido entró por uno de los túneles que daban paso a las entrañas de la montaña. No había luz alguna en aquella gruta, salvo la que se colaba por pequeños agujeros que de cuando en cuando encontraban en la pared de la montaña.

Beatriz puso una mano sobre el hombro de Kimeo, y se dejó guiar con la confianza que un ciego pondría en su lazarillo. Tampoco le quedaba otra opción y lo cierto era que aquel hombre parecía de fiar, en su sueño lo había sentido por la forma que tenía su padre de mirarlo, como si fuera un hermano fiel.

—¿Cómo conoces el camino? —susurró Beatriz, y sus palabras resonaron como un eco roto que rebotó en el pasillo de piedra.

—He vivido aquí, ¿recuerdas? Cuando esto era algo apacible.

Un rugido repleto de brutalidad les hizo saltar sobrecogidos, pegándose a la pared en un intento de discernir de donde procedía el ruido. Un ataque en la oscuridad tendría un final fatal para ambos. Con el corazón encogido Beatriz siguió caminando hasta un charco de luz que se abría paso a unos metros, y es que si miraban hacia arriba podían ver una abertura en el alto techo, por la que cabría de forma perfecta un dracón. El pasillo se hizo mucho más alto a ese nivel, así que aumentaron la precaución porque el enemigo se podía encontrar muy cerca.

Al final de la gruta se vio otra vez la luz, esta vez acompañada por un sonido de agua pleno, como si al traspasar el arco de piedra hubiera una cascada.

—Este pasillo lleva al jardín de verano, que se mantiene imperturbable todo el año. Muchos creen que es por su especial situación entre montañas, yo creo que la magia también ejerce su función.

—¿Los dracanes poseen magia?

—Los dracanes son pura magia, Beatriz, algunos tienen poderes que ni siquiera podemos imaginar.

—Solo espero que no los empleen ahora.

Cuando salieron al jardín de verano, Beatriz no pudo ni quiso evitar que se le abriera la boca, y es que el espectáculo era digno de observar. En el centro del valle situado entre montañas, había un amplio lago de un precioso color violáceo que invitaba a sumergirse en sus aguas; alrededor del mismo cientos de palmeras de diferentes tamaños, altas y esbeltas, se mecían con la suave brisa tropical. Donde no había palmeras, altas flores salpicaban de diferentes colores el exuberante paisaje. Algunas grises y negras, otras de pétalos enormes de un color esmeralda; varias que tenían el aspecto de un erizo con las púas de tonos multicolor.

Pero lo más raro y bello que había en aquel paraje eran los grupos de dracanes, todos rojos de diferente tonalidad, desde el rojo pálido a un candente color sangre. Y si algo tuvo claro Beatriz en la forma de volar o de sentarse en la vegetación, era que aquellos eran seres llenos de orgullo. Fueron a dar otro paso cuando un dracón de al menos siete metros de altura aterrizó ante ellos, las amplias alas extendidas en un claro intento de intimidación.

—¿Cómo habéis encontrado este lugar?

El dracón hablaba dentro de sus mentes y aún así Kimeo le contestó a viva voz.

—Este no ha sido siempre vuestro hogar.

El dracón miró fijamente los ojos plateados del hombre, analizándolo, decidiendo cual sería su final. Pero Kimeo intervino antes de que intentara atacar, sabedor de la escasa paciencia de aquella raza.

—Vengo a por un *alacrán dorado* y necesito que nos deis acceso a su gruta sin ser atacados.

—¿Y por qué debería hacer algo así en vez de devoraros?

—Tu amigo Camil te lo dirá. Dile que está aquí Kimeo Beca.

El dracón lo miró arrugando las escamas de su enorme cara, y con un leve aleteo de sus alas se elevó sobrevolando el lago, hasta llegar a la otra parte del mismo. Allí se dirigió a un grupo de dracanes, y tras un leve intercambio con otro rojo algo más pequeño, ambos salieron volando en direcciones opuestas. El primero volvió a donde ellos se encontraban y con una sonrisa que enseñó todos sus dientes, anunció en sus mentes:

—Camil no tardará en recibirlos. Seguidme.

Entonces alzó el vuelo pero al momento pareció reparar en que ellos no tenían la opción de volar. Kimeo se adelantó, sugiriendo:

—Mi dracón estaría encantado en servirme de medio de transporte por aquí dentro. No nos acompaña porque he pensado que era más prudente que se quedara fuera, hasta recibir vuestra aprobación para que entre.

—¿De qué raza es?

—Plateado.

El dracón rojo soltó un bufido, y una llamarada ennegreció la vegetación que se encontraba debajo de él.

—Supongo que puede entrar, mientras no sea dorado va bien. Odio a los dorados.

Con un silbido profundo lanzado al aire llamó a Silvera, el dracón hembra que les había llevado hasta allí, y esta apareció en el cielo llamando la atención de cuantos dracanes había en el valle. Un revuelo de bufidos resonó en las paredes rocosas, creando una reverberación que agitó más tanto a los animales como a los brujos. Algunos de los dracanes comenzaron a alzar el vuelo, pero el que había estado hablando con Kimeo y Beatriz voló más alto y creó un círculo de fuego en el cielo, consiguiendo captar la atención del resto.

En una serie de rugidos y bramidos roncós les comunicó algo que hizo que

todos los que habían comenzado a avanzar amenazando al dracón plateado, volvieron a sus posiciones. El dracón rojo se acercó a Silvera, y con una mirada apreciativa le indicó que lo siguiera, mandándole un mensaje a su mente.

—Me debes una, plateada.

—Yo siempre devuelvo los favores.

Ambos dracanes se miraron, estudiándose. El rojo repasó las escamas plateadas de Silvera, el brillo metálico que el sol de aquel planeta les arrancaba. Observó las alas finas y ágiles, a rayas con algunas partes de un blanco perlado. Y le gustó lo que veía. Sin pensarlo, con el ímpetu que caracterizaba a aquella raza de fuego, le dijo a través de la mente:

—Cuando llegue el momento me darás un heredero.

—Es un precio muy alto a pagar, ¿no crees?

Aunque aquel impulsivo y rudo dracón no le disgustaba en absoluto.

—Es lo único que quiero.

—Lo tendrás a su debido tiempo.

Silvera lo miró por última vez y voló hacia Kimeo y Beatriz, dejando que se montaran en su espalda para después seguir al rojo que había frenado a sus compañeros enfurecidos. Sobrevolaron el valle y se introdujeron en uno de los agujeros de la pared que penetraba aún más en el corazón de la montaña. Volaron por pasillos amplios, pasaron por dos aberturas que conducían al exterior y pintaban de luz amarilla la gruta, y finalmente llegaron a una estancia grande abierta en la roca, por cuyo extremo se podía ver la cortina de agua que se desprendía de una enorme cascada.

La humedad impregnaba cada centímetro de la pared de roca, con diferentes tipos de algas que cubrían gran parte de la misma, así que Beatriz comprendió que aquella estancia que parecía una húmeda garganta debía estar debajo de la cascada.

Protegido por la oscuridad del fondo de la gran cueva, se podía vislumbrar una silueta enorme que al apreciar su llegada, salió de las sombras para dejarse ver. Se trataba de un dracón rojo aún más grande que el que Beatriz había visto en la biblioteca con Melchor, con escamas de un color cobrizo que parecían cubiertas de barniz de lo brillantes que lucían. Una fila de cuernos le nacía en la frente y recorría toda la columna, pasando sobre las dos jorobas, hasta terminar en la punta de la cola, y las garras eran tan grandes como el cuerpo entero de Beatriz. Solo un detalle no cuadraba allí, una de sus patas no era cobre, sino de un color plata que parecía acero. El enorme dracón vio que

la mirada de la bruja recaía en aquella zona y movió sus dedos insensibles para que los viera.

—Es una pata de titanio articulada, tiene casi la misma movilidad que las mías y todo por el genio que tienes a tu lado.

Kimeo se adelantó y palmeó el metal de su creación con una sonrisa, pasando la mano por su superficie buscando imperfectos.

—Aún me sorprende que vaya tan bien.

—Debes de tener más fe en ti mismo, esto te salvó de que acabara contigo en su día.

—Y por eso estoy aquí. —Kimeo era directo como un cohete lanzado a su objetivo—. Necesito cobrarme el favor que me prometiste.

—Te escucho.

Kimeo señaló a Beatriz y la mirada del sabio dracón recayó sobre la bruja, mirándola de arriba abajo, desde el pelo chocolate hasta las botas negras.

—Ella es la protectora, la elegida este año para proteger las dependencias mágicas, y ya que el *aguijón dorado* que iba a ser destinado a tal fin ha desaparecido, necesitamos coger uno de tu isla.

—¿Cómo sabes que aquí hay alacranes de ese tipo?

—Ya sabes que he vivido aquí, sé muchas cosas de esta isla.

El dracón Camil miró a Kimeo y a Beatriz alternativamente. Su mirada roja poseía años de sabiduría, por eso sabía detectar cuando algún ser era poderoso, y de alguna forma intuía que aquella chica de ojos de oro lo era, a pesar de que ella no fuera consciente. Le gustaba tener entre sus conocidos a personas poderosas, por eso, con lo que pretendía ser una sonrisa, les comunicó con la mente:

—Os ayudaré y quedaremos en paz, Kimeo, pero ¿cómo pensáis coger al bicho en cuestión?

—Había pensado que lo cogieras tú, ¿qué te parece? —Se volvió hacia su compañera y le explicó—. Las picaduras de los alacranes dorados son mortales para los humanos y los brujos, a los dracanes no les afectan porque no son capaces de atravesar sus escamas.

—Seguidme.

Camil alzó el vuelo en apenas un segundo a pesar de la envergadura que debía arrastrar en cada movimiento, y sin mirar atrás se lanzó hacia la cascada, atravesando los cordones de agua mientras soltaba un bramido.

Kimeo y Beatriz se volvieron a montar en Silvera, que se lanzó en pos del dracón rojo sin dudar, mientras se despedía con un golpe de cabeza del dracón

que los había guiado. Con un grito agudo liberador atravesaron la húmeda cortina empapándose la ropa y el pelo con la fuerza del agua.

Beatriz se sacudió los mechones castaños y recibió con alegría el aire fresco que les golpeaba al surcar el cielo a mucha velocidad. Era curiosa la sensación de liberación que agitaba cada fibra de su ser al volar sobre el animal, como si algo dentro de ella explotara extasiado.

Realizaron un descenso en picado siguiendo el curso de un río que también poseía el extraño color lavanda, y recorrieron unos kilómetros hasta la desembocadura del mismo en el mar. Entonces Camil aterrizó sobre la fina arena del suelo y fue recorriendo la pared de roca hasta que encontró en la base de la misma, un agujero grande tapado con una tupida enredadera.

—Están ahí dentro, pero como habréis sospechado yo no quepo, así que me tendréis que coger un alacrán con una red y cuando lo saquéis yo le arrancaré el aguijón.

Beatriz apartó las plantas que tapaban el orificio, en el que apenas cabía una persona a gatas y puso un pie en el suelo arenoso que crujió bajo su peso. Al mirar qué había pisado descubrió trocitos de pequeños insectos muertos y se apartó con premura.

—Puaj, que asco. Yo no quiero entrar ahí.

Kimeo apareció con una especie de salabre construido con un palo y una fantástica red tejida de plantas, y le tendió el invento a Beatriz.

—Eres tú quién tiene que hacerlo, querida, busca la fuerza en tu interior.

Beatriz pensó en todos aquellos magos adolescentes que había conocido en sus escasos días en la escuela de magos, sus sonrisas sinceras e ingenuas, sus ganas por aprender. También pensó en el rostro de la chica que no conocía, esa que alguien había matado solo porque le tocaba la misión de proteger las dependencias mágicas, y supo que la Orden de Herodes no dudaría en atacar a los magos y demás seres mágicos si quedaban desprotegidos. Más inocentes morirían y no lo podía permitir.

Tomó aire reuniendo la determinación que necesitaba, cogió el salabre que Kimeo le tendía y con él en la mano se agachó hincando la rodilla en la arena dorada, sin pensar en nada más. Mientras avanzaba a gatas por aquel pasadizo iba notando como algo parecido a unos hilos, que imaginaba eran telarañas, se enganchaban en su pelo, rozando sus brazos y provocándole escalofríos. Pero continuó hasta que al fondo de aquella gruta vio algo que brillaba. No podía ser la luz del exterior porque había dejado atrás la playa, entonces ¿qué provocaba aquella luminosidad tan intensa?

Siguió avanzando espoleada por la curiosidad y cuando llegó a la fuente de luz se quedó boquiabierta, porque el pequeño túnel desembocaba en una cueva redonda, y las paredes y el suelo de aquella estancia estaban cubiertas por completo de alacranes de un furioso color dorado, de manera que cada animal parecía una pequeña estrella. La visión le recordó a Beatriz a esas películas de tesoros de un reluciente color dorado, solo que en aquella escena el tesoro se movía sin cesar buscando su próxima presa.

Sin perder tiempo alargó el salabre y uno de ellos se enganchó en la red de hojas que Kimeo había tejido. Beatriz comenzó a desandar el camino deseosa de salir al exterior, y apenas le quedaban dos metros para llegar cuando escuchó un chillido agudo.

Dejó de notar cualquier parte del cuerpo y se quedó paralizada en aquel túnel estrecho, con un único pensamiento en la cabeza: “Quiero vivir”. Pero la vida parecía incompatible con la angustia que le corroía por el estado de parálisis de sus músculos; no sentía nada salvo la cara, y eso empezó a no sentirlo también. El túnel desapareció y ante sus ojos apareció el cielo de un color azulado que disminuyó su pesar. La mirada plateada de Kimeo la estudió desde arriba con expresión demudada al espanto y Beatriz confirmó que algo grave sucedía.

—Le ha picado un alacrán, tenemos que limpiarla —explicó con urgencia.

El dracón rojo se acercó a ella y pudo ver cómo llevaba una afilada uña a su antebrazo y se lo rajaba sin dudarle. Quiso gritar ante aquella visión, veía la sangre fluir con soltura del corte abierto, pero no sentía dolor. Era como si sus músculos se hubieran vuelto de cartón, rígidos e insensibles, rompibles con facilidad.

Kimeo le cogió el sol de la sanación que llevaba colgado al cuello, apretando los dientes con fuerza porque a su contacto ardía, y para su asombro lo introdujo en la raja que había hecho el dracón en su brazo. Beatriz quiso gritar cuando la boca del animal se acercó a la herida, soltando su aliento en forma de hilo de fuego sobre la misma, consiguiendo cauterizarla para que no saliera más sangre.

—Y ahora toca esperar. —Vio cómo Kimeo le cogía una mano y para sorpresa y espanto de Beatriz, sus dedos y todo el brazo habían adquirido una tonalidad dorada. Kimeo la miró con intensidad, sus ojos plateados oscurecidos—. El alacrán dorado con su picadura consigue que el ser al que inyecta su veneno se transforme en una estatua de oro, que luego enseña de trofeo al resto de sus congéneres. Pero contigo no pasará. Tienes que salir de

esta porque si tu padre está vivo, me matará cuando se entere de que te ha ocurrido algo.

Beatriz consiguió mover un poco la cabeza, bajando la vista a su hombro para comprobar que también poseía el tono dorado. Tragó saliva mirando al cielo y siguiendo su instinto intentó apretar sus músculos, ordenarles que lucharan ante la invasión del veneno. No le respondían, pero siguió intentándolo una y otra vez, apretó la mandíbula y cerró los ojos con fuerza, y luchó y luchó contra aquello que quería acabar con su vida.

De pronto sintió en su pecho un punto que ardía, que se fue haciendo cada vez más extenso. El calor se expandió por su cuerpo como si lenguas de fuego la recorrieran por todas partes, sintió dolor hasta el punto de que el dolor superó a todo lo demás. No existía nada más pero a su vez ese dolor desgarrador hacía que sintiera que estaba ganando la batalla, así que lo aceptó en silencio, se escondió en un rincón de su mente y dejó que su cuerpo librara aquella batalla encarnizada.

Cuando creía que ya no aguantaría más sintió como el dolor poco a poco iba disminuyendo en intensidad, y probó a mover los dedos de una mano, que al instante respondieron a su orden.

«¡Sí!», gritó su cerebro. Pero tenía que seguir comprobando. Movié la cabeza, los brazos y la barriga, las piernas, y sin pensarlo se incorporó con un esfuerzo tal que estuvo a punto de perder la consciencia, pero no lo hizo. Cuando consiguió sentarse abrió los ojos poco a poco, y observó como Kimeo y el dracón rojo la observaban sin parpadear. Una sonrisa exuberante se dibujó en los labios del amigo de su padre, y se lanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—¡Estás viva! —exclamó mientras la abrazaba con fuerza.

—¿Es raro que lo esté?

—Muy pocos sobreviven a una picadura, doy gracias porque tenemos el sol de la sanación y porque tú eres una sanadora muy poderosa.

Como si hubiese sido invocado con aquellas palabras, Beatriz miró a su derecha y vio la piedra cristalina flotando en un enorme charco dorado que la rodeaba por completo, mojando el suelo bajo su cuerpo. La bruja acogió el colgante esférico en forma de sol en la palma de su mano, y el ya conocido calor que le provocaba su contacto le correspondió, para volvérselo a colgar del cuello. Kimeo pasó la palma de su mano por el charco dorado y silbó sorprendido.

—Nunca había visto a nadie expulsar el veneno dorado de estos alacranes,

es algo realmente increíble. Si no me equivoco esto es oro líquido y debe valer una fortuna.

—No quiero nada que pueda venir de esos bichos.

—Pues me temo que este agujón te lo debes de llevar para cumplir tu cometido —habló el dracán en su mente—. Con lo que te ha costado conseguirlo, bien te valdría conservarlo bien. Aunque he de decir que ha sido un espectáculo digno de ver.

El dracán cobrizo le tendió el tieso agujón y sin tocarlo Beatriz lo metió en una bolsita de cuero que Kimeo le había preparado, guardándolo en el bolsillo de su pantalón. No entendía cómo algo tan pequeño podía ser tan importante como parte de una tradición ancestral, no sabía cómo algo de aquel tamaño podía hacer tanto daño.

—Gracias por tu ayuda, Camel. Espero que no nos volvamos a ver —dijo Beatriz antes de montarse en Silvera sin esperar a que Kimeo lo hiciera.

—Lo mismo te digo, bruja, me caes bien y en esta isla estás en peligro. Aunque ya sabes que puedes hacer tratos conmigo, siempre que me ofrezcas algo jugoso a cambio.

—Aunque ella quiera hacerlos, yo no la dejaré.

Aclaró Kimeo estrechando la zarpa de Camel. Se subió a su dracán, y con una inclinación de cabeza alzaron el vuelo, alejándose de aquella isla y del horror que en ella habían pasado. Solo Silvera tenía claro que antes o después debía volver allí, para cumplir su promesa con aquel rojo que la había protegido de las zarpas de los demás.

Volaron hasta el bonito Quiorum, aterrizando lejos de las dependencias de Moruena para que esta no les viera llegar. Beatriz se peinó el pelo con las manos, llevando los dedos al bolsillo para comprobar que la bolsita con el agujón seguía allí. Después miró a Kimeo que acariciaba con suavidad las escamas de Silvera y sintió curiosidad por él, por los intereses que lo movían.

—¿Por qué le escondes a Moruena tu visita?

—No confía mucho en mí desde que piensa que vendí el huevo de dracán, siempre sospechó desde que anuncié que lo habíamos perdido.

—Y lo vendiste, ¿no es así?

—No por los motivos que tú crees. —Kimeo suspiró bajando la mirada plata al suelo—. De una forma u otra, saber que aún hago pactos con los dracanes rojos le servirá para desconfiar todavía más.

—Después de lo de hoy yo sí confío en ti, así que dime, ¿por qué vendiste el huevo?

—Por el mismo motivo por el que tu padre robó la mirra. —Emitió un largo suspiro de pesar—. La Orden de Herodes lleva siglos acosando a las familias de los brujos para conseguir acabar con los Reyes Magos.

—¿Y qué pintáis vosotros en todo eso?

Beatriz necesitaba entender los motivos por los que su padre había cedido a las peticiones de aquellos seres crueles.

—Cuando amenazan lo que más quieres, Beatriz, debes hacer lo que sea por protegerlo. Tu padre siempre ha protegido a su familia y yo hago lo mismo con la mía.

En eso residía el secreto, pues su padre solo quería proteger a su familia de los herodianos, con la mala suerte de que ni siquiera podía contarles que existiera un mal así. Beatriz notó como las lágrimas acudían a sus ojos y mirando a Kimeo dejó que salieran, frías contra su piel caliente.

—Quiero encontrar a mi padre, o lo que quede de él.

El fiel amigo de Víctor la miró largamente, haciéndose uno con su dolor, comprendiendo su pesar y la forma que tenía ella de echarlo de menos. Y a pesar de saber que no debía, le contó sus temores como ella había hecho con él.

—Me temo, Beatriz, que la última vez que supe de él estaba en la Fortaleza de Hércules. Y muy pocos consiguen salir de allí.

Beatriz vio sus sospechas confirmadas, sus sueños estaban en lo cierto. Cogió la pesada llave con forma de soldado que aún llevaba encima, esa que había salido de sus sueños, y la puso ante los ojos de Kimeo.

—Esta llave abre una puerta de esa Fortaleza, así que iré para descubrir cuál.

Kimeo sonrió ante la valentía y el arrojo de la joven.

—Si lo necesitas, Beatriz, te acompañaré encantado.

—Toda ayuda es bien recibida, pero antes tengo que solucionar unas cosas en casa.

—Estaré esperando, querida.

Con una gran inclinación a modo de despedida, Kimeo se subió a Silvera guiñándole un ojo a Beatriz. Como una exhalación se elevaron en el cielo, perdiéndose entre las copas de los árboles. Cuando desaparecieron, Beatriz sacó la campana que Moruena le había tendido estudiándola de cerca: la inscripción de la mujer y el dracón, el bonito péndulo que se balanceaba al más leve roce. Sin pensarlo la tocó, arrancándole unas notas agudas que el aire transportó hasta el fino oído de Moruena.

Esta se levantó de la mesa tras la que terminaba de confeccionar los pagos en la reserva, y con un silbido llamó a uno de sus dracanes que la llevó raudo hasta donde Beatriz se encontraba.

Al llegar allí, Moruena olfateó el aire como si de un sabueso se tratara, y miró a Beatriz de arriba abajo buscando algo.

—Hueles diferente, ¿has hecho algo especial durante este tiempo?

Pero Beatriz no pensaba malgastar ni un segundo allí parada, ya tendría tiempo de hablar con ella por el camino, porque tenían mucho que hacer. Después de la picadura del alacrán dorado sentía el cuerpo dolorido, pero la mente estaba en ebullición.

—Te lo contaré todo más tarde, pero necesito que ahora me acompañes a mi casa. Tengo un asunto que resolver.

Moruena la estudió con sus sagaces ojos marrones; llevaba el cabello rojo recogido en un moño alto y uno de sus ponchos multicolor cubriéndole los hombros, y se notaba a la legua que había algo que le preocupaba en Beatriz, pero no conseguía dar con ello.

—Te ayudaré, señorita Bianchi. Solo espero que cuando lleguemos a tu casa me cuentes ese secreto que tú y yo sabemos que escondes.

—Lo haré.

—Abre ese túnel oscuro, pues.

Beatriz sacó con orgullo su espada y con trazos firmes dibujó la red de estrellas que formaría el túnel oscuro. Su mente traicionera a la hora de marcar el destino al que quería viajar, conjuró la imagen de una habitación real, muy diferente a la suya, dónde un Melchor de mirada triste miraba por la ventana al firmamento. En seguida apartó aquella visión de su cabeza y dibujó con precisión en su mente el salón que había sido su hogar en los últimos años, ilusionada con el hecho de volver a ver a su amiga y tranquilizarla.

Pero por mucho que le fastidiara era imposible engañarse, el único lugar al que quería ir era con él, no se imaginaba su existencia otro puñado de años más sin estar a su lado. ¿Qué iba a hacer?, ¿perdonarlo?, ¿no perdonarlo pero intentar estar con él?, ¿pasar página? La decisión era tan complicada que apenas sintió el golpe cuando salió disparada del agujero negro, chocando contra algo caliente y blandito que amortiguó la caída.

14. En las garras del mal

Beatriz se levantó del suelo después de dar varias vueltas por la tarima de color cerezo, esa que tantas veces había pisado con los pies desnudos y un tazón de cereales camino de ver su serie favorita. Habían sido pocos años los compartidos en aquel piso con su amiga, pero los había disfrutado y atesoraba muy buenos recuerdos.

Buscó con la mirada y no fue a Moruena a quién encontró, sino a su amiga Elena que se frotaba el costado apoyada en la pared, intentando comprender qué la había golpeado. Cuando su mirada recayó en Beatriz una gran sonrisa incrédula se extendió en su rostro, de esas que encandilan y alegran el corazón desde dentro, y acto seguido se lanzó a sus brazos, por lo que Beatriz no pudo hacer otra cosa más que abrirlos y dejarse arrollar, acogiéndola con todo el cariño que se tenían.

—¡Bea! ¿Dónde coño te has metido todo este tiempo, nena? He llamado hasta a un amigo policía para que investigara dónde estabas.

—¡Te dejé un mensaje! Y otro a mi madre.

—Sí, también la llamé a ella. —Elena torció el gesto en una mueca de descontento y después cogió el rostro de Beatriz entre sus palmas, estudiándola—. Estaba muy preocupada por ti, Bea. A mí no me cuadraba que te hubieras ido sin apenas avisar.

—A ella sí le convenció mi mensaje, ¿verdad?

—Ella me dijo que seguro que te apañarías, que eras fuerte como tu padre.

Beatriz rumió aquellas palabras en la mente y las vio desde otra perspectiva. Su madre tenía que saber algo del origen mágico de su padre, debía conocer la posibilidad de que la magia recorriera sus venas. Sin duda debía hablar con ella cuanto antes.

—Y lo he hecho, ¿no es cierto? —Beatriz abrió los brazos para mostrarle la verdad de sus palabras—. Aquí estoy, sana y salva.

Elena volvió a centrar su verde mirada en la de su amiga, poniéndose seria al ver su expresión risueña.

—Te noto diferente, Bea, más mayor, más... especial. —Deslizó los dedos por los mechones marrones de su amiga, tan brillantes y cremosos como el chocolate fundido, miró sus ojos que parecían doblones dorados de un tesoro pirata—. Estás preciosa, cariño.

—Tú eres preciosa, Elena.

—No dejaré que te vayas de nuevo.

Beatriz borró la sonrisa de su rostro, y no pudo reunir el valor para mirar a su amiga a la cara. Resbaló sus dedos por el pantalón hasta palpar el agujijón dorado, ese que casi la mata pero que de alguna forma la había hecho más fuerte. Tenía algo que acabar antes de tomar cualquier decisión, había sido elegida para proteger a la gente mágica aquel año y llevaría a cabo la ceremonia en el día indicado, costase lo que costase.

No lo hacía por el mago de ojos marinos, por supuesto, no quería volver a verlo o más bien no aguantaba las ganas que tenía de verlo, pero ¿cómo lo iba a perdonar? Se sentía una traidora hacia su padre solo por el hecho de pensar en hacerlo, aunque había una parte innegable en ella que deseaba ir al hogar de su Rey Mago favorito y hablar largo y tendido. Hablar con él; entenderlo, perdonarlo y amarlo.

Tomó una bocanada de aquel aire cómodo y conocido, a sabiendas de que tendría que esperar un tiempo para volver a aquella normalidad, sin saber si volvería a ser como antes en algún momento. Y entonces sí reunió el valor para mirar a su amiga.

—Aún no puedo quedarme, Elena, tengo unos asuntos que resolver.

Su mirada voló hacia Moruena en un intento de encontrar las palabras para explicarle a su amiga algo, pero ¿qué le podía contar? Melchor le había dicho que la existencia de los seres mágicos era un secreto para los humanos, así que ¿podría hacer una excepción? Elena siguió su mirada y observando fijamente a Moruena, se lanzó hacia ella como un ciclón. No se amilanó porque la bruja pareciera como esa hermana mayor que te regaña cuando observa que no vas por el buen camino, sino que tiró con toda su munición.

—Seguro que tú tienes la culpa de que Beatriz esté tan rara, ¿qué le habéis hecho a mi amiga? —increduló colocándose frente a ella con los brazos en jarras—. Si le estáis haciendo daño lo descubriré y sufriréis las consecuencias.

La fiereza de Elena y la forma que tenía de defenderla hinchó su pecho de orgullo. En la sonrisa templada de Moruena se podía ver también admiración.

—Quiero a Beatriz y mi único propósito es defenderla siempre. Ella está tomando sus propias decisiones.

—Beatriz nunca se ausentaría tanto tiempo del trabajo por voluntad propia.

—En estas semanas han pasado muchas cosas, Elena, cosas que han cambiado mi mundo y que aún no sé cómo encajar.

Elena volvió a observar a su amiga con tristeza, con una enorme preocupación cerniéndose sobre sus palabras.

—Pues cuéntamelas para que pueda entenderte.

Beatriz miró a Moruena con desesperación, y esta asintió con la cabeza, dándole el visto bueno para que le desvelara algo. Con un suspiro prolongado miró a su compañera de piso de nuevo, sabiendo que ella pensaría que había perdido la cordura.

—Verás, he descubierto que puede que mi padre no esté muerto.

Vio como la boca de su amiga se abría en una perfecta O.

—Pero, ¿qué me estás contando, Bea?

—Además también me han revelado que era brujo. —Entonces fueron los ojos de Elena los que se abrieron amenazando con salir de las órbitas. Beatriz aprovechó aquel momento para soltar la bomba final—. Yo también lo soy.

—¿Qué eres?

—Una bruja.

—Estás de coña.

—No.

El silencio inundó la habitación como una fría ola de vapor gélido; nadie se movía, apenas respiraban. Elena miraba a su amiga esperando que su cuerpo explotara y apareciera un alienígena en su lugar, como había visto en algunas películas; estudiaba su expresión en busca de signos de que la hubieran drogado o algo peor. Pero no encontró nada. Todo continuó en un estado de inmovilidad inaceptable. Así que le dio permiso a su cuerpo para apoyarse en una pared, algo que consiguiera darle la solidez que se había esfumado, y arrastró su espalda por la misma hasta dar con su trasero en el suelo.

—Estoy soñando —alcanzó a decir.

—Creo que no. —Beatriz se tiró a su lado y le dio un envolvente abrazo—. Sino no me sentirías, ¿verdad?

—Ahora mismo dudo hasta del aire que respiro.

Elena miró a su amiga, buscó en sus ojos amarillentos a la que había sido su compañera de piso en los últimos años y no vio nada diferente en ella, sí un cambio que no sabía explicar y la hacía parecer más serena, más madura. Pero sin duda era su Beatriz.

—¿Qué significa que seas bruja? ¿Tienes poderes como en las películas o implica algo más?

—Sé hacer cosas que antes ni podía soñar, así que sí, supongo que tengo poderes.

Beatriz se levantó y acercándose a una de las macetas que tenían sobre la barra de la cocina, la cogió poniéndola al lado de su amiga. Puso sus manos sobre el tallo ya mustio y cercano a la muerte, y cerrando los ojos visualizó una gota de agua en su mente, la acercó a sí misma y sintió cómo sus dedos se mojaban. Dejó que el agua empapara sus manos aún con los ojos cerrados y solo cuando dejó de sentir el cosquilleo húmedo en sus dedos, los abrió. No fue la plantita lo primero que miró, sino la expresión de Elena que era todo un poema.

Su amiga miraba hacia el suelo con la boca aún más abierta que antes, los ojos verdes llenos de lágrimas no derramadas. Elena era así, toda emoción sincera. Beatriz miró su obra y se llevó las manos a la boca sorprendida, porque el tallo raquítrico y marrón se había convertido en una planta verde llena de hojas y con varias flores rojizas engarzadas, dispuestas a brotar al más mínimo toque de sol.

Se miraron con la profunda complicidad de la verdadera amistad entre ellas, y se lanzaron a abrazarse como si no hubiera un mañana. Moruena las observó con dulzura deseando un abrazo como aquel de una persona que no se lo daría, al menos no por el momento. Y ella lo anhelaba tanto...

Decidió intervenir entonces:

—Sabe hacer muchas cosas más, por eso la necesitamos ahora.

Elena se levantó del suelo, dirigiéndose a Moruena.

—¿Es algo peligroso lo que lleváis entre manos?

—El peligro está en todas partes, querida, caer en su red solo depende de las cartas que nos eche el destino.

—Eso es un sí.

—Hay gente peligrosa que intentará hacerse con la suya, pero ya te he dicho que yo defenderé a Beatriz con mi vida si hace falta.

Elena sonrió en un gesto de gratitud a aquella peculiar mujer de pelo y ropa coloridos y extravagantes. Y entonces recordó algo.

—Rafael no ha parado de llamarme en todo este tiempo, intentando localizarte. Tienes que ir a verlo antes de irte a donde quiera que sea, si no se morirá de un infarto.

—Es un riesgo innecesario —concluyó Moruena.

—Es nuestro amigo y quiere mucho a Beatriz.

—Le puede llamar y tan contentos.

Beatriz se mordió las uñas en un claro gesto de nerviosismo, dividida entre mil ideas, hasta que visualizó la imagen de Rafael buscándola incansable, con

esa expresión preocupada que tan rara vez mostraba.

—Iré a su piso unos minutos antes de marcharme para que se quede tranquilo.

Moruena contrajo el gesto en una clara expresión de desacuerdo.

—No deberías tentar a la suerte, Beatriz, Melchor tenía razón en el peligro que conlleva esta visita.

—¿El Melchor del otro día? —preguntó Elena llena de curiosidad.

—Un hombre apuesto, guapo y que quiere a tu amiga por encima de todo —se adelantó Moruena. Beatriz le contestó con una mirada furiosa en sus ojos.

—¿El Melchor de tu adolescencia, verdad? —siguió indagando Elena.

—No es nadie que deba preocuparte.

—Tiene nombre de Rey Mago.

—Eso es porque lo es.

Moruena intervino otra vez, a pesar de que parecía que la otra bruja echaría humo por las orejas de un momento a otro.

—¿Hay un Rey Mago enamorado de ti, Beatriz?

—Los Reyes Magos no existen, Elena —. «Mentirosa», pensó para sí.

—Las brujas tampoco y tengo delante a dos.

Beatriz resopló intentando apartarse el pelo de la cara junto a su frustración, y para sorpresa de su amiga sacó una enorme espada brillante que empezó a manejar con soltura en el aire, trazando la red de estrellas que daría lugar a un túnel oscuro. De nuevo Elena la observaba boquiabierta, así que cuando encogiéndose de hombros Beatriz le tendió la mano, no dudó en aceptarla.

—Ahora no pienses en nada y déjate llevar, este viaje te podría marear.

Para no dar lugar a que se preocupara, acto seguido se lanzaron al abismo oscuro que se abrió ante ellas, seguidas de cerca por Moruena. Sintieron como el estómago se hacía una bola y parecía centrifugar. Justo cuando la angustia era insoportable el túnel las escupió con fuerza, chocando contra una gruesa puerta de madera que las hizo rodar por el rellano de una escalera.

Beatriz miró alrededor y descubrió que estaban en el edificio de Rafael.

—No entiendo qué hacemos aquí fuera, yo he visualizado la casa de Rafa, deberíamos estar dentro.

Moruena se levantó del suelo y olisqueó el aire como si fuera un perro sabueso. Acercó la nariz a la madera de la puerta entrecerrando los ojos.

—Aquí hay una barrera mágica, por eso no te puedes colar en el interior de la casa.

Entonces Beatriz se temió lo peor. ¿Habría ido algún brujo a atacar a su amigo Rafael? Tenía que descubrirlo. Se levantó del suelo con premura lanzándose hacia la puerta para aporrearla con ambas manos. Con semejantes golpes los vecinos no tardarían en salir para ver qué pasaba, pero a ella le daba igual, solo quería encontrar a su amigo cuanto antes.

Fue a dar el siguiente golpe pero su puño se perdió en el aire, y a cambio un somnoliento Rafael apareció en el umbral de la puerta. Miró con extrañeza a Beatriz abriendo los ojos de golpe, entonces repasó a Moruena y Elena, a la primera con desconfianza y a la segunda con alivio. Pero se olvidó de todo durante unos instantes para lanzarse hacia Beatriz y acogerla en un cálido abrazo.

—Me has tenido muerto de preocupación, Bea, eres una inconsciente.

—No sabía que me tenías en tanta estima. —Sus palabras tintadas de ironía, sonaron amortiguadas contra el pecho de su amigo.

—No es solo mi cariño por ti lo que me mueve, sé que corres un peligro real ahí afuera.

Beatriz levantó la cabeza sorprendida, y se quedó mirando los ojos oscuros de su amigo, ese con el que tantos momentos felices había compartido. Vio en su rostro una expresión mortalmente seria que para nada conocía. Él se separó y empujando a las tres mujeres al interior de la casa, cerró la puerta y los tres cerrojos que tenía. Se sacó del bolsillo un saquito que cabía en la palma de su mano, y extrajo con gracia un polvo azulado que esparció por la madera de la puerta, desapareciendo entre sus lamas.

Beatriz no perdió detalle de todos sus movimientos hasta que Rafael se dio la vuelta aproximándose a ella. Pero una mano en alto de la bruja detuvo su avance.

—¿Quién coño eres?

—Soy tu amigo, solo eso.

—No me jodas, Rafael.

—Soy hijo de un mago, y he heredado parte de sus propiedades mágicas.

—¿Quién te ha dado *citrix*?

Rafael sopesó en la palma de su mano el pequeño saquito del que había sacado el polvo azul, que así se llamaba. Era una sustancia que muy pocos sabían fabricar, que al echarla sobre una superficie era capaz de detener a cualquier ser mágico, ya que anulaba la magia.

Con sus casi dos metros de músculo y abdominales marcados, su pecho desnudo y una dura mirada oscura, Rafa parecía salido de una película de

boxeadores, dispuesto a machacar al que se le pusiera por delante.

Emitió un suspiro de resignación ante la expresión severa y expectante de su amiga, y miró a Moruena que era quién se lo había preguntado, pero sus palabras iban dirigidas a Beatriz.

—Fue Víctor, el padre de Beatriz. Él vino a verme hace un tiempo, antes de que muriera.

Beatriz se dejó caer en el sofá del amplio salón, ese en el que tantas veces había reído, visto películas y hecho el amor. Con un desconocido al parecer. Rafael se apresuró a sentarse a su lado intentando coger sus manos, pero ella rehuyó el contacto.

—No me toques siquiera, maldito embustero —espetó encerrándose la cara entre las manos.

—No he mentado ni a ti ni a nadie. Ha sido una omisión de ciertas partes de mi vida que antes no te afectaban.

—No me andes con estúpidos eufemismos Rafael, que no estoy para gilipolleces, me has estado ocultando algo muy importante.

—¿Crees que cuando aún no sabías ni qué era la magia me hubieses creído? ¿Hubiera tenido algún sentido para ti hablar de magos, brujas y puertas malditas?

Beatriz lo miró intentando encontrar la verdad en aquellos ojos tan conocidos, y supo que su amigo estaba en lo cierto. Tenía razón pero no dejaba de joderla. ¿Por qué no hablarle de eso a ella? ¿Por qué ocultarlo al resto del universo? Entonces le echó en cara lo único que podía, como buena cabezona que era.

—Veías a mi padre a mis espaldas.

—Él me lo pidió y yo me negué, pero era amigo de mi padre y no podía darle de lado eternamente. Además cuando supe que solo quería protegerte no dudé en atenderle.

—¿Protegerme de quién?

No le dio tiempo a contestar. La ventana explotó en mil pedazos con un terrible estruendo que les hizo llevarse las manos a la cabeza, en un pobre intento de cubrirse del peligro que aún desconocían. Una lluvia de cientos de astillas y cristales les agujeró la piel, tirándose al suelo para intentar esquivarlos. Una extraña niebla inundó la pequeña estancia, haciendo imposible ver lo que les rodeaba. Pero lo que desató el pánico en Rafael fue el sonido de unas botas saltando al interior de la casa, ¿quién había conseguido entrar en su casa? Nadie mágico, seguro, porque el *citrix* se lo

habría impedido. Buscó las manos de Beatriz y Elena, y tirando de ellas les indicó:

—Seguidme, Moruena cógete a Elena.

Fueron reptando pegados al suelo atravesando el mar de niebla en el que estaban inmersos. Pero Rafael no necesitaba ver nada porque aquella había sido su casa desde siempre. Su abuelo se la había dejado en herencia a su padre, y este a él como hacía poco se había enterado. El estómago se le encogió con el recuerdo de la reciente muerte de su padre, pero se obligó a seguir adelante hasta una de las numerosas trampillas secretas que aquella casa escondía.

Accionó la palanca que había debajo de la barra de la cocina, y esta se elevó, levantando un trozo de pared a su paso que hacía las veces de una pequeña puerta. Tirando de la mano que llevaba a Elena, la lanzó hacia el agujero que se había abierto en la pared. Como Elena iba arrastrando a Moruena, esta última también se coló por la trampilla.

Le tocaba el turno a Beatriz que empezó a atravesar aquella entrada secreta, pero una garra fría y firme cayó sobre su pierna impidiendo su avance. La bruja tiró con todas sus fuerzas para liberarse, sacudió la pierna para zafarse de aquel agarre que le impedía la ansiada libertad. Pero fuera lo que fuese lo que la cogía, parecía inamovible.

Con un gemido de frustración continuó revolviéndose como una lagartija, deseando ser como estas para poder cambiar las piernas y escapar, pero no tenía esa suerte. Rafael la miró desde el hueco abierto en la pared, observó al tipo fornido que sujetaba a su amiga y lo cerca que estaban los otros tres que lo acompañaban, y sin dudarle saltó de nuevo al exterior de su salón aún inundado de niebla. Golpeó la palanca bajo la barra y la trampilla secreta se cerró de golpe, y no conforme con ello le dio una fuerte patada al mecanismo que crujió en protesta para después romperse. Así nadie podría perseguir a Elena y Moruena, al menos tenía un frente cubierto.

Uno de los gorilas de negro que los perseguía soltó una maldición.

—La bruja pelirroja ha escapado, señor.

Nadie le contestó, por lo que supusieron que estaría hablando por un pinganillo. Beatriz sintió como dos fuertes manos la cogían por debajo de las axilas, tirando de ella para que se levantara. Intentó oponer resistencia pero el tipo que la sostenía lucía una fuerza descomunal. Entonces la misma voz añadió:

—La tenemos a ella, y también un incentivo.

Sin comprender las palabras de aquel hombre Beatriz miró hacia delante, y entre las brumas ya dispersas vio a su amigo Rafael, que estaba de pie con otro de aquellos matones a su lado. A pesar de tener un amenazante cuchillo en el cuello lucía su característica sonrisa, tintada con un deje de provocación que lo hacía parecer invencible. Eso le hizo comprender el significado de incentivo: utilizarían a Rafael como rehén si ella se negaba a lo que fuera que quisieran. Aquello no pintaba bien.

Una figura se colocó ante ella, un hombre con el pelo rapado y negro, de mediana edad. Alto y corpulento, parecía un general del ejército y puede que lo fuera entre aquellos matones. Una capa roja adornaba sus anchos hombros, como si fuera un superhéroe, pero bien sabía ella que era todo lo contrario.

—Beatriz Bianchi, me ha costado mucho encontrarte.

—¿Quién eres tú? —Beatriz se intentó sacudir las manos que le apretaban con firme agarre en las axilas, pero estas no cedieron—. Si eres el que manda aquí me gustaría que les dijeras a tus hombres que me suelten.

Una sonrisa perturbadora adornó sus finos labios.

—Me encantaría atender tus peticiones, señorita Bianchi, pero me temo que no colaborarías en lo más mínimo, y yo necesito tus servicios.

—No pienso ir contigo a ningún sitio, ni hacer nada de lo que me pidas.

Los ojos de aquel hombre se entornaron como rendijas oscuras y levantando la mano, le hizo una seña al compañero que tenía detrás, que se acercó arrastrando a Rafael con él. Cuando ambos estuvieron al alcance de la mirada de Beatriz, el que llevaba la voz cantante le asestó un puñetazo en la zona lumbar a Rafael que le hizo arquear la espalda ahogando un grito de dolor, entonces el otro matón impactó con su puño en el estómago de su amigo, que en esa ocasión se dobló hacia delante, como un tronco viejo partido. Pero se apresuró a erguirse para que su amiga observara la sonrisa que aún lucía en su rostro. Con la voz ronca por el dolor le gritó:

—Yo voy a estar bien siempre, Beatriz, no dejes que te dobleguen.

La respuesta a aquella frase fue una lluvia de puñetazos por los dos hombres que había junto a él, que consiguieron reducirlo en el suelo hasta que quedó hecho un ovillo. Beatriz intentó ir en ayuda de su amigo, se revolvió contra los brazos que la sostenían, que parecían haber echado raíces en su cuerpo de lo duros e inflexibles que la sujetaban, pero no consiguió nada. Entonces gritó todo lo alto que sus pulmones le permitían:

—¡Parad jodidos cabrones, iré con vosotros, pero parad!

La lluvia de puñetazos cesó de golpe, y el cuerpo de Rafael se quedó laxo

tirado en el suelo. Los brazos y las piernas como los de una marioneta que hubiera perdido su guía. Beatriz también se vio liberada y se lanzó sobre su amigo, cubriendo su cuerpo como si fuera su escudo. Temió que fuese demasiado tarde, que aquellos matones hubieran acabado con su vida, pero puso el oído en su espalda y comprobó que el corazón seguía latiendo.

—La próxima vez no sobreviviré, señorita Bianchi. Quiero que lo tengas claro.

—Eres un asqueroso desalmado, ¿acaso no tiene valor para ti la vida de un hombre?

El hombre los miró con unos ojos vacíos de cualquier sentimiento, y se preguntó quién se tiraría al suelo por él si alguna vez caía en batalla. No encontró a nadie, a no ser que buscaran quitarle el medallón que lo señalaba como líder, bronceado y con una enorme H en el centro del círculo.

—Perdí mi alma hace mucho en una batalla, bruja, y sabes tan bien como yo que los hombres podemos ser prescindibles.

—Tú no eres quién para decidir quién lo es y quién no.

Una carcajada ronca y exenta de humor rompió en la garganta de su atacante, sus ojos eran profundos como pozos de petróleo.

—En esta habitación al menos sí que lo soy, pero si sigues mis órdenes nadie morirá, al fin y al cabo tú eres la que decide quién muere y quién no. —Beatriz lo miró con todo el odio que se desbordaba de su mirada de whisky añejo, y al hombre no le cupo duda de que estaba ante una bruja muy peligrosa repleta de poder. Emanaba de su cuerpo, se sentía en el ambiente—. Y me llamo Jacob, señorita Bianchi, Jacob Mendel.

Beatriz observó como Rafael volvía el rostro hacia ella, su mirada brillaba reflejando un sentimiento inexistente hasta entonces: temor. Vio que sus labios susurraban un «cuidado» mudo mientras apoyaba las palmas en el suelo intentando levantarse. Beatriz lo ayudó a ponerse en pie, y cuando lo consiguieron un túnel oscuro se abrió ante ellos. Hacia un destino incierto, pero en aquel momento no le quedaba más opción.

—Vosotros primero —invitó Jacob con la mano extendida hacia el túnel, esperando que avanzaran.

Beatriz sostuvo sobre sus hombros el brazo de su amigo y lo ayudó a caminar con firmeza. Saltaron al interior oscuro que los esperaba perdiéndose en la espesa negrura, ya encontrarían después una solución a todo aquello.

15. La caricia de la muerte

Melchor daba vueltas sin cesar de un lado a otro de su flamante despacho, ese que no quería seguir poseyendo porque le impedía tener lo que más deseaba. Era curioso dedicarse a cumplir deseos de los demás y que él no pudiera satisfacer los suyos propios. Solo quería estar con Beatriz las veinticuatro horas del día; besarla, amarla y adorarla como ella se merecía. Estar al servicio de todas sus necesidades.

Suspiró expulsando todo el aire viciado de preocupación de su cuerpo y se dirigió al mueble bar a coger *licor de supernova*. Si algo le había pasado a Beatriz se haría adicto a él. Terminaría como esos magos ambiciosos que no son elegidos reyes tras la ceremonia de coronación, lamentándose envuelto en el agradable sopor que el famoso licor dejaba. En aquel momento no le importaba otra cosa más que encontrarla, a pesar de que ella le había pedido que no la siguiera, y no parecía haber ningún progreso en su búsqueda.

Desesperado como pocas veces en su vida se dispuso a sentarse para terminar de trazar el mapa de los deseos de aquella noche, cuando notó cómo el espacio en la habitación se modificaba. Se puso en pie y sacó su espada, apretándola fuerte en el interior del puño. Las visitas inesperadas en su despacho eran de lo más inusual, más aún que se tratara de alguien que entraba sin permiso, ya que aquellas dependencias estaban protegidas con hechizos mágicos y la protección del *aguijón dorado*, que aún no había caducado.

Delante de él se comenzó a expandir un pequeño punto negro, hasta alcanzar el tamaño necesario para que cupiera una persona. Dos cuerpos salieron volando del interior del túnel, uno de ellos rodando limpiamente por el suelo y el otro en un manojito de piernas y brazos difícil de seguir. El pelo rojo de la primera no daba lugar a dudas y Melchor corrió a su encuentro:

—Moruena, ¿qué haces aquí?

Le tendió la mano, apoyo que aprovechó la bruja para levantarse sacudiéndose el vestido y el poncho que llevaba.

—Tenemos serios problemas, querido.

Melchor miró a la otra mujer que había aterrizado en la habitación y sintió como el aire se quedaba atrapado en sus pulmones como una masa rígida, impidiéndole seguir respirando. ¿Qué hacía la compañera de piso de Beatriz allí? Eso no podía suponer nada bueno.

—¿Elena?

—¿Quién eres tú y por qué conoces mi nombre?

Melchor alzó la ceja cuando apreció mejor a la bonita chica rubia que tenía ante él, retadora y con la cabeza bien alta a pesar de todo el mundo extraño que la rodeaba. Así que la probó para tantear cuánto sabía.

—Soy un Rey Mago, bonita, y nosotros lo sabemos todo.

Elena achicó los ojos y puso los brazos en jarras.

—Sí, claro, seguro que Beatriz te ha ayudado en eso. —Lo miró de arriba abajo, pero no con la mirada hambrienta que solían dedicarle, sino más bien analizándolo por dentro—. ¿No deberías llevar una barba para ser Rey Mago? Porque está claro que no eres Baltasar.

—La leyenda no explica del todo qué somos y cómo somos, digamos que hemos evolucionado desde nuestros ancestros. —Extendió la mano, ofreciéndosela—. Soy Melchor.

—Tú eres el que está enamorado de Beatriz.

La mano de Melchor se quedó rígida un segundo para después sonreír abiertamente, como un tigre que se hincha orgulloso de sus hazañas.

—Completamente enamorado y obnubilado por tu amiga.

—¿Ella lo está de ti?

—Creo que no soy yo quién debe responder a esa pregunta. —La expresión del mago se ensombreció, y soltando la mano de Elena se dirigió hasta la mesa sentándose sobre la misma—. Supongo que ahora más bien me odia.

—Tiene motivos —le indicó Moruena sin vacilación, mirándolo a los ojos.

—Tú más que nadie sabes que eso no es así.

El mago y la bruja se quedaron mirándose bastante tiempo hasta que Moruena meneó la cabeza de un lado a otro, levantando las manos entre ellos.

—En realidad no tiene importancia, lo que urge ahora es intentar liberar a Beatriz.

—¿Quién la retiene? —La expresión de Melchor se volvió fiera, arrugando el ceño y mirando fijamente a la bruja—. Dijiste que cuidarías de ella.

Los ojos de Moruena se iluminaron como brasas candentes y su piel comenzó a brillar como si tuviera el sol en su interior. La expresión de su rostro se contrajo en una mueca de pura furia.

—Nos han tendido una emboscada Melchor, tu deber era mandar a alguien para tenerla vigilada después de vuestra pelea, y no llorar por las esquinas esperando a que vuelva a tus brazos.

—Confíaba en tu poder para cuidarla, ya veo que me equivoqué.

—Eran inmunes al *citrix*.

Melchor la miró como si le hubiese aparecido una tercera cabeza.

—¿Eran gente no mágica? ¿Y de dónde has sacado tú *citrix*? Solo Víctor Bianchi consiguió perfeccionar la técnica de fabricarlo, y no sabemos si está muerto o desaparecido, así que seguro que él no lo ha fabricado.

Intercambiaron una mirada cargada de tensión y significado, y a Moruena se le encogió el estómago, porque en lo más profundo de su corazón y de una forma inexplicable, sabía que el viaje que estaban a punto de emprender le llevaría de nuevo a él. No estaba preparada para verlo, no quería que la volviera a atrapar ya que no podría escapar jamás.

—Está claro que no disponemos de toda la información respecto a los atacantes, porque Elena y yo apenas los vimos antes de escapar, y el *citrix* no era mío, era del amigo de Beatriz, Rafael.

—¿Por qué estamos aquí parados y no vamos tras Beatriz? —Elena levantó la voz con los brazos en jarras para llamar su atención—. ¡Cada segundo cuenta!

—Partiremos en unos minutos, pero estate tranquila porque si se han tomado tanto interés en capturarla, no les interesará matarla. —Moruena le dedicó una cálida mirada de sus ojos color avellana, que la ayudó a calmarse.

—Por el momento —susurró lúgubre el mago.

—Y no olvides que va con ese chico.

—¿Qué chico? —exclamó Melchor abriendo mucho los ojos.

—Rafael.

Elena no pudo evitar que una sonrisa adornara su cara a pesar de la situación tensa en la que se encontraban, ya que era indiscutible que el mago estaba enamorado de Beatriz dada la expresión de horror que lucía ante la mención de Rafael.

—¿Qué pinta él en todo esto?

Melchor odiaba a aquel tipo. Odiaba que cada año pidiera por Beatriz, no soportaba los días en los que se había asomado por la *ventana intermateria* al piso de Beatriz y la había visto allí, en el sofá, liada en una manta en brazos de aquel gilipollas. Y ahora estaba en medio de ninguna parte, con un tío que solo quería sobarla pero que no podía hacer nada para protegerla. Ni siquiera el poseer *citrix* les iba a servir si las personas que los habían apresado eran gente no mágica, ya que la sustancia anulaba poderes, pero no tenía otras propiedades.

—Fuimos al piso de Rafael y unos hombres entraron por la ventana,

haciendo estallar unas bombas de gas dentro de la casa para aturdirnos. Yo creo que debe ser un ataque de la Orden de Herodes, me cuadra con la forma de proceder y con que sean seres sin magia.

—Ese tipo tiene la culpa de que Beatriz no esté con vosotras, si no hubieseis ido a verlo...

—Habrían intentado cogernos de cualquier otra manera, además tienes suerte. —Moruena se acercó a la estantería dorada que había en la pared y cogió uno de los miles de cacharros que coleccionaba el mago, una esfera dorada y brillante que encerró en la palma de su mano—. El chico tiene algún tipo de poder.

Elena abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Creo que te equivocas.

—Para nada, y cuando los encontremos averiguaré cual es su linaje.

Moruena rebuscó en su bolsillo y sacó una pequeña placa metálica y plateada, del tamaño de una moneda. La dejó en el suelo para pincharla con su espada, y como si le hubiera aplicado calor, de la placa empezaron a salir finos hilos plateados que se fueron extendiendo como delgados afluentes que lamían el suelo de madera. Se entrecruzaban y se hacían cada vez más largos, hasta formar una tupida red que parecía tejida por la más experta de las costureras.

Moruena dejó su espada a un lado, abrió la palma de su mano y miró la pequeña bola dorada que había cogido de la estantería, volvió a encerrarla en su puño y bajó la cabeza, apoyándola en sus manos entrelazadas.

De sus brazos nacieron unos haces de luz que se extendieron por todo su cuerpo, quedando iluminada con un resplandor que la hacía parecer muy poco humana. De su pelo salían unas finas lenguas de fuego que ondulaban entre los mechones rojizos. Unas palabras nítidas en un tono suave y lírico salieron de sus labios, como una petición devota:

—Oh manto de estrellas que todo lo sabes y los sueños tejes, ayúdame a encontrar a quién busco.

Sin levantar la cabeza sus manos se abrieron, lanzando la pequeña bola dorada al entramado plateado del suelo. En cuanto la esfera entró en contacto con aquella materia, una explosión de luz inundó la habitación y todos se tuvieron que tapar los ojos con urgencia. Después se volvió a escuchar la voz de Moruena, esta vez en el tono enérgico que solía emplear.

—Ya podéis abrirlos.

Ante los ojos de los tres, se extendía lo que parecía un mapa de estrellas

tridimensional, y sobre uno de los astros brillantes flotaba la esfera dorada, suspendida en el aire. Elena se acercó hasta ese punto boquiabierto, intentando buscar la explicación física a que aquel objeto se sostuviera flotando sin ningún soporte aparente. A su lado se encontraba Melchor, que también se había acercado a observar el mapa estelar tan insólito como magnífico.

La risa de Moruena campanilleó risueña ante la expresión de Elena, y su dedo se posó sobre el punto marcado.

—Están en la constelación de Hércules. Mucho me temo que podrían haber hecho algo tan estúpido como ir a la Fortaleza.

—¿Por qué sería estúpido?

Elena estaba cansada de ser la única que no se enteraba de nada, ya que en todos sus años de vida siempre había sido la más rápida pillando cada detalle.

—La Fortaleza de Hércules posee un poder devastador que ningún humano ni ser mágico podría manejar. —La voz de Moruena había adquirido el tono que se emplea para contar un terrible secreto—. Aún así ha habido muchos que han intentado sobrevivir entre sus muros.

—¿Qué les ha ocurrido?

Una risa rasposa y exenta de humor salió de la garganta de la bruja.

—Nunca han sido encontrados.

—Quizás se hayan quedado a vivir allí.

—Puede que lo descubramos dentro de poco —intervino Melchor mientras garabateaba en una pequeña cuartilla algo que ninguna llegó a ver.

Entonces emitió un profundo silbido y en la ventana apareció un dracón dorado que rugió bajito, lo suficiente como para ponerle a Elena los pelos de punta. El mago le entregó la misiva y el animal asintió con la cabeza, para después desaparecer dejando una estela dorada en su lugar. Melchor rezó esperando que Gaspar leyera aquella carta a tiempo por si su plan no funcionaba; echaba mucho de menos sus pausados consejos y su mente analítica y despierta. Pero no podía esperar a tener una respuesta por su parte, cada minuto contaba si quería recuperar a Beatriz sana y salva. Y estaba dispuesto a partir cuanto antes. Además el destino no podía resultar más adecuado, ya que tendría la oportunidad de buscar al padre de Beatriz entre aquellos muros.

Puso una mano sobre su anillo de protección, y la piedra roja se calentó bajo su contacto. Era la forma que tenía de llamar a su otro hermano mago, lo necesitaba si quería llevar a buen puerto su estrategia. No eran hermanos de sangre, pero entre los tres Reyes Magos, se solían llamar hermanos.

—¿Qué es ese bicho? —Elena todavía miraba impactada el lugar por el que había desaparecido el dracón.

—Un híbrido entre dragón y camello, es el transporte oficial de magos y brujas aunque si tú quieres montarte en uno, seguro que en mi casa de Quorum podrás hacerlo. —Moruena le guiñó un ojo para después centrarse en el mago que entraba por la puerta, con una simple camiseta de tirantes blanca y la sonrisa abierta que lo caracterizaba. La bruja sonrió en respuesta, con placer—. Mirándote, el chocolate se hace un placer de lo más necesario.

Baltasar exhibió su sonrisa con su habitual derroche de seducción, y al ver a Elena inclinó levemente la cabeza, cogiendo su mano entre las suyas y dándole un suave beso en el dorso de la misma.

—Encantado mademoiselle, soy el gran Baltasar.

—¿Otro Rey Mago?

Baltasar levantó la ceja escéptico ante una mujer que no reaccionaba a sus encantos. Por eso se esforzó un poco más.

—Yo soy el mejor de los tres, que no te engañen.

—Si nos ayudas a recuperar a Beatriz y Rafael, mi próxima carta estará dirigida a ti.

La expresión risueña de Baltasar se evaporó, volviéndose hacia su amigo.

—¿Qué le ha ocurrido a Beatriz?

—La han secuestrado, suponemos que la Orden de Herodes, ya que son sujetos no mágicos. Ahora está en la constelación de Hércules.

—¿Qué vamos a hacer?

Baltasar pensó en Gaia y la promesa que le había hecho. No podía dejar que volviera sola al planeta de los escorpiones, pero tampoco abandonaría a su amigo, por no mencionar la importancia de que Beatriz pudiera renovar el hechizo de protección en el día de la coronación de los magos. Melchor pareció leer en la cara de su amigo las emociones encontradas, intercambiando una mirada cómplice con él.

—Necesito que me ayudes a abrir un túnel oscuro lo suficientemente grande como para que quepan dos dracanes. —Crear un túnel de materia oscura de tanta envergadura requería un gran esfuerzo que dejaría a Melchor debilitado, y no se podía permitir perder ni un ápice de su poder cuando la vida de su amor estaba en juego—. Cuando llegemos a la Fortaleza quiero sobrevolar la zona para no tener sorpresas.

—Eso está hecho, tío. —Baltasar sacó su saquito con mirra, y con un suspiro de resignación miró a su amigo—. ¿Necesitas que te acompañe?

Melchor lo miró con el entendimiento de dos amigos de toda la vida. Sabía que Baltasar tenía pendiente algo muy importante y estaba seguro de que una de las hermanas Kinov era la responsable. Además debían resolver el misterio de la muerte de Alethea cuanto antes y lo mejor era dividir fuerzas.

—Tú ayúdame con ese túnel, como refuerzo ya tengo a Moruena que asusta con solo verla.

La bruja entornó los ojos con inquina cruzándose de brazos, algunas pequeñas lenguas de fuego se dejaron ver entre su pelo, como siempre que estaba enfadada. Y Baltasar se apresuró a aclarar:

—Asusta tu belleza, por supuesto, eres sobrecogedora.

Moruena entornó los ojos sin estar muy convencida, pero alzó la barbilla golpeando en el hombro a Baltasar a su paso, saliendo a la terraza del despacho, seguida de cerca por Elena que también les dirigió una mirada llena de desconfianza.

Con un puñado de oro en la mano de Melchor, y otro de mirra en la mano de Baltasar, las siguieron hasta la terraza situada a la izquierda de la habitación, en la parte más alta del Observatorio de Calar Alto. Respiraron el aire fresco de la luna con avaricia y tiraron ambas sustancias hacia el cielo, perdiéndose estas en la negrura de la noche mientras ambos Reyes alzaban los brazos al mapa celeste.

Elena miró en dirección al lugar en el que el oro y la mirra habían desaparecido, y se sorprendió descubriendo un cerco sin estrellas. Entonces sintió como el espacio a su alrededor empujaba su cuerpo, intentando absorberla. Un fuerte viento se movió ululando en una queja aullada con fuerza. La naturaleza no aprobaba lo que los Reyes estaban haciendo y ella tampoco lo hacía, fuera lo que fuese, porque sentía como si el suelo hubiera dejado de estar en su lugar. Moruena la cogió de la mano infundiéndole seguridad.

Desde el cielo hasta donde los dos magos se encontraban, se formó una ancha columna aún más negra que la noche misma, tan densa que era imposible ver nada a través de ella. Los magos mantuvieron los brazos alzados un poco más, los músculos y venas marcados por el tremendo esfuerzo realizado.

Todo cesó de pronto, el viento, la sensación de estar colgados en medio de ninguna parte, y cuando las dos mujeres abrieron los ojos sin ser conscientes de haberlos cerrado, observaron el grueso pilar negro que ondulaba desde el cielo frente a ellas. Imponente. Parecía construido por unos dioses oscuros que habían permitido la incursión de los hombres en su terreno divino.

—Tengo que decir que no esperaba algo así de vosotros. —Moruena se acercó a los dos hombres, dejando reposar las manos en sus respectivos hombros—. Nunca he visto nada semejante.

—Ni yo, Moruena, pero es una pasada, ¿verdad? —concluyó Baltasar resiguiendo su obra con la mirada.

—En marcha, chicas.

Melchor silbó con los dedos entre los labios y apenas pasaron unos segundos antes de que el aire se empezara a remover entre ellos. Dos dracanes, Tirallamas, el plateado de Melchor, y uno cobrizo con cara de pocos amigos, descendieron hasta posarse a su lado. Melchor y Moruena montaron sin esperar nada más, pero Elena se quedó allí parada mirando a los imponentes animales. Observó que Baltasar permanecía de pie mirándola.

—¿Tú no tienes uno de estos?

—Claro que sí, y es más grande y más chulo. —Baltasar le guiñó un ojo, tendiéndole la mano—. ¿Te ayudo a subir? Aunque tengan cara de malos, suelen ser agradables.

Elena alzó una ceja poniendo en duda aquellas palabras, pero dejó que el mago la cogiera por la cintura, impulsándola para colocarse tras Moruena. Al notar el doble peso el dracán cobrizo se removió incómodo, haciendo que Elena casi perdiera el equilibrio. Pero consiguió cogerse a la piel dura y cuarteada, respirando profundamente para después mirar a Baltasar.

—Gracias. —Y era una gratitud que salía del corazón, la incertidumbre de lo nuevo siempre le angustiaba más que la vivencia misma—. ¿Tú vienes?

—Me temo que tengo que atender otros asuntos por aquí. —Se acercó al dracán de Melchor, acariciándole la espalda en un gesto amistoso—. Le he prometido a Gaia que la acompañaría a la guarida de los escorpiones y voy a hacerlo.

—Después de lo que os pasó la última vez que los visitasteis, no creo que os reciban con los brazos abiertos.

—Yo pienso que más bien con los puños cerrados.

—Suerte que Gaia es la mejor golpeando. —Melchor miró a su amigo sonriendo, y deseó poder ir con él para protegerlo. Pero Beatriz estaba en peligro y no podía perder ni un minuto—. Lleva mucho cuidado, Baltasar. Piensa antes de actuar.

—Lo dices como si no lo hiciera habitualmente —contestó con tono jocoso, para después adoptar una pose más seria—. Cuídate tú también, y cuídalas a ellas.

—Yo no necesito que nadie me cuide —apuntó Moruena altiva.

Melchor hizo como si no la hubiera escuchado. La chulería de las brujas y brujos era insoportable.

—Eso haré. Si en una semana no tenemos noticias mutuas, nos buscaremos.

Ambos asintieron con la cabeza, sabedores del peligro que les esperaba en ambas misiones. Pero el miedo no era un rasgo que caracterizaba a los Reyes Magos, era necesario perderlo si querían vivir una vida medio normal, ya que el riesgo estaba presente en su día a día a todas horas. La Orden de Herodes pocas veces daba tregua más de un mes seguido, por eso era tan importante liberarse del paralizador miedo y hermanarse con la valentía, eso y la esperanza en que algún día la amenaza cesaría.

Despegaron en un espectáculo de alas plateadas y cobrizas, con una gracilidad que para nada deberían tener aquellos seres dada su envergadura. Pero subieron y subieron hasta perderse en el agujero negro, y Baltasar suspiró intentando llenar los pulmones del aire nocturno para diluir la tensión que tenía dentro.

No soportaba no acompañar a Melchor a algo tan arriesgado como adentrarse en la Fortaleza de Hércules, pero tampoco podía dejar sola a Gaia porque no se fiaba de ella, de su impulsividad y ansía de sangre. Podía mandar a un séquito de magos para que la protegieran, pero solo si él iba con ella se quedaría tranquilo. Y sabía bien cuál era el motivo, se moría por sus huesos, por el pelo ahora corto y despeinado, por esa lengua viperina que quería hacer desaparecer dentro de su boca.

Notó como un brazo ligero pasaba por encima de sus hombros, y el costado de Gaia se pegó al suyo, eliminando el poco frío que podía sentir. Cuando el olor a palomitas de maíz de la magia llegó a él, aderezado con ese aroma característico a regaliz y hierbabuena de la bruja, la boca se le hizo agua. Sin contenerse porque no veía motivos para hacerlo, pasó su brazo por la espalda de Gaia y la empujó para ponerla frente a él, impactando con sus labios en la succulenta boca femenina, de hinchados y rosados labios.

Cuando sus alientos se entremezclaron, Baltasar emitió un suspiro de placer. Aquella mujer le infundía vida con su contacto caliente y su sabor demencial.

Gaia se apretó contra el cuerpo de aquel mago enorme y se dejó arropar por la fuerza que emanaba de cada uno de sus músculos morenos, que parecían chocolate fundido esperando a ser lamido con deleite. Cuanto le gustaba aquel hombre, nunca en sus veinticuatro años de vida había sentido algo así por

ningún otro, como si una parte de su interior fuera desgarrada por bestias salvajes cuando no lo tenía cerca.

Sus lenguas se encontraron, hambrientas, frotándose rugosas la una contra la otra, succionándose y recorriendo los mullidos labios. Las manos viajaron emocionadas, las de Gaia recorriendo la amplia espalda del mago, anclándose a sus fuertes hombros. Las de Baltasar acariciando sus costados hasta posarse sobre el trasero, cogiéndolo con las palmas extendidas y aupándola para que ella enroscara las piernas en su cintura.

Permanecieron así mucho rato, fundiendo sus cuerpos el uno contra el otro ya que sus mentes solían estar más peleadas. Baltasar quería mucho más, deseaba que aquella increíble mujer que jadeaba bajito entre sus brazos estuviera dentro de su cama, que dejara a un lado la soberbia y le pidiera que le hiciera el amor despacio, disfrutando del roce de terciopelo de sus pieles, del increíble sabor que sabía que tendría en cada punto de su cuerpo. Pero no pensaba tomar la iniciativa, Gaia tendría que pedírselo o les privaría a ambos del goce de una noche juntos.

La bruja se separó un poco de él, lo justo para interponer entre ellos lo que parecía un mapa raído por el tiempo y el desgaste del mano a mano.

—Mira lo que tengo, maguito.

—Me gustaba más lo que yo tenía hace un segundo.

—¿Y qué era eso?

—Tu atención plena, tu deseo explotando en mi boca —Baltasar frotó sus labios contra los de Gaia con suavidad, deleitándose en la carne blandita e invitadora—, la posibilidad de explotarlo en otras partes de ti.

Gaia entrecerró los ojos, quitando las piernas de la cintura del mago y bajándolas al suelo.

—No tenías esa posibilidad, novatillo.

—Tu cuerpo no decía eso.

—Que yo sepa eres mago, no adivino.

—No necesito poderes de adivinación para entender el cuerpo de una mujer. —Su sonrisa más seductora brilló en sus ojos oscuros, y algo se estremeció en el interior de Gaia, sabedora de que decía la verdad—. Sé muy bien que me deseas.

La bruja intentó ocultar los sentimientos que latían en su interior por el mago, porque también sabía muy bien que cuando se los desvelara estaría perdida y a su merced. Y a ella no le gustaba depender de nadie, menos de un mago poderoso y atractivo como un ángel caído.

—Tu ego consigue marearme.

Intentó llenar sus palabras de sarcasmo y se sintió mezquina por ello, porque la sonrisa del rostro del mago se apagó aunque él tratara de ocultarlo. Pero ya había tomado ese camino de mantener cierta distancia con él y no había vuelta atrás. Por el momento. Si se perdía con él podía perder su objetivo prioritario, encontrar a su hermana Alethea viva o muerta, y eso no podía ocurrir.

Las manos de Baltasar abandonaron su cuerpo y le cogió el mapa. Lo estudió con ojos expertos bajo la luz de los astros que engalanaban el cielo, asintió un par de veces, le dio la vuelta mirándolo desde otra perspectiva, y finalmente señaló un punto.

—Entiendo que según la posición en el cielo, esto es el planeta de los escorpiones.

—Eso es.

Baltasar siguió mirándolo unos segundos, observó una red de líneas desordenadas que parecían estar dibujadas bajo las estrellas, cuarteando una parte del planeta de los escorpiones. En un absurdo intento por ver la imagen de más cerca la tocó, y algo cambió bajo las yemas de los dedos que sostenían el mapa. Le dio la vuelta y observó maravillado como toda la parte trasera del mapa, se había convertido en una imagen ampliada de la zona que había tocado.

—¡Es una red de túneles subterráneos! —exclamó ante la sorpresa de Gaia, ya que no pensaba que lo fuera a descubrir por sí solo—. ¿Cómo has conseguido esto? A juzgar por el aspecto del papel tiene que tener al menos cien años, pero el hechizo que alguien le imprimió permanece intacto.

—Me lo ha dado un buen amigo.

Baltasar entornó los ojos y miró a la bruja, que le sonreía encantada.

—¿Quizás un amigo con posibilidades contigo?

—Quizás.

Su tono enigmático consiguió enervar al mago. ¿Qué se creía aquella mujer, que podía jugar con él a su antojo? Pero no añadió nada más, solo una dura mirada antes de volver a centrarse en el mapa.

—¿Y cómo pretendes llegar al palacio del líder?

—La entrada a los túneles está bastante alejada, en un área desértica y deshabitada. Mi amigo me ha explicado que los túneles están inutilizados desde hace tiempo, así que no tendremos problemas con cruzarnos con alguien más. Mi plan es seguir este mapa hasta llegar a este punto rojo. —Gaia señaló

con el dedo el centro del entramado de líneas que representaban los túneles y sus bifurcaciones—. Ahí está la entrada a las bodegas de licor del castillo.

—Y si tu amigo es un escorpión, ¿cómo sabemos que es de fiar?

—Hace años que no vive allí, se casó con una bruja de Andrómeda y no ha vuelto a su planeta. Sabe de la existencia de los túneles porque de pequeño jugaba allí.

—¿Le has contado para qué quieres entrar en el castillo?

—No ha sido necesario. Es un tipo discreto y no hace demasiadas preguntas. Solo le he dicho que quiero recuperar a mi hermana.

«Y ya es demasiada información», pensó Baltasar con un suspiro, tendiéndole el mapa de nuevo a Gaia. No le gustaba confiar en terceros que desconocía cuando su vida estaba en juego, y más aún la de la bruja contestona y preciosa que tenía delante. La parte lila de sus ojos brillaba con un especial tono amatista, tan hipnótico que no pudo apartar su mirada durante un buen rato. Cuando consiguió despegarse de sus ojos asintió con la cabeza, y traspasó la puerta de la terraza para entrar al despacho de Melchor.

—Espero que no te equivoques, la sangre tira mucho, Gaia. Hay lazos inmunes al paso de los años.

Gaia no respondió, se dirigió a un lateral del despacho, y con una inexplicable destreza accionó la palanca que movía la pared de piedra. Un paño del tamaño de una puerta se desencajó avanzando lentamente hacia adelante, para después correrse hacia un lado aún más despacio.

Gaia alcanzó a ver una habitación cuyas paredes estaban forradas por armas de todo tipo: pistolas, bazucas, arcos, espadas y *lálux*, finísimos látigos de luz. Dio dos vueltas sobre sí misma silbando maravillada ante los ojos oscuros que la observaban en una mezcla de furia y diversión.

—Este es el paraíso de cualquier mujer, ¿cómo no me lo has enseñado antes? —preguntó abriendo los brazos como queriendo abarcar todo lo que la rodeaba.

—Eso me recuerda que yo no te lo he enseñado, ¿quién coño te ha informado de su existencia?

—Beatriz, por supuesto. Y se lo agradezco en el alma porque nunca he visto nada igual. Esto deja en mantillas mi pequeño arsenal.

—Tenemos que proveer a muchos magos. —Baltasar siguió observando su gesto maravillado y cualquier rastro de enojo se disipó. Con su cuerpo enfundado en cuero negro excepto la corta capa azul cobalto, parecía hecha para la lucha—. Y la verdad es que no creo que esto sea el ideal de cualquier

mujer.

—Créeme, el mío sí lo es. —Gaia lo observó con una sonrisa lujuriosa y llena de emoción, con sus ojos bicolor mirándolo demasiado intensamente—. Regálame una buena espada y el mejor de tus lanzaproyectiles, y me harás feliz.

—No hay nada que me guste más que hacer felices a las personas.

Baltasar cogió una mochila de tela grande que había colgada en la pared, de un tejido poroso, y comenzó a echar espadas, granadas, pistolas, metralletas y también un tarro grande de mirra que en sus manos era el arma más poderosa. Cogió una bazuca y un arco de madera negra y se los tendió a la bruja, que lo observaba con ávida mirada.

—Este arco es mucho más poderoso de lo que parece, Gaia.

Poniéndose tras ella pasó los brazos alrededor de la bruja, para coger el arma justo delante de sus cuerpos con una mano. Con la otra cogió un poco de polvo rojizo del interior de un frasquito que tenía adherido el arco, y como si colocara una flecha tiró de la cuerda para tensar las palas de madera del arco, extendiendo así el polvo rojo que tomó la forma de proyectil alargado. Enfocó a una pared de metacrilato de uno de los lados de aquella habitación y disparó sin pensarlo. Cuando la flecha rojiza impactó con la superficie de la pared, hubo una explosión que hizo que ambos se cubrieran la cabeza. Después miraron la superficie transparente, que estaba intacta, y no encontraron restos del proyectil por ninguna parte.

—El polvo rojo llega a su objetivo tan rápido como una flecha y explota cuando roza cualquier superficie, pero solo daña aquello que tú quieres dañar. Yo en esta ocasión no he visualizado dañar nada, por eso ha explotado sin ocasionar ningún desperfecto —le explicó Baltasar tan entusiasmado como ella.

—Es genial, ¿cómo lo habéis conseguido?

—Es cosa de nuestros químicos.

—Algún día te pediré estudiar en el colegio de magos solo para aprender eso.

—Estaré encantado de ser tu profesor.

—¿Acaso eres químico? —Puso los brazos en jarras mientras miraba al mago con una sonrisa.

—Por ti me haría hasta bombero.

El tono meloso y rasgado que empleó, hizo que el estómago de Gaia vibrara como si sus palabras hubiesen sido una caricia, sonriéndole ampliamente.

—Me encantaría ver eso. —La mirada cómplice que se intercambiaron fue la más sincera de todas las de aquella tarde, ya que estaba libre de prejuicios y anhelos insatisfechos, y ambos supieron que estaban listos para partir—. ¿Nos vamos?

—Claro que sí.

Baltasar se echó la mochila llena de armas al hombro, cogió con su fuerte mano la de Gaia y la apretó para que a la bruja no se le ocurriera soltarse, y salieron de nuevo a la terraza. El viento se había hecho más gélido en un momento, seguramente augurando los tiempos difíciles que les esperaban. Pero no había nada que pudiera acobardar a aquellos dos, porque aunque ninguno lo dijera, con las manos entrelazadas se sentían invencibles.

Baltasar trazó con la mirra la red de estrellas que al explosionar crearía el túnel oscuro, y cuando lo hubo creado se lanzaron a su interior, dejando que los succionara hasta escupirlos en un suelo árido cubierto por una fina tierra rojiza que ya les era familiar. La única diferencia era que no se encontraban rodeados por el enemigo como la vez anterior. Aquel paraje parecía vacío desde hacía muchísimo tiempo, ya que la gruesa capa de arena se mantenía intacta sin huellas de pisadas ni de ningún tipo.

Gaia se tiró boca abajo al suelo y empezó a palpar con las manos, recorriendo la superficie arenosa con sus palmas.

—Me dijo que tendría que tocar una piedra redondita con algo grabado, que está fija en el suelo.

Siguió palpando con la esperanza de encontrar lo que buscaba a pesar de lo improbable que era, ya que el suelo estaba repleto de piedras de todo tipo, hasta que la punta de sus dedos chocó contra algo que la hizo detener su avance y mirar hacia ese punto. Porque a pesar de que había ido desplazando todos los guijarros que iba tocando, aquel no se movió ni un ápice cuando intentó empujarlo. No más grande del tamaño de un escarabajo, se sacó un pañuelo del bolsillo y descubrió que aquella piedra brillaba con una extraña luminosidad interior, haciendo resaltar su tono rojizo como si el fuego la fundiera por dentro. Grabado en su superficie había un escorpión con el aguijón alzado.

Como si de un botón se tratara, Gaia puso el dedo índice sobre la piedra y presionó hacia dentro.

—La tierra se está moviendo —advirtió Gaia mirando inquieta a su alrededor cómo la tierra vibraba bajo sus pies.

—Rápido, dame la mano —gritó Baltasar salvando los pocos pasos que lo

separaban de ella.

Pero el movimiento se hizo más rudo haciendo que ambos perdieran el equilibrio ante los amenazantes temblores. Apenas habían conseguido que sus manos se encontraran cuando el suelo pedregoso se rajó abruptamente, abriéndose bajo el cuerpo de Gaia, que quedó colgando en un equilibrio precario de la mano de Baltasar. El mago le echó un vistazo al agujero por el que colgaba el cuerpo de la bruja y solo vio una negrura sin fin.

—No te soltaré Gaia, aguanta.

La agarró con decisión del antebrazo, tirando con fuerza para intentar devolverla a la superficie. Pero otro temblor sacudió el suelo a su alrededor, agrietándolo y despedazándolo bajo el cuerpo de Baltasar, que cayó por aquel abismo incierto con la mano aún entrelazada en el brazo de Gaia.

Es curiosa la sensación que produce el no poder anticipar absolutamente nada porque desconoces por completo tu futuro; hace que la ansiedad del planificar se libere y despierta el instinto más primario. Y eso fue lo que hizo que Gaia sacara con la mano libre un cuchillo de su cintura, y lo clavara con una fuerza sobrehumana en la pared que resultó no ser tan dura como creía.

La caída frenó de golpe pero solo por un segundo, porque cuando el cuerpo de Baltasar quedó colgado en ese momento de su brazo, la inercia fue demasiada y los músculos de su mano se abrieron sin pedirle permiso. Entonces continuaron cayendo, golpeándose con las paredes rocosas, arañándose la piel sintiendo como la carne se abría al contacto con los salientes punzantes. De pronto chocaron contra algo más blandito que frenó un poco la caída, pero no fue hasta el cuarto obstáculo cuando pudieron apreciar que eran una especie de plantas, sobre todo por su olor y porque las frondosas ramas les habían hecho disminuir la velocidad.

Baltasar aprovechó ese instante que le proporcionaba más control para frotar su anillo de protección. El cristal emitió un resplandor que iluminó débilmente aquella gruta oscura y se expandió alrededor de los dos, creando una burbuja densa que los rodeó e hizo que no notaran el siguiente golpe.

Al dejar de sentir una nueva agresión que se sumaba al dolor lacerante que mordía todo su cuerpo, Gaia observó su entorno intentando buscar qué había cambiado. Se sorprendió al ver lo que parecía una masa viscosa que los rodeaba, y gritó descubriendo que su voz resonaba en el interior de aquella sustancia:

—¿Qué cojones es esto, Rey Mago?

—Algo que hará que tus sesos de bruja no se esparzan en donde sea que nos

lleve este maldito túnel —explicó Baltasar con marcado sarcasmo, por el tono despectivo con el que la bruja hablaba de su esfera de protección.

—Entonces me alegro mucho de que conozcas este truquito de magia.

—De trucos nada, cariño, soy un mago muy poderoso.

—Tu modestia me abruma.

—Y a mí tu simpatía, querida.

Sus miradas se encontraron veladas por las sombras, Gaia con los ojos entrecerrados y los puños apretados, Baltasar con una sonrisa forzada. Y mientras los ojos negros chocaban contra los bicolores el mundo se paralizó; la caída, el miedo, el enojo y las pullas. Quisieron moverse pero no pudieron, al oído no les llegaba sonido alguno, solo existía el uno contra el otro, y esa sensación de que todo fuera de aquella burbuja había dejado de existir. Y no les importaba.

De pronto el mundo explotó a su alrededor, y con él la burbuja que los mantenía a salvo; Gaia esperó el golpe brutal que quizás le quitaría la vida y llegó, pero no fue tan brutal como esperaba, y tampoco mortal. Su cuerpo chocó contra el duro suelo de roca, con un rotundo golpe en la espalda que le quitó la respiración por un segundo. Pero había salido de contiendas peores y aquella no iba a ser una excepción.

Acostada en el suelo dejó caer la cabeza a un lado buscando con la mirada al mago. Apenas disponían de luz, solo los restos de la explosión de la esfera de protección, que iluminaban pobremente con un resplandor rojizo. Lo intuyó un poco más allá, boca abajo. Arrastrándose hacia él apreció lo que parecía un hilillo de sangre pintando la roca de brillante carmesí a su lado, y el corazón de Gaia saltó dentro de su pecho, amenazando con escapar por la garganta. A pesar del dolor que pinchaba por todo su cuerpo, consiguió levantarse y llegar hasta Baltasar, y haciendo acopio de ese resquicio de fuerza que no era humano le dio la vuelta hasta dejarlo boca arriba, para evaluar daños.

Cogió su cabeza y la apoyó sobre su regazo, rasgó un trozo de la tela azul de su capa y mojándolo en el licor de supernova que siempre llevaba en una pequeña petaca metida en su cinturón, lo aplicó en la brecha en forma de uve que tenía el mago sobre la ceja. Limpió repetidas veces la sangre hasta que el interior blanquecino y rojo de la herida quedó al descubierto, y cogiendo un puñado de algas hemostáticas también de su cinturón, taponó la herida. Aquellas algas de un llamativo color morado tenían también propiedades antisépticas, y eran cultivadas por pocas brujas, ya que casi nadie sabía el

secreto para mantenerlas con vida. Por suerte su hermana Alethea lo conocía y había trasladado su conocimiento a sus hermanas.

Esperó unos minutos eternos a que Baltasar recuperara el conocimiento, y la espera más larga hubiese valido la pena por ver la mirada oscura como el café que le dedicó.

Es una pasada observar el matiz con el que te mira una persona que no espera que la sorprendas mirándote. Es en ese contacto ocular donde se ven de verdad los sentimientos de quién te observa: la sinceridad, la atracción, el odio o la indiferencia. Y Baltasar descubrió verdadera preocupación en los ojos de Gaia, eso y un calor que se derramó en su interior y que le hizo ver lo mucho que le gustaba. Por supuesto esos sentimientos se dejaron de ver en cuanto ella procesó que el mago había abierto los párpados.

—Gracias al cielo estás bien.

—Al cielo y también a ti, ¿verdad? —Baltasar se llevó la mano a la frente, todavía tumbado en el suelo, rozando con la punta de los dedos la cura que le había hecho—. No sabía que tenías idea sobre heridas.

—Digamos que soy una mensajera del cielo para ponerte a salvo.

Gaia se levantó y le tendió una mano que él cogió encantado.

—Ahora en marcha. Según el mapa nos queda una hora de camino.

—Sí, señora.

Baltasar se levantó intentando refrenar los quejidos que quería emitir por los diversos dolores que sacudían su cuerpo. Pero la adrenalina corría frenética por su sangre y más con aquella mujer a su lado, así que comenzó a caminar ignorando el lamento silencioso de sus músculos.

Gaia sacó su espada y cerrando los ojos punteó una vez en el aire, resultando un pequeño punto luminoso que cogió con mucho cuidado sobre la palma de su mano. La pequeña fuente de luz titiló ante el contacto con la piel pero no se apagó, y Gaia sonrió encantada.

—¿Qué es eso?

—Una pequeña estrella que está en vías de extinción, nosotras las llamamos estrellas valientes, porque conservan tu vida en la oscuridad a pesar de que la suya se está extinguiendo.

—Es triste verlo así.

—En absoluto, tú mejor que nadie deberías saber que todo es pura energía y que la energía se transforma pero nunca se destruye. La muerte solo es cambio y transformación en otra cosa.

—Me gusta cuando hablas así, como acariciando con tus palabras. Dejaría

que susurraras con ese tono sobre mi piel toda la vida.

Gaia achicó la mirada y sonrió provocadora y encantada. Porque su mente reprodujo textualmente aquellas palabras, y se vio desnuda sobre el cuerpo de Baltasar, inmersa en el paraíso de cojines de seda y sábanas de lino oscuras que debía ser su habitación. Con su boca en el cuello desnudo del mago, lamiendo aquella piel aún más sabrosa que el más puro de los chocolates, y las manos de este acariciando con precisión y destreza cada recodo de su cuerpo anhelante. ¿Por qué no permitía que aquello sucediera? ¿Por qué no abandonarse al placer que tanto su cuerpo como el del mago pedían desesperadamente? Pero algo en su interior se lo impedía, anclándose firme a aquella estúpida tozudez.

No le contestó, ya que no le apetecía decirle algo irónico y destruir la solemnidad y magnetismo de las palabras del mago. Solo se quedó mirándolo de forma intensa, y sujetando a la estrella valiente en la palma de la mano, iluminó el mapa y resiguió con el dedo el camino que debían tomar.

—Si seguimos por aquí llegaremos en menos de una hora. —Señaló lo que parecía una especie de río subterráneo en medio del camino—. Tendremos que atravesar el Río de las sombras, esa es la única pega.

—¿Qué hay allí?

—Nadie lo sabe, pero se cuentan leyendas de todo tipo: monstruos oscuros que no te dan tiempo ni a sentirlos cuando ya te han devorado, escorpiones desterrados que se esconden como sabandijas bajo su propio planeta, bichos acuáticos sin piedad acechando en las oscuras aguas...

Baltasar abrió mucho los ojos, haciendo una fingida O con los labios. Le encantaba la capacidad que tenía la gente para sacar leyendas de cualquier hecho inverosímil. Aunque no podía fiarse de que alguna de ellas sí fuera cierta, así que actuarían con prudencia.

—Entonces tendremos que pasar rápido y no caernos al agua.

—En eso estamos de acuerdo, así que andando.

Tomaron una gruta estrecha entre paredes rocosas, que salía de la pequeña bóveda en la que habían aterrizado. La estrella valiente les servía de guía ya que la oscuridad era total, tan densa que parecía material. Un ruido sordo como de agua les regalaba los oídos, aunque aún parecía lejano. Cada vez que llegaban a una bifurcación miraban el mapa, y es que aquellos túneles parecían haber sido diseñados por un arquitecto borracho, porque no había ninguno que continuara recto más de doscientos metros. Tras media hora de silencioso camino, el sonido característico del agua cayendo se impuso, llenando la gruta

de un ruido pleno que no dudaron en seguir, y cuando llegaron a la enorme cueva excavada en la roca que tenían delante de ellos, tuvieron que parar unos segundos a admirarla.

Las paredes de piedra que formaban aquel enorme bocado en el interior de la montaña, brillaban luciendo lo que parecían cristales engarzados, a los que el sol proveniente de un agujero en el techo tan alto como un rascacielos, les arrancaba diferentes tonos. En el extremo opuesto al que ellos se encontraban, una enorme cascada caía imponente, mojando las endeble lamas de madera que formaban el puente. El agua de la misma caía a sus pies, a un enorme lago en la base de aquella gruta, en cuyas aguas nada se podía distinguir excepto una oscuridad impenetrable.

—Es un lugar espectacular y espeluznante a partes iguales —apuntó Baltasar oteando lo que parecían profundas aguas—. Un universo repleto de posibilidades.

—Solo espero que el azar esté de nuestra parte.

El olor a humedad y a algo mágico y ancestral impregnaba el ambiente, y le daba un aire misterioso difícil de ignorar. Pero Gaia no acostumbraba a analizar en exceso las situaciones, para no dar lugar a que apareciera el paralizante miedo. Así que comenzó a avanzar hasta pisar las tablas de madera que formaban el puente, y volviéndose una vez para mirar al mago, vio que este asentía con la cabeza y avanzaba tras ella.

No llevaban ni diez pasos cuando un fuerte chirriar metálico reverberó por la enorme cueva. Instintivamente juntaron sus espaldas y Gaia sacó con presteza el arco que Baltasar le había dado, a la vez que este sacaba su espada. La luz que entraba por el orificio superior de la cueva se ensombreció convirtiéndose en una tenue caricia, y la estrella valiente se apagó en la mano de la bruja.

Con todo el cuerpo en tensión pudieron escuchar de nuevo aquel sonido metálico sobrecogedor. Baltasar se asomó por las cuerdas que hacían las veces de barandilla buscando la fuente del sonido, y para su horror descubrió una sombra enorme que se podía vislumbrar saliendo del lago. En un tono ronco e imperativo ordenó:

—Corre Gaia.

Ninguno de los dos era un cobarde, pero estaban en una clara inferioridad de condiciones, no conocían aquel lugar ni la posible amenaza, así que lo más inteligente era largarse de allí.

Se lanzaron a la carrera con el único propósito de atravesar la cascada y

salir de aquella cueva, notando cómo la densidad del aire aumentaba, como si hubiera una multitud de personas respirando a la vez y apenas quedara oxígeno para ellos. Vieron un humo negro ascender por las barandillas de cuerdas, como lenguas de petróleo que desafiaban las leyes de la gravedad. Porque no se quedaban adheridas a las cuerdas ni las utilizaban como apoyo para avanzar; aquella sustancia oleosa se elevó enroscándose a las volutas de aire como si fuera una grotesca enredadera. A su avance acompañó el horripilante sonido metálico, en el que Gaia detectó un nuevo matiz, y es que parecía como si algo muy grande estuviera arañando una superficie de metal sin cesar.

Apenas les quedaban unos metros para llegar a la salida de aquella oscura cueva, y comenzaron a atravesar la cascada, pero conforme se iban empapando notaron que el agua antaño cristalina y perfecta se iba transformando en la sustancia negra que habían visto entre las sombras. Las hebras oscuras se les enredaron alrededor de los brazos, atrapándolos y frenando su avance.

Gaia sintió cómo tiraban de su tobillo, la forma que tenían de avanzar por su espalda, lamiendo su piel en una caricia tan fría que parecía inyectar nitrógeno líquido en su columna vertebral. Y un efecto parecido debía de ejercer sobre ella, porque conforme la sustancia iba ascendiendo por sus vértebras, paralizaba diferentes partes de su cuerpo. Cuando llegó al cuello pensó que se moría, incluso deseó por un segundo hacerlo, porque aquel frío, de tan intenso, quemaba de una manera inaguantable. Pero el avance de las lenguas negras se detuvo en ese punto, y entonces el ruido metálico se hizo ensordecedor.

Entre el estruendo consiguió alzar la cabeza un ápice para encontrarse con Baltasar, que la miraba de frente en la misma situación de inmovilidad con una clara expresión de rabia en los ojos. Porque para un hombre como él, que no temía a nada porque sabía que siempre tendría una salida, que lo dejaran inmóvil y a merced del peligro era inaceptable. Pero no poder salvar a la mujer que le removía las entrañas y hasta su misma esencia, era inhumano.

Ambos se miraron con interrogantes en los ojos, más unidos que nunca, intentando buscar una salida. Pero el horror aún no había acabado, porque cuando Gaia miró hacia los lados buscando una posible solución encontró que como arañas sobre su telaraña, un millar de escorpiones negros avanzaban sin descanso hacia ellos. En aquella oscura garganta de la montaña penetró de nuevo la luz, solo para rendir homenaje al tétrico espectáculo que les rodeaba.

Las paredes, el techo y cada una de las lamas de madera, estaban infectadas

de escorpiones; no existía ni un solo hueco libre de ellos que les permitiera albergar esperanza. Apenas les quedaban unos centímetros para alcanzarlos, y Gaia escuchó el grito desgarrado del mago a la vez que notaba el primer aguijonazo. El pinchazo no fue muy doloroso, lo más horrible fue el dolor que le atravesó como descargas eléctricas las pocas terminaciones nerviosas que no estaban afectadas por la sustancia negra.

Gaia cerró los ojos ante una agonía que no sabía cómo manejar, esperando que su corazón dejara de martillar fuerte en su pecho para que todo se detuviera.

De pronto sintió una presión en las axilas que tiraba de ella con una fuerza tremenda y abrió los ojos de golpe, para encontrarse de frente con lo que parecía una mujer envuelta en fuego, que cogía a Baltasar de los brazos, consiguiendo despegarlo del suelo y de las lenguas negras que se empeñaban en retenerlo.

A la vez sintió que sus pies dejaban de pisar tierra firme para elevarse por el aire, y se dejó llevar a un destino que por malo que fuera, debía de ser mejor que morir bajo una manta de escorpiones.

Ascendieron hasta el orificio que bañaba de luz aquel rincón oscuro y salieron a toda velocidad, encontrándose con la estrella 18 Scorpii que alimentaba al planeta de los escorpiones con sus potentes rayos de luz. Pero no frenaron allí, continuaron ascendiendo más y más, alejándose del peligro hasta que vieron el planeta a sus pies. A lo lejos se empezó a vislumbrar un objeto celeste que orbitaba cerca y Gaia apreció como se dirigían a él, sorprendida por la increíble velocidad a la que viajaban.

¿Qué serían aquellos seres? Miró a su alrededor y vio claramente que se trataba de seres con el cuerpo similar a los humanos, como el suyo propio, pero lo increíble de aquella visión era que todas ellas estaban cubiertas por completo de fuego, o más bien el fuego nacía de su interior.

Las lenguas ardientes de un delicado color naranja, ondulaban sobre sus pieles, también observó que acariciaban los brazos de Baltasar, pero a él no le parecía afectar en absoluto. Miró hacia arriba, a aquel extraño ser que la sostenía por las axilas, y descubrió que el mágico fuego también estaba en contacto con la piel de sus hombros y su pecho, y apenas notaba un hormigueo caliente. Viajaron un rato más hasta que avistaron la superficie bronceada del objeto celeste que se encontraba a pocos metros, cubierto por una bruma gaseosa que atravesaron. Descendieron rápido hasta tocar con los pies la tierra, o lo que fuera aquella sustancia que lo formaba.

El frío no tardó en llegarle, a pesar de llevar su mono negro de piel. Gaia se agachó, maravillada al comprobar que se podía mover, pasando las yemas de sus dedos por el suelo cuando su portadora la liberó, y observó que se le adherían finos cristales de hielo a la piel, que al contacto con su calor se derretían como gotas de rocío.

—Las temperaturas por aquí son bastante bajas, así que los minerales y demás compuestos que forman el cometa que estamos pisando se congelan. —Gaia se levantó enfrentándose a la mirada de la chica en llamas, que le explicaba con una voz dulce—. El conjunto que hay bajo la capa de hielo forma un material muy resistente, así que si temes por nuestra seguridad puedes estar tranquila. Solemos movernos por esta parte de la bóveda celeste y no hay nada en este momento que constituya una amenaza.

—¿Quiénes sois?

—Dracónidas, procedemos de la constelación del dragón. —La mujer que hablaba brilló con más intensidad para apagarse súbitamente—. De ahí este fuego tan llamativo que emitimos.

—Los humanos llaman así a una lluvia de meteoros que procede del cometa 21/P Giacobini-Zinner —intervino entonces Baltasar, mirando de un modo tan intenso a la chica de ojos naranjas que Gaia sintió una fría punzada de celos que le retorció las entrañas.

Y es que las dracónidas tenían un aspecto impresionante, ya que toda su piel era una cubierta de oro pulido, que seguro era frío al contacto, torneado con las mismas formas que una humana y sin ropa alguna que las cubriera.

Para placer de Gaia la dracónida miró al mago con escepticismo y cierta diversión colgada de sus labios, sin importarle su apreciativa mirada:

—Los humanos pueden ver a principios de octubre y según el año con más o menos intensidad, lo que ellos denominan la lluvia de dracónidas, porque es en esas fechas cuando tenemos nuestra máxima actividad formativa y enseñamos a las nuevas dracónidas a volar, partiendo de lo que la gente conoce como cabeza del dragón en nuestra constelación —les contó dejando traslucir el orgullo en su voz—. Nuestra escuela es una de las mejores del universo, ya que otras brujas como las perseidas o las leónidas vienen a nosotras para que les demos clases de vuelo.

—Sin duda es una suerte para nosotros. —Baltasar le sonrió ampliamente mirando de soslayo a Gaia y alegrándose por dentro de lo furiosa que se le veía, esperaba que fuera por celos—. Gracias por salvarnos, ¿qué hacíais en esa maldita gruta?

—Pues lo cierto es que estas brujas son muy buenas samaritanas, porque antes que a vosotros me estaban ayudando a mí. —De entre las chicas de fuego salió una joven muy diferente, con el pelo negro y unos bonitos ojos claros que los estudiaban con interés—. Soy Lunae y pertenezco a la Orden de los escorpiones. —No supo porqué, pero creyó conveniente omitir que era la hija de Esteban, el jefe de la guardia del líder, y por eso sabía más que nadie cómo eludir a los brujos que custodiaban el castillo—. ¿Cómo encontrasteis la entrada al subsuelo? Son muy pocos los que conocen su secreto, incluso entre los escorpiones.

—Me lo contó un buen amigo, que parece que no es tan bueno porque no me habló de esa horda de escorpiones hambrientos.

—Quizás ni él mismo los conociera, son pocos los que se atreven a utilizar la entrada a la cueva, pero menos aún los que la atraviesan y viven para contarlo —explicó Lunae justificando a su desconocido compatriota—. Dicen que por las paredes de roca perduran los espíritus de aquellos que han muerto en la cueva, y que cuando alguien les molesta en su descanso eterno lo arrastran a las pinzas de los escorpiones.

—Creo que la leyenda no está muy lejana a la realidad. —Gaia recordó con precisión la forma en que las lenguas negras habían conseguido paralizar su cuerpo—. Lo que no entiendo es que sabiendo el peligro que encierra ese camino lo hayáis escogido vosotras.

—Digamos que quería entrar al palacio sin que nadie me viera. —En los ojos claros de la chica se podían ver muchos secretos que no pensaba desvelar—. ¿Qué me decís de vosotros?

—Digamos que tampoco queríamos ser vistos.

Lunae y Gaia intercambiaron una sonrisa de complicidad intentando discernir su próximo movimiento. Fue la primera la que propuso:

—¿Qué tal si nos ayudamos mutuamente? Yo sé cómo entrar y vosotros me aportaréis los refuerzos que necesito.

Baltasar y Gaia intercambiaron una mirada preguntándose en silencio si podían confiar en aquella joven de aspecto alegre y vivaz, que los podría llevar de la mano hasta su destino o bien meterlos de nuevo en las fauces del lobo. Observaron la mirada limpia y sincera que Lunae les dedicaba, su expresión expectante y las escasas posibilidades que tenían de alcanzar su objetivo sin ella.

—Está bien, pero cuando llegemos al palacio cada uno irá por su lado.

—Nada de interferir en la misión del otro, ¿verdad? —Gaia asintió

confirmando su deseo—. Eso está hecho.

—Nosotras os podemos acompañar hasta el palacio —se ofreció una de las mujeres de mirada naranja.

—Cuanto más mejor. —Baltasar dio dos palmadas en el aire, con muy pocas ganas de volver a la tenebrosa cueva—. Andando entonces.

Y así reemprendieron el camino volando hasta el planeta de los escorpiones para internarse entre las rocas, con el fulgor anaranjado de las dracónidas como fiel recordatorio de la oscuridad total que los devoraba.

16. Entrarás derramando tu sangre y solo saldrás demostrando tu valor

Melchor se retiró por octava vez los cristales de hielo que cubrían su rostro y taponaban su nariz, haciendo que el escaso aire que podía entrar a sus pulmones fuera como agujas heladas que formaban estalactitas en el interior de su cuerpo. Y a pesar de haber volado cientos de veces ocurriéndole ese mismo fenómeno, se maravilló de tener la capacidad de sobrevivir en medio del espacio. A temperaturas difíciles era complicado resistir hasta para su dracón, que era considerado uno de los animales más resistentes del universo.

Miró hacia atrás, observando cómo Elena se aferraba a Moruena como si fuera su única ancla en el mundo, y en ese momento lo era. Ellas no estaban sufriendo las inclemencias del tiempo porque les estaba proyectando la esfera protectora que creaba su anillo, ya que era la única forma de que la humana pudiera hacer aquel viaje.

Tan parecidos y a su vez tan diferentes, pensó Melchor, ya que a pesar de poseer el físico similar al de cualquier humano, su cuerpo por dentro estaba hecho con otros compuestos para resistir todo tipo de adversidades. Siempre le había encantado que la magia recorriera sus venas, y en ese momento pedía encarecidamente que la magia que recorría el cuerpo de Beatriz fuera tan potente como parecía.

Contrajo la mandíbula resquebrajando el hielo que volvía a cubrir su cara, imaginando que algún herodiano o cualquier otro ser le podía poner las manos encima a su Beatriz. Los mataría a todos si algo le pasaba, pero no daría lugar a ello. Beatriz tenía que vivir por encima de todo, porque si no él moriría también. No pensaba aguantar un año más sin tenerla a su lado, encontraría la manera de compatibilizar su reinado y tener algo con ella. Pero para eso tenía que encontrarla.

En el horizonte se comenzó a dibujar la silueta de un pequeño planeta, que parecía estar encestado en una canasta gigante construida de nubes blancas y algodinosas que lo rodeaban por completo. Entre las mismas conforme se iban acercando pudieron ver las cúspides puntiagudas de algún tipo de torre, que parecían ensartarse en la bruma blanquecina como agujas en la lana.

El espectáculo que se fue abriendo ante sus ojos no tenía desperdicio, y es que ninguno de ellos había visto algo tan magnífico en todos sus años de vida.

Moruena sonrió encantada porque siempre había soñado con ver aquel mítico complejo, sujeto a terribles leyendas de maldiciones incluso solo por admirarlo. Pero la vista que se observaba desde las alturas bien valía el riesgo, porque aquella Fortaleza, cuya construcción se atribuía al mítico Hércules, héroe de la mitología griega, era tan imponente que te hacía sentir como un minúsculo insecto. Y Moruena estaba segura de que en eso radicaba uno de sus puntos fuertes, en amedrentar al enemigo, dejarlo con la moral medio aplastada de forma que así era mucho más fácil destruirlo.

Pero ella no iba a permitir que nadie les minara en ningún sentido, así que lo primero que hizo fue sacar su espada y agitándola levemente en el aire empezó a salir una fina hebra de su punta, que como si fuera una sinuosa serpiente plateada se fue enroscando alrededor de ambos dracanes, creando una espiral que los envolvía que cuando estuvo formada desapareció de su vista.

Melchor volvió la cabeza hacia la bruja interrogándola con la mirada, y una risa cristalina salió de la garganta de Moruena, encantada por haber sorprendido al mago una vez más:

—Es una *espiral impermeum*, nosotros podemos ver a través de ella, pero los demás no nos pueden ver en su interior.

—Es formidable.

—Lo sé.

Con una sonrisa de lado y poniendo los ojos en blanco ante la soberbia de la bruja, Melchor avanzó hasta que tuvieron una visión mucho más clara de lo que les esperaba.

Un enorme muro de piedra gris, largo y tan alto que se entremezclaba con las nubes bajas, rodeaba lo que parecía un conjunto de edificaciones inmenso, al estilo de las fortalezas medievales que Elena solía estudiar en el colegio. La piedra tenía un color gris de aspecto inquebrantable, y formaba paredes y torres de diversas formas y tamaños, al menos se podían contar un centenar. En lo alto de muchas de las torres había guardias que las custodiaban celosamente, armados con metralletas y bazucas de diferentes tipos.

Sobrevolaron a una distancia prudencial aquella construcción, y pudieron observar como en medio de la edificación protegida por el fuerte muro de piedra se alzaba un castillo imponente, con una estructura similar al de Versalles, que creaba un toque disonante frente a la sobriedad del resto de construcciones, pero extremadamente bello.

Por las paredes del castillo escalaban finas raíces de plantas que parecían

ser las venas de aquel edificio, salpicadas por extrañas flores de colores, aunque era difícil discernirlo por la distancia que los separaba. Melchor fijó aquella zona como punto estratégico ya que era muy probable que los herodianos u otros enemigos se refugiaron allí. A las personas que coquetean con el poder les suele gustar la opulencia y aparentar.

Siguieron observando el complejo desde la distancia, hasta que vieron una zona junto al muro que parecía estar desierta. Ningún centinela estaba apostado en la torre más cercana, por lo que podrían descender y pensar en cómo penetrar en aquella mole más fácilmente. Además contaban con la ventaja de la *espiral impermeum* que Moruena había tejido a su alrededor.

En cuanto los dracanes tomaron tierra, los tres saltaron al suelo, Elena deseando pisar algo firme para que la sensación de tener una lavadora en el estómago desapareciera.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó resiguiendo con la mirada el alto muro, que se alzaba a una altura de al menos cinco plantas.

Melchor tocó la pared de arriba abajo, acariciándola lentamente en busca de cualquier mecanismo que les diera acceso.

—Si entramos volando con los dracanes saltarían las alarmas, porque he visto las protecciones mágicas que como una cúpula cubren todas las edificaciones. Por eso tendremos que encontrar algún dispositivo que nos permita entrar caminando.

—¿Y estas canaletas? —Moruena pasó los dedos por dentro de unas canalizaciones que había en la parte baja del muro, como tuberías cortadas longitudinalmente por la mitad para que se pudiera ver su interior. Sus dedos dejaron de avanzar por estas cuando observó que cada pocos metros, tenían unas puntiagudas pinchas—. ¿Qué creéis que será esto?

—¿Para canalizar el agua de la lluvia? —se aventuró Elena.

—Lo dudo mucho.

Melchor se acercó a aquel fino canal para verlo de cerca, y observó una de las agujas insertadas en el mismo. Su dedo viajó sin pensarlo hasta la invitación puntiaguda rozando su superficie, y se sorprendió al descubrir cómo aquel ligero roce había conseguido traspasar la carne limpiamente, haciendo brotar un fino reguero de sangre desde la herida.

La sangre escurrió por el interior de la canaleta, y cuando tocó la piedra gris, esta reaccionó burbujeando y dejando escapar una voluta de humo que se elevó como una espiral hasta los sorprendidos ojos de Melchor. Y allí por donde la sangre había pasado, la piedra se fue abriendo en una raja superficial

como si fuera tierna mantequilla.

—¿Qué ha pasado?

Melchor miró a Moruena sin comprender, mientras esta pasaba la mano por la piedra junto a la canaleta.

—Parece que la piedra ha reaccionado a la sangre, me pregunto si será un hechizo o algún tipo de reacción química.

La expresión de Melchor se iluminó, y recitó el eterno mantra que tantas otras veces había escuchado en su casa:

—«Entrarás derramando tu sangre y solo saldrás demostrando tu valor». —Moruena lo miró con los ojos muy abiertos porque conocía de sobra aquella plegaria, la escuchaba cada noche en sus sueños, o más bien pesadillas protagonizadas por seres oscuros y la voluble voz de Víctor, su Víctor—. Mi abuelo siempre nos contaba la historia de su tatarabuelo, que viajó a la Fortaleza de Hércules y ya nunca más se supo de él.

—Lo que significará que para entrar, debemos derramar nuestra sangre en estas canaletas. —Moruena estaba abstraída en sus pensamientos mientras hablaba, intentando acordarse de cualquier otro dato de sus sueños.

—Yo ya lo he hecho y no ha ocurrido nada.

—Quizás debemos hacerlo los tres —apuntó Elena que también estaba tocando la piedra en busca de cualquier resorte.

—Probemos.

Fue Moruena la siguiente en pincharse con aquellas agujas que parecían estalagmitas relucientes bajo la tenue luz. Su sangre goteó formando un pequeño hilillo, que hizo el mismo efecto que la de Melchor, como si fuera ácido sulfúrico corroyendo metal. Le tocó el turno a Elena, que aunque estuviera familiarizada con pinchar a otras personas, le daba mucho respeto el hacérselo a sí misma. Aún así dejó que la aguja perforara la carne, brotando de su herida sangre que cayó a la roca provocando una reacción mucho más drástica que la de los demás. Conforme las gotas rojas iban lamiendo la piedra, esta se resquebrajaba formando una oquedad en la que podía caber un puño.

Se separaron de la pared por miedo a que alguna parte de la misma se desprendiera, y cuando terminó de romperse volvieron a acercarse. Melchor introdujo la mano maravillado en la gruesa grieta y se quedó mirando a Elena.

—¿Tú no tienes ningún antecedente mágico?

—No, te aseguro que no hay ni un gramo de magia en la sangre de mi familia.

—Entonces es justo eso, la sangre que abre la Fortaleza es la no mágica.

—Porque representa una amenaza menor —concluyó Moruena—. Los seres mágicos somos más peligrosos para lo que sea que guardan ahí dentro.

—¿Qué tengo que hacer entonces? Porque por ese hueco no cabemos todos.

—Quizás el muro necesite más sangre, pero no vas a hacerlo. —Melchor la retuvo por la muñeca mirándola a los ojos—. Encontraremos la manera de entrar sin que nadie se haga daño.

—Gracias por querer protegerme Melchor, pero si puedo hacer algo por mi amiga, lo haré encantada.

Elena avanzó hacia el muro de piedra con decisión, sacudiéndose el agarre del mago. Dirigió la mano hacia otra de las agujas, pero esa vez fueron los pequeños dedos de Moruena los que la retuvieron.

—Espera, creo que las agujas siguen una serie. —Les señaló dos agujas, y mirándolos llevó sus dedos a la tercera, que en vez de poseer el aspecto del hielo tenía un color enrojecido—. Creo que la sangre tiene que pasar por cada una de las agujas rojas.

Se separó para observar aquel trozo de pared con perspectiva, y alzando su brazo unió las agujas rojas con trazos en el aire que Melchor y Elena siguieron con sumo interés. Vieron que formaban un pentágono, y avanzando alrededor del muro observaron que esta estructura se iba repitiendo.

—La entrada debe formarse en el centro del pentágono imaginario que traza cada conjunto de cinco agujas.

—Entonces no hay tiempo que perder —increpó Elena, acercándose con decisión a una de las agujas rojas y pinchándose el dedo índice con ella.

Lo que no pudieron entender Moruena ni Melchor fue que las rodillas le fallaran, cayendo sobre las mismas al suelo. Algo iba mal, le cruzó por la mente al mago mientras se abalanzaba sobre ella. Pero Elena captó sus intenciones mirándolo de reojo porque antes de que llegara a ella, alzó el brazo, levantando la palma de la mano para indicarle que se detuviera. Melchor titubeó, pero siguió acercándose con intención de apartarla del muro.

—No me toques, mago. —Su voz estaba quebrada por algo que desconocían, sus facciones contraídas como si estuviera soportando un terrible dolor—. Vamos a terminar de probar este plan.

—Está claro que no es una buena idea, ¿qué te está pasando?

Cerró los ojos con fuerza intentando aclarar su mente y hacer ese ejercicio de abstracción que le solía decir a sus pacientes, aceptar en su cabeza la parte del cuerpo que le hervía y convivir con ese dolor, sin hacerse una con él. La

angustia disminuyó un ápice, pero la intensidad de las sensaciones era poco soportable. Parecía como si al rozar aquella aguja roja, le hubiese inyectado algún tipo de toxina que se había pegado a sus terminaciones nerviosas, machacándolas, con la sensación de que un lobo rabioso estaba masticando su mano sin cesar.

Podía notar las punzadas constantes que atravesaban ese punto sin darle tregua. Tomó aire quejumbrosa, y cogiéndose la mano con el brazo sano, la llevó hasta la siguiente aguja roja, que se alzaba con una apariencia sencilla a pesar de que ella sabía que estaba impregnada con algo malo de verdad.

—Dolor, Melchor, como si una manada de fieras estuviera rumiándome la mano —explicó en tono ronco y sin apenas mirarlos.

—Encontraremos otra forma.

Melchor intentó detenerla de nuevo, pero ella volvió a alzar la mano para frenar su avance.

—Puedo aguantarlo.

Aunque nada la podía haber preparado para el siguiente pinchazo, que hizo que toda la mano le estallara en llamas. El dolor lacerante le raspó la carne por dentro, parecía como si alguien estuviera tirando de tendones y músculo en un intento por arrancarlos. Pero no, eso era lo más frustrante, que por fuera la mano parecía intacta. Reprimió el grito que quiso escapar de sus labios y se llevó el brazo herido junto al pecho, acunándolo con el otro, intentando retener aquel dolor y que no fuera a más. Pero algo le decía que no le iba a dar tregua.

—Elena si no puedes resistirlo dílo y lo intentaremos de otra manera.

Esa vez fue Moruena la que intervino, colocándose a su lado pero sin atreverse a tocarla. Observó cómo los músculos de su cuello estaban alarmantemente tensos, las venas de las manos inflamadas. Se le encogió el corazón y quiso coger a Elena y llevársela lejos de allí, empleando toda su fuerza de voluntad para no hacerlo.

—Beatriz me necesita y no voy a fallarle.

La tercera aguja penetró en el dedo corazón, y al instante creyó que moriría. Pero no tuvo esa suerte, porque en esa ocasión el dolor fue a depositarse al centro de su pecho, oprimiéndoselo de forma que le hacía pensar que le daría un ataque al corazón. Tantas veces le habían descrito ese dolor sus pacientes... Pero sufrirlo era algo bien diferente. Se tiró al suelo sobre el pecho, apretándolo contra la dura roca, intentando frenar los agudos mordiscos entre sus costillas, pero no consiguió nada.

Escuchó como Melchor resoplaba a su espalda como si fuera un búfalo

dispuesto a derribar a quien se pusiera por delante, y esta vez no se dirigió a ella cuando dijo:

—Tenemos que frenar esto, Moruena. La va a matar.

La respuesta de la bruja se hizo esperar, y un suspiro renqueante salió de sus labios antes de hablar. Intentó recordar todo lo que sabía acerca de la leyenda de aquella Fortaleza, pero la información siempre había sido demasiado vaga, y más aún en lo concerniente a cómo entrar allí.

—No creo que la mate, Melchor, aunque seguro que deseará morir.

—Creo que ninguna de las dos estáis en facultad para opinar sobre esto, parece que esta atmósfera sombría os ha nublado el juicio.

Melchor pasó los brazos bajo el cuerpo de Elena y esta siseó en respuesta.

Moruena cogió el brazo del mago haciendo que se girara bruscamente, provocando que este le clavara su furiosa mirada azul, y la bruja le mostró su oposición negando con la cabeza.

—Si estoy en lo cierto respecto a lo que le está haciendo daño, le provocarás mucho más dolor tocándola. Es un veneno táctil, cuantas más partes de su cuerpo estimules, el veneno viajará más rápido.

—¿Cómo sabes lo que puede ser?

—Ese tipo de veneno tiene un olor característico, como a ropa mojada que guardas sin secar, y yo tengo un olfato muy fino. —Ambos olisquearon el aire y Melchor asintió frunciendo el ceño—. Además hay muy pocas toxinas que aguanten mucho tiempo intactas, y algunos venenos táctiles sí que lo hacen, ya que soportan temperaturas ambiente extremas.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ahora nada, dentro de un rato todo habrá pasado.

—Morirá —se reafirmó Melchor con una clara angustia constriñendo su voz.

—No lo permitiremos. —Y en Moruena había una determinación férrea. Se acercó a Elena y le susurró al oído—: Adelante, cariño, tú eres la única que lo puede conseguir. Te necesitamos para salvar a Beatriz.

La expresión de Elena se contrajo en una mueca que quería ser una sonrisa, y apoyándose sobre los puños se impulsó para levantarse. Aunque solo consiguió ponerse de rodillas, se arrastró hasta la cuarta aguja clavándosela en la yema del dedo anular y aullando de dolor. Una rampa eléctrica atravesó todo su cuerpo, sacudiéndola, provocando espasmos en cada uno de sus músculos, y conforme la sacudida pasaba se iba quedando instalado el dolor. Pero reuniendo el poco valor que le quedaba y los restos de una fuerza que ya no tenía, acercó el dedo meñique a la quinta aguja, con serias dudas de

sobrevivir a aquello.

Cuando perforó la carne su corazón se estrelló contra las costillas, con un ruido que casi pudo oír, y de un modo grotesco escuchó cómo los huesos de esa mano derecha se empezaban a partir, con un sonoro clac que les puso a todos los pelos de punta.

Como si fueran de cristal, todos los huesos del brazo fueron quebrándose, y a la vez se comenzó a escuchar el sonido de la roca rompiéndose. Rotundas brechas se abrieron haciendo que grandes trozos de roca se desprendieran, hasta que se formó un hueco irregular en el centro del pentágono, y el ruido de las rocas frotándose entre ellas cesó, también el chasquido de los huesos partiéndose.

Todo quedó en un silencio total, de esos envolventes que te hacen pensar que el mundo ha dejado de existir. Moruena y Melchor se volvieron hacia Elena, desmadejada contra el muro, observando cómo su brazo colgaba en una posición antinatural pero en su rostro se reflejaba una tenue sonrisa, contraída por el dolor que la atravesaba.

—¿Cómo estás? —preguntó Moruena lanzándose hacia ella.

—Fatal —exhaló un largo suspiro y su mirada cansada viajó del agujero en la pared a los ojos castaños de la bruja, que la observaba con un evidente brillo de admiración—. Pero lo hemos conseguido.

—Lo has conseguido tú, querida. Puedes estar muy orgullosa, pocos hubiesen resistido lo que tú.

—Tengo ganas de vomitar. —Tenía una bola de nervios, dolor y angustia en el pecho, pero no le quedaban fuerzas para echarla—. ¿Cómo voy a aguantar el camino hasta donde está Bea?

La expresión de Moruena se contrajo, ya que había pensado en eso y no se le ocurría una solución. Estaba claro que en su estado no podría avanzar ni un paso por su propio pie, y por lo que sabía de los venenos táctiles, ya que algunos dracanes los poseían, el efecto podía durar incluso días.

Miró a Melchor que mostraba la misma expresión preocupada, hasta que a este se le iluminó la mirada.

—Mi dracán la llevará de vuelta al Centro de Operaciones Estelares, tenemos un mago en el laboratorio que es experto en venenos mágicos y tiene una buena colección de antídotos. Seguro que sabe cómo ayudarla.

Moruena frunció los labios intentando discernir si ese mago desconocido sería tan bueno como él decía para tratarla, pero no le quedaban muchas más opciones salvo confiar. Así que asintió y se dirigió a Elena:

—¿Has escuchado lo que hemos hablado?

—Sí pero, ¿cómo llegaré hasta allí, esté donde esté?

—Está en La Tierra, en España. Mi dracón te llevará, por supuesto. Solo tienes que confiar en mí —le pidió Melchor con un susurro que acariciaba—. Y ahora te voy a coger.

El mago pasó los brazos bajo los hombros y las rodillas de Elena, y esta aulló de dolor, aunque nada alcanzaba a definir la sensación que notaba. Como si los brazos de Melchor fueran bandas de brasas que se querían comer la piel, con la impotencia que le causaba el no poder apartarlos. No fue eso lo que sintió cuando la dejó caer sobre el dracón plateado, y supo que aquel ser tenía propiedades mágicas porque al contacto con su cuerpo, el dolor que la azotaba sin piedad, aunque insoportable, disminuyó un ápice por primera vez.

Melchor le colocó los brazos alrededor del cuello del animal, que emitió un gruñido quedo, como urgiéndolo porque en su sabiduría infinita, ya que los dracanes compartían un conocimiento común de toda la especie, podía sentir como aquella mujer estaba perdiendo vida poco a poco. Le aseguraron unas correas alrededor del cuerpo, sujetándola al enorme animal, y Moruena se encargó de abrir el agujero negro que la llevaría al COE.

—Te debo mi gratitud eterna —le dijo con tono ronco Melchor, mientras apretaba la última de las cuerdas.

Elena solo lo miró con una sonrisa en los ojos y con un tono demasiado firme para un cuerpo que no paraba de temblar, ordenó:

—Sálvala.

—Lo haré.

No era presunción, pero Melchor tenía claro que no saldría de aquel castillo opulento sin su Beatriz, costase lo que costase. Solo cuando perdieron de vista a Elena miraron con solemnidad el hueco que se abría ante ellos. Una pequeña puerta a un mundo demasiado grande y desconocido.

Melchor avanzó y sin dudar pasó una pierna por aquel agujero, esperando que algo horrible ocurriera por tamaño atrevimiento, pero no pasó nada, así que se decidió a atravesar con todo su cuerpo el muro. Una vez dentro pegó la espalda a la pared, agachándose para refugiarse en la zona que la escasa iluminación dejaba en penumbra; oteó a su alrededor buscando a los centinelas de las torres. Al menos le separaban cuatro torres del primer guardia visible, así que camuflándose entre las sombras podían avanzar sin problema. No obstante contaba con la *espiral impermeum* que Moruena sabía fabricar, así que se volvió hacia la bruja instándola a que se acercase con un gesto de su

mano.

Moruena atravesó el muro uniéndose a él y sin necesidad de que el mago le dijera nada, empezó a fabricar el hilo plateado que los haría invisibles al mundo con la *espiral impermeum*, pero conforme iba saliendo de la punta de su espada, el hilo se convertía en una cuerda inerte que caía sobre el suelo. Volvió a probar consiguiendo el mismo resultado y resopló frustrada.

—Malditas protecciones mágicas. Sin magia estamos más indefensos de lo que nos gustaría admitir.

—Ambos sabemos luchar. —Reafirmandose en este hecho el mago apretó su espada, de forma que todos los músculos bajo la capa corta se le tensaron—. Además no pueden haber hecho una barrera perfecta en todo este complejo, hubiesen tardado meses. Encontraremos el punto débil.

Moruena apretó los labios disconforme con la situación, aunque sabía que el mago tenía razón. Empuñó su espada manteniéndola pegada a su pierna para que el sutil resplandor que nacía de la misma no llamara la atención, y se dispuso a avanzar pegada a Melchor. Ambos oteando alrededor como si fueran bocados jugosos en una selva de depredadores, y así era porque en cualquier momento podrían saltar sobre ellos.

Ante sus ojos se abría un laberinto de pasillos que discurrían como los afluentes de un río entre las paredes de piedra de aquel color gris con trazas brillantes. Y es que tras el muro, una suerte de fortaleza rocosa se alzaba sinuosa, con diferentes edificios anexos construidos en la misma piedra. Todo el conjunto parecía haber sido ideado para amedrentar a los osados visitantes que hubiesen tenido el valor de pagar el pacto de sangre que la piedra reclamaba.

Tomaron el camino de la derecha, que parecía tener más curvas y huecos en los que esconderse, y llegaron a la primera puerta de madera escondida en un recodo. Tenía un dibujo de una flor grabada en el centro de la misma, justo debajo de la aldaba de un gastado color dorado.

Siguieron avanzando sorteando rápidamente aquellos tramos más iluminados por pesadas antorchas ancladas a la pared. En su recorrido pasaron por delante de varias puertas pero todas ellas estaban en apariencia cerradas.

—Podríamos forzar una de estas sin esfuerzo —comentó Moruena mientras empezaba a meter el filo de la espada entre la hoja y el marco de una de ellas.

—Pero, ¿para qué? Primero debemos entender el significado de los dibujos. —Melchor pasó los dedos por encima de la madera rugosa, en la que

alguien había tallado con esmero un caballo alado—. Esto puede simbolizar a Pegaso, pero no encuentro el sentido.

—¿Crees que cada puerta hace referencia a una constelación? ¿Con qué fin?

—Quizás para guardar los cadáveres en orden. —Melchor esbozó una sonrisa torcida al ver como la bruja ponía una mueca de asco—. O puede que solo los brujos de una determinada constelación puedan entrar por cada puerta.

—Entonces tu chica debería haber entrado por la de Perseo, busquemosla.

Qué sensación tan caliente y excitante se le extendió por el vientre al escuchar ese apelativo de «tu chica». Porque él la notaba como suya en cada rincón de su alma, pero que otra persona lo dijera era muy diferente. Lo hacía más real y eso le encantaba.

De pronto un ruido de pisadas no muy lejano se abrió paso en la quietud de la noche. Parecían botas que golpeaban con fuerza el empedrado irregular del suelo, y se acercaban cada vez más. Moruena sintió el impulso de escapar disponiéndose para salir disparada, su poncho multicolor se movió a su alrededor mecido por el viento reinante, pero Melchor la cogió por el brazo y negó con la cabeza.

—Camina lo más rápido que puedas, pero no corras. El ruido de nuestras pisadas nos delataría, como ha hecho con ellos, y aún no sabemos si han descubierto nuestra incursión o están vigilando la zona en su ronda habitual.

—Es evidente que han descubierto el agujero, sino no estarían persiguiéndonos.

—Tú camina y centra tu atención en esas malditas puertas, tenemos que encontrar la de Perseo.

Ambos apretaron el paso, sintiendo como la angustia nerviosa de saber que los podrían descubrir les hacía cosquillas en el estómago, igual que cuando juegas al escondite y no puedes evitar que el corazón lata más deprisa a pesar de ser solo un juego. Pero aquello no era un juego, y sus vidas y la de Beatriz pendían de un hilo.

Moruena observaba nerviosa cada símbolo que aparecía ante sus ojos, pero no encontraba lo que buscaban. Giraron una esquina, y otra más y en esa ocasión no encontró ninguna puerta de madera, sino unos ojos negros que la observaban con expresión vacía al principio, pero cuando el hombre se dio cuenta de que aquella mujer y su fornido acompañante no eran miembros de la Fortaleza, sus ojos se abrieron como platos y un sonido ahogado salió de su garganta.

Moruena no le dio lugar a decir nada más, porque con un movimiento limpio de su espada cortó su cuello sin apenas darle tiempo al soldado a asimilar qué iba a suceder. Y conforme el cuerpo inerte caía con un sonido sordo al suelo, y la sangre espesa teñía el pavimento con ríos carmesíes, una parte de la bruja moría con un triste lamento. Porque había sido entrenada diestramente para combates a vida o muerte, pero matar a alguien era algo para lo que nunca estaría preparada, porque iba en contra de todos sus principios como bruja.

Ella que se alimentaba de la naturaleza, que se maravillaba de la vida en todos sus sentidos, le había quitado la suya a alguien. Pero no tenía más opción, los habría matado sin dudarlos. Lo que sí hizo fue sacar rápidamente un frasquito de cristal de debajo de su poncho, y recoger parte de la esencia divina que como una voluta dorada escapaba de los labios del hombre. Más tarde haría que su vida perpetuara de alguna forma.

Descubrió que Melchor estaba tirando de ella sin cesar, y se lanzó a seguir su paso apretado. Los gritos de sorpresa no tardaron en llegarles a los oídos.

—Ahora sí que podemos correr, porque está claro que ya han encontrado el cadáver.

Las palabras de Melchor revolvieron el estómago de Moruena, una arcada le sobrevino y retuvo el vómito como pudo para correr como si no hubiera un mañana. Y a pesar de los esfuerzos que hacía para mantener el paso del mago, notaba que el malestar en su estómago crecía y crecía de forma inexplicable, hasta que de pronto una voz se abrió paso en su mente: «Sube».

Moruena sacudió la cabeza, sin comprender si el sonido venía de fuera o del interior de esta. Pero el susurro se tornó imperioso, repitiéndole ese «Sube» una y otra vez, con una voz que le era conocida, aunque no se atrevía a pensar que pudiera ser suya. Miró la espalda del mago que era lo único que alcanzaba a ver de él, y también miró hacia atrás, ya que las pisadas rápidas y fuertes de lo que intuía eran varios hombres, parecían estar a pocos metros de su espalda. Entonces miró hacia arriba y descubrió que unos metros más allá, unas escaleras escalaban pegadas a la pared de piedra de una de las edificaciones, dando paso a una pasarela elevada que discurría paralela al suelo sobre las construcciones rocosas.

—Tenemos que subir por ahí —indicó jadeante a Melchor, que volvió sus profundos ojos azules hacia ella, mirándola extrañado—. No preguntes porqué, pero lo sé.

En la mirada de Melchor observó por unos segundos la duda, pero esta fue

sustituida en seguida por determinación.

—En cuanto subamos a esa escalera seremos como un rótulo luminoso en medio de la noche.

—Debemos hacerlo, yo te cubriré.

—Y yo también a ti, querida. Solo espero que no te equivoques, bruja, hay mucho en juego.

—Confía en mi intuición, aunque no me lo explico nunca me ha fallado.

Ambos se lanzaron como kamikazes por aquellas escaleras que crujían de una forma muy preocupante, como si la madera se quejara de tener que soportar su peso. Melchor siguió subiendo sin pensar en nada más, y no tardó en sentir el aire de la primera flecha pasando junto a su oreja.

—¡Cuidado! Nos han descubierto.

Se volvió hacia la bruja colocándola detrás de él para protegerla con su cuerpo, a la vez que sacaba con la mano libre uno de los puñales de su cinturón y lo lanzaba con certeza al centinela apostado en la torre más cercana. Una flecha le pasó junto al hombro, rasgando la capa y la carne que protegía esta, aunque casi ni la notó por la adrenalina que corría por su cuerpo; sí que apreció el escozor que se instaló en aquella zona. Pero no dejó de avanzar hasta llegar al final de la escalera, pegándose a la pared.

Otra flecha le alcanzó en el muslo, clavándose en la carne sin esfuerzo, y aquella sí le arrancó un grito de dolor. Sacándose dos puñales del cinturón, lanzó uno con cada mano a los arqueros que iban en cabeza del nutrido grupo que empezaba a subir las escaleras, haciendo que cayeran al suelo como naipes de una baraja.

—No saldrá nada bueno de tanta muerte —gimió Moruena en protesta.

—Yo también lo siento mucho, bruja, pero no quiero acabar siendo un pinchito ensartado. Así que andando, si no quieres disparar lo haré yo, tú mientras busca una manera de entrar al maldito edificio.

Corrieron por la pasarela de madera, que les ofrecía una vista excelente del pasillo inferior por el que habían estado caminando. Se podía ver como por varias zonas, la soledad anterior se iba plagando de hombres que corrían enfebrecidos buscándolos. No tardarían en subir donde ellos se encontraban para capturarlos. Eran demasiados para ellos dos, todo eso contando con que las viejas lamas de madera aguantaran el peso de alguien más.

Moruena observó las puertas que se iban sucediendo, notando como el apretado nudo en su pecho se hacía más desgarrador, y volvió a sentir la sensación nauseosa en su estómago. Eso la puso en alerta y activó sus sentidos

ávida por volver a oír aquella voz, pero en esa ocasión lo que vio fue que el símbolo tallado en madera de la siguiente puerta por la que pasaron, estaba claramente encendido. Sus trazos firmes parecían iluminados desde el interior por un fuego anaranjado, y no dudó en lanzarse a aquella inscripción.

Melchor frenó en seco maldiciendo que la bruja se hubiera parado, y cogió su muñeca tirando de ella.

—¿Qué estás haciendo, Moru? Están a punto de caer sobre nosotros.

Pero Moruena parecía no oírlo, con toda su atención puesta sobre la trazada luminosa.

—Esta es la puerta, solo tengo que saber cómo abrirla.

Los gritos de los hombres estaban tras la esquina que acababan de pasar, y la bruja no parecía darse cuenta de ello. Nunca la dejaría atrás, él era un hombre leal por encima de todas las cosas y no abandonaba a un compañero en una batalla. Si debía morir allí con ella lo haría, pero no sin luchar antes.

Empuñó su espada frente a su cuerpo, y en un último momento cogió un puñado de su polvo de oro del saquito que siempre llevaba en el cinturón, y lo lanzó con fuerza al aire, descubriendo con sorpresa que las partículas doradas se quedaban flotando a la espera de que él las manejara a su antojo. Y sin perder un segundo eso hizo, justo cuando comenzó a ver los rostros enfurecidos de los hombres que se dirigían hacia ellos, movió los dedos con la destreza que solo él tenía, ya que el polvo de oro era para él lo que la energía de la naturaleza y la luz que residía en la espada, era para las brujas, parte de su esencia.

Tejió una enorme red dorada en apenas dos segundos, lanzándola hacia sus enemigos, que chocaron contra la misma con estruendo. Sin dejar de mirarlos por si la tupida malla fallaba, gritó a pleno pulmón dirigiéndose a Moruena:

—¡Puedes utilizar la magia!

Pero cuando la observó vio cómo ponía la mano sobre el símbolo de la puerta. Este crujió bajo su contacto, y del interior de la bruja salió una luz que como un aura plateada rodeó su figura. La espalda de Moruena se arqueó y observó cómo echaba la cabeza hacia atrás, pero en su expresión no había rastro de dolor, sí de lo que parecía un placer intenso. Entonces la puerta se entreabrió, y el cuerpo de Moruena cayó desmadejado al suelo.

Melchor se lanzó a cogerla en brazos y cuando la tuvo en su regazo, embistió la puerta con temor a que se cerrara de pronto, o que a él no lo dejara pasar. Pero cedió sin esfuerzo, y una vez dentro apoyó su espalda contra la madera maciza y empujó con todas sus fuerzas hasta que escuchó un sonoro

clonc, que parecía marcar el principio y el final de la existencia del mundo. Porque aquel espacio sin iluminar al que habían ido a parar, parecía tener la capacidad de tragarse todos los sonidos del exterior hasta hacerlos desaparecer. Lo mismo pasaba con la luz, la oscuridad reinante era tan densa que se le hacía pesada hasta para respirar.

A pesar de estar a salvo por el momento no podía relajarse, no sabía si en aquel espacio habría algo incluso más amenazador que fuera. Necesitaba encontrar luz de cualquier manera, y apelando a la buena suerte que había tenido antes, sacó otro puñado de polvo de oro, lanzándolo al aire y visualizando en su mente la imagen del fuego, de forma que las pequeñas partículas doradas se iluminaron como puntos candentes en suspensión. Les costó vencer a la ominosa oscuridad, pero finalmente tomaron fuerza y Melchor pudo ver dónde se encontraban.

Perfectas paredes de roca lisa formaban una habitación cuadrada sin puertas, que continuaba con un pasillo justo en el lado opuesto al que se encontraban, que parecía descender hacia lo desconocido. Ni un solo mueble, ni silla ni cuadro que diera calidez a la estancia, aunque tampoco lo esperaba. Melchor miró de nuevo a Moruena, observando que seguía inconsciente pero con la expresión más relajada que nunca había visto en la bruja. Como si estuviera inmersa en un sueño repleto de algodones de azúcar, islas paradisíacas y besos de amor.

Con un suspiro resignado avanzó por aquel pasillo que resultó ser interminable, primero descendiendo, luego dando algunas curvas para continuar recto. Las partículas doradas los rodeaban iluminando los lugares por los que pasaban, y así descubrió la siguiente sala, tras atravesar un historiado arco con finas flores talladas en la piedra.

La apariencia austera del interior de la Fortaleza desaparecía en aquella enorme estancia, de techos altos y varios metros de superficie. El suelo estaba plagado de mullidos cojines de seda de diferentes tipos, entre los que se alzaban mesas bajas de oro con delicada porcelana sobre las mismas. En otras se podían ver bandejas con botellas de licores de extravagantes colores, rodeados de copas que parecían invitar a beber de las mismas.

Melchor no tardó en imaginarse opulentas fiestas en las que hombres y mujeres se tiraban sobre aquel suelo blandito, bebían, comían y disfrutaban de sexo libre y sin tapujos. Y presidiendo toda aquella elegancia, se encontraba un enorme cuadro que cubría gran parte de la pared que tenían al frente, en el que aparecía el rostro de una mujer tan hermosa que no podía dejar de

admirarla.

Sus ojos miraban al frente de forma que aunque te situaras en diferentes puntos de la estancia, siempre parecía centrar su profunda mirada en ti. Unos ojos oscuros y turbulentos, que el magnífico pintor de la obra había plasmado de forma magistral. El pelo le caía en suaves bucles dorados que Melchor se descubrió con ganas de acariciar, y la melena le cubría parte del torso, solo cubierto con un fino vestido de tirantes blanco al estilo griego, sugerente como un susurro de seda. Sus piernas rodeaban la montura de un esbelto toro blanco, que transmitía potencia y fuerza en cada punto de su ser, y de fondo un mar embravecido que parecía querer tragárselos para adquirir esa intensidad que ambos desprendían.

Moruená eligió aquel momento para abrir los ojos y mirarlo fijamente, pero al ver los ojos del mago posados en algún punto al frente, siguió su mirada, y se quedó también observando aquel cuadro cuyas figuras, de lo bien trabajadas que estaban, parecía que iban a saltar del mismo en cualquier momento.

—Es la bella Europa —susurró Moruena con la voz rasposa—. A lomos de su amado Zeus.

Melchor la miró con extrañeza, para después volver a mirar el cuadro.

—Yo solo veo un toro bajo sus piernas.

Moruená le sonrió misteriosa, y las palabras del mago le recordaron el sueño que acababa de tener. Porque en sus sueños había estado con Víctor Bianchi, el gran brujo padre de Beatriz Bianchi, y había sido tan intenso que si gozara del privilegio de ser una navegante de sueños, aquellos seres mágicos que se podían deslizar en los sueños de otras personas, hubiera pensado que era real.

Al perder la consciencia tras tocar la puerta, se había visto entre sábanas oscuras, sus pechos desnudos aplastados contra el tejido suave, unas amplias manos estimulando su piel por todas partes; deslizándose por la espalda, agarrando sus nalgas con firmeza, apresando su pelo para tirar de la cabeza hacia atrás y lamer su cuello posesivo. Su aliento susurrándole en la oreja:

«Estate atenta a lo que te rodea, estoy en todas partes». ¿Qué demonios quería decir aquello?

Antes de que le pudiera preguntar había sentido cómo le separaba las piernas con su rodilla, y sin preguntar se había hundido en ella, quedándose

enterrado de forma profunda, sin moverse, recordándole que sería suya para siempre. Dejó que le hiciera el amor con ese aire decadente que tienen los sueños, en los que todo parece flotar sumido en una bruma. Pero el orgasmo que como una corriente de electrones atravesó todo su cuerpo no pertenecía a ninguna ensoñación, fue tan real y rotundo como un derechazo en plena mandíbula, y la dejó KO.

Aún podía sentir las descargas de placer en el centro de su cuerpo, y en respuesta sus mejillas se arrebolaron y suspiró antes de contestarle al mago, volviendo a la realidad:

—Es un toro, pero bajo esa apariencia se esconde Zeus, ¿nunca has oído la historia del rapto de Europa?

Melchor levantó una ceja mostrándole su silenciosa negativa mientras bajaba a la bruja al suelo. Ella sonrió contenta por poder explicársela, le encantaba la mitología y las historias antiguas.

—Europa era una hermosa fenicia que vivía en la casa de sus padres. Un día estaba recogiendo flores junto a las reses de su padre, y vio un toro blanco que le llamó la atención por su porte regio y elegante. Se acercó para acariciarlo con temor, pero este demostró ser manso y poseer un magnetismo innato, que la llevó a montarse en su lomo. —Moruena gesticulaba con las manos mientras le contaba la historia; su forma emocionada de narrar transmitía sentimiento a todo aquel que la escuchara—. El toro comenzó a correr muy rápido, atravesando el mar para llegar hasta la isla de Creta. Y allí le reveló que era Zeus, declarándole su amor.

—¿Amor, dices? Que yo sepa no fue su única mujer, conozco otras historias de Zeus.

—¿Y qué esperabas de un dios? No conozco a ninguno, pero parecen seres volubles. Y a pesar de lo que pienses estoy segura de que la quería de verdad en aquel momento.

—Yo sé que solo voy a amar a una persona. No quiero a ninguna otra.

Su voz solemne no daba lugar a dudas y Moruena deseó poder transmitirle aquellas palabras a la terca Beatriz.

—Tu mujer es afortunada, pero creo que en una existencia infinita hay muchas variantes que a nosotros se nos pueden escapar.

—Estoy de acuerdo, señorita Kote, en eso y en que Zeus me amaba. Aún lo hace.

Los cuerpos de Melchor y Moruena se tensaron de golpe, mirando alrededor en busca de aquella voz femenina cuyo origen no sabían discernir.

Cuando sus ojos viajaron sobre la enorme pintura que tenían delante se quedaron petrificados, al comprobar que del lienzo liso salía una gruesa pata, medio cubierta por una fina seda blanca que se mecía ligeramente. Le siguió otra pata más blanca y musculosa, y entonces pudieron ver la testa de un toro que por la perfección del pelaje y los rasgos bien marcados, se podría tachar de distinguido. Fue al encontrar su mirada fija en ellos cuando lo supieron, que aquel no era un animal corriente pues en sus ojos se podían leer emociones más que humanas, así como una templanza de aquel que ha visto mucho y solo actúa tras evaluar la situación.

Sobre el toro la bella mujer del cuadro se materializaba en alguien mucho más maravilloso; sus cabellos enredados con flores rojizas, sus labios voluptuosos mojados por algún tipo de brillo natural. Y su expresión serena, como si ir encima del animal le diera toda la seguridad que necesitaba para emprender cualquier contienda.

—Señorita Kote y mago Melchor, tenía muchas ganas de conoceros. —Con una sonrisa complacida su mirada fue de uno a otro—. He oído hablar de vosotros.

Los miró por si querían decir algo, dejándoles, paciente, su espacio, pero ningún sonido salió de sus bocas. Su expresión se tornó más seria, y mirando primero al mago y después a la bruja, indicó en un tono urgente:

—Tendremos tiempo para hablar más adelante, espero, pero ahora es preciso correr.

Como si con su voz los hubiese invocado, un ruido de fuertes pisadas que parecía venir de las botas de varios hombres, se empezó a escuchar igual que un enjambre enfurecido.

—Seguidme —ordenó la bella mujer a la vez que comenzaba a trotar sobre su montura.

Y con la sombra de la duda acerca de si debían confiar en ella y su extraño toro salido del cuadro, corrieron, con los gritos de sus perseguidores espoleándoles en su carrera.

17. En el infierno

Beatriz Bianchi se tragó las lágrimas una vez más, mientras veía cómo golpeaban duramente a Rafael. Se había convertido en una rutina, pero no por ello se acostumbraría ella a aquello. No pensaba permitirlo por mucho más tiempo, algo tenía que hacer pero no sabía qué.

Lo que no contuvo fueron los insultos que brotaron de su boca como un río de rabia turbulenta:

—Soltadlo de una maldita vez, hijos de puta. Sabéis que voy a hacer lo que me pedís, llevo tres días haciéndolo.

Tres malditas jornadas infernales encerrada entre aquellos muros de ostentosa piedra. Porque en aquella sala era todo austeridad y violencia, ya que estaba dedicada a sembrar el terror en sus ocupantes, pero esa otra donde la llevarían a continuación parecía salida de un cuento de princesas. Cubierto todo de preciosas telas, con cuadros exquisitos, teteras y vasos de oro macizo, y enormes sofás en los que morir de pena. Porque en aquel lugar pocos podían ser felices, estaba segura.

Desde el día en que la Orden de Herodes los raptara en casa de Rafael y los llevara a la Fortaleza, los minutos habían trascurrido como pesadas losas. Les pusieron un saco de tela en la cabeza justo al llegar a aquel gigante de piedra, y recordaba como caminaron al menos una hora por pasillos con curvas y desniveles. El pavimento construido con piedras, como los pueblos medievales que había visitado en su lejano país, se clavaba en los pies y añadía inseguridad a su ya de por sí precario caminar con los ojos tapados.

Después los habían dejado en una habitación con dos camas simples y una puerta en el lateral que daba acceso a un aseo igual de sencillo, pero al menos lo tenían, recordó que pensó, imaginando lo penoso de haber tenido que pedirle ayuda a aquellos guardias estirados, cada vez que tuvieran que utilizar un lavabo.

A Rafael lo habían dejado tirado en uno de aquellos colchones, manchando de sangre las sábanas blancas y sin que apenas se pudiera sostener. Y Beatriz tiró de su cuerpo laxo y apelando a aquella fuerza sobrenatural que sabía que tenía por el simple hecho de ser bruja, lo llevó hasta la bañera, desvistiéndolo y dejando que el chorro de agua caliente cayera sobre él, arrastrando a su paso no solo la sangre y el sudor, sino también el sufrimiento y la impotencia

vivididos durante el ataque.

—Saldremos de esta, Rafa, hemos salido de otras peores.

Recordaba que le había susurrado aquellas palabras mientras le frotaba jabón con ternura, por aquel cuerpo que tantas veces la había hecho gozar hasta el amanecer. En ese momento ella también le transmitía su amor a él, pero de una forma diferente, fruto de la profunda amistad que compartían tras años de salir a todas partes, reír, llorar y disfrutar juntos. Y fue con sus manos puestas en la piel maltratada de su amigo cuando vio que las heridas se iban haciendo más pequeñas, hasta quedar reducidas a una magulladura en su piel. En aquel momento apartó las manos de golpe aún sorprendida por su poder, y las volvió a poner de nuevo sobre un corte profundo que tenía en el hombro, observando cómo se iba rellenando de carne nueva de dentro hacia fuera, hasta quedar solo una fina línea rojiza como recordatorio del mismo.

Rafael la miró en aquel momento que le parecía tan lejano a pesar de haber trascendido tan poco tiempo, y mostrando admiración en sus bonitos ojos le susurró con una voz rasposa:

—Tienes el poder de la sanación, como tu padre. —Cerró los ojos y sonrió por primera vez desde el ataque—. Me tenía que haber casado contigo hace años, así te tendría pillada solo para mí.

Recordó cómo rieron en aquella bañera, y desde aquel día solo habían compartido alegría entre aquellas austeras paredes, los escasos ratos que les permitían estar solos en la habitación. Cuando los herodianos observaron al día siguiente el buen estado de Rafael, enfurecieron dándole una nueva paliza cuyas heridas se encargó Beatriz de sanar. Y así había sido cada uno de los días en aquella cárcel de piedra: los sacaban a rastras de su habitación cuando comenzaba la jornada, llevándolos a la sala del terror; golpeaban duramente a Rafael recordándole a ella que si no cumplía sus órdenes, seguirían pegándole hasta matarlo. Y después iban a la sala de las princesas, como ella la había bautizado por la elegancia y las mujeres que en ella habían, y la hacían fabricar polvo de los deseos durante horas.

En ese instante dejaron de golpear a Rafael, y los brazos que la retenían para que se mantuviera inmóvil la liberaron, lanzándose como un ciclón hacia su amigo. Con una sonrisa de satisfacción Jacob Mendel salió de las sombras, mirándola con intensidad.

—Comprende que debo asegurarme de que cumples las expectativas cada día.

Beatriz se arrodilló para coger el magullado cuerpo de Rafa, colocando su

cabeza sobre sus piernas y haciendo un examen general de los daños. Parecía tener un corte profundo en la pierna por la cantidad de sangre que empapaba la pernera del pantalón.

Miró a Jacob con todo el odio que supo reunir, y con una voz fría carente de emoción que hasta a ella le era ajena, le contestó:

—Pagarás por todo esto, Mendel, no puedes quedar impune ante una injusticia así.

—No me importan las consecuencias de mis actos, querida, creo que ya te lo dije en una ocasión. Lo que sí me importa son los resultados.

—Caiga quien caiga en el camino, ¿no es cierto?

—Claro que lo es, pero ambos sabemos que él no morirá tan fácilmente, ¿verdad? —En los ojos whisky añejo de Beatriz brilló el orgullo por tener un arma con la que ellos no contaban—. Y si tanto te empeñas en apelar a la injusticia, a mí no me parece justo el esfuerzo y los hombres que tengo que malgastar cada día para herir a tu amigo, para que tú después lo sanes en tan poco tiempo.

—No siempre se pueden tener todas las variables controladas.

Un intercambio de miradas que se evaluaban retándose, sumieron en el silencio a todos los que allí se encontraban. Los ojos oscuros de Jacob miraron a la bruja que no despegaba su mirada de él ni por un instante, cosa que la mayoría de sus hombres no se atrevía a hacer, y sonrió encantado porque en ella no había ni un ápice de miedo. Y él odiaba a las personas temerosas porque sabía que en una batalla no le serían útiles, el miedo paralizaba y podía dejarte sin capacidad de respuesta, pero eso a ella no le pasaría. Beatriz Bianchi no lo había sentido en ningún momento y eso la convertía en una persona peligrosa. Por eso cuidó las siguientes palabras, midiendo su reacción.

—Ya lo veremos señorita Bianchi, no pretendo perder esta guerra.

La mirada de Beatriz se oscureció por un velo de preocupación e incertidumbre, ¿qué estaría maquinando aquel ser retorcido? Sabía que no le podía quitar su poder a no ser que la embadurnara con *citrix*, y no disponía de esa sustancia allí, además Rafa le había explicado que sobre las sustancias puramente mágicas como el sol de la sanación, no siempre surtía efecto. ¿Qué pretendía entonces?

—Lleva cuidado con las decisiones drásticas que tomas, por si yo decidiera dejar de colaborar en tu contienda.

La voz gélida de Beatriz hizo que todos los allí presentes la miraran con

rabia por desafiar en público a su líder. Pero Jacob se mantuvo imperturbable, permitiéndose ampliar su sonrisa.

—¿A pesar de que esa decisión le costase la vida a tu amigo?

—Si lo matas nunca volverás a contar conmigo por mucho que tus hombres intenten maltratarme.

Él esbozó una sonrisa oscura, una promesa de crueldad que era muy capaz de cumplir.

—Dispongo de muchos recursos para capturar a casi toda la gente que te importa, así que la muerte de Rafael no me supondría un inconveniente mayor.

Beatriz lo miró con todo el asco y la desesperación que sentía, un firme propósito de venganza calentando su sangre como una caricia amarga que la abrumó por su intensidad. Quería derramar la sangre de aquel hombre, quería que cayera bajo su espada como una promesa de que ya no causaría más dolor. Y lo conseguiría antes o después, solo era cuestión de esperar el momento adecuado.

—Yo también dispongo de medios que podrían destruirte, así que no creo que debas hacerme descubrir de lo que soy capaz.

Otro intercambio de miradas intensas, la de él con una sonrisa ladeada fruto de lo mucho que le gustaban los retos. La de ella con la mandíbula contraída como si estuviera aplastando a la rabia con sus dientes. Mendel se dio la vuelta sabiendo que no conseguiría doblegarla, además que ella lo retara en público tan abiertamente no favorecía su imagen delante de sus hombres. Solo por eso tendría que imponerle un castigo, las necesarias consecuencias para todo aquel que osara desafiarlo. Pero esperaría a que terminara su trabajo del día para decírselo; los golpes más certeros eran aquellos que el adversario no esperaba.

—Llevala con las demás, ya se ha hecho demasiado tarde.

Beatriz abrazó con fuerza el cuerpo de Rafael, y derramó sobre él su esencia sanadora. En su escasa estancia allí había aprendido varias cosas de su poder de sanación, por ejemplo que era una energía que nacía en su estómago, y como las ramas de un árbol se extendía por todo su cuerpo. Era cuando la sentía cosquilleando bajo la piel, el momento en el que se la podía transmitir a otra persona, viendo cómo se propagaba a través de venas y arterias iluminándolas desde dentro hasta llegar al corazón, siendo bombeada con fuerza a aquellas partes que estaban heridas.

Y así pasó en esa ocasión, las contusiones se hicieron una mancha rosada apenas visible y la herida de la pierna dejó de mojar la pernera del pantalón,

así que supuso que se había cerrado. Pero no le dio tiempo a comprobarlo ya que unos fuertes brazos la cogieron de las axilas, alzándola para dejar a su amigo en aquel suelo frío, pero con los ojos abiertos y una sonrisa de gratitud y ánimo en sus labios. Al menos le quedaba su rato con él en la que se había convertido en su habitación, cuando los herodianos dieran por terminada la dura jornada, después de lo que le parecían muchas horas terrestres.

Como siempre le taparon los ojos con una máscara, y realizaron varios giros en el camino que intentó retener en la mente. Sabía que los dos primeros eran a la derecha, después había varios seguidos a la izquierda, pero había muchos que se le escapaban, por no hablar de que desconocía si pasaban por alguna puerta secreta con algún tipo de mecanismo escondido para su apertura.

Suspiró con pesar y no se permitió derramar ni una sola de las lágrimas que amenazaban con ahogarla, ¿cómo iban a salir de allí? Tenía que hablar con Rafael aquella noche, debían de pensar algo definitivo y ponerlo en marcha, porque a pesar de decirles que los soltarían cuando consiguieran tener el suficiente polvo de estrellas, ella dudaba mucho que lo hicieran, o que se les fuera la mano en una de las palizas y mataran a su amigo Rafa.

Tras pasaron el umbral de la sala de las princesas, y Beatriz abrió los ojos ante el espectáculo que se mostraba, entornándolos un poco para acomodarlos a la luz existente después de quitarse la máscara. A pesar de haber visitado anteriormente aquella estancia, no se acostumbraría nunca.

Al menos cinco brujas estaban sentadas en mullidas butacas rojas, frente a mesas de cristal sobre las que se podían ver varios botes alargados de cristal transparente, que le recordaban a los decantadores de vino que su madre solía utilizar en Navidad. Eran esos los botes que debían llenar de polvo de los deseos para poder dar por concluida la jornada laboral, una labor que a Beatriz se le antojaba muy complicada y de la que terminaba exhausta. Porque el poder de las brujas nacía de la misma esencia de cada una de ellas, de su energía vital, y al final de la jornada parecía que en aquellos botes había dejado una parte de su vida que ya nunca recuperaría.

Tomó asiento custodiada por los herodianos, o más bien firmemente amenazada por su presencia. Y sin querer su vista viajó a la zona prohibida, esa que se había negado a observar desde el primer día que la llevaron allí. Porque a pesar del rechazo que le causaba aquella visión, de lo prohibitivo de esos actos, debía reconocer que poseían un magnetismo difícil de ignorar.

En la zona lateral a las mesas en las que ella misma estaba sentada, había un sector de divanes blancos colocados estratégicamente para que se pudiera

ver a los ocupantes de los mismos en todos los puntos de la habitación.

Aquella mañana solo tres de ellos estaban ocupados, por mujeres en diferentes estados de desnudez. Sabía que ellas habían sucumbido a los placeres que allí se ofrecían, y lo cierto era que no las culpaba, porque suponía que aquella era su estrategia particular para evadirse del mundo.

Cada diván tenía una mesita al lado, sobre la que se podía encontrar una botella de lo que suponía era *licor de supernova*, y otra con un contenido azulado que no se atrevería ni a oler. Junto a las botellas, varias copas de cristal, y también una bola de cristal en cuyo interior ondulaba lo que parecía un gas de un fuerte color rosa como el de los algodones de azúcar.

Observó como una de ellas, con un largo cabello rubio que tapaba su voluminoso pecho desnudo, se llevaba una de las bolas de cristal a los labios, aspirando un poco del contenido rosa de la misma. Su cuerpo se arqueó en respuesta, y en su cara se pudo leer el placer que aquella sustancia le había proporcionado, porque se dejó caer en el diván con la cabeza hacia atrás y las extremidades laxas.

Entonces se le acercó uno de ellos. Eran tres, aunque no hacía falta la presencia de más de uno para que el aire se saturara con su esencia. Beatriz no tardó en sentir cómo su sexo se apretaba en un nudo nervioso, sus labios se inflamaron en protesta por no ser atendidos por un beso. Solo pedía eso, como en la carta que escribió a Melchor parecía que hacía milenios. Se imaginó que el mago venía a rescatarla y la besaba, con aquel ímpetu que lo caracterizaba, haciendo desaparecer el mundo a su alrededor.

Pero nada de eso sucedió, y no pudo dejar de mirar cómo aquel hombre enorme se inclinaba sobre la mujer, desnudo por completo, exhibiendo un cuerpo que parecía haber sido tallado en roca, luciendo músculos imposibles. Aquel ser pareció captar la atención de Beatriz en la escena, porque de pronto se volvió hacia donde ella se encontraba, clavándole sus ojos y provocando que temblara por dentro. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro perfecto, y Beatriz pudo escuchar en su cabeza, sin dudar que aquella voz era la suya:

—Tú puedes ser la siguiente.

Se estremeció con la nítida imagen mental que acompañó aquellas palabras: el pelo negro rapado del hombre entre sus piernas, su lengua azotándole por dentro. Su sexo palpitó extasiado, más aún cuando aquel ser sobrenatural se dio la vuelta y atacó el cuello de la bella mujer que seguía tendida sobre el diván, que se arqueó ante su contacto. Observó cómo la besaba de la cabeza a los pies con reverencia, para después colocarse sobre ella y penetrarla. Y

mientras lo hacía, el hombre que debía ser un brujo, observó a Beatriz con una intensidad que le encogió el estómago. De alguna forma consiguió apartar la mirada, quizás porque él se lo permitió.

Beatriz miró alrededor y pudo observar el rubor en las mejillas de sus compañeras, sabedora de que habían experimentado algo parecido con él, o con alguno de los otros dos. Les llamaban depredadores sexuales, y tenía claro que eran seres mágicos muy poderosos, al contrario del resto de los herodianos, que no solían poseer propiedades mágicas. Pero aquellos tres eran capaces de realizar hechizos de dominación muy potentes, por lo que los veía como un rotundo enemigo a tener en cuenta.

Cerrando los ojos intentó serenarse, controló cómo el aire entraba y salía de su cuerpo ignorando los gemidos satisfechos de la escena que estaba teniendo lugar un poco más allá. Se imaginó los ojos azules de Melchor, esos que la hacían sentir sumergida en el mar, rodeada por completo por él.

Dentro de él, él dentro de ella.

Y sintió como el anhelo atenazaba sus pulmones, como si de verdad se estuviera ahogando en aquellas aguas saturadas de su mago. Cuanto deseaba verlo, abrazarlo y sentirlo en todas partes.

Desviando aquel nuevo pensamiento se centró en su labor, y no tardó en visualizar la pequeña partícula plateada en su mente, metiéndose dentro de ella, nutriéndola con su misma esencia y haciéndola engordar hasta que la sintió en la punta de sus dedos, con aquel tacto fresco y resbaladizo. Y así pasó las horas siguientes, fabricando el codiciado polvo de los deseos y dejándose emborrachar por aquella magia que aún no controlaba y la llenaba de una inexplicable felicidad.

Abrió los ojos cuando el último de los recipientes de cristal estaba lleno, y descubrió que se había quedado sola. Los únicos que la acompañaban eran dos herodianos con aspecto anodino y expresión hastiada. Antes de que la asieran de los brazos se levantó y cerró los ojos, dispuesta a que le pusieran de nuevo el antifaz, pero comenzaron a andar sin cubrir su mirada. Eso disparó todas sus alarmas, sabedora de que el cambio significaba algo y estaba segura de que no sería para mejor.

Los siguió a paso ligero ya que aquellos dos soldados parecían haberse olvidado de que estaban custodiándola, por la cabeza se le pasó la idea fugaz de escaparse en ese momento que parecían tener la guardia baja. Pero, ¿cómo encontraría después a Rafael? Seguro que era una labor difícil dada la inmensidad que parecían tener aquellas instalaciones.

Por eso desechó el pensamiento y se centró en memorizar el camino, hasta que llegaron a la que reconoció como la puerta de su habitación. Entró buscando a Rafael ansiosa por descubrir el estado deplorable que tenía aquel día, pero no había ni rastro de él. Se asomó al aseo por si acaso tenía las fuerzas suficientes para ir solo, pero estaba vacío. Entonces se volvió como un ciclón a los dos guardias, y observó que la miraban con una sonrisa repelente.

—¿Dónde está Rafael? ¿Qué cojones habéis hecho con él?

—El jefe le ha dado una suite con vistas al mar —se jactó el más alto, carcajeándose en dirección a su compañero.

Beatriz no aguantaba la ligereza con la que aquellos imbéciles se tomaron su premura, y se lanzó contra el que había hablado, estampándole un puñetazo en los labios que hizo que se tambaleara. El otro guardia se lanzó hacia ella sujetándola por el cuello y llevándola contra la pared sin soltar su agarre.

—¡Suéltame hijo de puta!

—Ni lo sueñes, bruja.

Con la barbilla luciendo un pequeño reguero de sangre, y la mano también manchada, el hombre al que había golpeado se acercó a apenas unos centímetros de su rostro, observándola con intensidad. Pegó su cuerpo al de Beatriz, a pesar de los esfuerzos de ella por apartarlo. Podía oler su aliento a tabaco y a algún tipo de licor fuerte, y tuvo que aguantar la angustia que formaba una bola en su garganta.

—Da gracias a que el jefe ha dicho que te tenemos que tratar como a una princesa, porque te arrojaría a los cocodrilos sin pensármelo. —Pasó sus manos por los costados de Beatriz, resiguiendo el contorno del pecho y metiendo las manos entre la pared y sus nalgas, para apretárselas con intensidad—. Aunque quizás antes disfrutaría de este precioso cuerpo.

Beatriz lo empujó con las caderas y finalmente el guardia se apartó, pero justo cuando se separaba de la pared recomponiéndose la ropa, se volvió hacia ella y con la mano abierta golpeó su mejilla, lanzándole la cabeza a un lado.

—No vuelvas a pegarme, zorra, o lo lamentarás.

Quería combatir contra él y golpearlo hasta cansarse, pero eran dos contra una y sabía que poco podía hacer para ganar. No obstante indagó.

—¿Dónde está Rafael?

Ambos guardaron silencio mientras la empujaban tras la puerta y cerraban con llave, pero el otro guardia pareció apiadarse en el último instante, porque a través de la pequeña ventana que poseía la puerta le dijo en un susurro:

—Está muy cerca de esta habitación, en una similar. Y está vivo.

Sus palabras le supieron a gloria y pudo respirar de nuevo. Intuía que Rafael estaba allí como acicate para que ella realizara su trabajo, por lo tanto sentía que era su responsabilidad y tenía que lograr que saliera de allí sano y salvo.

Se centraría en aquel objetivo y trazaría su plan. Sin perder tiempo le lanzó otra duda:

—¿Cuándo lo veré?

Vio que el guardia miraba hacia delante, comprobando que su compañero estaba a la suficiente distancia, y en un tono tan bajo que casi no lo oyó, le contestó:

—Jacob no tiene intención de que lo vuelvas a ver, salvo...

Notó la vacilación del guardia y ella misma terminó la frase.

—Salvo para las sesiones matinales de tortura.

—Exacto.

La mirada oscura del guardia se clavó en ella durante unos segundos, con varios sentimientos encontrados flotando en sus ojos, pero finalmente se cubrió con el manto de la indiferencia que solía caracterizarlos a todos y concluyó:

—No me preguntes nada más porque no te voy a contestar.

Y a pesar del tono hosco de las últimas palabras, Beatriz se sintió agradecida con aquel hombre, en el que había visto el primer rastro de humanidad, algo que en el resto de personas de aquel complejo no había apreciado.

—Gracias.

El susurro urgente llegó a los oídos del guardia, que asintió antes de alejarse a buen paso.

Beatriz se lanzó hacia su colchón, y en un acto impulsivo que sabía que no le iba a aportar nada, lo golpeó con fuerza con sus puños, una y otra vez, hasta que la respiración se le volvió entrecortada y los nudillos le dolieron.

Se imaginó que en vez de su cama era la cara de Jacob Mendel la que estaba golpeando, borrando su eterna expresión de maligna satisfacción. ¿Habría sido siempre igual de despiadado? ¿Qué llevaba a una persona a ser así? Lo odiaba, sentía el odio con un regusto amargo en su lengua, tensando su cuerpo, forzándola a pensar en la venganza. Porque en su ya de por sí precaria situación, le había arrebatado lo único que le estaba haciendo la estancia más llevadera, los ratos con Rafael en la habitación.

Ya se lo había advertido aquella misma mañana, aunque en ese momento ella no lo había entendido: «No pretendo perder esta guerra». Y, ¿qué mejor que mermar psicológicamente al enemigo para intentar quitarle la esperanza? Aunque no lo había conseguido, ya que gozaba de una férrea determinación para salir victoriosa de aquella Fortaleza, sí notó que después de descargar su rabia, una tristeza sorda a cualquier razón la invadía.

Se dejó caer en el colchón, abrazando la almohada contra su cuerpo para así frenar el dolor que como una brecha abierta se le estaba instalando en el corazón. Y es que es bien sabido que cuando un acontecimiento triste ocurre en tu vida, siempre se tiende a recordar todas las demás miserias para hundirte todavía más. Por eso a la mente de Beatriz vino la ausencia de Rafael, el anhelo que tenía por volver a ver a Melchor, la incertidumbre por encontrar a su padre, el no saber si Elena estaba viva o muerta.

Sintió que se hundía más y más y que un nudo de lágrimas se acomodaba en su garganta, asfixiándola, hasta que con un largo suspiro las dejó ir notando cómo mojaban su cara, como las gotas de rocío cuando resbalan perezosas por las verdes hojas.

Percibió una brisa caliente que acariciaba la piel de su nuca, como si alguien estuviera soplando en aquella zona de su cuerpo. Se dio la vuelta en guardia, pero allí no había nadie. La corriente caliente rozó su barriga expuesta, justo debajo de su ombligo, ya que la camiseta se le había subido. Y aunque fuera totalmente imposible apreció como un riachuelo de aire cálido se colaba entre sus pantalones y la piel, calentando su sexo como si alguien estuviera susurrando sobre él. Cerró con fuerza las piernas y se levantó de golpe, y entonces escuchó una carcajada, ronca y profunda, que reverberó en sus entrañas.

Levantándose buscó el origen de aquel sonido, corrió al cuarto de baño pero estaba vacío. Se asomó debajo de ambos camastros pero obtuvo el mismo resultado. Una voz suave y masculina llamó su atención en un tono bajo:

—Desde que llegaste buscas en el lugar inadecuado, nena.

Localizó claramente la voz tras la rejilla de la puerta y se lanzó a aquel punto, pero al otro lado de la gruesa madera no encontró a nadie. Dio un golpe en aquella barrera que la tenía retenida, resoplando frustrada.

—¿Dónde estás?

—Creo que te preocupa más saber quién soy, ¿no es cierto? —De nuevo aquella risa que viajaba por su cuerpo como pequeñas descargas eléctricas—.

Si estoy aquí es para ayudarte a escapar, pero antes necesito confiar en ti.

—Si hay alguien que tenga que desconfiar en este momento del otro, soy yo. Ni siquiera sé quién eres.

—Pero sabes que te quiero ayudar.

—Eso es lo que tú dices —indicó con una clara desconfianza mientras seguía mirando hacia todos lados, buscando la fuente de aquella voz sensual—. Nadie me ha ayudado a nada desde que me metieron en este lugar.

—Deja de buscar, Beatriz, hasta que yo no quiera no me vas a encontrar.

La voz suave y susurrante adoptó un tono más autoritario e imperioso.

—No disponemos de mucho tiempo, querida, así que te aconsejo que confíes en mí y te tumbes en la cama con los ojos cerrados.

—¿Qué? —exclamó asombrada. No pensaba bajar la guardia por nada del mundo—. Ni lo sueñes.

—Ni siquiera sabes si estoy cerca, solo oyes mi voz en tu mente. ¿Qué podría pasarte?

—No lo sé, pero no lo haré.

—Entonces no te ayudaré.

Y la voz se apagó, dejando un extraño vacío en su lugar, algo curioso cuando ni siquiera ocupaba un espacio real, pero Beatriz podía sentir una ausencia física.

—Espera, no te vayas. —Aguardó unos segundos a la espera de algún indicio que le indicara que aquel ser, fuera cual fuere, seguía allí. Y a pesar de no obtener respuesta alguna, continuó—. Haré lo que me pides.

Sintió como la voz volvía a resonar colándose melosa por sus oídos, como miel espesa que intentara introducirse en su cuerpo.

—Bien hecho, no te arrepentirás.

Beatriz se acostó en la cama notando la tensión que atenazaba todos sus músculos, pudo sentir el sabor metálico del miedo en su boca, porque una parte de ella misma le decía que aquello era un error. ¿Y si se trataba de una trampa tendida por el mismo Mendel? Aunque su instinto le decía que no era así, ya que el líder de los herodianos había demostrado en más de una ocasión que su forma de proceder era bastante más directa.

Cuando cerró los ojos sintió que algo se posaba en su estómago, por lo que los volvió a abrir. Era una copa apoyada en un equilibrio precario sobre su ombligo, con un líquido rosa que nunca había visto, ni siquiera en aquella zona decadente de la bella sala de las princesas. Sin saber si la escucharía dijo en un susurro:

—No me voy a tomar esa mierda.

Una carcajada en respuesta, caliente, sensual y muy masculina.

—Entonces no tenemos trato. Has dicho que ibas a confiar en mí.

—Me pides un acto de fe extremo.

—Vamos, Bianchi, no morirás.

—Me dejas mucho más tranquila.

Y la ironía de su voz le arrancó a la presencia invisible una nueva carcajada, esta vez más oscura. Sin saber por qué lo hacía, suponía que por pura desesperación, tomó la copa entre sus dedos comprobando lo frío que estaba aquel líquido, y sin pensarlo se la llevó a los labios vertiendo el contenido en su boca.

No se lo esperaba. No esperaba aquel sabor. No habría podido ni siquiera adivinar la avidez que se apoderó de ella cuando una gota de lo que fuera aquello rozó sus labios. Se descubrió tragando como una mujer perdida en el desierto, como si todos sus sabores favoritos estuvieran concentrados en aquella pócima, y cuando el contenido rosa se terminó miró en el interior cristalino por si acaso podía hacer brotar más de alguna forma. Intentó utilizar su magia no sabía cómo, pero solo el poder sanador funcionaba entre aquellas paredes, ya que el sol de la sanación era inmune a toda anulación mágica al ser un elemento puro. Entonces volvió la voz, más suave que nunca.

—Ahora acuéstate de nuevo, Beatriz, cierra los ojos y déjate llevar.

Eso hizo, quizás con menos resistencia de la que le hubiese gustado. Y pronto notó que su cuerpo perdía peso, como si hubiera comenzado a flotar. Sentía que estaba inmersa en una nube de algodón que acariciaba mullida cada parte de su cuerpo.

—Abre los ojos, preciosa.

Los abrió, y supo que le iba a resultar complicado salir bien parada de esa situación. No se había equivocado en sus sensaciones, porque se encontraban en algún lugar entre las nubes. Si miraba hacia abajo podía ver lo que suponía era La Fortaleza a muchos metros bajo sus pies. Ella se encontraba acostada sobre un sofá lleno de cojines, asentado sobre lo que parecía un cristal que hacía las veces de suelo. Toda aquella habitación transparente se encontraba en algún punto suspendido en el cielo.

En un sofá justo en frente tenía al pecado personificado, a uno de los depredadores sexuales, el moreno de pelo rapado, que la miraba como si fuera un pastelito que estaba a punto de devorar. Toda su piel salpicada por finas gotas de agua como si las nubes se hubieran condensado en sus poros. Tenía un

aspecto tan etéreo y divino que resultaba imposible despegar los ojos de él. Glorioso, quizás esa era una palabra que podría aproximarse a su descripción, y se quedaba muy corta para definir la magnitud de aquel hombre.

Tragó saliva y observó cómo se acercaba, totalmente desnudo como en las anteriores ocasiones que lo había visto, inclinándose sobre ella con una sonrisa que solo hacía pensar en su boca lamiendo cada zona de su cuerpo. No entendía que aquellos pensamientos la atacaran sin piedad cuando era Melchor el dueño de su corazón. Entonces, ¿qué le pasaba?

—Por si aún no te habías dado cuenta, querida, soy un brujo sexual, especializado en manejar las sensaciones sexuales, y navegante de sueños como tú. Por eso te he hecho beber esa poción, para que cayeras dormida.

—¿Ahora mismo estoy durmiendo?

Le parecía increíble, porque podía sentir perfectamente el contacto caliente de la manaza del brujo posándose en su barbilla, alzándola para tener acceso a su cuello.

—Solo tu cuerpo, todo lo demás está aquí conmigo. —Y ese «conmigo» estaba bañado en un erotismo tan intenso que sintió un escalofrío caliente atravesando su cuerpo.

—Es como si estuviera yo por completo, porque siento todo lo que me rodea como algo real.

—Porque es real, querida. El cuerpo solo es un envoltorio muy apetitoso en tu caso, lo importante es el alma y la energía que la rodea.

Su boca fue hacia el cuello de Beatriz, y esta se descubrió como una observadora expectante en vez de darle un manotazo como tenía que haber hecho. Los labios del brujo se posaron en su cuello, y notó como al igual que la bruja rubia en la sala de las princesas, su espalda se arqueaba ante aquel contacto, y una sacudida de placer golpeó su sexo y sus pechos. Quería más de aquello de una forma irracional y necesitada.

—Los brujos sexuales también gozamos de un aura difícil de ignorar, y la poción rosa lleva un importante componente afrodisíaco, como todo lo que sale de mis manos, preciosa, me es imposible hacerlo de otro modo ya que es un poder innato en mí.

Las manos del brujo viajaron a sus costados, acariciándola de arriba abajo. Una parte de su mente gritaba alarmada, porque no quería seguir en aquella situación. Quería empujar a aquel tipo, levantarse e irse. Pero las sensaciones eran tan potentes, su cuerpo estaba tan en tensión, que no era capaz de apartarse. Solo podía ahogarse en todo aquello que el brujo le arrancaba, en

aquel mar de caricias electrificadas que la estaba matando, pero de placer. Una tortura diferente al fin y al cabo.

Vio como el brujo sonreía y sin apartar su mirada oscura de los ojos miel de Beatriz, despegó las manos de su piel y fue pasando sus palmas abiertas por todo el cuerpo de la bruja, pero sin tocarlo, dejando un rastro ardiente allí por dónde ni siquiera rozaba. Llegó a su ombligo y cuando sus manos se posaron sobre aquella zona, notó como si un volcán entrara en erupción justo en ese punto de su estómago, derramando un reguero de lava caliente que se deslizó entre sus piernas hasta llegar a su sexo. Lo último que vio antes de sufrir un demoledor orgasmo fue la sonrisa enorme del brujo, que sin duda disfrutaba del espectáculo.

Cuando pudo recuperarse de la impresión y su cuerpo dejó de contraerse extasiado, abrió los ojos observando la mirada satisfecha del brujo clavada en ella. Sus palabras le llegaron como una caricia hablada.

—Bienvenida a mi habitación del placer, Beatriz. Al carecer de tés y pastas, dar placer es el recibimiento oficial, así que no te enfades conmigo por ello. Ponte cómoda porque tenemos mucho de qué hablar.

18. A las mazmorras

Gaia notó cómo la llama crepitaba en la piel de su espalda y aulló de dolor, cayendo sobre sus rodillas para evitar su contacto. Alguien tiró de ella alzándola del suelo como si fuera una pluma, y dándole una vuelta rápida en el aire como las bailarinas, se encontró con la mirada oscura de Baltasar. Este la aplastó de frente contra su cuerpo, evitando así las siguientes llamaradas que los rodearon por delante y por detrás como si fueran un sándwich.

Gaia levantó una ceja, sonriendo de lado a pesar del dolor que le escocía rabioso en la espalda.

—¿Cómo sabías por dónde iba a venir la siguiente llama?

Baltasar sonrió encantado, como siempre que conseguía sorprenderla.

—Siguen una cadencia matemática, lo sé porque como sabes, vengo de un largo linaje de hombres sabios y tengo un poder especial para los números. —Levantó las cejas intentando impresionarla—. Además me he hecho mi propia regla, que te voy a chivar porque eres tú.

—Qué suerte la mía.

El tono irónico en su voz no se podía obviar.

—Muchas otras querrían estar en tu lugar, y no hablo solo de mis valiosísimos conocimientos. —Apretó su cuerpo duro contra ella para indicarle a qué se refería, ante lo que Gaia puso los ojos en blanco—. Pero me centraré en lo que nos urge, guerrera mía. Las llamas están separadas por una zancada una de otra, y siguen una cadencia rítmica que creo controlar. Primero se encienden las impares, a los dos segundos las pares, y después una impar y la siguiente par.

Gaia lo miró abriendo mucho los ojos, sorprendida por la habilidad del mago para calcular aquello cuando llevaban tan solo unos minutos en esa nueva gruta, dentro de los túneles subterráneos del planeta de los escorpiones.

—¿Cómo es posible que hayas hecho ese cálculo en tan poco tiempo?

—Tú solo disfruta de mi sabia presencia, nena, y no te preguntes nada más.

—Se lo he dicho yo, querida. —Lunae les adelantó a buen paso, agachándose justo en el momento en el que una llamarada la iba a alcanzar—. Estoy cansada de hombres con un enorme ego.

Baltasar entornó los ojos hacia ella sin perder la sonrisa, a lo que Lunae le respondió alzando la barbilla orgullosa. La sonrisa que intercambió con Gaia

era sincera, de dos mujeres que se comprenden y están unidas en la lucha perdida frente al amor.

—Yo también estoy más que harta de esos especímenes.

Confesó Gaia, y con una mirada irritada al mago, se apartó de su cuerpo y empezó a contar zancadas y segundos. No tardó en conseguir la cadencia adecuada, hasta que llegó al final de aquella peligrosa parte del recorrido.

—Ya queda muy poco, estamos muy cerca de la entrada al sótano del palacio —gritó Lunae mientras avanzaba con determinación, echando un rápido vistazo atrás para ver si la seguían.

—¿Y una vez dentro del castillo?

—Antes te debería preocupar lo que nos espera en el último tramo —confesó la bruja escorpión provocando que todas las miradas recayeran en ella.

La dracónida que siempre llevaba la voz cantante se le acercó.

—¿Debería de preocuparme por mis chicas?

—Supongo que sus vidas no corren peligro, pero pasarán un mal rato. Creo que el hechizo está ideado para rasgar la determinación de todo aquel que se atreva a entrar a hurtadillas al castillo, para que te pongas en el lugar de aquellos a los que estás intentando burlar. —Al ver la cara de expectación de todos los presentes, no se hizo más de rogar—. Es la sala del enemigo, en ella se recrea un adversario que puede ser del pasado, del presente o del futuro, una persona que en algún momento ha sido o será una amenaza en nuestras vidas. Por eso no es un peligro que os pueda explicar, porque a cada uno se nos aparecerá una cosa diferente. Solo os aconsejo que sea lo que sea lo que veáis, no luchéis contra ello. Vuestro único objetivo debe ser alcanzar la escalera del fondo de la sala y subirla, hasta llegar a la trampilla de madera que hay en lo más alto. Cuando la traspaséis todo desaparecerá.

—Te seguiremos, entonces —concluyó Gaia pegándose a Lunae, pero esta negó con la cabeza.

—No podréis, en la sala del enemigo solo ves a tu adversario, nadie es capaz de ver más allá de eso. Ni siquiera verás a las personas que te rodean, por eso vuestro objetivo debe ser salir de allí lo más rápido posible.

Baltasar miró a Gaia cuyo cuerpo estaba totalmente en tensión. Se atrevió a acercarse a ella lo suficiente para acariciar su pelo rubio oscuro, como si los rayos tostados del sol se hubieran adherido al mismo. Al contacto la bruja se volvió de golpe, pero cuando su mirada ausente consiguió centrarse en la del mago, sus hombros descendieron relajándose un ápice.

—¿Qué quieres ahora?

—Que sepas que voy a estar junto a ti en esa maldita sala.

Su voz suave y susurrante le acarició el corazón de una forma más notoria de lo que a ella le hubiese gustado.

—No es posible, ya has visto lo que ha dicho Lunae, ni siquiera seremos capaces de vernos entre nosotros.

—Pero sí podrás ver dentro de tu corazón, y aunque no lo quieras yo estoy ahí dentro porque soy tuyo.

Gaia le hubiese dado una contestación airada si no llega a ser por la expresión que le puso él al decir esas palabras. Porque lejos de adoptar su característico tono chulesco y jocosos, la voz fue profunda y su expresión mortalmente seria, queriendo rebuscar en su interior, necesitando quedarse clavado en su retina para que sintiera la verdad de sus palabras.

Y Gaia lo pudo sentir, como un segundo latido allí donde solo había medio desde la desaparición de Alethea. Sentía como la mirada de Baltasar le aceleraba el pulso, y la sangre bombeada con intensidad por ese corazón acelerado le proporcionaba un calor diferente, uno que nunca había conocido en relación a un hombre, porque le aportaba seguridad y sobre todo confianza.

Quiso creer en sus palabras y como no sabía qué decirle ni estaba preparada para ser recíproca en aquella confesión, se inclinó sobre él y colocando la palma de la mano sobre su pecho lo besó, en un contacto que quería ser fugaz pero firme. Uno que le quería enseñar que ella también estaba allí, pero sin comprometerse, sin ofrecerle nada salvo su presencia.

Los labios de Gaia se apretaron contra los del mago, calientes, sabrosos, y la fugacidad que pretendía quedó en una mera idea, porque al sentir el sabor de Baltasar explotar en su boca quiso profundizar en aquel beso. Por eso dejó que él la apretara entre sus brazos, fundiéndose contra su cuerpo duro y enorme. Se abandonó a las sensaciones que la lengua sedosa del mago producía en todo su ser, hasta que alguien silbó y ambos se separaron de golpe listos para afrontar cualquier peligro que hubiere. Pero lo que se encontraron fue varios pares de ojos mirándolos, las dracónidas con claras sonrisas, Lunae con una extraña expresión pensativa que no tardó en esconder para sonreírles.

—En marcha tórtolos, nos queda muy poco.

La luz fue disminuyendo progresivamente, existiendo una distancia mayor entre una antorcha y otra. Llegaron a un arco que poseía extrañas inscripciones que Lunae se apresuró a señalar:

—Ese escrito es el que mantiene hechizado todo lo que hay detrás de la

puerta. Recordad ir rápido hacia la escalera, no importa nada más.

Y dicho aquello los miró armándose de valor y cruzó el umbral, fundiéndose con la oscuridad al otro lado. Gaia tragó saliva observando como una a una pasaban las dracónidas, activando aquel extraño fuego alrededor de su cuerpo; las llamas bailaban como si estuvieran flotando en la densa oscuridad.

Entonces le tocó a ella el turno y de forma inconsciente echó un último vistazo a Baltasar, que la miró con una férrea determinación en el rostro a la vez que apretaba su mano entre las suyas, algo firme y cálido en medio de la hostilidad que se avecinaba.

—Intentaremos pasar juntos.

Baltasar tiró de su mano apretándola con fuerza, y con paso decidido ambos traspasaron el extraño arco. Cuando estuvieron al otro lado una corriente invisible empujó a Gaia con fuerza, separándola del mago y haciendo que se golpease la cabeza contra la pared de piedra. Aturdida se llevó la mano a la zona, notando como los dedos se le mojaban con un líquido caliente, supuso que era sangre proveniente de la posible herida que el golpe le había producido.

Tambaleante se levantó apoyando una mano en la pared y con la mirada en el suelo, y cuando notó que recuperaba la estabilidad miró hacia adelante, descubriendo que ya no se encontraba entre paredes de piedra. Ante sus ojos se desplegaba un escenario grandioso que conocía, pues era a aquel punto del universo donde se solía desplazar con sus hermanas cuando querían aislarse del mundo y desconectar. Era en aquel planeta dentro de la constelación de Orion donde también había aprendido a luchar, dejando que el espíritu del cazador y la magnífica luminosidad de sus estrellas le renovaran la energía. Y es que el cielo que se podía vislumbrar desde aquel punto estaba tan cuajado de estrellas, que entre una y otra apenas había separación, creando un manto lumínico difícil de observar durante mucho tiempo por el potente resplandor.

En aquel cielo que desconocía si era real o ficticio, ya que podía ser parte de la magia de la sala del enemigo, se fijó en Bellatrix, la estrella en la que Alethea había forjado su espada. Un poco más allá estaba Raselgueuse, donde ella misma se había hermanado con la suya. Recordaba la expresión de Alethea en ambos acontecimientos, siempre la más alegre de las tres hermanas, con una sonrisa perpetua en su precioso rostro que todo el mundo adoraba.

El recuerdo de su hermana hizo que la rabia naciera caliente en sus

entrañas, como un géiser que alguien había tapado y en ese momento explotó arrasando con todo lo demás. Y entonces la vio, de espaldas observando el horizonte como ella hacía. Su silueta inconfundible, la capa corta azul ondeando al viento, su melena, más rubia que la de Juno y la suya, suelta en una cascada suave.

—¿Alethea?

Apenas pudo alzar la voz lo suficiente para que llegara a sus oídos, y maravillada y aterrada a partes iguales, vio como su hermana volvía la cabeza hacia ella. Pero no fue en Gaia en quién centró la mirada, sino en el hombre vestido de negro que se le acercó con paso seguro, tocándole el hombro. Con el pelo largo y liso, de un negro intenso que le caía hasta la cintura. Con unas bellas facciones que cubría de cordialidad, y una espada negra y curvada a su espalda que hablaba de intenciones más oscuras.

Un escalofrío recorrió a Gaia mientras se acercaba a la escena, observando con preocupación cómo se daban la mano.

—Ale, ¿quién es este hombre?

Pero su hermana seguía sin escucharla, y Gaia se dio cuenta de pronto que en aquella extraña escena, no podía oír nada. Existía un vacío sordo en el que ni siquiera era capaz de percibir el sonido de su propia respiración.

Se acercó a los dos y observó sus gestos, como si estuvieran dentro de una esfera de cristal invisible e impenetrable. Y entró en alerta cuando en la expresión de su hermana vio el miedo, apreciando cómo sacaba con presteza su espada Bellatrix y asestaba un certero corte en la pierna del que parecía ser un brujo.

Ella misma sacó su espada Raselguex y de pronto, como si las moléculas de aire que le rodeaban fueran una sustancia física que se podía romper, el espacio a su alrededor explotó en mil pedazos, haciendo volar una especie de esquirlas de cristal que viajaron en todas direcciones, clavándose en su piel con su afilado toque y arrancándole un grito de dolor. Fue en ese momento cuando alcanzó a ver el rostro del hombre oscuro, que a pesar de estar agachado en el suelo doblado por el dolor, le sonreía ladino, con un brillo espeluznante en su mirada. Y supo con certeza que la miraba a ella, teniendo la desagradable sensación de que lo conocía, de que había visto antes esos ojos oscuros, esa cara atractiva. Pero, ¿dónde?

La rabia la cegó y se lanzó hacia ellos dispuesta a cortar aquella sonrisa con su espada, pero entonces sintió la voz de Baltasar en su cabeza, que como un mantra silencioso susurraba: «¿Por qué? ¿Por qué?», y eso consiguió

sacarla del trance en el que estaba sumida y recordar lo que era aquello: una ilusión. Su hermana no estaba allí, y para ayudarla de verdad debía salir de aquella estúpida ensoñación.

Sus ojos viajaron fugaces buscando la escalera, dudaba mucho que pudiera encontrarla ya que parecía que se había trasladado a algún lugar muy lejano en pleno corazón de Orion. Pero cuando cerró los ojos y los volvió a abrir, pudo verla suspendida en medio de la nada. Se lanzó a la carrera hacia ella, pero el susurro de Baltasar volvió con más angustia a su mente, y entonces frenó en seco mirando a su alrededor.

Si no se había movido de aquel lugar en el tiempo que llevaba allí, que sospechaba que era más de lo que parecía, era que la habitación en cuestión estaba hechizada para construir ensoñaciones. Por lo que sabía, podía crear tantos escenarios como personas hubieran en el lugar, porque como bien había dicho Lunae, cada uno tenía un enemigo diferente y vivía el hechizo recreando un lugar distinto.

Eso significaba que las diferentes escenas se solapaban de alguna manera, como si en aquella habitación hubiera varias dimensiones superpuestas por las que pasaba cada persona. Y si eso era así, existía la posibilidad de que se pudiera pasar de una dimensión a otra, siguiendo el rastro de la magia, que siempre dejaba alguna huella.

Bendijo su capacidad para analizar con rapidez situaciones de riesgo, y sus ojos viajaron por el escenario que la rodeaba, obviando cómo su hermana yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Se guardó ese sentimiento para más tarde repitiéndose que Alethea no estaba allí, y jurándose que la vengaría aunque le costara su propia muerte.

Entonces lo vio, flotando como un jirón de nube plateado, una línea de demarcación mágica, que solía indicar un punto débil al que la magia no llegaba en la red mágica trazada por el hechizo. Y sin pensarlo se lanzó hacia aquel destello, saltando justo delante del mismo y penetrando por el cuasi invisible resquicio.

De nuevo su cuerpo chocó contra una pared de piedra, sus huesos crujieron en protesta y aguantó el dolor sordo de la rodilla al impactar con un saliente rocoso. Fue a levantarse apoyándose en el duro suelo, cuando algo en movimiento chocó contra ella, estampándola de nuevo contra la roca sin poder reaccionar. Lo que fuera aquello debía ser muy rápido, porque Gaia había sentido el golpe incluso antes de ver el borrón que la había mandado a morder el polvo otra vez.

El ruido metálico de las espadas entrechocando le hizo dar un rápido bote para ponerse en guardia, sacando ella misma la suya.

—Joder —oyó que exclamaba una voz muy parecida a la de Baltasar.

—Es inútil que sigamos luchando, nunca me ganarás —gritó esta vez alguien desconocido.

—Ni tú a mí, así que a ver quién se cansa antes, amigo.

«Confirmado», pensó, era Baltasar. Vio con sorpresa que la escena se desarrollaba en la escuela de los Reyes Magos, buscando a las figuras que se movían envueltas en un torbellino, a una velocidad muy difícil de seguir. Y en uno de los intercambios de golpes algo más largo lo vio, Baltasar, peleando encarnizado con un hombre tan enorme como él, que portaba una capa color canela ondeante debido a los rudos movimientos de la pelea. El desconocido giró sobre sí mismo golpeando la mano de Baltasar en un certero toque que tiró la espada de este a varios metros.

Gaia se lanzó hacia ambos, dispuesta a proteger al mago que tantas emociones le despertaba en el alma, pero Baltasar se agachó y embistió como un toro al otro hombre, chocando su cabeza contra la barriga de este, a la vez que le cogía de los brazos sacudiéndolos rudamente para que soltara el arma, hasta que lo consiguió.

Ambos rodaron por el suelo desarmados, como dos perros rabiosos enzarzados en una lucha de piernas, puños y cabezazos. Y a pesar de ser una experta en peleas cuerpo a cuerpo, Gaia se quedó maravillada del salvajismo de aquellos dos, y de la destreza con la que sus cuerpos fuertes golpeaban y eran golpeados.

El sonido de sus respiraciones pesadas, de los puños impactando contra la carne, hicieron eco en aquella estancia, y Gaia se lanzó hacia ellos metiendo su cuerpo menudo entre el de aquellos gigantes. Un puñetazo impactó en su mandíbula y solo cuando oyeron su gemido de dolor, la batalla cesó. Baltasar observó cómo Gaia se llevaba la mano al mentón frotándose aquel punto, y gruñendo como si fuera un animal se dispuso a lanzarse contra el otro hombre, cuya mirada viajaba de uno a otro sin comprender.

—Ahora sí que la has cagado, gilipollas.

Pero la bruja se interpuso entre ambos y el golpe no le llegó al hombre de mirada oscura y barba castaña.

—¿Quién eres tú?

Gaia ladeó la cabeza intentando adivinar la respuesta antes de que saliera de sus labios.

—Gaspar.

—¿El gran Rey Mago? —indagó la bruja con la ironía que la caracterizaba.

—Ese mismo, aunque soy mucho más grande de lo que se puede ver a simple vista.

Y en un acto tan pretencioso como los que solía protagonizar Baltasar, se señaló el cuerpo con una amplia sonrisa, que le arrancó otra a la bruja. En cambio al mago de piel oscura se le escapó un peligroso gruñido bajo que hizo que Gaia se pegara más a él, chistándole en un intento por tranquilizarlo.

—¿Y cómo coño has aparecido en esta maldita sala? ¿No se supone que se nos aparece nuestro máximo enemigo?

—Así es. Por eso no entiendo qué hace él aquí.

Gaspar no dijo nada, solo levantó los hombros. Gaia cogió la cálida mano de Baltasar tirando de él hacia la escalera.

—Lo descubriremos más adelante, esto solo es una ensoñación, ni siquiera es tu amigo.

—Pues bien que te ha respondido como lo haría él.

—Si no me equivoco, en este tipo de hechizos la magia utiliza tu información mental, y este Gaspar en particular ha adquirido todos los atributos que tú conoces de él.

La resistencia del mago disminuyó y se dejó arrastrar hasta la construcción de piedra, volviendo la cabeza para ver cómo el supuesto Gaspar no los seguía, permaneciendo inmóvil en medio de la sala.

—Pero, ¿por qué ha aparecido aquí? No entiendo de qué manera Gaspar puede ser mi enemigo.

—Quizás aún no lo sea, y lo será en un futuro.

Y aquello encendió la bombilla de Baltasar, pero seguía sin explicarse cómo su gran amigo iba a convertirse en algún momento en su enemigo, cuando era el miembro más emprendedor de los tres reyes y su lealtad era más que demostrable.

Ascendieron la escalera a la carrera tirando del asa que poseía la trampilla de madera, y esta se abrió con un fuerte chirriar de sus goznes. La atravesaron sintiendo que salían de una burbuja temporal, y el frío les golpeó calándoles los huesos, pero lo que más impresión les causó fue ver que allí no había nadie.

Se encontraban en una vasta habitación cuyo suelo y paredes estaban recubiertos de madera; salpicando la estancia había cientos de barriles del mismo material, colocados en ordenadas filas que formaban múltiples

pasillos.

—¿Dónde están todos? —susurró el mago, ya que no sabía si podía haber algún brujo escorpión en aquella estancia.

Gaia se asomó a un pequeño tragaluz que había en la pared más próxima, observando que en el exterior reinaba una noche cuajada de estrellas.

—Cuando hemos entrado en el túnel había anochecido hacía varias horas, y el periodo orbital de este planeta es muy similar al del planeta Tierra, así que creo que en este momento, dadas las horas que hemos estado sorteando obstáculos en el túnel, debería estar amaneciendo. —Gaia señaló con el dedo el exterior para que Baltasar echara un vistazo—. Pero esta oscuridad me hace pensar que aún queda mucho tiempo para que eso ocurra. Lo que me lleva a preguntarme: ¿cuánto tiempo hemos estado ahí dentro?

—No sabía que eras tan inteligente, eso me pone mucho. —Baltasar la miró con el hambre habitual, aunque en su mirada había algo nuevo titilando nervioso—. Mi impresión ha sido de haber estado apenas unos minutos.

—Pues yo creo que ha pasado medio día, el tiempo suficiente para que haya vuelto a anochecer, y los demás se hayan cansado de esperarnos.

Miraron alrededor buscando indicios de que alguien hubiera estado esperándolos durante tanto tiempo, pero resultaba muy improbable. Entonces se miraron entre ellos, buscando cual era el siguiente paso. Perdidos en aquella búsqueda de la venganza, sin saber si saldrían victoriosos o no. Y después de la tensión vivida que parecía haberles taponado la garganta con una gruesa nuez, y a pesar de ser lo más inapropiado para un momento como ese, Baltasar suspiró lanzándose hacia la bruja, aplastando su sinuoso cuerpo contra la pared y besándola con toda la frustración que sentía.

La deseaba tanto... A todos los niveles, de todas las maneras posibles. Quería estar en su interior, dejarle una huella indeleble que le quemara durante toda la vida, compartir cada pequeño detalle de su existencia con ella.

Su lengua penetró en la boca de Gaia y lamió todo lo que encontró, mordiendo el labio inferior y tirando con decadencia, sin ganas de liberarlo jamás. Después lo absorbió de nuevo, para borrar las huellas de sus dientes, y la siguió besando hasta que un gemido femenino se coló entre sus labios, calando en su corazón.

—Gracias Gaia. —Lo dijo en un tono tan bajo que parecía una caricia al aire más que algo perceptible a cualquier oído, pero Gaia sí que lo escuchó—. Sin ti me hubiese perdido allí dentro. Gracias por encontrarme.

Se separaron apenas unos centímetros, y el azul de los ojos de la bruja

brilló como un mar en calma, sobre un violeta más impetuoso y oscuro, transmitiéndole la sonrisa que también se formó en sus labios. Gaia sintió cómo se desconchaba esa firme coraza que rodeaba su corazón, y los cálidos ojos negros del mago, esos que le prometían secretos, pasión y más de una buena pelea, grabaron su sello en ella de una forma que nadie antes había conseguido.

Se inclinó para besarlo de nuevo pero entonces algo estalló a pocos metros de donde se encontraban, lanzándose ambos al suelo para cubrirse de la lluvia de astillas y líquido que colapsó el espacio.

—Tienen que estar aquí, ¡encontradlos!

Aquella orden no admitía réplica, por eso los feroces gritos se empezaron a escuchar un poco más allá de su posición. Gaia echó la mano al asa de la escotilla por la que habían pasado, pero esta no cedió. Miró alrededor intentando buscar una salida, y lo único que se le ocurrió fue meterse en las barricadas repletas de alguna sustancia desconocida.

—Nos sumergiremos cada uno en un barril, Baltasar, sígueme.

Buscó la fila cuyos barriles parecían más amplios y anclando sus manos en los bordes de la tapa de uno de ellos, tiró con fuerza hasta despegarla. El olor a *licor de supernova* le golpeó emborrachándola, y a pesar de que la escasa luz no dejaba apreciar el contenido se zambulló en el líquido, de forma que solo le quedó la cabeza fuera.

Antes de poner la tapa sobre ella echó un vistazo al barril de al lado, viendo como el mago tenía más dificultades para introducirse en el escondite por su corpulencia, pero apretándose lo consiguió, guiñándole un ojo a la bruja antes de colocar su propia tapa. Solo quedaba esperar que aquello funcionara, que los brujos no detectaran su olor, su aura o algún otro detalle.

El frío se le clavó en la piel y le costó horrores mantenerse quieta y no comenzar a dar saltitos. Las voces se podían oír justo al lado, enfurecidas, emitiendo maldiciones.

—Tienen que estar en algún lugar de este jodido castillo, y los vamos a encontrar.

—Señor, puede que algún animal haya hecho sonar la alarma de nuevo.

Un resoplido se hizo audible muy cerca de ella, como un gruñido bajo, y temió que la descubrieran. Pero aquel hombre siguió hablando con quién quiera que fuese.

—Sé que no ha sido así. Seguiremos buscando.

Las pisadas comenzaron a alejarse, pero no iba a cometer el error de

moverse. Lo había visto en numerosas películas y los protagonistas siempre acababan cazados por moverse antes de tiempo. Por eso permaneció muy quieta lo que le pareció una eternidad, sintiendo como la mezcla del olor a madera, el alcohol y el poco aire existente la mareaba. Cuando se dispuso a llevar sus manos a la tapa para salir de aquel recipiente, una voz fuerte y masculina exclamó:

—No sé si estáis aquí escondidos o en otra parte del castillo, pero os aseguro que me enteraré de quién anda metido en esta intrusión y tomaré medidas.

Las pisadas fuertes se escucharon alejándose, pero Gaia aún tardó cinco minutos más en salir. Llevó las manos a la tapa elevándola un poco antes de desplazarla lateralmente para hacer el mínimo ruido, pero alguien tiró de la misma arrancándosela de las manos.

La había fastidiado, seguro que la habían descubierto. Pero no se rendiría, eso nunca. Por eso llevó una mano al borde de madera, y apoyando el pie en la pared curvada del barril se impulsó hacia fuera, portando su espada Raselguex en la otra mano, alzada hacia el cielo, dispuesta a hacerla caer contra su enemigo.

Pero mientras salía de la barrica emitiendo un profundo gruñido de guerra, miró hacia abajo y le sorprendió ver a Baltasar que la observó con los ojos como platos, saltando hacia el lado para eludir su espada, cuyo filo se clavó en el suelo.

—¿Pretendías tomarte la revancha por aquella vez que te gané? —preguntó aún agachado, mirándola divertido y totalmente empapado.

Gaia lo observó abriendo mucho los ojos, con culpabilidad porque casi lo había alcanzado con el filo de su espada, pero también con alivio de que no fuera un enemigo. Se estiró orgullosa y comenzó a avanzar.

—No recuerdo que nunca me hayas ganado.

—Eso es porque tienes memoria selectiva.

—Y tú una amplia imaginación.

Baltasar observó el perfil de su dama, su nariz respingona y altiva, el pelo que le caía empapado sobre sus preciosos ojos bicolor, la ropa mojada que se pegaba a su piel en un sueño húmedo de cuerpos frotándose en un baile sensual. Exhaló un profundo suspiro que se deslizó por el vientre de Gaia.

—No sabes lo prolija que es mi imaginación contigo.

Lo miró de reojo y una sonrisa se le escapó descarada de los labios sin ella pretenderlo. El mago se había apartado la capa, y la camiseta se ceñía a su

pecho dibujando los surcos de unos músculos imposibles. Gaia pudo imaginar con nitidez cómo su lengua pasaba delineando los valles y pequeñas montañas que la tela marcaba. Pero le sobraba la camiseta, eso y el resto de ropa.

—Mi imaginación se pasa el día construyendo sueños de hombres de chocolate en diferentes estados de desnudez. —«Mentira», pensó para sí misma, porque solo lo imaginaba a él totalmente desnudo.

—¿Y por qué no jugamos a hacer todo eso realidad?

—Seguro que eres de los que no juegan limpio.

—En la cama contigo, nena, sería de lo más sucio, no lo dudes.

—Y aún así, ¿crees que cedería y me acostaría contigo?

Gaia se detuvo y Baltasar aprovechó para acercarse más a ella, apenas a unos centímetros de su rostro. Los dientes blancos marcaban una sonrisa lobuna que no se esforzaba en disimular.

—Creo que lo estás deseando, y yo me muero por oírte decir mi nombre entre los labios mientras te follo despacio.

Mientras terminaba la frase, afianzó sus manos en las caderas de Gaia, acercándola más a él para que pudiera sentir su cuerpo duro y anhelante. Esta alzó las cejas aturdida por esa forma tan directa que Baltasar tenía de decir las cosas, excitada como nunca, y sin desearlo pero sabiendo que nada podía hacer por remediarlo, aceptó sus palabras con un estremecimiento que se quedó instalado en la parte baja de su estómago, como si mil culebrillas lo estuvieran recorriendo insaciables.

Recreó al menos cinco formas diferentes en las que él podía hacer realidad aquella promesa de llevarla al orgasmo, y deseó todas y cada una de ellas.

—Hemos pasado al juego directo, Rey Mago.

—Creo que no te mereces menos, bruja, y también pienso que tienes valentía para eso y mucho más.

Solo esperaba que fuera así, poseer la suficiente fuerza interior para no caer atrapada en sus redes para siempre. Quería disfrutar del cuerpo colosal de aquel hombre, de su transparencia y sentimientos sinceros, quería gozar con él todo ese placer que exudaba por cada poro de su piel, que con sus ojos oscuros prometía de una forma que le quemaba en las entrañas. Pero no quería enamorarse, no podía, no deseaba que eso ocurriera, y no tenía ni idea de cómo separar ambas cosas.

Suspiró cerca de los labios de Baltasar, dejando que su aliento caliente penetrara entre ellos, deseando que él ardiera como ella lo hacía en aquel momento. Y por la forma en la que el mago tensó su cuerpo aún en contacto

con el de ella, supo que así era.

Se recreó en el contacto de las telas mojadas, que lo hacían todo más sensual y decadente, quería resbalarse por aquel pecaminoso cuerpo, arrancarle la ropa al mago y lamer cada gota de su piel. Pero en vez de sucumbir a la necesidad de unir sus labios, Gaia se separó y comenzó a avanzar traspasando filas y filas de barricadas.

Baltasar gruñó con un sonido pesado que se le metió por la garganta y del que se hizo eco, pero ambos siguieron avanzando sin decir nada más. Poco podían añadir, ya que sus cuerpos habían hablado por sí solos, y ese era sin duda el lenguaje más elocuente que ambos compartían.

Llegaron a una enorme puerta de madera que se abrió sin dificultad, dándoles acceso a unas escaleras ascendentes iluminadas con luz tenue. No podían prever qué les esperaba allí arriba, o dónde habían ido Lunae y las dracónidas. Gaia recordó que una de ellas le había dejado un pañuelo de gasa suave para limpiarse las heridas, y se lo había guardado en el bolsillo. Lo sacó rápidamente colocándolo en el suelo.

—Creo que puedo averiguar el camino que han seguido.

Baltasar la observó mientras sacaba su espada, posando la punta de la misma sobre el pañuelo, para después recitar el mantra que toda bruja conocía para localizar a alguien:

—«Oh manto de estrellas que todo lo sabes y los sueños tejes, ayúdame a encontrar a quién busco».

La punta de la espada se iluminó como una de esas bombillas que se encienden poco a poco, alcanzando un resplandor cegador en pocos segundos. Gaia podía sentir la energía de Raselguex fluyendo libre hacia su cuerpo, al igual que su propia energía fluía hacia la espada en una constante retroalimentación. Ella creía de verdad que en aquella arma, que le gustaba ver más como compañera que como instrumento letal, había algo vivo que latía en su metal, algo irremediabilmente ligado a su energía.

De la espada se desprendió un punto de luz que quedó flotando en el aire. Entonces la sonrisa de Gaia se hizo singular.

—Lo he conseguido —susurró, y es que aquel hechizo era especialmente difícil.

—Dudo que haya retos que se te resistan.

Lo miró y sonrió agradecida. Recordó las palabras que siempre le decía Juno, su hermana mayor: «El poder de una bruja siempre está magnificado por las emociones que bullen en su interior, una bruja enamorada es una bruja

poderosa».

Sabía que no estaba enamorada, pero también sabía que después de muchos meses de letargo, de no sentirse completa y notar como su magia languidecía por momentos, aquel mago había conseguido azuzarla por dentro como la madera a las brasas. No hacía falta ponerle nombre a la emoción que le causaba, pero se sentía más agitada y vital que nunca.

—Solo tenemos que seguir a la pequeña estrella, ella nos llevará a la dracónida que me dio el pañuelo.

—Las brujas primero.

Le señaló con la mano al frente, y por el sarcasmo en la frase no sabía si apelaba a su naturaleza mágica o a su comportamiento proclive a la irritación. Por si acaso lo miró entornando los ojos y avanzó.

La estrella les llevó escaleras arriba, dando paso a un corredor amplio con varias puertas cerradas a los lados. Las paredes estaban pintadas en un elegante color crema, y sobre las mismas se podían observar varios cuadros, la mayor parte de los mismos retratos con el característico pelo largo y negro de los escorpiones, y aquellos inquietantes ojos oscuros, que parecían querer traspasar la pintura y escarbar en la mente de quién los observaba.

Siguieron caminado por aquel pasillo, que terminaba en una sala repleta de diversas armaduras de color negro, para continuar por otro pasillo similar.

Gaia esperaba nerviosa que aquella estrella se detuviera en alguna puerta, ya que el tiempo que permanecían en las zonas comunes del castillo los convertía en una presa fácil. Fue al torcer la siguiente esquina cuando vieron a un grupo de escorpiones que se dirigía hacia ellos, por lo que se escondieron tras una columna muy conveniente con la buena suerte de que siguieron de largo y no giraron en su dirección.

Gaia emitió un suspiro, se asomó de nuevo y no vio a nadie, así que indicó a Baltasar que avanzaran. Estaban dejando atrás el nuevo corredor cuando sintieron un movimiento a su espalda, volvieron la cabeza de golpe y a pesar de ir pegados a la pared sin apenas hacer ruido, observaron como un escorpión los miraba inmóvil. Los había descubierto.

—Corre —urgió Gaia tirando de la camiseta mojada del mago—. La estrella también lo hará.

No esperaron a ver la reacción del brujo, se lanzaron a una carrera desenfrenada deseando que la pequeña estrella llegara pronto a su destino. Las voces a su espalda se sucedían en un tono cada vez más imperioso. Gaia sentía la garganta rasposa, como si el aire al entrar en su cuerpo fuera una lija

que hacía mella en sus mucosas. Cada nueva bocanada le ardía, y el cansancio pinchaba inclemente en sus músculos.

Llegaron a otro vestíbulo amplio en el que el camino se dividía en tres pasillos; podían apreciar como el escaso mobiliario existente, una mesa alta junto a cuatro butacas de estilo antiguo, estaba tirado sobre el suelo. La mesa exhibía las recias patas hacia arriba, mientras que los sillones se hallaban tumbados en diferentes posiciones, como si un grupo de hombres hubiera pasado arrasando por aquel punto. La estrella tomó el pasillo que giraba a la derecha, y Gaia observó al final del mismo el cabello negro de un escorpión que sobresalía tras la esquina.

Frustrada echó un último vistazo a la fugaz estrella que seguro les hubiera llevado a su destino, pero no se podía arriesgar a seguir aquel pasillo. No tenía ni idea de si había uno o varios hombres, además en la bodega ya se les había quedado claro que estaban bajo orden de busca. Entre ese grupo y el que acababan de movilizar, seguro que había varias decenas de escorpiones pisándoles los talones. Por eso cogió el antebrazo del mago y dándole un fuerte tirón giró hacia el pasillo de la izquierda, más oscuro que los otros dos, emprendiendo una carrera enloquecida.

—Pero, ¿qué haces? —espetó Baltasar con el cansancio filtrándose por sus renqueantes palabras—. La estrella era nuestra única opción, joder, y ha seguido ese otro camino.

No tuvo que mirar para saber hacia dónde señalaba su dedo.

—Había soldados al final de ese pasillo, nos hubieran liquidado.

—Podemos luchar, Gaia.

—Lo sé. —Lo miró de soslayo dejándose empapar del cosquilleo satisfecho que le recorría el vientre sabiendo que su compañero de aventuras era un excelente guerrero. Le encantaban los hombres fuertes como él, que exudaban peligro y magnetismo por cada centímetro de su piel—. Pero creo que debemos de reservar nuestras fuerzas para cuando la pelea sea inevitable.

—Eres una fantástica estratega, lástima que tengas tan mal carácter.

—Lo compenso con otros muchos dones.

Pudo sentir el peso de su mirada caliente por toda la espalda y las nalgas, y quiso pensar que los suaves jadeos masculinos eran provocados por la carrera y no por las ganas que tenía de hacer el amor.

—Y que lo digas.

Los pasillos se iban haciendo cada vez más estrechos y húmedos, como si volvieran a descender. La luz mortecina era escasa, pequeñas lenguas de fuego

mágico suspendidas en el aire que los rodeaba. Tomaron varias bifurcaciones sin saber a dónde ir, guiándose por lo que les dictaba su instinto y por la ausencia de soldados, hasta que se toparon con un arco de piedra y al atravesarlo contemplaron lo que debían de ser las mazmorras.

La estancia apenas iluminada por tres lenguas de fuego, tenía el suelo de piedra marrón lleno de suciedad. A ambos lados de la alargada habitación se erigían cuatro celdas metálicas, con sus correspondientes candados y una protección mágica que Gaia sintió al tocar los gruesos barrotes, como si un intenso calambre atravesara todos sus órganos.

Anduvieron hasta el fondo de la estancia, comprobando que las frías celdas estaban vacías, la desolación les lamió la piel y Gaia tuvo la necesidad imperiosa de salir de allí. Por eso avanzaron a buen paso en dirección a una puerta que se situaba al fondo de la fila de celdas, pero algo llamó la atención de Baltasar en la última, situada a la izquierda junto a una alta pared de roca.

Una figura en sombras que no alcanzaba el tamaño de una persona se mantenía inmóvil. Al principio pensó que se trataba de algún objeto del lugar, pero en ninguna otra celda había nada salvo un frío camastro apenas cubierto con una sábana.

Baltasar agarró la muñeca de Gaia que iba en cabeza, esta se volvió con una mirada interrogante pero al ver el rostro de cautela del mago se puso en guardia observando alrededor. Baltasar se llevó un dedo a los labios, y le señaló hacia la silueta en sombras intentando discernir con qué se enfrentaban.

Se acercaron poco a poco, pero antes de que hubieran llegado a ver quién o qué se ocultaba tras los barrotes, una voz ronca les llegó desde la oscuridad.

—No sé qué os habrá traído a este lugar, pero estoy seguro de que no encontraréis en este camino lo que buscáis.

Gaia pegó un respingo, e impulsiva e imprevisible como era se acercó a los barrotes metálicos sin tocarlos. Un hombre con el inconfundible pelo de los escorpiones largo y negro, despeinado y con mechones encrespados, los miraba de rodillas con las manos entrelazadas delante de su cuerpo como si estuviera recitando una plegaria. Su mirada era oscura y profunda, aspecto acentuado por la cabeza ligeramente agachada y los ojos que se elevaban estudiándolos. Entonces Gaia supo cuándo había visto antes aquellos ojos y todo su cuerpo se puso en tensión, dándole un manotazo a la reja que le devolvió con la misma fuerza un intenso impulso eléctrico que la sacudió.

—Hijo de puta, tú nos intentaste envenenar. —El azul y violeta de sus ojos casi había desaparecido por lo dilatadas que estaban sus pupilas. La máscara

de ira que cubrió sus rasgos helaba la sangre—. Casi matas a Baltasar.

—Te aseguro que yo no fui. —El brujo se levantó vehemente, no sin soltar un quejido cuando el pie izquierdo se apoyó sobre el suelo—. Nos tendieron una trampa.

—No te creo, escorpión repugnante.

Gaia tuvo el deseo de escupir sobre aquel hombre, pero se contuvo al sentir el firme contacto del mago sobre su mano. Baltasar se adelantó y lo observó con cautela. El brujo se hallaba de pie a apenas un metro de la reja, se podían ver las paupérrimas condiciones en las que se encontraba, con el cuerpo más delgado, todo el traje negro manchado de un collage de tierra, sangre y sudor, y los ojos exentos de brillo.

—No necesito que me creas, bruja, pero te aseguro que cuando salga de aquí, me enteraré de quién puso el veneno sobre la mesa de nuestro líder y lo pagará muy caro.

—¿Eres de la guardia del líder, verdad? Estuviste allí aquel día.

Baltasar empleó un tono conciliador, dispuesto a tomar las riendas de aquel asunto.

—Soy Esteban, el jefe de la guardia, y llevo más de veinte años trabajando para Malcom. —Suspiró mirando a Baltasar, buscando en él un aliado frente a su belicosa compañera—. Tengo claro que ese veneno iba dirigido al rey, no a vosotros, y que la persona que se lo puso es alguien de nosotros, ya que una incursión en ciertas zonas del palacio es imposible en caso contrario. Solo Malcom y yo tenemos la clave de las protecciones mágicas y él evidentemente no las ha retirado.

—Lo que nos deja la posibilidad de que tú lo hayas hecho.

—Pero tenéis mi palabra de que no ha sido así. Cuando desaparecisteis aquel día se formó un gran caos, todos quisieron buscar un culpable lo antes posible, estoy seguro que espoleados por el verdadero culpable de introducir el veneno, y fui yo el que lo pagó caro, ya que tengo motivos más que suficientes para arremeter contra Malcom.

—Y eso, ¿por qué?

Baltasar pretendía unir las piezas del complejo puzzle que se le presentaba, para el que no tenía una solución convincente. ¿Por qué uno de sus guardias iba a querer envenenar al líder? Y sobre todo, ¿qué había hecho este para que su principal aliado pareciera ahora en su contra?

Con los labios apretados y un rictus granítico cincelado con un odio espeso, les explicó mientras apretaba fuertemente los puños:

—Hace varios meses mi hija desapareció de este palacio después de cenar conmigo. Me dijo que iba a dar una vuelta con un amigo pero nunca volvió. —Apretó los dientes hasta el punto que pudieron escuchar cómo rechinaban unos contra otros—. Antes de que llegais aquel día, recibí una carta a mi nombre, en ella solo había tres palabras: «Abre los ojos», pero no hubiera hecho falta ni una sola ya que la imagen que acompañaba al folio, hablaba por sí sola.

Esteban se sacó un cuadrado plano del bolsillo, lanzándolo entre los barrotes en dirección a las manos del mago, que lo cogió al vuelo. En la foto aparecía un hombre alto de largo pelo negro, que sonreía tendiéndole la mano a una bonita bruja que conocían muy bien.

—¡Es Lunae! —exclamó Baltasar acercándole la foto a Gaia.

—¿La conoces?

Esteban se lanzó hacia los barrotes asiéndose al frío metal que descargó su furia contra él, sacudiendo su delgado cuerpo. Arqueó el cuello hacia atrás reprimiendo el grito de dolor que quería salir de su garganta. Se separó de nuevo de aquella trampa metálica para observarlos con los ojos muy abiertos, y ante la alarma que se leía en ellos Baltasar se apresuró en explicarle:

—Lunae nos ha salvado de los túneles subterráneos. Nos separamos en la última trampa antes de entrar a la bodega, y ahora estábamos buscándola en el castillo, por eso hemos venido a parar aquí.

La expresión de Esteban se ensombreció en una mueca de sufrimiento. Bajando la cabeza comenzó a deambular de un lado a otro de la celda, frotándose la frente.

—Ella está aquí —susurró ausente, más como un pensamiento que como algo que quería que ellos escucharan—. Cada minuto que pasa está en peligro, por eso tengo que salir de esta cárcel como sea.

—Estamos intentando encontrarla. —Baltasar podía detectar gracias a su don percibiendo emociones, la alarma que atravesaba el cuerpo del brujo, por eso intentó transmitirle una serenidad que le costaba mantener—. El problema es que hemos perdido la estrella guía que teníamos para localizarla y no sabemos guiarnos por el castillo.

—Pero, ¿sabéis dónde puede estar?

—Quería hablar con Malcom. —Gaia intervino con aquella críptica frase que arrancó del rostro de Esteban el poco color que le quedaba—. Temía acudir a ti y que emprendieras represalias con él antes de darle la oportunidad de interrogarlo, aunque no nos dijo por qué.

—¿Ha ido directa a las fauces del lobo? No me lo puedo creer. De una forma u otra si conseguís sacarme de aquí yo os puedo llevar a donde queráis, podría recorrer este palacio con los ojos cerrados.

Gaia emitió un jadeo sorprendido, mirando con fijeza la foto que le habían pasado. Parecía que sus ojos querían taladrar la imagen, o bien hacerla explotar en mil pedazos.

—Es él, el hombre que he visto en la sala del enemigo. —La voz llena de odio hizo que los dos hombres la miraran con interés—. El mismo que intentaba matar a mi hermana.

—¿Alexander?

—¿Quién es Alexander? —espetó la bruja con brusquedad, acercándose a los barrotes para quedar frente a frente con Esteban.

—El hombre de la foto, la última persona con la que se vio a mi hija Lunae. —Su tono bajo era una promesa de venganza—. También es el hijo de Malcom, por eso pienso que Lunae está en peligro hablando con él.

—¿Ese tipo es el hijo del líder de los escorpiones? —Entonces fue Baltasar quién le cogió la foto a Gaia, observándolo con atención—. No creo que un líder de casta le hubiese permitido a su hijo hacer un acto tan ruin como es un secuestro.

—¿Acaso dudas de que Malcom esté enterado de todo? Yo estoy seguro de que fue él mismo quién le ordenó a su hijo el secuestro de la mía.

—No le encuentro el sentido, según lo que nos has contado estáis juntos desde hace muchos años. Demasiados como para no crear lazos afectivos, ¿acaso no sois amigos?

Una risa exenta de humor brotó de sus labios reseca, mientras se agachaba hasta arrodillarse en el suelo apoyando las manos en el mismo. Parecía que no disponía de fuerza suficiente para mantener su cuerpo alto en pie.

—Hay ciertos asuntos en los que la amistad está de más, y no sé qué persiguen padre e hijo, pero está claro que debe de ser algo gordo, sino no arriesgarían tanto.

Esteban comenzó a reseguir con las manos el suelo, con los ojos cerrados, buscando algo para él imperceptible, hasta que les explicó adivinando su curiosidad:

—Estoy buscando las líneas de fuerza que la magia traza en el suelo, si apoyas las palmas y prestas atención, se pueden sentir vibrar.

—¿Hay posibilidad de pasar entre dos líneas? —aventuró Baltasar agachándose para intentar percibir las líneas. Para su sorpresa, pudo notar como algo

le vibraba en las palmas, como si una colmena de abejas estuviera atravesando su piel.

—Eso intento averiguar, saber si el entramado es tupido por todos sitios o queda algún punto de demarcación mágico por el que pueda caber una persona.

—¿La espada no rompería los barrotes, verdad?

La pregunta de Gaia hizo que Baltasar la buscara con la mirada, observando cómo ella tocaba la pared como si estuviera acariciándola.

—No se puede hacer magia en estas celdas, de lo contrario todo el mundo escaparía.

Gaia recorrió la pared con los dedos, cerrando los ojos, queriendo encontrar aquello que buscaba, esperando el momento en el que la red mágica le permitiera colar sus dedos en su entramado.

«Bingo», exclamó mentalmente, cuando en uno de los suaves repasos que estaba haciendo sobre la superficie de roca, notó que esta cedía, dejando penetrar sus dedos. El contacto con la magia convulsionó su cuerpo como si estuviera agarrando unos cables de alta tensión, y experimentó el deseo acuciante de soltar aquellas cuerdas invisibles e irse de allí dejando a aquel hombre a su merced. Pero Esteban tenía información del misterioso Alexander, el más que probable asesino de su hermana, y también tenía la mejor forma hasta el momento de llegar a él.

Mordiéndose la mejilla por dentro, llevó la otra mano a la red de cuerdas mágicas, sintiendo que se clavaban en la carne de sus manos como si atravesaran mantequilla. Apretó más los dientes y su agarre sobre ellas, estaba dispuesta a que le partieran la mano si era necesario con tal de sacar a aquel hombre de la celda y tener la oportunidad de enfrentarse de una vez con Malcom.

La estancia se iluminó con un potente chorro de luz, que hizo que Baltasar se llevara las manos a los ojos, encogiéndose cegado por aquel resplandor. Pero no se permitió cerrarlos porque necesitaba ver qué clase de temeridad estaba haciendo Gaia. Instintivamente se acercó a ella, observando cómo sus manos tiraban de un haz de cuerdas de luz, como si en el interior de aquella pared hubiera una enorme arpa anclada, y Gaia estuviera intentando arrancar una melodía de sus recias cuerdas.

—La matarán —exclamó Esteban con los ojos entrecerrados, y el antebrazo protegiéndole de aquella lumínica agresión.

Un grito brotó agudo de la garganta de la bruja, un aullido escalofriante que

hacía más apremiante el taparse los oídos que los ojos, porque el sonido heló la sangre de Baltasar, formándole una pelota de acero en las entrañas. Avanzó raudo hasta ella dispuesto a arrancarla de aquella locura que ni siquiera entendía, pero justo en ese momento Gaia alcanzó con las cuerdas que estiraba desde la pared los barrotes de la celda, y al contacto de las dos sustancias el espacio a su alrededor adquirió una presión y densidad tales, que todos los allí presentes fueron despedidos hacia atrás en una explosión de luz que les golpeó con rudeza.

A pesar del dolor que mordía su cuerpo, Baltasar se levantó apartando los trozos de piedra que había sobre su pecho, abalanzándose hacia la bruja. Vio que Esteban ya estaba arrodillado junto a ella, los barrotes que lo mantenían confinado habían desaparecido. Gaia permanecía inmóvil acostada en el suelo, los dedos del brujo estaban sobre aquella zona del cuello que exponía el aleteo del corazón.

—Está viva —le aclaró en voz alta al mago justo cuando se arrojaba junto a ellos—. Su corazón late errático y débil, pero es increíble que haya aguantado esa descarga mágica. Está claro que es muy poderosa.

—Doy fe de ello.

Baltasar descubrió con sorpresa que sus ojos estaban anegados por las lágrimas, pero su corazón no podía alegrarse más. Llevó las manos al rostro de Gaia, dejando que sus dedos delinearan con veneración los rasgos delicados, que permanecían en una inusual calma. Sonrió al imaginar el manotazo que le hubiese dado ante aquel gesto cariñoso estando consciente, pero no podía quejarse porque ese era uno de los rasgos que más le apasionaba de ella. Deslizó las manos por su cuello hasta que él mismo comprobó el pulso arrítmico de la joven bruja. Pero estaba viva, y eso era lo único importante.

Pasó un brazo por debajo de su espalda y otro tras sus rodillas, y la alzó del suelo pegándola posesivo a su cuerpo. Se volvió hacia Esteban que esperaba en un respetuoso silencio, mirándolos con intensidad. Los ojos de ambos se encontraron, una mirada que hablaba de complicidad con los sentimientos que flotaban en el ambiente.

—Yo también amé así a una mujer. —Esteban bajó los ojos hacia el suelo, incapaz de ver el reflejo de sus moribundos sentimientos en la mirada de aquel hombre—. No es algo que pase muchas veces en la vida, así que no deberías dejar que se te escape.

—No lo haré, descuida. —Una sonrisa de gratitud cubrió los labios de

Baltasar—. No podemos esperar hasta que Gaia despierte, su grito ya habrá alertado a todo el palacio del lugar en el que estamos. Así que quiero que me lleves hasta las dependencias de Malcom, yo te ayudaré a descubrir la verdad.

Todo rastro de nostalgia se esfumó de los oscuros ojos de Esteban, dejando paso a una férrea determinación.

—No estoy seguro de qué haré cuando esté frente a él, pero tú sígueme.

Y comenzaron el camino sin descanso, en pos de respuestas que no estaban dispuestos a obviar.

19. La huída

Las piernas apenas le sostenían, y un agudo pinchazo de dolor se instaló en el lateral de su vientre, pero Melchor siguió corriendo dispuesto a caer muerto antes que abandonar. Debía rescatar como fuera a su Beatriz, no estaba dispuesto a perderla aunque tuviera que enfrentarse al mismísimo demonio, y sospechaba que en aquella Fortaleza había muchos de esos.

Moruena lo seguía de cerca ya recuperada, sin perder de vista el cabello largo y dorado de Europa, que golpeaba el aire como una estela que debían seguir a ojos cerrados, sin saber a dónde les llevaba. En otras circunstancias la incertidumbre le hubiese preocupado, pero su pensamiento solo podía centrarse en la voz masculina que le había hablado, en la imagen de la piel de Víctor besando la suya mientras gemía su nombre en la oreja. ¿A cuento de qué venía aquello? ¿Acaso Víctor le estaba intentando decir algo?

Había oído muchos rumores de que sus días habían acabado entre aquellos muros, pero nunca había creído ninguno. Entonces se coló en su mente el fatídico día en el que él se lo contó, después de haber hecho el amor bajo la luz de la luna. La existencia de un poder sin parangón, uno que sacudiría el universo tal y como lo conocían, que podría destruir la existencia de la vida y crear mundos inimaginables. Uno que nunca podría ver la luz, y ella así se lo había dicho. Pero él no opinaba lo mismo.

Víctor Bianchi siempre había sido un hombre muy curioso, inteligente y capaz de ver donde otros no lo hacían. Y también intrépido, no se amilanaba ante nadie ni ante nada. Por eso una parte de ella se sentía temblar por dentro, porque lo veía capaz de haber derramado su sangre en el muro de piedra de la Fortaleza, pidiéndole que le dejara entrar, para correr por aquel enorme lugar buscando a Berbiz, que era como llamaba él a ese gran poder del que muy pocos tenían conocimiento, y nadie consciencia plena de que existiera.

El toro traspasó un estrecho puente de madera que unía dos torres, con el precario aspecto de estar carcomido por termitas. Melchor se lanzó a la carrera, seguido de cerca por Moruena, y aún tenía un pie en la inestable superficie cuando la bruja escuchó aquella voz masculina que le había estado hablando, que con un claro tono de alarma le indicó: «Cuidado, sal de ahí». Las cuerdas que sostenían el puente en uno de los extremos cedieron y Moruena comenzó a caer al vacío, pero el fuerte brazo de Melchor la cogió en

el aire, impulsándola hacia su cuerpo.

—Gracias —le dijo en apenas un suspiro continuando la carrera, preguntándose cómo aquella voz insidiosa sabía que las maderas putrefactas iban a partirse como trozos de hielo quebrado.

Europa observó el accidente con una sonrisa en la cara, y les indicó:

—Eso nos hará ganar tiempo para llegar a mi escondite.

Anduvo unos metros más y de forma súbita frenó delante de un cuadro, de forma que Melchor y Moruena chocaron contra la parte trasera del toro, que les miró altivo como si fueran simples hormigas a las que pudiera aplastar cuando quisiera.

—Ahora os pido un voto de confianza, si no esto no funcionará.

Europa dio un salto desmontando del enorme animal, cogiéndole la testa con dulzura para restregar la nariz contra su piel. Acto seguido se colocó de frente al cuadro, en el que aparecía un despacho antiguo, con las manos apoyadas sobre una estantería que había representada en el mismo.

—Debéis imitar lo que estoy haciendo, poniendo las manos justo sobre los libros.

—¿Y qué se supone que pasará? —preguntó Moruena alzando una escéptica ceja roja.

—Que llegaremos a un lugar seguro.

—¿Estás diciendo que vamos a pasar a través de este cuadro?

—Para ser seres mágicos creo que vuestra mente no está muy abierta a la magia en cuestión. —Europa los miró con una sonrisa serena, entornando los ojos de forma que parecía presentarles un reto—. Os veo dentro... O no.

Ríos de pintura roja, azul y amarilla comenzaron a escalar por sus brazos, cubriendo sus hombros y pintando su rostro de tonos multicolor, hasta que los colores la absorbieron colándose en el interior del óleo.

Melchor se abalanzó hacia el lugar que ocupaba antes la mujer, ahora desierto, observó con detenimiento el cuadro, pero permanecía imperturbable como si nada hubiera ocurrido. Miró a Moruena que descubrió pegada a él realizando la misma operación de observación minuciosa.

—¿Qué hacemos?

—Dado que no tenemos ni idea acerca de dónde estamos, y que este toro nos mira de una manera que me produce escalofríos, —Moruena echó un nuevo vistazo al animal que los observaba sin parpadear, reafirmando en su apreciación—, creo que lo más prudente es imitarla como nos ha dicho.

—De prudente no tiene nada porque no sabemos si podemos confiar en ella.

Ante aquella alusión a la desconfianza el toro bufó furioso, atrayendo las miradas de ambos y frunciendo el ceño.

—No sé cuánto de prudente es, amigo, pero sí sé que no nos queda otra. Además, puede que todo esto forme parte de las legendarias pruebas que hay que superar en la Fortaleza de Hércules, igual que los doce trabajos del héroe. —Moruena se quedó mirando la pintura, rememorando cuanto habían pasado hasta ese momento—. Lo importante no es el número de pruebas que tendremos que pasar, sino ser conscientes de su existencia. El muro es quizás la primera prueba, burlar a los guardias la segunda, encontrar la puerta adecuada la tercera, abrirse camino entre el laberinto de pasillos la cuarta, y Europa y su gran toro pueden ser otra prueba, o bien una ayuda que nos ha brindado la providencia. De una forma u otra, yo pienso dejarme ayudar, y tú deberías hacer lo mismo. No tenemos más opciones.

Moruena apoyó las manos en el cuadro y dejó que aquella pintura espesa le lamiera la piel, maravillada con su contacto y con la caricia húmeda que le prodigaba. Pensó que tenía que aprender a hacer un hechizo similar a la vez que sentía un fuerte tirón que la impulsó hacia delante. Notó como algo viscoso oponía resistencia, pero apenas trascurrieron unas décimas de segundo antes de que su cuerpo venciera aquella barrera y pasara a una amplia habitación forrada de libros. Y es que en aquella estancia todas las paredes estaban cubiertas de estanterías que llegaban al techo, con una escalera posada en una de ellas, con ruedas que seguro permitían desplazarse de una a otra sin tener que descender al suelo.

No tardó en notar la presencia de Melchor a su lado, que se dirigió a la chimenea que había encendida en un lateral de la estancia, semi escondida por otra voluminosa estantería. Tres sofás de piel rodeaban la lumbre encendida, y acostada en uno de ellos se encontraba Europa, creando un contraste magnífico entre el rojo sangre del sofá y el blanco nuclear de su vaporoso vestido.

—Me alegro de que os hayáis decidido a pasar. —Sin haber notado cómo había entrado, el toro apareció por detrás del sofá, colocándose entre el fuego de la chimenea y el asiento que ocupaba su mujer—. Aunque ya lo sabéis soy Europa, esposa de Zeus, y estáis aquí porque Víctor me ha pedido que os ayude.

—¿Víctor Bianchi?

—El mismo, aunque he de decir que nunca he tenido el placer de verlo, debe ser un ser espectacular.

El toro y Moruena bufaron a la vez, el primero reprobatorio con el halago

de Europa, la segunda odiando sin querer que cualquier mujer sintiera algo por un hombre que sentía como suyo, aunque no lo fuera.

Europa pasó la mano por el pelaje suave del toro, acariciándolo entre los ojos hasta caer restregando el hocico, y en seguida el cuerpo del animal se relajó.

—Es muy posesivo —indicó aludiendo al toro con un suave suspiro, para dirigir de nuevo la mirada oscura hacia ellos—. Lo que os interesa a vosotros y a mí es que debemos liberarlo cuanto antes.

—¿Está preso por los herodianos?

—Él mismo se realizó un hechizo del que nunca se pudo liberar, por eso necesita vuestra magia, ya que yo no tengo esa clase de poderes.

—¿Y cómo es posible que te haya contado todo eso si ni siquiera lo has visto? —inquirió Moruena con el ceño fruncido y los brazos en jarras sobre las caderas—. No es un hombre confiado, precisamente.

—Pasó mucho tiempo hasta que se dignó a dirigirme la palabra, no pienses que fue cosa de unos días. —Europa se explicó, paciente, obviando la desconfianza que destilaban las palabras de la bruja pelirroja. Podía oler los celos envenenándola—. Verás, como esposa de Zeus, tengo el don de realizar viajes astrales por todo el universo. En uno de esos desplazamientos encontré una pintura que me representaba en el planeta Tierra, en el museo J. Paul Getty de Los Ángeles. Desde entonces fui buscando más representaciones mías y aquel entretenimiento se convirtió en una costumbre, ya que noté que tenía una especial facilidad para encontrar mis propios retratos. Un día me deslicé en el cuadro que habéis visto antes, y pude notar que algún tipo de presencia rondaba por allí. Me intrigó ya que soy capaz de ver cualquier ser, mágico o no, a pesar de que utilice un hechizo para esconderse. Pero en ese caso no lo conseguía. Estuve volviendo periódicamente, hablándole sobre quién era yo y contándole anécdotas de mi vida. Pero tuve que esperar al menos a nuestro décimo encuentro, si nuestros encuentros se podían llamar de ese modo, para conseguir que él respondiera.

—No entiendo cómo consigue comunicarse mentalmente, nunca ha gozado de ese tipo de poder.

Moruena le empezaba a encontrar explicación a la voz que ella misma había escuchado desde que penetraron en la Fortaleza.

—Lleva bastante tiempo aquí encerrado, supongo que ha podido practicarlo.

—¿Dónde está?

La bruja intentó que su voz no trasluciera la premura que la sacudía, pero apenas consiguió parecer medio serena.

—Ese es el quid de la cuestión, yo no lo sé. Ni siquiera él conoce dónde está. Suponemos que es una dimensión paralela desde la que puede realizar viajes astrales como yo, pero solo en el interior de esta Fortaleza, porque de algún modo su hechizo está anclado a ella.

—Y, ¿cómo demonios lo vamos a encontrar si ni siquiera tenemos idea de por dónde empezar?

Moruena suspiró con fuerza y fue hasta la estantería más cercana, perdiéndose en el juego de colores de los diferentes tomos, que como teclas de un piano multicolor se apilaban en un mar de posibilidades que ella no tenía tiempo de gozar.

—Yo no he dicho eso, él me dijo que solo las personas significativas de su vida podrían liberarlo.

—¿No te dijo ningún nombre?

Esa vez fue Melchor quién intervino, porque veía que Moruena se estaba derrumbando por segundos, y tuvo la total certeza de que le unía a Víctor Bianchi una relación mucho más íntima de lo que nunca había admitido.

—No se atrevió por la remota posibilidad de que alguien nos escuchase, pero dijo que esas personas sabrían quiénes eran.

Los ojos azules de Melchor brillaron cuando se filtró en su mente el recuerdo de una historia que le solía contar su abuelo.

—¿Habéis escuchado alguna vez la leyenda de la noche eterna del rey?
—Ambas mujeres negaron con la cabeza, con una tenue sonrisa acariciada por el baño dorado de las llamas en la estancia, y él continuó con la historia—. Mi abuelo solía contarnos que en la constelación de Libra existía un pequeño planeta llamado Asdréade, que estaba dividido en numerosas razas que convivían en constante conflicto. Su rey, Belmacrion, se constituía como juez de cada una de las disputas, habiendo heredado de Astrea, diosa que portaba la balanza de la justicia, la capacidad para discernir entre el bien y el mal. Pero cada día que pasaba se sentía más enfermo, con decenas de enemigos que lo odiaban por no haberles dado el beneficio en sus constantes juicios, así como un amor de su familia del que cada vez podía gozar menos, ya que se pasaba casi todo el día sentado en su despacho real. El bien y el mal se le antojaron como algo imposible de discernir, y una mañana cayó enfermo, en un coma del que ninguna hierba ni refinada medicina parecía hacerle responder. Fue el día en el que su acérrimo enemigo, su hija y su mujer se tomaron las

manos junto a su lecho, el que eligió para despertar. Miró a cada uno de los que le rodeaban y dijo en una voz rasposa que arañó el corazón de todos los presentes: Solo cuando el odio y el amor se unen por un bien común, se abre un universo de posibilidades en el que todo es factible.

Ambas se quedaron mirándolo con los ojos abiertos, en una clara expresión de incompreensión. Por eso las miró alternativamente y les explicó:

—Puede que para poder sacar a Víctor de dónde quiera que esté, haga falta crear una explosión emocional, y tenemos todos los ingredientes disponibles menos uno. —Se señaló a sí mismo—. Tenemos el odio, porque cree que yo lo intenté matar. —Después señaló a Moruena—. Tenemos el amor pasional, ya que entre vosotros dos está claro que hay algo muy intenso. —Entonces sacó un tercer dedo en el aire—. Solo nos falta Beatriz, la sangre de su sangre, su amor incondicional. Seguro que con ese cóctel conseguiremos encontrarlo.

Moruena lo miró con escepticismo, imbuida en las preocupaciones que sin descanso le avasallaban la mente, intentando discernir si aquel plan funcionaría. Ni siquiera la historia que el mago había contado se parecía a la de Víctor, aunque sí podría ser que en la última etapa de su vida no discerniera entre el bien y el mal, al menos no lo suficiente. Algunas de las cosas que había hecho en los últimos tiempos eran cuestionables, y la llenaban de dudas sobre él. ¿Qué había ido a buscar a la dichosa Fortaleza, por qué perseguir ese gran poder del que le había hablado en más de una ocasión? ¿Habría ido por iniciativa propia o alguien lo había obligado? De una forma u otra sus sentimientos no habían cambiado ni un ápice, seguía amándolo con avaricia.

Fue Europa la que rompió el silencio inquieto:

—¿Y dónde está la tal Beatriz?

—En algún lugar de la Fortaleza, sin duda.

Europa sonrió con confianza, levantándose del sofá con una elegancia digna de una reina.

—Si se encuentra entre estas paredes, la encontraré. Aguardad aquí.

Y sin darles tiempo a reaccionar saltó sobre su blanca montura, atravesando otro de los numerosos cuadros que había en aquella habitación.

Beatriz se miró al espejo una vez más, intentando aplacar las náuseas que le estrujaban la boca del estómago. Nunca en su vida había estado tan nerviosa, y

es que tenía demasiadas dudas de lo que estaba a punto de hacer. Temía que saliera mal y mataran a su querido Rafael, que el brujo sexual, que había descubierto que se llamaba Dante, la traicionara. Pero lo que más la apabullaba era ponerse de nuevo en aquellas manos cargadas de una energía tan potente, que hacía que sus células se volvieran del revés orientándose como placas solares hacia él, queriendo absorber todo lo que aquel hombre quisiera darles. Y Dante tenía mucho que ofrecer, demasiado para que una mujer pudiera soportarlo. Pensó en su amiga Elena y un escalofrío la sacudió haciéndola temblar y encogerse.

¿Cómo iba a dejar que aquel tipo pusiera sus manos cerca del cuerpo de su amiga? A ella que no poseía nada mágico seguro que podría dominarla con solo posar su ardiente mirada en su cuerpo. La dejaría sedienta de sus caricias para toda la vida, enloquecería añorando su contacto. Porque si una cosa tenía bien clara Beatriz, era que después de que aquel hombre te tocara, habría pocos que pudieran conseguir despertar algo en ti.

Pero el acuerdo había sido bien claro, la posición del brujo sexual inamovible por mucho que había insistido. Recordó la conversación que habían mantenido en aquella casa de ensueño entre las nubes, después de hacerle prometer que no propiciaría más contactos sexuales entre ellos:

—Te ayudaré a escapar pero a cambio tú me llevarás hasta tu amiga, tengo que saber si es ella.

—¿De quién me estás hablando? ¿Acaso lees la mente también?

—Leo las emociones, preciosa, pero a ella la he visto en uno de tus sueños. Recuerda que soy navegante, como tú, y puedo deslizarme sin problemas en los sueños de los demás. Cuando te vi por primera vez observé algo diferente en ti, en tu olor y la energía que te rodea. Al principio me creía que eras tú a quién buscaba, pero me parecía que debía sentir algo distinto, más intenso. Así que te observé varios días hasta que se me ocurrió inmiscuirme en tus sueños. Y entonces la encontré.

—¿Cómo es ella?

—Tiene una melena rubia y larga deliciosa para deslizarla entre mis dedos mientras la penetro desde atrás, un cuerpo lleno de curvas para recorrerlo con las manos y la lengua, mientras me hundo húmedo en su interior. Y sus ojos...

—El mago emitió un jadeo que había viajado hasta su entrepierna haciéndole juntar de forma brusca los muslos, en un intento por refrenar el placer que su simple voz le transmitía—. Miraría infinitamente esas preciosidades azules, que parecen reflejar el firmamento sembrado de estrellas.

Suspiró una vez más volviendo a la realidad, sabiendo que aquella descripción no podía responder a otra persona que no fuera Elena. Y se centró en lo importante, que era salir de allí. Cuando lo consiguiera ya vería la mejor manera de apartar a aquel ser de su mejor amiga.

Se puso un poco de brillo en los labios, rímel oscuro en las pestañas para resaltar sus ojos almendrados que brillaban como el oro líquido, maravillada una vez más de no tener que cargar con las gafas de pasta, y se dejó la media melena negra y lisa suelta. Sabía que con aquel aspecto y la ropa que dejaba mucho a la vista todos la mirarían, y eso era justo lo que pretendía.

El sonido de fuertes pasos al otro lado de la puerta le advirtió de que iban a por ella, por eso tomó aire llenándose de energía y salió del cuarto de baño para sentarse sobre el frío tablero con sábanas que hacía las veces de cama. Tenía que aparentar toda la tranquilidad que no sentía para que el plan fuera viento en popa, además de mostrar la misma actitud furibunda que de costumbre para no despertar el recelo de sus carceleros.

—Levanta monada, a trabajar.

Beatriz siguió a los guardias tras un gruñido bajo, aguantando que la observaran como si quisieran comérsela. Cuánto deseaba recuperar su espada y darles su merecido a aquellos malnacidos.

Atravesó las puertas de la sala de las princesas mostrando la amargura que sentía cada día, con la diferencia de que cuando sus ojos viajaron a esa zona decadente que siempre se esforzaba en no mirar y se encontró con Dante, el cuerpo se le relajó un poco. Le había advertido que existía la posibilidad de que no lo destinaran allí aquella mañana, pero el destino quiso tenderle una buena mano y todo iba según lo previsto. En aquel momento Dante enterraba la cabeza entre los pechos de una bruja morena, que jadeaba pesadamente mientras la mano del brujo sexual trabajaba sin descanso entre sus piernas.

Beatriz respiró sonoramente y ocupó su lugar de trabajo, frente a las botellas que debía llenar de polvo de los deseos. Cada vez se ocupaba de más recipientes de cristal, y tuvo el convencimiento de que fuera cual fuera el propósito que perseguían con ello, estaban a punto de cumplirlo. Miró por la pequeña ventana que daba al exterior y deseó estar en su querido planeta Tierra, en su Madrid tan conocido, porque en aquel lejano planeta nada funcionaba igual. Las noches y los días se sucedían en periodos de tiempo irregulares, hacía un calor perpetuo que no le indicaba ni siquiera la estación del año en la que se encontraban, suponiendo que en aquel lugar existiera el concepto de estaciones y años.

El primer recipiente lo llenó con soltura como en el resto de ocasiones, pero cuando iba por el tercero comenzó a ir más despacio, como si la labor que estaba haciendo le pesara sobremanera. Estuvo así unos minutos disminuyendo aún más el ritmo hasta que atrajo la atención de uno de los guardias, que no había dejado de mirarla desde que entró, gracias a lo que se había arreglado aquella mañana. Se dirigió a ella sacudiéndole el hombro con un empujón.

—¿Piensas que tenemos todo el día, bruja? Vas demasiado lenta.

—No puedo ir más rápido, por favor. —El tono lánguido le salió a la perfección.

—Pues tendrás que hacerlo si no quieres que tu amigo Rafael termine trinchado como un pincho.

La furia luchó inclemente por salir al exterior y darle un puñetazo al guardia en aquella cara redonda y desagradable, que la miraba con una mezcla de lascivia y desprecio. De algún modo logró cubrir su odio con su mejor tono de falso cansancio.

—No puedo más, si continúo me desmayaré.

Entonces el herodiano que le había informado el día anterior de que Rafael se encontraba bien, se dirigió hacia su compañero:

—Quizás necesita que uno de aquellos la llene de energías —le indicó señalando con el dedo pulgar por encima de su hombro, a los brujos sexuales y su extravagante rincón—. Parece que Dante está acabando con aquella.

Un cosquilleo de satisfacción se extendió por sus entrañas al descubrir que la suerte les estaba sonriendo, estaba cerca de sentarse en ese sillón. Para darle más énfasis a su actuación, hundió la cabeza en su pecho restregándose la cara con las palmas de las manos. El primer guardia chistó en un tono rudo y silbó en dirección a Dante. Con la cabeza aún agachada observó el intercambio de miradas entre ambos, y cómo el brujo asentía parco sin prestarle mayor atención.

—Levanta belleza, estoy deseando ver cómo dejas de lado esa bravuconería en manos de Dante. —Le dio un codazo al otro guardia que lo observó con cara de pocos amigos—. Una botella de supernova a que no aguanta ni cinco minutos.

—Hecho, yo digo que aguantará unos seis.

Y a pesar de que el guardia simpático le siguió el juego, su tono era hastiado, porque su compañero era el típico gracioso sin gracia alguna. Ambos la escoltaron hasta los divanes prohibidos, rojos como la sangre que empezaba

a palpar rabiosa en sus arterias, suaves como las manos de Dante, que sabían incendiar la piel con un simple roce.

Tragó saliva cuando llegaron a la zona prohibida, como ella misma la había bautizado, y obedeció cuando con una inclinación de cabeza, el guardia agradable le indicó que se acostara. La observó con la misma mirada llena de algo que hasta ese momento no había sabido identificar, siempre supuso que era compasión, pero tumbada en aquel diván y expuesta a la mirada de cualquiera, creyó adivinar un inconfundible brillo de rabia en las profundidades oscuras del guardia. ¿Qué hacía esa emoción allí? ¿La odiaba a ella por dejarse dominar, por ser una perseida, o bien odiaba a sus iguales por someter a las brujas a aquel abuso? De una forma u otra el guardia volvió a adquirir su semblante inalterable y le dijo en voz baja:

—Deberías dejarte llevar en esta ocasión. Dante es un buen tío y hará que te sientas cómoda... Y mucho más.

Sí, sabía que el contacto con Dante se podía calificar como mínimo de cómodo, o quizás era la peor palabra para definir la forma que tenía de hacerte salir de tu propio cuerpo con sus afiladas caricias. Pero no se le ocurrió rebatirle y solo una inesperada pregunta salió de su garganta:

—¿Por qué me ayudas?

El guardia la miró, igual de sorprendido por sus palabras que ella misma, como si lo hubiesen pillado haciendo algo malo que no esperaba que nadie apreciara. Con su cuerpo más cerca que nunca, Beatriz descubrió que bajo el yelmo plateado que llevaba aquel día se ocultaba un hombre mucho más joven de lo que en un principio había supuesto. Con una barba castaña bien recortada, y unos sagaces ojos marrones que miraban alternantes su cuerpo y a los guardias que los observaban, le recordaba a uno de sus primos. Sin apenas mover los labios, él le lanzó un susurro al viento:

—Me recuerdas a alguien.

Y antes de poder ver su expresión se alejó para reunirse con sus compañeros, que lanzaban miradas interesadas en la dirección de Beatriz. Y es que los brujos sexuales creaban un espectáculo difícil de obviar y estaba segura que casi todos sabían que era su primera vez allí.

Para no verlos cerró los ojos y tomó aire profundamente por la nariz, dejando que el olor especiado de las pócimas que la rodeaban entrara en su cuerpo, cosquilleando hasta sus pulmones, colapsando con su densidad los alveolos pulmonares, descargando en la sangre pequeñas moléculas que relajaron sus músculos al instante. Notó cómo la espalda se adaptaba al

terciopelo suave, cada vértebra apoyada en la mullida superficie. Pero lo que la hizo temblar fueron unas manos calientes que sin apenas haber movido el aire a su alrededor, se posaron sobre sus muñecas, con los dedos en el preciso punto donde el corazón golpeaba con precisión la piel.

Beatriz abrió los ojos de golpe para encontrarse con los de Dante, que la miraba en llamas. Su expresión hablaba del anhelo que conservaba desde el día en su casa de cristal entre las nubes, ya que Beatriz no le permitió que le hiciera el amor. Recordaba cómo su cuerpo había clamado por un contacto más íntimo, la forma en la que le había dolido cada parte de su ser, pero aún así no había cedido.

Por eso supo que en los ojos del brujo el deseo se acumulaba intentando desbordarlo, cargando su mirada de una pasión tan salvaje que tuvo que cerrar los ojos para no verlo. Pero sí podía sentir su excitación presionando enorme en su muslo, mientras se colocaba sobre ella. Sabía por qué se contenía, aparte de porque ella se lo hubiese pedido. La promesa de un voluptuoso cuerpo rubio de mirada añil lo mantenía alerta y a la espera, como un tigre entre la maleza. Los buenos depredadores sabían ser pacientes.

Beatriz tragó saliva y dejó que tirara de sus brazos hacia arriba colocándolos por encima de su cabeza, instándole a que se cogiera al reposabrazos del diván mientras permanecía acostada. Observó una vez la mirada de Dante, que no dejó de taladrarla con sus magníficos ojos, y pudo apreciar como rayando el negro del iris tenía líneas irregulares de un tono bronceo que brillaban como brasas encendidas. Su cuerpo desnudo, que lucía también ese tono bronce inhumano, no dejaba nada a la imaginación, aunque sí la estimulaba hasta puntos insospechados.

Pero lo que no se esperaba era que de entre las botellas con diferentes líquidos de colores imposibles que se situaban en la mesa adyacente, cogiera una daga de ese mismo tono bronceo que dejaban traslucir sus ojos. El estómago se le encogió en una pelota dura e instintivamente se aplastó contra el diván en un intento por alejarse de él, pero Dante puso una mano sobre su barriga e imprimió un deje tranquilizador en su mirada.

Dejó que la hoja afilada resbalara entre sus pechos, deleitándose con la tensión que emanaba del cuerpo de la mujer, y deslizando el arma hacia arriba rasgó la tela del vestido de seda que la cubría. No disfrutaba del sufrimiento, por supuesto, pero sí le encantaba llevar a las mujeres al límite, hacer que la emoción saliera disparada por su cuerpo como cuando le quitas el corcho a una botella de champán.

El sonido de la daga al romper la tela rasgó también parte de la determinación de Beatriz por continuar con aquel plan, pero se obligó a recomponerse y permanecer quieta. Centró su mirada en Dante para no ver cómo la devoraban los guardias, que no perdían detalle de la escena.

El brujo dejó la daga en la mesa y en su lugar cogió un pequeño cubo de cristal, en cuya parte superior se situaba una boquilla, similar a la de los inhaladores que solía administrar en el hospital. Las paredes del recipiente eran transparentes, y dejaban ver una sustancia roja que ondulaba en su interior y nunca había visto.

Dante le acercó el objeto cúbico a los labios pero Beatriz ladeó ligeramente la cabeza. En un tono bajo para que solo él la oyera, le susurró:

—No pienso probar eso.

A pesar de que sus mullidos labios sonreían para aparentar normalidad, la mirada del brujo permaneció grave.

—Tienes que probarlo, todas lo hacen y tenemos a un guardia con la vista clavada en nosotros. Además te ayudará en nuestro cometido.

—¿Cómo me podría ayudar esa cosa si solo sirve para ponerme cachonda?

Esa vez la sonrisa de Dante sí le llegó a los ojos, magnificando la temible seducción que exudaba por cada poro de la piel. Beatriz sintió su poder que ponía a girar cada célula de su ser, retorciéndole las fibras nerviosas.

—Te excitará sobremanera, por supuesto, pero además esta pócima en particular te hace poder imitar los poderes y la fuerza de quien tienes frente a ti. —Dante le dio vueltas ante sus ojos, observando cómo las volutas de humo rojo danzaban desaforadas—. La he preparado para este encuentro, no me permitirían darla aquí porque hace a la persona que la inhala poderosa.

—¿Quieres decir que si me la tomo adquiriré tu potencia sexual?

—En efecto, aunque cuando me perdieras de vista, el poder solo te duraría unos minutos.

—¿Y dices que también se adquiere la fuerza de tu adversario?

—Te hace que seas un igual en el campo de batalla, nadie te superará ni en fortaleza ni en poder. Aunque por supuesto no te aconsejo que te confíes. —Dante acercó la boquilla de nuevo a sus labios, cauteloso por si los guardias sospechaban que tardaba más tiempo del habitual—. La victoria en una pelea rara vez se define por la fuerza, sino por la estrategia.

—No pretendo meterme en ningún lío, solo quiero salir de aquí, y aceptaré cualquier tipo de ayuda.

Los labios de Beatriz rodearon la boquilla del extraño inhalador, y como

tantas veces había instruido a sus pacientes, absorbió con fuerza, dejando que aquella sustancia mágica penetrara en su boca para bajar con rapidez a los pulmones, y de ahí al resto del cuerpo. Le sorprendió el sabor a fresas con azúcar, que le dejó un gusto dulzón en los labios.

El golpe de calor no se hizo esperar, como si hubieran volcado una hormigonera de lava abrasadora en sus arterias. Notó como el corazón comenzaba a bombear furioso, intentando gobernar la extraña sustancia que invadía sus dominios, amenazando con salir por su boca si la situación se hacía insostenible. Y lo era.

Beatriz abrió mucho los ojos observando sin mirar a Dante, hundiéndose en el mar de sensaciones que se había desatado en su interior. Todos los músculos le hormigueaban reclamando un contacto que no llegaba, la boca se le secó esperando la saliva de un hombre que no aparecía, y su sexo palpitaba rabioso, tan encendido y necesitado de contacto, que arqueó su espalda para rozar con las caderas el muslo del brujo que se interponía entre sus piernas.

Dante sonrió extasiado ante el despliegue de sensualidad del cuerpo de la bruja. Su olor inundó sus fosas nasales y aprovechó que ella estaba un poco fuera de sí para hacer más creíble aquel encuentro.

Beatriz sintió su aliento sobre el cuello, la lengua rugosa deslizarse en una lametada lenta e insidiosa hacia sus pechos, solo cubiertos con un sencillo sujetador negro. Dante metió los dedos bajo la copa del mismo y le sacó uno, llevándolo goloso a su boca y absorbiéndolo con fuerza. La excitación la golpeó como un latigazo directo a su sexo ya de por sí empapado, y quiso golpear a aquel tipo, porque no era su boca la que quería en aquel lugar.

«¡No!», gritó su mente. Lo deseaba a él. Al mago que hacía largos días que no veía. Lo quería todo de él, y a su vez no sabía cómo perdonarlo después de conocer que casi mata a su padre. «Tenía sus motivos para desconfiar de Víctor, y ni siquiera sabía que era él», le replicó una inconveniente vocecita interior, pero fueran cuales fueran los argumentos, el dolor seguía allí.

La mano que se introdujo bajo sus braguitas la devolvió a la realidad, sobre todo cuando uno de los dedos de aquel brujo del sexo se coló entre sus pliegues buscando una entrada húmeda que no dudó en penetrar. Su cuerpo se volvió a arquear y alguien alrededor ahogó un jadeo. O quizás fue ella, ya daba igual.

Tenía tan sensible cada milímetro de piel que cuando Dante metió otro dedo a la vez que absorbía con fuerza uno de sus pechos, tuvo un orgasmo demoledor que la partió en dos. El placer parecía enrollarse como una bobina

de hilo en su bajo vientre, cada vez más apretado, y descubrió que después de explotar nada había mejorado. Seguía sintiendo aquel anhelo desgarrado que la rompía poco a poco, su cuerpo lloraba porque necesitaba que alguien lo llenara. Pero tuvo la total certeza de que nadie conseguiría saciarla, solo él. Su Melchor, su amor de ojos marinos.

Entonces todo ocurrió muy deprisa. El fragor de unos cascos corriendo, mezclado con los gritos de varios hombres, revolucionó la sala, haciendo que todos los allí presentes saltaran y se pusieran en movimiento. Las mujeres que fabricaban polvo de los deseos se tiraron al suelo en el momento que se comenzó a escuchar el entrechocar metálico de las espadas. Los soldados corrieron al encuentro de los intrusos y Beatriz se incorporó arrastrando a Dante en su avance, tirándose por encima del respaldo del sofá quedando sus cuerpos enlazados. Notó cómo el corazón le bombeaba con violencia y una fuerza inusitada tensaba sus músculos, que parecían querer romper la piel.

El escenario que se desarrollaba ante sus ojos era bastante inaudito, ya que lo que parecían figuras humanas modeladas por agua, blandían fieras el metal de sus espadas contra los guardias. Una mujer montaba sobre un gigante toro blanco, pasando veloz entre los que peleaban. Pero fue cuando sus ojos se posaron en él, el momento que eligió su cuerpo para paralizarse de golpe, como si una maza de demolición hubiera impactado contra ella.

Melchor batallaba en toda su gloria, repartiendo estocadas a dos guardias que lo atacaban a la vez. Muy lejos de amilanarse, descargaba la furia de su espada con tal fiereza que provocaba el retroceso de sus adversarios, y Beatriz supo que nadie podría decir que estaba en inferioridad de condiciones, porque su cuerpo alto bien podría valer por seis hombres en cuanto a ferocidad y rapidez. La elegancia de la que solía hacer gala seguía allí, pero disfrazada con un abrigo salvaje que hacía que sus movimientos distinguidos fueran más rudos y contundentes.

Melchor no veía el momento de que todos se apartaran para poder llegar a Beatriz, y ensartar su espada en el pecho del hombre que había osado tocarla. La rabia lo cegaba con un velo rojo que no conseguía desprenderse, ni quería hacerlo, porque su cuerpo necesitaba descargar a golpe de espada toda la frustración que su alma sentía. Se agachó a la vez que uno de sus contrincantes se abalanzaba sobre él con la espada en alto, y trazando un arco en el aire con su arma le rebanó la carne de ambas rodillas, haciéndolo caer al suelo como un peso muerto.

Rodando por el pavimento ensartó el metal ensangrentado en el pecho de

otro de los guardias que lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa. Maldijo haber caído en aquella pelea, arrebatarle la vida a alguien que seguro que no se lo merecía, porque todas las vidas eran sagradas. Puede que ni siquiera le hubieran contado nunca que podría morir al decidir ser un herodiano, porque dicha orden no respetaba la vida sino que buscaba la muerte, pero aún así aquello era una guerra, y ese hombre había decidido el bando equivocado. Sabía con meridiana claridad que cualquiera de aquellos guardias, hundiría su espada en el pecho de Beatriz si Mendel se lo pidiera, y no pensaba correr el riesgo.

Avanzó haciendo restallar su arma en dirección a Beatriz, descubriendo con horror como uno de los herodianos se abalanzaba hacia su posición tras el sofá. Ella se levantó justo a tiempo para recibirlo, con una daga en la mano y un grito indómito que le provocó un temblor en el estómago. La expresión de su bruja no podía ser más bravía, y eso le hacía sentir un orgullo intenso y una excitación letal. El brujo que momentos antes estaba sobre ella fue corriendo a la pared del fondo, la tanteó pasando sus dedos por encima y constriñendo su expresión por el dolor, rodeó el filo de una daga con la palma de su mano, cerrándola en un puño a su alrededor para comenzar a dibujar en la pared con su sangre.

Beatriz cayó rodando al suelo después de haber ensartado el hombro de su oponente arrancándole un agudo grito de dolor. Este se levantó con los ojos inyectados en sangre blandiendo la espada en dirección a la bruja, su expresión transformada en un rictus feroz. Melchor fue más rápido y abalanzándose como un animal placó al soldado, y cogiéndolo del cuello lo giró en un golpe seco que hizo que cayera inerte al suelo. Entonces miró a Beatriz con los ojos brillantes por la adrenalina de la batalla, las pupilas negras devoraban el clamoroso azul que siempre iluminaba su mirada.

La bruja notó un remolino nervioso ascendiendo por su pecho hasta la garganta, la excitación aumentando en oleadas exponenciales ante la inspección descarnada a la que la sometía el mago. Todo su cuerpo rígido observaba a Melchor que parecía un espécimen salido de otro mundo. Y lo era, pensó divertida contemplándolo con admiración: el apuesto rostro salpicado con gotas de sangre, la capa amarilla rasgada, el chaleco de titanio que portaba como armadura rodeando su pecho fuerte, y el brazo desnudo marcado por el relieve de unas gruesas venas que discurrían entre los rígidos músculos. Un imponente guerrero salido del averno para matarla de deseo y desesperación.

Con todo el cuerpo en tensión por el lacerante deseo de besarla, Melchor le tendió la mano y ella se la cogió dejando que tirara de su cuerpo para ayudarla a levantarse. Por un momento olvidó que estaban en su sala de las princesas, con varios seres deseosos de derramar su sangre y se centró en él, mientras él se centraba en ella.

Se miraron como si nunca hubiesen contemplado sus rostros, con la curiosidad del aprendiz y la avaricia del saqueador. Melchor observó las profundidades miel de Beatriz, aquellos ojos un poco rasgados que causaban un magnetismo inadmisibles en él, queriendo colarse a través de ellos, intentando rozar el alma de la bruja para saber si ya había obtenido su perdón. Si lo había anhelado tanto que hasta el aire se había tornado pesado en su ausencia. Y encontró un poco de ese brillo lleno de amor con el que le solía iluminar cada día, pero igual que apareció Beatriz lo ocultó de nuevo, o quizás solo había sido el intenso deseo de verlo que tenía él.

Beatriz levantó una mano para tocar su mejilla rasposa, la barba rubia incipiente le arañó los dedos y deseó pasar los labios por aquella superficie y dejarlos resbalar hasta su boca. Pero en lugar de eso dejó que su mirada viajara de los apetitosos labios del mago hasta sus ojos, y con un susurro ronco cargado del deseo que perturbaba el aire a su alrededor, le dijo:

—Gracias, sabía que vendrías.

No le dio tiempo a responder, solo a intentar cubrirse cuando la sala empezó a vibrar y del techo se comenzaron a filtrar trozos de tierra y rocas. A aquello acompañó un aumento del clamor general cuando las puertas de la sala se abrieron y una nueva tromba de soldados penetró en su interior.

—¡Por aquí!

La voz provenía de la pared que tenían detrás, aquella en la que Melchor había visto a Dante realizando trazos escarlatas con su propia sangre, puñal en mano. Sorprendidos vieron cómo se había abierto en la roca un agujero por el que podrían caer sin problemas.

Melchor empujó a Beatriz hacia la abertura, intentando discernir qué habría más allá de aquella oscuridad, pero para su completa irritación la bruja se dio la vuelta corriendo de nuevo al campo de batalla. Como si fuera un ciclón endemoniado, atravesó a varios de los guerreros de agua sin saber cómo habían aparecido en aquella batalla, eludiendo el acero de sus armas que sí resultaba letal.

Saltó sobre el hombre que tenía acorralada a Moruena contra la pared y descargó con todas sus fuerzas el puño de su daga en la cabeza de este,

haciendo que se tambaleara hasta caer al suelo. Entonces agarró la mano de la bruja pelirroja que llevaba el vestido salpicado de sangre, y tiró con fuerza hacia el agujero abierto en la piedra.

Observó de reojo como alguien se abalanzaba sobre ellas, pero antes de que le diera tiempo a sacar la daga, una enredadera verde con flores rojas que hacía las veces de látigo se atravesó en su trayectoria, enredándose alrededor de la cintura del soldado y lanzándolo varios metros por encima de sus cabezas.

—Subid —indicó con premura una hermosa mujer de belleza etérea y celestial a lomos del toro blanco que Beatriz ya había visto—. Soy Europa y conozco a tu padre.

A Beatriz no le hizo falta mucho más para tomar su mano, saltando para subir a lomos del toro. Moruena la siguió y las tres mujeres dejaron que el colosal venado las llevara a la carrera hacia el agujero de la pared.

—No pasaremos a esta velocidad —se escuchó Beatriz sin ser consciente de que estaba gritando.

Una risa fresca como el agua de un riachuelo deslizándose sobre las pulidas piedras de su fondo, acarició sus oídos.

—Mi tierno Zeus puede con todo.

Europa pegó su pecho al lomo del animal y sus labios a la puntiaguda oreja, y presionando con los muslos sus costados este aumentó la profundidad de sus zancadas, de modo que las tres mujeres tuvieron que entrelazarse por la cintura con ímpetu para no caer. El toro se agachó levemente tomando impulso y saltó sobre las patas traseras, encogiendo el estómago de Beatriz como si se hubiera quedado pegado a su espalda. Y mientras atravesaban el agujero de piedra volando sobre su inmaculada montura, todo pasó a cámara lenta para ella. La expresión grave de Melchor que la observaba pegado a la pared, los soldados que se acercaban por ambos laterales con la espada en alto y gesto despiadado, los bordes de aquel agujero rocoso que parecían querer arañarle el alma.

Y de un momento a otro todo pasó, con un golpe seco tocaron el suelo al otro lado del agujero, aún montadas tras Europa. Melchor se abalanzó hacia la abertura frenando el avance de los guardias que intentaban abrirse paso. Dante acercó su mano, de la que chorreaba un reguero de sangre, trazando círculos con amplias brazadas alrededor del orificio, que de manera insólita fue rellenándose de rocas que se deslizaban desde todas las direcciones del muro, hasta ser apenas un pequeño hueco.

Beatriz notó que unas manos fuertes la cogían de la cintura, aupándola para desmontarla del animal, y a pesar de estar consciente su mente desconectó de todo cuanto la rodeaba. Quizás se había saturado de la adrenalina del momento, quizás la voluptuosa excitación en su vientre la estaba dejando sin fuerzas. No veía nada, ni siquiera escuchaba más sonido que el de la pesada respiración del hombre que la llevaba contra su pecho, como si fuera una muñeca de trapo. Sintió contra su espalda el frío de la pared que le alivió la piel ardiendo, un escalofrío la atravesó y un cuerpo enorme y caliente absorbió los temblores de sus músculos.

—Beatriz, respóndeme. —La llamaba con vehemencia y angustia en su voz—. Estás a salvo, ¿me oyes? Ningún maldito ser te va a volver a alejar de mí.

Se apoyó en él dejando que la sostuviera, las manos grandes y poderosas acogieron su rostro entre las palmas, y su brillante mirada añil consiguió devolverla a la realidad, ese maravilloso océano embravecido en el que se quería sumergir para siempre. Notó como el aliento de Melchor penetraba lentamente en su boca de lo cerca que estaba, y el mago percibió aliviado que el brillo de los ojos de su bruja había vuelto. Y fue al notar el sabor especiado y succulento del mago en su lengua, cuando el deseo volvió violento a su cuerpo.

Beatriz sintió como si le dieran un mazazo en pleno vientre, un golpe que hizo que los músculos del abdomen se contrajeran con violencia, mandando lenguas eléctricas a su entrepierna, que palpitó bruscamente. Sus pezones se erizaron con una necesidad dolorosa de que los rozaran, su vagina se inflamó, todos los músculos de su sexo se llenaron bruscamente de sangre. Tuvo una sensación que jamás había sentido, la de estar vacía y necesitar con avidez que la llenaran, como cuando te rugen las tripas y necesitas echarle algo a la boca con urgencia. No era solo un deseo de tener sexo, no, era algo más imprescindible que el propio aire que respiraba, y pensó que si él no la tocaba su cuerpo moriría consumido allí mismo.

Paseó la mirada por el rostro de Melchor con el hambre desgarradora que sentía, se detuvo unos segundos en sus labios plenos e invitadores, y sin mediar palabra se lanzó hacia ellos, besándolo en un impacto que dejó desarmado al mago. Pero apenas duró unos segundos esa impresión, porque su respuesta fue igual de animal que la de Beatriz. La aferró cogiéndola con las manos en garras por el cuello y una nalga, estampándola contra su cuerpo duro y excitado.

Beatriz deseó enredar los dedos en los antaño mechones rubios del mago, y a falta de ellos acarició su pelo rapado, apretándolo contra ella con toda la rabia y la avaricia que sentía. El deseo se propagó por su cuerpo como un incendio, las llamas le lamían sin piedad consumiendo su cordura. Nada importaba, solo fundirse en él, pero sobre todo que él se fundiera dentro de ella. Quería que la despojara de la escasa y molesta ropa que se interponía entre ellos y se introdujera con fuerza en su interior, hasta tocar cada parte de su alma, hasta olvidarse incluso de ella misma. Nada importaba, solo quería que Melchor inundara todos sus sentidos y la dejara ciega, sorda y muda de cualquier cosa que no fuera él.

Se frotó sin ningún pudor, buscando que ninguna parte de sus cuerpos quedara sin rozarse. Escuchó el rasgueo de una tela al romperse, supuso que de su sostén ya que iba casi desnuda, y la flamante boca de su mago se deslizó por su cuello, lamiéndola como si fuera una piruleta, mordiéndole en el hueco en el que se unen el cuello y el hombro arrancándole un gemido ronco de placer.

Los labios de Melchor se posaron entonces sobre el pezón, introduciéndolo en su boca para rodearlo con la lengua con dulzura, como si tuviera que acariciar una gema muy preciada. Notó que sus dientes se cerraban en torno a la areola para después introducir el pecho más en su boca y absorber con fuerza.

Su sexo se sacudió con una fuerte contracción, impregnándose de un espeso líquido que los dedos de Melchor acudieron prestos a empapar. Porque hasta excitado cercano a perder la cordura, era la persona más atenta que conocía. Cuando sintió las suaves yemas de su mago acariciando sus pliegues, las rodillas se le doblaron y dejó que él la sostuviera. Lo miró un instante solo para verse desbordada por las emociones que emanaban, como grandes olas embravecidas, de sus tempestuosos ojos azules. Pero fue la adoración que prendía de los mismos lo que la dejó sin aliento, y deseó que aquella emoción se quedara allí para siempre.

Entonces cayó en la cuenta de que estaban acompañados, y dando un respingo miró por el costado de Melchor buscando a los demás. Pero en aquella gruta rocosa no había nadie más. Como adivinando sus pensamientos, Melchor se lo aclaró.

—Hace un buen rato que se fueron. —La sostuvo entre sus brazos reclamando de nuevo su mirada—. Nunca habría permitido que ese tipo te viera desnuda.

—Quizás ya lo ha hecho.

La mandíbula del Rey Mago se tensó hasta el extremo, observando la expresión retadora que ella le dedicaba, nublada por el placer. La imagen horrible del tipo desnudo sobre el cuerpo de su Beatriz se recreó nítida en su mente, y avivó las llamas furiosas que le quemaban por dentro, sumándose al miedo intenso a perderla que había sentido durante aquella batalla.

Algo se rompió en su interior, esa muralla que lo hacía contenerse y ser elegante y correcto siempre. Entonces pasó un brazo alrededor de la cintura de la que sentía como su mujer, apretándola fuerte contra él, y hundió más profundamente los dedos que tenía dentro de Beatriz, que se arqueó en respuesta.

—Espero que eso que dices no sea así. —Los dedos volvieron a salir para entrar con un golpe que tensó el nervioso cuerpo de Beatriz, empujándola al abismo—. Pero por si acaso, pretendo borrar con mis manos todas las caricias que él te haya prodigado.

Con una mano Melchor cogió los jirones de la capa amarilla que llevaba a la espalda, extendiéndola sobre el suelo, tendió a Beatriz sobre ella y de rodillas con el cuerpo de su mujer bajo las piernas, la observó unos instantes. A pesar de estar consumido por los abrasadores celos necesitaba contemplarla.

El pecho glorioso y desnudo ante sus ojos, unas minúsculas braguitas negras y empapadas cubriéndole aquella cueva de placer que ansiaba saquear, las extremidades reposando lánguidas sobre el suelo. Pero era aquel rostro de hada el que lo tenía plenamente hechizado. La boca mullida y turgente, los ojos amarillos con esos salvajes destellos rojizos y repletos de pasión, el pelo negro extendido a su alrededor. Era el sueño que siempre había tenido, ese que había echado de menos en los últimos días hasta el punto de creer que iba a morir si no la veía. Por eso no se preocupó de si aquello era demasiado rudo o poco conveniente, porque estaba cegado por los celos, la ira, la pasión sobrenatural que manaba de ella y el puñetero temor que le atenazaba las entrañas como una garra metálica.

Beatriz fue una ávida observadora de cómo él se quitaba la armadura que le cubría el pecho, y la camisa blanca y rota de abajo, dejando al descubierto un tórax cincelado en roca que bien podría haber sido de un Dios. Se despojó también de los gruesos pantalones negros manchados de sangre que no era de él, dejando al descubierto unos potentes muslos, y un mástil encolerizado que apuntaba en su dirección.

Escalofríos anticipatorios de placer la recorrieron de arriba abajo, erizándole la piel, licuándole los huesos. Y cuando él se echó encima de su cuerpo, colocando las manos a ambos lados de su cabeza, pensó que no lo soportaría. Quería correr porque no lo había perdonado, pero necesitaba mucho más quedarse y amarlo, arder en la hoguera que la pasión encendía entre ellos.

—No voy a ser paciente. —La furia parecía haber inflamado las venas del cuello de Melchor, que estaban a punto de explotar—. Tampoco seré suave.

—Lo sé.

Beatriz se sorprendió de la determinación que destilaba su voz.

—Tampoco pienso parar cuando esté en tu interior. No voy a detenerme hasta arrancarte de raíz todos los recuerdos que ese tipo haya dejado grabados en ti.

Beatriz buscó su mirada, cuando la encontró su corazón se saltó un latido y aquella vocecilla que le advertía que aquello no estaba bien, se terminó ahogando en el mar de la sin razón. Alzó las caderas buscando con desesperación a su hombre.

—Fóllame de una vez y cumple tu promesa.

La energía en la piel del mago chisporroteó desmedida, aún así introdujo una mano entre sus cuerpos posándola en la parte más baja de su vientre para frenarla. Con la otra la retuvo con posesividad, cogiéndole el lateral del rostro impidiéndole desviar la mirada.

—Dilo otra vez. —La voz ronca y borracha de lujuria—. Dilo junto a mi nombre.

Beatriz lo miró con aplomo, en su mirada estaba el ansia salvaje que la sacudía. En sus entrañas el poder que manaba de su mago, que se reflejaba en ella misma gracias a la poción roja que Dante le había hecho inhalar.

—Quiero que me folles, gran mago Melchor. Quiero que entres en mi interior e imprimas estrellas detrás de mis párpados.

No esperó otra señal. Con su rostro agarrado en una mano llevó la otra a la entrada húmeda de la mujer que amaba, y pasando sus dedos por la carne sedosa la abrió para él. La miró intentando que a través de la furia viera también el amor que ardía en el interior de sus ojos, y la besó con toda la frustración, el deseo y el hambre que lo sacudía. Fue un beso salvaje y exigente que ella aceptó de buena gana, enredando su lengua con la de él, gimiendo ante el rugoso y deslizante contacto. Y entonces la penetró poco a poco, notando como el interior húmedo y caliente cedía ante la firme incursión

de su miembro. Ambos jadearon en la boca del otro, y sin esperar más porque le resultaba imposible contenerse, Melchor salió para volver a introducirse de un solo empujón.

Beatriz mordió los labios del hombre que la estaba desgarrando por dentro, aquel que tenía el poder de descuartizarle el alma y el entendimiento. Y se rio para sí misma de aquella carta de los reyes magos que parecía haber sido escrita a años luz por una mujer diferente a la que se había convertido, aunque apenas hubieran trascurrido un par de meses.

En ella había pedido un «beso de verdad». Recordaba las palabras exactas: *«uno que me deje llena, que me sacie, que me haga descolgarme de mi propia vida, aunque sea solo durante los minutos que dure»*, pero nunca hubiera soñado con algo así. Porque cuando Melchor la besaba como lo hacía en aquel momento, volcando en ella la ira, la picante excitación y el más acusado delirio, parecía que el alma quería escaparse de su cuerpo para colarse en el de él.

Mientras le hacía el amor de aquella forma ruda, desesperada y carnal, sintió que su esencia volaba lejos de allí, intentando fundirse con la del mago para crear una sustancia nueva e indestructible, el bosón de Hibbs del amor, una capaz de construir todo aquello que se propusiera. Y dejó que su ser se perdiera en la nube del placer más imprudente, que el mago alcanzara esa esencia con cada embestida, que rompiera la fina capa ya agrietada que rodeaba su corazón.

Se amaron de forma desmedida, hasta que el placer creció en su interior como el vórtice de un huracán, entonces Melchor la cogió de las nalgas, aupándola hasta ponerla a horcajadas sobre sus muslos. Y clavando firmemente los dedos en sus glúteos inició un ritmo demencial, entrando y saliendo de la cremosa cavidad, bebiendo de sus labios como si fueran la fuente de toda la vida. Cuando el interior de Beatriz se contrajo espasmódicamente, Melchor se separó para mirarla a unos ojos turbios por el placer.

—Solo yo puedo hacerte esto. —Paró un momento para retirarse y después entrar de forma violenta—. Tus gemidos son la más hermosa de las melodías. Quiero que te corras, preciosa.

El nudo del huracán creció y creció hasta explotar en su vientre, extendiéndose por todo su cuerpo como un viento del Siroco. Elevándola en una escalada hacia el éxtasis que muy pronto Melchor también realizó, con un ronco gemido de liberación. Cuando todo pasó Beatriz escondió la cabeza en

el hueco de su cuello, y sintió cobijada en sus brazos, que junto a Melchor había arrancado sus cimientos y los había vuelto a formar pero construyendo algo diferente a lo que era ella. Una mujer más fuerte, llena de poder y magia, y necesitada de un alimento para vivir que solo él le podía proporcionar.

Ambos se acariciaron con suavidad, aprendiendo las formas del cuerpo del otro, adorándose con el contacto, sin querer separarse de aquel momento único ya que cuando sus miradas se volvieran a encontrar después de que todo se enfriara, los obstáculos se interpondrían entre ellos como pesados muros. Por eso se separaron con pereza, con la huella imborrable del otro en los surcos de la piel. Y sin mediar palabra se vistieron entre miradas furtivas y suspiros huidizos.

Melchor le ofreció su camisa rasgada a Beatriz para cubrir el escaso sujetador que tan poco dejaba a la imaginación. Terminó de colocarse su armadura sobre el pecho desnudo y le tendió la mano para ayudarla a levantarse y continuar el camino. Se la estrechó con seguridad trasmitiéndole el calor de su palma, pálido reflejo del volcán que habitaba en su interior. Y en vez de soltarle la mano, Beatriz la retuvo hasta que su mirada índiga chocó con la suya, que brillaba entre la expectación, el deseo y la duda.

—Muchas gracias por venir a buscarme, sabía que me encontrarías.

—No podría haberlo hecho de otra manera, te necesito para respirar.

La contestación franca y directa la desarmó, y se sintió desnuda y desesperada por dejar atrás todos aquellos lastres que la hacían sentir pegada al suelo. Quería despegar libre de rencor, que el amor incólume que sentía por él borrara como una ola del mar todos los surcos que en su corazón había hecho el resentimiento. Pero el rostro de su padre apareció tras la balaustrada, cayendo sin una mano a la que aferrarse, y Beatriz terminó soltando la mano de Melchor, notando las dentelladas de frío en la palma todavía abierta.

—Te he echado mucho de menos —le confesó Beatriz con el corazón sangrando—, pero aún no te puedo perdonar.

Melchor suspiró y por un momento bajó la mirada ante el insoportable peso de aquella confesión, pero no tardó en volver a subirla, intercambiando una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—En ese momento yo solo sabía que tenía que ayudar a mi hermano, es lo único que te puedo decir.

—No me alivia en absoluto.

—Lo sé. De momento me conformo con que me dejes ayudarte. —Se miraron, de esa forma en la que observarías una enorme pirámide que posee

una maldición, con admiración y anhelo, no exentas de miedo y cautela. Su mirada se oscureció, como si hubiese caído la noche sobre el turbio océano que eran sus ojos—. Pero solo me conformaré por el momento, Beatriz. Acabo de abandonar tu interior y ya me muero por estar dentro de ti de nuevo. Te necesito de una forma que ni siquiera entiendo.

Melchor pasó la mano por su rostro una vez más, como si fuera un escáner de alta precisión que quisiera memorizar cada milímetro de sus rasgos, y derramó en los ojos de miel de Beatriz el amor, el deseo y la frustración, reflejos de sus propios sentimientos que se agolpaban, ahogándola.

Se sintió morir y también notó como su determinación mermaba. Pero antes de que le pudiera decir nada, Melchor se separó abruptamente y le hizo un gesto con la mano para que le siguiera.

—Busquémoslos, no pueden andar lejos.

Aturdida lo siguió por aquella gruta rocosa y húmeda. Por algunas grietas se filtraban finas lenguas de agua que formaban pequeños charcos en el suelo, similares a los que dejaba su corazón lloroso. Al girar el siguiente recodo los encontraron. Dante estaba sentado en el suelo, Moruena de rodillas a su lado sostenía su mano ensangrentada, rebuscando algo con la mano libre en un pequeño bolso de cuero. Parecía tener una herida importante ya que la sangre no paraba de brotar de la misma, como una pequeña cascada escarlata que la bruja atendía sin cesar, empapando la sangre con lo que parecían gasas de un color verdoso. Su espíritu enfermero se acercó a ellos, observando con admiración la capacidad de aquel tejido para absorber y limpiar la herida.

—Es *pura*, o al menos es como yo la llamo ya que nunca me dijeron su nombre verdadero —le aclaró Moruena sin dejar de observar el profundo tajo—. Un brujo viajante me dio en una ocasión unas extrañas semillas alargadas con finos pinchitos en su superficie, me habló de sus propiedades desinfectantes. Desde entonces la cultivamos en la reserva con los excrementos de los dracanes, y la utilizamos siempre para la limpieza y desinfección de las heridas. Diría que es mágica si no me dedicara a cultivarla y recogerla yo misma sin ningún tipo de artificio, aunque lo cierto es que la madre tierra posee la mayor de las magias, así que no me extrañan en absoluto sus propiedades.

—Si la tuviéramos en la Tierra podríamos hacer grandes cosas con ella.

—Yo te daré unas semillas cuando volvamos. —Y la seguridad con que dio por hecho que volverían, le dio alas al alma de Beatriz—. Ahora necesito que me ayudes. El corte de la mano es muy profundo y la aguja le causaría bastante

dolor, además tiene unas costillas rotas que son las que arrugan ese rostro tan arrebatador, ¿puedes sanarlo?

—Claro.

Con firme determinación se arrodilló junto al cuerpo tumbado de Dante. Alguien había tomado la buena decisión de tapar la entrepierna de aquel hombre con una capa atada a la cintura. El color crema de la misma contrastaba con la piel bronceada, de forma que parecía un dios griego descendido del Olimpo para hacer suspirar a cualquiera que posara los ojos en él. Pero teniendo a su espalda a Melchor, con su presencia escrutadora y rotunda, de forma que parecía colapsar cada molécula del aire del interior de aquella gruta, y con su intensa mirada acariciando sus hombros y juzgando cada movimiento, el poder sexual de Dante la afectaba en menor medida.

Quizás lo que Beatriz sentía con más intensidad era el nudo tenso de emociones que se acumulaba en su bajo vientre, la resonancia del poder sexual del brujo en ella, que como si su cuerpo fuera un espejo gracias a la pócima inhalada, era capaz de reflejar.

Ese placer constreñido en una bola que estaba en su interior, era como un explosivo deseando que alguien lo hiciera detonar, por eso dejó que una ínfima parte de ese poder se desenrollara de la madeja apretada en la que estaba liado, y como si fueran hilos que podía manejar a su antojo dirigió uno de ellos a Melchor. Lo imaginó envolviéndose en su cintura, calentándole el vientre, para después bajar a su virilidad enrollándose en el grueso tronco como si fueran sus dedos.

Pudo ver el momento exacto en el que él sintió la intromisión, mirando confundido a su alrededor, centrándose en Dante ceñudo, pero para que no le quedaran dudas acerca de la procedencia de aquel ataque sexual Beatriz capturó su mirada, y la línea de energía invisible que constreñía su miembro se oprimió aún más.

El mago apretó la mandíbula silenciando un jadeo que quedó colgado de sus labios y abrió los ojos desconcertado, a cambio la bruja le regaló un guiño de ojo sensual y sin más dilación se centró en el cuerpo magullado de Dante, ignorando su propia excitación.

Cogió la mano del brujo sexual entre las suyas y cerrando los ojos dejó que un poder antiguo emanara de su interior, envolviéndola con ese calor que la hacía sentir como si los rayos del sol la alzaran etérea. Como si uno de esos vasos de leche con chocolate caliente que preparaba su abuela se deslizara por su garganta, calentándole el estómago y el corazón, como si mil mariposas

bailaran celebrando la vida en su interior. Y esas mágicas sensaciones rebosaron por la punta de sus dedos, haciendo que la palma de la mano le quemara. Dante hizo amago de querer sacudirse de su agarre, pero apresándolo con firmeza no se lo permitió y observó cómo aguantaba estoico el calor abrasador. Al apartar la mano Beatriz apreció con orgullo como, en el lugar que antes ocupaba la virulenta herida, solo quedaba una brillante línea de un rosa fuerte.

Dante alzó la mano ante sus ojos, esperando ver algún tipo de dolorosa sutura, pero al ver la piel nueva y reparada en su lugar, abrió mucho los ojos y con una amplia sonrisa miró a Beatriz, mientras esta ponía las manos en su costado e iniciaba el mismo proceso sanador. En esa ocasión el brujo no intentó apartarse, dejó que Beatriz trabajara sobre sus magulladas costillas.

—No me lo puedo creer, ¿eres una sanadora?

—Eso parece, aunque aún no sé manejarlo como es debido. Tengo mucho que aprender.

—Pues no quiero ni imaginar de lo que serás capaz. —Su sonrisa adquirió ese matiz seductor que se enredaba en los muslos de sus espectadoras, mandando descargas de placer a todo su ser—. Tanto poder encerrado en ese cuerpo tan jodidamente sensual me excita sobremanera.

Beatriz arrugó el ceño dispuesta a contestarle airada, pero el acero de una espada se interpuso impertinente entre ella y el brujo sexual. La peligrosa punta del arma acariciando ruda la garganta del brujo.

—Cuida tu jodida lengua o tendré que arrancártela.

El tono de las palabras fue mucho más escalofriante que el contenido mismo, pero lejos de amilanarse Dante esbozó una sonrisa burlona, como la de un depredador que se relame ante la próxima presa.

—Habrás de hacer lo mismo con los ojos, mago, porque solo he hecho honor a la verdad y nada en este universo va a impedir que yo la mire.

Melchor escuchó su propia mandíbula crujir como si los huesos fueran a resquebrajarse por la acción de un terremoto; la furia que sentía en su interior bien podría ser el epicentro de uno. Furia y celos, que se extendían como una niebla turbia ante sus ojos que le impedía ver más allá.

—Mantén tus manos lejos de ella si no quieres ver de cerca mi espada.

—Lo haré mientras ella no quiera otra cosa.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada, la de Melchor con una furia amedrentadora y la de Dante confiada, con una sonrisa ladeada que enervó al mago hasta el delirio. El ambiente chisporroteó a su alrededor pero entonces

Beatriz se colocó entre ellos, tocando el acero de la espada de Melchor y empujándolo con firmeza. Y el único motivo por el que el mago cedió fue por el inexorable empuje de su tozuda bruja, que seguro había conseguido que el filo de su espada penetrara en la carne al empujar sus dedos contra la hoja.

Beatriz miró airada a Dante con una clara mueca reprobatoria que solo hizo que su sonrisa se ampliara. Después miró a Melchor y lo que vio en sus ojos le provocó un burbujeo en el estómago, porque el azul oscuro estaba removido por una ira sin igual cuyo origen parecían ser los celos.

—Parece que la palabra la tiene la señorita Bianchi, después de todo. —Melchor se encaró con ella descargando toda su frustración con acidez—. Dime, ¿qué es lo que quieres? ¿Lo sentirías mucho si atraveso su corazón con mi daga?

—Cualquier muerte me afectaría profundamente —susurró contrita y furiosa porque la pusiera entre la espada y la pared.

—Bonita forma de escurrir el bulto —chasqueó la lengua mientras se pasaba la mano, desquiciado, por el corto pelo rubio—. Pero no has contestado a la maldita pregunta.

Beatriz apretó los labios mirándolo con expresión ceñuda, sin entender qué respuesta esperaba el mago. Si contestaba que le importaba la muerte de Dante él interpretaría que sentía algo por él, cuando solo era una cuestión de simple humanidad y principio de supervivencia. Nadie celebraba la muerte de otra persona.

—Quiero que dejes de agobiarme con preguntas cuya respuesta quizás no quieres oír. —Su tono era rígido y frío como una estalactita a punto de romperse—. Y quiero que no perdamos más tiempo y encontremos a mi padre.

Melchor la observó serio, con el pecho subiéndole y bajando desacompasado, cegado por los celos que la presencia de aquel hombre le provocaba. Sus latidos eran tan rápidos que parecían querer atravesar el pecho para así llegar al de Beatriz y martillearla con la misma intensidad que él sentía. Quería gritar a los cuatro vientos que era suya, que nadie se atreviera a tocarla, que la necesitaba en cada poro de su piel. Pero no debía hacerlo porque el estúpido código de los Reyes lo limitaba mientras estuviera en el reinado, y sobre todo porque ella no lo había perdonado. Por eso se limitó a observarla intensamente, deseando que la bruja bajara la mirada para que no viera lo vulnerable que se sentía a su lado.

Pero ella se la mantuvo firme, y en la dulce miel de sus ojos Beatriz intentó imprimir toda la devoción que sentía por él, el anhelo que marcaba cada uno

de los días en los que estaba privada de su contacto, la intensidad de los sentimientos que la sacudían como si un maremoto la sepultara entre brumosas aguas. Y notó cómo le llegaba el mensaje a su mago por el brillo que iluminó su mirada.

Melchor llevó una mano al rostro femenino, acunando su mejilla, empapándose de su calor, y con un suspiro que nació ronco del alma la soltó, dibujando una tenue sonrisa.

—Te prometo que lo hallaremos, Europa nos guiará.

Invocada por el mago, la bella y evanescente mujer apareció con su sempiterna sonrisa de labios rosados.

—Seguidme. No tardaremos en llegar.

20. La sala de la fe

Sobre su grandioso toro blanco, Europa inició un galope que hizo que todos tuvieran que emplearse a fondo corriendo para poder seguirle el ritmo. Beatriz sentía su corazón galopar en el pecho, pero más por la mirada que había sostenido con Melchor que por el ejercicio físico. Porque en sus ojos había visto un atisbo de lo que tanto anhelaba, ese amor incondicional y pleno que ella siempre le había profesado, pero que parecía magnificarse a cada instante. Tomó aire profundamente dejando que le quemara la garganta por el esfuerzo físico realizado, y se obligó a clarificar su mente.

Estaba a apenas unos minutos de volver a ver a su padre, un padre que desapareció hacía tanto tiempo que sus rasgos se desdibujaban en su mente. ¿La reconocería él a ella? ¿Le daría uno de esos abrazos que antaño solían compartir? Pero lo que más le preocupaba era la conversación pendiente, el porqué de aquella ausencia haciéndoles creer que estaba muerto. Porque ella había sufrido mucho, pero no quería ni recordar el mar de lágrimas que los ojos de su madre habían derramado. Y, ¿todo ello por nada?

Se detuvo abruptamente cuando al doblar el siguiente recodo se chocó con la capa desvaída de Moruena, aunque ella no pareció notarlo. Sus ojos brillaban, vagando perdidos en algún punto a lo lejos de la gruta rocosa que estaban recorriendo. Su boca contraída en un mohín de confusión.

La vio agacharse y con su daga cortó la base de unas finas plantas que diseminadas por la pared rocosa, ascendían reptando por la misma. Le recordaron a serpientes por su tallo fino y sinuoso, que se iba ramificando cada poco y en cada una de esas bifurcaciones aparecía una gran flor de pétalos amplios, en la que el azul y el rosado se debatían para ver quién los coloreaba con mayor intensidad.

—¿Pasa algo Moru? ¿Por qué no sigues a los demás?

La bruja enfocó la mirada en ella como si estuviera despertando de un momentáneo letargo. Forzó una sonrisa que apenas le llegó a la mirada.

—Uf perdona, me he quedado embobada pensando en mis dracanes y lo mucho que los echo de menos —mintió, porque lo único que le había frenado en su avance era la nítida voz de Víctor, confirmando que apenas les faltaban unos minutos para llegar a él, dándole instrucciones de que cogiera aquella planta—. Esta flor me ha recordado a mi tierra, por eso he cedido al impulso

de cogerla. Pero vamos rápido que los perdemos de vista.

Moruena comenzó a correr pero Beatriz alargó la mano cogiéndola del brazo y frenando su avance. La confusión brilló en la mirada castaña de la bruja de pelo rojo, y para no aguantar la mirada inquisidora de Beatriz fijó la suya en la mano que la retenía.

—Me ocultas algo.

La frase quiso ser una pregunta, pero el tono estaba teñido de una acusación manifiesta. Moruena podría intentar desmentirlo, pero aquello solo le valdría para perder un bonito tiempo del que no disponían.

—Sí.

—Quiero que me lo cuentes.

Entonces sí la miró con urgencia, viendo el recelo y la curiosidad brillando en los preciosos ojos miel de Beatriz, tan parecidos a los de Víctor, solo que de pestañas más largas y rizadas. No le podía contar todo ya que ni siquiera ella lo entendía, pero debía saber al menos lo básico.

—Tu padre me está hablando dentro de mi cabeza desde que entré a esta dichosa Fortaleza. —Los ojos de Beatriz se agrandaron sorprendidos—. He cogido la planta porque me acaba de indicar que la necesitaríamos.

—¿Puedo yo hablar con él? —Su voz sonaba excitada e impaciente—. ¿Te ha dicho algo más?

—Instrucciones para llegar hasta él, indicaciones para ayudarnos con algún peligro. —Y otras cosas que no nombraría. Aún no—. No puedes hablar con él porque es algo que ocurre dentro de mi cabeza.

—¿Desde cuándo es telépata?

—Al parecer aquí dentro ha encontrado alguna manera de hacerlo. Estos muros albergan una magia milenaria, y quizás ha sabido canalizarla en su beneficio. Lleva mucho tiempo aquí.

Aquella última frase parecía estar cargada de peso, como si las letras estuvieran impregnadas de un hierro que se posó sobre ambas brujas, sumiéndolas en sus pensamientos y su particular sufrimiento. Unas pisadas las sacaron del ensimismamiento.

—¿Qué estáis haciendo? No podemos separarnos.

El tono recto e impaciente de Melchor no admitía réplica, y las llevó a emprender la marcha tras él sin rechistar. Una última mirada admonitoria de Moruena llamó su atención, mientras le susurraba:

—Llevemos cuidado, tu padre cree que va a darse una situación de peligro. Esta es otra de las pruebas que nos pondrá por delante la Fortaleza.

Corrieron tras las grandes zancadas del mago y al final del siguiente pasillo de pared de roca aún más oscura, encontraron unas puertas que rompían con la estética del lugar. Ocupaban todo el paño de pared que tenían en frente, impidiendo avanzar, y más parecían tener cabida en una catedral que en aquel túnel húmedo. Talladas en una oscura madera que bien podría ser de nogal o ébano, con intrincados relieves en toda su superficie, representaban diferentes escenas llenas de misticismo. Ángeles de alas desplegadas, representaciones de dioses griegos e incluso una parte en la que se podía ver lo más parecido a un demonio, al que pisaban una horda de ángeles enfurecidos.

Beatriz sintió un escalofrío que como un lametazo frío se extendió por su espina dorsal. Ese tipo de arte siempre le había causado respeto y cierto rechazo, porque apreciaba que aquellas tallas podían alterar la energía que fluía en torno a ellas. Pero lo que más le sorprendió fue que las puertas cedieron bajo el empuje de Melchor, dándoles paso a una fastuosa Iglesia que parecía totalmente fuera de lugar. Por no mencionar que espacialmente resultaba imposible que pudiera tener aquellas dimensiones, y es que al entrar en el espacio abierto, tan alto como un edificio de cinco pisos, y ancho como medio campo de fútbol, cualquiera hubiera pensado que las leyes de la física no existían allí dentro.

Paredes y suelo estaban contruidos en un mármol blanco exquisitamente pulido, tan brillante que parecía la superficie de un lago azotada por los rayos de sol. Y recubriendo las paredes decenas de tallas de oro se hallaban una junto a otra, todas ellas esculturas de personas y seres diversos. Beatriz reconoció la representación de Poseidón, con su fiera melena y su Tridente, también vio lo que parecía una Virgen María, con lágrimas de alegría en el rostro mientras acunaba a su rollizo bebé marmóreo. Más allá un inconfundible Horus, dios celeste en la mitología egipcia, representado con un halcón en la cabeza, los observaba con sus ojos de piedra.

—La sala de la fe, había oído hablar de ella aunque nunca logré encontrarla —indicó ausente un curioso Dante mientras paseaba la palma de la mano con marcada adoración por Afrodita, o quizás era la romana Venus, diosa del amor, la fertilidad y el deseo.

—Es aquí donde reside una muestra de las diferentes formas que adquiere la fe. —Moruena se arrodilló frente a una talla de un dracón cuyas alas estaban desplegadas, su cola alargada bien podía medir cinco metros—. Este es Droncsul, el dracón que junto con Abrastea dio origen a la primera estirpe de dracanes dorados. Se le venera como a un Dios en mi planeta.

—¿Cualquier deidad puede residir aquí? —indagó Beatriz acariciando entonces la figura de un ángel pequeño y regordete.

—Cualquier representación de la fe, la iluminación, aquello que nos da fuerzas cada día para continuar. Cada pieza de las que ves la ha traído alguien aquí. —Moruena se dirigió a la figura de una hermosa mujer que rezumaba una temible fuerza en su mirada—. Esta es Adquín, una brillante guerrera que con su lanza y su espada enamoró a Béllacus, un temible batallador que cayó rendido a los pies de tan aguerrida dama. Para él, Adquín se convirtió en su fe, por eso trajo aquí esta estatua, para que todos pudieran contemplarla.

Beatriz observó la belleza que la rodeaba, que sin palabras conseguía transmitir una fuerza inusitada. Sintió la energía que flotaba en el ambiente, la sensación de intemporalidad que residía en aquella estancia, como si el paso de los años apenas fuera unas horas entre esas paredes.

Y cuando los ojos de Beatriz recayeron en un lugar particular de esa sala, notó como el corazón se le paralizó. Se acercó a aquel punto sintiendo un frío que nacía de dentro, extendiéndose bombeado por sus arterias a todo su cuerpo. Cuando llegó a la pared que se situaba a la derecha, entre dos hermosas columnas, observó la ilustración que ya había visto en sueños. La representación de los tres Reyes Magos se extendía ante sus sorprendidos ojos, el recuerdo de la visión del cuerpo ensangrentado de su padre bajo la misma la golpeó con violencia.

Se acercó a aquella maldita pared y la tocó, una descarga de energía atravesó su cuerpo y con sobrecogedora nitidez escuchó la voz de su padre. Una sola palabra, clara y rimbombante: «Sangre». ¿Qué quería decir con aquello?

Observó a Moruena que estaba abstraída con otra de las tallas, y sin saber cómo proceder, llevó su mano a la daga que guardaba en la cintura y sin pensarlo, extendió su palma e introdujo el filo en la carne. El dolor se mezcló con el escozor y una desagradable sensación que hizo que su estómago diera un vuelco. Dejó que las gotas de sangre cayeran como una lluvia carmesí sobre el blanco impoluto del suelo, y recordó como en su sueño era otra la sangre que todo lo teñía. Entonces una pieza encajó en su cerebro con un sonoro clac, ¿y si no era solo la sangre de su padre la que teñía el suelo en sus sueños? ¿Y si lo que quería representar aquella imagen onírica era otra cosa?

Melchor se acercó corriendo hasta ella, mirando horrorizado el suelo y el puñal que había tirado en el mismo. Beatriz ni siquiera era consciente de haberlo soltado. Le cogió la mano herida y la acunó entre las suyas,

observando el profundo tajo con preocupación.

—¿Te has vuelto loca, Beatriz? ¿Qué pretendes?

—Sé qué tengo que hacer esto.

Y como si tuviera una iluminación, se agachó arrastrando al mago en su movimiento, y agarrando el puñal entre los dedos de la mano sana, lo llevó al dorso de la mano de Melchor y le cortó con decisión. Un siseo escapó de los labios del mago a la vez que apartaba las manos, pero Beatriz agarró el antebrazo de la mano sangrante haciendo que las primeras gotas del corte cayeran sobre la sangre ya derramada.

—Ahora sí has perdido el juicio, Beatriz.

—Tranquilo, en cuanto compruebe algo te curaré. —Le sonrió intentando tranquilizarlo sin conseguirlo—. ¡Moruena! Tu turno.

En aquella ocasión no hizo falta que ella propinara el corte, ya que la bruja pelirroja cogió su propio puñal y lo hundió en el centro de su mano. La sangre manó briosa de la herida mezclándose con la de Melchor y Beatriz. Y como si fuera un río de lava volcánica consiguió erosionar el mármol del suelo, creando un surco conforme el riachuelo iba avanzando. Pero la viscosidad de la misma impidió que siguiera deslizándose. Beatriz miró a Dante y a Europa pensativa, alternando sus ojos entre el río sanguinolento y sus figuras.

—Creo que la sala pide que todos paguemos con sangre a cambio de devolvernos a mi padre. —Su mirada de miel se clavó en los oscuros ojos de Dante, para buscar después los límpidos y claros de Europa—. Necesito que vuestra sangre se una a la que ya hemos derramado.

Dante acudió solícito desplegando su poder de seducción, que golpeó a Moruena y Beatriz, haciendo que una ola de calor brutal se extendiera por sus cuerpos, concentrándose palpitante en su sexo. Extendiendo la mano delante de Beatriz dejó que esta lo cortara con un toque firme y profundo, sin dejar de mirarla a los ojos. La sangre manó oscura juntándose con la del resto y una sonrisa traviesa salió de sus labios.

—Sospecho que podrías convertir cualquier cosa en interesante. Solo espero que tu amiga Elena y tú compartáis algunas virtudes.

El bufido de Melchor quiso imponerse, pero Beatriz intervino rauda.

—Mi preciosa Elena te dejará con el corazón roto, querido. Solo reza a cualquiera de estas deidades para ser de su agrado.

Europa cortó la delicada piel de su mano nívea y sedosa con un puñal que parecía estar fabricado de una sola pieza de cristal, dejando que su sangre se uniera a la del resto. Y cuando la primera gota tomó contacto con las demás,

una brusca reacción precipitó la sangre cristalizándola justo en el punto en el que se habían unido. La reacción se extendió a lo largo de todo el reguero carmesí a gran velocidad, quedando en lugar de la sangre unos cristales rojos sólidos que se asemejaban a los rubíes que tenía su abuela, pensó Beatriz.

Para sorpresa de todos los presentes, cuando el suelo quedó cubierto por los brillantes cristales rojos, una delgada línea escarlata ascendió en vertical desde el suelo desafiando cualquier ley de la física, y como si fuera la hélice de un ventilador de alta potencia, comenzó a girar a una velocidad endiablada. En su rápido giro formó una perfecta esfera roja, en cuyo centro se comenzó a dibujar una figura flotando que apenas se veía.

La forma de lo que parecía un hombre se perfiló en su interior, y cuando este descendió hasta el suelo, la esfera que brillaba con furiosos reflejos arrancados por la iluminación del lugar, se rompió en una explosión que lanzó las esquirlas escarlatas en todas direcciones. Todo el grupo se agachó cubriéndose los ojos, Beatriz fue la primera en levantarse, y lo que vio la dejó sin respiración. Su cuerpo se detuvo como si su organismo se hubiera declarado en huelga; quizás estaba muerta, ni siquiera le importaba.

Cayó de rodillas al suelo y sintió las lágrimas frías lamer sus mejillas. Algo se rompió en su pecho, notó el dolor en un punto inespecífico del corazón, como si le hubieran arrancado la costra de una herida especialmente profunda y esta estuviera sangrando copiosamente. Y la causa de su herida eligió aquel preciso instante para levantarse aturdido del suelo, frotándose el pelo largo y negro como el de ella. Abriendo los ojos lentamente como si hubiera olvidado la forma de hacerlo, cuando aquella mirada ambarina se encontró con la de Beatriz, tan parecida como solo puede pasar en el caso de un padre y una hija, un brillo cargado de anhelo prendió como la tea.

Víctor Bianchi aún no era capaz de discernir si aquello era un sueño o al fin la tan ansiada realidad. Había soñado tantas veces con ver a su hija, con tocarla y apretarla fuerte entre sus brazos, se había imaginado tantos reencuentros posibles, que no podía creer que el momento hubiese llegado ya.

En su largo encierro en tierra de nadie, en una dimensión tan yerma y árida que solo sus recuerdos le habían acompañado, la imagen de su preciosa Beatriz era lo único que le había anclado a la extraña existencia que lo mantenía con vida. Eso y su recién descubierto don telepata, que sospechaba que tenía que ver con ese pequeño hálito maligno que habitaba en su interior. Pero si había algo que temía más que quedarse retenido en el encierro que él mismo se había forjado de por vida, era ver el rencor en los ojos de Beatriz.

No sabía cómo afrontar el pánico que le producía imaginarse a su hija mirándolo con odio, con marcado encono por un pecado que había cometido por necesidad.

Había desaparecido de sus vidas, sí, había hecho que todo el mundo creyera que estaba muerto dejando tras de sí un mísero sendero de dolor. Pero todo tenía un por qué, ya que en caso contrario lo hubiesen matado hacía ya muchos años. Los herodianos le tendieron una emboscada entre las paredes de aquel monstruo de piedra, y su única salida para librarse de una tortura y muerte segura fue hacer un hechizo para esconderse en otra dimensión, haciendo inaccesible la entrada a cualquiera sellándola hasta para él mismo. Sabía que la sala de la fe le permitiría hacer aquel raro hechizo, y que solo la sangre de los seres que él mismo veneraba lo conseguiría sacar de allí. Lo que no imaginaba era que esas dos personas, su hija y Moruena, aparecieran a la vez, y experimentó una curiosidad infinita por saber qué las unía.

Dedicó una intensa mirada en la dirección de la bruja pelirroja, que tenía los ojos muy abiertos y la boca descolgada en una expresión de mudo asombro. Un deseo fugaz de comerse aquellos labios le nubló el entendimiento pero se obligó a esperar, repitiéndose a sí mismo que si había esperado durante todo aquel inaceptable tiempo, podría hacerlo un poco más. Aunque eso hacía que la espera fuera aún más insoportable si cabía. Pero debía centrarse en su prioridad, su Beatriz.

Se acercó con paso cauteloso a ella, con una sonrisa queriendo titilar en sus labios, conteniéndola cauto. Pero cuando penetró en su mirada dulce como la miel líquida, un peso milenario pareció aligerar su corazón, al ver que en los ojos de Beatriz no existía ni una pizca de rencor. Sí una terrible añoranza, tan potente como la que él mismo sentía, también incredulidad, y algo que le hizo sangrar un poco por dentro, un palpable dolor que oscurecía sus preciosas facciones. Quizás por los días perdidos, por las mentiras cosechadas, la congoja germinada y los recuerdos recogidos.

Aún así se obligó a seguir avanzando hacia la preciosa mujer en la que se había convertido. Abrió sus brazos para ella sin esperar nada pero deseando recibirlo todo, sabiendo que no la merecía, pero ansiando tenerla. Y para su colosal asombro se echó a sus brazos, enterrando la cabeza en su pecho, fundiéndose con él, y permitiéndole que el particular aroma de su pelo a jazmín y aguacate lo trasportara a un maravilloso pasado, en el que podía compartir cada día con ella.

—Te he echado tanto de menos. —Beatriz dejó que el calor del pecho de su

padre impregnara su mejilla, como cuando de pequeña se escondía allí para protegerse del mundo—. He llorado tanto por no tenerte, que ahora se me antoja un sueño el hecho de que estés aquí.

—Pues soy real, amor, y no puedes imaginar lo mucho que te he echado de menos yo a ti.

Beatriz dejó que la ola de amor que se desataba en su interior la devorara, lanzándola a un mar en el que todos los sentidos estaban cegados por ese sentimiento puro y profundo. Se perdió en las emociones que le cerraban la garganta como una mano de hierro, permitiéndoles explotar a través de sus ojos. Y lloró como nunca antes había llorado, con gotas de gratitud por un destino que le había devuelto a su ansiado padre, de alivio inmenso por saberlo vivo en vez de muerto, de felicidad porque se abría un universo de nuevas posibilidades a su lado.

Y pasadas todas esas emociones, comenzó a burbujear en su interior la temida rabia, ira por no confiar en ella y ocultarle su plan, por no encontrar la manera de contárselo en todos aquellos años, y por no revelar nunca su ascendencia mágica.

Por eso se separó de él poco a poco, sin querer renunciar a su contacto, sin poder. Pero terminó adoptando una expresión grave en la mirada, que Víctor Bianchi imitó.

—¿Por qué?

Era aquella pregunta de cuántas le podía hacer la que más le desconcertó, ya que sabía que ninguna respuesta la satisfaría.

—Para salvar la vida. —Su exhalación pesada hablaba de lo mucho que le costaba tratar aquello—. Además quería encontrar algo muy importante.

—¿Y lo has encontrado? —replicó en un lamento rasgado que a él le partió el alma.

—No, pero sé que está aquí.

No les dio tiempo a decir nada más, el estruendo de la madera de la puerta cediendo bajo una miríada de violentos golpes, les hizo retroceder y sacar las armas de forma instintiva. Melchor se colocó al frente de la comitiva pero fue el grito desgarrado de Europa el que se oyó por encima del resto.

—¡Corred hacia la estatua de Marte, ahí encontraremos una salida!

Melchor agarró a Beatriz de la mano tirando de ella con fuerza, mientras con la otra alzaba su espada dispuesto a atacar con saña a quién se dignara a entrar. Apenas pasó un segundo y las hojas de la gruesa puerta se abrieron violentas, chocando bruscamente contra la pared. No rebotaron ya que una

decena de soldados se abalanzó al interior, en un grito brutal que hizo que la adrenalina de Beatriz burbujeara furiosa en sus venas.

Miró hacia atrás buscando a su padre y observó como Moruena llegaba hasta él entrelazando su mano y tirando con apremio. Pero lo siguiente que vio la paralizó de terror, ya que fue cruel testigo de cómo dos agudas flechas se clavaban en el cuerpo de su padre, una en la clavícula, la otra en el abdomen. Víctor dio varios pasos atrás dando con su espalda en la pared, dejándola resbalar por la misma, y Beatriz comprobó horrorizada que aquel sueño ya tan lejano se cumplía de la forma más atroz.

Su padre desmadejado en la base de aquella pared con la ilustración de los Reyes Magos, su sangre tiñendo el suelo blanco en una despiadada pintura abstracta. En su sueño había interpretado que la culpa podía ser de los Reyes Magos, pero ahora comprobaba que ellos solo eran el fondo para un cuadro esperpéntico.

Con desesperación se desprendió de la mano de su mago.

—¡No! —El grito de Melchor le atravesó el alma, el dolor y la frustración como partitura de aquella simple palabra.

—Tengo que ayudarlo, no pienso perderlo de nuevo.

No miró hacia atrás para comprobarlo, pero supo que Melchor no replicaría y se dedicaría a ayudarla. Él sabía bien lo mucho que lo había añorado. Fue a la carrera hacia Víctor, apreciando apenas como Europa había vuelto a invocar a sus guerreros de agua, que luchaban fieros contra los herodianos, desgarrando y cortando sin piedad. Y de pronto tuvo una iluminación al sentir el peso de su colgante sobre el pecho, porque en su sueño no disponía de ningún ardid para ayudar a su padre, pero en aquel instante sentía el poder de la sanación arder en su interior, como un vasto fuego que quisiera consumirla para demostrar su magnitud.

Sintió que la sangre caliente y pegajosa le salpicaba el cuello, más sabía que no era de ella y solo tenía un objetivo. Un herodiano se interpuso en su camino, y con una extraña determinación de la que no fue consciente, sacó su espada con frialdad y trazando un arco en el aire con el acero refulgente se agachó, asestando un mandoble a la altura de las rodillas de su atacante que lo hizo caer.

Corriendo llegó hasta su padre, apostado en el suelo con un rictus contraído por el dolor que debía sentir.

—Yo te sanaré, papá. —Miró con un salvaje brillo rojizo a Moruena, que se mantenía de rodillas junto a Víctor, y ordenó en un tono que no admitía

réplica—. Cúbrenos, voy a curarlo lo suficiente como para poder salir de aquí.

Moruena asintió resuelta, con la cara perlada de gotas de sangre, empuñando su acero en la mano con fiereza, como si fuera más uno de sus dracanes que una mujer. Quizás algo de la esencia de estos viajaba por su sangre, y por eso se llevaban tan bien.

Beatriz se centró en las dos malditas flechas que con afán letal atravesaban el cuerpo de su padre, y sacó el sol de la sanación de debajo de la camisa que Melchor le había prestado. Este brilló candente en su palma, indicándole que estaba preparado. La mirada de Víctor resplandeció en respuesta, y a pesar de la nefasta situación quiso advertir un deje de satisfacción en el rostro masculino.

—Sabía que serías una sanadora, como yo, solo el linaje Bianchi podría portar ese sol de la sanación. Su poder destruiría a cualquier otro.

—Guárdate las fuerzas para luego que las vamos a necesitar.

Una mano temblorosa se posó en su brazo, apreció que la miraba con deleite.

—Estoy orgulloso de ti, amor mío.

No pudo reprimir la enorme sonrisa que se extendió por su cara ante las palabras de su progenitor, trasmitiéndole calor y seguridad antes de llevar las manos a la flecha clavada en la clavícula, rodeándola.

Encomendándose a todas las divinidades y frutos de la fe allí convocados, tiró con fuerza arrancándole un grito roto a su padre que le puso el vello de punta. Pero no podía vacilar, así que tomando aire abrazó con los dedos la otra fecha, muy cerca de la piel en la que estaba insertada, y sin más dilación tiró de ella escuchando el crujir de la carne cediendo a su paso. El sonido le provocó una pelota de náuseas en el estómago pero aguantó las ganas de vomitar, teniendo por seguro que le restarían fuerzas.

Cuando fue a observar el rostro de su padre para comprobar su estado, vio que se había desmayado supuso que del lacerante dolor, y no le sorprendió. En el hospital más de una persona había acabado inconsciente con una sutura con anestesia, no se imaginaba la tortura que debía ser que te arrancaran una flecha que te había cortado por dentro varios tejidos sin ningún tipo de sustancia que te adormeciera.

Con la cabeza fría y la actitud técnica que solía tener en el trabajo, puso la palma de cada una de sus manos sobre sendas heridas, cerró los ojos y no tuvo que buscar demasiado la ya conocida fuente de calor y luz en su interior, pues

esta estaba esperando ansiosa a que la utilizara. Dejó que el calor de la sanación brotara de su manantial interno, recorriéndole los brazos como si fueran afluentes hirviendo, para salir por sus manos.

La ya conocida sensación abrasadora amenazó con consumir sus manos en lenguas de fuego, pero a diferencia de otras ocasiones aceptó aquella impresión y al hacerlo, notó como ya no le quemaba, pero sí le provocaba un irremediable cosquilleo en el alma. Y es que su misma esencia se agitaba agradecida porque estaba siendo aprovechada para el designio que había tenido desde su nacimiento. Una bruja solo se encontraba completa y plena cuando utilizaba su poder, y Beatriz experimentó con satisfacción esa increíble sensación.

Supo que las heridas habían sanado, pero cuando abrió los ojos y contempló a su padre, observó que seguía inconsciente. Buscó con desesperación a Melchor que en ese momento descargaba su espada con precisión contra un corpulento guerrero, esperó a que le asestara un certero golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente y lo llamó.

—¡Melchor, tienes que cargar con mi padre! ¡Vámonos!

El mago llegó en tres potentes zancadas hasta su posición, y echándose el cuerpo del padre de Beatriz al hombro como si fuera una pluma, sujetándolo con su fuerte brazo izquierdo por los muslos, llegaron hasta donde Moruena se encontraba. Con la mano derecha alzó su espada, y en una limpia estocada atravesó el pecho del herodiano que acosaba a la bruja pelirroja. En una mirada intensa de sus tempestuosos ojos azules las impelió a correr desaforadas.

—No os paréis por nada del mundo hasta llegar a la estatua de Marte, yo os cubriré.

En un leve asentimiento partieron a la carrera hacia el dios romano de la guerra, que lucía orgulloso su lanza clavada en el suelo, en el extremo opuesto de la sala. Beatriz alzó su espada hacia un herodiano que se lanzó contra ella, empujándolo con todas sus fuerzas. En la caída la agarró de un tobillo, haciéndole perder el equilibrio, pero Melchor descargó su espada sobre el brazo del guerrero cortando limpiamente la mano. Las náuseas volvieron a ella doblándola por la mitad ante aquella atrocidad, pero se obligó a seguir avanzando hasta que llegaron a la famosa estatua.

—¡Coged la lanza y clavadla en el suelo!

La voz de Europa se alzó entre el clamor de la batalla; sobre su robusto toro blanco luchaba con la furia de una amazona a pocos metros de ellos.

Dante la cubría por la derecha ya que un nutrido grupo se había encarnizado con ellos. Beatriz corrió hacia la escultura de bronce, sus manos se posaron sobre el frío metal y tiró con la misma fuerza con la que había sacado las flechas del cuerpo de su padre.

El alargado objeto se resistió encajado en la mano del regio dios, por eso escaló a la espalda del mismo y apoyando los pies a la altura de las caderas de la figura, hizo palanca y tiró con todas sus fuerzas, llamando a una parte de sí misma poderosa, esa que habitaba en su interior y que sabía que estaba hambrienta por desplegar su dominio.

La lanza crujió chirriante y terminó saliendo del apretado puño del Dios Marte, quedando en la mano de una exultante Beatriz. Saltó hasta el suelo con expresión triunfal, y la alzó dispuesta a clavar su punta en el mármol pulido, pero el rotundo sonido de una corneta la detuvo. A ella y a todos los presentes. Y la visión que encontró en el centro de la sala, a apenas diez metros de donde se encontraba, la estremeció.

Rafael se hallaba de pie desnudo de cintura para arriba. Sus piernas cubiertas por unos vaqueros raídos y rotos, contra sus costados sendas lanzas que besaban su piel con mortíferas intenciones. Sus ojos oscuros la observaban con serenidad, su expresión delataba una calma que Beatriz no sentía. Le sonrió, como tantas otras veces había hecho, pero una madeja amarga se instaló en la garganta de la bruja al sospechar una despedida velada en sus sonrientes labios.

No, se gritó mentalmente, no iba a permitirle una despedida. Él tenía que vivir, se lo merecía.

Con la lanza en la mano, la camisa rota a jirones, el pelo negro despeinado y las piernas desnudas, Beatriz avanzó con una expresión fiera y paso seguro hasta posicionarse frente a su amigo. Miró por encima del hombro de Rafael, sus ojos relampagueando encolerizados para enfrentarse a alguien que no había visto nunca, al menos no en la realidad, pero por su aura oscura sabía que era su potencial enemigo. Su pelo era largo y negro como el oscuro manto de la noche sin estrellas, los ojos tan sombríos como la obsidiana, clavados en ella.

—Celebro conocerte al fin, señorita Bianchi, aunque me causan un profundo pesar las aciagas circunstancias en las que nos encontramos.

—No sé quién coño eres y tampoco me importa —escupió las palabras con la inquina y el odio que se habían apoderado de ella—. Solo quiero que liberes a Rafael si no quieres que esto termine mal.

—¿Mal para ti o para mí, Beatriz? Porque si las cuentas no me fallan, os superamos ampliamente en número. —Señaló una esquina a la derecha, en la que ocho soldados mantenían a Europa y su toro estrechamente cercados—. Vuestra ninfa no podrá invocar a sus guerreros de agua, y los demás apenas podéis sosteneros.

Beatriz estrechó la mirada, su mente daba vueltas como el cigüeñal de un motor a pleno rendimiento, tenía que encontrar la forma de salir de allí y rescatar a Rafael. Entonces una bombilla se iluminó en su mente.

—Lucharemos hasta el último aliento y creo que eso no es lo que quieres, ¿verdad? Nos necesitas con vida.

Sin saber bien qué hacer, Beatriz llevó la punta de la lanza a su pecho, clavándola en su piel desnuda pero sin atravesarla.

El hombre endureció sus rasgos por un instante, pero en seguida consiguió alcanzar la expresión distendida que se empeñaba en mostrar.

—Solo me interesan dos de vuestras vidas, sin reparo alguno acabaría con todos los demás, pero los mantendré con vida para ti si colaboras conmigo.

—¿Y qué es lo que pides? —preguntó más por entretenerlo y alargar aquella conversación.

Necesitaba captar la atención de Dante para poner en marcha el plan que tomaba forma en su cabeza. Por eso visualizó al brujo sexual en su mente, formó una pelota de aquel poder sensual del que todavía quedaban reminiscencias en su interior y se la mandó con toda su fuerza. No pudo saber si había conseguido su objetivo, pero sin más dilación utilizó otro poco del poder telepático que gracias al maldito inhalador rojo de la sala de las princesas había podido copiar, y le mandó un mensaje con la mente a Dante. Solo le quedaba rezar fervientemente por que hubiese captado lo que le decía. La voz del ser oscuro que tenía ante ella volvió a sonar, respondiéndole.

—Es muy sencillo, solo quiero que trabajes conmigo alguna jornada más y serás libre. Y también requiero que tu padre te acompañe estos días, tengo varios asuntos que tratar con él.

La mirada oscura del hombre buscó los ojos de Víctor, y Beatriz observó su decepción cuando lo encontró inconsciente sobre el hombro de Melchor. ¿Qué tendría que hablar aquel ser que rezumaba poder por todo su cuerpo con su padre? Ambos no parecían tener nada en común, pero estaba claro que había muchos aspectos que desconocía de su progenitor.

Sus músculos se tensaron cuando una descarga eléctrica se desató en la parte baja de su vientre, lamiendo la piel hasta llegar a su entrepierna. Sabía

que era la señal de Dante para advertirla de que había captado el mensaje. Era el momento. Armándose de valor se encaró con su adversario.

—Está bien, haremos lo que me pides. Pero antes necesito un acto de fe.

—No creo en ninguna de estas deidades, Beatriz, solo creo en mi propia capacidad para labrar mi destino —explicó con una sonrisa segura, indagando en la expresión de la bruja.

—No necesito que tú creas en nada, pero yo sí debo creer en tu palabra para quedarme a tu lado de forma pacífica. —Con una pausa solemne respiró a la vez que se quitaba la lanza del pecho, sabiendo que la necesitaría en la mano—. Quiero que dejes que Rafael se acerque a la estatua de Marte, para asegurarme de que lo liberarás cuando yo me entregue. A la vez, yo me acercaré a ti.

—¿Y tu padre?

—Melchor lo depositará en el suelo cuando Rafael haya llegado hasta él.

El hombre oscuro entrecerró los ojos, intentando averiguar la artimaña que flotaba en la mente de la bruja, porque estaba claro que una mujer impetuosa como ella, no iba a dejarse dominar de buenas a primeras. Como un águila vigilando a su presa, dio instrucciones a los guardias que rodeaban a Rafael para levantar las lanzas.

—Camina como ha dicho tu amiga, y no hagas ninguna gilipollez, sino juro que yo mismo te clavaré mi lanza en el pecho.

Rafael ladeó el rostro gruñendo hacia el hombre que le había quitado la libertad e intentado romper la esperanza. Pero no había conseguido quebrantarlo, y si no llega a ser por el leve asentimiento y la mirada admonitoria de su amiga, lo hubiese atacado sin pensarlo. Pero supo en un mudo intercambio de miradas con Beatriz que tenía algo planeado. Por eso se dejó hacer, caminando hacia Melchor, rozando su brazo con el de su amiga trasmitiéndole una calidez que supo que necesitaría.

Beatriz caminó con paso seguro, sin despegar la mirada del hombre que parecía querer penetrar en su alma con la intensidad de sus ojos. Y apenas a dos pasos de llegar hasta él una gran explosión tras su espalda la hizo tirarse al suelo rodando mientras sonreía satisfecha. El fuego se extendió como una feroz epidemia que quisiera comérselo todo, los gritos de los soldados se declararon como melodía de fondo, acompañados por el crujiente crepitar de las llamas. El humo se alzaba en pesadas volutas grises que querían robar hasta la última molécula de oxígeno.

Beatriz reptó tanteando el suelo, a pocos metros reconoció la figura

masculina de Rafael que yacía en el suelo. Cogió su rostro entre las manos y vio el mareo en sus ojos turbios, propio de la inhalación de humo. Por eso acercó sus labios a su oreja para tranquilizarlo:

—Hemos provocado el incendio para conseguir salir de aquí. Casi todos los herodianos son humanos, por eso no soportarán el fuego, pero todos los seres mágicos podemos soportar más temperatura, así que lograremos escapar. —Con una sonrisa se puso en cuclillas, tendiéndole la mano—. Yo te protegeré con mi cuerpo.

—Tú siempre cuidando de los demás.

—Es mi sino.

—¿Y quién te cuida a ti?

Como invocado por sus palabras, la silueta de un hombre alto y corpulento se dibujó entre el humo y las llamas, mientras a sus oídos llegaba un ronco grito que clamaba su nombre procedente de la garganta del mago.

—Me vas a matar a sustos, maldita bruja. —Vio a Melchor dejar el cuerpo de su padre en el suelo, para agacharse junto a ella aferrándola con ambas manos. La miró con la sombra del miedo acechando sus ojos, y pegó su boca a la femenina en un beso exigente y hambriento, que acabó demasiado pronto, dejándola abrumada y colmada de deseo—. Y ahora andando Beatriz, clava esa lanza y sácanos de aquí.

Melchor volvió a cargar con un todavía inconsciente Víctor en el hombro, mientras Beatriz ayudaba a levantarse a Rafael. Moruena, Europa y Dante se encontraban junto a la escultura de Marte, que a pesar de haber perdido un brazo en la explosión se mostraba colosal e imponente. En el momento en que llegaron junto a ellos, Beatriz dejó caer la punta de la lanza con todas sus fuerzas, clavándola en el suelo con un sonido chirriante que le arrancó un escalofrío que lamió su espalda. Y a la vez que aquel golpe se constituía como nacimiento de una profunda grieta que surcó el suelo hasta llegar a la base de la estatua, una exhalación queda hizo que volviera la vista hacia el lado.

Los ojos muy abiertos de Rafael mostraban un dolor apenas contenido, su expresión afilada y rígida un desconcierto que le transmitió un frío helador a Beatriz. Pero fue la punta de lanza que sobresalía por el estómago de su amigo lo que le arrancó un grito desgarrador nacido del mismo desgarramiento del alma.

—¡Nooooooooo!

Salvó el paso que apenas le separaba de él y lo acogió entre los brazos mientras caía de rodillas al suelo, la fuerza abandonando su cuerpo. Vio como la vida quería escapar a través de sus ojos, antaño cálidos y rebosantes de

vitalidad. La miró, con esa mirada perdida del que saborea un desenlace fatal.

—Beatriz, tenemos que marcharnos. —La voz impetuosa de Melchor estaba preñada de preocupación, y fue el estímulo que necesitaba para reaccionar.

Sacando fuerzas de donde no sabía que existían, consiguió tirar del cuerpo de Rafael pasando sus brazos por debajo de las axilas de su amigo, notando cómo en su interior se gestaba un amargo sentimiento que iba a endurecer su alma. Porque por encima de la sublime tristeza apareció un odio intenso, y supo por el nudo de desazón que se instaló en su garganta, que era algo que nunca había experimentado con aquella intensidad.

De forma inconsciente buscó con la mirada, y se topó con unos ojos negros que la observaban como el guepardo fiero que era a través del humo y las llamas, que sumían aquel lugar en un infierno abrasador. El condenado hombre era el culpable de todo, y de una forma u otra le haría pagar su maldad.

La mano de Melchor pasó entre el cuerpo de Rafael y el suyo, arrancándoselo de las manos y cargándolo en el hombro opuesto al que llevaba a su padre, con una fuerza que podría ser calificada de muchas cosas menos de humana. Los músculos de sus fornidos brazos parecían querer reventar del sobreesfuerzo que les estaba imponiendo, las venas se perfilaban hinchadas bajo la piel cubierta por un vello claro. Como adivinando los pensamientos turbios que surcaban la cabeza de Beatriz, le dijo con una voz suave pero cargada de seguridad:

—No es momento para venganzas, Beatriz, ahora debes mantener la cabeza fría y ayudarme a sacar a nuestros amigos de aquí.

Sus miradas se encontraron, azul contra amarillo, enlazándose en una conexión que superaba cualquier ley divina, mágica o humana, porque sus almas se encontraban unidas desde hacía mucho tiempo, quizás incluso antes de ser ellos mismos. En otra vida o puede que en otro mundo, debía haber existido ese entendimiento mutuo, ya que Melchor sentía que Beatriz era una parte indivisible de sus células, como la mitocondria y el retículo plasmático, aquella partícula que le proveía de energía constante.

—No dejes que la inquina te ciegue, tú no eres así, solo cuando los nubarrones de tu alma se despejen podrás ver claro el firmamento y lo que tienes que hacer.

Beatriz dejó que su mirada viajara fugaz a aquel que había herido de muerte a su amigo, pero no tardó en volver a observar los preciosos zafiros que brillaban expectantes y repletos de amor por ella. Y sin permitir que algo más se interpusiera entre la libertad y ellos, apremiada por el ambiente cada vez

más denso por la combustión del fuego, corrió junto a Melchor y fueron a colarse por el hueco que se había abierto bajo la estatua del dios de la guerra. Dante ayudó a Melchor a pasar los dos cuerpos inconscientes, mientras Europa aguantaba estoica los ataques de dos soldados. Su fuerza y magnetismo eran palpables en la lucha.

Beatriz le hizo señas apremiantes a Moruena, que había vuelto a la batalla para ayudar a Europa y estaba enzarzada en una pelea encarnizada con uno de los guerreros. La bruja pelirroja le soltó una última estocada a su atacante para correr rauda hacia la salida, cuando un herodiano que se arrastraba por el suelo la cogió del tobillo y tiró con violencia de ella, haciendo que cayera al ya no tan immaculado mármol blanco. La bruja se revolvió como una culebra, dándole una fuerte patada en la cara a su agresor. Pero entonces un poste de madera crujió gritando su frustración ante el avance de las llamas, y cayó sobre la pierna de Moruena, haciéndola caer de nuevo.

Beatriz no dudó en seguir a su instinto que le gritaba a pleno pulmón que la salvara, sin saber si le daría tiempo a ayudarla y después volver a la estatua, ya que el mareo incipiente por la inhalación de humo hacía que en su cabeza flotara una neblina que amenazaba con lamer su consciencia. Pero sin darse tiempo a meditar aquello saltó en dirección a Moruena, dispuesta a socorrerla. Cogió del cadáver de uno de los guerreros tirado en el suelo en una postura antinatural, la gruesa capa de color vino que portaban sus hombros. La dobló en dos para hacerla más gruesa y aislarse mejor del fuego, y cogiendo el madero del extremo más próximo a la pierna de Moruena, lo empujó con todas sus fuerzas. Apenas consiguió moverlo un ápice. Por eso le gritó a la bruja atrapada, que se contorsionaba sacudida por el lacerante dolor:

—Tira hacia ti de la pierna, yo empujaré el madero y conseguiremos quitártelo de encima.

Hicieron un primer intento infructuoso, pero entonces la madera chasqueó de nuevo, agrietándose, y Beatriz apeló a esa fuerza sobrenatural de su interior, aquella a la que había recurrido en sus entrenamientos. Las palmas de las manos le quemaban como si fueran cuencos repletos de lava líquida, pero obvió los pinchazos apretando los dientes para soportar aquella tortura.

—¡Tira, Moruena! Esta es la nuestra.

Escuchó el gruñido de su amiga, que como si fuera un animal bufó profundamente en un sonido que le podía haber parecido espeluznante si en aquel lugar no hubiera muchos otros aún más horribles. Notó que el grueso trozo de madera cedía bajo sus manos, y no esperó a recuperarse del esfuerzo.

Agachándose junto a Moruena puso los restos de la capa que había utilizado para protegerse del fuego sobre su pierna, para apagar los rescoldos que pudiera haber en ella. La bruja siseó de dolor, haciendo un leve amago de retirar la pierna, pero Beatriz se mantuvo firme. Después le pasó un brazo por detrás de la espalda impulsándola para levantarse del suelo, Moruena se colgó de sus hombros y arrastrando la pierna quemada corrieron a trompicones con la intención de salvar sus vidas.

A apenas unos metros de la estatua que por fin las llevaría fuera de aquel infierno, mientras Melchor y Dante defendían aquella salida, dos guerreros se interpusieron en su camino, como una barrera humana inamovible, haciendo que la bruja de pelo rojo gimiera en un lamento de derrota y desesperación.

—No podré conseguirlo, Beatriz. —Sacando fuerzas de donde no existían, en honor al hombre que tanto amaba y que ahora sabía que ya no podría disfrutar, enarboló su espada amenazante hacia los guerreros. Echaría el arrojo necesario en esa última batalla para al menos permitirle a Víctor que gozara de su amada hija—. Adelántate Beatriz, yo te guardaré las espaldas.

Beatriz le echó un fugaz vistazo de incredulidad con una firme determinación flotando en su mirada ámbar.

—Ni lo sueñes bruja, no pienso dejarte aquí. Tienes mucho que explicarme acerca de mi padre.

Sin más dilación soltó el primer mandoble en dirección a uno de los soldados, mientras el otro descargaba su furia contra la débil Moruena. En el segundo que desvió su atención preocupada hacia ella, Beatriz recibió un profundo tajo en el antebrazo que le hizo apretar los dientes con un siseo rasgado. Pero muy al contrario de amilanarse redobló sus esfuerzos, como si el acero hubiese sesgado la carne pero alimentado su fiereza. Asestó un golpe tras otro, agachándose en el momento justo, levantándose con saña para contrarrestar a su oponente. Y en una de las ocasiones que este levantaba su espada se abalanzó hacia él, arrastrando las rodillas por el suelo y clavándole su acero en el abdomen.

No esperó a ver cómo caía, se lanzó a ayudar a Moruena descargando su espada contra el herodiano que la tenía casi vencida. Y cuando ya creía ver la luz tres más se unieron a la contienda, y sintió cómo la esperanza en su mente se apagaba como la llama de una vela. No entendía por qué no habían caído todos devorados por el fuego o el humo, la inconsciencia era lo menos que se podía esperar de un humano en aquel ambiente denso e irrespirable. Y sospechó que el motivo por el que tanto se jactaban los herodianos de que en

sus filas apenas había gente mágica, era una completa bazofia. Solo alguien con zirconia en su cuerpo podía aguantar aquello.

De pronto Europa apareció en la refriega, mortalmente bella y feroz, manejando dos lanzas como armas letales.

—Corred hacia la salida —las impelió sobre su leal toro blanco, que mostraba toda su bravura y maestría en la batalla, golpeando con sus potentes patas y manejando su cuerpo con gracilidad infinita—. Yo tengo otro modo de salir.

—No vamos a dejarte aquí —gritó una aturdida Beatriz.

—Tienes un padre que conocer, bruja tozuda, sal de aquí antes de que te saque yo ensartada con mi lanza.

La expresión fiera de aquella diosa y el brillo decidido de su mirada, hizo que tirara del brazo de Moruena con apremio, echándole un fugaz vistazo lleno de gratitud a la valiente Europa.

—Mil gracias. Te debemos una.

—Y me la cobraré, querida Beatriz. Ahora largo.

Con el cuerpo ardiendo por dentro azuzado por las llamas, tiró de Moruena hacia el agujero abierto en el suelo, descubriendo con horror que se estaba cerrando. En un último impulso corrió con todas sus fuerzas, con la angustia oprimiendo su estómago y el corazón queriendo reventarle el pecho, lanzando a la bruja pelirroja a los brazos de Melchor y saltando ella en un brinco que hubiese hecho suspirar a cualquier atleta olímpico.

No supo que tenía los ojos cerrados hasta que los abrió cuando un fuerte tirón del cuero cabelludo le hizo gritar con ahínco, temiéndose lo peor, que uno de los guerreros que aún vivía la hubiese agarrado del pelo en la caída. No sintió el suelo bajo los pies y descubrió que se hallaba suspendida en el aire sujeta solo por su melena negra, que había quedado atrapada entre la piedra al cerrarse el agujero. El dolor amenazaba con arrancarle la cabeza, pero algo rasgó el aire sibilino y se encontró cayendo sobre unos brazos fuertes y calientes. Una mirada llena de admiración recayó sobre ella cubriéndola como una suave manta, los ojos índigos de Melchor la observaban turbulentos.

—Nunca he visto a alguien pelear con tal aplomo y fiereza. —Con la mirada le acarició las facciones—. Estoy admirado de tu valentía, señorita Bianchi.

—Ya te dije que era buena dando golpes.

—Has hecho mucho más que eso, has salvado a un compañero caído y eso te honra.

Con la mirada preocupada buscó a Moruena en la pequeña caverna circular de oscura roca a la que habían caído. Esta se apoyaba temblorosa en una pared junto a su padre, acariciando sus ojos adormecidos con gesto de embebida adoración. Beatriz miró a Melchor, el mago estudiaba cada expresión de su rostro, de forma que parecía que conocía incluso mejor que ella misma sus emociones.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Pero a mí quién me importa eres tú.

En un gesto tierno se acercó hasta Beatriz, frotando con ella la punta de la nariz con suavidad, empapándose de su calor y olor. Melchor notó que su cuerpo clamaba por volver a perder el control como había ocurrido tras la batalla de la sala de las princesas, pero no lo iba a permitir. No soportaba esa sensación posterior de estar robándole algo que ella no deseaba del todo, sentirse culpable por el modo en el que lo miraba su bruja, entre anhelante y furiosa. Porque tenía claro que el deseo era una gran hoguera en la que ambos ardían, pero hasta que no lo perdonara, no deseaba abrasarse de nuevo enlazado a su cuerpo, no hasta que su corazón dejara de culparlo en silencio.

La posó en el suelo mirándola con tan abrumador anhelo, que Beatriz se sintió una hormiguita devorada por las olas del mar. La bruja bajó la mirada sin saber cómo afrontar toda aquella maraña de sentimientos, queriendo que predominase la furia sin conseguirlo, y le susurró:

—Tengo que curar a Rafael.

Llegó hasta su maltrecho amigo, al cual habían colocado sobre un saliente rocoso. Su rostro macilento era un cruel reflejo de lo mal que iba todo en su interior, la lanza clavada en su carne como un estandarte del salvajismo tanto de seres humanos como mágicos. Se apresuró a poner el sol de la sanación sobre él, pero no sintió nada. Parecía como si una barrera invisible bloqueara la entrada de su poder en el cuerpo de su amigo. Temió que si la sanación solo actuaba sobre organismos vivos, no fuera efectiva porque no encontraba vida alguna que sanar.

Pero entonces oyó la voz apagada de Rafael, un susurro ronco que apenas podía escuchar:

—No voy a morir, Beatriz, sana a otra persona. No pierdas tiempo conmigo.

—¿Estás loco, tío? Tienes una lanza clavada en el costado. No eres inmortal.

—Sí lo soy, Bea, mi padre lanzó un hechizo cuando los herodianos lo mataron, el *Scudi Alma*, de forma que su alma nos protege a mi madre y a mí

de cualquier tipo de muerte violenta, como si fuera un ángel de la guarda. Solo podemos morir cuando nuestros cuerpos comiencen a fallar por causas naturales.

Un lamento quejumbroso salió de sus resecos labios, arrancándole una tos que lo sacudió por el dolor. Beatriz lo miró largamente, apenas mantenía los ojos abiertos en dos pequeñas rendijas.

—¿Estás seguro de eso?

—Lo estoy, nena, dile a ese machote tuyo que me saque la jodida lanza y sigue atendiendo al resto.

Sin mucho convencimiento obedeció a su amigo, llamando a Melchor y explicándole en breves palabras lo que Rafael le había transmitido. Su mago le confirmó los efectos de aquel hechizo, y mientras él llevaba las manos al palo de la lanza, Beatriz puso sus palmas sobre el pecho de su amigo, su poder fortalecido por el sol de la sanación. No podía curarle porque de nuevo descubrió como el cuerpo de Rafael parecía impermeable a su poder, ya que el *Scudi Alma* se había activado, pero sí podía intentar transmitirle una sensación de bienestar que corriera por la superficie de su piel.

Melchor tiró con maestría de la lanza, y esta salió limpiamente provocando que el cuerpo de Rafael se sacudiera tembloroso, un aullido rasgado salió de sus labios para intentar liberar el dolor. Solo el contacto de las manos de su amiga lo alivió, ya no por su naturaleza mágica, sino por el cariño incondicional que le transmitía.

Y cuando pareció más calmado, Beatriz le taponó el orificio de salida con *pura*, la planta hemostática y desinfectante de Moruena, le dio un beso en la frente y se incorporó, encontrándose con la mirada incendiaria de Melchor, de la que debía huir cuanto antes. Por eso llegó junto a la bruja pelirroja, y sin decir nada llevó sus manos a su maltrecha pierna. Restos de tela estaban pegados sobre la carne quemada, no había visto demasiadas heridas con tan mal aspecto durante su vida profesional, aunque lo cierto era que tampoco había gozado nunca del privilegio de poseer una sanación tan potente.

Cerrando los ojos invocó su poder, con toda la excitación que sentía después de la batalla librada. Agradecida sintió como esa vez sí salía a borbotones de su ser.

El grito de Moruena fue agudo y escalofriante, tanto que hizo que Víctor se despertara de golpe, haciéndose cuenta de la situación para acto seguido lanzarse sobre su hija. Beatriz abrió los ojos confundida tras la embestida, todo su costado izquierdo azotado por un dolor profundo por el golpe contra el

suelo. Tuvo que mirar confundida alrededor hasta que comprendió que era su padre quién la había noqueado.

—¿Qué haces, papá?

—Debes de sanar con cuidado, cariño, si no te llevo a apartar Moruena tendría ahora un trozo de granito en vez de una pierna.

—He sentido el poder salir más enérgico que nunca, y he pensado que sería más efectivo —le explicó confusa mirándolo a sus ojos ambarinos, tan parecidos a los suyos propios.

—El poder desmedido, aunque sea de naturaleza sanadora, también puede destruir, por eso es tan importante que sepas racionalizar tus dones.

Padre e hija se miraron, por primera vez sin que nada les interrumpiera tras el reencuentro, con todo el amor almibarado que se profesaban y que durante tanto tiempo habían tenido que retener. Y sin necesidad de intercambiar unas palabras que se quedaban muy cortas para la ocasión, se lanzaron a los brazos del otro derramando en aquel nuevo abrazo todo aquello que les desbordaba, sentimientos que habían dejado con candado y bajo llave en lo más profundo del corazón hacía ya demasiados años.

—Papá.

—Hija.

Qué bien sonaban aquellas ocho letras, repartidas en dos palabras aunaban gran parte de las cosas realmente importantes. Entonces una voz que no esperaban los increpó con urgencia:

—Están intentando abrir un agujero para acceder aquí y lo conseguirán, la voluntad de Jacob Mendel y ese brujo oscuro es inquebrantable.

Todos se pusieron en guardia al ver aparecer por el pasillo en el que desembocaba aquella cueva a un herodiano, que no tardó en quitarse el casco y alzar las manos en son de paz.

—Si me seguís os enseñaré una salida.

—¿Por qué querrías ayudarnos?

Melchor se acercó a él con desconfianza, pero Beatriz reconoció la barba castaña y los vivaces ojos marrones que la observaban expectantes.

—¡Eres tú! —Corrió hacia el carcelero que había intercedido por ella en varias ocasiones, pero Melchor le impidió llegar hasta él, mirándola entre huraño y sorprendido, por lo que se apresuró a explicarle—. Lo conozco, ya me ha ayudado otras veces.

—Es un puto herodiano. Creía que teníamos claro que son el enemigo.

—Él nunca me ha hecho daño, además, ¿tienes una opción mejor? En este

maldito laberinto de túneles de roca no parece fácil encontrar la salida.

Se sostuvieron las miradas unidas por una corriente de alto voltaje, hasta que intervino la voz del chico de nuevo.

—Nunca fui herodiano por deseo propio, solo vine aquí buscando a mi padre y como nada me une a ningún otro lugar, me quedé. —Ambos posaron su atención de nuevo en él—. La salida está muy cerca. A mí también me interesa salir de aquí cuanto antes, porque si descubren que os he ayudado me matarán.

—Si nos engañas seré yo el que te mate —sentenció Melchor con un tono duro que no admitía réplica.

—Lo veo justo.

Beatriz admiró como aquel chico, que apenas llegaría a la mayoría de edad, le sostuvo la mirada al mago sin vacilar, para después mirarla a ella con ese brillo de reconocimiento que compartían, a pesar de tener la certeza de que no lo había visto fuera de aquellos muros. Si hubiese estado más pendiente hubiera reparado en la perpleja expresión de Moruena al posar los ojos en el chico, en la rigidez de su postura de la que solo Víctor fue consciente, preguntándole:

—¿Qué ocurre?

—Es él —consiguió tartamudear Moruena sin perder detalle de la conversación que Beatriz, Melchor y el herodiano mantenían.

Víctor achicó un poco sus ojos tratando de ver aquello que Moruena le decía. Su mirada se iluminó al agudo grito de su hija:

—¡Andando!

Y entonces miró al herodiano más exhaustivamente, tratando de ver a través de su piel, con la incredulidad tiñendo su expresión.

—No puede ser —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Moruena fue quién le contestó.

—Pues lo es. —Sus cálidos ojos marrones estaban cuajados de lágrimas que no se atrevía a derramar—. Lo siento en la piel y también en el alma.

—Qué caprichoso es el destino. —Cogió el rostro de Moruena entre sus palmas para secar con los pulgares la humedad de sus párpados. Y no contento con ello, preso de un anhelo mucho mayor de lo que había esperado después de tantos años sin verse, acercó sus labios a los ojos de la bruja, besándolos con dulzura—. Te quiero tanto —susurró entre una lluvia de besos que pasó a barrer toda su cara—. Esta vez no le perderemos el rastro.

Víctor solo liberó su agarre para coger con firmeza su mano y tirar de ella en dirección al grupo, que ya se alejaba. Recorrieron varios pasillos a buen

paso hasta que un ruido rítmico que se comenzó a oír de fondo se fue haciendo más intenso, una especie de golpeteo sobre un fondo acuoso.

Cuando salieron al exterior Beatriz extendió los brazos en cruz y tomó una profunda bocanada de ese aire limpio y maravilloso, fuera de su prisión de rocas. El firmamento se abría ante sus ojos más grandioso que nunca, con un tono anaranjado que le hacía recordar el color de los atardeceres en su Madrid.

Desde la montaña que tenían en frente descendía una cascada, el agua caía majestuosa y brillante hacia un abismo sin fondo, o al menos con un fondo tan lejano que era impracticable cuestionárselo como vía de escape. Entonces la imagen de su abuela le vino a la mente, y con ella, el cántico que entonó en la discoteca el día que se reencontró con Melchor. Cuando aún era ajena a la magia, los brujos y el resto del universo, y se limitaba a pensar que en el firmamento solo la Tierra albergaba vida. Ahora todo encajaba, y no dudó en volver a utilizarlo:

—¡Oh manto de estrellas, que todo lo sabes y los sueños tejes, ayúdame a encontrar a quién busco!

Y como si su mente fuera una pantalla de televisión cuya frecuencia no controlaba, los ojos plateados de Kimeo aparecieron en su cabeza, y al poco sintió como una fuerte corriente de aire se movía.

Silvera, el dracón plateado de Kimeo, apareció atravesando glorioso la cascada de agua, con la escamosa piel brillante por efecto de las gotas. A su lado tres dracanes más volaban bajo las órdenes del brujo que se colocó delante de Beatriz, con una sonrisa e inclinación de cabeza.

—Gracias por invocarme, preciosa, sabía que nos volveríamos a ver.

Víctor se adelantó hasta la posición de su hija, abriendo mucho los ojos al ver a su amigo allí. La reacción de Kimeo no se hizo de esperar, lo miró como si fuera una aparición y dando un impetuoso salto se lanzó hacia Víctor encerrándolo en sus fornidos brazos.

—No me puedo creer que de verdad estés vivo, cabrón, mi fe había flaqueado en este último año.

—La mía también, amigo, pero me alegro mucho de estar aquí contigo.

Un murmullo lejano se empezó a oír por encima del rugiente clamor del agua, haciéndose cada vez más estridente. Parecían voces de hombres, y Beatriz no dudó de que se trataría del ejército de Jacob, que lucharía inclemente y con mucha ventaja sobre ellos. Por eso gritó:

—¡A los dracanes, nos atacan!

Como si hubiera activado un interruptor en los cuerpos de quienes le rodeaban, todos y cada uno se lanzaron hacia el borde del precipicio. Kimeo se montó en Silvera, acompañado por el herodiano a instancias del padre de Beatriz, que le había dado instrucciones al respecto. Víctor montó con Moruena en un pequeño dracón cobrizo, Dante ocupó otro plateado sujetando el maltrecho cuerpo de Rafael, y Melchor le tendió la mano a Beatriz para juntos encaramarse a un bonito dracón dorado que bufaba nervioso.

Antes de despegar del risco rocoso escucharon el restallido de un látigo, al que le siguió el profundo aullido de dolor que soltó el dracón dorado en el que iban montados. Beatriz llevó las manos instintivamente a los lomos del animal, aunando su poder de sanación en aquel contacto. El látigo se había enrollado a las patas del dracón impidiendo su avance, pero este volvió la cabeza hacia el herodiano que tiraba con saña reteniéndolo, y con un borboteo que rugió en su garganta lanzó una llamada que hizo al soldado soltar el látigo, liberándolo. En apenas unos segundos ya había alzado el vuelo agitando las enormes alas doradas, arrancando en su movimiento reflejos al cielo.

Beatriz echó un último vistazo al peñasco y captó la profunda mirada del ser de cabello largo y oscuro que había clavado su lanza en Rafael. En sus ojos brillaba una profunda determinación, sus labios se distendían en una sonrisa templada, porque a diferencia de Jacob Mendel que no paraba de imprecicar y maldecir porque se hubieran escapado, él tenía la certeza de que se volverían a encontrar. Y sería muy pronto.

21. Rescatando la verdad

Esteban hacía gala de su valía como jefe de seguridad del líder de los escorpiones, deslizándose por su palacio como si fuera humo. Desde que habían salido de la zona de las celdas, después de que Gaia hiciera explotar las defensas mágicas que lo tenían retenido, Esteban había sido veloz, letal y sigiloso. Había conseguido que fueran casi invisibles durante todo el largo entramado de pasillos de pintura lisa, lienzos caros y butacones que parecían salidos del palacio de Luis XIV.

De cuando en cuando Baltasar echaba un vistazo a Gaia, aún inconsciente. Sus rasgos relajados hacían que su rostro perdiera la dureza que le confería el estar siempre en tensión, así podía observar con deleite la nariz pequeña de hada, los ojos rasgados poblados de tupidas pestañas negras, los labios voluptuosos y rojizos que tanta hambre le producían. Cuando Esteban le señaló la puerta que buscaban, casi agradeció que estuviera aún durmiendo, así solo tendría que lidiar con la furia del hombre moreno que lo acompañaba, que por la tensión de sus hombros y la mirada penetrante en sus ojos, estaba seguro que iba a requerir que alguien lo retuviera.

—Nada más entrar a la derecha hay un pequeño espacio con cojines, detrás de una gruesa columna —le explicó Esteban en apenas un susurro—. Déjala ahí y saca tu espada. La vas a necesitar.

—Somos dos contra no se sabe cuántos, ¿pretendes que nos enfrentemos a todos ellos? —preguntó incrédulo Baltasar.

—Solo quiero llegar a Malcom y poner mi acero en su cuello, lo demás me da igual.

Alzó las dos espadas que les había arrebatado a dos guardias en el camino, y con un brillo peligroso en la mirada le dio una patada a la puerta del líder, abriéndola de par en par.

Baltasar escuchó los gritos antes de entrar, y se agachó justo a tiempo para que una flecha le pasara silbando por la oreja y no se clavara en su pecho. Rodó hacia un lado dejando el cuerpo de Gaia donde Esteban le había dicho, y en un acto de confiada osadía salió de detrás de la columna con los brazos en alto, guardándose la espada en el cinturón. Con un potente chorro de voz, anunció:

—No venimos a pelear.

Y tras aquellas palabras observó cómo Esteban, que descargaba su espada con saña contra otro escorpión, derribó a su adversario y se quedó mirándolo como si hubiera perdido el juicio. Más aún cuando Baltasar se dirigió a paso rápido a él, interponiéndose en su avance hacia el líder.

Como en su anterior y fatídico encuentro en el que había resultado envenenado, Baltasar sintió cómo emanaban claras ondas de poder de Malcom, solo que se le veía más demacrado, como si hubieran pasado años en vez de semanas desde el día que se vieron. A su lado se encontraba Lunae y una de las dracónidas, mirándolos con los ojos muy abiertos, la expresión de la primera con un claro alivio tiñendo sus rasgos.

Todos se habían quedado en uno de esos silencios que pesan como losas, por eso Baltasar escuchó con claridad la voz de Esteban deformada por la ira y algo más profundo difícil de calificar:

—Aparta de mi camino, gigante de ébano, si no harás que olvide mi gratitud por haberme sacado de mi mugrienta prisión y probarás el acero de mi espada.

—Esteban dio un paso más apoyando el frío metal en el cuello de Baltasar—. Solo quiero a Malcom.

—Yo también lo quiero, así que te aconsejo que bajes esa espada, o será mi acero el que se hunda en tu cuello. —Esteban quiso girar la cabeza ante la amenazante voz femenina de Gaia, pero notó que la hoja del metal rasgaba su piel—. Te he salvado una vez pero no dudaré en acabar contigo si es necesario.

Con mucha reticencia Esteban bajó la espada y en un rápido movimiento Gaia se la arrancó de las manos, quitándole también la que guardaba en el cinturón, metiéndose ambas en el suyo propio. Con su espada amenazante en alto se dirigió al sillón que ocupaba Malcom, varios hombres le intentaron cortar el paso pero la voz profunda de su líder se lo impidió:

—Dejadla.

La mirada bicolor de Gaia centelleó por la rabia, ya que era innegable el tremendo parecido de aquel hombre con su hijo, al que había visto como asesino de su hermana en la sala del enemigo.

Malcom no se amilanó ante la fiereza que como ondas electromagnéticas, salía del cuerpo de la bruja. Admiraba tal derroche de poder incluso en una posible enemiga como era ella en ese momento. Imprimió en su voz toda su templanza, a sabiendas de que aquella mujer, aún llena de ira como estaba, tenía una naturaleza claramente noble.

—Ya te dije que no sé nada de tu hermana.

—Pero ahora sé sin miedo a equivocarme que tu hijo sí está implicado en su

desaparición.

La expresión del líder de los escorpiones se crispó por la acusación, pero una parte de sí mismo despertó ansiosa por obtener información de aquella mujer. Llevaba semanas intentando contactar con él y esa era la segunda noticia que le llegaba en el mismo día. Cuando Lunae había entrado a su despacho hacía pocas horas, la expresión perpleja de su rostro por ver a la bruja largo tiempo desaparecida, pasó a ser una de puro horror, al relatarle todas las maldades que su hijo estaba haciendo a sus espaldas. No obstante intentó no mostrar ante Gaia el aluvión de sentimientos desatados en su interior, tenía que ofrecer calma si eso era lo que quería obtener de ella.

—Al contrario de lo que puedas pensar, hace semanas que no tengo contacto con mi hijo, y nada tengo que ver con lo que sea que se dedica a hacer en mi ausencia. Así que si tú me cuentas tus sospechas a cambio te ofrezco mi ayuda para encontrarlo.

Porque Malcom tenía muy claro que debía encontrar a su primogénito, eso y clarificar todas aquellas acusaciones que una parte de su corazón esperaba que fueran vacuas, aunque su instinto le decía que no era así. De una forma u otra no iba a ofrecerle a aquella bruja en bandeja al único hijo que tenía, aunque sí la ayudaría a encontrar la verdad.

—¿Y cómo sé que me puedo fiar de ti si ni siquiera tengo claro que no hayas sido tú quién intentó envenenarnos?

—Te doy mi palabra, bruja, y la palabra de un líder de casta es incuestionable —explicó en un tono solemne—. Si ni siquiera te fías de eso, también te doy mi palabra como hombre. Tu hermana Juno puede dar fe de mi honor cuando quieras.

—Y lo hará, no lo dudes, ella nos acompañará al encuentro con tu hijo.

El estómago se le encogió anteponiéndose a esa reunión, deseada y temida a partes iguales. Sabía que Juno Kinov no le perdonaría el no haber ido al funeral de Alethea, el haber estado ausente tanto tiempo. Pero él no podía aceptar las condiciones de la bruja, ya que lo quería todo de ella, sobre todo que se fuera a vivir a sus tierras, y así se lo había dicho en forma de ultimátum. Y ahora se encontraba preso de unas estúpidas condiciones que él mismo se había impuesto, condenándolos a ambos a una existencia sin amor.

—Yo también os ayudaré a encontrarlo, Gaia, ese cretino tiene mucho que pagar —sentenció Lunae, bajando los escalones que la separaban de su padre, que la miraba con una tensión que parecía que iba a romper su cuerpo detrás de Gaia. Esteban centró su mirada en ella como si viera una aparición, y Lunae

se lanzó decidida a sus brazos, con todo el amor que le profesaba desbordándolos a ambos—. Padre, cuanto te he echado de menos.

Y es que Lunae y Esteban siempre habían sido inseparables, ya que la madre de Lunae murió cuando apenas tenía ella tres años, por lo que Esteban había sido para ella madre, padre y hermano. Juntos habían aprendido a navegar en el dolor, a cambiar esas aguas por esperanza, y a terminar en un tranquilo lago de felicidad que dominaba sus días.

Esteban le enseñó a utilizar la magia, a luchar y a desenvolverse en un mundo lleno de inseguridades y seres mágicos. Y el complemento a aquella familia siempre había sido Alexander, su compañero de juegos, su gran amigo, el hombre que la había retenido contra su voluntad durante meses. Ese que había besado con pasión después de todos esos meses, como una estúpida inconsciente que no recordara el dolor que su desaparición había provocado en los que la querían. El dolor que ella misma había sufrido al ver coartada su libertad.

Recordó que tenía mucho que explicarle a su padre, más aún cuando levantó la mirada que hasta entonces había estado cobijada en el pecho de Esteban y descubrió cómo miraba a Malcom, con un odio apenas contenido.

Le cogió el rostro dirigiendo aquella flagrante mirada a sus ojos.

—Papá estoy segura de que Malcom dice la verdad. El mismo Alexander me contó que había actuado a espaldas de su padre porque sabía que él no aprobaría sus planes, que nunca hubiese dejado que me raptara, y menos aún que me utilizara en contra de mi voluntad para sus planes. —Y en un tono bajo que solo quería que su padre oyera, Lunae le dijo—: Además necesitamos la ayuda de Malcom para encontrar a Alexander.

Esteban asintió dejando que la expresión sosegada de su hija le transmitiera un poco de la calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Y cuáles son los planes de Alexander? —preguntó Gaia bajando su espada por primera vez en toda aquella conversación.

De forma casi imperceptible, Malcom suspiró aliviado. Gaia no era una persona que quisiera tener en su contra, por eso se apresuró a explicarle:

—Según me ha contado Lunae la ha obligado a fabricar polvo de estrellas de los deseos durante todo este tiempo. Al parecer tiene a varias brujas perseidas encerradas en una especie de fortaleza de piedra, fabricando a diario varios kilos de esta sustancia.

—¿Y qué pretende hacer con ese polvo?

Gaia miró alternativamente a Malcom y Lunae, para ver sus expresiones

calibradoras, aunque fue Lunae la que se aventuró.

—Sé que necesita una cantidad específica de polvo, porque la premisa cuando nos llevaban a fabricarlo era llenar varios botes de esa sustancia al día.

En la cabeza de Baltasar se iluminó una bombilla que lo hizo temblar por dentro. Recordó el día en el que mirando a través del telescopio del observatorio, vieron en el mapa estelar de los deseos que trazaban cada noche, que la cantidad de estrellas de los deseos había disminuido un cinco por ciento. Recordaba a la perfección la conversación mantenida con Melchor aquel día, las deducciones que habían hecho acerca de que estaban seguros que los deseos que pedía la gente no habían disminuido, sino que estaban cumpliéndolos de otra manera ajena a los Reyes Magos. Por eso se atrevió a aventurar en voz alta:

—Está intentando romper el Pacto Sagrado.

La expresión de todos los allí presentes se contrajo en una mueca de espanto, ya que nadie osaba jugar con las leyes del Universo. Había una serie de premisas que todo ser mágico sabía que debía respetar si no quería alterar el equilibrio del cosmos así como la energía universal, y era impensable que alguien se atreviera a cruzar esa barrera.

—No puede ser —negó una de las dracónidas, dando un paso al frente—. Habría que fabricar cantidades ingentes de polvo de los deseos para lograrlo.

—¿Y qué te hace pensar que no lo ha hecho ya? —rebató Baltasar.

—Las estrellas de los deseos siguen apareciendo en el cielo, las vemos brillar cada día en nuestras clases de vuelo.

—Pero hay menos —explicó Baltasar llevándose las manos a la cabeza y deseando estar en su observatorio para comprobarlo—. En el último registro que hicimos así lo constatamos, y hace ya varios días. Necesito volver al Centro de operaciones estelares para hacer un nuevo recuento.

—¿Alguien me puede explicar cómo se rompería ese Pacto que decís? —intervino Gaia, que no soportaba no poder seguir el hilo de la conversación.

—El Pacto Sagrado fue sellado hace muchos siglos por el primer Rey Mago y la primera bruja perseida que existió, Astráyade. —La voz potente y magnética de Baltasar hizo que todos los presentes en la sala prestaran atención a su historia—. Esta observó su propio poder y el de compañeras que nacieron después, y concluyó que su magnitud era tal que necesitaba ser regulado de alguna manera. Entonces se reunió con el primer Melchor y juntos sellaron con sangre el Pacto Sagrado, anclándolo al mapa celeste.

«Se estableció que debía haber un equilibrio entre los deseos que se pedían espontáneamente y se convertían en estrellas de los deseos, y aquellos que eran cumplidos por el polvo estelar fabricado por las brujas. Ya que los primeros estaban regulados por los magos, pero los segundos no tenían forma alguna de controlarse y podrían verse afectados por la mala fe de cualquier ser. Así si alguna vez la cantidad de polvo de los deseos utilizado excedía el cincuenta por ciento a las estrellas de los deseos, estas dejarían de crearse, y los deseos de cualquier ser, fuere cual fuere su naturaleza, dejarían de cumplirse.»

Un silencio pesado se extendió por toda la sala, fue Gaia quién lo rompió de nuevo.

—¿Entonces por el mal uso de uno pagamos los demás? No me parece justo.

—No pierdas de vista dos cosas, querida. —Baltasar la miró admirando la capacidad que tenía para cuestionárselo todo, viendo cada cosa desde un punto de vista genuino y diferente—. Este Pacto se hizo para proteger y no castigar al resto de seres, si alguien pudiera hacer un uso indiscriminado del polvo de los deseos de las brujas sería tan poderoso que podría acabar con cualquiera. De esta forma si el Pacto Sagrado se rompe, tanto la vía de las estrellas de los deseos como la del polvo, quedarían inutilizadas.

—¿Nadie podría cumplir sus deseos?

—No de la manera que ahora conocemos —aclaró Baltasar. No podía hacerse a la idea de las consecuencias que les traería todo aquello—. Por otra parte, es altamente improbable que alguien consiga fabricar tal cantidad de polvo...

—Excepto si consigue reunir a casi todas las brujas perseidas del universo —interrumpió Lunae, con la angustia tiñendo sus palabras—. Y creo que Alexander está muy próximo a lograrlo.

—¿Qué vamos a hacer? —terció Gaia, y sin querer su mirada recayó en Malcom, que observaba en silencio, cavilando como el magnífico estratega que era.

—Dices que mi hijo se reunió con tu hermana el día en el que ella desapareció —aventuró Malcom mirando a una Gaia deseosa de entrar en acción—. ¿Por qué tenía que encontrarse con él?

—Era la responsable de realizar el hechizo de restauración de las protecciones mágicas este año. Creo que se citaron para que tu hijo le diera el *aguijón dorado*.

—Pero no se lo llegó a entregar, ¿era tu hermana una perseida?

—No.

Al menos eso lo tenía claro en todo aquel embrollo.

—Entonces está claro que su primer objetivo con ella era que no consiguiera el *aguijón dorado*, y decidió encargarse personalmente de que nadie se lo pudiera proporcionar. ¿El decantador eligió alguien nuevo para restaurar las barreras?

—Beatriz Bianchi —informó Baltasar—, que también fue secuestrada por Jacob Mendel.

—Lo que nos lleva a pensar que Jacob y mi hijo están aliados de alguna manera. —Aquella idea le perturbaba más que cualquier otra, porque conocía la naturaleza maligna de Jacob.

—Beatriz también es una perseida, como Lunae —le explicó Baltasar—. Puede que la secuestraran para fabricar polvo de los deseos.

Malcom se frotó el mentón ante el rompecabezas que se mostraba delante de sus ojos.

—Solo nos falta averiguar cómo se conectan todas las piezas de este puzle. Confirmar si Jacob y Alexander colaboran juntos, por qué no quieren que las barreras mágicas de protección se renueven, y sobre todo averiguar qué traman con la fabricación del polvo de los deseos. —Malcom miró a Baltasar, que parecía el menos belicoso de cuantos allí había reunidos—. ¿Cuándo se renuevan las barreras?

—Suele ser el día de la ceremonia de coronación de los Reyes, aprovechando la concentración mágica de los seres presentes en la misma para potenciar el hechizo de protección. En fechas humanas suele ser el 5 de enero, antes del día de Reyes que ellos celebran.

Malcom consultó su calendario astronómico, donde también se recogían las distintas fechas interplanetarias, observando que apenas faltaban unos días para la fecha señalada. Se levantó y a una seña de su cabeza se acercó el segundo a bordo en la guardia real.

—Reúne a diez de nuestros hombres, los más duchos con la espada. También necesitaremos dos brujos de los más poderosos para ayudar con el hechizo de protección.

—De acuerdo, Malcom.

El guardia se cuadró diligente, dirigiéndose hacia la puerta para realizar su cometido. Malcom miró a Baltasar para relatarle sus deducciones.

—Por lo que comentas lo más lógico es que Alexander aparezca el día de la ceremonia de coronación para intentar sabotearla, pero no se lo permitiremos.

Para ello nos apostaremos en la sala en la que se realice la celebración sin que nadie nos vea, no debes comentárselo ni siquiera a tus magos.

La expresión torcida del rostro de Baltasar vaticinó lo que después salió por su boca, teñido del orgullo de aquel que no soporta que le digan cómo debe dirigir a los suyos:

—Eso déjalo en mis manos, lo decidiré junto con mis hermanos.

—Solo lo he dicho porque no sabemos dónde hay traidores ni en tu reino ni en el mío, confío en tu buen hacer. Pero necesito una garantía de que ella no me tenderá una emboscada. —Señaló a Gaia que apretó los dientes en respuesta en una expresión más animal que humana.

—¿Acaso tengo motivos para hacerlo? —siseó la bruja.

—Sé que no crees del todo en mi palabra cuando te digo que no estoy implicado en la desaparición de tu hermana.

Una mirada cargada de desconfianza unió los ojos de ambos, pero fue Baltasar el que intervino.

—Y ¿qué garantía pides, escorpión?

—Quiero que ella se quede aquí hasta el día indicado. —Gaia abrió mucho los ojos escandalizada ante la petición, mientras el brujo se explicaba—. Ella conoce el lugar en el que va a realizarse la ceremonia, ¿me equivoco?

—Lo conozco pero no pienso quedarme aquí. —El tono tajante no admitía réplica, pero Malcom estaba más que acostumbrado a los desafíos.

—Necesito que alguien me ayude a planificar el ataque en el caso de que lo tenga que haber, y necesito que creas en mi inocencia para que no intentes atacarme esa noche. Si te quedas aquí verás que no tengo contacto alguno con mi hijo.

—No voy a quedarme, Malcom. Que no haya clavado mi acero en tu pecho no significa que te profese simpatía alguna.

—Ahí lo tienes, no confías en mi palabra y yo necesito que lo hagas. Si no te quedas, no os ayudaré.

Gaia miró a Baltasar desesperada, esperando que él se pronunciara al respecto. Su expresión era seria, sus ojos pensativos observaron a ambos.

—No lo necesitamos.

Más que una afirmación, la frase de la bruja era un ruego para que él le confirmara que no necesitaban a nadie. Pero Baltasar cerró unos segundos los ojos y con sus grandes manazas se los frotó, intentando que la visión que había tras ellos cambiara. Quería borrar la expresión afligida del rostro de Gaia, la frustración que destilaban sus iris azulmorados, la rabia impresa en su boca y

en sus rasgos de hada. Pero sobre todo quiso borrar la decepción de sus preciosos ojos cuando él habló.

—Nunca me atrevería a decirte qué debes hacer, Gaia —se dirigió a ella con un tono ronco que le acarició el alma—. Lo que no voy a negar es que su ayuda nos sería de gran utilidad, sobre todo porque él mejor que nadie conoce el poder de los suyos. Y además también conoce a su hijo.

—¿Y crees que un padre va a traicionar a un hijo?

Esa vez fue Malcom quién le respondió.

—No pretendo traicionarlo, solo quiero traerlo a casa e impedir que haga más locuras.

Baltasar asintió hacia el líder de los escorpiones entendiendo su postura, y siguió mirando a Gaia.

—Solo sé que su presencia allí nos puede facilitar las cosas. —Le cogió las manos a su bruja, bajando la voz hasta un susurro ronco que nadie más escuchaba—. No quiero que te quedes aquí. Buscaremos una solución.

Pero en los ojos oscuros del mago vio que nada se le había ocurrido, solo lucían la desesperación por encontrar una solución que a todos satisficiera. Gaia no soportaba la idea de quedarse allí, pero vio claro que su principal objetivo era cazar a Alexander y que le revelara el paradero de su Alethea. Así que la determinación brilló en sus ojos ante la decisión tomada de imprevisto, y cogiendo el apuesto rostro de Baltasar entre las manos, con la barba de pocos días raspándole las palmas, le susurró a él antes que a nadie:

—Solo son unos días, me quedaré y lo tendré vigilado en todo momento. Así prevendré una posible traición por su parte conociendo en todo momento sus planes, y nos aseguraremos su colaboración el día de la coronación.

La expresión de Baltasar era todo un poema a la angustia y la indecisión. No soportaba la idea de que Gaia se quedara allí, aunque tampoco sabía cómo conseguir la colaboración de aquel escorpión sin cumplir sus premisas. Una opción que hacía todo más aceptable apareció en forma de llameante dracónida:

—Si decides quedarte, yo lo haré contigo y me encargaré de ser tu guardiana personal.

Baltasar miró a la dracónida que había hablado con el agradecimiento brillando en sus ojos, y observó como Gaia se giraba, asintiendo ante Malcom.

—Me quedaré, y tú nos ayudarás a coger a tu hijo. Solo le perdonaré la vida si antes de llevártelo me dice dónde está mi hermana.

—Lo hará, me encargaré de ello.

Entonces Lunae fue al encuentro de Gaia, apretando su hombro con cariño, infundiéndole seguridad con su gesto y su mirada.

—Yo también seré tu guardiana, te protegeré hasta que consigas lo que quieres.

Con las alianzas hechas el ambiente del lugar se relajó, y casi todos fueron saliendo de la gran habitación que se solía usar como sala de reuniones. Aunque Esteban permanecía inmóvil y furioso con el que había sido su amigo tanto tiempo, que no había dudado en condenarlo en tan solo un instante. Se miraron durante largos segundos, buscando en los ojos del otro al compañero que había estado ahí siempre. Malcom acudió hasta su posición, quedando a apenas un metro de Esteban, indicándole que lo acompañara a un lado de la sala. Sus miradas encontradas estaban cargadas de tensión, aún así el jefe de seguridad lo siguió hasta el ventanal más próximo.

—No espero que lo entiendas, pero en ese momento todas las acusaciones recaían sobre ti y yo tenía que hacer ver unas consecuencias.

—Te tenía por alguien más juicioso.

—Era un hombre desesperado, Esteban, el veneno que se bebió ese Rey Mago iba dirigido a mí. Los escorpiones debían ver las duras consecuencias que conlleva un acto de traición así.

La expresión de Esteban se relajó un ápice al entender otro punto de vista que, la niebla de la rabia en su mente, no le había dejado contemplar. Pero no pudo despegarse del rencor que le producía el comportamiento de su amigo.

—Los escorpiones también necesitan ver a un líder justo, y tú me condenaste sin pensarlo.

—Eso no fue del todo así, Esteban, encontraron un trozo de la planta que envenenó el licor en tus aposentos.

—Y ya te dije que alguien lo tuvo que poner allí, exactamente la misma persona que ahora se estará regocijando libre y urdiendo una nueva forma de acabar contigo y conmigo —espetó lleno de rabia.

La mirada de Malcom se endureció, barriando la habitación con sus oscuros ojos y pensando en los últimos días. Apenas había podido probar bocado de la preocupación que lo carcomía al no saber si había obrado bien, con el sentimiento en el corazón de que había apresado al hombre incorrecto. Y en los ojos de su amigo confirmaba sus sospechas, la verdad brillaba inconfundible ya que conocía a la perfección cómo solían bailar las emociones en su mirada. Bajando aún más el tono de voz le urgió:

—Hemos de extremar las precauciones estos días hasta la ceremonia de

coronación de los Reyes, sospecho que si intentan algo lo harán ahora y nosotros los cazaremos en la trampa.

—¿No me devolverás a prisión? —preguntó con inquina y resentimiento, entornando los ojos a su amigo.

—Te pido perdón por mi equivocación, Esteban, solo deseo que vuelvas a retomar el puesto como jefe de guardia, y me ayudes con los difíciles acontecimientos que se ciernen sobre nosotros.

Esteban miró a su líder y amigo, las arrugas a los lados de los párpados mostraban lo cansado que estaba, el brillo de su mirada el arrepentimiento por encerrarlo, las bolsas bajo sus ojos la preocupación extrema por su hijo Alexander y las barbaridades que le habían relatado. Suspiró y echó un vistazo fugaz por encima del hombro hacia donde su hija lo esperaba, con un brazo alrededor de los hombros de Gaia y hablando con ella.

—Volveré a mi puesto, pero necesitaré algo de tiempo también para estar con Lunae. Quiero hablar mucho con ella, me preocupan las secuelas que haya podido tener el secuestro. —Volcó su mirada más áspera en su amigo—. Y cuando encontremos a tu hijo, deberá pagar de alguna manera lo que le ha hecho a la mía, Malcom.

De nuevo el líder sintió todo el peso del mundo sobre sus hombros, como si las malas acciones de su hijo fueran suyas propias. Aún así asintió y le ofreció la mano a su amigo.

—Sus acciones no quedarán impunes. Cuenta con ello.

Esteban le estrechó la mano con fuerza, para después retirarse llevándose por el camino a Lunae, que lo cogió por los hombros para ir hacia su habitación. Tenían mucho de qué hablar.

Malcom se acercó a Baltasar y Gaia, que se miraban con tal intensidad a los ojos que le hacían sentirse un intruso, a pesar de estar en su propio palacio. Por eso y por lo mucho que le recordaban a él hacía ya demasiado tiempo con su adorada Juno Kinov, les permitió esa intimidad que sus cuerpos clamaban. Dirigiéndose a Baltasar le estrechó la mano.

—Gracias por tu templanza, Rey Mago, no faltaré a mi palabra y estaré con mis hombres en la ceremonia de coronación. —Después se dirigió a Gaia sin tocarla, ya que sabía que el odio en la mujer era aún palpable y no se permitiría aceptar su mano—. A ti también debo agradecerte el aceptar quedarte aquí.

—No me has dado muchas opciones.

—Siempre podías haberme atravesado con la espada, y no lo has hecho, así

que sí tengo motivos para agradecerte. Como compensación te dejaré sola aquí para que te despidas de tu mago, sabiendo que puedes abrir un agujero negro y escapar. Pero te daré mi voto de confianza.

Con una inclinación de cabeza se marchó de aquella sala, llevándose consigo a cuantos aún deambulaban por la misma. Solo cuando escucharon el sonoro golpazo de la puerta al cerrarse se permitieron centrarse el uno en el otro. El mundo pareció desaparecer a su alrededor y los ojos negros de Baltasar le absorbieron el alma y la voluntad.

Sin saber cuándo lo había decidido pasó los brazos alrededor del cuello ancho y fuerte, y se lanzó hacia sus labios en un beso que pretendía degustar con deleite, sin prisas. Pasó la lengua por el labio inferior, absorbiendo su sabor, mordisqueándolo con gula, encantada con que su gran Rey Mago se dejara hacer, y solo cuando enroscó su lengua a la de él decidió Baltasar tomar las riendas, ya que su control no aguantaba más.

El beso se volvió exigente y hambriento; Baltasar la envolvió con sus fuertes brazos, abarcando su nuca con una mano y metiendo la otra bajo la ropa para acariciar su espalda de arriba a abajo, intentando imprimir en la piel su tacto. Esa mano se fue haciendo más intrépida en cada pasada, colándose por la cinturilla del pantalón para abarcar sus nalgas, amasándolas, y apretándola contra su duro cuerpo para que sintiera la marcada excitación de la que la piel femenina se hacía eco.

Gaia notó un calor líquido extendiéndose por su torrente sanguíneo, calentando cada célula, haciendo que el deseo bramara rabioso y ocupara el lugar de la razón. Dejó que el mago le abriera la cremallera del corpiño hasta la cintura, y sintió el frío del suelo antes de darse cuenta de que Baltasar la había tirado al liso pavimento, y devoraba sus pechos como si fueran el único alimento en la faz de la tierra.

Echó la cabeza hacia atrás y se abandonó en la bruma del placer más agudo que había sentido en su vida, dejó que una de las manos del hombre se colara por dentro del pantalón hasta llegar a su sexo, pasando sus largos dedos por el centro de sus pliegues hasta colar uno de ellos en su interior. Se arqueó aferrándose con más fuerza al cuello del mago con las manos, mientras este se introducía un pezón en la boca absorbiéndolo con rudeza, sin dejar de acariciar en lánguidas pasadas su dolorido sexo.

Una gran bola de nervios se acumuló en su vientre, en los pechos, en su centro que era bombeado sin cuartel por dos instigadores dedos. La emoción la sobrepasó y desplazó cualquier otro pensamiento de su mente, se aferró al

cuerpo duro del mago y dejó que la avasallara de cualquier manera posible. Sus dedos estaban en todas partes, frotando y estimulando, su boca lamía y mordía con avaricia, su cuerpo la calentaba como si la habitación entera estuviera en llamas, y en ese instante todo explotó; el espacio que los rodeaba, su propia consciencia, su alma despedazada.

El placer reventó como olas de un temible mar que desfragmentó todo a su paso, para después volver a formarlo con un beso que Baltasar le robó acostándose junto a ella, estrechándola a su cintura, haciendo que todas sus moléculas bailaran enloquecidas al son de su mago particular.

Cuando se separaron y pudo mirar su expresión, Gaia comprobó que Baltasar sonreía como un felino relamiéndose. La bruja entornó los ojos sin ocultar su sonrisa y echó la cabeza hacia atrás, en el alto techo se representaba una fantástica escena de un hombre y una mujer besándose.

—Eres un cretino.

—Pero a ti eso te encanta, ¿verdad? —la sonrisa en la voz del mago no se podía ocultar.

—Cretino y endiosado, lo peor de lo peor.

Baltasar emitió una de esas roncas carcajadas que reverberó en la barriga de Gaia, mandando un latigazo a su sexo todavía vibrante. Notó los dedos del mago en su barbilla, y un ligero empuje para que girara el rostro. Se encontró entonces con la mirada oscura del hombre, hambrienta y descarnada.

—Dime que me vas a echar de menos.

—Ni lo sueñes.

—Dime que al menos echarás de menos el placer que soy capaz de darte.

Gaia lo observó largamente, sus labios carnosos y rosados, sus ojos profundos que parecían ver siempre en su hosco interior, la mandíbula cuadrada y la nariz recta y varonil. Olisqueó el aire, su esencia volvía loco a su cuerpo, pero no quería desvelarle que a ella también. Y con expresión retadora le susurró:

—Voy a echar de menos esa boca sexi que tienes, la forma en la que muerdes mis pechos, cómo tus manos me agarran posesivas y son capaces de acariciar mi sexo hasta que me derrito en tus dedos. —La lujuria despertada por sus palabras empapó al mago con su pegajosa esencia, su expresión se volvió febril, el negro de sus pupilas casi se comió al iris. Entonces sonrió encantada y dio el golpe final—. Pero a ti, gran Baltasar, a ti no te echaré de menos.

—Me basta con eso.

Y con una sonrisa felina aún más grande la cogió del cuello con una mano y

le dio un beso exigente que la dejó sin respiración. Solo cuando Baltasar notó el cuerpo laxo y entregado de la bruja se despegó, y en un ágil movimiento se levantó ofreciéndole la mano a Gaia para que lo siguiera. Esta lo miró con rabia por haber empezado algo que no pretendía seguir, y un golpe en el cristal de la ventana más próxima hizo que ambos miraran en aquella dirección. La cola de lo que parecía un gran dracón rojo volvió a golpear el vidrio, y ambos se acercaron a la terraza que se encontraba al final de la sala, abriéndola de par en par.

Ante sus ojos agitaba las alas el mayor dracón rojo que hubieran visto nunca, de cola larga y llena de crestas, y alas que bien parecían la sábana de la cama de un gigante. Sobre sus jorobas un hombre con el pelo castaño hasta los hombros y despeinado, barba recortada del mismo color y ojos oscuros, los observaba con una sonrisa. Llevaba una capa marrón cubriéndole los hombros, y alzó la mano en dirección a Baltasar, saludándolo.

Este extendió la mano al frente, señalando al dracón y su montura, preguntándose qué hacía su hermano de magia con un rojo, y le indicó a Gaia:

—Me hubiese gustado una presentación más formal, pero este es Gaspar, compañero y amigo. Que siempre acude a la llamada, aunque algo tarde me temo.

El aludido se acercó todo lo que su enorme medio de transporte le permitió, y con una inclinación de cabeza saludó a la bruja.

—Encantado de conocerte, querida, veo que mi amigo no pierde el tiempo en mi ausencia —la observó de arriba a abajo con mirada apreciativa, haciendo más amplia su sonrisa—. ¿Subís?

Baltasar se encaramó a la barandilla, y poniéndose en cuclillas le robó un último beso a su bruja. En un temible salto que encogió el corazón de Gaia se aupó al lomo del animal, que graznó en protesta, escupiendo una llamarada de fuego.

—Me temo que yo no puedo subir. Tengo que cumplir una promesa.

Gaspar miró a aquella bellísima mujer y a Baltasar encogiendo los hombros, ya le pondrían al tanto más adelante.

Gaia y Baltasar sostuvieron una última mirada, cargada de todas aquellas emociones demasiado intensas para ser reveladas por sus labios, y el dracón emprendió un vuelo en picado, dejando en el corazón de ambos un sentimiento de extraño vacío, como si una parte del mismo se hubiese quedado incrustado en el pecho del otro, y ya no hubiera forma de recuperarlo.

22. Holograf

—Repíte otra vez esa parte, Jake. Subes al escenario a que te pongan una corona por haber superado tu prueba final, así que la alegría y el porte regio se deben notar, querido.

Melchor le había pedido a Moruena ayuda con la preparación de la coronación de los nuevos magos, y esta había aceptado encantada haciendo gala de su pericia como organizadora de eventos.

—No todas las pruebas finales dejan un gusto dulce en la boca.

Aquel comentario llamó la atención de Beatriz, que lo observó con curiosidad deseando preguntarle más sobre ello. Aunque fue Moruena quien le contestó.

—De una forma u otra has conseguido superarla, debes sentirte orgulloso por ello.

El mago suavizó un poco su expresión huraña, asintiendo con una leve sonrisa a la entrometida bruja.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Sonreír y ponerte recto, sobre todo. Eres alto, guapo, fuerte y un mago graduado, que todos lo vean.

Alzando las cejas y con una clara expresión petulante, el chico que no tendría más de veinticinco años caminó a lo largo del pasillo engalanado con una alfombra roja y mullida, entre los butacones vacíos que en apenas unos días ocuparían los asistentes. Con una graciosa sonrisa forzada subió los tres escalones que lo llevarían al escenario, donde un sonriente Baltasar le puso una corona dorada y finita.

Moruena le devolvió una sonrisa encantada aplaudiendo con fervor, a la vez que se levantaba de la silla para sentarse frente a una divertida Beatriz, que se situaba en lo alto de un taburete mientras una surcadora de estrellas le tomaba medidas.

—Eres demasiado dura, Moruena, estos chicos te van a odiar antes de que llegue la cena.

—Los que alguna vez hemos dirigido algo, querida, sabemos bien que no siempre vamos a ser recibidos con simpatía.

—¿Abogas porque los jefes sean unos insufribles y los empleados unos amargados?

—Ni mucho menos. —Moruena abrió los ojos horrorizada por lo que le decía Beatriz, mientras cogía la seda del vestido dorado que le estaban probando a su amiga, maravillándose con el tacto suave—. Siempre trato bien a todos aquellos a los que dirijo, que son mis iguales, partes necesarias para construir un todo. Pero lo cierto es que cuando se trata de organizar a mucha gente, hay que decir las cosas claras y tomar decisiones. Siempre pensando en el beneficio individual y grupal de aquellos a los que diriges.

—Hablas como una verdadera líder.

—Solo soy una bruja gruñona que quiere lo mejor para todos.

Suspiró soñadora mientras miraba de arriba abajo a Beatriz. Con el vestido dorado de escote cuadrado, que se ceñía a su cintura, acariciaba sus caderas y el principio de las nalgas y después caía en una bella cascada de seda que parecía la espuma de un caro champagne, se veía espléndida.

Moruena le puso delante un espejo para que pudiera ver el resultado, y Beatriz sonrió complacida ante la imagen extraña de su reflejo. Nunca había llevado un vestido así, que parecía sacado de las princesas de los cuentos. El pelo negro le caía en ondas amplias hasta la parte alta de la espalda, incluso eso había cambiado, pensó. Ella que nunca se dejaba el pelo más allá de los hombros, que le gustaba su look de empollona con enormes gafas de pasta, que llevaba unos sempiternos vaqueros por pura comodidad, se encontraba en las manos de una modista mágica engalanándose para lo que esperaba que fuera una gran noche sin sobresaltos, aunque en su fuero interno sabía que no sería así.

—Me gusta mucho, Moruena, pero parece fuera de lugar con todo lo que ha pasado y está por venir.

—No debemos privarnos nunca de los pequeños momentos de felicidad que da la vida, te lo dice una bruja vieja y oxidada. —Cogiendo un doblez del bajo del vestido, le puso un alfiler en una zona del dobladillo que se había quedado suelta.

—Qué chorradas dices, eres joven y guapísima.

—Podría ser tu madre, cariño.

Beatriz la miró con intensidad, mientras ella se encontraba distraída revisando los diferentes pliegues de la seda, señalando aquí y allá a la surcadora que miraba a Moruena con el ceño arrugado por inmiscuirse en su trabajo. Entonces tomó una profunda bocanada y soltó aquello que le había estado royendo las entrañas desde el día anterior.

—¿Lo eres?

Moruena alzó la cabeza como si le hubieran dado una bofetada, mirándola con los ojos marrones como pozos de azúcar moreno muy abiertos.

—¿De dónde sacas esa locura, Beatriz?

La observó titubeante, pero una vez soltada la bomba sabía que no valía la pena esconder el detonador. Tenía muchas dudas y sabía que con Moruena sería más fácil hablar que con su padre.

—Ayer cuando os reencontrasteis... —Quiso buscar las palabras adecuadas y supo que indagando en su interior era como mejor podía retratar sus inquietudes—. Vi en vuestros ojos lo mismo que siento yo cuando tengo a Melchor delante, ¿me comprendes? —Moruena asintió, pero ella tenía la necesidad de seguir explicándose—. Ese anhelo constante, esa adoración infinita, la necesidad que guía tus pasos, tu cuerpo y tu respiración hacia la otra persona.

Moruena la miró con amor y cariño en sus ojos.

—¿Lo quieres mucho, verdad?

—Sí, muchísimo. —Beatriz suspiró echando un vistazo a la surcadora que había junto a ellas, que seguro podía oír la conversación, aunque no le preocupaba porque sus sentimientos eran claros y rotundos, a pesar de estar teñidos de dolor y rencor, y no haber sabido perdonar al mago—. Pero no has respondido a mi pregunta.

Moruena se puso de pie y alargó la mano para acariciarle la cara con ternura.

—No soy tu madre, querida, aunque sería un honor tener una hija como tú.

Beatriz le devolvió una sonrisa aliviada, y se acordó de algo que la había hecho pensar hacía ya bastante tiempo.

—¿Por qué cuando te conocí le insinuaste a Melchor que ya me conocías?

—Porque era cierto. Solía quedar con tu padre cuando tú eras una niña, y en una de esas ocasiones tu padre te trajo a la reserva. —Su expresión soñadora viajó años atrás—. Recuerdo que llevabas el pelo negro recogido en una coleta alta, y chupabas una piruleta de corazón. Me diste dos besos pringosos y me regalaste otra piruleta que llevabas en el bolsillo. Así te ganaste mi corazón. Te volví a ver en dos ocasiones más y siempre me resultaste encantadora.

—¿Has tenido hijos?

Su mirada se ensombreció perdiéndose en la sala que los rodeaba. Cuando la volvió a mirar había un brillo escondido en lo profundo de sus ojos castaños, uno que hablaba de secretos susurrados bajo la luz de la luna.

—Tengo uno, aunque apenas puedo llamarlo hijo porque lo llevé en mi

vientre pero no ha crecido bajo mi cuidado. —La pena eterna que acompañaba aquella afirmación afloró en sus palabras como gotas de rocío cuajado por la tristeza.

—¿Y dónde está?

Moruena suspiró trémula, un desgarró de aire que le salió del alma. Y con una mirada a las ágiles manos de la surcadora, le preguntó:

—¿Has terminado tu trabajo, querida?

La surcadora se levantó, observando a Beatriz desde varios ángulos con ojo crítico, y entonces esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Creo que tenemos algo muy aceptable para el poco tiempo que me habéis dado, así que sí, puedes quitarte el vestido.

Beatriz bajó del taburete con una mirada interrogante dirigida a Moruena, que asintió con la cabeza mientras la acompañaba tras el biombo.

—Voy a responder a tu pregunta, señorita impaciente, pero yo solo te contaré parte de la historia. Para el resto necesitamos a la otra persona implicada, así que andando.

—Me vas a matar de la intriga.

Moruena sonrió misteriosa mientras esperaba paciente a que Beatriz se pusiera unos pantalones vaqueros y su camiseta de manga larga roja, con una pelota de basket dibujada en su centro. Se la compró con su amigo Rafael cuando fueron juntos a su primer partido de baloncesto.

El estómago se le encogió al pensar en él, acostado con una aséptica sábana blanca cubriéndolo, después de sobrevivir a la noche anterior de forma milagrosa. Los magos sanadores del colegio de magos le habían dicho que la lanza había rozado varios órganos internos, pero que si conseguía superar la noche, era muy probable que continuara con vida. Y ella sabía que lo conseguiría, el hechizo *Scudi Alma* lo protegía de la muerte, pero le causaba una gran frustración no poder ayudarlo a sanar más rápido, ya que cuando el hechizo estaba en activo, por así decirlo, no era compatible con su poder de sanación. En todo caso confiaba en los buenos cuidados que tanto magos como surcadoras le prodigaban, y esperaba verlo despierto en breve.

Dejó el vestido a la surcadora para que le ultimara los retoques, y siguió a Moruena por los amplios pasillos del colegio. Le divertía la idea de que nadie supiera en el exterior lo que se cocía allí dentro, y es que lo que parecía un observatorio situado en Almería con unos cuantos científicos que observaban el cielo por sus telescopios y analizaban datos, era en realidad un centro de operaciones estelares con un enorme colegio que formaba magos de lo más

cualificados.

Subieron unas escaleras de un brillante tono gris, con la intrincada barandilla que dibujaba olas en cada barrote. En aquel lugar todo era elegante y artesanal, cada rincón estaba repleto de arte.

Llegaron a uno de los pasillos dedicado a las habitaciones para alumnos, en las que ellos mismos se habían alojado la noche anterior. Orlas llenas de sonrientes jóvenes les saludaban colgadas en los espacios entre puertas, recordándoles lo antiguas que eran aquellas paredes. Una vez más se sorprendió de aquella magia que solo acudía a los hombres, mientras que la magia de las surcadoras era propia de mujeres. Rasgos de algunas de las razas mágicas que empezaba a conocer, y que le despertaban las ganas por conocer el resto.

Llegaron a una de las decenas de puertas de madera oscura que se sucedían en aquel pasillo, en la que había un bonito sol grabado en las lamas. Moruena dio un leve toque a modo de aviso y entró, encontrando a Víctor Bianchi sentado ante un escritorio, con las gafas caídas sobre la nariz mientras revisaba un libro grueso.

Al percatarse de la llegada de ambas mujeres las miró alternativamente con una sonrisa relajada, y se levantó dirigiéndose a Beatriz para recibirla con un beso.

—Te debo al menos cien besos por año que has tenido que vivir en mi ausencia, así que imagina el déficit que me queda por pagarte —le había confesado la noche anterior.

—Y yo los tomaré gustosa todos y cada uno de ellos.

Y es que después de llegar de la Fortaleza apenas habían dormido, ya que se habían pasado gran parte de la noche hablando sobre muchos asuntos pendientes.

La principal duda de Beatriz era su madre. Desde que su padre había aparecido en una burbuja escarlata en la sala de la fe, confirmando que no estaba muerto, había sentido la necesidad imperiosa de contárselo a Beatriz Montalbán, esa querida madre con la que tantas desavenencias había tenido desde que su padre desapareció de sus vidas. Y ahora que Beatriz había conocido el amor en toda su magnitud, tenía claro que la actitud de su madre era una coraza.

Cuando Víctor desapareció dándolo por muerto, su madre se armó con un escudo que le impidió ver incluso el amor que su hija le quería dar con tanto ahínco, puede que para intentar olvidar el dolor que le producía la pérdida de

su marido. Se volvió intolerante a cualquier muestra de afecto, y con sus viajes se aisló hasta de sí misma.

Pero lo que de verdad le había marcado fue la confesión que su padre le hizo al respecto la noche anterior, cuando ella le relató todas sus preocupaciones:

—Tu madre sabía que no estaba muerto, cariño. Al principio no, pero después le mandé un mensaje contándole que estaba vivo, que me habían tendido una emboscada y tenía que ausentarme durante un tiempo para mantenerme oculto y protegeros a vosotras de los herodianos, que me perseguían por mis conocimientos de sanación. Por eso fingí mi muerte. Pero le dije que volvería con vosotras. —En su rostro se reflejaba el peso amargo de los recuerdos—. Fue entonces cuando ella habló con tu abuela, mi madre, para que me hiciera llegar el mensaje de que no quería tenerme en su vida. También me dijo que me prohibía que te visitara, que habías sufrido mucho creyendo que estaba muerto y cuando ya lo tenías medio superado, no quería que yo te removiera aquel dolor sin saber si podría quedarme en tu vida.

—¡Yo siempre hubiese preferido un padre a ratos que no tenerte nunca! —expresó Beatriz con frustración.

—Lo sé, pero justo después desaparecí en el interior de la Fortaleza, así que tu madre obró como debía. Si nos hubiésemos reencontrado hubieras sufrido mi larga ausencia de nuevo, así no eras consciente de ella. —Ante el mohín de disgusto de su hija alzó una mano explicándose—. No pienses que renuncié a ti, Beatriz, me mensajaba semanalmente con tu abuela, a través de nuestras espadas, y antes de quedar atrapado en la Fortaleza te espiaba cuando no te dabas cuenta.

Saber que su padre había estado tan cerca y ella no se había percatado la trastornaba.

—Tenías que haberme avisado.

Recordaba cómo su padre le había puesto las manos en las mejillas, dirigiendo su mirada de oro hacia él.

—El pasado no importa, cariño, ahora debemos disfrutar el presente y el tiempo que tenemos para compartir el uno con el otro.

Beatriz volvió a la realidad, y fue hasta el balcón donde Moruena y su padre se entretenían observando algún punto de los jardines exteriores. Apoyándose en la barandilla, su mirada voló a la fuente con una escultura de sirena que echaba agua por la boca, encontrando junto a la misma dos magos que practicaban con polvo de oro, mientras el atento soldado herodiano que

los había ayudado a escapar, los observaba con atención. Se llamaba Alfonso, y sin cota de malla que le cubriera el pecho y parte de la cara, confirmaba que era mucho más joven de lo que había imaginado. No parecía tener más de diecinueve años.

—Parece que se adapta —señaló Beatriz mientras se fijaba en cómo los magos le sonreían—. Apenas lleva veinticuatro horas aquí y ya se mueve solo por la escuela.

—Con su edad es el sitio que le correspondería, no la primera línea de lucha.

—¿Te ha dicho los años que tiene? —preguntó curiosa Beatriz a Moruena.

—Digamos que no ha hecho falta. —Fue su padre el que le respondió, dejando de observar los jardines para mirarla con un brillo misterioso—. De eso queremos hablarte, cariño.

La expresión grave de su padre hizo que un extraño peso se asentara en las entrañas de Beatriz, como si se hubiera tragado una pelota de acero dentado imposible de digerir. No conseguía descifrar de qué iba aquello, así que lo observó en silencio esperando que continuara.

—Sabes que brujos y magos somos asediados por la Orden de Herodes desde hace cientos de años, ¿verdad?

—Sí, me lo contó Melchor, desde los hechos que relata la Biblia sobre Herodes.

—La Orden tardó unas decenas de años más en consolidarse, pero sí. Lo que ayer no te mencioné es que había más razones para que desapareciera, Beatriz, y otra de ellas fue que un gran peligro acechaba a Moruena. Por aquel entonces Jacob Mendel aún no tomaba decisiones, y el que lideraba la Orden era su padre, un ser menos sanguinario, pero mucho más manipulador y retorcido. —Víctor arrugó el ceño recordándolo, mientras su mirada se perdía en la línea del horizonte—. Todas sus acciones eran pura estrategia. Comenzó a extenderse el rumor de que en la constelación de Tauro había una poderosa bruja, cuyas tierras estaban plagadas de vigorosos dracanes repletos de virtudes.

—Moruena.

Víctor asintió observándola con el furor de antaño brillando en sus ojos de miel, iguales que los de su hija.

—Gueko Mendel fue hasta la constelación de Tauro y la secuestró en su propia casa, con la intención de adueñarse de sus tierras y dirigir a todos aquellos dracanes en su beneficio.

—Esa sucia alimaña quería que mis chicos fueran la montura de sus tropas y

la avanzadilla de su ejército —indicó Moruena con rabia contenida.

—Kimeo vino hasta casa y me informó de la situación, y aunque no espero que lo entiendas, tuve que partir con él.

Beatriz suspiró y se dejó caer en la única silla de aquella bonita terraza, con vistas a una escarpada montaña que parecía apoyarse en el cielo azul.

—¿Y por qué fingir tu muerte? ¿No podías haberla ayudado y después volver?

—Eso pensaba hacer pero todo se complicó. —Frotándose el rostro se apoyó en la barandilla. A Beatriz no le pasó desapercibida la mano que Moruena puso sobre los dedos agarrotados de su padre, y la forma en la que sus facciones se relajaron ante el contacto—. Consiguí que varios brujos crearan con piedras rúnicas un área de protección sobre toda la reserva de los dracanes, de forma que no era posible acceder a ella. Entonces solo se me ocurrió un arriesgado plan, que era robar la mirra de los Reyes Magos para mezclarla con azurita y algún otro mineral y fabricar el *citrix*, una sustancia que Kimeo y yo aprendimos a realizar y que es capaz de anular casi todos los tipos de magia. Pero lo que no esperaba era que Melchor me pillara.

—¿Y por qué no le pediste su ayuda?

—Fue un error, hija, pero no quería implicarlo. Si todo salía mal Gueko sabría de dónde había salido tal cantidad de mirra, y volcaría su furia contra los Reyes, y yo no quería eso. Pero entonces cometí mi segundo error, que fue ir vestido con la capa y la cota de malla de un herodiano, para hacerme pasar por uno de ellos.

—¿Qué sentido tenía eso?

—Pretendía que nadie me reconociera, y conseguí mi objetivo, porque te aseguro que cuando Melchor me atacó no tenía idea alguna de quién era yo. El disfraz me ocultaba.

—Melchor nunca me llegó a aclarar ese punto.

¿Por qué no le había contado Melchor que su padre iba vestido de herodiano cuando todo ocurrió? Porque ella sabía bien que con la cota de malla cubriendo parte del rostro y la enorme capa carmesí ondeando en la espalda, era casi imposible determinar quién se ocultaba bajo el atuendo.

Notó que el estómago se le volvía a encoger presa de una angustia a la que no sabía cómo hacer frente. Porque todo el peso del rencor y la rabia que tenía hacia Melchor se levantó, como quien se quita la mochila de los hombros y se siente liberado, pero a su vez con una sensación de vacío al notar sobre la piel la quemazón del peso soportado. Le dieron ganas de correr a su encuentro y

aclararlo todo, pero se abstuvo. Necesitaba terminar de escuchar la historia que su padre le contaba.

—No querría decirte que me había visto vestido con el traje de la Orden para que no pensaras que yo me había vuelto malo, porque lo primero que pensaría él seguro que fue eso. —Su padre la miró intensamente, queriendo conocer la importancia que tenía la opinión del mago para ella. Y vio de manera innegable que le importaba mucho. Suspiró—. Cuando me reconocí yo ya estaba cayendo por el barranco y no pudo hacer nada por evitarlo. Kimeo encontró mi cuerpo malherido, me recogió y me llevó a casa de la abuela para que me curara.

«Y eso hizo, aunque tardé algo más de lo esperado en despertar, tiempo que utilizó la Orden de Herodes para mandar repetidas amenazas hacia mí y vosotros, mi familia, si me atrevía a recuperar la reserva de los dracanes. Por eso se me ocurrió pedirle a la abuela que utilizara ese poder suyo ancestral de la ensoñación, y logró que todo el mundo creyera que yo estaba muerto. Así la noticia trascendería por los círculos de brujos y no mágicos hasta llegar a Gueko, que dejaría de prestar atención sobre mí y bajaría la guardia. Dejé que la abuela me diera una asquerosa pócima para parecer muerto durante un día completo, con el fin de que tu madre y los demás me vieran y así dar credibilidad a nuestra historia. De esta forma os dejaba al margen y os ponía a salvo de las amenazas del cretino de Gueko.»

—Pero nos dejastes desoladas, papá —expresó Beatriz con la voz rota.

—Eso es verdad y no sabes cómo lo siento. —Padre e hija se estrecharon las manos trasmitiéndose esa calidez que tanto necesitaban—. Pero en ese momento no se me ocurrió otra cosa, y os prefería vivas y tristes a muertas. Cuando me recuperé fabriqué el *citrix* necesario y con un conjunto de brujos amigos conseguimos destruir el escudo de protección mágica que Gueko y sus brujos habían creado. Me adentré en la reserva y luché con él y sus hombres, hasta que vieron mermar sus fuerzas y entonces Gueko ordenó la retirada, con la promesa de que aquello no quedaría así.

Fue Moruena la que continuó narrando, sin poder contener el fervor que le ocasionaba aquella historia.

—Lo que no sabes es que tu padre y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo, siempre hemos sido amigos incondicionales y nos une una historia en común.

Moruena tomó aire como si las palabras estuvieran pegadas en la garganta reseca, y continuó su relato:

—Hace muchos años, cuando tú eras pequeña, pasó algo parecido a lo que él te ha relatado, a menos escala. Unos herodianos irrumpieron en la reserva a golpe de espada y puños, intentando hacerse con el mando. Tu padre ayudó a neutralizar la amenaza y no contento con ello, me cuidó durante días hasta que me recuperé de la paliza que me habían propinado, queriendo sacarme información acerca de la crianza de los dracanes, dado que conseguir que crecieran tantos y de tan variadas clases era inaudito. —Moruena le cogió la mano a Víctor buscando su mirada, pidiéndole permiso para seguir hablando. Después miró a Beatriz con una calidez líquida—. Y con sus atenciones diarias, sus palabras y su tacto, me enamoró.

Moruena observó a Beatriz, cuya boca se mantenía entreabierta y expectante ante la historia que por fin se aclaraba. Pero, ¿quería eso decir que su padre había sido infiel a su madre? Porque era una obviedad que aquellos dos compartían mucho más que una amistad, por sus roces y miradas, pero ella necesitaba descubrir hasta dónde llegaba la intensidad de aquellos sentimientos.

Moruena no esperó a que añadiera algo, por miedo a acobardarse y no seguir contando la historia. Y es que por muy puros que fueran sus sentimientos hacia Víctor Bianchi, había sido el amor que se profesaban lo que le había separado de Beatriz hacía ya tanto, y eso la hacía sentir culpable, por no mencionar que sin quererlo se había inmiscuido en el matrimonio de Víctor más veces de las que debería.

—No pienses que fue un capricho del momento, tu padre y yo nos conocemos desde antes de que él se casara con tu madre. Hemos sido amigos toda la vida, yo siempre he deseado ser mucho más que eso —se sinceró con ellos y consigo misma, y Víctor la miró con ternura y tristeza en la mirada—. Pero el destino siempre nos ha ido separando, hasta aquel día.

—Y mamá, —Beatriz se dirigió a su padre—, ¿nunca la has querido?

Víctor soltó a Moruena para acuclillarse frente a su hija, cogiéndole las manos.

—Tu madre y yo siempre nos hemos profesado un cariño infinito, Bea, por eso te tuvimos, porque nos queríamos mucho. Solo que esto es diferente. —Señaló a Moruena—. Me casé con tu madre y no pretendía dejarla nunca, pero en las dos ocasiones que Moruena estaba en peligro sentí que quería morirme y tuve que ir a rescatarla. Odio el dolor que le he hecho pasar a tu madre, pero no quería ofrecerle una vida de mentiras, y era imposible para mí seguir estando con ella después de estar con Moruena. Lo hablé con ella pero

no quiso cortar, y seguimos todos juntos en casa aunque mi corazón estaba dividido entre tú y Moruena. Por eso tantos viajes y ausencias.

La verdad la golpeó y quiso odiar a la bruja pelirroja ya que a pesar de no ser la culpable de su reencuentro, había hecho que su familia no volviera a estar completa. Pero no fue el odio lo que burbujeó en su interior, solo un amargo entendimiento. Pensó en lo fácil que podía ser para ella estar con Rafa, un amor pausado que disfrutaría a fuego lento, pero su corazón no admitía más que las llamas abrasadoras que Melchor despertaba en ella.

—Lo que no te imaginas es que tras aquel primer ataque, Moruena se quedó embarazada.

Entonces sí que Beatriz se levantó como un resorte, mirando con ojos muy abiertos a su padre.

—¿Tengo un hermano?

Moruena y Víctor se miraron con cierto temor, pero asintiendo se apoyaron de nuevo en la barandilla que daba a la zona de los jardines, señalando a la fuente.

—Lo tienes, cariño.

Beatriz siguió la dirección de su mirada y se encontró con el herodiano que los había ayudado, que daba patadas en el aire al parecer en un intento de aleccionamiento a los magos que lo observaban.

—¿Alfonso? —Negó repetidas veces y los volvió a mirar alternativamente—. ¡Pero es un herodiano!

—No lo es —Moruena lo observó y entonces Beatriz supo detectar en sus ojos la infinita ternura con la que parecía acariciarlo—. Tampoco se llama Alfonso, sino Admes.

—No entiendo nada, joder. No parece reconoceros como sus padres.

—Porque no sabe que lo somos, Bea. —Moruena habló con la voz rasgada por el dolor, las lágrimas comenzaron a nacer en sus ojos antes que las palabras—. Cuando estaba embarazada de Admes, el lago me devolvió una horrible visión, vi a un niño cubierto de sangre en una posición antinatural tirado en el suelo; sobre él el enorme acero de Gueko, que sonreía triunfante. Y supe que aquella visión hablaba de mi pequeño, y que si no hacía algo tendría ese terrible final.

—Pero podía ser solo una profecía de las muchas que después no se cumplen, ¿no? —Beatriz lo miró señalándolo—. De hecho está vivo.

—El lago no se equivoca, Beatriz, es un reflejo claro de lo que trae el destino —repuso categórica—. Admes solo está vivo porque cambiamos el

rumbo de su existencia. Además Gueko quería matarlo porque sus *dictalúmenes* le revelaron que nuestro heredero acabaría con el suyo.

—¿Quieres decir que Admes mataría a Jacob Mendel?

—Justo eso querida, por eso vivimos tres años maravillosos con Admes en la reserva, porque me sentía incapaz de desprenderme de él, pero un aciago día recibimos la visita de Kimeo, que tiene ojos y oídos en todas partes. Me dijo que en su último viaje para ver a Cintos, nuestro proveedor de azurita para fabricar el *citrix*, este le había comentado que un hombre había estado comprándole la azurita en grandes cantidades, y en la última visita le había visto en el cuello el tatuaje de estrella roja propio de la orden de Herodes. Las piezas encajaron en nuestra mente y comprendimos que Gueko pretendía destruir las barreras mágicas y atacarnos en la reserva, cumpliendo así la profecía del lago.

—Pero no lo consiguió.

—No, porque hicimos desaparecer a Admes. —Con un profundo suspiro Moruena terminó de encajar las piezas del complicado puzle—. Kimeo tiene hermanos esparcidos por toda la galaxia, ya que su padre fue un brujo promiscuo y poco comprometido. Con algunos mantenía un contacto lejano. Tu padre salvó a la mujer de uno de sus hermanos de unas extrañas fiebres hacía mucho tiempo gracias a su poder sanador, aunque desde entonces la mujer descubrió que no podía engendrar niños. Sabedor de aquello Kimeo viajó hasta su planeta y les pidió un favor que beneficiaría a ambas partes: ellos mantendrían a Admes a salvo y asumirían ante todos que era un sobrino cuyos padres habían muerto, sin hacer preguntas, y así podrían gozar del hijo que la naturaleza no les daría.

—¡Renunciasteis a él! —Su tono dejó traslucir la censura que sentía, lo que enfureció a la bruja pelirroja.

—¡Con más dolor del que nunca podrás imaginar, Beatriz! Era eso o verlo morir entre mis brazos. —Moruena se encaró con ella con expresión tensa, sus puños blanquecinos apretados a ambos lados del vestido ancho y vaporoso del color del arco iris—. ¿Qué hubieras hecho tú?

Beatriz bajó la mirada, dejando sus ojos perdidos en la fuente de la sirena, y en la risa de Alfonso, o Admes, que se entremezclaba con el suave aroma de los jazmines. No era quién para juzgarlos y se sentía rastrera por haber tenido esa reacción, pero la rabia bullía en su interior al ver cómo una profecía había conseguido cambiar el rumbo de sus vidas.

—Lo siento, Moruena. No me imagino por el suplicio que habéis tenido que

pasar.

Moruena la miró con una sonrisa templada, perdonándola con los ojos, pero sin fuerzas para seguir hablando. Por eso fue Víctor quien continuó:

—El destino quiso que el hermano de Kimeo terminara formando parte de la Orden de Herodes, amenazado si no accedía a ayudarles en sus sucios propósitos, y su hijo tuvo que ir con él. Hace un año murió y Admes se quedó solo, en la Fortaleza, lleno de odio por estar con unas personas que detestaba dado el continuo asedio al que habían sometido a su familia. Con recuerdos borrosos de su infancia, ya que no le pudimos realizar el *hechizo desmemorian*, que solo funciona con los mayores de doce años.

—Su... otra madre, ¿vive? —preguntó dubitativa Beatriz.

Moruena negó con tristeza.

—Murió hace dos años.

—Entonces solo os tiene a vosotros. —Beatriz lo observó mientras desaparecía en el interior del colegio, para después mirar a su padre con determinación—. Nos tiene a nosotros.

Víctor sonrió encantado y orgulloso de su hija, que a pesar de la magnitud de las noticias que le habían dado no se amilanaba, y les hacía frente con corazón y cabeza.

—Y le contaremos la verdad como hemos hecho contigo, pero lo haremos a su debido tiempo. Dejaremos que nos quiera con el corazón y después con la razón.

—Pero no tardéis mucho en decírselo —advirtió Beatriz—. Estoy segura que a él le encantará saber que, aunque los padres con los que ha crecido han muerto, tiene una familia que está deseando redescubrirlo.

—Eso haremos, cariño.

Beatriz y Víctor se estrecharon en un fuerte abrazo, y después ambas brujas se quedaron mirándose como las amigas que ya eran, tomándose en otro abrazo lleno de aceptación y respeto mutuo.

Cuando Beatriz abandonó aquella habitación, tenía claro el rumbo que debía tomar. Recordó aquellas modernas pantallas táctiles que había en la burbuja flotante del Centro de Operaciones Estelares, y guió sus pasos hasta allí. Antes de poner un pie en el interior de la esfera ya estaba frente a ella Altair, alta y magnífica, con sus alas blancas desplegadas llenas de partículas brillantes, la vaporosa falda de gasa enrollada entre las piernas y una sonrisa segura y algo más exultante que de costumbre.

—Señorita Bianchi, me alegro mucho de tenerte de nuevo aquí. —Y bajando

un poco el tono añadió—: Pero me alegro más aún del regalo que has traído contigo.

Beatriz frunció el ceño extrañada.

—¿A qué te refieres?

La surcadora de estrellas miró hacia atrás, y en seguida supo a qué se refería cuando vio a un Dante espléndido y desnudo en medio de la plataforma circular más próxima. Un nutrido grupo de surcadoras volaban encantadas alrededor de su jactanciosa sonrisa.

—Veo que Dante está siendo un inesperado entretenimiento.

—Dice que no puede ponerse ropa porque su piel bronceada no está preparada para ello. —Altair volvió a mirarla con un brillo salvaje en sus ojos de plata—. Yo creo que es un pretencioso.

—¿Te has acostado con él?

La risa de la surcadora rompió como estridentes campanillas, y movió la cabeza de un lado a otro, incrédula ante la pregunta.

—No hacerlo sería como intentar parar el movimiento de los planetas alrededor de las estrellas. —La sonrisa felina de la surcadora la hizo sonreír a ella también—. ¿Qué necesitas, bruja?

—Quiero hablar con mi madre. Busco algo parecido a un teléfono. Me lo quitaron mientras me tenían retenida en la Fortaleza.

—¿Y por qué crees que te puedo ayudar? —preguntó con los brazos en jarras y arrugando el entrecejo.

—Porque eres una mujer inteligente y seguro que esas pantallas tienen una webcam o algo así. —Al no verla muy convencida, añadió—. Además gracias a mí está Dante aquí.

Altair amplió su sonrisa y sacudiendo su melena plateada al viento de forma estudiada para no enseñar los pechos, solo cubiertos por los largos mechones, la condujo hasta uno de los magos que se encargaban de transportar entre las diferentes plataformas flotantes a los ocupantes de la esfera.

—Eres una chica lista, sí señora. Lástima que seas bruja en vez de surcadora, podría hacer grandes cosas contigo. —Cuando ambas se encontraron sobre la plataforma redonda de transporte, Altair anunció—: Al ordenador de transmisiones.

Llegaron a una de aquellas estructuras metálicas que se mantenían en un equilibrio que desafiaba todas las leyes de la gravedad. Un mago con el pelo muy corto y traje negro y plata, recorría con ágiles dedos el teclado, y con su golpeteo creaba un ritmo que hablaba de su capacidad en aquellas lides. Altair

pasó su brazo alrededor de los hombros del hombre, sonriendo zalamera.

—Brahim, necesito un favor.

—Me honra que necesites algo de mí. —El mago le devolvió una sonrisa llena de picardía, y Beatriz se preguntó si era una de las conquistas de la surcadora—. Pide por esa boquita.

—Mi amiga quiere hablar con su madre a través de *holograf*.

—Eso está hecho, querida —sonrió seductor a Altair, para después mirar a Beatriz de arriba abajo. Entonces su sonrisa se amplió—. ¿Tienes perfil?

—¿Qué es un perfil?

—Algo similar al perfil que se utiliza en las redes sociales que se emplean en este planeta, solo que a nivel interplanetario.

—¿Un facebook galáctico? —preguntó estupefacta.

El mago soltó una carcajada.

—Algo así, solo que el *holograf* funciona a través de la energía de los impulsos lumínicos de las estrellas, ya que estas están en todas partes, ¿verdad? —Beatriz asintió siguiendo con curiosidad su explicación—. Te crearé un perfil rápido, y realizaremos una llamada al móvil de tu madre a través del programa. En esta ocasión debes de hacerlo a través de una pantalla, pero si quieres no necesitar pantallas de ningún tipo y poder comunicarte estando en cualquier lugar, puedes utilizar el sistema de polvo inyectado.

—¿Y qué coño es eso, Brahim?

Altair estaba tan patidifusa como Beatriz. El mago sonrió encantado de acaparar la atención de las dos féminas.

—Inyecto un poco de polvo de estrellas en la yema de mi dedo, —Brahim alzó un dedo para que ambas lo vieran, presentaba un punto rojo en el centro de la yema—, inyecto otro poco en el dedo de la persona con la que me quiero comunicar y... ¡voilà!

Se agachó trazando con el dedo índice un cuadrado en el suelo, y para pasmo de ambas el contorno dibujado se iluminó, y en el centro del mismo apareció la silueta de un rostro conocido, una especie de proyección holográfica del mismo.

—¡Melchor! —exclamó Beatriz, agachándose junto a la imagen del mago—. ¿Tú también te has inyectado polvo estelar?

—Sabes que me encanta cualquier tipo de avance, y ese loco de Brahim tiene buenas ideas. Ha optimizado el sistema de polvo inyectado, así que me he ofrecido como conejillo de indias.

—¿Nos vemos luego? —La voz de Beatriz tembló, y esperó que aquel sistema ofreciera cierta distorsión y poca calidad de audio, para que Melchor no lo notara.

—Voy a estar en mi despacho, pásate cuando quieras. —Beatriz odió no estar delante de su imagen real, para poder ver el brillo de sus ojos. Y para su pesar, el mago giró demasiado rápido la cabeza hacia su amigo—. Te dejo tío, tengo mucho trabajo.

Tal como había aparecido, la imagen de Melchor explotó, evaporándose como motitas de polvo en el aire. Brahim hizo danzar los dedos en su ordenador, entrando en un portal de colores negros y platas como su uniforme, con un formulario para rellenar.

—Nombre.

—Beatriz Bianchi.

—Tipo de bruja.

—Perseida.

Brahim soltó un silbido.

—Guau, el jefe sabe dónde elegir.

—¿Hablas de Melchor? —interrogó Beatriz con el ceño arrugado.

—Si no lo hubiese hecho, tú me lo hubieras confirmado, pero sí, hablo de él. —No le dejó seguir hablando de ello, intercambiando una mirada jocosa con ella—. ¿Vas a inyectarte polvo o solo quieres conexión a través de pantalla?

Beatriz lo caviló apenas un segundo, pero el saber que Melchor ya se había inyectado la animó a hacerlo. Quién sabía cuando lo podía necesitar.

—Inyectada.

El mago se sacó una jeringa precargada del bolsillo, y le tendió una mano.

—Dame un dedo, por favor.

Beatriz puso sobre su palma el índice, y Brahim acercó la jeringa a la yema. Descapuchando la pequeña aguja, que a Beatriz le recordó a las que se utilizaban en los lápices de insulina, le administró una pequeña dosis del polvo estelar. Notó como si decenas de micro agujas se rozaran entre sí en el pequeño espacio de carne de su yema, intentando acomodarse, y una sensación cálida se extendió por su mano.

—Para terminar el proceso, elije la forma que trazarás cuando quieras iniciar una conversación en *holograf*. Como has visto yo he elegido un simple cuadrado, puede ser cualquier figura.

No tuvo que pensar mucho para que su lado romántico saliera a relucir.

—Un corazón.

—Estupendo. Cuando quieras hablar con alguien, solo tendrás que pensar en esa persona y trazar tu figura, si es también un inyectado podrás hablar con él por este medio, ya que el polvo de estrellas que tienes en el dedo transmite la señal a las estrellas del cielo, y estas a su vez al dedo de la otra persona, que abre el portal al sentir el cosquilleo en la piel. —Brahim abrió una aplicación del programa en el ordenador, en la que aparecía un cuadrado negro en el centro de la pantalla—. Si no es un inyectado pones el dedo aquí, piensas en la persona en cuestión y aparecerás a través de cualquier aparato con pantalla que tenga alrededor.

Escéptica aunque impresionada con aquel invento, Beatriz puso su dedo índice sobre el cuadrado negro de la pantalla. Su madre no tardó en aparecer en la misma, con los ojos de un gris verdoso muy abiertos con claro asombro.

—Beatriz... ¿qué es... cómo...? —consiguió balbucear mientras la miraba a través de su móvil—. No he descolgado ninguna llamada.

—Porque no es una llamada al uso, mamá, pero lo importante es que puedo hablar contigo.

Una chispa de luz pasó por los ojos de Beatriz Montalbán, que consiguió salir de su estupor dando un pequeño grito y llevándose las manos a la boca.

—Hija, ¿estás bien? ¿Te han herido? ¿Quieres que vaya a recogerte a algún lugar? —La angustia se hacía evidente en su cadena de preguntas—. Estaba muy preocupada y francamente, temía lo peor.

—Mamá, rara vez nos llamamos cuando estás en una de tus misiones.

—Pero siempre que te llamo lo coges, no recibo las evasivas de tu buena amiga Elena o ni siquiera una respuesta.

Beatriz recordó lo que Melchor le había contado acerca de lo malherida que había quedado Elena, después de abrir el muro para penetrar en el interior de la Fortaleza. El dracón de Melchor la había traído al colegio, y los magos sanadores la habían estado curando durante horas hasta que se pudo marchar de nuevo a su casa, con la vigilancia intermitente de algún mago. Tenía tantas ganas de verla... Aunque le atormentaba pensar en Dante cerca de ella. Cuando llegara el momento ya vería cómo capear aquel temporal.

—Lo siento, mamá. Me atraparon los herodianos y he estado varios días retenida.

El rostro de su madre perdió todo el color que pudiera albergar, y la miró con ojos de espanto.

—Lo sabes —afirmó categórica, frotándose las palmas de las manos, estrujándoselas como siempre que algo la preocupaba de verdad—. ¿Dónde

estás?

—En Almería, en el colegio de los Reyes Magos. —Una pregunta muda bullía en sus ojos angustiados, y Beatriz se apresuró a contestarla—. Y sí, sé que papá está vivo. También está aquí.

Beatriz Montalbán se llevó ambas manos a la cara, frotándosela con la esperanza de que cuando volviera a mirar a su hija esta le diría que estaba en el hospital terminando el turno. Pero no, sabía que el momento había llegado, solo temía una cosa con absoluto pánico, por eso se apresuró a trasmitírselo a su hija antes de que la comunicación se cortara.

—No me odies —suplicó y para sorpresa de Beatriz vio lágrimas anegando sus ojos, como hacía muchos años que no había visto en su madre—. Si te escondí la verdad fue solo para protegerte, cuando tu padre desapareció lo pasamos tan mal que no sabía cómo saldríamos de esa. Y cuando empezamos a ver la luz entonces vuelve a aparecer con un mundo lleno de magia y seres mitológicos, y me dice que deberías ir con él. ¿Cómo iba a dejarte ir, cuando eras el único pensamiento que me hacía levantarme cada mañana?

Beatriz se quedó muda de asombro ante la revelación de su madre, que solía ser muy dura para expresar sus sentimientos. No se esperaba aquella declaración.

—Y si tanto me necesitabas, mamá, ¿por qué no has estado ahí cada día? Porque yo también te he necesitado a ti.

No quería que hubiera reproche en su tono, pero el resentimiento que tenía grabado en su corazón no podía borrarlo con una goma sin más. Los ojos de su madre se llenaron de ternura y pesar, y supo que si no hubiese existido la distancia, le hubiera dado un abrazo apretado de esos tan poco comunes entre ellas.

—La ausencia de tu padre me produjo una huella de dolor tan profunda, que para soportarlo tuve que anestesiar todos mis sentimientos, incluido el cariño, mi amor. —Beatriz Montalbán acercó los dedos a la pantalla polvorienta de su móvil, la arena del campo de refugiados agitaba su pelo y se metía entre sus ropas—. Sé que es difícil de entender, pero el único modo de sobrevivir a todo para mí fue mostrarme fría y distante, incluso contigo, dejar que mi escudo de sentimientos me volviera dura y fuerte, sin saber que cada vez me hacía más débil dentro de mi coraza sin el necesitado amor que mi corazón pedía con urgencia. Pero la distancia hizo que tú también te enfriaras, y a mí cada vez se me antojaba más difícil el acercarme a ti.

—Y a mí me parecía que yo no te gustaba, que de algún modo te había

decepcionado.

Cuán absurdas pueden ser las situaciones y pensamientos cuando desconocemos el punto de vista ajeno, pues una misma cosa puede ser bien diferente para cada persona según la interprete.

—Y yo no fui capaz de liberarme ante ti, abrazarte y llorar juntas. —Beatriz observó intrépidas lágrimas resbalando de los ojos de su madre—. Además te miraba y veía el fiel reflejo de tu padre. Pero si tú me lo permites, llenaré de besos y abrazos todos esos espacios vacíos de los pasados años.

Beatriz recordó una promesa muy parecida que le había hecho su padre y sonrió.

—Siempre los he querido, así que estoy deseando que me los des. —Beatriz vio que por detrás de su madre pasaba un grupo de personas a paso ligero, entonces se percató de sus marcadas ojeras. Los pómulos se le dibujaban de manera alarmante—. ¿Qué te queda para volver?

—Hoy terminamos de operar en cirugía infantil, y mañana cogeré el primer avión. Quiero estar allí para el roscón de Reyes. ¿Vendrás a casa ese día?

La esperanza iluminó el rostro de su madre, y Beatriz no pudo hacer más que asentir, aún sin saber cómo se desarrollaría ese mismo día la ceremonia de coronación de los magos.

—Siempre voy, es tradición familiar.

—Pero este año será diferente, ¿no es cierto?

Y en sus ojos vio la promesa de un nuevo tiempo para ellas, sonriendo y abriéndose a esa nueva oportunidad de disfrutar de su madre. De nada valía regocijarse en el dolor del pasado, cuando era el presente el que traía aires de felicidad al corazón.

—Es cierto. Nos veremos en la cabalgata de Reyes, ¿puedes decírselo a Elena, por favor? Junto al puesto de los gofres de siempre.

—Descuida, allí estaremos. —Poniéndose los dedos sobre los labios le mandó un beso—. Te quiero, hija.

—Y yo a ti, mamá. Siempre.

La pantalla se apagó y le dejó un extraño sentimiento de vacío en la barriga. El reconfortante calor del brazo de Altair sobre sus hombros aplacó aquella sensación, y miró a la surcadora que sonreía risueña.

—Sería curioso eso de tener hijos. —Su mirada pareció viajar a años luz de allí—. Las surcadoras vivimos cientos de años, pero solo somos fértiles durante un periodo de diez años humanos, y solo con aquella pareja a la que nuestra alma está unida según las *tejedoras de sueños* o *dictalúmenes*.

—Moruena las ha nombrado antes, ¿quiénes son?

—Algo similar a las nornas de la mitología nórdica, las parcas romanas o las moiras griegas, personificaciones del destino —explicó con un deje de fastidio porque a alguien como ella no le gustaba que nadie controlara aspectos de su existencia—. En realidad son surcadoras que poseen ese poder de manejar la enrevesada madeja del presente y el futuro, con capacidad para prever hacia donde te van a llevar las acciones que emprendas.

—O sea que al final eres tú el que dicta tu destino.

—Me niego a pensar lo contrario —respondió la surcadora con rotundidad.

—Y yo.

Ambas se miraron y estallaron en una sonora carcajada llena de entendimiento. Después Beatriz depositó su mirada en Altair adoptando un gesto solemne.

—Necesito un favor, y sé que eres la mejor para ayudarme.

La sonrisa de la surcadora se amplió, aleteando con gracia las pestañas en su dirección.

—Pide por esa boquita, querida, y yo agitaré las alas y obraré mi magia.

Al mover los apéndices alados, el ambiente se llenó de fino polvo plateado y brillante, que al tocar la nariz hacía unas agradables cosquillas. Beatriz negó con la cabeza.

—No es la magia lo que necesito, sino tus conocimientos de belleza. Quiero estar guapa y apetecible esta noche.

La sonrisa de Altair se hizo más amplia y evidente, enlazando su brazo al de Beatriz y tirando de ella hacia la plataforma móvil que las esperaba para hacerlas descender hasta el suelo.

—Intuyo un jaque al rey, ¿no es cierto? —Levantó las cejas de forma significativa, mirándola de reojo.

—Por eso necesito todas las armas, la victoria puede ser dura.

—Ojalá fuera una *tejedora* en este momento, pero creo que ese rey rubito se postraría a tus pies aún llevando un saco como vestido y el pelo enmarañado.

—Altair observó como Beatriz arrugaba el ceño en desacuerdo, pero entonces alzó la mano para impedirle hablar—. Deja tus comentarios negativos para otra ocasión; yo te voy a dar las armas, tuya es la responsabilidad de utilizarlas con destreza y valor.

—Lo haré.

El tono solemne de Beatriz no daba lugar a dudas.

—Lo sé, querida, tienes madera de reina.

Y con aquellas palabras Beatriz se dejó llevar, notando como un incisivo cosquilleo en el estómago llenaba de expectación sus entrañas.

Gaia dio otro puñetazo al saco, y sintió cómo el punzante dolor viajaba en forma de rayo a sus nudillos y después al resto del brazo, pero eso no le impidió golpear de nuevo la tela negra, una y otra vez. A su lado, Dragius, la dracónida que se había convertido en su protectora oficial, observaba aquella forma absurda de liberar su frustración, pero, ¿qué podía hacer? Se sentía ofuscada y furiosa por estar allí encerrada, aunque lo cierto era que la estaban tratando de forma inmejorable.

Apenas llevaba dos días en el palacio de los escorpiones, y todo había transcurrido con una aburrida calma. Lunae le asignó una habitación al lado de la suya, de tonos rojos y negros, al parecer los favoritos de los escorpiones, y con pesar debía admitir que también los suyos. Le gustaba la noche y nunca renunciaba a una buena pelea.

Al terminar la jornada se reunían Dragius, Lunae y ella en la enorme cama de sábanas negras y se contaban las novedades de cada día, los temores y las previsiones para la coronación, momento en el que capturarían al posible asesino de su hermana. Y lo pensaba como posible porque una parte de ella aún mostraba esperanza en encontrarla con vida, aunque el desgarró que había sentido en su interior la noche de su supuesta muerte le decía lo contrario.

Pero lo que más preocupaba a Gaia era que, en medio de toda aquella maraña de expectativas y preparaciones para el día de la coronación, lo que siempre estaba presente en su cabeza era el maldito rostro del mago de chocolate. Cuando se sentaba sobre la enorme cama oscura como el manto de la noche, no eran las conversaciones de sus fieles guardianas las que escuchaba, sino la risa profunda y ronca de Baltasar, que se metía por su garganta revolucionándole todo el cuerpo.

Si cerraba los ojos solo lo veía a él, desnudo sobre su cuerpo, dibujando cada centímetro de su piel con sus gruesos labios.

Con un gruñido rabioso se encarnizó golpeando el saco con ambos puños, descargando furia y anhelo con la necesidad de quedarse vacía. Pero la ansiada vacuidad no llegaba, y fue la mano sobre su hombro lo que la hizo detenerse, abrazándose al saco para mantenerse en pie. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que la dracónida rompió sus

pensamientos destructivos con una frase:

—No es ese el alivio que buscas, bruja.

Gaia suspiró contra la tela negra del saco, que le devolvió el calor de su aliento.

—¿Y dónde lo encontraré entonces, mujer dragón?

—En la entrega a los sentimientos que no paras de negarte. —Hizo una pausa para ponerse frente a ella, buscando su mirada bicolor—. Abriendo los ojos a la verdad.

Gaia levantó la cabeza del saco para encararse con la mirada desafiante y naranja de la dracónida.

—¿Y cuál es la maldita verdad? Porque apenas me conoces de unos días, Dragius.

—Habría que ser ciego y lelo para no verla, y yo no soy ni lo uno ni lo otro. —No se amilanó ante la mirada fiera de la bruja—. Baltasar y tú os atraéis como los polos magnéticos, como las burbujas y la coca-cola.

—Como el metal y el ácido sulfúrico —ironizó Gaia ganándose una mirada molesta de su protectora—. Es un mujeriego insufrible. Él no está hecho para mí, no necesito un hombre como él en mi vida. Eso solo me supondría una carga.

La dracónida sacudió la mano, como si así pudiera aligerar el peso de sus palabras.

—El corazón elige lo que le place sin pedir permiso. Puedes hacer lo que desees o creas más conveniente, pero te advierto una cosa, —Dragius levantó el dedo índice admonitorio, y lo colocó delante de su nariz—, si mantienes los ojos cerrados durante la batalla que nos espera, no serás capaz de ver esos pequeños gestos que indican cuál va a ser el siguiente movimiento de la ficha de tu enemigo.

—Lo que sienta por Baltasar no tiene nada que ver con mi capacidad en la lucha. Soy la mejor con la espada —replicó altanera.

—La razón y el corazón no se pueden separar, al igual que no te puedes arrancar un brazo del cuerpo y seguir funcionando como si tal cosa —explicó vehemente—. Además tú no eres indestructible, y hay golpes que no se ven llegar hasta que impactan en el cuerpo.

Le mantuvo la mirada intensamente, a sabiendas de que la dracónida estaba cargada de razón. Entonces asintió recubriéndose de una capa de determinación y separándose del manido saco.

—Te prometo que para ese día mantendré la cabeza fría y seré letal. No

fallaré hasta capturar a ese cabrón y hacerle escupir su veneno de escorpión.

Y dicho aquello se alejó hacia la puerta, dejando a Dragius sumida en una lúgubre preocupación. Porque la dracónida era una mujer intuitiva y sabía que Gaia se encontraba inmersa en una niebla de confusos sentimientos difícil de disipar. Miró su espalda siempre firme avanzar, hasta que se dio la vuelta:

—¿Vienes?

Con un asentimiento de cabeza la siguió, confiando en que las cosas les irían bien ese día. No debía ser de otro modo.

Gaia caminó hasta llegar a la habitación que le habían prestado durante su estancia en la guarida de los escorpiones. Su puerta se hallaba en un descansillo circular, junto a tres puertas de la misma madera negra. El techo estaba formado por gruesos cristales que permitían ver el espléndido cielo de aquella porción de universo. Como Dragius se alojaba con ella, tuvo la deferencia de dejarla ducharse antes, y llamó suavemente con los nudillos a la puerta contigua, perteneciente a Lunae, para preguntarle si podía ducharse en su aseo. Al no recibir respuesta entró y encontró la habitación vacía.

Fue directa al cuarto de baño, se desvistió rápidamente y dejó que el agua caliente barriera todas esas emociones dislocadas que explotaban como fuegos artificiales en su interior. Dejó que las gotas lamieran su piel despacio, y se imaginó la forma en que Baltasar las recogería con la lengua, arrancándole gemidos que estaba muy lejos de querer ofrecerle. Y esa sensación de ni contigo ni sin ti la torturaba más que nada.

Salió del bonito pie de ducha construido con lo que parecía pizarra natural y muy oscura, y cuando fue a coger la toalla escuchó como la puerta de la habitación se abría. Se escondió tras la puerta del aseo, que se encontraba entreabierta, para que no la vieran desnuda, y justo cuando iba a avisar de que se encontraba allí escuchó una voz masculina que soltó una serie de improperios.

—Quiero matarlo.

—Pero no puedes hacerlo, Malcom te mataría.

—Una muerte por otra, tampoco me parece tan descabellado. —Su voz vibró con la furia contenida—. Además tendría que conseguir matarme, y no se lo iba a poner fácil.

—No digas locuras, papá, siempre te has guiado con la templanza y serenidad por bandera, no es momento para comportamientos impulsivos.

Gaia retuvo el aire al identificar a Lunae en aquella réplica, el otro debía ser Esteban, el jefe de seguridad, su padre.

—No puedo soportar que ese hijo de puta te haya retenido contra tu voluntad, sometiéndote y vaya usted a saber qué más.

La voz de Esteban estaba teñida de una angustia palpable, y Gaia maldijo por estar allí atrapada. Sabía que no estaba bien estar escuchando una conversación íntima entre padre e hija, pero tampoco le habían dado lugar para que se descubriera y no encontraba el valor para salir. Así que intentó permanecer estática para que ni el aire a su alrededor se moviera.

—Nunca me ha hecho daño, papá.

El tono de Lunae fue rotundo, y Gaia escuchó un suspiro masculino.

—Me da igual, el haberte retenido a la fuerza es motivo más que suficiente para que acabe con él.

—Lo has querido como a un hijo, papá.

—Porque siempre ha sido un buen chico y te ha adorado con locura, pero después de todo lo que ha pasado las cosas han cambiado. Mi hija eres tú.

Un silencio espeso se adueñó de la estancia, tan prolongado que Gaia pensó que habían salido sin previo aviso, pero entonces volvió a escuchar a Lunae.

—Deja que Malcom sea quién decida su castigo. —La voz sonaba como un ruego—. Me gusta la vida que llevamos y no quiero una existencia de huidas. Aquí están mis amigos, este es el lugar donde quiero vivir. Nuestro líder es un hombre justo y tomará una decisión adecuada.

—Olvidas que además de líder de casta también es padre de Alexander, ¿crees que tendrá el valor de castigar a su propio hijo?

—Confío en que sabrá imponer la justicia de una forma ecuánime para todos.

Otro suspiro lleno de peso, acompañado de un silencio.

—Eres la mejor mujer que conozco, y te admiro por cómo tratas a los demás, incluso a aquel que ha sido tu enemigo. Tu actitud te honra, y solo por eso no clavaré mi espada en el pecho de ese despreciable, pero sí te aviso de algo. —Su voz se hizo más tensa y solemne—. Si la decisión de Malcom no me parece adecuada, ayudaré a esa bruja amiga tuya a acabar con Alexander.

—Me parece justo. —El sonido de pasos alejándose hizo que Gaia exhalara el aire lentamente. El crujido de la manivela de la puerta exterior al presionarla, terminó de devolverle la calma—. Te acompaño a tu habitación, quiero coger un libro.

Escuchó como la puerta se cerraba pero dejó unos minutos más para asegurarse de que no volvían a por algo olvidado. Cuando creyó que había pasado un tiempo prudencial miró la estancia vacía, y salió como una

exhalación de camino a la puerta, pero algo la detuvo.

En el suelo había un trozo de papel blanco con los bordes gastados, como si se hubiera usado muchas veces. Lo cogió notando que era grueso, y cuando le dio la vuelta sonrió al ver a una jovencísima Lunae, que miraba a la cámara con una sonrisa espléndida. El gesto se le contrajo cuando vio quién la acompañaba: el mago oscuro de sus pesadillas, que también sonreía con una expresión tan feliz que barría las sombras que recordaba haber visto en su rostro en la sala del enemigo. Sin demorarse más se cuidó de dejar la foto caída tal como la había encontrado, seguro que Lunae volvería a recogerla porque parecía un objeto que solía llevar encima.

Salió de la habitación y se dirigió sin dilación a la suya, pero dándole vueltas a aquella imagen caída. Debía de tener muchos años, pero ¿por qué la llevaba encima? Y más después de todo lo que le había pasado bajo las garras de aquel tipo. Aunque cualquiera que mirara aquella fotografía nunca imaginaría un final tan desdichado para aquellos dos.

Cuando entró en su habitación, Dragius se encontraba acostada boca abajo sobre una de las dos camas, leyendo un grueso volumen con ilustraciones de plantas. Le dedicó una sonrisa fugaz para volver a su lectura, sin reparar en el desasosiego que a Gaia le había producido ser testigo de aquella conversación privada.

Aún andaba ocupada vistiéndose con unos ligeros shorts y sacudiendo su pelo corto y de despuntados mechones, que se había vuelto a cortar, cuando alguien llamó con ligereza a la puerta más por avisar que pidiendo permiso. Lunae apareció con la melena oscura recogida en un moño alto y una expresión adusta, que no tardó en recomponer para sentarse junto a sus amigas. Y es que la conversación con su padre le había dejado un regusto amargo en la boca, le preocupaba el carácter fuerte de su progenitor y que no se pudiera contener cuando tuviera a Alexander delante.

Lunae sabía más que nadie que se merecía un escarmiento, pero no quería que ninguna muerte pesara sobre su conciencia, y menos la suya. Habían sido amigos durante demasiado tiempo. Rememoró su expresión el último día que se vieron, cuando se desnudó ante ella y la dejó ir, el momento en el que a sus ojos asomó el chico que antaño fue su amigo. Y notó como sus entrañas vibraban con el recuerdo del maldito beso. ¿Cómo había podido dejarse embaucar? Si Gaia lo supiera no se lo perdonaría, por eso agradecía no tener que contárselo. Tanto la bruja de ojos bicolor como la dracónida, se habían convertido de forma improvisada en un apoyo sólido al que no pensaba

renunciar.

—Mi padre me ha concedido el permiso para que puedas salir al exterior sin compañía de sus guardias.

—¡Qué suerte! —ironizó Gaia sentándose en la cama libre frente a Dragius—. No es ese el permiso que quiero.

Lunae torció el gesto acomodándose a su lado.

—Malcom necesita una garantía para saber que vais a colaborar, y tú eres su único billete disponible. Mi padre y la guardia solo cumplen órdenes.

Gaia alzó las cejas mostrando su escepticismo, pero entonces Lunae le pasó el brazo por los hombros.

—Apenas quedan un par de jornadas para la coronación y serás libre como un pajarillo, para irte con tu mago bombón. —Al ver cómo Gaia arrugaba el ceño, rió—. Y si tú no lo quieres creo que hay una larga lista de admiradoras que deseamos compartir lo que sea con él.

No había nada mejor que poner a alguien contra las tirantes cuerdas de los celos para hacerlo saltar.

—No vayas tan rápida que de momento me reservo el derecho de decidir si quedármelo o no. —Gaia observó a Lunae y aunque esta sonreía, no se acercaba a la risa desbordante que había visto hacía pocos minutos en la foto prohibida. Así que haciendo gala de las breves nociones de sutileza que había adquirido de su hermana Juno, lanzó la piedra—. Además no lo necesitas, con tu posición dentro del palacio tendrás montones de escorpiones buenorros a tus pies.

Lunae sonrió en un gesto desprovisto de alegría.

—No lo creas, dentro de palacio conozco a todo el mundo y rara vez me ha interesado alguien, y no estoy el suficiente tiempo fuera para conocer a nadie en profundidad.

—Pero alguien habrá habido, ¿no? Eres guapísima y una buena compañía —insistió Gaia con una sonrisa pícara.

Lunae le sonrió agradecida por sus palabras y dejó que su mirada vagara ausente por el suelo de losas negras rectangulares, para terminar posándose en el rostro de Gaia. Sus ojos estaban impregnados en tristeza, aunque una débil sonrisa atemperaba sus labios.

—Sí, yo también tenía a mi propio Baltasar, uno al que he querido con toda mi alma, y me gusta pensar que él también a mí. —El brillo de sus ojos relampagueó con dolor—. Pero eso se acabó, y ahora me conformo con otras cosas.

Gaia puso su mano sobre la de Lunae, que reposaba en la colcha de la cama. La tenía fría, como helado debía estar su corazón con aquella confesión. Se la estrechó con fuerza sonriéndole con todo el cariño que fue capaz de reunir.

—Seguro que no es un punto y final, debes de buscar el camino que te puede llevar de nuevo con él.

—Hay caminos que es mejor no seguir por riesgo de desprendimiento —advirtió Lunae sin capacidad para seguir aguantando la mirada de su amiga y no echarse a llorar o lanzarse a romper algo.

—El amor suele dotarnos de una resistente red para todo.

La bruja escorpión la miró con un complejo entramado de emociones surcándole el rostro; vio agradecimiento, tristeza y también algo más complicado que no fue capaz de discernir.

—Gracias, amiga. Solo espero que tú te apliques lo mismo.

Se acordaron de que Dragius estaba en la cama de enfrente, cuando esta dio un bote del colchón y se plantó frente a ellas con los brazos en jarras.

—Vuestro sentimentalismo me aburre sobremanera, ¿qué tal si ahora que Gaia puede salir nos acercamos al pueblo y nos tomamos unas copas de *supernova*?

—O de *aguardiente de escorpión*, estoy segura de que no habéis probado algo más fuerte en vuestra vida.

Desprendiéndose de sus preocupaciones por unas horas, Lunae, Gaia y Dragius se liberaron de las ropas que solían utilizar en la batalla, ciñéndose vestidos y camisetas acompañadas de apretadas faldas. Juntas como buenas camaradas partieron a la zona de bares de Ashidri, el pueblo más cercano.

Lunae saludó a unos y a otros, sintiendo las miradas escrutadoras de varios hombres de la guardia y otros que no conocía. Era curiosa la sensación de poder que producían un buen vestido y unos tacones altos, como si el mundo se desplegara a tus pies y tu misión fuera saborearlo. Por eso puso su mejor sonrisa agarrándose del brazo de sus amigas y pisando con fuerza y seguridad, dispuesta a pasarlo genial y dejando que todas aquellas miradas la acariciaran, sin ser consciente de que una de ellas la taladraba con tal furia y anhelo que amenazaba con destrozarla.

23. En los brazos del Rey

El repiqueteo rítmico de los tacones de Beatriz era lo único que se podía escuchar en el largo pasillo del colegio de magos, ese que llevaba hasta el despacho de Melchor. Miró a la noche a través de las aberturas en forma de arco de la pared de la izquierda, mientras se abrazaba el cuerpo con los brazos desnudos; el viento frío penetraba a sus anchas por aquellas ventanas abiertas erizándole la piel, enredándose en su pelo negro y suelto que se sacudía haciéndole cosquillas en la espalda descubierta.

Una vez más pensó que aquel vestido rojo y ceñido por encima de la rodilla era exagerado, pero Altair le había asegurado que estaba tan bella que Melchor no podría despegar los ojos de ella. Un amplio escote redondo mostraba la redondez de su pecho, y Beatriz pudo imaginar con alarmante nitidez cómo el mago posaba sus ojos sobre ese punto, incendiando todo su cuerpo. Pero, ¿era eso lo que quería que hiciera? ¿Lo había conseguido perdonar después de la conversación con su padre?

La respuesta le llegó como si la estuviera viendo en una pantalla de cine gigante en su mente: Sí, quería perdonarlo. Sí, su corazón ya lo había hecho, aunque albergaba serias dudas en su interior, porque no sabía hasta qué punto podía comprometerse él. Ya le había advertido en una ocasión que mientras fuera rey no podía ofrecerle nada. Ahora solo le faltaba saber si lo que lo limitaba eran las leyes o el que sus sentimientos hacia ella no fueran lo bastante fuertes.

Sabía que entre ellos había atracción, no le cabía duda de que Melchor quería acostarse con ella una y otra vez. Pero ¿amor? Eso no lo tenía nada claro. Lo que sabía a ciencia cierta era que ella estaba enamoradísima de él, hasta el fondo, y no sabía si podría conllevar algo con menos intensidad por su parte.

Llegó hasta la puerta del mago y golpeó con los nudillos con suavidad, sin obtener respuesta. Quizás había esperado demasiado para acudir a su lado, pensó. Pero con lo que le había costado tomar la decisión de llegar hasta allí, no pensaba darse por vencida. Así que cogió la manivela con firmeza y entró sin llamar.

La suave penumbra acariciada por la claridad de la luna la recibió en un absoluto silencio, la pequeña terraza estaba abierta y entraba un aire frío que

había impregnado la estancia. Cerró presurosa la puerta de la habitación antes de que diera portazo, y después se dirigió a la de la terraza para hacer lo mismo, pero la visión de una espalda ancha y desnuda la paralizó.

Contempló absorta los anchos hombros de un Melchor que aún no había reparado en su presencia. Se apoyaba con ambas manos sobre la barandilla de finas columnas de piedra blanca, y parecía mirar al horizonte tan concentrado que no se percataba de que no estaba solo.

Sus imponentes músculos se marcaban bajo la palidez de la luna, creando sombras y claros que le conferían la imagen de un ser sobrenatural. Y lo era, recordó Beatriz, además de un hombre con un atractivo tan salvaje que se le secaba la boca con solo mirarlo. El pelo rubio parecía hebras de plata que habían crecido lo suficiente para engancharlas entre sus dedos, y Beatriz se moría de ganas por hacerlo para después deslizar las manos por sus rotundos omoplatos, dejándolas caer a lo largo de toda su espalda hasta llegar al trasero, cubierto por unos vaqueros desgastados que amenazaban con caerse en cualquier momento.

Pero mantuvo sus manos a raya y solo se permitió la licencia de acercarse a apenas un centímetro de su espalda, justo la distancia desde la que podía empezar a sentir el calor que irradiaba de su cuerpo, ese que tanto anhelaba que la envolviera por completo. Un movimiento apenas perceptible de su cabeza le indicó que ya sabía que estaba allí.

—Podría haberte atravesado con mi espada y no te hubieras percatado. —Se atrevió a decir Beatriz, algo muy diferente a lo que tenía pensado.

—Te equivocas, mujer, he reconocido tu olor desde que has entrado por esa puerta.

—¿Y no me has dicho nada?

—Prefiero mantenerme al acecho, como los leopardos. —Melchor volvió ligeramente el rostro hacia ella, lo suficiente para que Beatriz observara el reflejo oscuro y peligroso que arrancaba la luna a su mirada—. Dejan que su presa se confíe, que se crea que tiene el control de la situación, y entonces —en una vuelta rápida cogió a Beatriz de su melena oscura, invirtiendo sus posiciones para ponerla contra la barandilla, su pecho fuerte en la espalda de ella —, atacan sin ni siquiera dar tiempo a su oponente a tomar aire de nuevo.

Y qué cierto era, porque la siguiente bocanada se quedó atascada en la garganta de Beatriz, sintiendo como el aire retenido le quemaba justo en el punto en el que la barandilla se clavaba contra su estómago. Melchor apresó su cadera con la mano, y metió el rostro en el hueco de su cuello, aspirando

con fuerza, dejando a Beatriz temblorosa y con las piernas de gelatina. La potencia que emanaba de aquel hombre era algo para lo que no estaba preparada en absoluto.

Dejó caer la cabeza hacia atrás de manera inconsciente, apoyándose en el pecho masculino, caliente y duro, sintiendo el fuerte repiqueteo de su corazón que retumbaba queriendo alcanzar el suyo. Pero igual de veloz que había sido en apresarla, el hombre se separó de su cuerpo, dejando que el frío acariciara inclemente aquellas zonas que previamente había abrasado.

Se sintió más sola y vacía que nunca, y observó cómo Melchor volvía a apoyarse en la barandilla a su lado, alzando su mirada hacia la luna llena, testigo plateado de sus desvelos. Al ver que se mantenía en silencio, observó su perfil tan masculino y elegante, con la nariz recta y los labios plenos. Los rubios mechones puntiagudos, despeinados y mojados que se moría por sacudir. Más se abstuvo, ya que si se acercaba a él no conseguiría estar lo suficientemente despejada para aclararlo todo.

—Estás preciosa —susurró Melchor observando la luna, en un tono ronco que burbujeó en su estómago.

Beatriz sonrió satisfecha, una parte de ella se relamía dichosa por saberse deseada por ese hombre, pero no podía dejarse llevar. Tenían cosas importantes que aclarar.

—No me dijiste que mi padre iba vestido de herodiano aquella noche.

No había pensado hacer una entrada tan directa, pero las palabras se escurrieron solas de sus labios. Un suspiro pesado escapó de la boca del mago, que dejó caer su mirada hacia algún punto perdido bajo el balcón.

—No quería manchar la imagen que tenías de tu padre, más sin saber si estaba vivo o muerto. Además a diferencia de ti, no me gusta juzgar a la ligera, y que llevara el traje de herodiano no lo tachaba como tal directamente. —La miró de soslayo, sin ocultar el rencor y el dolor que sazonaban su alma—. Sino fíjate en Admes, tu hermano o como lo quieras llamar. Entre las filas de los herodianos pero odiándolos.

Beatriz lo miró largamente acercándose a él más por instinto que porque se diera cuenta de ello.

—Tienes razón, sí, pero yo no juzgo a la ligera, Melchor. En mi visión vi claramente cómo atacabas a mi padre y lo dejabas caer al vacío. —Fue elevando el tono sin ser consciente de ello—. ¿Acaso tú en aquel momento no lo juzgaste también? ¿Sino no le hubieras agredido!

El rostro de Melchor se endureció, girándose hacia la bruja para cogerla

por los brazos.

—Estaba atacando a mi hermano de magia, por el amor de Dios, ¿qué coño querías que hiciera? ¿Tenderle la mano?

—¡Podías haberlo capturado para interrogarlo!

—Esa era mi intención, pero no se dejó atrapar, ¿sabes? Y yo lo tenía que pillar, por eso atacué. No pretendía matarlo, solo retenerlo, y él saltó sin que pudiera hacer nada.

—Pero no te importó la posibilidad de que muriera. —Beatriz lo miró con dolor, aunque sabía que la conducta del mago estaba justificada.

—Lo busqué después por los alrededores, y no conseguí encontrarlo, Beatriz. —Los ojos profundos del mago estaban derrotados, marcadas ojeras oscurecían su marítima mirada—. Está vivo, y yo no puedo cambiar lo que hice, así que ¿qué quieres de mí, señorita Bianchi?

Beatriz estaba aterrada y admirada a partes iguales por la intensidad de la atracción que sentía por ese hombre. Puso las manos sobre su pecho desnudo observando los valles que dibujaba, dejando que la piel masculina le calentara las palmas. Permitiendo a ese calor que penetrara a través de sus brazos hasta el corazón. Y supo que el maremoto de emociones que la colapsaban con él no podía ser otra cosa más que amor.

—Lo quiero todo, Melchor. —Alzó la vista a su mirada añil perdiéndose en aquel mar de pecado—. Te necesito de todas las maneras posibles.

El pecho de Melchor subió y bajó en una respiración pesada, la mandíbula apretada, los dedos en torno a los brazos de Beatriz se convirtieron en garras de acero.

—¿Y cómo es posible que necesitándome de esa manera te perdieras en los brazos de otro? —Su tono estaba cargado de una furia que amenazaba con desbordarlo.

—¿De qué hablas?

—Del jodido Dante y tú, en el sofá abrazándoos, sus putas manos tocando tu cuerpo. ¿Cómo quieres que crea que me necesitas, si eres capaz de en apenas un puñado de días liarte con otro?

Beatriz sintió el eco de su furia en su propio cuerpo. No aceptaba aquellas injustas acusaciones.

—¿Y tú eres el que no juzga a la ligera? —Una sonrisa irónica y llena de dolor golpeó al mago con más fuerza que un rechazazo—. Sabes que es un brujo sexual y también sabes que todo fue una farsa para poder escapar.

—Nadie me asegura que no te lo has estado tirando.

El tortazo sonó como un potente chasquido contra su mejilla sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Eres un cretino, gran Rey Mago, ojalá me hubiera follado a Dante de verdad para poder restregártelo por la cara!

Beatriz se intentó separar de él, pero Melchor no se lo permitió. Forcejeó y consiguió liberar sus brazos, pero el mago la cogió por la cintura atrayéndola hacia su cuerpo.

—Suéltame capullo, o gritaré tan alto que tendrás a todos los magos del colegio aquí en menos de un minuto.

Ambos se quedaron inmóviles mirándose, con el rencor y la pasión desmedida relampagueando entre ellos. El mago no deseaba ceder, quería atarla a su cama y obligarle con sus caricias a retirar lo que había dicho. Pero no soportaba la idea de que ella lo rechazara con sus ojos y su actitud, así que la soltó y observó cómo Beatriz caminaba digna hacia la salida.

—Huir es el camino más fácil, ¿no es cierto? Yo lo sé muy bien —dijo con amargura, y con una tristeza tan honda que Beatriz se detuvo en seco. Lo miró, con los ojos brillando en una amalgama de emociones muy difícil de comprender. Recordó la desolación que parecía haber absorbido su vida cuando él la dejó.

No, no quería volver a vivirlo, no quería que él lo viviera. En la baraja que ambos compartían ya no quedaban muchas más cartas. Cuando los sentimientos son tan intensos que no te dejan respirar, hay que apostar al todo o nada. Pero no pensaba retractarse en sus palabras, porque le había molestado mucho su desconfianza.

Se mantuvo inmóvil unos segundos más aguantando su intensa mirada, y después con la barbilla en alto y la mandíbula contraída, dio los pasos que la separaban de él, hasta ponerse a su altura sin dejar de mirarlo.

Melchor alargó una mano hacia ella, recogéndole todo el pelo en su puño y acercándola a su cuerpo con un brazo que posó posesivo en su cintura. Odiaba que el aire se interpusiera entre ellos.

—No voy a huir, pero tampoco me retractaré de mis palabras —indicó firme Beatriz a pesar de sentirse subyugada por él.

El mago inhaló profundamente para saturar sus pulmones con su esencia, y la observó con su tempestuosa mirada.

—Maldita mujer, me vuelves loco.

Incapaz de contenerse ni un minuto más, dejó que la furia, el deseo y la frustración batieran libres sus alas, empujándola contra la pared y asaltando

sus labios como un salvaje. Los mordió tironeando con saña de ellos, lamiéndolos con la lengua avaricioso, y pujando para entrar en su boca y devastarla en un beso que quería llegar más allá de su alma.

Beatriz se resistió al inicio pero al igual que es inútil intentar aguantar el empuje de la marea, no pudo resistir mucho tiempo aquella pasión desmedida y se entregó a ese beso que lo exigía todo. Melchor se separó de sus labios tan rudamente como los había capturado, y aplastándola con su cuerpo le susurró, pegado a su boca:

—Retira lo que has dicho, Beatriz.

Aturdida como estaba por la magnitud de aquellas caricias, le costó procesar que se refería a la frase que había dicho sobre Dante, y sonrió desafiante.

—No pienso hacerlo, ya te lo he dicho.

—Entonces haré que tu cuerpo lo niegue por ti.

Sin perder tiempo le cogió la cara entre sus amplias manos y volvió a apresar sus mullidos labios con la boca, succionándolos, besándolos con el hambre de un hombre que no ha comido en mucho tiempo. Con esa necesidad que hace que te martilleé el corazón arrítmico en el pecho.

La aplastó con más ímpetu con su duro cuerpo, sin darle oportunidad a retroceder ya que era la pared lo que tenía detrás, y solo cuando notó como ella cedía abandonándose al beso dejó caer las manos de su cara para recorrerle todo el cuerpo. El tacto frío del vestido apretado solo avivaba su excitación anticipatoria, porque sabía que tras los límites de la tela le esperaba la piel caliente que tan ansioso estaba por rozar.

Sus dedos tocaron el sugerente escote, la línea por la que asomaban turgentes sus pechos, colando las yemas de una mano bajo la tela hasta rozar el pezón, frotándolo como si fuera la lámpara mágica de los deseos, y estaba seguro de que lo era, porque Beatriz gimió con fuerza en sus labios.

Y sin poder soportar más que aquel vestido se interpusiera entre su cuerpo de diosa y sus manos, cogió posesivo su cintura girándola en apenas un segundo para dejarla de espaldas a él, apoyada con las palmas en la pared. Deslizand la otra mano por la tela roja que cubría la espalda femenina, agarró un puñado de pelo, tirando hacia atrás con la fuerza justa para que la cabeza de Beatriz reposara en su pecho y él tuviera pleno acceso a la piel caliente de su cuello, que se dedicó a besar y lamer con anhelante dedicación. Se acercó a su oreja derramando su aliento caliente en la sensible zona.

—Escuchar cómo gimes mientras te como es la melodía más sexy que he

escuchado en mi vida. —Con los dientes arañó la piel bajo el lóbulo de la oreja, chupándola después. La mano que le sujetaba el cuello viajó hasta la cremallera trasera del vestido, y comenzó a bajarla muy despacio—. Quiero que tú también escuches, ¿oyes el crujido de la cremallera al descender?

Beatriz asintió apenas con la cabeza, ya que el nudo de emociones que él le provocaba le hacía sentir una pelota en la garganta que le impedía emitir sonido alguno.

—Pues eso significa que este vestido va a caer por tus hombros, se va a deslizar por tus caderas y va a acabar muriendo como un charco alrededor de tus pies, ¿y sabes qué va a pasar después?

Cuando la cremallera llegó a su fin, Beatriz consiguió que sus labios esbozaran un trémulo:

—No.

—Pues que te vas a quedar desnuda ante mí. —Y a la vez que lo decía, el vestido abandonó el cuerpo de la bruja, dejándola con tan solo un tanga negro de encaje ante los ojos encendidos del mago, que en vez de repararla con la mirada como estaba deseando hacer, pegó aún más su cuerpo al de ella—. Y después te voy a tocar tus preciosos pechos, voy a acariciar la cumbre de cada uno y a frotarla como deseo entre los dedos, hasta que se endurezca. —Así comenzó su tortura, porque su voz ronca era el prelude perfecto a sus manos, que cumplieron diligentes lo que previamente había anunciado—. Mientras mi mano derecha te acaricia ahí, mi boca te lamerá el otro pezón, como si fueras un helado que se tiene que derretir en mi lengua. La otra mano se va a deslizar por la piel suave de tu barriga, y se va a colar por dentro de las braguitas para ir en busca de su refugio favorito.

Beatriz no dijo nada, dejó que el mago cumpliera diligente sus promesas, se arqueó cuando atrapó su pezón entre el dedo pulgar e índice, apretándolo para después masajearlo con la palma de la mano. La volvía loca la forma que tenía de avasallarla, y es que el mago de sus sueños era intenso, hiciera lo que hiciese. Degustó los dedos gruesos de Melchor en la boca, los chupó con avaricia, sintiendo como la lujuria se deshacía licuada en su interior. Sus venas se volvieron fuego cuando aquellos dedos húmedos viajaron hasta su pecho, pasándolos en círculos rápidos por la punta endurecida.

Sin darle tregua cogió su barbilla, girándola hacia su rostro para capturar su boca y besarla como un salvaje, peleando a muerte con la lengua sedosa y muy caliente de Beatriz. Y mientras aquella batalla transcurría en sus bocas, Melchor deslizó la mano por su barriga, con una de esas caricias profundas de

mano abierta que pretendía dejar su huella impresa en la piel, como cuando dejas una marca en la arena.

Al chocar con la cinturilla de las braguitas presionó la carne bajo la palma, obteniendo acceso a su sexo, que palpitaba por el contacto rudo al que estaba siendo sometido. Melchor deslizó tres dedos a lo largo de sus hinchidos pliegues, dejándolos resbalar por la excitación de la diosa de sus desvelos, y dos de ellos no tardaron en encontrar su entrada y penetrarla con fuerza, a la vez que profundizaba su beso enrollando sus lenguas y acariciando cada recodo de una boca que veneraba.

Sabía que estaba siendo tosco, demasiado salvaje quizás, pero no se sentía capaz de controlarse y tampoco quería. Lo que más deseaba era marcarla como suya, borrar de su piel, sus labios y su mente cualquier cosa que no fuera él.

La imagen de Dante y ella en el diván no paraba de torturarlo, incluso las veces que Beatriz reposaba en la camilla con su amigo Rafa le causaban una ira inexplicable que no sabía cómo llevar. Y el verla en su despacho aquella noche, con un vestido que nunca se debería haber puesto para preservar su paz mental, lo había agitado por dentro haciéndolo explotar como un géiser.

Dejó que sus dedos se deslizaran insistentes en el interior caliente y húmedo de la bruja, y solo separó sus labios de los de ella para conseguir aquello que quería:

—Retira lo que has dicho, bruja.

Beatriz abrió los ojos aturdida, buscando de nuevo los labios del mago, y por su mirada borracha de deseo pero también de determinación, recordó de lo que hablaba.

—No lo haré.

No le importaba retirarlo, por supuesto, ya que en ningún momento había pensado acostarse con Dante, pero necesitaba aquel juego con él, ese tira y afloja que tanto estaba deseando saborear. Un último y pobre intento de ajustarle las tuercas al hombre que lo absorbía todo de ella.

—Claro que lo retirarás. No voy a permitir que de tu boca salga un nombre que no sea el mío.

Ella volvió a girar con un toque brusco en la cadera, poniendo una mano abierta sobre su abdomen y haciendo que pegara la espalda por completo a la pared. Introdujo una de sus piernas entre las de Beatriz para obligarla a abrirlas más.

—Eres un puto neanderthal.

—Estoy loco por ti, maldita bruja. —Melchor se puso de rodillas ante ella, metiendo las manos entre sus piernas para agarrar sus glúteos con las palmas abiertas—. Te deseo tanto que me queman las entrañas como si el jodido infierno residiera dentro de mí, y no puedo soportar que para ti sea diferente.

Y entonces se inclinó hacia delante y sin darle más explicaciones le rompió el tanga y se lanzó a devorar el centro de todo placer de su mujer. Un siseo de la garganta femenina jironeó el ambiente calmado de la noche, aunque el de aquella habitación estaba muy lejos de conocer la paz.

Beatriz cerró los ojos y permitió a su cuerpo perderse, olvidarse de todo cuanto existía o había existido alguna vez y abandonarse a la lengua del mago, que se deslizaba en lentas pasadas por su sexo, que agujoneaba o empujaba allí donde era necesario. Dejó que el nudo de acero y terciopelo se engrosara en sus entrañas, que creciera hasta explotar en un demoledor orgasmo que le hizo ver estrellas impresas en sus párpados, o puede que hubiera ascendido de verdad hasta el cielo nocturno, y estuviera rodeada de miles de astros que parpadeaban encantados por el espectáculo.

Solo fue consciente de que unos brazos la transportaban en volandas, y pegó su nariz al pecho masculino, ese que olía tan jodidamente bien que tenía claro que sería imposible encontrar a otro parecido. Porque el de Melchor era su olor favorito en el universo, su sabor máspreciado, la obra de arte más disfrutada por su retina. Por eso supo que se había engañado al estar tanto tiempo buscando ese beso, esa forma de hacer el amor, porque siempre había sido a él a quién había buscado. El único capaz de proporcionarle todo lo que ansiaba su alma, la vida para su organismo.

Sintió las sábanas bajo el cuerpo, después el peso del hombre que caía a su lado, sus manos que la acariciaban y parecían estar en todas partes y aún así no era suficiente. Dejó que la manejara a su antojo, girándola para ponerla de lado sobre el colchón, el vello del pecho masculino haciéndole cosquillas en la espalda. Una mano fuerte capaz de sostener una nación le cogió el muslo con posesividad, y notó su miembro duro rozando su entrada para colarse de golpe, penetrándola en un potente embate que le hizo coger aire abruptamente, a la vez que él gemía de forma profunda, como un animal herido que por fin encontraba un poco de paz.

Se quedó así, fundido dentro de ella. Y todo pareció estar en su lugar, porque a pesar de haber sido una invasión brusca en toda regla, acostarse con Melchor le hacía sentirse llena en un sentido mucho más amplio de lo que nunca había imaginado. Como si todas las estrellas del cielo estuvieran

descolocadas y al entrar en su interior el mago consiguiera que se pusieran de nuevo en su sitio. Era demencial, era mágico. Era necesario, un calor matricial que acariciaba todo su ser.

Melchor pasó el brazo bajo el cuerpo de Beatriz, capturando uno de sus pechos, mientras con la otra mano agarraba su muslo, dejando la punta de los dedos muy cerca de su sexo pero sin tocarlo, y suspiró en su oreja.

—Dilo, maldita seas, Beatriz Bianchi. Dilo.

El matiz roto de la voz profunda del mago hizo que algo se rompiera también en el interior de Beatriz, y volviendo levemente el rostro para buscar sus ojos azules, le susurró:

—Nunca podría acostarme con ese brujo, Melchor, porque mi cuerpo y mi esencia te pertenecen solo a ti. Desde que nos conocimos en aquella playa hace tantos años, me partiste el corazón y te fuiste llevando los trozos, dejándome un hueco vacío en el pecho cuando te marchaste. —Beatriz se arqueó cuando el mago empujó un poco más adentro, estimulando partes que no sabía que existían. Sus ojos la observaban con intensidad—. Te quiero mago tonto, y te perdono por lo que le hiciste a mi padre, porque sé que solo pensaste en defender a tu hermano. Te necesito.

La mirada de Melchor onduló turbulenta, la mano del muslo se clavó aún más en la carne y uno de sus dedos gruesos rozó deliberadamente su sexo mientras escapaba de su interior, solo para entrar con una potente incursión de nuevo, que Beatriz recibió como una descarga eléctrica que le atravesó el estómago hasta morir entre sus pechos.

—¿Y qué es lo que necesitas de mí, bruja? —susurraron los labios de Melchor sobre su cuello, agarrando con firmeza su pecho y moviéndose despacio en su interior, desatando una sensación hormigueante por todo su cuerpo como si mil mariquitas recorrieran hasta el más recóndito rincón.

Beatriz se sentía perdida en aquella bruma pegajosa de deseo, pero Melchor se detuvo unos instantes exigiendo una respuesta, y ella no tuvo más remedio que ceder ante la necesidad de seguir sintiéndolo.

—Necesito que me beses como te pedí en la carta, pero no quiero uno sino mil besos tuyos. Necesito que me toques hasta desgastarme la piel, necesito que me mires con esos ojos tuyos que me hacen sumergirme en un océano del que no quiero salir jamás.

Melchor se separó un poco de ella para observarla con una sonrisa colgando de su mirada de gema preciosa, e inclinándose sobre el rostro de Beatriz selló sus labios con una necesidad extrema.

Beatriz sintió cómo caía por el vórtice de deseo que aquel beso formaba, como si de un fenómeno de la naturaleza se tratara, y arrastrada por las manos del mago una vez más, dejó que le diera la vuelta. Los dedos de Melchor viajaron a la espalda de Beatriz, abrazándola con fuerza, y en aquella nueva postura le alzó una pierna para colocarla por encima de sus caderas y la penetró frente con frente, perdiéndose ambos en la mirada llena de anhelo del otro.

Sin despegar la brillante mirada de ella comenzó a moverse con ritmo, en embestidas profundas e intensas que pretendían quedarse grabadas en el cuerpo y en el corazón. Con una mano sujetando posesiva la nalga femenina, y la otra acunando su mejilla queriéndole grabar el deseo lacerante y el amor profundo que sentía con aquel roce.

—Y yo necesito saber que te quedarás a mi lado, Beatriz, aunque el camino sea difícil, porque llevo queriendo esto demasiado tiempo y no puedo admitir que te vuelvas a ir.

Beatriz notaba como serpientes de placer se desplazaban por su cuerpo, sibilinas, intentando licuar sus huesos y todo su ser. Y a pesar de que la neblina vaporosa de deleite amenazaba con apoderarse de todo, llevó sus manos al fuerte cuello masculino para anclarse a la realidad y ponerle voz a sus eternas dudas:

—¿Qué es lo que quieres de mí, por qué ahora, después de tanto tiempo?

La mandíbula del mago se endureció, y pudo apreciar la tensión que emanaba de su fibroso cuerpo, pegado al suyo.

—No sabes lo que me arrepiento de no haber entrado hace muchos años a tu habitación, cogerte en brazos y llevarte conmigo, pero algo siempre me detenía. —Melchor observó la mirada dorada y roja que tantas veces había recreado en su mente, volcando en ella la adoración que sentía—. Veía que tu vida iba bien, sin las inclemencias que la magia aporta, sin espadas, luchas a vida o muerte y complicados deseos grabados en las estrellas.

—Pero me faltabas tú, todo lo demás nunca me ha importado.

—Y tú me faltabas a mí, preciosa, desde aquel día que saltaste de la roca más alta, y te quedaste enredada con las olas del mar sin encontrar la superficie.

—Hasta que tú me cogiste de la mano y me sacaste del agua, solo para encontrarme una mirada azul aún más turbulenta que cualquier océano.

—¿Sabes cuál fue mi prueba para llegar a ser Rey Mago?

Beatriz recordó las palabras que habían compartido el mago que se

preparaba para la coronación y Moruena unas horas antes. Habían hablado de cómo la prueba para llegar a ser Rey Mago lo había dejado exhausto, y no solo a nivel corporal. Y tuvo infinita curiosidad por conocer cuál había sido la de su mago.

—¿Algo peligroso, verdad?

Vio un brillo de amargura en los ojos de Melchor.

—Lo más duro y peligroso para mi alma que he hecho nunca, abandonar lo que más quiero. A ti.

Beatriz abrió mucho los ojos y se quedó mirándolo, ambos paralizados con sus cuerpos unidos más allá de los límites de lo posible.

—¿Yo fui tu prueba?

—Desde el momento en el que te conocí, no podía haber sido de otra manera. —Melchor la abrazó con fuerza moviéndose un poco más profundo dentro de ella—. La prueba de los magos consiste en hacer algo que ponga en tela de juicio nuestros principios. En mi caso si por ser Rey Mago era capaz de abandonar aquello que más me importaba, o sea a ti, sería indiscutible la validez de mi compromiso con la causa.

Entonces comprendió Beatriz que hacía ya tantos años se hubiese ido sin avisar, con una frialdad que para nada correspondía a lo que habían compartido. Pero, ¿por qué no volver después? ¿Por qué condenarlos a una existencia vacía? Como leyéndole los pensamientos, Melchor le apartó unos mechones oscuros del rostro, sonriéndole con dulzura ante la furiosa expresión que habían adoptado sus rasgos.

—La parte más dura de la prueba fue no volver, debía mantenerme un año entero alejado de ti. Estuve muy tentado de no hacerlo, pero solo un mago en la historia de los Reyes Magos ha renunciado a su reinado. —Algo oscuro y peligroso brilló en los ojos de Melchor, para desaparecer de nuevo—. Así que la presión era brutal. Y cuando pasó ese tiempo volví y te observé por la *ventana intermateria*, y creí que tu vida sin mí sería más feliz.

—Odio tus estúpidas reglas de Rey Mago. —Beatriz lo miró entre la tristeza y la ira—. ¿Te volverás a ir?

—Nunca.

—¿Y las reglas?

Melchor sintió los nervios en la garganta cuando se imaginó frente al Consejo, pero se tragó la desagradable sensación y negó, decidido.

—Eso déjame a mí. —Acercó su rostro aún más al de ella y le susurró ronco—. Y tú, ¿te irás?

Beatriz negó con la cabeza, con una sonrisa pícaro resbalando por sus labios rosas e hinchados por los besos.

—Ni hablar.

Melchor sonrió como un lobo, levantándose y arrastrándola con él en el avance, para quedarse de rodillas colocando a Beatriz sobre su regazo, sin retirarse de su interior en todo el proceso. Con las manos a ambos lados de su rostro la miró vehemente, con el amor y el deseo que tanto tiempo habían estado germinando en su corazón, haciéndose tan grandes que estaba muy lejos ya de poder dominarlos.

—Pues prepárate, preciosa mía, porque pienso hacerte el amor hasta conseguir que todas las células de tu organismo lleven mi nombre tatuado en su código.

Y así Melchor se lanzó a su boca, arrasándola por dentro, recorriendo con su lengua, sus dientes y su determinación cada rincón. Anclándola con sus brazos para hacerse uno con ella, y sumergiendo una mano justo en el punto donde ambos cuerpos se fundían, la acarició con reverencia mientras entraba y salía de su interior, en una danza que pensaba repetir hasta que su esencia y la de ella quedaran entrelazadas para siempre.

Gozaron del amor toda la noche, y cuando ella se quedaba dormida él no tardaba en tocarla de esa manera en la que hacía que su cuerpo despertara de nuevo, haciéndola cabalgar hasta el amanecer sacudida por el torrente del placer. Dejaron que los rayos del sol de un nuevo día sellaran su amor, protegidos en los brazos del otro, entre palabras de amantes y suspiros sobre la piel. Y permitieron que el sueño les acunara en sus cómodos brazos, necesitaban estar descansados. Se acercaba el gran día.

24. Con las cartas sobre la mesa

Juno llegó al observatorio de Calar Alto mucho antes de que saliera el sol. Decir que estaba nerviosa apenas era un reflejo del sentimiento que la sacudía. Iba a ver a Malcom, y no solo eso, iba a trabajar con él y a tener que aparentar una normalidad que en absoluto sentía.

Ella, la ordenada y siempre profesional Juno Kinov, notaba las piernas temblar como un flan, mientras veía como el cielo saturado de estrellas le devolvía su brillo en un intento de alegrar su corazón. Un poco más allá de donde se encontraba observó como la materia parecía ser atraída por un punto del espacio específico, que fue creciendo en su negrura comiéndose un puñado de estrellas.

Del oscuro interior apareció un hombre dando una voltereta con su espada en la mano, agitando su pelo negro, seguido de otro hombre de largo pelo negro y también espada en mano del mismo color. Cayeron rodando por el suelo, levantando el polvo de aquel paraje semi desértico, y de un salto se levantaron y se pusieron a pelear con saña, entrechocando sus aceros, mientras el agujero negro expulsaba a más personas que caían con diferentes grados de elegancia.

Cuando los combatientes se dieron otra vuelta Juno se llevó una mano al pecho, pues uno de ellos era Malcom. Tan enorme y misterioso como lo recordaba, con su capa rota, y la camisa que cubría su tórax bajo el escudo con varios cortes ensangrentados.

Pero él luchaba como si su cuerpo estuviera intacto, con amplios e incesantes movimientos de su acero, como si el combate fuera algo grabado en su código genético. Tan natural como respirar, tan letal como una víbora.

Cuatro hombres más se sumaron a aquella refriega, creyó identificar a uno de ellos como Esteban, el jefe de seguridad de Malcom. Más bajo que este último, con el mismo pelo largo y moreno y la piel aceitunada; con su espalda cuadrada y sus brazos fuertes parecía una bola de demolición allí por donde pasaba. La coraza negra del pecho que constituía la armadura de los escorpiones, se completaba con un casco negro metálico que descendía por la parte trasera del cuello, cubriendo las vértebras como una segunda columna vertebral de titanio. Lo más curioso era que sus combatientes eran escorpiones también, porque llevaban el mismo atuendo, así que, ¿qué estaba pasando allí?

Además el resto de guerreros escorpiones no intentaban separarlos, por lo que supuso que allí había algo importante que se le escapaba. Sin saber si meterse en la pelea o no, un grito llegó a sus oídos.

—¡Juno! ¡Lánzame tu espada!

Se volvió con el corazón en un puño ante la voz de su hermana, que había sido la última en caer por el agujero negro, y sin pensar siquiera en lo que hacía y lo peligroso que era quedarse desarmada, trazó un arco con su brazo lanzándola con todas sus fuerzas. Vio como Gaia la cogía al vuelo, y con un certero golpe desarmaba a su adversario, mientras otra chica de largo cabello negro muy brillante se lanzaba al recién caído, pasándole una cuerda en torno a los brazos.

—Te tenemos, traidor.

Y aquella palabra le reveló a Juno qué podía ser la pelea que discurría ante sus ojos, pero no le dio tiempo a asimilarlo ya que detectó un movimiento de reojo que la hizo agacharse rápidamente, evitando que el acero se clavara en la carne de su costado. Rodó por el suelo y se levantó con la mirada salvaje, buscando a aquel que le había atacado. Un escorpión con una cicatriz en el rostro y una sonrisa sibilina.

—No sé quién coño eres tú, gatita, pero a partir de ahora vas a ser mía, por las buenas o por las malas.

La expresión de Juno se apretó en una enfurecida mueca.

—Será por las peores, cabrón.

Y dicho aquello se lanzó con un grito de banshee sobre él, sacándose un puñal que guardaba para ese tipo de situaciones. Agachándose en el último momento consiguió alcanzar el abdomen del brujo, arrancándole un grito de dolor, pero al intentar rodar fuera de su alcance él consiguió de alguna manera meter una pierna bajo las suyas, en una astuta zancadilla que la tiró al suelo. Antes de que pudiera levantarse sintió el peso del hombre sobre su cuerpo, su aliento pesado en la oreja:

—Te he dicho que vas a ser mía, zorra.

Pero a los dos segundos Juno dejó de sentir el peso sobre su espalda, y rodó rápido solo para ver como su atacante salía volando a varios metros, poniéndose rápidamente en pie como un gato, pero no lo suficiente veloz como para librarse del ataque de su liberador, Malcom, que se abalanzó inclemente. Si antes había sido rotundo en la lucha, Juno apreció en sus acometidas una fiereza descomunal, y en un par de mandobles consiguió desarmar a su enemigo, colocando la punta de su acero en su cuello, de forma que si

respiraba demasiado profundo se la clavaría.

—Me alegro de haber limpiado a las ratas como tú de mi reino, ahora mis hombres os llevarán al destierro y óyeme bien, Savage, —su voz estaba teñida de un salvajismo y determinación que no admitían duda alguna—, si te vuelvo a ver en el planeta de los escorpiones mi acero te atravesará sin dudarlo, a ti y a todo el que ose acompañarte.

Juno se acercó a ellos solo para ver una sonrisa torcida en el rostro imperfecto de aquel hombre. Malcom se retiró para que sus hombres ataran al tal Savage, pero la voz de alimaña de este lo detuvo:

—Nos has detenido ahora por ese halcón que tienes en tu guardia, —señaló a Esteban con la cabeza—, y porque de momento los dioses te han sonreído. Pero llegará el día en el que yo o cualquier otro consigamos derrocarte, Malcom. —Con una sonrisa oscura añadió su estocada mortal—. Quizás sea tu propio hijo el traidor que lo consiga.

Malcom se volvió como un resorte hacia aquella sabandija que tan bien sabía hacer sangrar, pero recurriendo a toda su voluntad apretó los músculos de su cuerpo hasta sentir dolor, y se dirigió a uno de los escorpiones que lo rodeaban, porque sin saber cómo, la batalla había acabado y todos los hombres los observaban en un silencio espeso.

—Llévate a este hombre y a los que le han ayudado lejos de aquí, antes de que me arrepienta de dejarlo con vida y escúchame bien —entonces sí clavó sus ojos negros en Savage, trasluciendo todo el odio que sentía por individuos como él—: Ningún traidor gobernará nunca el planeta de los escorpiones, y no permitiré que nadie manche el nombre de Alexander hasta que se demuestren sus delitos. Así que vete a escupir tu veneno a otra parte y no vuelvas a cruzarte en mi camino, sino te mataré encantado.

Y dicho aquello sus hombres se lo llevaron, junto a otros tantos que permanecían ya atados. La mirada oscura como la noche de Malcom se centró en Juno, con el brillo violento de la batalla todavía dominándolo, y la bruja dejó que sus pulmones y su corazón dejaran de funcionar por aquel instante. Permitió solo por un segundo que todos los sentimientos que la torturaban cada día salieran a la superficie, para volver a ocultarlos tan rápido como pudo, aunque no lo suficiente para que él no los leyera.

—Malcom. —La palabra salió como una súplica de sus labios.

—Juno. —La de él como si un rayo de luminosa esperanza se hubiese hecho un hueco en la oscuridad reinante, que comenzaba a clarear con timidez.

Y antes de dejar a la rigidez adueñarse de la situación, Malcom se lanzó

hacia Juno estrechándola entre sus brazos. Ella se dejó sepultar por el cuerpo grande del hombre, enterrando la cabeza en su amplio y duro pecho, sobrepasada por el abrazo, por el anhelo y por muchas otras emociones a las que prestaría atención en otro momento.

Se concentró en respirar el aire saturado de él, con su característico olor a cuero y pulimento de la armadura que siempre llevaba. Dejó que aquel aroma se introdujera en su cuerpo como una caricia íntima; todo lo relacionado con él la alteraba de una forma inexplicable.

Solo cuando se le antojó demasiado el tiempo que estaba entre sus brazos, se incorporó poco a poco, notando un frío que nada tenía que ver con el clima instalarse en su cuerpo. Y lo miró con sus ojos bicolor, como dos amatistas surcadas por líneas azules del mar.

—Por ti no pasan los años, amigo, estás igual que cuando nos separamos. —Incluso estaba más atractivo, pensó para sí, ya que con la edad aquel brujo, que rondaba los cuarenta y pocos años, había aumentado su magnetismo y su contundente belleza.

—Tú en cambio estás más bella si cabe. —La mirada hambrienta con la que la repasó hizo que enrojeciera de pies a cabeza—. Te he echado mucho de menos.

Si algo valoraba Juno en aquel hombre, era su descarnada sinceridad. Nunca lo había pillado mintiendo y siempre sabía poner de forma magnífica las cartas sobre la mesa. Por eso consideró que no se merecía menos.

—Y yo también.

Y si la seguía mirando así, como si fuera el último bocadito de nata sobre la faz de la tierra, tendría que liarse la manta a la cabeza y dejarle que hiciera con ella todas aquellas cosas que en sus ojos también se debían leer. Entonces Gaia se lanzó a sus brazos rompiendo de forma muy adecuada la magia del momento, y Juno la estrechó con fuerza.

—Hermanita, cuanto te he echado de menos.

—¿Te han tratado bien esos escorpiones?

Lo dijo por encima del hombro de Gaia, mirando a Malcom con fijeza.

—Obviando el hecho de que me tenían secuestrada, podríamos decir que sí, he estado bien. —Volvió el rostro hacia Malcom sonriendo con sorna—. Aunque ese tipo al que tú llamas amigo se toma la lucha demasiado en serio.

—Por eso no consiguen derrocar me, y te aseguro que no es la primera vez que lo intentan.

—No en vano le suelen llamar «el escorpión de acero» —confesó Juno con

una sonrisa divertida que también se extendió por el rostro de Malcom.

—Ya hace tiempo que nadie me llama así.

—Lo que no significa que hayas perdido tus cualidades.

—Te aseguro que permanecen intactas.

Y ninguno de los dos supo ya de qué hablaban, si de sus actitudes en la lucha o de otros muchos aspectos más profundos que habían compartido en la intimidad. Juno se preguntó si los sentimientos tan intensos que despertaba en ella también los sentía él. No comprendía cómo era posible después de tanto tiempo que la barriga se le encogiera en un tirante nudo, pero la sensación era bien palpable y lo que él la hacía sentir, una realidad.

Gaia se sintió una intrusa entre las miradas de aquellos dos, por eso se alejó unos pasos hacia Lunae y carraspeando dijo en alto:

—¿Entramos? —La pregunta los sacó del momento intemporal en el que se encontraban.

—Sí, claro, nos espera un largo día.

Y dándose la vuelta con el corazón en un puño, Juno dejó a Malcom detrás e inició una rápida caminata hacia su hermana, huyendo de lo que aquel brujo despertaba en ella. No soportaba sentirse vulnerable.

Mientras, la cabeza de Gaia estaba inmersa en sus propias cavilaciones, en las que un mago pecaminoso ocupaba todo en su mente. A pesar de haber estado apenas una semana separada de sus brazos, las horas distanciados se le habían hecho eternas, solo soportables por la presencia de Lunae y Dragius a su lado. ¿Qué tipo de influjo ejercía aquel hombre sobre ella? Uno rotundo y consistente, porque lo necesitaba con una dependencia física dolorosa, y si un rasgo caracterizaba a las Kinov, por diferentes que fueran, era que odiaban sentirse débiles. Para Gaia depender de alguien era un síntoma de debilidad, que a su vez, no podía hacer nada por eliminar.

Una magnífica Altair les abrió las puertas del observatorio, pero no las principales, sino una lateral por la que pasó toda la comitiva, y que daba acceso directo al colegio de magos. Llevarlos al Centro de Operaciones Estelares le parecía excesivo, sobre todo porque no confiaba en todos los allí presentes. No obstante una vez estuvieron dentro, se valió de dos de sus surcadoras y de ella misma, y rodeando con sus alas a cada uno de los invitados, hicieron su particular escaneo de intenciones negativas, no encontrando nada destacable en contra de los magos, aunque sí muchas emociones negativas de las que se preocuparía más adelante.

Altair era tan bella como vieja en aquellas lides, y sabía que el odio en una

situación de tensión solo podía atraer a los malos augurios. Por eso no se avergonzó de elevar la voz ante los desconocidos que allí se encontraban.

—Bienvenidos al colegio de magos, algunos nos hemos visto en ocasiones anteriores. —Sus ojos se posaron en Esteban y Malcom, que le devolvieron una tenue sonrisa recordando cierta batalla con un fiero hipogrifo—. A otros tengo el placer de conocerlos hoy, pero todos y cada uno debéis de saber que la ceremonia de coronación de los Reyes es un acto que se realiza cada año y tiene una gran asistencia dentro de la población mágica. Así que esta noche nuestro gran salón de actos estará con aforo completo. Esto quiere decir que seremos muy vulnerables a cualquier incursión enemiga, a pesar de que disponemos de muchos magos preparados para cualquier tipo de asalto, y vuestra inestimable ayuda, por supuesto. —Una vez más señaló a Esteban que inclinó la cabeza agradeciendo la mención—. Pero he de advertir que he detectado mucha ira en vuestra energía, mezclada con claros sentimientos negativos diluidos en vuestra esencia, y ese será el peor adversario al que nos enfrentaremos esta noche si hay un ataque.

—Mi querida Altair, nuestros hombres están más que preparados para enfrentar una amenaza —aclaró Esteban sin vacilar.

—No dudo de su preparación, sabio amigo, solo de los sentimientos que os mueven en la batalla, si es que esta se da.

—Un buen guerrero sabe dejar de lado sus sentimientos y mantenerse frío en la contienda —intervino esta vez Malcom, mirando de soslayo a Juno que escurrió en seguida su mirada cuando ambos la cruzaron.

—Un guerrero no deja de ser un hombre o una mujer que se mueve por sus instintos, y la ira es muy difícil de sepultar, por muy profesional que sea el guerrero. —Altair vio varias caras contraídas dispuestas a protestar, pero alzó una mano desplegando todo el poder de líder del que disponía—. Solo os quería advertir, mantened a un lado vuestros sentimientos en batalla, y ceñiros a los acuerdos que vamos a realizar.

La surcadora comenzó a andar flanqueada por sus dos compañeras también surcadoras, y con un gesto de la mano indicó al grupo que la siguiera.

—Muchas gracias a todos por venir, y ahora nos reuniremos con Melchor y Baltasar y os enseñaremos las dependencias del colegio.

Y así Malcom, Lunae, Dragius, Esteban y sus hombres, Gaia y su hermana, iniciaron la marcha hacia la sala de reuniones del colegio, donde los magos los esperaban con expresión seria. Beatriz estaba de pie detrás de Melchor, con una mano sobre su hombro, Melchor atrapando la suya negándose a perder

el contacto con ella. Baltasar sentado al lado de ambos, con la mirada perdida y el rostro circunspecto. Moruena y Víctor se situaban en un lateral, sentados uno junto a otro hablando bajito algo que solo ellos podían escuchar. La complicidad era una red que casi se podía tocar entre ambos.

Una de las surcadoras hizo aparecer una jarra de café y tazas negras de porcelana sobre la enorme mesa de madera oscura que había en el centro de la estancia. Todos fueron ocupando las mullidas sillas de terciopelo rojo alrededor de la mesa de reuniones, y cuando las voces disminuyeron Melchor se levantó, observando a los allí presentes.

—Buenos días a todos y bienvenidos al colegio de magos y Centro de Operaciones Estelares. —Su voz atemperada y suave, a la par que autoritaria, era el bálsamo que el ánimo presente necesitaba para calmarse—. Nos unen intereses comunes hoy aquí, por eso nos hemos reunido. Sabéis que esta noche se celebra la ceremonia de coronación, justo a la vez que los humanos celebran la famosa cabalgata de los Reyes Magos. También se renuevan las barreras de protección mágica, labor de la que se encargará nuestra querida Beatriz. —Una mirada llena de amor en su dirección causó un aleteo en el estómago a la aludida—. Por eso es un momento especialmente vulnerable para nosotros, y creemos que podrían aprovechar para intentar sabotarnos.

—¿Qué haremos al respecto? —preguntó un impaciente Esteban.

—Para eso estamos aquí. —Melchor extendió un plano del salón de actos en el centro de la mesa, de forma que varios de los allí presentes se levantaron para mirarlo. Con un rotulador hizo varias cruces en puntos estratégicos para después señalarlas con el dedo—. Estas son las zonas más susceptibles de poder sufrir una incursión.

—Puertas, ventanas, zona de butacas —fue enumerando Malcom—. ¿Y estos otros puntos que has señalado?

—Las mejores zonas para que se aposten vuestros hombres, los nuestros estarán integrados con el resto del público, pero por vuestro físico —intervino Baltasar señalando el pelo largo y negro, con adornos trenzados de acero—, será difícil pasar desapercibidos. Por eso el buscar escondites.

—Me parece bien.

—Además el motivo real de vuestra presencia y nuestras sospechas no saldrá de esta sala —intervino entonces Víctor Bianchi—. Así no cundirá el pánico por un ataque que ni siquiera sabemos si se va a dar, y por otra parte si tenemos algún chivato en el colegio no dirá nada. Todo esto no debe de salir de esta habitación.

Hubo un asentimiento general. Malcom miró fugazmente a Gaia, y con un suspiro se dirigió a Melchor.

—Quiero aclarar que si Alexander aparece es cosa mía capturarlo, a pesar de que Gaia tendrá su venganza como le prometí.

—Tu empeño por que no le ocurra nada me sigue haciendo dudar de ti —espetó dura Gaia, saliendo de detrás de Lunae para encarar a Malcom.

—No olvides que es mi hijo, bruja, impartiré justicia sobre él pero es evidente que no quiero que muera. Lo tendré encerrado de por vida si es necesario, solo quiero llevarlo conmigo.

—Puedes estar tranquilo por nosotros, Malcom, nuestros hombres no harán nada a no ser que alguna vida esté en peligro. —Baltasar intervino con su característica templanza distendida, mirando un segundo a Gaia con tal intensidad que la bruja se sintió morir de la magnitud de sus ojos negros. El peso de los días sin verse se arremolinó en su estómago, como si se hubiera tragado una piedra pesada imposible de digerir—. Pero cualquiera que ponga en peligro la vida de algún ser mágico sufrirá las consecuencias, Malcom, quiero que lo tengas en cuenta. No pretendo matar a tu hijo ni a ningún otro, por eso no permitiré que alguien intente asesinar aquí dentro tampoco.

—Te entiendo bien. Tomemos posiciones, pues.

Y mientras acordaban dónde estaría cada cual sobre el mapa, y Baltasar y Melchor les explicaban cómo se distribuían el resto de zonas del colegio, Malcom tenía el terrible presentimiento de que algo no saldría bien aquella noche, de que si su hijo aparecía, no sería suave ni se dejaría hacer. Frotó a Serket, el anillo acumulador de poder que lucía su dedo índice, y suspiró sintiendo como la magia ancestral penetraba en su cuerpo. Si supieran su verdadero poder, no le hubiesen dejado portarlo, pero lo necesitaba si todo salía mal.

Cuando aquella reunión acabó, Malcom sintió una presencia que olía a limón y hierbabuena, y se volvió aspirando fuertemente. Juno lo observaba seria, con sus preciosos ojos amatista manchados de un azul brumoso; recordaba muy bien la primera vez que se había tropezado con esos ojos hacía muchos años ya. Cuando su padre aún era el líder de los escorpiones y Juno una adolescente seria que le robó el aliento con aquella extraña mirada. Por aquel entonces ella hacía un trabajo para el colegio de brujas sobre la casta escorpión, y sin vergüenza alguna fue hasta su palacio y pidió hablar con el líder.

Su padre se encontraba de viaje, así que él la versó en la historia de sus

antepasados, la llevó a recorrer el planeta y tras dos días de intensas lecciones, consiguió llevársela a la cama. Y Juno no lo sabía, pero ella fue la primera mujer que probó su lecho. O quizás sí conocía aquella verdad, porque estaba seguro de que no fue el mejor amante, pero también sabía que nunca fueron sus sentimientos tan verdaderos como aquella vez, y todas las que le siguieron. Como líder escorpión no habían faltado mujeres en su cama, pero ninguna le había llenado como Juno, su diosa de la guerra, la única que había conseguido llegar a su corazón.

La que más lo odiaría si conociera la verdad que tanto le atormentaba.

—No debes preocuparte, los Reyes Magos me han demostrado ser hombres de palabra.

Juno puso una mano sobre su hombro, haciéndolo estremecer por dentro. No sabía qué tenían las manos de aquella mujer, pero siempre conseguía ejercer un efecto devastador sobre él.

—Gracias, querida, aunque no me preocupan ellos. —Malcom la miró con la confianza que le daba siempre el contarle cualquier cosa, como si aquella mujer fuera una parte de sí mismo—. Me preocupa mucho mi hijo y no saber en qué se ha convertido.

—¿Crees que sus intenciones no son buenas?

—Creo como mínimo que pretende algo que a Melchor no le va a gustar, y también creo por lo que cuenta Lunae, que ha perdido el norte respecto al bien y el mal, o quizás piensa que un fin valioso justifica cualquier medio. —Malcom suspiró apoyando los codos en la mesa y poniendo su frente sobre las manos—. Él siempre ha sido un buen tipo, ¿tú lo recuerdas?

—Lo he visto algunas veces, Malcom, y siempre me ha parecido una persona inteligente.

—La inteligencia es peligrosa si no se utiliza como se debe.

—Es tu hijo, confía en su bondad. —Juno apretó el agarre en su hombro, haciendo que Malcom levantara de nuevo el rostro hacia sus fantásticos ojos—. Y si compruebas que no está obrando como debiera, ayúdalo a encontrar su camino.

—Serías una madre maravillosa.

La mirada de Juno se empañó con el peso de una pena que arrastraba desde hacía demasiado. Y las palabras del que podía haber sido el padre de los hijos que ya nunca tendría, se clavaron como una daga en su pecho. Por eso se separó de él con una amarga sonrisa y susurró:

—Pero no lo soy. Ha sido un placer volver a verte.

Entonces se marchó de la sala que ya se estaba quedando vacía, intentando escapar del líder de los escorpiones y de los amargos pensamientos que sus palabras le habían traído. Pero apenas consiguió salir por la puerta y recorrer unos metros, cuando Malcom la cogió del antebrazo tirando de ella para doblar la esquina hacia un oscuro pasillo.

—No quería hacerte daño con mis estúpidas palabras, Juno, solo admiraba la capacidad de comprensión que tienes.

—No tiene importancia —mintió.

—Claro que la tiene, ¿a quién pretendes engañar? Puedo ver el dolor en tus ojos. —Llevó las palmas de sus manos a las mejillas de Juno, acariciando con los pulgares sus párpados, recogiendo una fina lágrima que amenazaba con desprenderse—. Lo siento, siento mucho ser un zopenco. Lo último que deseo es que sufras.

Juno lo miró de forma profunda, introduciéndose en aquellos ojos oscuros en los que tantas otras veces se había sumergido. Sintiendo el anhelo descarnado, el dolor por la separación, el deseo voluble que burbujeaba en su estómago, y se quedó prendada de sus labios gruesos.

—¿Y qué es lo que deseas de mí, Malcom? Porque no debería de importarte nada después del tiempo que llevamos separados.

Algo brilló turbulento en la mirada del brujo al captar el tono de reproche de la bruja; su expresión se endureció y sus manos asieron con fuerza el rostro de Juno, sin despegarse de sus ojos.

—Pues me importas. Mucho. Y te deseo demasiado como para dejarte pasar.

Sin darle tiempo a responder o reaccionar a aquella confesión, Malcom se lanzó a sus labios, sellándolos en un beso exigente que le recorrió toda la boca. Juno se agarró a su cuello como si el suelo bajo sus pies amenazara con desmoronarse y él fuera lo único sólido a lo que agarrarse. Movié los labios sobre los del brujo, sintiendo como su cuerpo vibraba satisfecho con la sensación de que había vuelto a casa después de mucho tiempo. Aquel hombre era su otra parte, su complemento, y por eso nunca había logrado olvidarlo, a pesar del tiempo separados y la distancia.

El deseo se ancló en su interior espoleado por las manos de Malcom, que se deslizaban inquietas por su cuerpo, despertando su piel largo tiempo dormida. Haciéndole desear no llevar más ropa que el cuerpo del brujo sobre el suyo.

Malcom estaba sobrepasado por aquella mujer, por el maremoto de sensaciones que le hacía sentir, por los sentimientos que despertaban

aletargados pero con la misma intensidad de antaño. La cogió posesivo por las nalgas aupándola sobre sus caderas, ciñendo su erección contra su centro, deseando entrar en ella como nunca antes había deseado nada. Pero un pequeño rayo de cordura penetró entre el denso deseo y sin soltarla despegó los labios de los suyos, descubriendo con placer como la mirada de Juno se enturbiaba por la excitación. En un susurro ronco le dijo:

—Tengo algo que contarte y no quiero hacerlo. Solo quiero llevarte a tu habitación y hacerte el amor hasta dejarte inconsciente. —Un jadeo entrecortado salió de los labios de Juno, y Malcom se precipitó a recogerlo en un beso voraz, separándose con mucho esfuerzo de nuevo para obligarse a continuar—. Pero siento que te lo debo de contar antes.

Juno lo miró acariciándolo con sus ojos bicolor, la respiración pesada y caliente sobre sus labios.

—Ojalá no hubieras abierto la boca salvo para seguir besándome. —Dejó caer la cabeza apoyando su frente contra la de Malcom—. Solo espero que después de confesarme lo que sea que me quieres contar, cumplas esa promesa y me hagas el amor lo que queda de día.

Las sensuales palabras de su bruja casi lo disuaden de seguir hablando, pero se tenía que liberar de aquel peso después de tantos años. Por eso continuó:

—Verás se trata de...

—¡Malcom, te estaba buscando y...

La voz de Esteban irrumpió en el pasillo en penumbra, pero en cuanto el jefe de seguridad se percató de la situación en la que estaba su líder, retrocedió unos pasos y dejó la frase colgando. Malcom se apresuró en dejar a Juno de nuevo en el suelo, soltándola para estirarse la ropa y mirarla profundo, antes de dirigirse a Esteban.

—¿Qué pasa?

—Seguro que puede esperar, luego hablamos.

—No, tranquilo, solo estaba hablando con Juno, pero después podemos seguir, ¿no es así, querida? —La sonrisa irónica en el rostro de la bruja ante aquello de que «solo estaban hablando», casi le hizo perder la compostura, y provocó que otra sonrisa igual saliera de su rostro a pesar de la gravedad de lo que quería tratar con ella—. Necesito que nos volvamos a ver antes de la ceremonia.

—Creo que podré hacerte un hueco.

Con un guiño de ojo se alisó el ajustado corpiño y salió del pasillo,

saludando con un suave gesto de la cabeza a Esteban, que le correspondió con otro igual para luego abrir mucho los ojos en dirección a su amigo.

—¿Qué líos te traes de nuevo con esa pedazo de mujer, amigo?

—Muchos menos de los que me gustaría, te lo aseguro. —Suspiró pesadamente mientras la observaba perderse en el largo pasillo central, y después se centró en Esteban—. Dime que me has interrumpido para algo importante.

Una risa cómplice se extendió por los labios del jefe de seguridad, y negó con la cabeza.

—Me temo que no es tan urgente como el asunto que estabas atendiendo, pero sí necesario. Hemos descendido significativamente en número de efectivos al habernos hecho cargo de Savage y sus hombres, tras el motín en el agujero negro. Por eso creo que será necesario reorganizarse para esta noche, ya que no he dado orden a los efectivos que se los han llevado de que vuelvan.

—Has hecho lo correcto, se deben de quedar allí vigilándolos hasta que tomemos una decisión al respecto. —La expresión de Malcom volvió a adoptar la gravedad que indicaba que se había empezado a centrar, aunque sabía que el tacto y la imagen de Juno no se despegarían de él en todo el día—. Tendremos que reorganizarnos.

—Hagámoslo en las habitaciones que nos han cedido los magos. Creo que tienen un *licor de supernova* magnífico.

Y dicho aquello se pusieron en marcha hacia sus aposentos, mientras en la sala de reuniones un hombre miraba una de esas botellas, a la vez que la observaba a ella. Solo quedaban ellos dos, pero el ambiente de tan denso, se tornaba irrespirable. O quizás era más respirable que nunca, porque sentía cada molécula de aire impregnada de la esencia de Gaia, y eso hacía que no quisiera salir nunca de aquella habitación.

Melchor y Beatriz se habían despedido hacía apenas un minuto, con una mala excusa que indicaba a todas luces que se querían quitar de en medio para dejarles su espacio. Y Gaia se lo agradecía, porque al ver al mago de nuevo, con su imponente cuerpo y esa mirada instigadora que parecía saber hasta sus más oscuros anhelos, el rechazo y la resistencia que la agitaban se rompieron en mil esquirlas que volaron fuera de su piel.

Se descubrió ansiosa por sentir, hambrienta por saborearlo, crispada por la rotunda necesidad que le despertaba. Se acercó a Baltasar, interponiendo la mesa entre ambos y esbozando una sonrisa tenue.

—¿No vas a darme la bienvenida, mago?

—Has saludado a todos antes que a mí, pensaba que no creías necesario decirme hola.

—Hola.

Gaia amplió su sonrisa ante la mala cara de Baltasar, que soltando un bufido fue hasta la botella de cristal del *licor de supernova*, y sin la sutileza de buscar una copa para verterlo en su interior, llevó directamente sus labios a la amplia boca de la botella y bebió un trago generoso, sin dejar de mirarla. Cuando acabó, un fino hilillo del líquido corrió por su barbilla, mientras alzaba la botella en dirección a la bruja.

—¿Bebes?

—Por supuesto.

Gaia rodeó la mesa para encontrarse con Baltasar, que estaba apoyado en el borde de la misma, pero cuando llegó a su altura no cogió la botella que le ofrecía este. Lo dejó con el brazo extendido pegándose a su cuerpo, y con una mirada seductora sacó la lengua y lamió los restos de licor de la barbilla firme del mago, sin dejar de mirarlo como él había hecho al beber. Y no contenta con ello le cogió el brazo, dirigiéndole la mano que portaba la botella a los labios, pidiéndole sin palabras que volviera a beber.

Un brillo peligroso parpadeó en los ojos oscuros del hombre, pero obedeció bebiendo otro trago largo ante los expectantes ojos de la mujer que lo volvía loco. Sin esperar a que él separara la botella de sus labios, Gaia se inclinó hacia delante deslizando el cristal hacia un lado para sustituirlo por su boca, que selló la de Baltasar, introduciendo con premura la lengua en su interior para lamer los restos de licor con deleite.

Aquel contacto inesperado fue tan excitante y caótico para sus sentidos que Baltasar se apresuró a dejar la botella sobre la mesa, para llevar sus manos a las redondeadas nalgas de su bruja y auparla contra su cuerpo, en un intento de fundirla con él.

Gaia se aferró a los fuertes hombros de su coloso, rodeando con sus piernas las caderas firmes, y dejando que escalara con ella a rastras la mesa de reuniones, hasta que ambos estuvieron sobre la gruesa madera. Baltasar la acostó en la dura superficie y profundizó el beso, hasta que sintió que se ahogaba en él, pero no le importaba porque respirar en ese momento era secundario.

El mago no se despegó de su boca para llevar las manos a las tiras que apretaban el corpiño de cuero negro que Lunae le había dejado, tironeando de ellas con saña hasta que consiguió soltarlas. Tiró de la prenda hacia abajo y

Gaia pudo sentir el frío de la sala erizar las cumbres de sus pechos apretados, un segundo antes de que la boca hambrienta de Baltasar se lanzara a devorar sus pezones.

Su lengua se enrolló en torno a ellos, para dar después paso a sus dientes que los arañaron tirando un poco, curándolos más tarde con sus labios. Y vuelta a empezar, una tortura deliciosa, un placer que viajaba como corriente alterna desde la cumbre de su pecho hasta su entrepierna, descargando coletazos de delirio que iban humedeciéndola más y más.

Sin saber cómo había llegado allí sintió que una mano se introducía por debajo de la falda de cuero, llegando hasta las braguitas negras, y sin esperar ni ser suave dos dedos acariciaron la carne tierna de su centro, empapándose de ella para después colarse en su interior como el ladrón que saquea una fortaleza.

—Baltasar —gimió cerrando los ojos demasiado extasiada con las sensaciones que la barrían, con la fuerza que desprendía el hombre que la tenía hechizada—. Puede entrar alguien.

Un gruñido salió de los labios del mago mientras seguía degustando sus pechos a placer.

—Me importa una mierda que alguien pueda entrar, solo espero que sea prudente para salir igual de rápido, y respecto a ti, preciosa mía, —acarició con sus dedos su interior, cogiéndola de la nuca para alzarle la cabeza y que lo mirara directamente a los ojos—, solo quiero beberme los jadeos de tus labios mientras te corres como una salvaje.

Sin dejarla contestar se acostó a su lado en la mesa, lanzándose a su boca para devorarla, amando su interior con los dedos, recorriendo posesivo su espalda y sus pechos con la otra mano, presionando su erección ardiente contra su muslo. El calor la envolvió como una ola del mar, y dejó que el placer la arrasara por completo, y cuando parecía que había llegado al límite de su excitación, Baltasar abandonó su boca para bajar hasta su sexo, abriendo bien sus piernas para hacer el mismo trabajo que había realizado en sus labios. Chupando, mordiendo y rasgando, lanzó a Gaia a un orgasmo demoledor, que la dejó lánguida en los brazos del hombre más abrumador con el que se había tropezado jamás.

Baltasar ascendió por su cuerpo, apoyándose sobre el codo para observarla. Con las mejillas coloradas, el pelo corto despeinado sobre la madera, los labios rojos por los besos y entreabiertos, con su delicioso aliento listo para que él lo devorara. Su pecho desnudo y respingón apuntando al

cielo, incitándolo como una fruta pelada con mucho jugo, la falda corta que apenas cubría las piernas largas y fuertes, esas entre las que se quería deslizar hasta quedar enterrado en su interior.

Era su diosa, era su perdición. Se dejó caer boca arriba a su lado cerrando los ojos y resoplando fuerte, entonces fue Gaia la que se incorporó sobre un codo, apoyándose con el otro brazo sobre su pecho.

—¿Por qué suspiras, morenito?

Baltasar sonrió observando el espectáculo de sus ojos de cerca, el brillo morado imposible rodeando a un azul cielo más claro que nunca.

—Porque me muero por meterme entre esas piernas preciosas que tienes, pero sé que Melchor o cualquier otro estarán al caer.

—Hace un minuto no te importaba.

—Hace un minuto me hubiese resultado imposible parar, gatita, pero ahora que he recuperado un poco de cordura tengo que aprovecharla. Tendría que matar al tío que te viese desnuda y excitada para mí.

Gaia puso los ojos en blanco frunciendo el ceño.

—Creo que exageras un poco, bombón, no soy de tu propiedad.

La mirada de Baltasar se endureció, y cogiéndola por la nuca con una mano acercó su rostro hasta que apenas los separaban un par de centímetros. El marrón de sus ojos casi había desaparecido por la dilatación de sus pupilas.

—Mientras sean estas las manos que te tocan, —alzó una mano acariciando su rostro con una suave pasada de su amplia palma—, y esta la boca que te come —acercó sus labios a los de Gaia robándole un beso fugaz—, y este el corazón que aceleras —colocó la palma de la bruja sobre su pecho para que sintiera sus latidos veloces—, mientras sea yo el hombre que entra en tu interior y hace que se escapen lamentos de tu preciosa boca, créeme que sí eres mía y de nadie más. Al menos durante el tiempo que te tengo, por eso no permitiré que nadie entre por esa puerta y te vea así.

Gaia tragó saliva de forma pesada, quedándose prendada de aquella mirada, del hombre y de su declaración, pero sobre todo del tono vehemente empleado en la misma. Y sin querer su mano también viajó al rostro del mago, pasando sus dedos por la frente, repasando el contorno de sus grandes ojos marrones de largas pestañas; dejó revolotear sus dedos por la piel suave de sus pómulos, repasó la mandíbula firme y acabó en sus mullidos labios, tan calientes, tan deseables que alzó un poco la cabeza solo para rozarlos suavemente con los suyos. Un frote ligero que le hacía pensar en pétalos y terciopelo, con el inconfundible sabor de su mago que ponía en guardia todo

su cuerpo, excitándola y haciéndola sentir arder por dentro. Y cerrando los ojos para esconderse hasta de sí misma susurró, dejando caer las palabras en los labios de Baltasar:

—Me haces sentir demasiado, yo nunca he pedido nada como tú.

—Pero estoy aquí, y me deseas. Niégalo si no es así. Dime que no te mueres porque me meta dentro de ti y te haga el amor como un salvaje loco por tus huesos.

Ojalá solo fuera deseo lo que atormentaba su alma. Ojalá con un jodido polvo se matara aquel anhelo lacerante. Porque ya no era solo en su presencia, Baltasar estaba en su mente durante todo el día, y también en su cuerpo durante la noche. Cuando se acostaba en la cama, sus sueños estaban inundados por imágenes del mago acariciando su cuerpo y penetrándola sin descanso toda la noche. Como si quisiera hacerse uno con ella, como si quisiera grabarse en su interior.

—¿Serviría para algo negarlo, mago?

—Mientras tu cuerpo diga lo contrario, no, no servirá de nada. Porque me siento incapaz de separarme de ti.

Notó como si cientos de hormiguitas estuvieran trabajando en su estómago, a la vez que la garganta se le cerraba y le costaba tragar. La intensidad de aquel hombre amenazaba con destrozarla, y ella, aunque no se lo diría, se sentía incapaz de separarse de él.

—Me vas a matar, maguito, así que te diré esto solo una vez. —Sin separar su frente de la de Baltasar, abrió los ojos y suspiró en sus labios—. Sí, te deseo casi con dolor, me tienes todo el día pensando en ti enterrado hasta el fondo en mi interior, en tu cuerpo enredado en las sábanas con el mío, en follar hasta que consigamos desmayarnos y seguir cuando nos levantemos. ¿Estás contento?

Un gruñido ronco salió de los labios de Baltasar, sonriendo sobre los de la bruja. Aunque no podía obviar el hecho de que no había hecho mención alguna a los sentimientos, solo al deseo más que inflamable que sabía que existía entre los dos, como si ella fuera el combustible y él la mecha que la hacía arder. Pero él quería mucho más, quería que lo necesitara como él a ella, que le pesara en el pecho su ausencia, y que se le revolucionaran todas las células del cuerpo cada vez que lo veía.

—No imaginas cuanto, ¿entonces puedo llevarte a hacer el amor ahora mismo?

Su sonrisa pícaro de felino hizo que en los labios de Gaia apareciera una

igual.

—Ahora voy a dar puñetazos al saco que tienes en el gimnasio, hasta que se me olvide la conversación que acabamos de tener. —Empujó a Baltasar con su cuerpo para incorporarse, dando un salto de la mesa y recolocándose el corpiño ante la mirada hambrienta del hombre—. Hay que ahorrar energías para esta noche, las podemos necesitar.

—Eres una cobarde.

El mago lanzó la acusación sabiendo que enervaría a la bruja, y su respuesta no se hizo esperar. Se lanzó hacia él con expresión seria cogiéndolo por la pechera de la camiseta y lanzándole su fiera mirada.

—Yo no soy ninguna cobarde, majestad, pero sé priorizar, y ahora mismo me apetece entrenarme duro para esta noche. Además deberías enseñar a tu ego a encajar una negativa.

Se miraron intensamente y Baltasar asintió.

—Cómo quieras, pero creo que te sobran energías, chica Kinov. El problema no es de mi ego, es que te acojono tanto que no quieres llegar más allá conmigo.

Gaia le sonrió sexy, con la mirada misteriosa, sin querer responder a aquello porque sabía que el mago en parte tenía razón. No podía implicarse más, no quería cruzar la línea de simples toqueteos sexuales a una entrega total. Aunque por otra parte sabía que era absurdo porque en sus brazos siempre se abandonaba a su merced. Lo soltó encaminándose con paso seguro hacia la puerta. Cuando llegó a la misma sintió el malestar que ya conocía en su estómago, ese que se instalaba como una bola de acero cada vez que se separaba de él. Y sin pensar en lo que hacía, le dijo:

—¿Vienes? —observó sus ojos negros y tomó aire para llenarse de valor. Reconocía que lo mejor era mantenerse lejos de él, para no remover sentimientos que no sabía cómo manejar, pero en aquel momento no le apetecía dejarlo allí—. No te puedo ofrecer un polvo pero sí un buen combate cuerpo a cuerpo. Eso sí, no llores cuando pierdas.

Una carcajada ronca salió de la garganta de Baltasar, que saltó de la mesa y se dirigió con paso seguro a la bruja.

—Para eso tienes que ganar, nena, y te aseguro que no te será fácil.

25. La ceremonia

Alexander acarició la urna de madera y cristal, con una forma muy parecida a la de un ataúd, y observó a la bella mujer que flotaba etérea en su interior. Con el vestido blanco y largo de tirantes, el pelo enredado con un millar de flores de colores, y la piel inmaculada y nívea, cualquiera podía pensar que se trataba de una diosa. Pero para él solo era una de las tres llaves que necesitaba para un fin.

Una parte de su ser vibró en protesta, pero intentó eludirla y centrarse en el plan. Aún así pudo ver que esa parte rebelde de su ser le mandaba las imágenes de su preciosa Lunae, pegada a una puerta maldita que intentó embeberse de su espíritu. Y como tantas otras veces le golpeó la sensación de que aquello no estaba bien, pero no podía dar marcha atrás. Tampoco quería. Lo que aguardaba detrás de esa puerta era tan enorme que lo necesitaba como nunca antes había necesitado nada, excepto a su bruja. Pero ella tampoco podría ser suya ya, después de lo que le había hecho reteniéndola durante semanas. Así que no dejaría escapar aquel poder.

Miró pensativo a la chica que tenía delante y entonces sacó una llave de una de las cadenas que llevaba colgada al cuello. Fue hasta la mesa escritorio que presidía su despacho, y sacó el cajón que había bajo el grueso tablero. Introduciendo la mano en su interior, presionó una palanca escondida en el espacio que había entre el cajón y la mesa.

De una de las patas saltó un trozo de madera, Alexander se agachó raudo introduciendo los dedos en el hueco que se había abierto, sacando con extremo cuidado una pequeña botella de cristal que contenía un líquido blanco de consistencia lechosa. Nadie podía sospechar que lo tenía, ya que era una de esas sustancias prohibidas por el Comité Mágico, por eso la guardaba tan celosamente. Volvió a la urna de cristal y la abrió con otra de las llaves que colgaban de su cuello.

Al instante el líquido en su interior comenzó a salir a borbotones, empapándole los pies con el olor a mar, flores, arena e incienso que caracterizaba al *embalsaucan*, el fluido que se desbordaba. Un embalsamamiento mágico que conservaba el cuerpo y lo llevaba al coma inducido hasta que se sacara del mismo.

Se apresuró a coger a la mujer inerte que se vio arrastrada por la

avalancha. Se sentó colocándola sobre sus piernas, peinando con los dedos los mechones mojados que jalonaban su rostro, y con una mano quitó el corcho de la pequeña botellita de cristal, llevando el líquido blanco a sus labios. La necesitaba dócil para él, no podía permitir que recordara nada o sino intentaría matarlo.

Derramó unas cuantas gotas sobre los femeninos labios entreabiertos y esperó paciente deseando que surtiera efecto. Porque ella había sido la primera pieza de su maestro plan, y no descansaría hasta llevarlo a cabo. Observó movimiento tras los párpados, apenas un simple aleteo, pero indicaba que estaba funcionando. Aquella poderosa poción, *lluveox almiun*, era el hechizo más potente de dominación que existía, ese era el motivo de su prohibición absoluta. Con ella era impensable que alguien pudiera escapar de la dominación que le impusiera otro, de forma que la persona que lo ingería se convertía en un pelele, sin voz, voto ni juicio.

La mujer abrió los ojos poco a poco, como aquel que despierta de un largo sueño con una sensación de irrealidad que le hace desconocer hasta dónde está. Ella llevaba durmiendo varias semanas en aquel letargo impuesto por el *embalsaucan*, y el mundo le venía demasiado grande.

Alexander contuvo la respiración cuando posó sus ojos morados en los de él. Una línea del color más azul de los cielos rodeaba sus pupilas, y en el centro de las mismas un punto blanco que le indicaba que el *lluveox almiun* estaba haciendo efecto. Exhaló poco a poco el aire que tenía retenido y sonrió con alivio a la mujer entre sus brazos, que observó con atención sus facciones para sonreírle también.

—¿Quién eres?

La voz le salió rasposa por el largo tiempo que la había mantenido sin utilizar.

—Alexander, un viejo amigo —mintió, sabiendo que con la pócima corriendo por sus venas nunca le contradiría.

—¿Y dónde estoy?

—En mi casa, querida, sufriste un tremendo accidente y yo me he encargado de cuidarte.

La mujer cerró los ojos y los volvió a abrir, arrugando el ceño. Hizo amago de levantarse pero un terrible dolor restalló en su cabeza, amenazando con partirle el cráneo, así que se dejó caer sobre el brazo de Alexander cerrando los ojos de nuevo. No entendía por qué se había tomado la confianza de dejarse acunar sobre el cuerpo de aquel hombre, pero tenía que llegar a Juno

cuanto antes si había sufrido el accidente que él decía.

—Tengo que ir con mis hermanas, seguro que estarán muy preocupadas.

La mirada de Alexander se oscureció, ¿por qué recordaba? Pero tratando de mantener la calma, la miró con paciencia y susurró con voz firme y melosa:

—Tranquila, querida, yo mismo me pondré en contacto con ellas para que vengan a recogerte cuanto antes. Pero fue la misma Juno quién me dijo que te quedaras aquí, aunque esté mal que yo lo diga soy un sanador formidable y dispongo de los medios para curarte.

El rostro de la chica se suavizó con sus palabras, sonriéndole tenuemente, la confianza se quiso hacer hueco en aquella mirada bicolor, y una parte de él se sintió rastrero. Esa que brillaba iluminada por la cálida luz de Lunae, esa que se mantenía viva por el calor almizclado de su esencia. Pero Lunae no estaba allí, y nunca estaría de nuevo junto a él, así que todo le daba igual. Aquella mujer era un medio para conseguir su fin, y haría cualquier cosa por lograr su objetivo. Mentir, sobornar, matar; la ambición justificaba todas sus faltas.

—¿Qué me ha pasado?

—Te explicaré todo ahora mismo. —Con una amplia sonrisa se levantó, cogiéndola entre sus brazos como si de una nube espumosa se tratara y tuviera miedo de desintegrarla—. Bienvenida Alethea, agradezco a los dioses tenerte con nosotros de nuevo.

Alethea volvió a sonreír dejándose sostener por el hombre que la miraba con extraña expresión de admiración, sin saber que era un lobo hambriento de poder el que se escondía tras sus elegantes facciones.

Su mirada felina la recorrió de arriba abajo antes de posar sus manos en sus sedosos hombros. Beatriz dio un respingo y se encontró con los ojos del hombre llenos de anhelo reflejados en el espejo de pie. La mirada le brillaba candente, y su interior palpité nervioso ante tal escrutinio.

—Melchor me has asustado. —Aunque intentó que el tono sonara reprobatorio, la queja se oyó débil y el deseo danzó a sus anchas enlazado con sus palabras.

—Deberías asustarte, sí —ronroneó mirándola a través del espejo, y dejando caer su aliento caliente sobre su cuello—, pero por todas las cosas que quiero hacerte.

Los ojos del mago se deslizaron por el sujetador de encaje negro, las braguitas a juego que se ajustaban a su piel abrazándola, y las medias con ligeros platas que eran una poesía al erotismo y al placer. En los pies unos tacones plateados que hacían juego con el magnífico traje negro que aún no se había enfundado. Melchor posó sus manos en los ligeros arrastrándolas hacia arriba, hasta la curva de su cintura, para después volver a bajarlas por el centro de su abdomen hasta acariciar su sexo en suaves pasadas sobre la tela.

—No sabes lo que deseo estar de nuevo en tu interior, preciosa mía, nunca he estado tan obsesionado con nada. —Su boca dejó un reguero de besos del cuello bajando hacia el hombro, y después cogió su barbilla con una mano, girándola hacia él. Sus ojos lucían serios y graves—. Prométeme que esta noche te mantendrás a mi lado y no arriesgarás más de lo necesario.

Beatriz buscó su mirada y sonrió, acercando sus labios a apenas un suspiro.

—No me separaré de ti, además, se luchar muy bien. Ya te lo he demostrado en el ring.

Capturó los labios de Melchor en un mordisco y el mago gimió encantado. Le gustaba aquella mujer y lo que le hacía sentir, como si la sangre en su interior se volviera más líquida, y se convirtiera en una suerte de ácido que se comía todo y solo dejaba libre el deseo, vibrante y arrollador. Y algo mucho más peligroso que el deseo en lo que intentaba no pensar, pero que sabía muy bien qué nombre tenía. Porque Beatriz se había metido en su cabeza, en su cuerpo y en su corazón a un nivel molecular que ya nada podría separar. Por eso respondió a su beso con fervor, girándola para abrazarla fuerte contra su pecho, sumergiéndola bajo sus brazos.

—Cuando toda esta mierda termine te pediré la revancha, pero tú estarás desnuda, mis manos en tu pecho y tu trasero, y mi premio será hacerte el amor contra las cuerdas.

La imagen mental de aquel hombre penetrándola por detrás mientras se aferraba a las cuerdas para no caer, hizo que deseara arrancarse toda la ropa y arrastrarlo al gimnasio. Pero tenían tiempo para todo. Primaba el deber en aquel momento, aplastar como una cucaracha al culpable de los males de muchos.

Se sintió flotar abrazada al cuerpo fuerte y caliente del hombre que amaba, y con un suspiro renuente se separó de él, apoyando su frente en la suya.

—Cuando todo esto termine haremos eso y mucho más. Ahora ayúdame a ponerme el vestido o sino no respondo de mis actos.

Y es que Melchor estaba espectacular, con un traje de chaqueta negro, su

pelo rubio ceniza peinado con gomina para despuntar los cortos mechones hacia el cielo, los ojos azules electrizantes descargando ramalazos de deseo por toda su piel. Y una sonrisa de verdadero lobo relamiéndose, a punto de saltar sobre una presa que quería ser devorada de manera indiscutible. Pero en vez de atacarla, lo que hizo fue ir a por el vestido que se hallaba estirado sobre la cama, y con infinita delicadeza deslizó el raso negro y fresco sobre la piel caliente de Beatriz, que siseó por el cambio de temperatura.

—No estoy acostumbrada a que me hagas caso, mago.

Una risa ronca y profunda brotó de los labios masculinos, mientras le ajustaba los finos tirantes de pedrería sobre los hombros. Estos descendían hasta unirse a mitad de la espalda, formando un dibujo de un corazón, de cuyo vértice inferior salía otra fina cadenita de pedrería, dejando al descubierto una buena porción de piel.

—Solo lo hago porque si no, tendré que quitártelo todo, tumbarte en esa cama y meterme dentro de ti. —Y conforme lo iba diciendo Beatriz lo recreaba en su mente deseando que lo hiciera—. Pero como bien has dicho, vamos tarde y no podemos permitirnos la licencia de no asistir.

Beatriz captó cómo su mirada se ensombrecía, justo antes de que bajara la cabeza buscando algo en su traje. El sonido crujiente de la cremallera justo encima de su trasero, fue como una línea de demarcación en su ánimo, dejando que la camaradería juguetona que manejaban ambos, diera paso a una seria solemnidad.

Las facciones de Melchor se volvieron líneas duras mientras le colocaba la falda de vuelo del vestido, que comenzaba tras el raso ajustado del trasero, formando una suave cascada de seda oscura. El mago cogió el bajo del vestido y lo fue arrugando dentro de sus puños hasta llegar al ligero. Llevando una de sus manos a su espalda, sacó dos puñales y una cinta de cuero que ató por encima del ligero, introduciendo entre la tira del mismo y la carne femenina las armas, apretando la cinta de cuero sobre la empuñadura de las mismas para que no se le cayeran. La miró con expresión grave, en sus ojos brillando con crudeza la pasión, esa que se siente como un impulso desbocado en el pecho.

—Espero que no los necesites, pero debes ir preparada. Utiliza tu espada, y guarda estos para momentos de necesidad. El puñal con piedras verdes incrustadas es paralizante, y el de las piedras moradas es capaz de generar un arco voltaico que fríe a una persona con solo rozarla. —Beatriz se estremeció ante el horror de las palabras del mago, Melchor acarició su mejilla

enamorándose una vez más del brillo que desprendía su mirada de miel—. Creo que si algo sucede podemos controlar la situación desde el principio sin problemas, pero hay que estar preparados. Además no conocemos demasiado a Malcom y su gente, y con las cosas que nos han contado Gaia y Baltasar y el supuesto envenenamiento, no sé qué pensar.

—¿Desconfías de ellos?

—Alexander es su hijo, Beatriz, ¿tú traicionarías a tu propio hijo? —replicó con ironía.

—Nadie ha hablado de traición, él lo va a capturar para llevárselo a su planeta, no es que lo vaya a entregar para que lo matemos.

—Eso es cierto, aún así, hay muchas variables que nosotros no controlamos.

Beatriz llevó sus manos al rostro masculino, a la mandíbula marcada, y dejó caer sus dedos hasta el cuello del hombre más atractivo que jamás se hubiese cruzado en su camino. Tan jodidamente apuesto que no tenía ni idea de qué hacía allí con ella. Pero después de perdonarlo, tenía más que claro que era suyo, y lucharía por él, lucharía por ellos porque no estaba dispuesta a separarse de nuevo.

—De una forma u otra ahora son nuestros aliados, y así los trataremos —le susurró tranquilizadora acariciándole con los dedos el rostro—. Y si algo pasa esta noche, lucharemos contra quién haga falta. Juntos.

Melchor sonrió acercando los suculentos labios a los de Beatriz, su mirada oscura por el deseo.

—Me encanta cuando sale a relucir la guerrera fiera que hay en ti.

Beatriz salvó el escaso espacio que quedaba entre sus bocas, mordiendo el labio del hombre y tirando de él, para después lamerlo y susurrar sobre su lengua:

—Y apenas has visto una parte, maguito, verás cuando saque toda la artillería.

Melchor rugió en respuesta como si un tigre habitara en su interior, y se lanzó a su boca comiéndosela con un hambre de depredador, con esa ansia que te devora por dentro y te hace gritar de necesidad, haciendo inevitable el beso.

Cuanto más probaba de ella, de su sabor, de su saliva, de su esencia, más necesitaba, y sospechaba que aquel bucle apremiante no acabaría nunca.

Recorrió su cuerpo con ávidas manos y con el mismo ímpetu frenó el beso, agarrándola de la mano y tirando de la mujer que lo volvía loco de deseo hacia fuera de la habitación.

—Vámonos antes de que decida montarte en mi dracón y desaparecer.

—Eres un salvaje. —Pero su tono no mostraba desacuerdo, sino un disfrute indiscutible.

Volvió la cabeza para repasarla de arriba a abajo y gemir con un sonido gutural.

—Me lo provocas tú, bruja infernal, utilizas tus artes oscuras para hechizarme.

—¿Y no piensas hacer nada para evitarlo? —levantó las cejas sonriendo sugerente.

—Quizás provocar que te vuelvas aún más mala para que me ates a ti con tu hechizo y nunca puedas despegarte de mí.

Y con aquella respuesta el mago hizo que el estómago de Beatriz se inundara de miles de luciérnagas inquietas que la iluminaban desde dentro, dándole calor a su corazón, eso y esperanza. Se sintió llena de algo a lo que ya sabía muy bien ponerle nombre, y era sin posibilidad de dudas amor, uno puro, vivo y tan fuerte que los entrelazaba para toda la eternidad.

Siguieron recorriendo los pasillos del colegio de magos, saludando a grupos de personas muy arregladas para la ocasión.

—La gente va muy elegante, parece una boda de la realeza —susurró Beatriz observando los vestidos de gala de llamativos colores. Los hombres iban vestidos con traje de chaqueta e impolutas capas brillantes, que lucían cortas sobre sus espaldas.

—Nadie tan preciosa como tú. —Melchor le sonrió como un villano relamiendo su cuerpo con la mirada, calentándole las entrañas—. La ceremonia es una ocasión muy importante para los magos, algo así como una graduación para los humanos. Supone el fin de sus estudios comunes mágicos, y a partir de aquí pueden especializarse, tras realizar su prueba de fin de estudios, claro.

—La prueba que te alejó de mí. —El tono de la bruja se ensombreció, y en respuesta Melchor le apretó la mano, dejándole claro que eso no volvería a pasar.

—Para cada mago es diferente, se decide según los puntos fuertes y débiles de su formación, y sus experiencias vitales.

—¿Y cuáles son tus puntos fuertes? —se interesó, sonriendo.

—Tengo tantos que no sé por dónde empezar —Melchor rió ronco llevándose un manotazo de Beatriz—. Tengo el don de detectar situaciones peligrosas, como una especie de alarma interna que se activa antes de que algo malo suceda. Aunque a veces solo unos segundos antes, lo justo para empuñar la espada antes que el adversario.

Hizo un gesto en el aire llevándose la mano a la espalda como si cogiera su acero, y Beatriz lo miró con los ojos muy abiertos.

—Estás muy mal, tío. —Aunque en verdad le encantaba ver cómo era capaz de desprenderse de esa capa de sobriedad suya propia de líder, y sacar su lado más divertido. Y al pensar eso, le jodió infinitamente no haber podido disfrutar de todas aquellas partes del hombre que amaba en los últimos años—. Es una lástima que por una estúpida prueba impuesta me hayas dejado tan perdida todo este tiempo.

La expresión de Melchor se enfrió y dejó que sus ojos nostálgicos vagaran por el precioso rostro de la mujer que amaba. Porque aquella mañana, cuando se había levantado con ella entre las sábanas, con sus piernas y sus esencias enredadas, aquel sentimiento había ardidado con fuerza en su pecho, calando su alma hasta dejar una huella imborrable.

Siempre la había querido, no había pasado un día que no la anhelara desde que se separaron hacía ya tanto tiempo, pero tenerla en su cama, junto a su cuerpo bajo la luz del amanecer, le había hecho desear que todos los días fueran así. Y había tomado una decisión. Solo le faltaba que aquella noche saliera bien para poder hablar con sus compañeros, Baltasar y Gaspar.

Acarició el rostro de Beatriz con trazo firme pero suave, recordando la maldita prueba y ese mismo rostro femenino aquel asqueroso día ya tan lejano, el día que la abandonó cuando aún eran adolescentes. Los recuerdos aparecían emborronados por el dolor y la ignorancia. Y con la intención de borrar todo aquello para siempre, la arrinconó contra la pared, ante las expresiones de disgusto de algunas de las personas que pasaban por el amplio pasillo, por haberlas arrastrado a su paso. Cogió su cara y la besó rudo, de esa forma salvaje que le ponía a Beatriz la cabeza del revés.

Se enredó al cuello ancho de su mago y dejó que la moldeara con su boca, que transformara su estado de sólido a líquido. Se separó de sus labios ahogando un rugido que vibró en su pecho.

—Cuando todo esto pase, nena, te recompensaré cada una de las noches que hemos pasado separados. Aunque te advierto que soy un hombre insaciable y no sé si podrás seguirme el ritmo.

Con una mirada juguetona Beatriz se apretó a su cuerpo, restregando sus pechos contra el tórax duro del hombre, y sonrió, de esa forma que iluminaba toda la estancia.

—Creo que el que tendrá que apurarse serás tú, desde que la magia burbujea en mi interior soy incandescente.

Melchor jadeó de esa forma profunda que estaba segura que era capaz de alterar a cuantas mujeres hubiera en un radio de varios metros, y cogiéndola de la mano la arrastró para continuar su camino, echándole varias miradas incendiarias que consiguieron justo su objetivo.

Un poco más adelante, en lo alto de unas grandiosas escaleras, se alzaba el portón de madera que daba acceso al salón de actos de la escuela, por donde los invitados desaparecían como si aquello fuera un agujero negro, solo que de su interior se derramaban haces de brillante luz.

Cuando Beatriz puso un pie en el brillante mármol blanco, tuvo un escalofrío recordando un mármol igual de immaculado en la sala de la fe de la Fortaleza, que había acabado teñido de sangre, y deseó que aquella velada tuviera un final mucho más feliz.

Agarrándose con fuerza del brazo de Melchor, subió aquella escalinata con paso firme, escudriñando a su compañero al saber que su expresión cambiaría si la cosa pintaba mal. Pero su cara permaneció imperturbable, adoptando la máscara de líder perfecto y encantador, saludando con la cabeza a unos y a otros, derramando su calidez dando la mano a un mago viejito que lo observaba con admiración.

La miró excusándose para hablar con él, y ella siguió avanzando unos metros buscando a su padre o a Moruena, pero fue una mano bronceada quien la agarró del desnudo antebrazo, notando como una descarga sacudía su sexo ante el contacto.

—Dante —susurró al aire, no tenía que mirarlo para saber quién era, no deseaba hacerlo porque aquel hombre nublaba su mente, sumiéndola en un caos confuso. Solo un brujo sexual podía provocar esa reacción en ella.

—El mismo, nena. —Su voz en sí misma era una provocación—. Me puedes mirar ¿sabes? No muerdo... Por ahora.

Reticente volvió la cabeza y observó sus ojos, que parecían dos ventanas a un mar de bronce líquido en el que se quería sumergir. Pero no, sabía muy bien que aquello era un hechizo y tenía que sobreponerse. Evocó las manos de Melchor, sus ojos azules embravecidos devorándola mientras hacían el amor, y aunque el influjo del brujo se hizo más llevadero, la excitación aumentó hasta el dolor.

Aguantaría como fuera.

—No eres bueno, «nene», seguro que ese poder se puede modular. Una vez me leí un libro en el que ponía algo similar.

—Pamplinas, es algo que va en mi sangre, en el mismo componente de mis

células. —Le regaló su amplia sonrisa de dientes blancos, guiñándole un ojo—. Además me encanta ser así. Solo me estoy reservando para esa amiga tuya, Elena, ¿verdad? —Paladeó el nombre como si fuera un helado de chocolate que se deslizaba por su lengua—. Solo de nombrarla me apetece correrme, eso seguro que significa algo.

—Que estás salido, tío.

Una sonora carcajada reverberó en la sala. Algunos asistentes al evento volvieron las cabezas malhumoradas hacia Dante, pero en seguida desplazaban sus ojos a otro lado, sabedores de su poder, excepto las mujeres, que eran incapaces de dejar de mirarlo. Consciente de su influjo Dante regaló miradas y sonrisas a todas ellas, haciendo que sus mejillas se arrebolaran, y con un último alarde de chulería se acercó al oído de Beatriz y susurró:

—Lo que no sabes es que cuanto más tiempo está un brujo sexual sin follar, mayor se hace su influjo, hasta puntos insoportables. —Otro calambre atravesó el centro de Beatriz, llegando hasta sus pezones como el restallido de un látigo—. Por eso tengo que encontrar pronto a esa amiga tuya, para que estar conmigo no sea tan estimulante, y confío en que me ayudarás a hacerlo, recuerda que me debes una por ayudarte a salir de la Fortaleza.

—No juegas limpio.

—Eso sería aburrido, preciosa mía. —Se separó con una inclinación de cabeza, y comenzó a alejarse a paso rápido sonriendo a un punto más allá de su hombro—. Chao bambina, te dejo con tu ogro de las cavernas.

Beatriz sintió la presencia de Melchor antes de que llegara a su lado. Estaba cabreado, su cara contraída en un furioso rictus dirigido a Dante.

—Ajustaré cuentas con ese cabrón.

—Déjalo estar, no puede remediarlo.

—Lo que no puede hacer es acercarse a ti.

Beatriz tomó su rostro entre las manos, y embebiéndose en sus ojos azules más oscuros de lo habitual, lo besó suave en los labios, separándose en seguida para confesarle:

—Yo soy tu chica, mago celoso, ni él ni nadie podrán convencerme de lo contrario.

Con una sonrisa, fue ella la que tiró de él a lo largo del pasillo entre butacas, besándolo cuando llegaron a la mitad del mismo. En uno de los asientos halló un letrero dorado con su nombre, Beatriz Bianchi. Las letras brillaban como si fueran obra de una *argempluma*, una de esas plumas raras que funcionaban con plata líquida mezclada con un pelín de polvo de estrellas.

Algunos decían que si escribías con esas plumas, tus deseos podían cumplirse, y por si acaso intentaría hacerse con una para pedir aquello que más quería: que Melchor se mantuviera a su lado. Siempre.

No podían sentarse juntos porque él debía estar en el escenario con el resto de magos y dar el discurso de bienvenida, pero desde esa posición en la esquina del pasillo podría sumergirse en sus ojos cuando quisiera.

—No te muevas de aquí, querida.

—Esperaré ansiosa a que termines tu discurso.

Beatriz se sentó en la acolchada butaca, observando encantada la sonrisa de medio lado del mago y cómo soltaba su mano con renuencia para acercarse a los magos que presidirían el evento, que ya estaban colocándose en el escenario.

Colgado del cartel con su nombre había una lista de los magos que se coronarían aquel día, y se entretuvo leyéndola hasta que vio de reojo unos zapatos masculinos que se detenían a su lado. Cuando levantó la mirada y se encontró con la de Admes se irguió como un resorte para dejarlo pasar, una sonrisa nerviosa colgaba de sus labios.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Beatriz. —La miró con unos ojos muy parecidos a los suyos propios aunque más oscuros, y le sonrió tenuemente—. Estás muy guapa.

—Tú vas mucho mejor sin casco.

Admes rio suavemente bajando la mirada.

—También me siento bastante mejor sin él.

Beatriz observó su pelo con matices cobrizos, parecido al de Moruena, sus facciones aún adolescentes, y sintió una vez más la indignación hervir dentro de ella. Hacia el destino que se atrevía a sellar el futuro de un niño con una extraña profecía de muerte, hacia los herodianos y hacia Jacob Mendel en particular, por someter a los demás sin importarle nada. Y deseó que alguien le diera una verdadera lección, que aquella noche él fuera la amenaza y ella la mano ejecutora.

Su mirada se encontró con la de Admes de nuevo y Beatriz se sintió perdida, ¿qué debía ser aquel chaval para ella? ¿Su salvador, su hermano, su amigo? Porque le constaba que Víctor y Moruena ya habían hablado con él, explicándole todo. Sus orígenes, su maldita profecía.

Quizás la clave estaba en no poner etiquetas a nada y dejarse llevar.

—No hemos tenido ocasión de hablar en serio desde la Fortaleza, te he podido decir gracias, pero no lo mucho que has hecho por mí. Sin tu

intervención quizás estaríamos muertos, o bajo las órdenes de Mendel, que es mucho peor.

La sonrisa de Admes se amplió, y alargó la mano hacia su medio hermana, apresándola entre la suya.

—Creo que mi cerebro entendía antes que yo que eras una persona especial y no te podía perder. Además llevaba mucho tiempo urdiendo un plan para atacar a ese cretino de Mendel. —Apretó la mandíbula queriendo masticar su rabia, desviando la mirada al frente, perdiéndose en la frustración que aún se conservaba fresca en su mente—. Y la aparición de Alexander, el hijo de Malcom, lo hizo todo tan insoportable que terminó de dinamitar la situación. Tus ojos me dieron la fuerza para irme de allí.

Admes la volvió a mirar sonriendo cálido.

—Así que gracias también a ti, Beatriz.

—Me alegro mucho de haberte encontrado. —Titubeante, dejó entrelazadas sus manos sin saber si seguir por ese camino, pero sus labios se movieron antes de que pudiera tomar una decisión—. Moruena y Víctor están realmente felices.

La expresión de Admes se endureció, adquiriendo un tinte inequívoco de tristeza. Sus ojos la rehuyeron perdiéndose en el mar de caras, vestidos de vuelo y capas de mago que engalanaban la lujosa sala como si fuera un arcoíris, con haces de luces que parecían bañarlos como gotas de rocío. Entonces la sonrisa volvió a su rostro, aunque en sus ojos seguía brillando una pena, quizás por lo que podía haber sido y no fue.

—Los niños del pueblo siempre me decían que no me parecía a mis padres, se metían conmigo por ello y me daba igual. Hacía cosas extrañas que no me correspondían, y mi madre me miraba con una preocupación extrema, como si hubiera algo en mí que no reconociera. Pero entonces yo no era capaz de ver eso, claro. —Una risa amarga hizo que volviera a bajar el rostro, cogiendo la capa que él mismo llevaba para estrujarla entre sus dedos—. Fue sobre los siete años cuando empecé a poder hacer cosas que los demás no hacían. Mi poder se basa en el fuego, ahora lo sé. Recuerdo el primer día que ocurrió. Estaba tan enfadado que sentía como si la sangre me hirviera en las venas, y entonces grité cerrando los ojos, y al abrirlos, los troncos que había partido mi padre para la chimenea estaban ardiendo.

—¿Qué dices?

—Sí, mi padre vino corriendo cuando comencé a pedir ayuda, recuerdo bien su cara de espanto al contemplarme, tenía las manos rojas como si hubiera

tocado las brasas, ¿sabes? —Extendió sus palmas ante ella como si aún se pudiera ver como una huella imborrable lo que contaba—. Y a partir de aquello, empezaron a llegar las notas.

—¿Notas de quién? —preguntó Beatriz extrañada, absorta en las palabras de su medio hermano. Él sonrió misterioso.

—Al principio se las enseñé a mis padres, pero su reacción cuando lo hacía siempre era gritarme y tirarlas al fuego, así que al poco me las guardé para mí. Eran de tu padre. —Admes la miró a los ojos con una mezcla de seriedad y nostalgia, sonriendo mientras ella abría los suyos como platos—. De nuestro padre, supongo. La mayoría eran explicaciones acerca de mi magia, indicaciones de cómo debía manejarla. Siempre iban firmadas como: «Un amigo». Y siempre las consideré como tal, letras de un amigo que me hicieron la vida más fácil.

—¿Nunca le contestaste?

—No había remite alguno para hacerlo. Intenté mantenerme al acecho, rastree los sitios en los que solía dejar las notas, pero nunca hallé nada. A los doce años dejaron de aparecer, aunque para aquel entonces yo ya controlaba de sobra mi magia. Pero sentí que con la ausencia de esas misivas perdía una parte importante de mí.

Como reflejo a sus palabras, sus ojos se oscurecieron y la mirada perdida recayó en un punto lejano del escenario.

—¿Cuándo te enteraste de que eran de papá?

No se podía imaginar la frustración y el dolor que había sufrido aquel chico.

—Mi padre, antes de morir, me contó que en algún lugar, yo tenía otros padres que eran los responsables de la magia que habitaba en mí. —Admes miró a Beatriz una vez más, su mandíbula marcada por la tensión de aquellos recuerdos—. Puedo evocar muy bien la rabia que sentí aquel día, por sufrir la muerte de los que creía que eran mis padres y la ausencia de los que me habían traído al mundo. Lloré en soledad, grité y peleé con mis compañeros y al final, terminé por aceptarlo.

—Y ahora estás aquí, con todos nosotros, debe ser raro, ¿no es así?

—Pero no por ello menos deseable, Beatriz.

La voz grave y dominante de Melchor llenó la sala, interrumpiendo la conversación de los hermanos. Beatriz le hizo un gesto con el dedo, indicándole que más tarde hablarían, y se deleitó en las palabras firmes y envolventes de su hombre. Llenas de orgullo hacia los magos que se

graduaban, repletas de gratitud a los profesores que lo habían hecho posible. Sin duda Melchor era un líder, un hombre al que las personas gozaban escuchando, una de esas voces que la gente seguiría hasta el mismo infierno.

Cuando terminó de hablar subió el mago arrugadito que lo había saludado con anterioridad, y después dos más, algunos con un discurso muy interesante, otros más monótonos pero igualmente sabios. Le encantaría tomar clase en aquella escuela, estaba segura de que se llevaría un montón de conocimientos inmejorables y quizás algún día lo hiciera.

Beatriz se levantó jubilosa cuando los primeros magos que se graduaban comenzaron a subir al escenario. Reconoció a un mago bajito y pelirrojo, que solía ir por los pasillos con un monopatín al que le había instalado unas raras alas eléctricas que lo hacían elevarse varios metros del suelo. También observó a un mago moreno que solía pasarse por las habitaciones para comprobar que todo estuviera en orden, y después se sorprendió al ver subir al escenario a Brahim, el mago que la había ayudado a ponerse en contacto con su madre a través de *Holograf*.

Aplaudió con más fuerza mientras Melchor le ponía la corona, llevándose los dedos a la boca para silbar, y no contenta con ello abandonó su asiento y se adelantó unos pasos por aquel pasillo central rodeado de personas en pie, aplaudiendo enardecidas por la solemnidad del momento. Buscó su móvil pero recordó que no lo tenía, le hubiese encantado hacer unas fotos para immortalizar ese momento, aunque sabía que un acto tan especial, y el ver a su mago en todo su esplendor sobre el escenario, sería una de las muchas imágenes que se quedarían grabadas más allá de su retina para siempre. En su mente había una carpeta que se llamaba Melchor, y en ella atesoraba todos los segundos que pasaba con él, como si fueran piedras preciosas de un tesoro escondido en el fondo del mar.

En medio del clamor del momento, de pronto un sonido rotundo explotó haciendo que la sonrisa se le congelara en los labios, y provocando que se agachara instintivamente para protegerse mirando a su alrededor, intentando discernir de donde procedían las balas. Porque el ruido seco debía de ser el de un disparo, y a ese primero le siguieron dos más.

No tardó en levantarse instintivamente tras el grito masculino que siguió a la detonación, como si su misma esencia le hubiese obligado a otear el escenario en busca de Melchor. Pero ese sollozo desgarrado no era de su mago, sino del mago que la había ayudado en el COE a contactar con su madre, que tenía una mancha de sangre justo en el centro del pecho que se

extendía de forma dantesca, tiñendo el tejido antes blanco de un rojo escarlata.

Ese grito roto, ese aullido lleno de dolor que le arañó el alma, fue su pistoletazo de salida para que corriera horrorizada hacia Brahim, viendo cómo caía como un edificio en demolición. Pero a mitad de pasillo se frenó en seco, cuando el griterío inundó todo a su alrededor, como si una onda sonora saturara el aire, ahogándola en un mar de desesperación.

Miró a un lado y a otro buscando encontrar una cara amiga, un hueco por el que seguir corriendo para ayudar al herido. Buscó un apoyo al que aferrarse en medio de aquel huracán, pero solo vio gente corriendo como una avalancha hacia el accidentado y en dirección a la salida, y su mirada viajera se topó con la única persona que permanecía inmóvil en medio de aquel caos, como un ancla envarada que es incapaz de moverse.

Admes parecía estar a mil años de distancia de allí, con su brazo que caía laxo sobre su costado, sosteniendo aún la pistola con un agarre férreo. Su expresión había perdido cualquier atisbo de humanidad, y sus ojos... Aquellos ojos marrones amarillentos, tan parecidos a los suyos, estaban vacíos de cualquier emoción, perdidos en algo a la espalda de Beatriz.

Como si encendieran la luz en la habitación oscura a la que había quedado relegado su cerebro, Beatriz fue consciente de golpe de que su hermano acababa de matar a ese mago. A sangre fría, como un asesino, y al parecer era incapaz de dejar de mirar al frente, a su propia obra de horror salpicada por firmes trazos de sangre.

Notó cómo la furia burbujeaba en su interior, como si fuera ácido que roía sus entrañas y deshacía sus venas, y se levantó el vestido sin ningún pudor rescatando las dos dagas que Melchor le había metido bajo la liga. Su objetivo dejó de estar en el escenario, en el mago caído que ya nadie podría devolver a la vida, ni siquiera ella con su poder sanador, ya que no podía resucitar muertos, y él lo estaba. El objetivo ahora había dejado de mirar al frente por fin, y la observaba a ella con curiosidad. La cabeza inclinada, una sonrisa vaga.

Un grito nació en la garganta de Beatriz cuando se lanzó contra el que se suponía que era su hermano, que detectó el movimiento de ataque con rapidez, envarándose. Sus ojos seguían exentos de vida o emoción, o quizás tan llenos de odio y decepción que no podrían llenarse de otra cosa jamás.

¿Cómo no lo había visto venir? ¿Acaso estaba ciega? Aunque lo cierto era que no había visto en él nada sospechoso porque no lo había habido, ¿o sí? Quizás pequeñas lagunas de su historia que no cuadraban. Pero la realidad era

que acababa de disparar contra un mago sin motivo aparente, sabotando la ceremonia. ¿Por qué?

Para cuando llegó a él apartando a codazos a la gente, Admes ya empuñaba su espada, una negra como el carbón, y aguantó sin problemas la estocada de sus puñales repeliéndola hacia atrás con un empujón seco.

De fondo el griterío era ensordecedor, de reojo le pareció ver un destello plateado que antes no estaba allí, pero no pudo volver la cabeza para cerciorarse de lo que era ya que recibió el embate de su hermano, que más que hacerle daño solo buscaba amedrentarla y apartarla de él.

—No quiero luchar contra ti, hermana. Apártate.

Beatriz arremetió contra él una vez más, dura e inclemente a pesar de blandir solo dos puñales cortos, con la fuerza de una fiera largo tiempo enjaulada que al fin probaba la libertad. Y quizás fuera así, ya que ese animal salvaje que anida en el interior de cada persona, escoge los momentos más oportunos para salir.

—No me jodas, Admes, ¿qué mierda está pasando aquí?

—Lo que todos esperabais, ¿no es cierto? El ataque del enemigo.

Admes detuvo de nuevo su acero, para darle otro empujón que la hizo chocar contra alguien. Pero no se molestó en darse la vuelta, ya que se lanzó contra su oponente, agachándose para intentar cortarle en la pierna, consiguiendo rasgar su gemelo y arrancándole un gemido de dolor, que le hizo pegar un bote hacia atrás separándose de la chica.

—Tú no eres el puto enemigo, esperábamos a Alexander.

—¿Y quién te dice que no está aquí?

Con una repentina explosión de angustia en su barriga, Beatriz echó un rápido vistazo alrededor, comprobando que varias decenas de hombres con armadura inundaban el salón de actos, con el emblema de la Orden de Herodes en su casco, soldados que obedecían órdenes de Jacob Mendel.

Los mismos hombres que la retuvieron en la Fortaleza de Hércules se cernían como una pesadilla sobre los asistentes del evento, enarbolando sus aceros e imponiendo su crueldad. Varios grupos de magos se hallaban retenidos en una esquina, aunque no siguió observando más porque vio de reojo a Admes cernirse sobre ella, intentando inmovilizarla. Con un rápido giro lateral escapó de su agarre, lanzándose a su costado para clavar el puñal paralizante en el mismo, pero Admes fue más rápido frenando su avance con el acero negro, haciendo gala de sus años de formación en batalla.

—Deja de luchar, Beatriz, estáis en clara desventaja. Pocos llevan bajo esas

ropas de gala algún arma, y han bloqueado las puertas para que no podáis recibir ayuda.

Beatriz resopló mirándolo con expresión fiera, cegada por el rencor y la desconfianza.

—¿Por qué haces esto? ¿Para quién trabajas? Después de todo lo que te han hecho los herodianos, no comprendo cómo te puedes poner bajo las órdenes de ese asqueroso de Mendel.

La mandíbula de Admes se cuadró por la tensión sostenida entre sus dientes, su mirada brilló tan furiosa como la de Beatriz.

—¿Acaso tu propio padre ha sido mejor que él conmigo? —gritó irónico para hacerse oír entre el resto—. Ambos han sido igual de crueles al no tenerme en cuenta para tomar las decisiones de mi vida. Uno reteniéndome contra mi voluntad y el otro negándome unos padres.

—¡Te iban a matar! ¡Apenas eras un bebé!

—El peligro pasó y Víctor no vino a buscarme —respondió con todo el resentimiento que ahora sabía que tenía.

—Ya tenías una familia.

—También tenía derecho a saberlo, a saber por qué yo era raro entre el resto, a decidir si quería o no conocer a él y a Moruena.

Beatriz sintió como la pena iba diluyendo en su interior la rabia espesa que sentía, haciéndola más tolerable, quitándole las ganas de luchar, por eso no vio venir el ataque, por eso y porque la atacaron por detrás.

Algo puntiagudo atravesó la carne de su costado como si fuera de mantequilla, a la vez que Admes abrió mucho los ojos y avanzaba con la espada en alto hacia ella. Y sintió ridículo el morir así, a manos de un desconocido que la atacaba por detrás como un cobarde, peleando con un hermano que acababa de conocer, en una batalla que debería haber sido una gran fiesta y sin los brazos de su mago que la sujetaran mientras la vida se escapaba de su cuerpo. Pero el acero de Admes pasó por encima de su cabeza, descargándose en algún punto a su espalda, sosteniéndola con el otro brazo justo cuando las piernas le fallaban, y apoyándola en su pecho.

En el oído le susurró con palabras suaves y tranquilizadoras:

—Pase lo que pase aquí, no permitiré que te maten. —Pero contradiciendo sus palabras la agarró fuerte del pelo, tirando de ella hacia arriba, provocándole un dolor agudo en el costado que la hizo doblarse en dos—. Aunque no sigo las órdenes de nadie, comprende que tengo que entregarte.

Admes se desplazó por el salón con seguridad, tirando del pelo de su

hermana como aquel que lleva una presa para entregarla a los carroñeros. Su sonrisa se volvió de lobo y su mirada brillaba fría y segura, dirigiéndose al gran Jacob Mendel, que espada en alza reducía junto a sus hombres a los pocos asistentes que aún se resistían. De alguna manera Jacob había conseguido reunir a todo un ejército.

Beatriz no quería llorar pero el dolor en su costado parecía partirla en dos, y Admes tiraba tanto de su pelo que solo esperaba que consiguiera arrancarle pronto el cuero cabelludo para que aquella tortura pasara de una vez. Por eso sus ojos se empañaron por las lágrimas, pero eso no le impidió ver que como había vaticinado Admes, estaban en clara desventaja, y grupos de magos y brujos se hallaban arrodillados en varios rincones del salón, custodiados por los fríos guardias herodianos. Incluso alcanzó a ver a Malcom, apresado por varios hombres que forcejeaban con mucho esfuerzo con él.

Llena de congoja intentó ver a Melchor, pero no consiguió distinguir ni al mago, ni a su padre, ni a ninguno de sus amigos.

—¡Jacob! —gritó Admes como un demente, con la voz vibrante por el esfuerzo de alzarla de aquella manera—. ¡Tengo un regalo para ti, Mendel!

Todos los allí presentes se volvieron hacia él, siendo el ruido del acero sustituido por el silencio, salpicado con suspiros agónicos, suponía Beatriz que procedentes de magos amigos que la veían en aquella deplorable situación.

—¿No querías a esta zorra, Jacob? ¡Pues aquí la tienes!

—¡Suéltala hijo de puta, sino no verás un nuevo amanecer!

La voz de Melchor se alzó como un rugido entre el resto, desgarrada por una ira atroz e impotente, y un silencio total se adueñó hasta del tiempo, que parecía haber dejado de correr deteniéndose en un segundo irreal e indeseable.

Una carcajada fría y estentórea rajó la quietud de la sala, como si alguien le clavara un cuchillo, y las voces y los ruidos volvieron en forma de susurro.

—Mi querido Melchor, solo por oír tal malestar en tu voz mataría gustoso a esta mujer delante de ti.

Jacob se acercó a Admes cogiendo del cuello a Beatriz para ponerla delante de él, y aunque ella intentó librarse de su agarre, cada movimiento era un suplicio con la herida de su costado. Aún estando en las garras de Mendel, la bruja notó que Admes no soltaba su brazo, entonces ¿la defendía o estaba contra ella?

Sin preguntarse el porqué de todo aquel sin sentido, solo se centró en

Melchor, localizándolo al fin, mirándolo de arriba abajo, observando con ansiedad su cuerpo en busca de cualquier herida. Su camisa antes blanca e impoluta estaba rota por varias zonas, pequeñas manchas de sangre que no sobrepasaban la raja del tejido asomaban tímidas, pero ninguna de las lesiones parecía de gravedad. Eran sus ojos los que brillaban de una forma animal, con una expresión que nunca había visto en su mirada. Una cólera caliente que hacía promesas de sangre y dolor inmisericorde.

—¿Qué es lo que quieres, Mendel?

El tono frío y desprovisto de humanidad invitaba a contestar de la manera adecuada, pero Jacob se veía superior en aquella situación, y desplegó su crueldad como mejor se le daba.

—Quiero destruirlos, a ti, a Baltasar y al altanero de Gaspar, y no solo derrocaros, quiero joder vuestra alma hasta el punto de que me pidáis morir. —Una risa perversa cubrió sus sucios labios, mientras los dirigía al cuello de Beatriz, lamiéndola con lascivia—. Por eso me follaré a tu bruja delante tuyo, dejaré que cualquiera de mis hombres también lo haga, y después hundiré mi espada en su pecho. Pero antes necesito que haga algo por mí.

Un bufido salvaje vibró en el pecho de Melchor, y con un tono profundo replicó:

—Morirás esta noche, malnacido, rezarás porque te mate porque pretendo hacerte sufrir mucho antes.

La risa de Jacob se hizo más amplia, mirando con suficiencia a Melchor, tirando de Beatriz para llevarla con él y hacer realidad su asquerosa promesa, pero se encontró con una resistencia que no esperaba y al mirar hacia el lado observó que la mano de Admes aferraba con determinación el brazo de Beatriz. La duda relampagueó en el rostro de Mendel antes de dirigirse hacia él:

—Suéltala.

Admes sonrió ampliamente negando con la cabeza, lleno de seguridad.

—No es tan fácil, Jacob. También yo quiero que hagas algo por mí.

—¿Y qué coño quieres tú?

Beatriz distinguió el pelo rojo de Moruena, muy cerca de Melchor, que miraba con expresión horrorizada a su hijo. Víctor se situaba detrás de ella observando la escena con su habitual actitud de escrutinio, como si nada pudiera escapar al análisis de sus ojos, y deseó que diera con una solución a aquella situación que parecía insalvable.

Mendel había puesto a uno de sus hombres en cada una de las ventanas, así

como en la puerta cerrada, y el salón de actos se había convertido en una trampa de ratones repleta de gatos hambrientos.

—Quiero que me asegures que no me perseguirás por haber abandonado la Fortaleza.

Mendel lo miró de arriba a abajo con recelo, observando la forma que tenía de coger a Beatriz por el brazo, como si fuera una muñeca de trapo.

—Creía que nos habías traicionado. Te fuiste con ella, Melchor y todos los demás sin aclarar nada. Les mostraste el camino para escapar —añadió con rencor, estrechando los ojos en dos líneas frías y negras—. Por mucho menos otros han muerto. Además eres el elegido por las *dictalúmenes*, ¿no es cierto? Mi padre deseaba tu muerte porque predijeron que acabarías con nuestro linaje. Lo que no entiendo es cómo tú mismo te has delatado.

—Es una demostración más de que voy de frente contigo, Mendel, solo quiero ser libre a partir de ahora, no me interesa nada más de ti.

—¿Y por qué debería dejarte vivir?

—Porque ninguno de tus hombres te ha conseguido llevar hasta aquí, ¿verdad? El famoso colegio secreto de los magos. Yo sí lo he logrado, y todo lo que he hecho hasta ahora, incluso ayudarlos a escapar, ha sido una estrategia para conseguirlo, como te he explicado en la carta esta mañana. No hay demostración más potente de fidelidad a ti que esa.

Jacob asintió pensativo a la vez que Beatriz volvía el rostro hacia Admes, abriendo los ojos buscando los de él, sin creerse que aquellas gemas que ahora se mostraban distantes y frías, pudieran ser tan diferentes a la mirada de solo unos minutos antes, cuando se había sincerado con ella antes de la ceremonia.

—¿Cómo has podido traicionarnos?

—Qué ingenua eres, hermanita, al hablar de un nosotros con respecto a los magos, ¿acaso crees que alguna vez tu Melchor te dejará formar parte de todo esto? Sus leyes se lo impiden, querida, y él elegirá la magia, no a ti aunque te haya hecho falsas promesas de amor, ya que la ambición es lo que los mueve. A ellos y a todo el mundo.

Los ojos de Beatriz se cuajaron de lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas, sin poder evitarlo. ¿Qué importaba llorar llegados a ese punto, que tenía el cuerpo y el corazón lacerados por heridas? Y lo peor era que las heridas más graves, las del alma, habían sido asestadas por la que creía que era una mano amiga; eso era lo que más dolía. Aún así no pensaba tirar la toalla, llegados a aquel punto debía luchar o morir, y ella siempre elegiría la

vida.

—Qué coño sabrás tú del amor.

No era una pregunta, aún así Admes la miró con desprecio y le contestó.

—Lo único importante, sin duda: Que es una sucia mentira que siempre esconde otras cosas. La tapadera perfecta para lo que realmente hay detrás.

—No dejes que el odio hable por ti, hijo mío, no sé qué te habrá prometido Jacob, pero ten claro que no lo cumpliré.

La voz rasgada de Moruena hizo eco entre aquellas paredes, y Beatriz creyó distinguir un brillo que antes no había estado en los ojos de su hermano, antes de que despegara la mirada de ella para clavarla en Moruena.

—Y de no cumplir promesas y obligaciones tú eres la que más sabe, ¿verdad?

Las palabras cargadas de ponzoña fueron como dardos envenenados en el pecho de Moruena, que contrajo la expresión como si de verdad aquellas flechas mortíferas construidas con palabras se le hubieran clavado en el pecho. La voz de Víctor se escuchó por encima del resto, controlada pero llena de fuerza:

—Conozco bien a Mendel y no es de fiar.

—Tú eres el que mejor lo sabe, ¿verdad, Víctor? Los traidores nos reconocemos. —Una sonrisa de zorro apareció en la cara de Jacob, acercándose en la dirección del brujo sanador—. ¿O acaso no les has contado a tus amigos los tratos que has cerrado en varias ocasiones con la Orden de Herodes?

Varias caras sorprendidas aparecieron entre los asistentes, ya que por todos era sabido, tanto por magos, brujos y demás gente mágica, que hacer tratos con la Orden de Herodes era declarado traición. Pero Víctor no se amilanó, y lo miró con tranquilidad.

—Hasta el día que muera haré lo que sea para proteger a los míos, y todos los favores a los que he cedido, han sido bajo la sucia extorsión de tu padre y tuya, así que no hay nada de lo que me avergüence en mi vida.

—Lástima que a tu propio hijo le traiga sin cuidado eso de proteger a los suyos, ¿verdad? Seguro que de aquí en adelante te lo piensas a la hora de obrar en su favor.

—Yo lo protegeré de igual modo. Si tuvieras hijos lo entenderías.

Y al decir aquella frase Víctor se centró en Admes, que lo observaba con semblante serio y tenso, de forma que si fuera cristal el simple roce del aire le hubiese hecho romperse.

Jacob en cambio observó a Víctor con rabia de que tuviera respuesta para todo, la mandíbula apretada y una promesa de venganza en sus ojos; se juró que su próximo objetivo sería acabar con la vida de aquel hombre que tantos problemas le había dado. Nadie lo humillaba delante de sus hombres y quedaba impune. Pero no podía perder más tiempo con aquel intercambio verbal, la medianoche se acercaba y la hora de renovar las barreras mágicas con ella. Solo que aquel día sería otra cosa lo que se protegería.

Por eso miró a Beatriz, que tenía un estado deplorable, con la sangre empapando su costado y una palidez marmórea tiñendo su piel, y después observó a Admes.

—Te dejaré marchar, pero antes dame a la chica.

Admes sonrió con suficiencia, negando con la cabeza.

—A pesar de haberte demostrado de sobra que no voy contra ti, no me fío de tu palabra, así que cuando abras una de las salidas para mí te la entregaré.

—¿Osas desafiarme después de perdonarte la vida?

—No te desafío, Mendel, pero no voy a correr riesgos. Además solo me mantienes con vida porque te he guiado hasta aquí y tengo en las manos algo que tú quieres. Abre esa puerta y te la entregaré. —Con la cabeza Admes señaló la puerta del salón de actos.

Jacob llamó con la mano a uno de sus guardias, uno que llevaba una armadura completa y una capa negra especial que lo diferenciaba del resto. ¿Quizás el jefe de la guardia? Después de un breve intercambio se separaron y se volvió a dirigir a Admes, con expresión seria.

—Tras las puertas hay apostadas varias decenas de magos, así que saldrás por la ventana.

Con un gesto de la cabeza, Mendel señaló a uno de los guardias que permanecía junto a una ventana que iba del suelo hasta la altura de un hombre, tallada con cristales de colores que formaban la silueta de una copa de oro. El guardia asintió y con un golpe seco de su codo forrado en metal por la armadura, rompió el fino cristal en mil esquirlas que formaron una lluvia dorada que cayó hacia el abismo. El guardia se apartó un paso y se quedó inmóvil.

—Ahí tienes tu salida, ahora dame a la bruja.

Admes miró a Mendel, al hueco que habían abierto al romper el cristal y al guardia apostado junto al mismo. Finalmente observó a Beatriz, que a pesar de estar rota por el dolor aguantaba estoica con la barbilla en alto. Y entonces sonrió y dio un paso en dirección a Jacob.

—Un trato es un trato.

Puso una mano en la espalda de su hermana y le dio un empujón en dirección a Jacob. Beatriz trastabilló por la fuerza del impulso, y Jacob llevó las manos hacia delante para cogerla y asegurarse de que Admes no le hacía ninguna jugarreta.

Cuando puso sus frías manos sobre la cintura de la bruja, una satisfacción dulce se extendió por su paladar, porque ya era suya y por fin conseguiría lo que en años se le había negado, la victoria frente a los magos. Porque si las barreras mágicas no se renovaban, todos los refugios donde ellos se escondían quedarían vulnerables y fácilmente localizables, ya que las barreras no solo protegían de posibles invasiones, también hacían las instalaciones de los magos ilocalizables. Sin barreras podrían atacarlos fácilmente. Además la jugada iba a ser redonda, porque ordenaría a la bruja Bianchi que hiciera el hechizo de protección, pero sobre las dependencias de los herodianos.

Jacob la aplastó contra su cuerpo con una mano mientras con la otra buscaba la espada, pero no llegó a encontrarla, ya que algo frío y aguijoneador penetró por un lateral de su cuerpo, a la altura del abdomen, justo en el hueco en el que el metal de la armadura no protegía la carne subyacente, arrancándole una exhalación de dolor que lo hizo fallar en el agarre de la bruja. Las rodillas se le doblaron, y con una expresión estupefacta cayó al suelo a la vez que Beatriz, encontrándose con la mirada satisfecha de Admes que a su lado, lo observaba con una sonrisa vencedora.

—Has cometido dos errores: Subestimar a una *dictalumen* e ignorar que un traidor siempre es un traidor, Jacob, tenías que haberme matado.

Mendel lo miró con un odio atroz en sus ojos negros, con una furia que lo cegaba mientras sentía cómo la vida iba escapándose en forma de sangre que mojaba su camiseta, un húmedo reclamo que le señalaba el error que había cometido. La sala se sumió en una mezcolanza de gritos y ruido de espadas, y mientras los hombres de Jacob intentaban abalanzarse sobre Admes, que los rehuía con maestría innata dirigiéndose a la salida, los prisioneros se alzaron dispuestos a retomar la revuelta.

En el revuelo Mendel cogió el cuello de Beatriz y tironeando de ella con la poca fuerza que le quedaba, exigió con voz ruda:

—Sáname como hacías con ese amigo tuyo, zorra, o lo último que haré en esta vida será clavar mi daga en tu corazón.

Con el afilado metal clavándose en la fina piel de su cuello, Beatriz llevó sus manos al costado de aquel hombre que estaba poniendo en peligro la vida

de todos aquellos que quería, y deseó que su magia se hubiera acabado. Pero la muy maldita brotó de sus manos, penetrando en el asqueroso cuerpo del hombre.

Mientras, Gaia saltó del rincón donde la tenían confinada y comenzó a soltar mandobles con su arma, mano a mano con el Baltasar más salvaje que ella hubiera conocido. Parecía un coloso queriendo conquistar un reino que injustamente le habían robado. Preocupada por su hermana Juno buscó entre la multitud, la había visto muy rara antes de entrar en la ceremonia, y le pareció verla junto a Malcom, el líder de los escorpiones, luchando contra dos guerreros.

Intentó abrirse paso hasta ellos, pero el ruido sordo de varios disparos lanzados al aire interrumpió la lucha en algunos puntos de la sala. Gaia se agachó y buscó la fuente de las detonaciones. Y en aquella ocasión no había sido Admes quién disparaba el arma, sino alguien mucho peor, y es que Alexander se encontraba en el claro de la ventana que iba a ser la vía de escape de Admes, enmarcado su cuerpo con los últimos brillos anaranjados del sol del atardecer, que le conferían el aspecto de un ángel negro rodeado de llamas.

Sin ni siquiera mirar al guardia que se lanzaba sobre él, Alexander trazó un semicírculo con su espada clavándola en la parte baja de su abdomen, justo donde la armadura del guardia terminaba, haciendo que este cayera al suelo sin oponer resistencia. Beatriz gimió ante el cruel espectáculo sin apenas poder creer que el brujo escorpión estuviera allí, ¿formaba parte del ataque de Jacob? ¿Era la segunda avanzadilla por si la primera incursión no salía bien? ¿Tenía algo que ver con Admes?

Con gran esfuerzo ya que el dolor de la herida la tenía debilitada y sentía un nudo apretado de angustia en el estómago, mantuvo la vista en aquella ventana mientras continuaba sanando al líder de los herodianos, y vio cómo comenzó a entrar un desfile de brujos escorpiones vestidos de negro, cargados de metralletas y gruesos espadones. También había otros seres, posiblemente brujos que no había visto nunca, algunos con ajustados monos verdes que simulaban escamas, otros con unas amplias alas metálicas que llevaban en su espalda.

Para cuando Alexander se apartó de la ventana un dracón rojo asomó su cabeza de afilados dientes por el hueco, cuernos enroscados y negros, mirada roja y afilada y cresta de pinchos ennegrecidos. Bufó con su pútrido aliento al interior de la sala, y al ver el brazo de Alexander levantado, desapareció de la

vista. ¿Quizás era la señal para algo?

Entonces el suelo tembló como si un terremoto estuviera sacudiéndolos, y tras un estruendo terrible el aire se llenó de partículas de polvo en suspensión. Beatriz que estaba tirada en el suelo junto a Mendel, agachó el rostro con rapidez, y la jauría de personas que se movían erráticas de un lado a otro, se detuvo, sumiéndolo todo en un silencio opresivo que apenas duró un minuto. Después comenzaron otra vez los gritos.

Cuando Beatriz levantó la cabeza vio como en la pared de la ventana por donde habían entrado los escorpiones, ya no había ventana, sino una oquedad del tamaño de un camión, y el dracón rojo sobrevolaba el lugar emitiendo unos chirriantes graznidos que ponían la piel de gallina.

Alexander oteó la sala destruida, los diferentes grupos de magos y brujas, cuyos engalanados vestidos y trajes lucían rotos y ensangrentados, los guerreros de Jacob con sus brillantes armaduras, un par de surcadoras que parecían tener partidas sus alas, y entonces localizó al estúpido de Mendel en medio de aquel caos. Abrió los ojos sorprendido al verlo arrodillado en el suelo, y reparó en el charco de sangre que se iba insinuando a su alrededor. Con una mano tironeaba del pelo de la bruja perseida que habían tenido secuestrada en la Fortaleza, la novia del gran Melchor. La responsable de renovar las barreras aquel año.

Algunas personas habían retomado la lucha, pero a Alexander no le costó abrirse camino hasta Jacob, con paso seguro y descargando su espada con precisión contra el que quisiera acercarse. Estando a apenas un metro, Jacob levantó la mirada del suelo, y en sus ojos brilló una cruda decepción con aquel brujo escorpión y con él mismo, porque todo indicaba que Alexander lo había traicionado, pero la traición más grande había sido contra sí mismo y el eterno consejo de su padre: «No te alíes con gente mágica. No son de fiar».

Él había caído como un imbécil, y lo iba a pagar con su vida a no ser que aquella maldita bruja lo terminara de sanar de una vez. Tirando de la cabeza de Beatriz consiguió que volviera a poner las manos sobre su costado, derramando ese calor sobre la piel que lo sanaba pero que quemaba como si el contacto fueran ascuas encendidas. Y solo cuando afianzó su cuchillo en el cuello de la bruja de nuevo, alzó la mirada por segunda vez a Alexander, con una sonrisa irónica en los labios:

—Supongo que no vienes a ayudarme, ¿verdad?

Alexander se irguió en toda su estatura y le sonrió altivo.

—Digamos que ya no me interesa tu causa, aunque agradezco que me hayas

allanado el camino.

—¿Pretendes derrocar me, brujo? ¿Crees que mis hombres te seguirán a ti?
Una risa ronca burbujeó en su pecho y lo miró con desdén.

—No me interesan ni tus hombres ni tu liderazgo, solo quiero la Fortaleza.

Mendel no pudo reprimir la cara de sorpresa, aunque consiguió sonreír después con suficiencia.

—No conseguirás apartar a la Orden de Herodes de esos muros, tu pequeño ejército no podrá con el mío.

—Claro que no, pero un hechizo de protección a mi favor sí que lo conseguirá, y esa bruja que tienes ahí puede hacerlo. —Alexander se agachó para quedar a la altura de los ojos de Mendel, y bajando el tono le contó—: No sé si lo sabes, pero resulta que el hechizo de protección se puede programar energéticamente para impedir que ningún herodiano traspase sus muros, y eso es lo que voy a hacer.

La ira más pura y fulgurante brilló en los ojos heridos de Mendel, y con un bufido animal susurró:

—¡No lo permitiré!

Llevó la mano al pecho de Beatriz, y con la otra presionó el cuchillo contra su cuello dispuesto a rebanárselo, pero antes de que pudiera siquiera traspasar la piel de la bruja, Jacob abrió la boca de golpe, soltando una bocanada de sangre por la misma, mientras el cuchillo que antes sostenía caía con un golpe seco contra el suelo. Una empuñadura morada sobresalía de su cuello de forma grotesca. Su mirada ya vacía se clavó en Alexander, cuyos ojos negros brillaban con sorpresa por el desenlace de los acontecimientos.

El brujo escorpión observó a Beatriz, que arrancó el puñal del cuello de Jacob y como un animal sin domesticar permaneció agazapada, con la cara y el cuerpo ensangrentados, y una expresión fiera apabullante. Alexander volcó con una patada el cuerpo inerte de Mendel, que cayó desmadejado al suelo, ya que era lo único que se interponía entre él y Beatriz, y le sostuvo la mirada con admiración.

A pesar de encontrarse en desventaja lo observaba como si en verdad fuera capaz de destrozarlo, y una parte de él no dudaba que pudiera hacerlo. Porque había personas que se empequeñecían ante la adversidad, otras la cruzaban de puntillas y con los ojos medio cerrados, pero estaba seguro de que Beatriz Bianchi reventaría cualquier obstáculo que se le pusiera en el camino.

Beatriz echó un fugaz vistazo al cuerpo sin vida de Jacob, con horror por haberlo rematado pero también con cierto alivio. Ya no le podría hacer daño,

ni a ella ni a nadie de su familia, y Admes tenía mucho que ver con ello. Pero no podría hablar con él, con el presunto traidor, porque parecía haber desaparecido del campo de batalla.

Beatriz se centró de nuevo en su auténtico adversario, y antes siquiera de que le diera tiempo a pensar en cómo atacarlo, algo golpeó su mano con firmeza haciendo que el puñal se le cayera al suelo. Se agachó como una pantera caería sobre su presa, para recuperarlo, pero Alexander llegó antes con su pie y lo alejó varios metros, posando su espada en el pecho de la bruja.

—No me toques, bestia inmundada —resopló mirándolo con destellos rojos de sus ojos de whisky.

—Para ser una bestia te he ayudado a deshacerte de ese malnacido. Pensaba rematarlo pero te has adelantado.

—Mi abuelo diría que salgo de Guatemala para meterme en Guatemala.

Una risa breve pero sincera llenó el pecho de Alexander.

—Tu abuelo me hubiese caído bien y no está exento de razón, pero no te queda otra opción más que ayudarme. Mira al techo.

El brujo escorpión retiró su espada, y Beatriz hizo lo que le indicaba, encontrándose con un espectáculo que la rompió un poco más por dentro. Colgando de las garras del dracón rojo se encontraba una maltrecha Elena, a aquella distancia no lo podía apreciar bien, pero vio que su vestido parecía roto y ella una marioneta dirigida por las terribles garras del animal. ¿Qué hacía ella allí? ¿Cuándo la habían capturado?

—¿Qué quieres de mí, maldito?

Aunque su tono sonó resignado sus ojos brillaban con una fuerza inusual, y los de Alexander relampaguearon satisfechos en respuesta, mientras comenzaba a trazar una serie de líneas luminosas en el suelo.

—Quiero que hagas el hechizo de protección, pero en el mismo usarás esto. —El brujo le lanzó un trozo de piedra que parecía muy antiguo, y Beatriz lo giró en sus manos sin reconocer de qué se trataba.

—¿Qué es esto?

—Una piedra del muro que protege la Fortaleza, al realizar el hechizo la cogerás en la mano sin soltarla, y eso hará que la protección mágica del *aguijón dorado* vaya a mi Fortaleza.

En los ojos de Beatriz brilló con fuerza una idea, pero Alexander pareció leerle el pensamiento porque levantando un dedo le advirtió, mientras seguía trazando líneas a su alrededor en el suelo:

—Si intentas soltar la piedra o engañarme de algún modo mientras haces el

hechizo, una simple orden mental a mi dracón y los huesos de tu amiga se convertirán en diminutas esquirilas.

Beatriz sintió cómo el estómago se le encogía, como si se hubiera tragado una bola de acero, paladeó el sabor amargo de la rabia, y comprendió que no le quedaba otra más que obedecer a aquel tipo. Ya se inventaría otra cosa para proteger a los magos. Y así sacó el *aguijón dorado* de su liga y guardó en el interior del otro puño la piedra que le había dado Alexander.

Era medianoche, noche de Reyes. Era el momento adecuado.

Iba a cerrar los ojos para comenzar a recitar el cántico que Moruena le había enseñado, cuando escuchó su voz, nítida y acariciante aunque estuviera teñida de ira y amenaza.

—¡Beatriz, corre fuera del círculo! —imploraba con urgencia Melchor a unos metros de su posición.

Beatriz dirigió la vista allí donde la voz sonaba, y vio a su apuesto mago correr en su dirección, seguido de cerca por Víctor y Moruena. Sin pensarlo se lanzó hacia ellos dispuesta a eludir como fuera al brujo que la tenía a su merced, pero se chocó con algo duro que la hizo rebotar hacia atrás, arrancándole un gemido de dolor. Con mucha dificultad se volvió a poner en pie, y corrió tomando impulso pero se detuvo cuando vio que Melchor aporreaba el aire a solo dos metros de ella.

Con precaución se acercó a ese punto, intentando tocarlo, pero era como si un grueso cristal se hubiera interpuesto entre ellos. La expresión frustrada de Melchor le rompió el corazón como si fuera una cáscara de nuez pisada por un elefante, quedando descuartizado y frío, pero no dejó que el dolor transluciera en su expresión, ya que solo la fortaleza le permitiría en ese momento reencontrarse con su amado. Así que por si acaso le fallaban las fuerzas al observar a Melchor que siempre parecía saber leer en su alma, miró a su padre, cuyos ojos le transmitieron la templanza que necesitaba para acabar con aquello, y asintiendo con su mirada se volvió hacia Alexander, cerró los ojos y alzó la cabeza al cielo.

*«Energía del universo que a todo vida das,
estrellas del firmamento que cubrís con vuestro manto nuestros sueños,
magia que todo lo llenas, cambias de forma y das fortaleza,
a vosotras os convoco en este canto de vida
para que protección le deis a las piedras que os muestro,
que nadie ajeno a su causa ose penetrar en sus aposentos.»*

Sintió como el *aguijón dorado* se clavaba en su palma, y juntando sus dos manos dejó que la sangre que salía por la herida abierta impregnara la roca que le había tendido Alexander. Esta comenzó a brillar como si una explosión nuclear se hubiera producido en su interior, y la luz se fue expandiendo por todo el brazo de Beatriz, aumentando su intensidad hasta que de pronto explotó cegándolos a ambos, y la bruja encontró la ocasión perfecta para agacharse y tocar con su mano ensangrentada el suelo frío.

Porque nadie se lo había dicho, pero sintió en el cuerpo la sensación de que si tocaba el suelo mientras realizaba el hechizo, la protección se haría extensible al colegio de magos, y no se equivocó. Desde el punto del suelo que había rozado con la sangre producida por el pinchazo del *aguijón dorado*, una fina capa de luz, como un manto tejido de estrellas, fue cubriendo todo el pavimento. Cuando llegó a los límites del cilindro que la mantenía separada de Melchor, vio como desde la base del mismo nacían grietas de luz que escalaron hacia arriba, hasta que la barrera transparente estalló en mil pedazos ante la expresión atónita de los allí presentes.

Todo se precipitó de forma abrupta. Melchor fue el primero en reaccionar lanzándose hacia Beatriz para placarla, mientras que Víctor iba a por Alexander, y Moruena les cubría las espaldas de dos guerreros que se abalanzaban sobre ellos. Cuando se recuperó de la sorpresa, el brujo escorpión silbó con decisión justo antes de que Víctor llegara hasta él, y Beatriz miró de forma instintiva al dracón que sobrevolaba el salón.

Apreció con horror cómo abría sus garras desde el punto más alto del elevado techo, y Elena comenzaba a caer al vacío tan rápido que Beatriz supo que no llegaría a tiempo para alcanzarla. Aún así salió de debajo del cuerpo de su hombre y corrió hacia el centro del salón, gritando:

—¡Elena!

Tal fue la angustia destilada en aquel desgarró de voz, que Dante aguzó el oído, y todo comenzó a funcionar a cámara lenta al silabear el nombre de Elena en su boca. Miró hacia la fuente de la voz que reconoció como la de Beatriz, pero antes de toparse con la bruja morena un movimiento en el aire llamó su atención. Y entonces descubrió como un cuerpo caía veloz próximo a impactar con el suelo.

Actuó sin necesidad de procesar lo que debía hacer, y sabiendo que él no llegaría a tiempo visualizó el punto donde caería, y con un impulso mental mandó una proyección de sí mismo a ese lugar, recibiendo el brutal golpe del

cuerpo entre sus brazos. Las rodillas y todos los huesos amenazaron con aplastarse por el impacto, pero fue la mirada de la chica que había cogido al vuelo, la que lo dejó clavado al suelo y sin respiración.

Unos ojos verdes y resplandecientes, con ese tono húmedo que adquieren las hojas después de la lluvia, lo observaban tan abiertos y asombrados que Dante tragó saliva y por un momento olvidó dónde se encontraba. De manera absurda le vinieron a la mente las palabras de su madre:

«—Llegará el día en que la conozcas, puede que sea mágica o que no, que sea mayor o menor que tú, que sea de este planeta o de otro muy lejano, pero cuando mires dentro de sus ojos sabrás que es ella y nadie más la que desatará tu interior de una forma que jamás has imaginado. Como si vivieras en dos dimensiones y al conocerla te dieras cuenta de que existen mil más.

—Creo que exageras, madre, no creo que exista algo así, a mí me gustan mucho las mujeres y no me conformo con tener una sola.

—Ojalá me equivocara, Dante, pero me encantará ver tu cara de lelo mientras me la presentas».

Como siempre, ella tenía razón. Ahí tenía a una diosa lanzada literalmente por los aires a sus brazos, y las palabras se habían quedado perdidas en algún punto entre su garganta y su boca. Pero fueron los dedos errantes de la chica que vagaron por donde debía haber estado su cara y no consiguieron tocar nada, y la cara de horror que puso al ver el resultado de su intentona, lo que lo alertó. A pesar de tener una apariencia sólida, una proyección holográfica podía manejar materia conservando una tensión de superficie, pero también podía ser traspasada. De ahí la cara de espanto de la mujer que había intentado tocarle la cara encontrando que donde debería estar, solo había un reflejo parpadeante.

Elena se intentó soltar de aquella ilusión óptica que tan oportunamente la había agarrado, porque a pesar de haberle salvado la vida, si es que el corazón no le había explotado en el pecho al imaginarse aplastada contra el suelo, le ponía los pelos de punta estar flotando sobre una imagen que ni siquiera existía. Pero fue la voz saliendo de aquellos labios que no debían ser reales lo que hizo que dejara de forcejear, porque el tono melódico y profundo se metió por su garganta escurriéndose al resto de su cuerpo, haciéndola temblar.

—Tranquila, Elena, solo quiero ayudarte.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

—Tu amiga Beatriz me lo ha dicho, ella también es mi amiga.

Elena miró a través de aquellos ojos que se insinuaban grandes y marrones, con pestañas negras y largas, y levantó una ceja escéptica. Tenía un rostro muy apuesto, al estilo de los guerreros de las películas de gladiadores.

—No eres el tipo de amigo que suele tener Beatriz.

Una fría corriente de aire hizo que cerrara los ojos, y cuando los volvió a abrir exhaló de golpe, al toparse con una mirada bien real de un color bronce que la traspasaba. Sin ser consciente de ello apretó sus manos tras el grueso cuello masculino, y se acercó un ápice para inhalar el aroma que le golpeó de lleno sus sentidos, haciéndola jadear. Una mezcla de especias y algo muy libidinoso que la hizo abrir los ojos aún más que en la anterior ocasión, aterrada con el rampazo que sacudió su cuerpo.

¿Qué era aquello? Entonces vio cómo la aparición en forma de cañonazo dios del sexo movía los labios y se preguntó si para el resto del universo eran tan indecentes como para ella, mientras él volvía a emplear ese tono ronco y acariciante:

—Solo espero poder ser tu tipo de amigo cuando todo esto acabe.

—¿Es un truco de magia lo que acabo de ver? Hace un segundo solo eras algo digital y ahora eres tan... Real.

Y duro, y alarmanamente hermoso, con esa piel tostada canela que se moría por saborear. ¿Sí? ¿De verdad quería lamer a aquel tipo que ni siquiera conocía? Una nueva descarga de placer sacudió todo su cuerpo, y supo que quería eso y mucho más, todo lo que él quisiera darle. Más.

En los ojos del hombre brilló un entendimiento que la asustó, como si él supiera lo que estaba pensando.

—Soy muy real, querida, y te lo demostraré en cuanto pueda, pero ahora tenemos que irnos.

¿Y cuándo iba a poder? ¿Y por qué él pensaba que se volverían a ver? Tenía que hablar con Beatriz muy en serio, ya que no entendía cómo le había ocultado la amistad con aquel hombre. Como invocada por sus pensamientos, su amiga llegó a la carrera, seguida de cerca por un Melchor más salvaje que nunca. Un soldado eligió aquel momento para atacarlos, sin saber que con aquella decisión sellaba su destino, ya que con una estocada sin titubeos el mago hundió su espada en su hombro, para después darle una fuerte patada que lo lanzó varios metros más allá, tirando a otro hombre que también luchaba con los herodianos.

Beatriz se lanzó como un vendaval hacia su amiga que acababa de poner los pies en el suelo, chocando con la fuerza de una ola que casi la derriba, si no

llega a ser porque el cuerpo de Dante frenó su caída. Beatriz enterró la cabeza en su pecho y susurró como un mantra:

—Estás viva, estás viva, estás viva.

Y lo estaba más que nunca, sentía sus terminaciones nerviosas chisporrotear, su piel caliente, su sangre vertiginosa. Cuando despegó su espalda del pecho de Dante la sensación se atenuó y no le gustó.

—Gracias a este «amigo» tuyo. —Bajando la voz, pegó el rostro al de su amiga y le susurró—: Está cañón tía, ¿de dónde lo has sacado?

—Es una larga historia, pero no te dejes engatusar por él, ¿me oyes?

—¿A qué te refieres?

—No hay tiempo ahora, te lo explicaré más tarde. Ahora huye con él, quédate en casa, y no lo mires mucho a los ojos. Es capaz de seducir hasta a una ameba.

Con un asentimiento de cabeza por parte de Beatriz, Dante volvió a coger en brazos a una confundida Elena y se elevó con ella, desplegando una última ola de sexualidad que golpeó a todas las féminas de la sala. La risa ronca y profunda del brujo sexual fue lo último que Beatriz oyó antes de verlos desaparecer por el agujero de la pared. Entonces se giró para buscar a Melchor con la mirada, que en ese momento descargaba su arma contra un soldado de armadura, tirándolo al suelo.

—¡Tenemos que recuperar el *aguijón dorado*! Tengo que anular el hechizo de protección sobre la Fortaleza y reforzarlo para el resto de instalaciones mágicas. Solo he podido alcanzar el colegio.

—Yo te cubriré. —Melchor la cogió de los antebrazos y acercándola de forma ruda a él, le dio un beso brusco y fugaz para después mirarla con intensidad—. No vuelvas a escapar de mis brazos sin avisarme, llueven las espadas y tú ya estás herida. Cogeremos el aguijón y nos largaremos.

—Apenas queda tiempo.

—Lo conseguiremos.

Melchor ayudó a Beatriz a correr hacia la zona donde había estado haciendo el hechizo, empujando a unos y a otros, esquivando cuerpos en el suelo y espadas en el aire. Víctor y Alexander peleaban en una lucha encarnizada, y Beatriz gimió al notar que su padre no llevaba ventaja. Sus movimientos eran más torpes, su expresión dura y preocupada. A unos metros se encontraba Moruena que luchaba contra uno de los escorpiones que se había sublevado contra Malcom. En aquella absurda contienda ya nadie sabía con quién luchar. Algunos herodianos aún no habían caído en la cuenta de que

su líder había muerto, pero otros al percatarse comenzaron a huir de allí. Alguien abrió las puertas de la sala y una estampida de magos hizo acto de presencia, rugiendo y alzando sus propias espadas.

Beatriz sonrió aliviada al ver que la batalla se decantaba a su favor, pero ante el nuevo alboroto Alexander también miró hacia la puerta y lo que vio despertó una rabia furibunda en sus entrañas, que le hizo descargar el acero con más ímpetu sobre el cuerpo de Víctor, a la vez que se llevaba una especie de silbato a la boca y soplabla con fuerza. El sonido agudo y penetrante hizo que Beatriz se tapara los oídos. Moruena que estaba a pocos metros le gritó:

—Es un llamador de dracanes, hay que salir de aquí.

Beatriz asintió alerta y miró a Melchor que también había oído a Moruena:

—Yo ayudaré a tu padre, tú abre un agujero negro para que podamos escapar de aquí. Si esto se llena de dracanes malignos estamos todos muertos.

—¿Y el agujón?

—Primero haz el agujero, después nos ocuparemos de eso.

Beatriz comenzó a trazar con su espada puntos luminosos en el aire, que se iban apretando unos contra otros, pero a mitad de realizar la figura una llamarada lanzada en su dirección quemó cualquier rastro de magia. Miró hacia arriba descubriendo que el dracón rojo iba directo cayendo en picado hacia ella, y alzando su espada se dispuso a atacarlo con los dientes apretados y un brillo salvaje en su mirada.

Un movimiento por el lateral de su campo de visión hizo que desviara la vista hacia allí, descubriendo como una Gaia sucia y más animal que nunca se lanzaba con un grito de guerra en la trayectoria del dracón, y cogiéndose a su escamoso cuello con un brazo, llevó el otro a donde nacía el ala del animal hundiéndose allí su espada. Un graznido espeluznante salió de la garganta del rojo, que no permitió que Gaia se soltara, alzando el vuelo y levantando a la bruja con él.

Beatriz miró alrededor angustiada, y vio a Juno pocos metros más allá, peleando mano a mano con Malcom. Luchaban contra los escorpiones que se habían levantado contra ellos, y creyó distinguir al traidor de Savage en el grupo.

—¡Juno! Gaia está ahí arriba con el dracón, esa fiera la ha arrastrado.

Juno miró hacia arriba a la vez que giraba rápido su *lálux*, un látigo de luz, creando una ráfaga luminosa que golpeó en el pecho a su oponente, lanzándolo varios metros más allá.

—Haré un hechizo de dominación.

Y con ese asunto en buenas manos, Beatriz se dedicó de nuevo a hacer el agujero negro, ignorando que alguien vigilaba de forma estrecha sus movimientos.

Gaia se aferró al cuello frío del dracón que se balanceaba furioso intentando desembarazarse de ella, sin conseguirlo. Y es que a Gaia no le ganaba nadie en terquedad. Se asió con ambas manos al cuerpo del dracón y escaló hacia su espalda con mucho trabajo, para poder montar a horcajadas sobre él. Se resbaló con una mano y notó como el corazón se posicionaba en su garganta bombeando impetuoso, pero apretó ambas piernas abrazando los costados del animal, salvando la situación. Y cuando estaban en el punto más alto vio un espectáculo que le heló la sangre: cinco dracanes penetraban por el agujero por el que había hecho acto de presencia el primero. Cuatro de ellos rojos, y uno negro. Y sobre este último, volaba una chica con la melena suelta y las piernas desnudas.

No parecía una guerrera, ya que no vestía con ningún tipo de protección en las piernas ni los brazos. Entonces, ¿quién era? Se agachó pegándose completamente al cuerpo del dracón para poder ver mejor a aquella mujer, porque había algo en ella que le llamaba la atención. Además si venía sobre el dracón negro debía ser una amenaza que cuanto antes eliminara mejor, y desde su posición superior podría hacerlo sin problema.

Apretando más su cuerpo al del dracón lo hizo descender ante los bufidos resignados de la criatura, que a pesar de tener una herida junto al ala conseguía mantenerse en el aire. Quedando a pocos metros por encima del negro, este detectó su presencia y bufó echándose a un lado, al mismo tiempo que la mujer elevaba la vista hacia ellos.

Gaia sintió como las entrañas se le congelaban, miles de cristales se clavaban en sus órganos, y una mezcla de dolor y alivio la atravesó cortocircuitando su cerebro. Porque a solo tres metros de ella se encontraba Alethea, con su pelo rubio como la miel, y sus ojos violetas moteados de azul que solían ser todo amor. Pero aquella mirada no parecía la suya, no brillaba con ese calor genuino, ni sus labios se estiraban en su sempiterna sonrisa, esbozando una tenue que no le llegó al corazón. Aún así necesitaba ver si esa mujer era real o una jugarreta de su mente.

—¿Alethea?

—¿Gaia? ¿Qué haces aquí? ¿Y qué has hecho con tu pelo?

¡Sabía su nombre! Si la reconocía, algo raro pasaba allí. Porque sabía que había brujos capaces de crear dobles físicos, pero los recuerdos jamás se

podían copiar, y además había reconocido que se había cortado el pelo.

—¡Creía que estabas muerta!

Los ojos de Alethea se abrieron asustados.

—¿Por qué? Era yo la preocupada cuando me he levantado y he visto que no estabais allí. Suerte que Alexander me lo ha explicado todo.

La sospecha ardió en Gaia, que estrechó los ojos sin entender qué ocurría allí.

—¿Cuándo te has levantado?

—Pues qué pregunta tan rara, hermana, esta mañana.

—¿Y qué hiciste ayer?

Alethea levantó una ceja, mirándola con reprobación.

—¿Me tomas el pelo, hermana?

—Contéstame.

—Ayer estuvimos estudiando cómo hacer el hechizo de protección en la ceremonia de los magos.

Gaia cerró los ojos apenas un segundo espantada con la verdad que se mostraba ante ella. Y su dracón eligió ese momento para comenzar a descender, alejándose de Alethea. En un grito de angustia la miró y le dijo:

—Alexander te ha mentado, llevas meses desaparecida. ¡Tienes que recordar!

Pero sus palabras se quedaron colgando en el aire ante la cara de estupefacción de Alethea, y ella siguió descendiendo hasta llegar al suelo. Vio a Juno justo frente a la cabeza del recién aterrizado dracón, que le hacía una reverencia. Y supo que había empleado un hechizo de dominación para obligarlo a bajar, por eso gritó frustrada a su hermana.

—¡Ordénale que suba otra vez!

—¿Has perdido el juicio, Gaia? La sala está llena de dracanes, hay que salir lo más rápido posible y Beatriz tiene un agujero negro listo para nosotras.

—¡Alethea está allí arriba! —bramó desquiciada—. Súbeme por lo que más quieras, Juno.

—Pero... ¿qué dices?

La mirada de la mayor de las Kinov viajó hasta el techo, y allí vio a una mujer sobre el lomo del dracón negro, que dirigía la vista hacia ellas. Desde aquella distancia no se podía apreciar bien, pero el parecido con Alethea era asombroso. Así que miró a Gaia un segundo empapándose de su desasosiego, y ambas saltaron a la vez a lomos del dracón rojo, que las volvió a elevar en aquella dirección. Solo frenó su avance al escuchar la voz de Malcom.

—Juno, ¡vuelve! —aulló angustiado, sin comprender qué pasaba allí.

Beatriz les hacía señas para que se acercaran al agujero negro, ya que les estaba costando mucho trabajo a ella y a Moruena mantenerlo mientras Víctor y Melchor luchaban contra los hombres de Alexander, sin saber dónde estaba este último, que de repente había desaparecido.

—Tengo que comprobar algo, Malcom.

En sus ojos brillantes vio que no tenía otra opción. Cuando Juno decidía algo, hacerla entrar en otra razón solía ser imposible. Así que suspiró y le advirtió:

—Baja en un minuto, si no subiré a por ti, bruja.

Juno le sonrió a pesar de sentirse como un flan por dentro, ascendió hasta la altura del dracón negro, y la visión de Alethea la golpeó. Era ella, no tuvo dudas, pero a su vez había algo en ella que no debía estar allí. Y lo supo como si tuviera una iluminación, debía estar bajo un hechizo de dominación.

Intentó acercarse más pero no pudo ya que otro rojo les salió al paso, dándoles un coletazo que las barrió varios metros más allá. Juno giró a su dracón con fuerza, y este se lanzó para arremeter contra su atacante, que se tiró en picado hacia el suelo, mientras que su ocupante saltaba hacia el dracón negro, escalando por su lomo hasta montarse a horcajadas tras Alethea. Entonces tuvieron una clara visión de su rostro, que lucía sonriente y ufano.

—Como siempre llegáis tarde, brujas, y en el transporte equivocado.

Llevándose el llamador de dracanes a los labios, Alexander pitó con fuerza, arrancando ese sonido estridente que no estaba hecho para que ningún oído lo resistiera. Al instante el rojo sobre el que montaban Juno y Gaia empezó a sacudirse con fuerza mientras ascendía, Juno se resbaló hacia un lado quedando suspendida del cuello del dracón, y Gaia quedó boca abajo solo agarrada firmemente por las piernas al cuerpo del rojo. Pero los movimientos del animal continuaron, y ambas brujas cayeron durante un segundo al vacío, para aterrizar en el lomo del dracón negro con un fuerte golpe que las hizo jadear.

Antes de que pudieran siquiera pensar en saltar, el dracón se lanzó como un ciclón hacia el suelo. A apenas tres metros del mismo no había disminuido la velocidad, así que Gaia y Juno se agarraron con fuerza preparándose para el impacto seguro, pero lo que pasó fue que traspasaron el suelo limpiamente.

—¡Juno iba en ese dracón con Gaia! —gritó un alarmado Malcom que se dirigió al agujero por el que habían desaparecido, desesperado—. ¡Sigámoslas!

Sin esperar respuesta se zambulló en el agujero negro abierto en el suelo, que lo engulló, y Esteban lo siguió sin pensar, acompañado de Lunae y Dragius.

—¿Y ahora qué coño hacemos? —exclamó Moruena junto al cuerpo malherido de Víctor. La batalla a su alrededor ya casi era inexistente.

—Ir tras ellos —respondió Melchor con seguridad, ofreciéndole la mano a Beatriz, que la estrechó con fuerza—. Hay que pillar a ese malnacido de Alexander. Pero vosotros os quedaréis aquí, Víctor no aguanta más.

—De acuerdo.

—Moruena, debes intentar encontrar el *aguijón dorado*. Creemos que está por el suelo.

—Te gusta demasiado mandar, mago.

Aunque la sonrisa que le mostró no indicaba molestia alguna.

—¿Vienes, hermano? —exclamó Melchor unos segundos antes de que apareciera Baltasar corriendo como si llevara detrás una manada de animales salvajes. Casi sin aliento, exclamó:

—¡Tiene a Gaia!

—No por mucho tiempo.

Y los dos magos se miraron con determinación y chocaron sus espadas entre ellos, un minuto antes de lanzarse junto a Beatriz al abismo oscuro, que nada más tragárselos se cerró de golpe, como la boca de la bestia inmundada después de comerse a su presa.

26. La cabalgata de Reyes

El desfile de la Cabalgata de Reyes no estaba siendo para nada lo que esperaba, o quizás era que otros años estaba más tranquila y solo había ido por el placer de pasar un rato entretenido. Pero el esperar a su hija después de tanto tiempo sin verla la estaba volviendo loca.

Lo que no se esperaba Beatriz Montalbán, era que entre la comparsa de los Minions y la de las Hadas de la Luz se abriera una elipse negra en el cielo, como un cúmulo de nubes oscuras que giraban a una velocidad de vértigo, y del interior de esa masa salió una especie de dragón negro gigante montado por cuatro personas, que lanzó una llamarada de fuego. La madre de Beatriz vio gestos de estupefacción a su alrededor, algunas personas aplaudían y otras se apartaban. Justo después el agujero escupió a cuatro personas más, a las que siguieron tres más, todas ellas con espadas alzadas y gesto fiero, y tal y como había aparecido, el agujero en el cielo desapareció.

Entre todas aquellas gentes de indumentarias raras creyó ver el pelo negro y largo de su hija, y gritó:

—¡Beatriz!

La aludida la escuchó de forma milagrosa entre el ruido existente, quizás por esa intuición que nos avisa cuando alguien que amamos está cerca. Volvió la cabeza y al verla, una sonrisa le llenó la boca, corriendo a su encuentro para advertirle del peligro.

—¡Mamá!

Se lanzó a sus brazos y se recreó en cómo la rodeaban los de su madre, con ese cariño único que solo saben dar los brazos de una mamá, porque su abrazo no solo te rodea el cuerpo, también el corazón.

—Bea, cariño, te he echado mucho de menos.

Y sabía que no se refería a ese encuentro, quizás a todos esos años en los que habían sido más extrañas que madre e hija.

.—Y yo mamá, ya no volveremos a separarnos tanto tiempo.

Cogiéndola por los hombros la miró a aquellos ojos sabios que se escondían tras unas gafas de pasta roja, y como si se hubieran transmitido el pensamiento su madre le señaló los ojos.

—Ya no llevas gafas.

—El sol de la sanación ha hecho que mi cuerpo sane por completo —explicó

levantando los hombros—. Cosas de brujas. Ahora necesito que me hagas un favor, tienes que ir a mi piso y echarle un vistazo a Elena. Tiene varias heridas y me gustaría que las valoraras.

—¿Tú estarás bien?

Beatriz señaló con la cabeza a Melchor y las mariposas de su estómago estiraron la sonrisa sobre sus labios.

—Con él, siempre.

—Tu Melchor —suspiró recordando a un muchacho mucho más joven y hecho un fideo, que se ponía colorado al llamar a su puerta, pero otra llamarada la sacó de su ensueño, y sacudiendo a Beatriz la increpó—. Corre, hay muchas vidas en juego.

Le dio otro beso y se lanzó hacia donde Melchor y Baltasar se encontraban, mirando el cielo y observando el avance de Alexander, que ya iba por el final de la calle, sobrevolando las primeras carrozas. Lanzándose a la carrera en seguida avistaron a Malcom, Esteban, Lunae y Dragius. Malcom llevaba en su mano una bobina de hilo enrollada, cogió uno de los extremos de la misma, la hizo girar varias veces en el aire y después la lanzó con fuerza hacia el dracón negro, con la divina suerte de que la cuerda se enrolló en la cola del animal.

—Bingo.

Con un silbido los llamó, y Baltasar, Melchor y Beatriz cogieron la cuerda a la vez que Esteban, Malcom, Dragius y Lunae.

—Tirad —ordenó, colgándose con fuerza de la cuerda y estirando con ímpetu.

El dracón retrocedió de forma brusca, enredándose en las columnas doradas de una de las carrozas. Las hermanas Kinov y Alexander cayeron con los fuertes bandazos que daba el animal, golpeándose duramente, y agarrándose de forma precaria a la carroza. Gaia reaccionó enseguida y escaló por una gran lámpara de genio del tamaño de un todoterreno que había en el centro de la carroza. Situándose en el punto más alto saltó sobre un aturdido Alexander, lanzándole un *lálux*, un látigo de luz que le había cogido a Alethea.

Lo enrolló alrededor del cuerpo del brujo con un solo movimiento de su mano y tiró para dejarlo apretado, sujetando sus brazos y su pecho, colocándose por detrás de él. Con la otra mano puso un cuchillo sobre la garganta del brujo oscuro, acercándose a su oreja.

—Despídete de tu misión, querido, porque aquí acaba todo para ti.

—No.

La voz rotunda y potente la frenó en seco, una voz que para su sorpresa, era

femenina. Buscó el origen de la misma y lo encontró detrás de ella, y tuvo que poner todo su empeño en no soltar su agarre, porque el estupor la golpeó con contundencia. Su hermana Juno se encontraba en la misma posición que Alexander, con un cuchillo en el cuello, y quién empuñaba el arma no era nada más y nada menos que Lunae.

—¿Qué estás haciendo? —Gaia notó que la voz le salía rasposa y falta de inflexión, mortecina por la impresión de ver a quien creía que era su amiga amenazando a su hermana.

Vio un brillo parecido a la culpabilidad en los ojos de Lunae, pero esta no soltó su agarre.

—No espero que lo entiendas, Gaia, pero no puedo dejar que lo mates.

—Pero él es un brujo oscuro, Lunae; te secuestró, te encerró y te ha utilizado a ti y a muchas brujas más para romper el Pacto Sagrado, ¿es que no te das cuenta?

Lunae dejó que su mirada viajara por el rostro en sombras de Alexander, por su mirada oscura, ese pelo que tantas veces había acariciado y esa piel que tantas otras había sentido a su lado. En su interior se reveló algo, una parte de sí misma que lo odiaba con intensidad, pero también había otra que se resistía a dejarlo ir. No lo quería junto a ella, pero de algún modo no soportaba el hecho de que muriera. Por eso afianzó su agarre sobre Juno y con voz calmada miró de nuevo a Gaia, con una disculpa brillando en sus ojos.

—Lo siento mucho, Gaia, esto no es algo que haya planeado, pero no puedo dejar que lo mates. A pesar de que es un cabrón y no soporto verlo, no lo permitiré. Suéltalo y te juro que no volverás a vernos jamás.

—No pienso hacerlo.

Aunque se notaba temblar por dentro, Gaia consiguió imprimir en aquella negativa una fuerza que no admitía réplica.

—Entonces no me dejas más opción.

Y manteniendo el cuchillo contra el cuello de Juno, sacó un *desparticulador* de su bolsillo, lanzándolo con fuerza al suelo. Nada más tocar la superficie de la carroza, la pequeña bola de pinchos la hizo explotar en mil pedazos, abriendo un portal que permitía viajar enormes distancias en apenas unos segundos al igual que lo hacían los agujeros negros. Su particularidad era que solo se podía ir a otro lugar en el que también se hubiera explotado un *desparticulador*. Y es que Lunae no encontraba el valor para matar a una bruja inocente, y más sabiendo lo que sabía sobre Juno, y puesto que conocía la tenacidad de Gaia dudaba mucho que diera su brazo a

torcer, así que no se le ocurrió otra opción.

—¡Lunae!

El grito de su padre la detuvo un segundo, y lo miró con toda la angustia que sentía, pero eso no consiguió frenarla. Enrolló su *lálux* en torno al cuerpo de Alethea, que estaba inconsciente en el suelo, arrastrándola hasta ella.

—¿Qué estás haciendo, hija mía?

Lunae no encontró el valor para contestarle, en cambio se dirigió a Gaia y le dijo:

—Confío en que lo mantendréis vivo, es vuestra moneda de cambio con tus hermanas. Si lo matas no las recuperarás jamás.

Justo en ese momento Baltasar salió por un lateral y fue directo a por Lunae, pero ella fue más rápida y con un giro eficaz de su muñeca, lanzó a Alethea por el agujero que había abierto el *desparticulador*. Sacándose otro puñal, se lo lanzó de forma certera al mago. Solo rasgó la piel de su hombro, aunque fue suficiente para ganar ese segundo del que no disponía, el segundo que le permitía escapar.

Lunae miró una última vez a Alexander, que la observaba con los ojos muy abiertos y llenos de confusión, mezclada con algo que parecía ¿esperanza? Y saltó agarrando fuerte a Juno, que se revolvió inquieta dirigiéndole una última mirada angustiada a Malcom, porque intuía que el secreto que se quedaba pendiente de contar entre ellos era de soberana importancia.

Lo último que escuchó Lunae fueron las palabras incendiarias de Gaia, sabiéndose merecedora de su odio, porque le había hecho confiar en ella para fallarle de forma estrepitosa. Pero, ¿qué podía hacer?

No soportaba la idea de que Alexander muriera.

El agujero abierto por el *desparticulador* se cerró a la vez que Baltasar daba un puñetazo en el lugar por el que habían desaparecido, y Malcom gritó como si le estuvieran desgarrando parte de su alma. Y así era porque se sentía ligado a Juno en su misma esencia. Lo peor era que no había podido hablar con ella de algo realmente importante, algo que estaba seguro que hubiese cambiado los hechos de aquella noche.

—¡Joder! —exclamó frustrado Baltasar, arrodillado en el suelo y pasándose las manos por la cabeza rapada.

—Te mataré, jodido cabrón, ¿qué le has hecho a mi hija?

Esteban se lanzó contra Alexander, que no se podía defender al estar atado con el *lálux*, arrancándoselo a Gaia de las manos y tirándolo al suelo. Se arrodilló a su lado y lo cogió de la pechera, juntando su rostro al suyo.

Malcom no tardó en tirarse hacia su hijo intentando apartar a su jefe de seguridad, pero una mirada de Esteban llena de una cólera abrasadora le detuvo. Volviéndose de nuevo hacia Alexander lo miró con intensidad demoledora, a solo unos centímetros de su rostro.

—Dime por qué cojones te ayuda mi hija.

—No lo sé.

—¡Mientes! —rugió Esteban, estampando su puño contra el rostro del brujo, que ladeó la cara debido al impacto.

—Esteban te ordeno que pares.

Malcom se puso detrás del cuerpo de su amigo, erguido en toda su estatura, mirándolo desde arriba para imponer su poder.

—¿Es una petición de padre o una orden como líder?

—Es una jodida llamada al sentido común, Esteban, está atado y no puede defenderse.

—Hablamos de mi hija, Malcom.

A pesar de que todo su cuerpo estaba contraído y parecía un león dispuesto a devorar a su presa, su voz se rompió un poco, por eso Malcom se arrodilló junto a él, poniendo una mano sobre su hombro.

—También es mi hijo, aunque sea un capullo arrogante y maligno.

Esteban volvió a apretar la mandíbula, y centrándose de nuevo en Alexander le contestó:

—No lo soltaré hasta que diga la verdad.

—¿Y qué mierda quieres que te diga, Esteban? ¿Que he hechizado a Lunae, que lo que ha hecho ha sido bajo mi coacción? —Alexander suspiró mientras negaba con la cabeza—. No ejerzo ningún influjo sobre ella, salvo el que nos pueden dar años de amistad.

Otro puñetazo en la otra mejilla, muy cerca del ojo, le lanzó la cabeza hacia atrás, y Esteban soltó su pechera y se puso en pie. Malcom se levantó a su vez, observándolo con un brillo peligroso a escasos centímetros de él.

—Es deshonesto pegar a un hombre que no se puede defender.

—Aún lo es más la traición a una amiga y el coartar el derecho a la libertad, y tu hijo ha cometido esos dos pecados con la mía, así que una cosa por otra. Se ve que es costumbre de familia el traicionar a los amigos —le dijo refiriéndose a cuando él mismo había estado en la cárcel del palacio de los escorpiones, acusado injustamente.

No se vio venir el puñetazo de Malcom, pero sí le contestó con rapidez, para encadenarlo con otro y otro más, que el líder de los escorpiones recibió

sin pestañear. Para cuando Melchor y Baltasar los consiguieron separar, Esteban tenía el labio partido y Malcom sangraba por la nariz. El clamor de gritos, palmadas y silbidos se escuchó de fondo, y cuando miraron alrededor se percataron de las caras de espanto de muchos y las de expectación de otros. Algunos de los asistentes a la cabalgata, que los miraban con fijación, aún creían que aquello era parte del espectáculo.

A pocos metros vieron acercarse tres motos de policía.

—Nos tenemos que largar —les dijo Beatriz, señalándolas—. No encuentro forma humana posible de explicarles lo que ha ocurrido.

—Lo mejor será que ni lo intentemos.

Pero la última jugada no la vieron venir. Y mientras los unos discutían con los otros, Alexander se tumbó de lado, pegando la barbilla a su pecho y buscando con la boca el *silcán*, el silbato llamador de dracanes. Del color del fuego y con las figuras de dos dracanes persiguiéndose, cuando consiguió posicionar sus labios sobre la fina boquilla, sopló con todas sus fuerzas arrancándole su habitual sonido agudo y penetrante.

—¿Es un llamador de dracanes lo que se oye?

Beatriz se volvió confusa intentando localizar el ruido, y cuando sus ojos se posaron en Alexander, observó su sonrisa ladina, comprendiendo la estrategia del malvado brujo.

—Está llamando a sus dracanes para intentar escapar, hay que salir de aquí.

Sin vacilar Melchor sacó su saquito de polvo de oro, y con unos cuantos movimientos certeros de su mano, lo lanzó al aire, explotando y formando un agujero negro. Malcom agarró a su hijo de los hombros ayudándolo a levantarse, antes de que Esteban se abalanzara sobre él, como amenazaba hacer por su mirada. Sabía de su fuerza y determinación, y aunque Baltasar lo agarrara, lo mejor sería irse cuanto antes. Recibió el apoyo de Dragius que lo ayudó a movilizarlo.

Pero la situación podía empeorar, y así fue cuando vieron dos dracanes rojos aproximarse. La sorpresa fue que no se acercaron más, detuvieron su vuelo quedando suspendidos en el cielo ante las expectantes miradas de todos los allí presentes, y cuando extendieron las enormes alas, una sustancia plateada comenzó a flotar en el aire, quedando suspendida como finos copos de nieve.

Al principio creyeron que era eso, nieve, y observaron como las finas partículas se propagaban mecidas por el suave viento de la noche, impregnándolo todo, llegando a cada uno de los observadores de aquella

Cabalgata de Reyes que haría historia. Pero cuando uno de los puntitos plateados tocó su piel, cosquilleando como una culebrilla y hormigueando con una agradable sensación que se extendió por todo su cuerpo, Beatriz supo bien qué era.

—Polvo de los deseos. —Frotó las yemas de sus dedos impregnadas de aquella sustancia, sintió cómo resbalaban, como si fina arena fresquita acariciara su piel, haciéndola ligera y feliz—. ¿Pero cómo lo han conseguido? ¿Los dracanes también lo fabrican?

Una risa rasposa le llegó a los oídos, y cuando levantó la vista se encontró con la mirada oscura de Alexander, que la observaba con curiosidad.

—Me sorprende que sepas tan poco de nuestro mundo, con lo bien que fabricas ese polvo, porque este que está cayendo sobre todos nosotros, bien podría ser el fabricado por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Es fácil, querida, en este momento hay unos diez mil dracanes repartidos por todo el planeta Tierra, derramando tu preciado polvo de los deseos sobre toda la humanidad. Desde que mi abuelo cogió hace muchos años ese huevo de dracán rojo que viste en tus sueños, ese dracán es fiel con mi familia. —Alexander sonrió ante la confusión de Beatriz—. Sí, era mi abuelo, no yo, como soy navegante de sueños al igual que tú descubrí lo que había hecho y lo utilicé en mi favor. Al presentarme en la gruta de los dracanes con un rojo, estos se han aliado conmigo y ¿sabes lo que pasará? —Los ojos de Baltasar y Melchor se abrieron desorbitados, tensando sus cuerpos—. Que esta noche el Pacto Sagrado se romperá, porque el polvo de los deseos fabricado por las perseidas superará más de la mitad de la cantidad permitida, y las estrellas de los deseos comenzarán a extinguirse y ¿sabes qué? Con ellas, tus magos. Porque sin estrellas de los deseos, ¿quién necesita a los Reyes Magos?

Beatriz notó como el color se le iba del rostro, ¿cómo no se habían dado cuenta antes? Toda la pantomima de la batalla en el salón de actos del colegio de magos, y su insistencia con el hechizo de protección, pretendía desviar la atención de lo realmente importante: la ruptura del Pacto Sagrado. Baltasar y Melchor se abalanzaron sobre Alexander, cuando una potente y autoritaria voz, exclamó:

—¡Policía! Pongan las manos detrás de la cabeza y no hagan un maldito movimiento. Están rodeados.

Entonces como de la nada apareció un enorme dracán plateado que se colocó entre la policía y ellos, agitando con sus pesadas alas el aire a su

alrededor. En su lomo agachado estaba Gaspar, con un aspecto deplorable, la camisa rota y la barba castaña sucia y demasiado larga. Se frotó su anillo y creó una esfera de protección que dirigió hacia ellos, gritando:

—¡Yo os cubro, largaos de aquí!

Melchor, Baltasar y Gaspar intercambiaron una mirada que decía todo sin necesidad de hablar, justo antes de que Gaspar se dedicara a entretener a los policías sobrevolándolos y disparándoles solo para disuadirlos. Estaban haciendo su trabajo pero él también lo iba a realizar, no podía dejar que los suyos se quedaran atrapados allí.

Sorprendido vio como una mancha de fuego volaba a gran velocidad unos metros más allá, ayudándolo en la labor disuasoria. El borrón volador se detuvo, y descubrió en su lugar una mujer con un precioso cuerpo semidesnudo, del que salían potentes llamaradas naranjas que lamían su piel. Dragius le indicó a Gaspar con un gesto de su mano que cubriría la parte trasera, y desapareció como había aparecido, dejándolo estupefacto hasta que la detonación de una pistola lo sacó del trance. Alguien atacaba y debía defender a sus amigos.

Y el siguiente movimiento fue el único en el que estuvieron de acuerdo, todos a la vez se abalanzaron sobre el agujero negro que había construido Melchor, eludiendo las escasas balas que conseguían traspasar la esfera de protección de Gaspar. Melchor le susurró rabioso a Alexander:

—Estás muerto, cabrón.

—Ponte a la cola —exclamó Esteban—. Yo me lo pido primero.

El mago cogió la mano de Beatriz, que saltó notando cómo una de las balas le rasgaba el hombro, pero no le importó, la mano de su mago la agarraba con fuerza y con él se perdió en un torbellino negro y vertiginoso, que la lanzó lejos. Lo último que vio fue la fina lluvia plateada de polvo de los deseos que lo cubría todo, y las luces del enorme árbol de Navidad del final de la calle, recordándole que aquella sería una fecha que nunca olvidaría.

27. De besos, abrazos y confesiones.

—Beki, Beki preciosa.

Esa melodiosa letanía fue penetrando en la línea imaginaria que hay entre lo consciente y lo inconsciente, acunándola en el sueño pesado que se empeñaba en posarse sobre sus párpados, impidiéndole abrirlos.

Pero la voz era insistente y no se pensaba dar por vencida.

—Beatriz Bianchi te tienes que despertar. Estás flotando en un sueño, ¿me oyes, cariño?

Sí, era justo así como se encontraba, perdida viajando a la deriva en un mar revuelto con un fuerte olor a sal y desconcierto. Entonces unos dedos fuertes rodearon su mano, apretándosela, y fue como ver salir el sol en un mundo que ni siquiera sabía que estaba exento de este. Notó los dedos frotando su palma, despertando cada fibra de su mano, y como si de la transmisión de una señal de radio se tratara, sintió el calor de aquel contacto propagarse por todo el brazo, despertándolo todo a su paso.

Cuando ese calor llegó hasta sus ojos, consiguió romper la fina capa de hielo que los mantenía cerrados, abriéndolos para encontrar los enormes ojos de Melchor mirándola con adoración.

—Mi preciosa bella durmiente ha decidido acompañarnos.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Dos días.

Beatriz se levantó de golpe horrorizada por aquella confesión.

—¿Cómo que dos días? Tenemos que ir a por el *aguijón dorado*, hay que restaurar las barreras mágicas.

Se intentó bajar de la cama pero en el interior de su cabeza algo se agitó violento, como si estuviera en la cubierta de un barco a la deriva, y volvió a sentarse.

—En el túnel oscuro tocaste a Baltasar, sanándolo al instante, pero tu poder explotó por la energía allí acumulada y nos sanaste a todos, incluso a ti misma. Después te quedaste inconsciente por el esfuerzo, y has estado durmiendo hasta hoy.

—Pues en ese caso tendrás que llevarme tú en brazos a recuperar el maldito aguijón.

—Ya es tarde, Beki, solo aquella noche podía establecerse la protección.

Miró con ojos redondos a su mago, cogiéndole las manos entre las suyas, con un tremendo pesar atascado en el pecho.

—¿Me estás diciendo que he fracasado?

La mirada de Melchor se ensombreció, la frente se le contrajo en mil arruguitas de preocupación. Y sin soltar las manos de su chica las apretó con fuerza, y la miró con una sonrisa cansada.

—No tenemos la protección generalizada del agujón, pero el colegio de magos sí está protegido, ¿recuerdas? Cuando pusiste las manos en el suelo lograste la protección. Para el resto de dependencias mágicas, tanto nuestras como de las diferentes castas de brujos aliados, las surcadoras y los magos del COE ya están trabajando en crear algún tipo de barrera mágica. Y no. —Melchor abandonó sus manos para mecer su rostro entre sus palmas—. Esto no es culpa tuya, esto es fruto de una jodida emboscada. Lo bueno es que tenemos al artífice bajo llave en una de las salas del colegio.

—¿Ha hablado?

—De momento solo cosas que no nos aportan nada, pero hablará.

—¿Y el Pacto Sagrado?

—Pinta mal, querida, la cantidad de estrellas de los deseos ha bajado en un cincuenta por ciento, y las calles se han llenado de gente sonriente y llena de dicha, pero todos sabemos que ese polvo de los deseos es peligroso. Te vuelve codicioso y siempre necesitas más, y sobre todo el problema es que antes o después se agotará y cuando no puedan seguir pidiendo deseos, vendrá la infelicidad.

Melchor observó como la expresión de su bruja se entristecía, sus ojos parecían viajar dentro de su mente intentando buscar esa solución que un centenar de magos aún no había hallado. La reunión con el Consejo de magos había sido dura, las culpas habían volado por doquier: hacia él, Gaspar y Baltasar, incluso hacia las brujas perseidas, insinuando que debían cortar de alguna manera ese poder cuando era imposible quitarle la magia a un ser mágico. Formaba parte de su esencia.

Varios de ellos habían pedido la cabeza de Alexander, pero sobre todo había reinado la desesperación más absoluta. No obstante Gaspar había estado colosal en su intervención, calmando los ánimos y alentando a la calma, ya que alegaba haber descubierto algo en sus últimos viajes que podía ayudarlos a reestructurar el equilibrio.

Melchor se acercó a los labios de su bruja y los besó con suavidad, despacio, intentando que su aliento dulce y fresco se le quedara pegado a la

garganta. Y separando su boca con pereza pero sin soltarle el rostro, le confirmó:

—No temas, preciosa, encontraremos una solución. Me reuní hace un día con el Consejo para hablar de ello y seguiremos trabajando hasta que todo vuelva a la normalidad.

De repente Beatriz abrió mucho los ojos, y cogió de la camiseta a Melchor acercándolo a ella.

—¡El día de Reyes! ¿No habéis podido cumplir los deseos de la gente?

Melchor soltó una carcajada cogiendo a su chica por la cintura y levantándola de la cama, para sentarse sobre la misma y colocarla a horcajadas sobre él.

—Por suerte hacen falta varios días para que las estrellas de los deseos desaparezcan, y el Pacto comenzó a romperse en la Cabalgata de Reyes, así que todos los deseos estaban ya procesados. En contra de lo que manda la creencia popular, y a pesar de existir magos diseminados por gran parte del universo, no somos capaces de cumplir los deseos de todos los seres en una noche, ¿sabes? Lo bueno es que los vamos cumpliendo durante todo el año.

Beatriz sonrió despacio sin soltar el fuerte cuello de su mago.

—Te creía omnipotente y omnipresente.

—Eso son solo cualidades de la divinidad, aunque yo tengo otras muchas ¿sabes? —Se chuleó levantando las cejas, apretando su cuerpo duro al de ella.

—Me muero por descubrirlas.

—Pues lo primero es lo primero, querida, si no recuerdo mal en tu carta pediste un beso, ¿no es así? —Melchor acercó sus labios a los de Beatriz, rozándolos apenas en un aleteo de terciopelo—. Aunque debía ser un beso grandioso, ¿verdad?

Beatriz asintió con una sonrisa embobada colgando de sus gruesos labios, dejándolos entreabiertos para que su mago captara el labio inferior y lo engullera goloso entre los suyos, pasando después al superior absorbiéndolo con más fuerza. Un gemido suave escapó de los labios femeninos, y Melchor se lanzó voraz a tragárselo, buscando en el interior de su boca el delirante sonido que tensaba todo su cuerpo, enrollando su lengua con la de Beatriz, frotándola y profundizando en aquel beso que pretendía hacerle perder la consciencia.

Las manos masculinas viajaron por el cuerpo de Beatriz, por su espalda, deslizándose de arriba a abajo, por el cuello firme y suave, para descender después a las nalgas y amasarlas firmemente, apretándola contra su

entrepierna. La bruja jadeó de golpe separándose para mirarlo con los ojos borrachos de deseo.

—Me vas a ahogar de necesidad, querido. —Entornó los ojos mirándolo como una pantera hambrienta, y señaló con la cabeza hacia la cama—. Hazme el amor aquí y ahora, Rey Mago.

El rugido de Melchor salió de lo más profundo de su garganta, pero negó con la cabeza creando una incertidumbre vibrante en el estómago de Beatriz. El mago estaba decidido, y necesitaba decirle por fin las palabras que le quemaban la garganta y ocupaban eternamente su pensamiento.

—No señora, antes vas a escuchar lo que tengo que decirte, y después me rogarás que pare de hacerte el amor, y yo no pararé.

Se inclinó para darle un nuevo beso que los dejó a ambos temblorosos y palpitantes, pero Melchor volvió a separarse, colocando las yemas de sus dedos sobre los labios de la bruja, silenciando sus quejas soplando flojito sobre estos.

—Cuando la reunión del Consejo acabó, yo solicité un encuentro extraordinario con ellos. ¿Sabes para qué?

Beatriz lo miró con precaución negando con la cabeza, sin saber qué pretendía contarle, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Le habrían castigado de alguna manera por haber ido a salvarla a La Fortaleza sin contar con nadie? Intuyendo el frío que atenazaba el cuerpo de la bruja, la abrazó fuerte hasta que no quedó ni un centímetro entre ellos, adorándola con los ojos.

Melchor tomó aire, intentando absorber así toda la confianza que no sentía, y se obligó a seguir hablando. La miró y dejó que a sus ojos asomaran esos sentimientos que le calentaban el alma cada día, dejándoles las riendas a ellos, porque eran mucho más capaces de transmitir aquello para lo que las palabras resultaban escasas.

—Desde el día en el que te conocí no he podido despegarte de mi cabeza, Beatriz. Lo primero que me obnubiló de ti fue tu sonrisa, ancha, grande y perpetua, sonreías por todo y yo no entendía por qué. Pero me gustaba que lo hicieras. —Melchor acarició sus labios con el pulgar, estirando las comisuras de Beatriz, que terminó sonriendo—. Después me quedé colgado de tus ojos, con ese color mezcla entre el caramelo y el whisky añejo, con esos reflejos rojos que te dan un toque salvaje tan impresionante. —Melchor se inclinó y cubrió con un mantel de mullidos besos sus párpados—. Y si a eso le sumas este cuerpo de infarto, ¿quién no sucumbiría?

Un cosquilleo nervioso se acumuló en el vientre de Beatriz cuando las

manos de Melchor le recorrieron la espalda y llegaron hasta sus nalgas. Una de ellas volvió a ascender, cogiéndole el cuello e inclinándola hacia él para susurrarle sobre la boca:

—¿Recuerdas la noche de la discoteca, cuando el brujo serpiente te envenenó con su beso?

Un escalofrío recorrió la espalda de Beatriz, tenía memorizado el tacto frío de aquel ser con apariencia de hombre, aunque dudaba mucho que fuera sangre lo que corría por sus venas. Su tacto era más gélido que el hielo mismo, de tan frío su contacto quemaba, y lo peor era que se acordaba muy bien de la parálisis que atenazó su cuerpo. Sus ojos eran alargados, como los de las víboras, y de un sobrehumano toque amarillento. Se abrazó fuerte al cuerpo de su mago, metiendo la cabeza en el hueco de su cuello.

—Sería imposible olvidarme, sobre todo de cómo apareciste y me arrancaste de los brazos de aquella criatura.

—Lo que no sabes es que posiblemente, si yo hubiese estado ausente en tu vida, no te habría atacado.

—¿Qué estás diciendo, Melchor? —Se separó un poco de él para alcanzar a ver la lucha que mantenía en sus ojos.

—Aquellos eran brujos de la casta de la serpiente, y ellos se guían para atacar por el olfato. Suelen cazar a la persona que tiene más magia, por así decirlo. Huelen el poder, de la misma forma que los perros huelen a mucha más distancia que los humanos. El haber estado relacionada conmigo, aunque hiciera años de eso, dejó mi esencia impregnada en ti, que a su vez se potenció con tu esencia mágica y por eso lo atrajiste. —El sufrimiento se reflejó en su mirada, una culpa cocida a fuego lento durante demasiado tiempo—. De hecho todos los sucesos extraños que te han pasado, cuando intentaron abusar de ti en la adolescencia, los intentos de robo que has sufrido en estos años... Todo ha sido por tu vinculación con la magia, y en parte por mi culpa.

—Eso no es cierto, Melchor. No existe la culpa, sino la vida y sus circunstancias. Además si me hubieses contado todo esto en su día, dándome a elegir, hubiera seguido junto a ti.

Las facciones del mago se suavizaron, cogiendo el rostro de Beatriz entre sus dedos.

—No sabes lo que dices.

—Eres tú el que no se entera, maguito. —Beatriz cogió también su rostro entre las manos, acercándolo a sus labios—. Que te quiero, Melchor, que te quise desde el minuto uno en el que tus ojos se introdujeron en los míos en

aquella playa, que te he querido siempre y que nunca podré dejarte de querer. Porque para mí tú eres como la electricidad para las bombillas, ¿sabes? Si tú no estás yo no brillo, pero cuando estás lo llenamos todo de luz.

Melchor salvó los escasos centímetros que los separaban, sellando sus mullidos labios en uno de esos besos que existen para detener el tiempo. Porque las palabras de su bruja lo llenaban de algo que ya hacía mucho tiempo había perdido la esperanza de tener: la ilusión, y un amor indescriptible que sabía que no se merecía. Pero después se volvió a separar mirándola con gravedad.

—No tuve cojones de volver, Beatriz. Después de ese año infernal de separación impuesto por la prueba, no supe cómo recuperarte.

Beatriz le cogió las manos y dejó que terminara de hablar, porque de una vez por todas debían cerrar ese capítulo. Las lágrimas se cuajaban en sus ojos, y caían lamiéndole el rostro en un llanto silencioso que procedía del alma. Los ojos azules de Melchor también se humedecieron, y ese mar bravío que era su mirada se fue derramando por su rostro mientras acunaba el de Beatriz entre las manos.

—Me escudé en que estarías mejor sin mí, porque yo había atraído el mal acercándote la magia; me dije que eras muy joven y encontrarías otro hombre que no te hiciera sacar tu lado mágico, como si la magia no buscara siempre su hueco para salir, al igual que las raíces de un árbol se abren paso bajo la tierra. —El mago apretó la mandíbula y la miró con intensidad—. Y sobre todo me engañé a mí mismo pensando que solo me gustabas, que lo nuestro era una atracción pasajera que podría llevar.

—¿Y no era eso? —aventuró Beatriz mirándolo con sus ojos de caramelo líquido.

Melchor apretó más sus manos alrededor de su rostro, juntando su cara a la de ella hasta ese punto en el que todo se ve borroso por la proximidad.

—Nunca fue eso, Beatriz, lo que yo siento por ti es algo mucho más esencial. Si el cielo y la tierra bajo nuestros pies desaparecieran, si el aire dejara de ser aire y el espacio y el tiempo quedaran suspendidos, si la nada nos engullera, nosotros seguiríamos existiendo, porque el amor que yo te profeso es capaz de construir materia allí donde nada existe, es capaz de calentar un planeta que permanece helado desde su centro. —Melchor hizo una pausa para tomar aire y mirarla con la devoción que sentía—. Te amo, Beatriz Bianchi, de una forma demencial que consigue devorarme. Y por eso he renunciado a lo que queda de mi reinado, porque eres tú lo que da sentido a mi

vida, y sin ti no sé vivir.

Los ojos de la bruja brillaron emocionados, todo su cuerpo se sacudía expectante, pero la culpa titilaba en su interior como un muro de contención que no le permitía soltarse.

—¿Pero eso significa que ya no eres Rey Mago? No quiero que renuncies a tus sueños por mí.

—Sigo siento mago y teniendo mis funciones en el COE, pero dejo el reinado junto a Baltasar y Gaspar, que es lo que me impedía poder estar contigo. Además, ¿es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? Que mi sueño eres tú, que me rompería por dentro si no te tuviera, que no pienso respirar otra cosa más que el aire que sale de tu boca.

La dicha se apoderó del corazón de Beatriz, que la bombeó lleno de energía a todo su cuerpo, haciéndola vibrar. Se colgó de su cuello y con un gruñido animal le susurró:

—Yo te amo tanto que puede que uno de estos días, explote de amor. Así que bésame y házmelo, mago mío. Ese es mi deseo para hoy y para siempre.

Con un gemido que salió de lo más profundo de su garganta, Melchor se lanzó a los labios de su chica, comiéndoselos como si fueran el único manjar que quedara en la Tierra. Beatriz lo empujó hasta que la espalda del mago tocó el colchón, y mientras se saboreaban con los labios, la lengua y hasta los dientes, dejó que sus manos vagaran por el cuerpo duro de su mago, que resbalaran por su piel caliente. Y descubrió que el tacto puede ser el más adictivo de los sentidos, porque no descansó hasta tener el cuerpo del hombre desnudo bajo el suyo, también desnudo.

Rodaron por las sábanas, en una telaraña de besos y caricias que se ajustaba cada vez más en torno a ellos, y cuando Melchor entró en su interior jadeó extasiada, lo abrazó con una pierna por su cintura para apretarlo más contra ella y dejó que le hiciera el amor como solo él sabía, como si ambos unidos fueran las notas perfectas para crear la melodía del universo.

Cuando llegaron a ese culmen del placer, a la cresta de la ola, se dejó ir anclada con las manos a su cuello, con la boca a sus labios, y con el alma a su corazón, sabiendo que en aquel momento estaban construyendo un pedacito de universo, que con la energía que desprendían sus cuerpos entrelazados bien se podría crear una nueva galaxia o un mundo entero.

Gaia miró hacia abajo, y notó cómo a su cuerpo le atraía demasiado el vacío que se extendía a sus pies. Sentada en la cornisa de una de las ventanas de su habitación en el colegio de magos, miraba la noche y sentía que se fundía con ella. No en vano solía vestir de negro desde que Alethea había desaparecido meses atrás, porque ella también se sentía negra por dentro, y el exterior siempre es un reflejo del estado del alma.

Un nuevo golpe de frío le levantó la falda negra, y golpeó su rostro trayéndola a la realidad. A una en la que se sentía prisionera. No quería estar en aquel lugar, llevaba dos días encerrada en el colegio de los magos, mientras cavilaban intentando buscar la forma de proceder. Pero ella solo quería salir corriendo para buscar a sus hermanas, y lo único que la frenaba era el hecho de no tener idea de cómo hacerlo.

¿Por dónde empezaría a buscar? Estaba dispuesta a arrasar cada galaxia si hacía falta, pero le llevaría demasiado tiempo, y mientras algo podía sucederles. Por eso sabía que la única solución era que él se lo dijera. Alexander, el culpable de todo, ese al que tenía tantas ganas de atravesar con su espada como un pincho. Pero Baltasar la había obligado a esperar allí encerrada hasta que pensaran qué hacer con él, quería asegurarse de que el muy cabrón no podría escapar de la cárcel improvisada que le habían buscado. Y temía que ella actuara de manera imprudente o se le fueran las cosas de las manos al estar frente a él. Pero dos días era mucho tiempo, un tiempo inaceptable que no pensaba prolongar ni un minuto más.

Exhalando gritó frustrada al cielo que parecía dibujado por algún pintor con adicción a las estrellas, había cientos de ellas y se imaginó volando entre estas para que la llenaran de un poquito de la luz que desprendían. Necesitaba llenar el hueco vacío que se había quedado en su pecho al ver a sus hermanas perderse por aquel agujero oscuro, de la mano de quién creía era una amiga. Las náuseas amenazaron con desbordarla, se sentía hervir por dentro, y saltando de la ventana salió de la habitación, avanzando a grandes zancadas por el pasillo, hasta llegar al despacho que utilizaba Baltasar, que en esos momentos permanecía vacío.

Una enorme mesa de ébano presidía la estancia, situada delante de la ventana, todas las paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros de diferentes colores, el suelo cubierto con una alfombra tejida con motivos orientales. Y a la derecha de la mesa un botellero en cuya parte superior se situaba una botella de cristal llena de *licor de supernova*. Se dirigió a ella sin

dudarlo, bebiéndose un largo trago, notando como el líquido ambarino bajaba por su garganta, acariciando la lengua y el paladar y dejando un sabor dulce con un leve toque ácido.

El vacío en su interior pareció encharcarse con aquel trago, y Gaia siguió bebiendo, hasta que ya no le cupo más líquido en el cuerpo. Con más de la mitad de la botella consumida sobre el escritorio, saltó del mismo y tomó una decisión. Estaba cansada de esperar, iría a ver al maldito cabrón que le había arrebatado a sus hermanas. Confesaría aunque tuviera que machacarlo con sus puños.

Recorrió varios pasillos sin saber a dónde tenía que llegar, se sentía más lúcida que nunca, tan activa que parecía crepitar, la sangre le galopaba caliente por las venas, y ese mecanismo que suele modular la conducta para que hagamos lo apropiado cuando se espera, parecía haber saltado por los aires en su cuerpo. Se sentía libre. Así que cuando vio a uno de los estudiantes del colegio casi se le echó encima, arrinconándolo contra una pared.

—Dime dónde tienen al prisionero.

El estudiante la miró como si hubiera perdido un tornillo, aunque con la admiración que despertaba normalmente en los hombres, vestida entero de negro con una camiseta de tirantes escotada y la falda negra de vuelo. Su corto pelo engarzado con adornos metálicos y tiras de cuero marrón, con ese tono del oro viejo brillando gracias al foco de luz sobre ellos. El aprendiz de mago le señaló con un dedo tembloroso hacia la derecha.

—A nosotros no nos hablan de eso, pero en una ocasión llevaron a un amigo a interrogarlo y me contó que hay unas salas en el sótano que parecen como esas salas de interrogatorio de las películas de policías.

—Llévame hasta allí.

—Me pillas ahora mismo muy liado...

Pero el chico, que no tendría más de veinte años, paró de hablar cuando Gaia achicó sus extraños ojos azulmorados, sacudiendo la cabeza en dirección al pasillo que tenían por delante. Asintió levemente y anduvo a paso acelerado.

Una leve punzada de culpa quiso abrirse paso entre la bruma que se había instalado en su cabeza, pero Gaia no la quería dejar pasar, y continuó su camino observando al chico que le sacaba al menos una cabeza, aunque por su forma de actuar se podía apreciar su juventud e inexperiencia.

Pasaron por varios pasillos pulcros y con los ya acostumbrados cuadros de retratos de antiguas generaciones de magos, y llegaron a una escalera que

descendía. Era estrecha y no estaba en consonancia con el resto de estancias amplias y luminosas. Al pie de los peldaños se extendía un espacio amplio, que llevaba a otro pasillo que recorrieron con impaciencia, ante los resoplidos constantes de Gaia, que disminuyeron cuando a mitad del corredor comenzó a escuchar un murmullo de voces que fue creciendo más y más, hasta que desembocaron en otra sala mucho más amplia.

Se sorprendió cuando encontró allí a todos los implicados en la batalla: Malcom y Esteban hablaban con Baltasar en una esquina de la sala de piedra; alrededor de una gran mesa central se encontraba sentado Melchor con Beatriz sobre sus piernas. Se alegraba de que estuviera recuperada, el mago había sufrido mucho por ella y se les veía muy bien juntos. Moruena permanecía junto a Víctor, que también se recuperaba a marchas forzadas, solo tenía una venda alrededor del pecho, y algunos arañazos en la cara. Y Gaspar permanecía junto a Dragius, la única que había hecho su estancia más soportable esos dos días.

El mago castaño atendía la conversación de los demás, aunque parecía distraído con algo, circunstancia que le venía perfecta porque así le prestaría atención a ella.

Avanzó con decisión hasta la mesa con intención de dirigirse a Gaspar, ocasión que aprovechó el mago que le había servido de guía para irse corriendo, y aclarándose la voz Gaia golpeó la mesa con las palmas posadas delante del mago, inclinando el cuerpo hacia él:

—Quiero que me lleves ante el prisionero.

Gaspar la observó con el ceño fruncido, como si fuera un misterio sin resolver o algún hada caída del cielo, y cuando captó el brillo de sus ojos bicolor, un destello de reconocimiento cruzó su mirada que fue a dirigirse sobre Baltasar. Este ya avanzaba hacia su posición y contestó por su hermano:

—Ya te he dicho que es mejor esperar, Gaia.

La bruja se volvió como una furia hacia Baltasar, con el ímpetu añadido por el exceso de *licor de supernova*. Apretó los dientes, estrechando la mirada para exigir, autoritaria:

—No voy a esperar ni una mierda más, joder. Además no estoy hablando contigo. —Gaia volvió a centrar su mirada demasiado brillante en Gaspar, que la observaba como si fuera una amenaza. Y a pesar de saber que empezaba a ser el licor el que hablaba por ella, no intentó refrenarse—. Tu colega no tiene ni puta idea de la situación, por eso recurro a ti para ver si tienes más sentido común.

—Gaia no me voy a meter entre mi hermano y tú, no estaría bien.

—No hay nada entre ese tío y yo, ¿acaso no lo ves? —bramó furiosa mientras cogía a Gaspar por la pechera de la camiseta, acercándolo a ella—. Y si un par de roces son el problema, lo solucionaré ahora mismo.

Ante la estupefacción de todos los allí presentes, Gaia tiró de la camiseta del mago hacia ella, atrayéndolo hasta que sus labios chocaron contra los de un perplejo Gaspar que se quedó sin aire.

Fue un beso rudo que no disfrutó, y que apenas duró un par de segundos antes de que escuchara un rugido animal, y unas manos enormes se colocaran en sus hombros y tiraran de ella hacia atrás, separándola de un alucinado Gaspar, que se quedó mirándola sin reaccionar.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo, bruja?

La voz de Baltasar era rasposa y dura, mientras la giraba hacia él para mirarla con unos ojos negros que brillaban como carbones encendidos. Gaia lo observó con una sonrisa irónica en los labios, forcejeando para soltarse sin conseguirlo.

—Solucionar el problema, ¿es obvio, no? Gaspar ha dicho que no se quería meter entre nosotros, y yo he compartido con él lo único que tú y yo compartimos. Ahora ya se puede meter.

—¿Quién te crees que eres para enfrentarme con mi hermano, Gaia? Si no fuera él, le tendría que arrancar la cabeza por haberte besado.

—He sido yo la que lo he besado, por si no te has dado cuenta, mago, y así un derramamiento de sangre que te he ahorrado. Ahora, ¿vas a dejarme pasar?

—No.

Baltasar tenía las fosas nasales dilatadas, como un bisonte antes de atacar y se sentía como debía notarse una locomotora a vapor recién cargada. Le mantuvo la mirada a una Gaia furiosa, el violeta se comía casi por completo al círculo azul de sus ojos. Estaba muy hermosa y cargada de energía, y olía a *licor de supernova* por todas partes.

Pero lo que no vio venir fue como Gaia bajó la cabeza y arremetió contra él como un toro, desprendiéndose así de su agarre y estampándolo contra la pared. Tampoco pudo hacer nada para esquivar el puño certero que se estrelló contra su pómulo. Aquella bruja tenía un derechazo espectacular, pero antes de que le diera con el puño izquierdo barrió sus pies con la pierna, haciéndola caer al suelo.

—¡Basta!

Con aquel grito autoritario ambos pararon de pelear y miraron hacia la

mesa, donde Melchor se había levantado con expresión adusta.

—No es momento para pelear entre nosotros, joder. Hay que permanecer unidos para ganar la batalla contra nuestros enemigos, ¿es que no os dais cuenta?

—Yo solo quiero interrogar al brujo escorpión, después me largaré a por mis hermanas y ya no volveré a molestaros.

Melchor la observó con esa calma suya que conseguía poner en guardia a cualquiera, porque solo alguien muy inteligente y sereno era capaz de albergar esa mirada. Le echó un vistazo a Baltasar que negaba con la cara muy seria, y volvió a mirarla.

—Si quieres interrogarlo vas a hacerlo, pero delante de Baltasar, y si él escucha algo fuera de tono o estima que pelagra la vida del prisionero, te sacaré de allí y tú no rechistarás.

—¿No puede acompañarme otro mago?

—No, no puede.

Gaia resopló afectada y se pasó las manos por la cara, dejándolas resbalar por su pelo. Se notaba embotada y maldijo su idea de tomar *licor de supernova* para aquella misión. Miró a Melchor y asintió.

—Está bien. —Comenzó a caminar hacia la única puerta de la estancia, y cuando pasó por el lado de Melchor le dijo un tenue—: Gracias.

—No intentes matarlo, Gaia, es nuestra única baza para encontrar a tus hermanas.

En la expresión de la bruja apareció toda la frustración que sentía, toda esa pena y rabia acumuladas, que luchaban entre ellas para conseguir el control de su cuerpo.

—Lo sé.

Baltasar se tragó la decepción, la frustración e impotencia por el rechazo y la actitud de la bruja, y se dirigió a la puerta, desbloqueándola con una pequeña pantalla que había en el lateral de la misma, a través de una contraseña tactimétrica de figuras geométricas combinadas que solo él, Gaspar y Melchor conocían. Y cuando se abrió, se hizo a un lado indicándole con la mano a Gaia que pasara, para situarse a su espalda tras recibir un leve gruñido de ella.

Pasaron a una habitación cuadrada con varios apliques de luz artificial en el techo, lo que le daba una luminosidad blanca casi cegadora. Tres cámaras enfocaban el espacio al fondo, donde un cristal desde el suelo hasta el techo los separaba de Alexander, que permanecía sentado en una silla, con las

manos entrelazadas y la mirada fija al frente. Cuando vio aparecer a Gaia, una sonrisa iluminó su rostro.

—Debo admitir que estaba francamente cansado de ver solo tíos con demasiada testosterona, así que verla a usted, señorita Kinov, es como un buen trago de *aguardiente de escorpión*, ¿lo ha probado alguna vez? Entra de maravilla pero deja una resaca jodida.

Gaia recordó su incursión en el castillo de los escorpiones, y su escondite en las barricadas del sótano, y resopló furiosa. En dos zancadas se acercó hasta el brujo escorpión, poniendo las palmas sobre el cristal y la cara pegada al mismo.

—Déjate de gilipolleces y dime dónde están mis hermanas.

Alexander se levantó para poner su rostro a la altura de la bruja tras el cristal, poniendo una expresión que buscaba una comprensión que ella estaba muy lejos de sentir.

—Me encantaría poder decírtelo, pero como ya he repetido a todos los orangutanes que han entrado aquí, Lunae ha actuado sin contar conmigo.

Gaia dio un golpe seco con las palmas en el cristal, allí donde estaba su cara, y bramó un profundo:

—Mientes.

Sin darse la vuelta ordenó a un expectante Baltasar que tenía todo el cuerpo en tensión:

—Haz que este cristal desaparezca o romperé el campo de fuerza que lo mantiene en pie. —Y mirando de reojo sobre su hombro le recordó el día que sacaron a Esteban de las mazmorras—. Ya sabes que puedo hacerlo.

—Es una muy mala idea, Gaia.

Baltasar se acercó a ella sin tocarla, porque sabía que en aquel instante era como una bomba a la que se le había quitado el seguro, y cualquier leve movimiento la haría estallar. Por eso se limitó a susurrarle, con el cuerpo sacudido por la inquietud que conseguía enervarle cada jodido músculo:

—Este tío es un manipulador nato, Gaia, engañó a su padre, a su novia, a todos sus súbditos; utiliza esa estrategia para usar a la gente a su antojo. Te podría confundir.

Entonces Gaia sí se dio la vuelta, enfrentándose con el mago, mirándolo a sus ojos oscuros con voracidad.

—¿Crees que ese gilipollas va a conseguir algo conmigo? ¿Que me va a manipular, dices? Lo único que puede conseguir es que le arranque la cabeza que no debería estar sobre su cuerpo.

—Gaia...

Y en aquella única palabra había un millar de advertencias, que calaron en los huesos de la bruja aunque no por ello bajó la guardia. Solo le mantuvo la mirada al mago, y con hastío asintió.

—Me portaré bien, abre el jodido cristal.

Baltasar la observó unos segundos más, el flequillo desfilado que le caía sobre uno de sus ojos, el pelo corto y muy liso, el brillo peligroso de sus ojos violetas, con ese círculo azul en su interior que brillaba según el estado de ánimo que presentaba. Y en aquel momento emitía un resplandor cegador. Por eso acercó su mirada a la de la bruja, interponiendo un dedo entre sus rostros.

—Un minuto, Gaia, ni uno más te doy. Y si haces alguna tontería será un segundo.

—Tengo suficiente.

Alexander, que había asistido al intercambio verbal con interés, no podía creer que fueran a abrir aquel cristal, y valoró las posibilidades que podía tener de escapar, pero antes siquiera de que las alternativas llegaran a su mente, algo duro chocó contra su cuerpo, como si un ciclón lo hubiera arrollado. Dio con la espalda en el suelo, en un golpe tan seco que le hizo rebotar la cabeza y lo dejó sin respiración un instante, sensación que se hizo más notoria cuando sintió un peso en su estómago y una garra que le aprisionaba la garganta. A la vez escuchó una voz de fondo masculina, que maldecía al parecer sin conseguir nada, porque la situación de ahogo no mejoró.

Forcejeó bajo el cuerpo que lo mantenía preso pero supo que no conseguiría escapar de su agarre, sobre todo cuando abrió los ojos y se encontró con la mirada de Gaia, que lucía un brillo de peligro e ira que conocía bien porque a él también lo había poseído. Lo observaba a solo unos centímetros, a horcajadas sobre su estómago y apretando este y sus brazos con ambas piernas. La determinación y el odio era lo que le daba la fuerza, y supo que tenía la batalla perdida, así que se quedó quieto contemplándola.

—Me vas a decir de una puta vez lo que quiero saber, o rajaré esa bonita cara que tienes y ni tus guerreros te reconocerán.

Aseverando la amenaza de la bruja, Alexander sintió el frío de la hoja metálica que se clavaba en su carne, cuya punta descansaba bajo su ojo. Sintió la saliva correr espesa por su garganta, y en un último alarde de valor le susurró:

—Las brujas sois seres de luz, no me harías daño porque ahora no soy una

amenaza, sabes que habría una repercusión en tu energía y en tu magia.

Una sonrisa sarcástica se extendió por el rostro de Gaia, una fría y desprovista de toda bondad que ella misma sintió como ajena. Pero la utilizó haciéndola suya en aquel momento, sabiendo que sus hermanas desaprobaban su conducta, pero le dio igual. Dejó que esa parte salvaje saliera a flote y tomara las riendas, escupiendo sus palabras:

—Te mataría ahora mismo sin pestañear pero no lo haré porque todos se abalanzarían sobre mí, aunque no dudes que este puñal acabará metido en tu ojo si no me dices lo que quiero saber.

El helor de las palabras de la bruja penetró en el cuerpo de Alexander, y con un suspiro supo que tenía que decir las frases adecuadas, ya que Baltasar no sería lo suficientemente rápido para frenar a aquella mujer. Por eso la miró atentamente, centrándose en ella y dejando ir el aire despacio de su cuerpo:

—Lunae luchaba contra mí, tú misma la has visto, solo la dejé escapar de la Fortaleza por la amistad que hemos tenido durante años y porque ya disponía de suficiente cantidad de polvo de los deseos para romper el Pacto Sagrado. —El estómago se le contrajo cuando el puñal se clavó más en la piel de su mejilla—. Desde que se marchó de mi Fortaleza no he tenido contacto con ella, así que te aseguro que tengo las mismas ganas que tú de saber por qué ha hecho lo que ha hecho.

Gaia lo observó intentando determinar cuánto de verdad había en sus palabras. Notaba la tensión del cuerpo del brujo bajo el suyo propio, sus ojos negros se habían dilatado también, así que supo que se tomaba en serio la amenaza. Inclinandose un poco más hasta quedar a apenas unos centímetros de su rostro, le preguntó en voz baja:

—¿Por qué quieres a mis hermanas?

Un músculo vibró en la mandíbula del brujo, que la observó durante unos segundos breves y eternos a un tiempo. Con un suave suspiro que le llenó la boca a Gaia de lo cerca que estaban, le dijo para que solo ella lo oyera:

—Tus hermanas son muy poderosas y estaba dispuesto a hacer un trato especial con ellas, pero necesitaba llevarlas a un entorno más... Digamos seguro, porque de primeras supongo que no hubiesen querido hablar conmigo.

—Y, ¿cuál es ese sitio?

—La Fortaleza de Hércules, pero desconozco dónde las ha llevado Lunae, ya que con el hechizo de protección que ha hecho Beatriz ella no podría entrar sin mi autorización.

Gaia se quedó colgada de aquella mirada negra que la observaba casi sin

pestañear, notaba cómo aquel brujo rozaba su mente, intentando penetrar en ella, pero la bruja era muy buena creando barreras para que no lo lograra. La voz melodiosa del escorpión le dijo un poco más alto:

—Yo de ti llevaría mucho cuidado, señorita Kinov, al parecer el universo se ha conjurado en contra de vuestra casta, y estoy seguro de que el peligro se cruzará en tu camino en varias ocasiones.

—¿Me estás intentando joder, escorpión?

Una sonrisa ladeada estiró los labios gruesos del brujo, porque sin saberlo, Gaia le había puesto en bandeja con aquella pregunta la forma de alejarla, a ella y su punzante amenaza. Acortando la distancia que había entre sus bocas hasta casi rozarlas, le contestó con el tono ronco, de forma que Baltasar también lo escuchó:

—Joder es una de las primeras cosas que desearía hacer contigo.

Los dientes de Gaia rechinaron unos contra otros, y la mano que sujetaba el puñal quiso avanzar para cortar más profundamente la carne bajo el filo, pero tan cerca estaban que el movimiento le resultó imposible, y cuando intentó separarse para atacarlo, unos brazos la cogieron por las axilas separándola del brujo que sonreía abiertamente.

—Suéltame, joder.

Aunque la sonrisa de Alexander duró muy poco, ya que el pie de Baltasar se estrelló contra su entrepierna, haciendo que el brujo se encogiera como una bola llevándose las manos a sus testículos.

—No volverás a joder ni una puta vez más si vuelves a hablarle así.

Dejándolo allí tirado, ambos se situaron frente a la puerta, Baltasar apresándola fuerte contra su cuerpo mientras introducía en la pantallita de salida las formas geométricas de la contraseña, y Gaia pataleando hasta que la hoja se abrió, momento en el que el mago permitió que se liberara de su agarre y comenzó a caminar como una tromba hacia el exterior.

Lo que no sabía el mago fue la inquietante sensación que la impregnó cuando las manos de Baltasar abandonaron su cuerpo, porque al dejar de sostenerla sintió que podía caer en cualquier momento. Tomó aire por la nariz e intentó que esa corriente que llegaba a sus pulmones enfriara su sangre, arrastrando la furia de su interior, y al diluirse esa emoción saboreó la decepción con impotencia en su boca. Porque lo que le había dicho confirmaba que aquel ser horrible quería a sus hermanas para algo, y con la amenaza velada podía suponer que ella también estaba en peligro. Pero no había conseguido descubrir para qué las necesitaba, y tampoco hacerse una

idea de donde estaban.

Cuando salió a la habitación convertida en sala de reuniones seguida por el enorme mago de ébano que era como su sombra, no pudo esconder todos aquellos sentimientos que bullían como una olla con muchos ingredientes dentro de ella, evaporándose en su rostro en forma de lágrimas. Al parecer los demás lo captaron, porque no tardó en verse enterrada entre los brazos de Moruena, Dragius y Beatriz, que le susurraban palabras de aliento.

—Te ayudaremos a encontrarlas, Gaia, no descansaremos hasta dar con ellas —le dijo Beatriz muy cerca del oído.

—Haré uno de mis hechizos de búsqueda y seguro que nos orientará de qué camino tomar —le explicó a su vez Moruena, frotándole la espalda.

—Yo lo haré hablar, Gaia, a mí me tendrá que escuchar —aseguró Malcom acercándose un poco a ella.

—Haremos lo que haga falta para que hable, mis hombres ya están peinando el perímetro, y no nos detendremos hasta dar con ellas —aseveró Esteban, pensando en su hija e imaginándose aplastando la cara del malnacido de Alexander.

—Los magos te ofrecemos todo nuestro apoyo en la búsqueda. —Gaspar habló solemne, intentando trasmitirle su apoyo.

Y a pesar de que Gaia se sintió más arropada que nunca, algo había roto en el fondo de su corazón, y parecía que ni todo el amor del universo podría ser un buen pegamento para arreglar sus trozos. Por eso agradeció a todos sus palabras y dejó que se imbuyeran en la nueva conversación sobre el Pacto Sagrado y las Kinov, excusándose con que se sentía indispuesta para ir alejándose poco a poco, recorriendo el pasillo de vuelta a la que era su habitación.

Y se sentía descompuesta de verdad, por la frialdad de aquel cabrón que alegaba no saber nada del paradero de sus hermanas, por la traición de Lunae, en la que había confiado para robarle después lo que más quería, y ¿para qué? Eso era un misterio que pensaba descubrir, porque se sentía tan descompuesta como decidida.

No tardó en sentir unos pasos a su espalda, y solo por su olor y cómo vibraba su cuerpo en su presencia, supo de quién se trataba, pero no se dio la vuelta. Porque sabía que solo él podría hacer flaquear su determinación, y no lo podía permitir. Ya había esperado bastante.

Sus piernas decidieron recorrer el camino que le quedaba corriendo, y los pasos a su espalda la imitaron, resonando como golpes contra su corazón que

la acompañaron hasta la misma puerta. Creía que lo iba a conseguir, pero una mano fuerte y grande alrededor de su antebrazo la detuvo cuando cogía la manivela de la puerta de su habitación.

No se dijeron nada, el silencio transportaba mucho más que cualquier palabra entre ellos, y contra su voluntad su cabeza giró para encontrarse con la mirada de él. Su expresión era seria, más de lo que nunca le había visto. Su mandíbula cuadrada apretada y marcada. Se miraron unos minutos, segundos que se enredaron en el aire; Gaia sintió como unas absurdas lágrimas se precipitaban de nuevo a sus ojos y las dejó ir.

En otro momento hubiese opuesto resistencia, le habría dado un puñetazo a aquel coloso largándose corriendo para que no la viera, pero no le apetecía hacer eso. No le apetecía hacer nada ante el único hombre de toda su existencia que conseguía agitarla así, agitarla y desarmarla, dejándola lánguida y llena de melancolía.

—Te vas.

No era una pregunta, y esas dos palabras hicieron que el nudo de su garganta se hiciera una pelota intragable que solo se podía expulsar con más lágrimas, que siguieron rodando por sus mejillas. Los dedos masculinos le abarcaron el rostro, limpiándolas con infinita suavidad, y no le contestó, se limitó a mirarlo sin comprender por qué aquel hombre le afectaba de esa manera. Por qué la trataba con esa ternura después de lo déspota que había sido con él delante de todos.

Algo en su interior no soportaba la idea de alejarse de él, y sabía que si le hacía caso a ese algo, que era lo que todo su cuerpo gritaba que hiciera, pospondría hasta la búsqueda de sus hermanas, algo que no se podía permitir.

—Déjame acompañarte.

Miró a Baltasar como si fuera el principio y el final de todas las cosas, y negó con la cabeza. Aunque no podía ignorar el revuelo de mariposas que se formó en su estómago al valorar tal posibilidad.

—Esto es algo que debo hacer yo.

—Esto es algo que tú sola no podrás hacer, Gaia. Dame un par de días, conseguiré reunir a unos cuantos hombres y partiremos. En ese tiempo seguro que logro que Alexander me diga algo más.

—¿Y te fiarás de lo que te cuente? —Gaia agradeció la rabia que salía de su interior alejando la tristeza—. Ya lo has visto, solo niega y reniega cualquier tipo de relación con el paradero de Lunae.

—Tenemos técnicas de persuasión, hechizos... Algo funcionará.

—¿Utilizarías magia negra para ayudarme? —replicó mirándolo escéptica.

—No hay nada que no haría por ti.

La cadencia ronca de sus palabras hizo que el corazón de Gaia se detuviera. Se adentró en los ojos negros que la miraban tan intensamente, que estaba segura que podían ser capaces de tumbarla, e intentó herir a aquel gran hombre de la manera que fuera. Necesitaba apartarlo de ella para que la dejara marchar, quería volar, estar sola y hacer lo que tuviera que hacer para dar con Juno y Alethea.

—Tú tienes tus responsabilidades aquí, mago, no puedes desaparecer así como así y más después de la ruptura del Pacto Sagrado. Además no finjas que mis hermanas te importan, solo buscas una excusa para meterte entre mis piernas.

La expresión de Baltasar se volvió dura, y cogiéndola de ambos antebrazos acercó su rostro al suyo.

—¿A qué coño estás jugando, Gaia?

—Solo digo la verdad, te intereso para pegarte un buen revolcón. Seguro que después de unos cuantos polvos me dejas tirada y sola en la búsqueda que tanto dices que te importa.

Y mientras las palabras salían de su boca, se sintió sucia y rastrera porque sabía que todas ellas eran una burda mentira, pero, ¿qué podía hacer? Tenía que apartarlo como fuera. Con lo que no contaba era con que Baltasar hiciera chocar su espalda contra la puerta, y sujetándole los brazos por encima de la cabeza aplastara su boca contra la suya. Metió la lengua entre sus labios y se descubrió abriéndolos sin oponer resistencia, y cuando aspiró el aire de dentro de la boca masculina, su cerebro se nubló y una gran burbuja de deseo explotó dentro de su mente, inundándolo todo de salvaje necesidad.

Sus brazos se enrollaron alrededor del cuello de Baltasar y dejó que la besara, derribando todo a su paso: el miedo, el dolor, el odio, el sufrimiento... Donde estaba Baltasar no había nada más. Cuando se separó el vacío la aplastó y se quedó colgada de aquella mirada carbón que la taladraba con una intensidad estremecedora.

—Si pretendes hacerme daño para que me largue y te deje hacer, no lo conseguirás. —Cogiéndole el lateral de la cara con su amplia manaza, le dio otro beso como si dejar de besarla le estuviera costando horrores, para volver a separarse y susurrar sobre sus labios—. Y por supuesto que quiero meterme entre tus piernas, quiero follarte hasta la saciedad, quiero que vivas desnuda y en mi cama, ser tu alimento y el aire que respiras, pero no te ayudo por eso. Te

ayudo porque como tú, quiero recuperar a tus hermanas sanas y salvas y hacer justicia, ¿me oyes?

Y por una vez, Gaia no replicó. Se limitó a asentir, mientras Baltasar le clavaba su dureza en la parte baja del vientre, y un leve jadeo se escapaba por su garganta.

—Ahora entra a tu habitación y haz el equipaje. Avisaré a Beatriz, Dragius y Melchor por si quieren acompañarnos, y estaría bien contar con la ayuda de los escorpiones. En una hora pasaré a recogerte. No hagas ninguna tontería, Gaia, ¿me has oído? Si te escapas te encontraré.

—No lo haré.

El rostro de Baltasar se relajó un ápice, e inclinándose hacia ella le dio un mullido beso en los labios, de esos que viajan directos al corazón, empapándolo de su sabor, haciendo su sangre adicta a él.

Baltasar se despidió no exento de inquietud, pero tenía que reunir a un equipo que los ayudase en aquella misión. Además estaba seguro que a pesar del carácter impetuoso de la mujer, de *su* mujer, no sería tan loca como para largarse con lo puesto a recorrer el universo.

Gaia entró a la habitación y siguiendo las instrucciones de Baltasar, empezó a hacerse una pequeña maleta con la ropa imprescindible. Se duchó, colocándose un mono negro que le cubría todo el cuerpo ajustándose a cada centímetro de su piel. Sacó su maletín de armas, se las colocó en los diferentes agarres del mono y se sentó sobre la cama. Aún faltaban diez minutos para que Baltasar llegara, y una terrible inquietud la asaltó. Eso y un miedo mucho mayor al recordar las palabras que Alexander le había dicho: «Yo de ti llevaría mucho cuidado, señorita Kinov, al parecer el universo se ha conjurado en contra de vuestra casta, y estoy seguro de que el peligro se cruzará en tu camino en varias ocasiones».

¿Y si alguien o algo estaba persiguiendo a las Kinov? ¿Y si ella resultaba ser una amenaza o un peligro para la gente que estaba a su alrededor? Una de las dracónidas ya había muerto por su causa. Entonces le asaltó una visión estremecedora: su Baltasar yaciendo lánguido en el suelo, sobre un charco de sangre. Sabía que aquella imagen era una construcción de su mente, que Baltasar era un experto guerrero y la mejor compañía para ayudarla en su misión. Pero si él moría por ayudarla, o cualquiera de los que iban a acompañarlos, no lo soportaría.

Así que sin pensarlo se puso en pie, abrió la ventana y calculó que habría un par de pisos de distancia hasta abajo. Sacó un *lálux* que siempre llevaba en

su maletín de armas, lo enrolló en la pata del escritorio colocando antes este junto a la ventana, y se descolgó por la misma descendiendo con los pies apoyados en la pared, y las manos deslizándose por el *lálux*.

Cuando aún quedaba un piso de distancia, vio que el látigo de luz ya no tenía más recorrido, así que le dio un fuerte tirón para que se desprendiera y cayó, rodando por el suelo de tierra, golpeándose la cadera. Pero no se detuvo a evaluar sus daños, ya tendría tiempo más adelante. Solo empleó un minuto en mirar hacia arriba, intentando sepultar a la parte de sí misma que le imploraba que esperara.

Se sacó de un bolsillo el objeto brillante que había encontrado en la sala de reuniones de la mazmorra, bajo el asiento de Beatriz. Era un pequeño dracón plateado, del tamaño de una ciruela, muy similar a los *llamadores* que ella misma utilizaba. Lo lanzó al aire esperando no equivocarse, y el animal metálico abrió sus alas, ascendiendo a una vertiginosa velocidad por el cielo.

Apenas dos minutos tardó en aparecer su réplica, en un tamaño mucho mayor y de carne, huesos, zirconia y lo que fuera aquello que formaba el cuerpo de un dracón. Y no era uno cualquiera, no, se trataba de Silvera. Kimeo le había dado aquel *llamador* a Beatriz por si alguna vez necesitaba ayuda, pero Gaia no se sentía culpable por utilizarlo ya que sabía que Beatriz podría conseguir otro cualquiera.

Con la excepcional intuición que poseía, Silvera se puso a la altura de Gaia sin dejar de volar, y la bruja saltó sobre su espalda, tras lo que el dracón alzó el vuelo ascendiendo en vertical.

—Me dirijo a la gruta del dracón, debo un favor allí y lo tengo que devolver. Después te acompañaré a donde quieras —le informó el animal a través de la mente, recordando al dracón rojo que la había salvado en una ocasión. Ahora tocaba lo más complicado, devolverle la ayuda en forma de descendencia.

—Iré contigo, tampoco tengo idea de por dónde empezar a buscar.

El dracón rugió mostrando su acuerdo, y agitó con más fuerza sus alas, haciendo que Gaia entrecerrara los ojos, en una mirada que derramaba angustiadas lágrimas por el hombre que dejaba atrás y al que necesitaba tanto a su lado. Pero había tomado una decisión. Y seguiría adelante como fuera.

EPÍLOGO

En el colegio de magos había una constante ida y venida para la preparación de la partida que se iría aquella misma noche en búsqueda de las hermanas Kinov. Beatriz acababa de visitar en la sala de sanación a un casi recuperado Rafael, que con los remedios de las surcadoras y los magos sanadores, y después de una operación muy complicada, ya se podía poner en pie.

La reunión junto a la improvisada mazmorra se disolvió, sin que nadie sospechara la huida de Gaia. Melchor, Beatriz, Moruena y Víctor partieron a visitar a Elena y Dante antes de unirse a la búsqueda de Alethea y Juno.

Elena se hallaba en el piso que ambas compartían, y Beatriz sabía que su madre permanecía a su lado para curarla, no por nada era una de las mejores médicos que hubiera conocido. Así podría aprovechar para hablar largo y tendido con su progenitora, darle un tremendo abrazo y vigilar al brujo sexual que seguro estaba realizando acoso y derribo con Elena.

Y en medio de todo aquello, un hombre sonreía satisfecho en una de las habitaciones del colegio de magos. Porque el anillo de Serket volvía a lucir en su dedo, y con él la llave que lo alejaría del colegio y de todos sus captores.

Alexander sonrió con frialdad mientras frotaba el anillo entre sus dedos. Se lo había quitado a su padre durante la reyerta en la carroza de la Cabalgata de Reyes, y Malcom no se había percatado. Y aunque se hubiera dado cuenta, no sabría la importancia del hecho, porque la mayoría de personas desconocían que aquel anillo era capaz de transportar a través de un portal interdimensional. Pero él sí lo sabía, y Lunae también porque alguna vez habían jugado a hacerlo en su adolescencia. Lo único que necesitaba era que otra persona abriera el portal con la piedra gemela que se encontraba engarzada en el ojo de la figura de Serket, situada en el palacio de los escorpiones. Y Lunae sabía dónde estaba esa piedra.

Solo era cuestión de tiempo que su anillo se iluminara con ese resplandor verdoso que le indicaba que era el momento de cruzar, que alguien había abierto el portal y que por lo tanto él también podría hacerlo. Esperaría, intrigado por los motivos que habían llevado a su bruja a aliarse con él, y sospechando que muy pronto descubriría los porqués de aquella actitud y no todos le gustarían.

Cerró los ojos y la recordó en la Fortaleza, con las manos contra la puerta que todo lo escondía, rebosante de un poder que dudaba mucho que alguien pudiera domar. Y aunque no quería hacerlo, una parte de sí mismo se estremeció, porque ella era la única persona en el mundo que le podía hacer dudar en su misión, la única que arañaba esa escasa humanidad que moraba en su interior.

Inspiró profundo y se serenó, no dejaría que lo afectara. Cumpliría la profecía de las Tres, Berbiz sería desatado y que temblara el universo, porque pensaba dinamitar hasta sus cimientos.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

La boca se me llena cuando llego a este punto, porque sobre todo, creo que en esta vida tengo mucho que agradecer.

Primero a mi preciosa suegra, porque la idea que dio la vida a este libro, surgió de una tarde con ella, mis amados hijos y mis maravillosos sobrinos. Esa tarde ella nos hizo ver que los deseos se cumplen y me enseñó qué es eso del polvo de estrellas. Gracias M^a Sol, por tus conocimientos y tu forma amorosa de transmitirlos.

Gracias a mis hijos, Aitor y Jose, sin saber cómo, vosotros habéis hecho que mi imaginación explote y se canalice de manera que me permite contar historias. Os amo y sois mi polvo de los deseos personificado.

Gracias a mi marido por quererme, por hacerme ser mejor persona, por mostrarme lo que siente un corazón enamorado.

Gracias a mi madre, mi padre y mi fantástica amiga Cristina, por ser mis lectores cero y regalarme vuestro cariño perpetuo y vuestras buenas ideas.

Gracias a mis cuñados, Marta, Antonio, Bea y Fefé, por ser fuente de inspiración constante, y sobre todo gracias a ti, querida Bea, por prestarme el nombre para mi protagonista (y también el rojo de tus ojos).

Gracias a mi querido grupo de Adictos a la escritura, que tanto me ha ayudado a crecer en este mundo de las letras y que también fue fuente de inspiración para esta historia.

Gracias a Alissa Brontë y García de Saura, por escucharme cuando lo necesito y por asesorarme, sois fantásticas. Gracias a Juani Hernández y Lorraine Cocó, por guiarme en el mundo de la autopublicación y ser dos soles.

Gracias a mis amigos de letras de las redes sociales: escritores, lectores, bloggers, editores... Hacéis este mundo de la literatura cercano y adictivo, y con esos Buenos días que nos dedicamos cada mañana, siento el calorcico de estar conectados, no importan los kilómetros que nos separen.

Muchas gracias a ti, lector, por escoger esta historia, por dejarte seducir por la magia y el amor. Espero que mis Reyes Magos y brujas consigan hacer que todos tus deseos se cumplan.

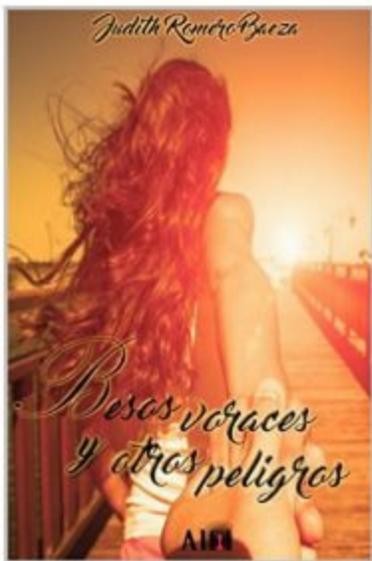


Judith nació en Murcia en un día caluroso de 1986, en el seno de una familia repleta de amor. Está casada con Víctor, su hombre para todo, y es mamá de Aitor y Jose que son sus lucecitas en esta vida. Estudió enfermería y escribe porque le encanta.

Siendo pequeña su madre y su abuela le contaban cuentos que la hacían reír y pasarlo en grande. Ya más mayor fue devorando libros y enganchándose poco a poco a esas historias que te hacen leer

¿Quieres conocer otra de mis obras?

Besos voraces y otros peligros en formato papel y digital



¿Te apetece contarme algo? ¡No dudes en escribirme! Mi correo electrónico es: judithrb86@hotmail.com

Y por favor, opina antes de irte. Es muy importante para mí conocer tu

impresión. ¡Gracias!